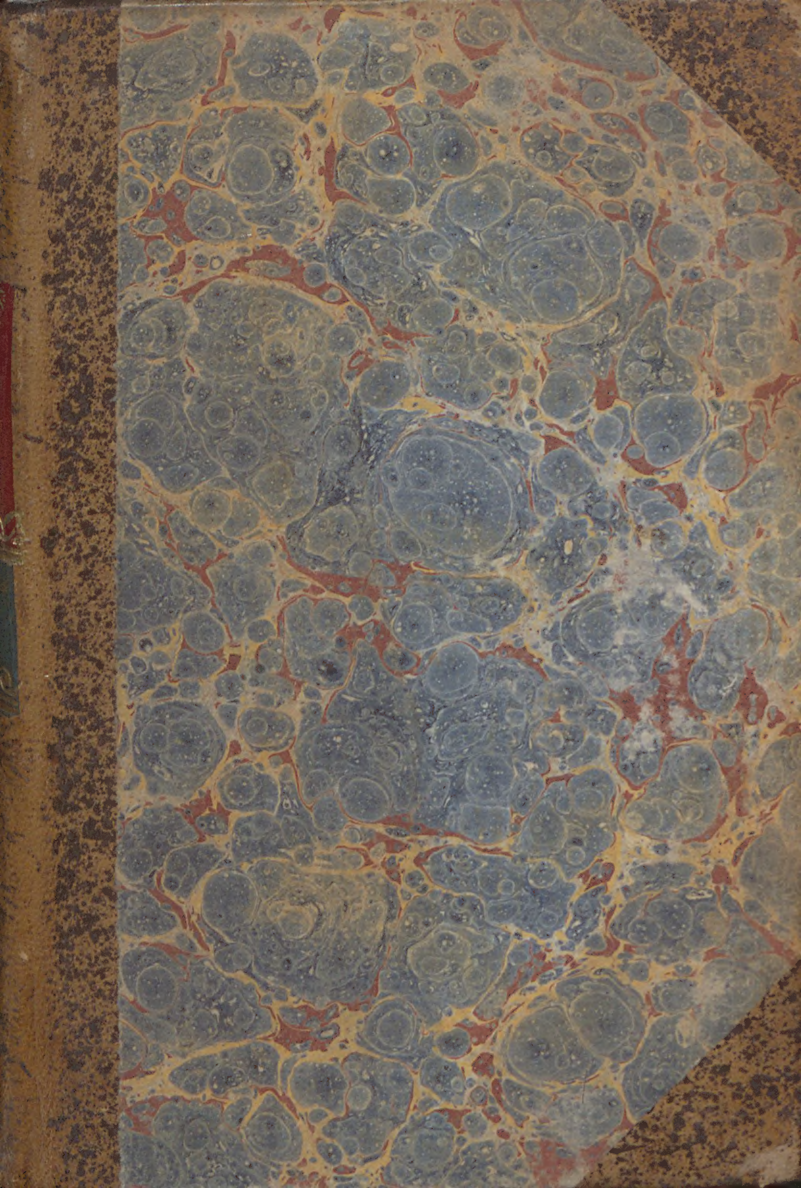
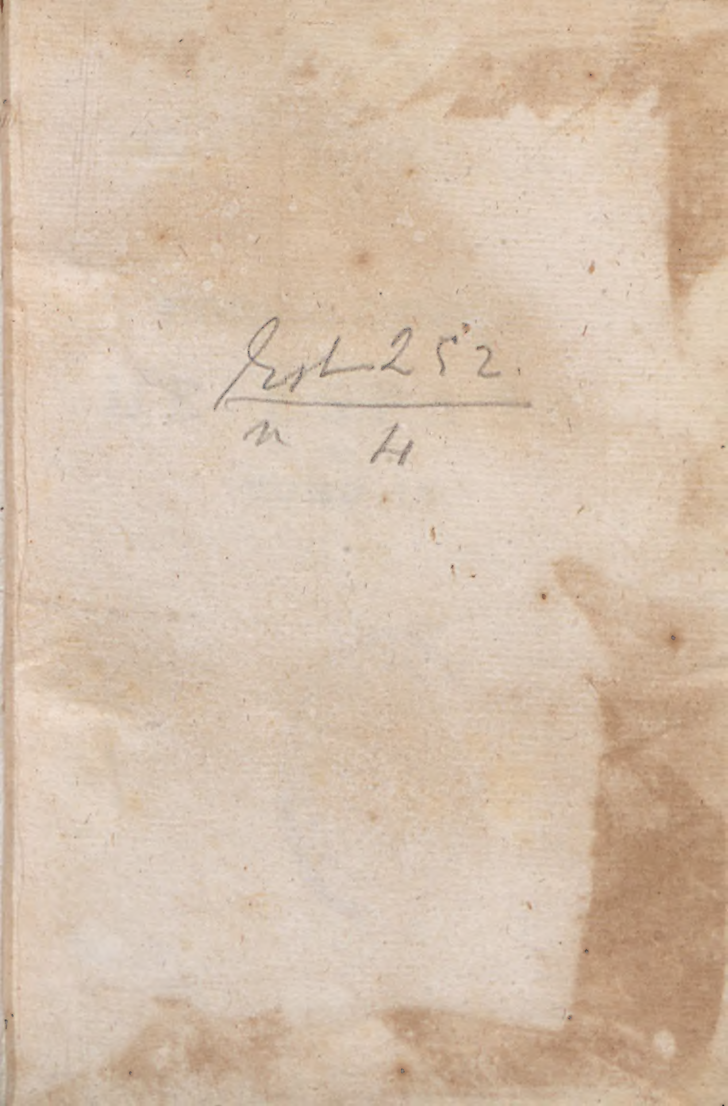




HISTORIA GENERAL
DE ESPAÑA.
TOMO IV.

HISTORIA GENERAL

de España,

COMPUESTA,

ENMENDADA Y AÑADIDA

por el P. Juan de Mariana

de la Compañía de Jesus.

NUEVA EDICION

Que contiene ademas el sumario y las tablas, escritos por el autor, la continuacion del P. Miñana traducida, y la narracion de los sucesos principales desde el año 1600, en que acaba dicha continuacion, hasta el de 1808.

TOMO CUARTO.

MADRID: 1828.
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE DOÑA CATALINA PIÑUELA,
calle del Amor de Dios, núm. 14.

TABLA

DE LOS CAPITULOS DE ESTE TOMO CUARTO.

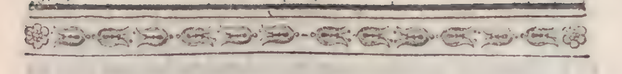
LIBRO DÉCIMOSEXTO.

LIBRO XVII.

LIBRO XVIII.

LIBRO XIX.

LIBRO XX.



HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

LIBRO DECIMOSEXTO.

CAPITULO PRIMERO.

Que el Rey de Granada pasó en Africa.

La tercera parte de la redondez de la tierra es Africa. Tiene por linderos á la parte del Occidente el mar Océano Atlántico, á la del Oriente á Egypto y el mar Bermejo, mar baxo y sin puertos: al Setentrion la baña el mar Mediterráneo. Combatida por el un costado y por el otro de las furiosas olas del mar Océano, de anchísima que es, se estrecha y adelgaza en forma pyramidal hasta rematarse por la banda del Sur en una punta que llamaron primero cabo de las Tormentas, y hoy se llama el cabo de Buena Esperanza. Los moradores desta tierra son de muchas raleas, diferentes en leyes, ritos, costumbres, trages, color, y en todo lo al. Lo mas interior habitan los Ethiopes largamente derramados, todos de color bazo ó negro. Síguense luego los de Lybia, y despues los Numidas, generaciones de gentes que

se dividen entre sí, y parten términos por las altas cumbres y cordilleras del monte Atlante. Por la costa y ribera de nuestro mar se estienden los que por su propio nombre llamamos africanos, berberiscos ó moros. En esta parte los campos son buenos de pan llevar y para ganados: arboledas hay pocas, llueve en ellos raras veces: tienen asi mismo pocas fuentes y rios. Los hombres gozan de buena salud corporal, son acostumbrados al trabajo y muy ligeros: vencen las batallas mas con la muchedumbre de la gente, que con verdadero valor y valentía; sus principales fuerzas consisten en la gente de á caballo. En esta provincia Albohacen Noveno Rey de Marruecos, de la familia y linage de los Merinos, poseía por este tiempo un anchísimo imperio: habia con perpétua y dichosa guerra domado todos los príncipes comarcanos, y era el que parecia podia aspirar al señorío de toda España por ser muy temido de los christianos, y por su persona hombre singular, de loables costumbres, dotado de muchas partes asi del alma como del cuerpo. Traía guerra con Botexefin Rey de Tremecen, llevando adelante en esto las enemistades que su padre con él tuvo. Esto era lo que le faltaba para acabar de sugetar toda aquella provincia, y lo que le hacía estorbo para acometer á España, á que le incitaban las antiguas victorias de sus antepasados, y encendíale el deseo de restituir en España y adelantar el imperio de los moros. Mahomad Rey de Granada, como el que tenia pocas fuerzas, pasó el mar para verse con Albohacen, deseoso de que fuesen compañeros en la guerra, y de revolver á Africa con España. Llegado á Fez, ciudad nobilísima de la Mauritania Tingitana, fue espléndida y magníficamente recebido y tratado del Rey bárbaro puestas en olvido las contiendas viejas que antes tuvo, ca era enemigo de

Ozmin y de su casa. Cada uno dellos procuró mostrarse al otro mas cortés, dadivoso y mas amigo. Llegaron á tratar de sus haciendas un dia para ello señalado. El Rey de Granada habló al Rey bárbaro en esta manera: «En España (poderoso Rey) apenas podemos sufrir la guerra: las fuerzas de mi reyno estan »ya gastadas, y la gloria de nuestra gente escurecida: »no sabré fácilmente decir si los tiempos ó nosotros »tenemos la culpa dello. En el postrer rincon de la »Andalucía estamos ya retirados; cercados de todo gé»nero de miseria, de manera que con dificultad con»servamos la libertad y la vida. Tengo vergüenza de »decirlo; pero en fin lo diré: oxalá se nos concedie»ra ser sugetos con algunas honestas y tolerables con»diciones, y que pudiéramos estar seguros de que »nuestros enemigos nos las guardáran; pero habé»moslas con quien piensa que gana el cielo ha»ciéndonos daño y engañándonos, y que para con »nosotros no hay religion ni juramentos que les obli»guen á guardarnos las treguas y capitulaciones que »nos prometieren. Hácennos entradas cada año, qué»mannos las mieses, echan fuego á los campos, ar»ruinan los pueblos, y nos roban las mugeres, los »niños, y viejos y los ganados: no podemos ya res»pirar vémonos en estado que nos sería mejor morir »de una vez que sustentar vida tan llena de peligros »y miserias. Dónde está aquella valentía de nuestros »antepasados, con la qual con increible presteza, lle»nos de gloria y de victorias, corrieron la Asia, Afri»ca y España, y con solo el miedo y fama de su va»lor juntaron naciones tan divisas y apartadas? Tor»pe cosa es no imitar los hechos valerosos de nues»tros mayores; empero no sustentar la autoridad, »gloria y reynos que nos dejaron, es gran maldad y »mengua. En estos trabajos y miserias hasta aqui nos

»ha sustentado la esperanza, puesta en tu felicidad, »virtud y grandeza sin par: ahora me ha forzado á »que dexado mi reyno pasase en Africa á echarme á »tus pies. Séame de provecho confesar la necesidad »que tengo de tu amistad y amparo. Real cosa es cor»responder á la voluntad de aquellos de quien eres »suplicado; mas tomar la defensa de tu gente, am»parar los miserables, ser tenido (como lo eres) por »escudo y defensor de la santa ley de nuestros abue»los, te igualará con los inmortales. Sugetados ya to»dos los pueblos de Africa y rendidos á tu poder, se »ha de acabar la guerra y dejar las armas, ó las has »de volver contra otras gentes. Muchos grandes prín»cipes fueron mas famosos durante el tiempo de la »guerra, que despues de alcanzada la victoria. Lo que »se pierde con la descuidada y ociosa paz, se repara »con las armas en la mano, y con ganar nuevos rey»nos, fama y riquezas. Por vecinos tienes los espa»ñoles, que solo un angosto estrecho de tí los aparta; »y ellos estan divididos en muchos señoríos y se abra»san con guerras civiles: tan enemigos son entre sí »que no se juntarán puesto que vean armas estrañas »en su tierra. Tu tienes fortísimos exércitos, práticos y »experimentados con las contínuas guerras; en la en»trada de España fortísimos castillos, muy á propósi»to para la guerra: á nos no faltan soldados, armas, »bastimentos y dineros con que poder ayudar. Todo »lo que se ganare, será tuyo; yo me contentaré con »la parte que darme quisieres de la presa: el mayor »premio que yo espero de la victoria es la venganza »de una tan mala y abominable gente." El Rey bárbaro respondió á esto que su venida le daba mucho contento, y le era muy agradable le solicitase para que juntasen las armas y hiciesen la guerra de consuno; que siempre les sucedió bien el tener ambas gen-

tes amistad, por el contrario de las discordias se les recrecieran graves daños. Luego que hobiese dado fin á las resultas de las guerras de Africa, pasaria con todos sus exércitos en España; de presente le parecia sería bien enviar delante á su hijo Abomelique con un buen golpe de gente de á caballo, que sería meter tales prendas en la empresa para continuar lo que entre ellos quedaba asentado. Entretanto que esto pasaba en Africa, los moros de Granada, y por sus capitanes Reduan y Abucebet, entraron en tierra de Murcia, talaron y robaron los campos, destruyeron en particular y quemaron á Guardamar; este es un pueblo llamado asi porque está sobre el mar edificado á la boca del rio Segura. Con esta cabalgada llevaron cautivas mil y docientas personas. Venido el Rey Mahomad á Granada, don Juan Manuel y los demas sediciosos se determinaron á tratar con él de conciertos: hiciéronse las amistades y alianza por medio de Pedro Calvillo que andaba de una parte á otra en estos tratos. Estaban los pechos de todos tan llenos de una diabólica discordia que sin tener memoria de la christiana religion ni misericordia de los suyos, por hacer pesar á su Rey y vengar sus particulares enojos no echaban de ver ni curaban destos grandísimos apercebimientos de guerra que contra la misma christiandad se hacian, ni la tempestad que se armaba.

CAPITULO II.

Que Abomelique vino á España.

Vivia todavia doña Isabel Reyna de Portugal, y aunque en lo postrero de su edad, tenia corazon y buen ánimo para tomar qualquier trabajo por la comun salud y paz pública. Rogó al Rey de Castilla fuese á

Badajoz. Destas vistas ningun mayor provecho resulió que visitar el Rey y acariciar con todo género de respeto y benevolencia á una santísima muger, abuela suya. Venia el Rey desta ciudad quando don Alonso de la Cerda, el que en vano tanto tiempo y tantas veces con grave peligro de la república movió guerra sobre el derecho del reyno, con la edad mas cuerdo sin pensarlo nadie se encontró con él en el lugar de Burguillos, y echándose á sus pies le besó la mano, señal entre los castellanos de honra y protestacion de vasallage. Fue este hecho gratísimo al Rey, y á don Alonso saludable y de importancia, ca fue restituido en su tierra, y se le dieron ciertas villas con cuyas rentas pudiese sustentarse. Habíase casado en Francia con una nobilísima señora llamada Madelfa, de la sangre de los Reyes de Francia, en quien tuvo dos hijos, á don Luis y á don Juan. Don Luis que era el mayor, vino con su padre á España; á don Juan como á pariente tan cercano el Rey de Francia dió el ducado de Angulema, y despues le hizo su condestable, dignidad que hoy en Castilla ha quedado solo en una sombra y vano título casi sin poder ni jurisdiccion alguna; pero en Francia en las cosas de la guerra es la suprema potestad y autoridad despues de la real. Llegó el Rey á Talavera, villa que está en la Carpetania hoy reyno de Toledo: en esta sazon Santolalla, que es un pueblo puesto en la mitad del camino entre Talavera y Toledo era de don Juan Manuel. Deste pueblo salian bandas de gente perdida, á saltear los caminos, mataban los hombres y robaban los campos: estos fueron presos por mandado del Rey, y convencidos de sus delitos, los castigaron con pena de muerte. Un semejante exemplo de justicia mandó hacer en Toledo, de donde se fue á Madrid y á Segovia y á Valladolid. En esta villa doña Leonor le pa-

rió un hijo que llamaron don Pedro, á quien dió el señorío de Aguilar del Campo. Para remediar la falta del dinero que padecia, con malo é imprudente acuerdo acuñó un género de moneda baxa de ley, que llamaron cornados, de que se siguió gran carestía y falta en los mantenimientos en grave daño y enojo del pueblo, porque falseada y adulterada la moneda, luego cesaron los tratos y comercio. Estando el Rey en Burgos, le vinieron embaxadores de aquella parte de Cantábria ó Vizcaya que llaman Alavas que le ofrecian el señorío de aquella tierra que hasta entonces era libre acostumbrada á vivir por sí misma con propiofueros y leyes, excepto Victoria y Treviño que mucho tiempo antes eran de la corona de Castilla. En los llanos de Arriaga, en que por costumbre antigua hacían sus concejos y juntas, dieron la obediencia al Rey en persona: alli la libertad en que por tantos siglos se mantuvieron inviolablemente, de su propia y espontánea voluntad la pusieron debaxo de la confianza y señorío del Rey: concedióseles á su instancia que viviesen conforme al fuero de Calahorra: confirmóles sus privilegios antiguos, con que se conservan hasta hoy en un estado semejante al de libertad, ca no se les pueden imponer ni echar nuevos pechos ni alcabalas. De todos estos conciertos hay letras del Rey don Alonso, su data en Victoria á dos dias de abril del año de nuestra salvacion de mil y trecientos y treinta 1332
y dos. En esta ciudad instituyó el Rey un nuevo género da caballería que se llamó de la Banda, de una banda ó faxa de quatro dedos en ancho que traían estos nuevos caballeros, de color roxo ó carmesí, que por encima del hombro derecho y debaxo el brazo izquierdo rodeaba todo el cuerpo, y era el blason de aquella caballería, y señal de honra. No se admitian en esta milicia ó caballería sino los nobles ó hi-

josdalgo, y que por lo menos diez años hobiesen servido en la guerra y en el palacio real. No se recibia otrosí en ella los mayorazgos de los caballeros y señores. El mismo Rey fue elegido por maestre de toda esta junta y caballería: honra y traza con que los mancebos nobles y generosos se inflamaban y alentaban á acometer grandes hechos y acabar cosas árduas. Esta caballería mucho tiempo fue tenida en grande estima: despues por descuido de los Reyes que adelante reynaron, y por la inconstancia de las cosas se desusó de manera que al presente no ha quedado della rastro ni señal alguna. Visitó el Rey la iglesia del apóstol Santiago en Compostella, y en ella se armó caballero, y en Burgos él y la Reyna fueron coronados por Reyes. Hizo en ambas ciudades el oficio y ceremonia don Juan de Lima arzobispo de Santiago. La Reyna por su honestidad no fue ungida, demas que estaba preñada. Halláronse presentes gran número de prelados: armó el Rey caballeros á muchos señores y nobles, que le presentaron delante armados de todas piezas de punta en blanco; y aun se ordenó para adelante, y se guardó, que desta misma suerte se diese siempre y tomase la orden de la caballería. El público regocijo y contento que desto resultó destemplaron y menoscabaron dos cosas de desgusto que sucedieron: la primera fue que se comenzó á tratar divorcio entre doña Blanca y don Pedro infante de Portugal; la segunda, que pretendia en lugar de doña Blanca recebir por muger y casarse con doña Costanza hija de don Juan Manuel: ambas á dos cosas eran pesadas y desabridas para el Rey de Castilla. Doña Blanca era enfermiza y mañera, que no podia tener hijos. El principal autor y movedor deste divorcio Fernan Rodriguez de Balboa prior de San Juan aconsejaba á la Reyna, cuyo chânciller era, lo procurase

para vengarse en esta forma del amancebamiento tan continuado y feo de su marido. En esta sazon el Rey tuvo en la Reyna á don Fernando que si viviera, fuera sucesor en el reyno, y en doña Leonor su combleza á don Sancho á quien dió la villa de Ledesma. Los dos nacieron en un mismo tiempo en Valladolid. Demas desto Abomelique hijo del Rey de Marruecos, como quedó concertado con el Rey de Granada, pasó el estrecho de Cadiz, y en Algezira se intituló Rey della y de Ronda. Vinieron con él de Africa siete mil ginetes con codicia, intento y esperanza de enseñorearse de toda España. En el principio del año de mil 1333.
y trecientos y treinta y tres á los trece de enero el arzobispo de Toledo don Ximeno de Luna celebró concilio en Alcalá de Henares, indictione prima, y del pontificado de Juan Vigésimosegundo el año diez y siete. Abomelique asi mismo se puso sobre Gibraltar luego por el mes de febrero: combatiéronla sus gentes con mantas, torres y con todo género de máquinas militares. El Rey se detuvo algunos dias en Castilla la vieja para apaciguar algunos alborotos de gente sediciosa; pero envió delante á Jofre Tenorio almirante de la mar, y á los maestres de las órdenes militares para que por tierra socorriesen á los cercados: desigual exército contra tan grandes fuerzas como eran las de los moros. Padecian grande falta de mantenimientos en la villa por culpa y negligencia de su alcayde Vasco Perez, que por hacer de la guerra grangería no la tenia apercebida de almacen y municiones, ni de soldados. Por otra parte el Rey de Granada hizo entrada en tierra de Córdova, grandes robos y quemas en los campos: tomó á Cabra, derribóle el castillo, y llevó cautivos todos sus moradores por traycion del alcayde que llamó á los moros, y los metió dentro de la villa y les entregó el castillo.

Gibraltar despues de padecidos grandes trabajos, y perdída la esperanza de poderse defender, en el mes de junio se dió á partido, salvas la libertad y vidas de los soldados y de los vecinos. El alcayde Vasco Perez por acusarle su conciencia de la maldad cometida, y temer la indignacion del Rey y el odio del reyno, se pasó en Africa. Esta pérdida causó de presente grande dolor y puso para lo de adelante grandísimo miedo, por acordarse que la general pérdida y destruicion que los moros hicieron en España, comenzó y tuvo principio por aquella parte. El Rey de Castilla pareciéndole que dexaba sosegados los sediciosos, hechos por todo el reyno grandes llamamientos y juntas de gente de guerra, y puesto en orden un buen exército, en lo recio del estío vino á Sevilla, tarde y sin ningun provecho para el socorro de Gibraltar que ya halló en poder de moros. Diéronle esta nueva de la pérdida de Gibraltar en Xerez: todavia con esperanza de cobrarla antes que los moros la fortificasen y municionasen, con grande presteza fue sobre ella. Hallóse en esta jornada don Jayme de Exerica con algunas compañías de aragoneses. Cerca del pueblo con varios sucesos se escaramuzó muchas veces, la batalla campal ambas partes la esquivaban. Abomelique no se descuidaba, ni se ensoberbecía con la victoria: el Rey tenia esperanza de volver á ganar á Gibraltar. Desbarató sus intentos la falta de bastimentos que se comenzó á sentir en los reales, porque aunque se traía contínuamente gran copia dellos por el mar, la gran muchedumbre de gente brevemente los consumía. Por esta mengua muchos soldados desamparaban el real, y caían en manos de Abomelique, que tenia puestas celadas en los lugares que para esto eran mas cercanos y á propósito. Puso en esto tanta vigilancia y cuidado, que cautivó mu-

chos soldados, y en tan gran número que con gran deshonra y mengua del nombre christiano se dice que se vendia un cautivo por una dobla de oro. Acudió el Rey de Granada, con cuya venida Abomelique, y por ver nuestro exército disminuido y sus fuerzas quebrantadas, cobrado nuevo esfuerzo y ánimo se determinó de presentar al Rey la batalla: con esta resolucion sacó todo el exército tres veces en campaña. Al Rey de Castilla le pareció que era el mejor consejo el mas seguro, ca fuera temeridad con vana esperanza de un buen suceso arriscar el todo y ponerlo á la temeridad de la fortuna y trance de una batalla. Los mas cuerdos y prudentes juzgaban asi mismo que si tomaban á Gibraltar, que era á lo que alli eran venidos, todo lo demas se haria bien: á esta causa se resolvió de escusar la batalla. Cerraron pues todos los reales con un foso y albarrada para estorbar los rebatos de los enemigos: tiróse este foso dende el mar haciendo un cierto seno y vuelta, y yéndose encorvando conforme á la disposicion de los lugares, de manera que con la otra punta del arco tocaba en la otra ribera. Estas dos cosas interpretaban y creían los enemigos que se hacian de miedo con que les creció el ánimo, y concibieron grande esperanza de la victoria. Mientras esto aqui pasaba, don Juan Manuel y don Juan Nuñez de Lara y sus amigos, puesta confederacion con el Rey de Aragon, hacían gravísimos daños en la raya de Castilla. Habíaseles juntado don Juan de Haro señor de los Cameros, caballero rico, poderoso y de muchos vasallos: asi de la parte que debian venir socorros y gente, de alli resultó daño gravísimo. Por esto á pedimento de los moros les concedió el Rey treguas por término de quatro años, á tal empero que todavia el Rey de Granada pechase y acudiese con las parias que solia: con tanto se que-

dó Gibraltar por los moros no sin grande nota y menoscabo de la magestad real. El Rey que consideraba prudentemente el peligro, juzgó aquellos partidos por honrados que eran mas conformes al tiempo y aprieto en que se hallaban las cosas, sin hacer caso de las murmuraciones del vulgo, ni de la que llama honra la gente menos considerada.

CAPITULO III.

De las muertes de algunos príncipes.

Hechas las treguas, los Reyes de Castilla y de Granada se hablaron, y en señal de amistad comieron á una mesa: hiciéronse asi mismo á porfia ricos presentes, y diéronse el uno al otro joyas y paños de gran valor: cortés contienda y liberalidad en que el Moro quedó vencido, camino por do se le ocasionó su perdicion y ruina. El Rey de Castilla se volvió á Sevilla, salva y entera la fama de su valor, no obstante los malos sucesos que tuvo. Abomelique se partió para Algezira, y el Rey de Granada caminó á Málaga con deseo de ver aquella ciudad. Alli los hijos de Ozmin (que á todas estas cosas se hallaron presentes) se conjuraron de matarle. Abominaban y blasfemaban dél: cargábanle que con la familiaridad y trato que tenia con los christianos, á sí mismo y á su nacion y secta deshonraba. Acaso traía puesta una ropa que le dió el Rey de Castilla: esto les encendió mas el enojo y saña que contra él tenian, y les dió mayor ocasion de calumniarle. Andaba con el Rey un cierto moro llamado Alhamar, de la sangre y alcuña de los primeros Reyes de Granada, mas noble que señalado ni de grande cuenta. A este tentaron primero los hijos de Ozmin, y le persuadieron que se vengase

de la notoria injuria y agravio que se le hacía en tenerle usurpado el reyno que de derecho le venia; y que castigase el grande desacato que contra su secta se cometia. Concertada la traycion, estando el Rey muy seguro y descuidado della, le mataron á puñaladas en veinte y cinco dias del mes de agosto. Reduan, que á este tiempo era el caballero de mas autoridad, y que habia sido alcayde y justicia mayor de Granada, á la sazon ausente, no supo cosa alguna ni fue en esta cruel traycion. Este procuró que un hermano del muerto, que se llamaba Juzeph Bulhagix, fuese alzado por Rey de Granada, como lo hizo: cosa soberbia y muy odiosa dar el reyno de su mano, mayormente dexando sin él á Ferrachên hermano mayor del Rey muerto. Desta manera andaban las cosas revueltas entre los moros. Pasáronse al nuevo Rey los de Aguilar don Gonzalo y don Fernando hermanos, señores de Montilla y de Aguilar, caballeros poderosos en el Andalucía. Estaban estos caballeros (aunque no se sabe la causa) desavenidos y mal enojados con su Rey. Empezáronse á hacer robos y entradas en las rayas de los reynos, con que se rompieron las treguas que poco antes se concertaron. El Rey de Castilla se detuvo en Sevilla mas tiempo del que se pensó, y aun del que él quisiera: esperaba en qué pararian estos movimientos. Pasáran mas adelante los daños, y aun revolvieran guerra formada contra los christianos, si Abomelique no fuera llamado de su padre, y le mandára volver á Africa para que le sirviese en la guerra de Tremecen. Con su partida se volvieron á tratar treguas con el nuevo Rey de Granada. Y en el principio del año de mil y trecientos y 1334.
treinta y quatro se concluyeron y asentaron por otros quatro años, sin que el Rey de Granada quedase obligado á pechar las parias y tributo que cada año solia:

tanto era el deseo que tenia el Rey de quedar libre para castigar los sediciosos y alborotados. En este tiempo de un parto de doña Leonor de Guzman le nacieron al Rey dos hijos, don Enrique y don Fadrique, bien nombrados adelante. Primero pasó el invierno que el Rey pudiese desembarazarse de la Andalucía. A la primavera vino á Castilla, y fue á Segovia y de alli á Valladolid. Los grandes que estaban rebeldes, como no eran tan poderosos que pudiesen hacer guerra sino correrías y robos, comenzaron á ser molestados haciéndoseles daños y entradas en sus tierras, con que en el señorío de Lara fueron muchas villas tomadas por el Rey, como Ventosa, Bustos, Herrera; y lo demas que en tierra de Vizcaya tenian aquellos señores, y no estaba acabado de allanar, se recibió á merced debaxo del amparo real. En una junta que se hizo en Guernica debaxo de un antiquísimo árbol á la usanza de vizcainos, fue el Rey en persona jurado y le prometieron fidelidad: algunas fuerzas y castillos quedaron todavia en aquella tierra por los de Lara, que no se quisieron dar al Rey, confiados mas en ser inexpugnables por el sitio y naturaleza de los lugares, que en otra cosa alguna. Don Juan de Haro en su villa de Agoncillo por mandado del Rey fue degollado, y toda su tierra como de rebelde confiscada. La villa de los Cameros dexó á sus hermanos don Alvaro y don Alonso, porque del todo no pereciese el señorío y el nombre de esta ilustrísima casa. El alcayde del castillo de Iscar confiado en su fortaleza, y porque la tenia bien bastecida, cerró las puertas al Rey, por lo qual siendo preso, le fue cortada la cabeza: aviso con que se entendió que ningun juramento, ni homenage hecho á los señores particulares escusa los desacatos que contra los Reyes se cometen. Por estos mismos dias en los postreros del mes de agosto parió la Reyna

en Burgos un hijo que se llamó don Pedro, que por muerte de don Fernando su hermano por triste y desdichada suerte suya y de Castilla sucedió en fin en el reyno. De doña Leonor nació al Rey otro hijo llamado eso mismo don Fernando. En Aragon murieron dos hermanos de aquel Rey uno en pos de otro. Don Jayme maestre de Montesa murió en Tarragona, donde antes renunció el derecho del reyno; don Juan arzobispo de Tarragona en un lugar de tierra de Zaragoza que llaman Povo, á los diez y ocho de agosto: enterraron su cuerpo en la iglesia de Tarragona dentro de la rexa del altar mayor. Iba á verse con el Rey su hermano. Sucedióle en el arzobispado Arnaldo Cascomes obispo que era de Lérida. El Rey de Aragon aunque se hallaba en lo bueno de su edad, por sus contínuas indisposiciones que le sobrevinieron, luego que se volvió á casar, alzó la mano no solamente de las cosas de la guerra sino tambien del gobierno del reyno, lo qual todo encargó á don Pedro su hijo mayor. La Reyna doña Leonor (como aquella que mandaba al Rey) con sus contínuos é importunos ruegos alcanzó dél que diese á sus hijos don Fernando y don Juan algunas villas y ciudades, entre las demas fueron Orihuela, Albarracin y Monviedro: recebia en esto notable agravio y perjuicio el infante don Pedro, ca le disminuían y acortaban un reyno que de suyo no era muy grande. Acusábanle al Rey un juramento que los años pasados hizo en Daroca, en que se obligó y estableció por ley perpétua que no enagenaría cosa de la corona real. Murmurábase en el reyno este hecho: rugíase que el Rey no tenia valor, y se dexaba engañar de las caricias y mañas de la Reyna que le tenia como enhechizado. Desta ocasion entre la madrastra y el alnado resultó un mortal odio, de que se siguieron grandes alborotos en el reyno. La Reyna

para hallarse apercebida suplicó al Rey de Castilla tuviese por bien que se viesen: otorgó él con los ruegos de su hermana: viéronse en Ateca aldea en tierra de Calatayud; el Rey prometió á la Reyna de asistilla con sus fuerzas, y no faltarle quando le hubiese menester. Don Juan de Exerica y su hermano don Pedro, que seguían la parcialidad de la Reyna, quedaron animados á la servir y amparar quando se ofreciese, y por quanto sus fuerzas alcanzasen.

CAPITULO IV.

De algunos movimientos de navarros y portugueses.

En el principio del año siguiente, que se contaba
1335. de mil y trecientos y treinta y cinco, don Juan Manuel atemorizado con el mal suceso de don Juan de Haro, y tomando escarmiento en el de Lara, se reconcilió con el Rey. El contento del reyno fue extraordinario por ver acabadas en tan breve tiempo cosas tan grandes, y por la esperanza de la paz y sosiego por todos tanto tiempo deseada. En las ciudades y villas se hicieron grandes regocijos, juegos y espectáculos públicos. En Valladolid se hizo un torneo, en que los caballeros de la Banda desafiaron á los demas caballeros, y fueron los mantenedores del torneo: el Rey se halló en él, pero en hábito disfrazado porque se tornease con mayor libertad. Diéronse grandes encuentros y golpes sin hacerse mal ni herirse, salvo que algunos fueron de los caballos derribados. Despartióse el torneo, sin que se pudiese averiguar á qual de las partes se debiesen dar los premios y prez y las joyas que tenian aparejadas para el que mas se señalase. Las cosas humanas, como son vanas é inconstantes, facilmente se truecan y mudan y revuelven en

contrario; y ansi este universal contento se añubló con nuevas que vinieron de que se volvian á alterar los humores. El Rey de Portugal persistia en su intento de repudiar á doña Blanca y de casarse con doña Constanza, determinado si no pudiese cumplir su deseo por bien, de alcanzarlo por la espada, por lo menos meterlo todo á barato. El hijo mayor del Rey de Aragon se concertó de casar con doña María hija del Rey de Navarra, anteponiéndola en la sucesion del reyno (aunque era menor de edad) á su hermana doña Juana, si el Rey muriese sin dexar hijos varones: el autor destos conciertos fue el virrey de Navarra don Enrique. Ambas á dos cosas fueron pesadas y desabridas para el Rey de Castilla, porque se entendia que estas alianzas se hacían para ser mas poderosos contra él. A la verdad el infante de Aragon don Pedro por el odio que tenia con su madrastra, se confederó con los navarros, que tomaron de sobresalto el monasterio de Fitero que era del señorío de Castilla: exceso que por un Rey de armas les fue demandado, y enviaron embaxadores al Rey de Aragon para quexarse destos desaguisados: escusóse aquel Rey con su poca salud, y alegar que no era poderoso para ir á la mano á su hijo en lo que hacer quisiese. Con esta respuesta de necesidad se hubo de romper la guerra: envióse contra los navarros un grueso exército, y por capitan general Martin Portocarrero, porque don Juan Nuñez de Lara en quien el Rey tenia puestos los ojos para que hiciese este oficio, se escusó de aceptarle. Juntáronse las gentes de la una parte y de la otra: dióse la batalla junto á Tudela: fue muy cruel y reñida: quedaron vencidos y destrozados los navarros y muchos dellos anegados en el rio Ebro. Entendióse haberles sucedido este desastre por falta de capitan, porque el virrey don Enrique se quedó

en Tudela por miedo del peligro, ó por respeto de la salud y bien público, que dependia de la conservacion de su persona. Don Miguel Zapata aragones no se halló en la batalla á causa que se entretuvo en fortalecer á Fitero, creyendo que el primer ímpetu de la guerra sería contra aquel pueblo; mas ya que se queria fenecer la batalla, se descubrió encima de unos cercanos montes de aquella campaña, con cuya llegada se rehizo el campo de los navarros: los aragoneses como quier que entraron descansados, entretuvieron por un rato la pelea; pero al fin fueron desbaratados y vencidos por los de Castilla, y preso su capitan: no fue tan grande el número de los muertos como se pensó. Los castellanos se hallaron cansados con el contínuo trabajo de todo el dia, demas que con la obscuridad de la noche que cerró, no se conocian, mayormente que todos por saber la lengua castellana apellidaban Castilla: ardid que les valió para que la matanza fuese menor. Por otra parte los vizcainos con su capitan Lope de Lezcano, destruida la comarca de Pamplona, tomaron en aquellos confines el castillo de Unsa. Con estos malos sucesos se reprimió la osadía y atrevimiento de los navarros, y se castigó su temeridad. En un mismo tiempo se derramó la fama destas cosas en Francia y en España. Estaba entonces el Rey de Castilla en Palencia enfermo de quartanas, donde por lástima que tuvo de los navarros, mandó á Portocarrero que no les hiciese mas guerra ni daños; pareciale quedaban bastantemente castigados, hora hobiesen tomado las armas de su voluntad, hora hobiesen sido á tomarlas forzados: sacóse el exército de aquella provincia junto con el pendon del infante don Pedro, que le llevaron á la batalla porque los grandes señores no rehusasen de ir á esta guerra, como si fuera á ella la misma persona real del infante. La fa-

ma destos sucesos movió á Gaston conde de Fox á que viniese á restaurar las cosas malparadas de los navarros, obligado á ello por la antigua amistad que entre sí ambas naciones tenian, y facilitado con la vecindad destos dos estados. Venido el de Fox, acometieron á Logroño ciudad principal de aquella frontera. Salió contra ellos mucha gente de los pueblos comarcanos, y juntos con los ciudadanos de Logroño pasaron el rio Ebro. Dieron en los enemigos, peleóse bravamente, y fueron vencedores los navarros. Recogiéronse en la ciudad los vencidos con propósito de se defender con el amparo y fortaleza de los muros. Ruy Diaz de Gaona, capitan y ciudadano de Logroño, hizo en esta retirada un hecho memorable, que con una estraña osadía, ayudado de solos tres soldados, defendió á todo el exército de sus enemigos que no pasasen el puente, porque mezclados con su gente no entrasen el pueblo; murió él en esta defensa, y sus compañeros que quedaron con la vida, defendieron el pueblo que no se perdiese, ca los navarros viendo que no le podian tomar, se volvieron. En el tiempo que las cosas se hallaban en este estado, sucedió que Juan arzobispo de Rems yendo en romería á Santiago, pasó acaso por esta tierra. Este prelado era un varon muy santo, y de grande autoridad entre estas dos naciones, por cuya solicitud y diligencia se concertaron y hicieron paces: tanto á las veces puede la diligencia de un solo hombre, y tan grandes bienes dependen de su autoridad. En este mismo tiempo de tres Reyes Albohacen, Philipe de Francia y Eduardo de Inglaterra vinieron tres honradas embaxadas al Rey de Castilla. Movíanse á esto por la gran fama que tenia acerca de las naciones comarcanas. De Africa le enviaron muy ricos presentes: pedian se confirmasen las treguas que tenian asentadas los nuestros con los

moros. El Ingles ofrecia una hija suya para que casase con el infante don Pedro. El Rey no aceptó este partido por la tierna y pequeña edad del infante, de quien sin nota de temeridad ninguna cosa cierta se podian prometer ni asegurar. Todo esto pasaba en Castilla el
1335. año de mil y trecientos y treinta y cinco de nuestra salvacion. Poco despues entrante el año próximo el Rey de Aragon don Alonso murió en Barcelona á veinte y quatro de enero: varon justo, pio y moderado; por esto tuvo por renombre y fue llamado el Piadoso. Fue mas dichoso en el reynado de su padre que en el suyo, á causa de la poca salud que siempre tuvo, que por lo demas no le faltó virtud ni traza, como se pudo bien ver por las cosas que hizo en su mocedad. A don Jayme el hijo menor del primer matrimonio dexó el condado de Urgel, y don Pedro quedó por heredero del reyno. Los hijos del segundo matrimonio dexó heredados en otros estados, segun que arriba queda apuntado. La Reyna doña Leonor por recelo que el nuevo Rey por los enojos pasados no le hiciese algun agravio á ella y á sus hijos, á grandes jornadas se fue luego á Albarracin, donde por ser aquella ciudad fuerte y caerle cerca Castilla, si se le moviese guerra, pensaba podria muy bien en ella defenderse. Los de Exerica por tener en mas el acudir al amparo y servicio de la Reyna, que cuidar de lo que á ellos tocaba, se fueron tras ella. Por estos mismos dias de Portugal nuevas tempestades de guerra se emprendieron. La avenencia que don Juan de Lara y don Juan Manuel hicieron con el Rey, no era tan verdadera y sincera que se entendiese duraria tanto como era menester. Todos entendian que mas les faltaban fuerzas, y buena ocasion para rebelarse, que gana y voluntad de ponello por obra. Traia en mucho cuidado á don Juan Manuel la dilacion de los casa-

mientos de Portugal, y no osaba hacerlos sin la voluntad y licencia del Rey, ca temia no le tomase su estado patrimonial que tenia grandisimo en Castilla. Don Pedro Fernandez de Castro y don Juan Alonso de Alburquerque, que se apartaron de la obediencia del Rey de Castilla, persuadian y solicitaban al Rey de Portugal para que moviese guerra á Castilla. No pudieron estar secretos tantos bullicios de guerra y tantas tramas: asi el Rey hizo nueva entrada en las tierras de don Juan de Lara, y le tomó algunas villas y castillos, y á él le cercó en la villa de Lerma en catorce de junio. Combatiéronla de dia y de noche con mantas, torres, trabucos y con todo género de máquinas de guerra. Procuróse otrosí con los vecinos de la villa que entregasen á don Juan, ya con grandes amenazas, ya con promesas: ofreciánles la gracia del Rey, y libertad á ellos y á sus hijos, con apercebimiento que si se tardaban en hacerlo, los destruirian. Ninguna cosa bastó para que no guardasen una singular y gran lealtad á don Juan, confiados en la fortaleza de la villa: ni los ruegos prestaron ni las amenazas para hacer que le entregasen. Vista su determinacion, cercaron toda la villa al rededor con fosos y trincheas. Talaron y destruyeron sus campos y heredades: enviaron otrosí algunas bandas de gente para que tomasen los pueblos de la comarca. Alargábase el cerco, y los cercados por no estar bien proveidos empezaron á sentir necesidad de bastimentos. Tenian poco socorro en don Juan Manuel, puesto que para mostrar su valor y ver si podria socorrerlos salido de alli secretamente, se entró en Peñafiel, villa de su estado y cercana de Lerma. Poco faltó para que el Rey no le prendiese, ca sobrevino de repente. Tuvo noticia del peligro, huyó y escapóse. El de Alburquerque mudado propósito se reduxo al servicio

del Rey. El Rey de Portugal por sus embaxadores envió á rogar al Rey que alzase el cerco de Lerma. Estrañaba que hiciese agravio y maltratase á un caballero de tanta lealtad, y en particular amigo suyo. Volviéronse los embaxadores sin alcanzar cosa alguna. El Rey de Portugal para satisfacerse juntó su exército, rompió por las tierras de Castilla: á la raya cercó á Badajoz y la combatió con grande furia y cuidado. Envió asi mismo con mucha gente á Alonso de Sosa para que robasen la tierra. Apellidáronse los de la comarca, encontraron los contrarios cerca de Villanueva, desbaratáronlos, mataron y prendieron muchos dellos; con que avisaron y escarmentaron los demas portugueses para que no se atreviesen otra vez á hacer entrada semejante. El Rey mismo por temer otro mayor daño si viniesen á las manos, con todo su exército se tornó á Portugal. La villa de Lerma asi mismo destituida del socorro que de fuera esperaba, y cansada con los trabajos de un cerco tan largo, se entregó en los postreros de noviembre. A don Juan Nuñez de Lara sin embargo recibió el Rey en su amistad, y por el camino que cuidaba perderse, alcanzó grandes mercedes nuevas, y se le volvió su patrimonial estado que tenia en Vizcaya. Solo desmantelaron á Lerma en castigo de su rebelion, y para que otra vez no se atreviese á hacer lo mismo. En este año el Rey de Marruecos aumentó sus reynos con el de Tremecen, cuyo Rey su enemigo venció y mató. Los moros de España cobraron con esto nuevas esperanzas, y á los nuestros creció el recelo de algunos nuevos y grandes daños que de aquella pujanza podrian resultar. Todos temian y con razon la guerra que de Africa amenazaba.

CAPITULO V.

Concédense treguas á los portugueses.

Blandeaba el Rey de Castilla con los grandes que andaban alterados, y les hacía buenos partidos por atraerlos á su servicio. Sus caricias prestaban muy poco por ser ellos hombres revoltosos, de seso mal asentado y astutos. Tuvo las Pascuas de la Navidad de nuestro Señor Jesu Christo del año mil y trecien- 1337.
tos y treinta y siete en Valladolid. Alli en el principio deste año hizo merced á don Juan de Lara del cargo de su alferez mayor, ca estaba determinado de recompensar con mercedes los deservicios, y vengar con blanduras las injurias que le hacían. Con este artificio y con la intercesion de doña Juana, que era madre de don Juan de Lara, recibió en su servicio y perdonó á don Juan Manuel, hombre doblado, inconstante y que á dos Reyes, al de Castilla y al de Aragon, los entretenia y traía suspensos. Fingia quererse confederar con cada uno dellos con intento de que si rompiese con el uno, quedase el otro con quien ampararse. Continuábanse todavia los desabrimientos y diferencias entre el de Aragon y doña Leonor su madrastra: tratóse de concordia por sus embaxadores. Todavia el de Aragon bien que daba buenas palabras, al cabo no hacía cosa. El Rey de Castilla á ruego de su hermana fue á Ayllon, villa que está en la raya de entrambos reynos. Alli la Reyna se le quexó de los agravios y crueldad de su alnado; y con muchas lágrimas le suplicó recibiese debaxo de su proteccion y amparo á ella y á sus hijos, y á los grandes que seguían su parcialidad. El Rey estuvo suspenso. Paréciale por una parte inhumana cosa no favorecer á su hermana, y por otra deseaba

mucho no divertirse antes de vengar los agravios recibidos del Rey de Portugal. Finalmente mandó á don Diego de Haro que juntadas las fuerzas y soldados de Soria, Molina y Cuenca y de otros pueblos, hiciese entrada en Aragon. La Reyna doña Leonor por Burgos y Valladolid se fue á Madrid á esperar al Rey, que en razon de aparejarse para la guerra de Portugal hacía grandes llamamientos de gentes para Badajoz, por donde cuidaba dar principio á aquella guerra. En esta sazon de doña Leonor le nació al Rey otro hijo que se llamó don Tello. Lo que mas tenia enojado al Rey de Portugal, era lo poco en que el de Castilla tenia á su hija la Reyna doña María hasta decirse que trataba de repudiarla: parecíale que esta no era injuria que en manera alguna se pudiese disimular. De Badajoz con grandísimo ímpetu entró en Portugal: talaron los campos, y hicieron la guerra á fuego y sangre. La destemplanza del tiempo causó al Rey una calentura en Olivencia, y le puso en necesidad de partirse de Badajoz en el mes de junio para Sevilla. Por estos mismos dias Jofre almirante del mar por el Rey de Castilla, talado que hobo y corrido la costa de Portugal, no lexos de Lisboa peleó con la armada de los portugueses de quien era general Pecano ginoves: la pelea fue brava y dudosa: al principio los portugueses tomaron dos galeras de Castilla; recompensóse este daño con que los de Castilla rindieron la capitana de los portugueses y abatieron el estandarte real. Esto causó grande temor en los enemigos, y por todas partes fueron desbaratados y puestos en huida. Era cosa horrenda ver en aquel espacioso y ancho mar huir, dar la caza, prender y matar, y todo quanto alcanzaba la vista estar lleno de armas y tinto en sangre. Tomáronse ocho galeras y seis echaron á fondo, y el general Pecano

con Carlos su hijo quedó preso: fue para aquella era esta victoria muy ilustre y rara, en tanto grado que á la vuelta salió el Rey á recebir el almirante que entró en Sevilla con triumphal demostracion y aparato: la honra que se hace á la virtud, inflama los ánimos valerosos para emprender cosas mayores. Halláronse presentes el arzobispo de Rems embaxador del Rey de Francia, y el maestre de Rhodas, á quien para tratar de paces enviára por su legado Benedicto XI. Sumo Pontífice que tres años antes sucedió al Papa Juan. Ambos con todas sus fuerzas procuraron concertar y poner paz entre estos dos Reyes; pero no les fue posible concluirlo, antes el Rey de Castilla cobrada entera salud entró otra vez á robar y destruir á Portugal. La entrada fue por aquella parte por do solian habitar los antiguos Turdetanos, que ahora se llama el Algarve. Recibieron los portugueses grave daño con esta entrada, y les causó mucho odio contra su Rey, por ver que con todos sus intentos ninguna cosa mas hacía que irritar y mover contra los suyos las armas y fuerzas de Castilla. Por otra parte hacía sin provecho alguno guerra en lugares apartados, conviene á saber á los gallegos en Salvatierra destruía y quemaba los campos. Si se sentia con pocas fuerzas, para qué movia guerra? y si en ellas confiaba, por qué convidado rehusaba venir con los enemigos á las manos? El Rey de Castilla, venido el otoño, sin haber encontrado ningun exército de sus enemigos se recogió á Sevilla (1). Este mismo año á veinte y cinco de junio murió Federico Rey de Sicilia, ya cargado de edad, y famoso por la guer-

(1) Fazello lib. 9. c. 3. dice que finó el año 1336. primero de julio.

ra que sustentó por tanto tiempo contra potencias tan grandes. En Catania en la iglesia de Santa Agatha está un lucillo con un bulto ó estátua suya, y dos versos en latin deste sentido:

EL CIELO ALEGRE ESTA, LA TIERRA TRISTE.
SICANIA LLORA DE SU REY FADRIQUE
LA AUSENCIA. O MUERTE QUANTO MAL HICISTE!

Sucedióle en el reyno su hijo don Pedro. Los ducados de Athenas y Neopatria mandó á Guillelmo su hijo segundo, á don Juan hijo tercero hizo otras mandas. Quatro hijas que tenia, por su testamento las dexó excluidas de la sucesion del reyno: ley que no fue perpétua, ni era conforme á lo que de antes se solia usar en aquel reyno, y adelante se usó. Andaba en la corte de Castilla Gil Alvarez de Cuenca arcediano de Calatrava, dignidad en la iglesia de Toledo, varon de conocido valor y prudencia para tratar negocios y cosas graves. El arzobispo de Toledo don Ximeno de Luna finó en la su villa de Alcalá de Henares á los diez y seis de noviembre deste año, quien dice que del siguiente: sepultaron su cuerpo en la iglesia mayor de Toledo en la capilla de San Andres. Por su muerte sucedió en aquella dignidad y iglesia el susodicho Gil Alvarez de Cuenca, que adelante se llamó y hoy le llaman comunmente don Gil de Albornoz (1). Procurólo el Rey muy de veras, y hizo en ello tal instancia que las voluntades de los del cabildo, si bien estaban muy puestos en nombrar á don Vasco su dean, se trocaron y inclinaron á dar gusto al Rey. Las grandes virtudes y hazañas deste

(1) Cronic. de don Alonso XI. cap. 188.

nuevo prelado mejor será pasallas en silencio que quedar en este cuento cortos. Fue natural de Cuenca; sobrino de su predecesor don Ximeno de Luna, su padre Garci Alvarez de Albornoz, su madre doña Teresa de Luna, personas ilustres, de mucha reputacion y fama y hacienda. Crióse en Zaragoza en tiempo que don Ximeno su tio fue prelado de aquella ciudad. Su ingenio muy vivo y capaz empleó en el estudio de los derechos en Tolosa de Francia, no para darse al ocio, sino para habilitarse mas para los negocios. Ya que era de edad, se sirvió el Rey dél en su consejo, despues le eligieron en arzobispo de Toledo: últimamente criado cardenal, sirvió á los Papas en empresas de grande importancia. Echó los tyranos de las tierras de la iglesia, que en Italia tenian usurpadas. En todas edades y estados fue igual, entero en las cosas de justicia, menospreciador de las riquezas, constante y sin flaqueza en los casos árduos. No se sabe en qué fue mas señalado, si en el buen gobierno en tiempo de paz, si en la administracion y valor en las cosas tocantes á la guerra. Todos los hombres de letras tienen obligacion á celebrar sus alabanzas, porque en la Gallia Cisalpina, ó Lombardia, en la ciudad de Boloña instituyó un famoso colegio, en que hay quatro capellanes y treinta colegiales todos españoles, con gruesas rentas para que estudien; de donde como de un alcázar de sabiduría han salido muchos excelentes varones en letras y erudicion, con que las letras resucitaron en España, y á su imitacion se han fundado otros muchos colegios por personas que imitaron su zelo, y tenian con que podello hacer. Dexó al cabildo de Toledo la villa de Paracuellos con carga de cierta pension con que mandó acudiesen cada un año á la iglesia de Villaviciosa, que él mismo fundó, y puso

en ella canónigos reglares, cerca de la villa de Brihuega. El arzobispo de Rems y el maestre de Rhodas andando de una parte á otra no cesaban de amonestar á los Reyes de España, y procurar que se acordasen y hiciesen paces. Poníanles delante como los reynos se asuelan con las guerras, y con la paz se restauran: que Africa amenazaba con una temerosísima guerra: muchas veces las discordias internas se concordaban y componian con el miedo de los males de fuera: que asi para los vencedores como para los vencidos el único remedio era la paz. Con estas amonestaciones parecia que el Rey de Castilla blandeaba algo, si bien era el que andaba mas lexos de acordarse; que el Rey de Portugal grandemente deseaba concierto. Concluyóse que el Rey de Castilla fuese á Mérida á tratar de medios de paz. En aquella ciudad se concertaron y hicieron treguas por un
1338. año en principio del de nuestra salud de mil y trecientos y treinta y ocho. No fue posible concordarlos del todo, ni hacer paces perpétuas.

CAPITULO VI.

Como mataron á Abomelique.

Del aparato y preparamentos de guerra que hacía el Rey Albohacen, como en semejantes casos acaece, se decian mayores cosas de aquellas que en realidad de verdad eran. Referíase que se juntaba todo el poder de los moros, y se apellidaban todas las provincias de Africa: que pasaban á España con sus casas y mugeres y hijos para quedarse á morar y vivir de asiento en ella despues que toda la hobiesen ganado: que era tan innumerable la gente que venia, que ni se les podria estorbar el pasage, ni tam-

poco pedrian ser vencidos. Corria fama que lo primero desembarcarian en la playa de Valencia, y allí cargaria aquella tempestad que se armaba. Estas nuevas tenian atemorizados los fieles, y mucho mas á los de Aragon. Hacíanse grandes provisiones de armas, caballos y bastimentos: todo era ruido y asonadas de guerra; estaban todos alerta con gran cuidado y solicitud. Empezóse entre los nuestros á platicar de paz, porque juntas las fuerzas se podia tener esperanza de la victoria; divididas y sin concordia, era cierta la ruina de todos y su perdicion. A los embaxadores ingleses que en nombre de su Rey pedian paz y alianza, con dudosa respuesta entretenia el Rey de Aragon. Deciales que su amistad les era, y sería siempre muy agradable, si se les permitiese guardar las alianzas que antes con los demas tenian hechas. Tratábase de desposar el de Aragon con la infanta doña María hija del Navarro: diferianse estas bodas por ser aun de poca edad la doncella y no de sazon para casarse: á esta causa la entretenian en Tudela; mas al fin con grande regocijo de ambas naciones se casaron en Aragon á veinte y cinco de julio. Velólos Philipe tio de la doña María, hermano de su padre, obispo de Xalon ó Cabillonense en Francia. Envióse una embaxada al Sumo Pontífice romano suplicándole volviese los ojos á España, y que echase de ver que no poco á su Santidad tocaba el grandísimo y cercano peligro que corria la christiandad: que las décimas de las rentas eclesiásticas que se concedieran á los Reyes de Aragon para subsidio y ayuda de la guerra contra los moros, las mandase subir al justo y presente valor, porque si se cobraban segun los valores y por los padrones antiguos, serían de poco provecho: esto es lo que toca al Rey de Aragon. El Rey de Castilia era ido á Bur-

gos á hacer cortes, en que con deseo de reformar el grande exceso que se via estar introducido en el comer y vestir, promulgó leyes que moderaban estos gastos: mandó tras esto á su almirante Jofre Tenorio se pusiese en el estrecho para estorbar el pasage á los moros. Desde Burgos á ruego de su hermana doña Leonor fue á Cuenca, y en su compañía don Juan Nuñez de Lara y don Juan Manuel ya del todo reconciliados con el Rey. Alli vino don Pedro de Azagra con embaxada de paz de parte del Rey de Aragon para que se aliasen contra los moros. Ofrecia la tercera parte de la armada que fuese menester para estorbar el paso á los moros. Respondió el Rey que aceptaria su oferta, y que entonces le sería muy grata su amistad quando hobiese satisfecho á su hermana doña Leonor en las quexas que tenia y en sus pretensiones. En unas cortes de Aragon que se hicieron en Daroca, se consultaron todas estas diferencias, y se nombraron por jueces árbitros el infante don Pedro, tio hermano de padre del Rey de Aragon, y don Juan Manuel, que para tratar desto era embaxador del Rey de Castilla. Concluyóse en que se diese perdon al señor de Exerica, y á la Reyna y á sus hijos se les confirmase todo aquello que les mandára su padre. Para que mas facilmente tuviese el efecto esta concordia, vino bien que don Pedro de Luna arzobispo de Zaragoza que la contradecia, á esta sazon se hallaba ausente, citado por el Papa para que pareciese en Roma á responder á cierto pleyto y demanda puesta contra él. Firmó el Rey de Castilla estos capítulos en Madrid, y la Reyna doña Leonor y sus hijos se volvieron á Aragon, do fueron bien recebidos casi con aparato real. Suelen acomodarse y conformarse con el tiempo asi bien los Reyes como las personas particulares, y usar de gran-

des disimulaciones para poder gobernar la república, mayormente en tiempos revueltos. El arzobispo de Rems y el maestre de Rhodas, y el arzobispo de Braga que era embaxador del Rey de Portugal para tratar de las paces, fueron despedidos por entonces del Rey de Castilla por parecer pedian capitulaciones injustas. Lo que mas descontentaba, era que pedian á doña Costanza hija de don Juan Manuel para que se desposase con don Pedro heredero de Portugal. En el principio del año de mil y trecientos y treinta y nueve murió don Vasco Rodriguez Cornado maes- 1339.
tre de Santiago. En su lugar fue elegido por voto de los caballeros del hábito su sobrino don Vasco Lopez. Pesóle mucho al Rey, y enojóse desta eleccion como quier que deseaba el maestrazgo para su hijo don Fadrique. Opusiéronle al nuevo maestre contra su persona muchos capítulos y defectos en la eleccion: si verdaderos, si falsos por hacer lisonja al Rey, quién lo averiguará? El maestre por adevinar la tempestad que venia sobre él, se fue á Portugal, con que pareció darse por culpado: asi en ausencia fue privado de la dignidad; y dada por ninguna la primera eleccion, fue elegido de nuevo por maestre don Alonso Melendez de Guzman, tio hermano de madre del niño don Fadrique, con asaz grande dolor y murmuracion de muchos, que echaban de ver una maldad y desconcierto tan grande, que no bastase el peligro grande del reyno para que echasen dél la ambicion y sobornos (1). Por este tiempo, quien dice dos años antes, don Ruy Perez maestre de Alcántara fue al tanto privado del maestrazgo, y elegido en su lugar don Gonzalo Martinez, á quien otros

---

(1) Cor. de Alcantara capit. 17. Rades.

llaman Nuñez: algunos por la disimilitud y diversidad de los nombres hacen diverso y dividen lo que no se debe apartar, porque en la lengua antigua de Castilla Nuño y Martin son una misma cosa. Lo sobredicho se hizo con autoridad de don Juan Nuñez de Prado maestre de Calatrava, á quien por sus antiguas constituciones estaban sugetos los caballeros de Alcántara. Tratábase con grande calor lo tocante á la guerra de los moros: para ella de todo el reyno se juntaba grande exército en Sevilla. Apercibióse brevísimamente el Rey de Castilla, porque tuvo nuevas que Abomelique era de Africa pasado por el estrecho con cinco mil hombres de á caballo: era ya cumplido el tiempo de las treguas, y convenia que con la presteza se impidiese el intento de los moros. Hízose entrada en el reyno de Granada, talaron los campos de Antequera y Archidona, y apenas las mismas ciudades se libraron desta furia. Lo mismo se hizo en los términos de Ronda; y por el esfuerzo de don Juan de Lara y de don Juan Manuel, y del maestre de Santiago fue desbaratada gran multitud de moros que salieron de aquella ciudad á dar y cargar en nuestra retaguardia, en que iban estos capitanes. Executaron los vencedores el alcance: muchos moros que se recogieron á ciertas breñas, forzados del miedo se despeñaron de aquellos riscos por salvarse, y se hicieron pedazos. Con esto los christianos se volvieron á Sevilla, y de alli se enviaron muchas guarniciones para guardar las fronteras contra los moros. Vino en esta sazon el almirante de Aragon Gilaberto con doce galeras, y orden de su Rey que se juntase con la armada del Rey de Castilla, y guardase el estrecho de Gibraltar. La falta de dineros era grande: para suplir esta necesidad en el mes de setiembre fue el Rey á las cortes que tenia aplazadas

para Madrid. Dexó por general en su lugar al maestre de Santiago, repartió otrosí entre los demas grandes, ricos hombres y capitanes el cuidado de lo que en su ausencia hacerse debia. En Nebrixa villa puesta á la boca de Guadalquivir, sentada en una campaña fertilísima, tenian juntada gran copia de trigo para el gasto de la guerra. Los moros, cobrada osadía con la partida del Rey, se concertaron de ir sobre esta villa y tomarla. Sabido esto por los nuestros, fuéles forzado (puesto que era en el rigor del invierno) de sacar las guarniciones y compañías de los alojamientos. Abomelique resuelto de hacelles rostro, asentó sus reales junto á Xerez, y envió mil y quinientos caballos á Nebrixa. Los de la villa se defendieron; robaron empero los moros y estragaron los campos. Acudieron á la fama de lo que pasaba, de Tarifa Fernan Perez Portocarrero, y de Sevilla Alvar Perez de Guzman y don Pedro Ponce de Leon, señores principales; y el maestre de Alcántara con su gente, con que entrára á hacer cabalgadas en tierra de moros, se juntó con estos capitanes: pequeño número en comparacion de la grande muchedumbre de los moros. Marcharon de dia y de noche: vinieron á alcanzar cerca de Arcos á los mil y quinientos moros, que caminaban muy despacio por ir embarazados con la grande presa que llevaban. Dieron con grande furia en ellos y los desbarataron, apenas escapó ninguno que no fuese muerto ó preso, quitáronles toda la cabalgada que llevaban. Con tan dichoso y buen suceso animados los nuestros entraron en consejo si acometerian á Abomelique, hecho que no era proporcionado con el pequeño número de gente que llevaban. Los pareceres variaban: unos considerada la gran multitud de los moros, eran de parecer que no tentasen mas la fortuna; otros con ánimo feroz y

generoso decian que no debian de tener miedo á los moros, sino que confiados en Dios, y en el valor y esfuerzo de sus soldados, no perdiesen tan buena ocasion como se les presentaba de hacer un hecho memorable: que no vence el número, sino el ánimo, y que no era razon que en semejante coyuntura dexasen de arriscar sus personas y vidas que tan poco les podian durar. Siguióse al fin este parecer: la honrosa vergüenza pudo mas que la cobardía recatada. Los moros descuidados con los prósperos sucesos pasados, levantado su real, con grandísimo desorden marchaban la via de Arcos sin llevar adalides ni centinelas: infinitas veces ha sido total perdicion menospreciar al enemigo. Los christianos al amanecer entre dos luces, tocada la señal de arremeter, hirieron valerosamente en los moros: á la pasada de un rio quinientos moros hicieron un poco de resistencia, pero luego que los nuestros le pasaron, todo lo demas fue facil; en un momento los moros fueron puestos en huida y destrozados. Abomelique (como suele acaecer en un repentino alboroto) huía á pie: así sin ser conocido fue muerto por los que seguian el alcance, que cuidaron fuese algun soldado particular: su primo Aliatar al tanto murió en la batalla: perecieron cerca de diez mil moros, tal fama corria. Los nuestros robados los reales y el carruage de los enemigos, y alegres con las dos victorias que ganaron, con mucha honra y contento volvieron sus soldados á los alojamientos de que los sacaron. Este año el arzobispo de Tarragona celebró concilio provincial en Barcelona, y en él con una solemnísima procesion el cuerpo de Santa Eulalia se trasladó á otro mas honrado y conveniente lugar. El Rey de Aragon fue á Aviñon á dar al Papa la obediencia, y reconocerle, y hacer el homenage que tenia obligacion com-

feudatario de la iglesia por las islas de Cerdeña y Córcega.

CAPITULO VII.

Que los moros fueron vencidos junto á Tarifa.

La muerte de Abomelique fue muy llorada y plañida en Africa: su padre la sintió ternísimamente; dolíanse y querellábanse que con su temprana y arrebatada muerte no habia podido llegar á ser tal Rey como prometian sus buenas partes. Con esto muy mas inflamados y deseosos de vengarle se dieron gran priesa á aprestar la jornada que tenian pensado hacer en España. Para ello hicieron por todo el reyno grandes llamamientos de gentes, y por toda la Africa enviaron asi mismo ciertos hombres, que con muestra de santidad, con pretexto y color de religion y de un grande servicio de Dios incitasen los moros á tomar las armas en defensa y aumento de la religion y secta de sus antepasados. Con esta voz se juntó un increible número de soldados, setenta mil de á caballo, y quatrocientos mil de á pie: muchedumbre tan grande qual es cosa averiguada nunca alguno de los pasados Reyes juntaron para pasar en España. Recogieron otrosí una flota de docientas y cincuenta naves y setenta galeras, armáronla de soldados, y basteciéronla de vituallas y de todo lo al. Estaba el Rey de Castilla con gran congoxa y cuidado de la defensa que tenia de hacer á los moros, quando le sobrevino otra nueva pesadumbre. Diéronle grandes querellas de don Gonzalo Martinez, ó Nuñez, maestre de Alcántara. Acusábanle de muchos delitos, no sabré decir si fueron verdaderos, ó falsamente imputados; fue empero citado á que pareciese ante el Rey en Madrid á responder á la acusa-

cion que le ponian, y descargarse. Tuvo en poco el mandato del Rey, y no quiso parecer, sino pasarse al Rey de Granada, que fue remediar una culpa con otra mayor. No se sabe si esto lo hizo por tener mal pleyto, ó con temor del poder y asechanzas de doña Leonor de Guzman que le era contraria. Demas desto el general de la armada del Rey de Aragon, saltado que hobo con su gente en la playa de Algezira, fue muerto con una saeta en una escaramuza que trabó con los moros. Sin embargo, venida la primavera, se partió el Rey á la Andalucía, y los desiños del maestre don Gonzalo con la diligencia y presteza que se puso, fueron desbaratados. Cercáronle en Valencia, pueblo que cae en el distrito de la antigua Lusitania: rindióse al Rey, fue preso y dado por traydor, y como tal degollado y quemado, á propósito todo que los demas escarmentasen con un castigo tan grande. Fue elegido en su lugar don Nuño Chamizo, varon de conocida virtud y grandes prendas. Comenzaba Albohacen á pasar su exército en España: envió delante tres mil caballos, que para hacer demostracion de su esfuerzo corrieron la tierra de Arcos, Xerez y Medina Sidonia, y les talaron los campos; mas como se volviesen con grande presa, salieron los de Xerez á ellos, cargaron de sobresalto sobre los que iban descuidados y seguros, desbaratáronlos, y quitáronles la presa con muerte de dos mil dellos. En este comedio, gastados cinco meses en pasar el estrecho, todo el exército de los moros se juntó cerca de Algezira por negligencia del almirante Tenorio. Todo el pueblo le cargaba la culpa de que él les pudo estorbar el paso: verdad es que muchas veces el pueblo con envidia é ingrato ánimo se quexa de los hombres valerosos. No pudo sufrir esta afrenta el feroz corazon del almirante. Atrevióse á

pelear con toda la armada de los enemigos, recibió una grande rota, murió él en la batalla, y fue echada á fondo su armada. Salváronse solamente cinco galeras, que huyendo aportaron á Tarifa. El Rey se hallaba suspenso entre dos dificultades que le tenian puesto en gran cuidado: por una parte temia no le sucediese á España algun gran desastre, por otra el deseo de ganar honra y fama le solicitaba. En Sevilla donde proveía las cosas necesarias para la guerra, acordó de hacer junta de los prelados y grandes del reyno para consultar lo tocante á la guerra. Desque estuvieron juntos, puesta la espada á la mano derecha y la corona á la siniestra, sentado en su real trono les hizo una plática en esta manera: «Parien»tes y amigos mios, ya veis el peligro en que está »todo el reyno y cada uno en particular. Pienso tam»bien que no ignorais en qué estado esten nuestras »cosas. Desde mis primeros años juntamente con el »reyno me han fatigado continuas congoxas y afa»nes: asi lo ha ordenado Dios; dáme con todo eso »mucha pena que nuestros pecados los hayan de pa»gar los inocentes. Aun no teníamos bien sosegados »los alborotos del reyno, quando ya nos hallamos »apretados con la guerra de los moros, la mas pesa»da y de temer que España ha tenido. Mis tesoros »consumidos, y nuestros súbditos, cansados con »tantos pechos, solo en mentarles nuevos tributos »se exâsperan y azoran. Por ventura será bien hacer »paz con los moros? pero no hay que fiar en gente »sin fé, sin palabra y sin religion. Pedirémos socor»ro fuera de nuestros reynos? no era malo; mas á »los Reyes nuestros vecinos se les dá muy poco del »peligro y necesidad en que nos veen puestos. Ten»drémos confianza de que Dios nos ayudará y hará »merced? temo que le tenemos mal enojado con nues-

»tros pecados, y que no nos desampare. No llega »mi prudencia ni consejo á saber dar corte y reme»dio conveniente á tan grandes dificultades. Vos ami»gos mios á solas lo podreis consultar, y conforme »á vuestra mucha prudencia y discrecion vereis lo »que se debe hacer; que para que con mayor liber»tad digais vuestros pareceres, yo me quiero salir »fuera. Solo os advierto mireis que de vuestra reso»lucion no se siga algun grave peligro á esta corona »real, ni á esta espada deshonra ni afrenta alguna: »la fama y gloria del nombre español no se mengüe »ni escurezca." Ido el Rey, hobo varios pareceres entre los que quedaron: los mas prudentes afirmaban que las fuerzas del Rey no eran tantas que pudiesen resistir al gran poder de los moros; que sería acertado hacer paz con el enemigo con algunos partidos razonables. Otros con mayor esfuerzo, deseosos de ganar honra y fama, fueron de voto que la guerra pasase adelante: decian no poderse hacer paz alguna que no fuese deshonrada y que les estuviese muy mal, porque de necesidad las condiciones della serían á gusto y ventaja del enemigo. Siguióse este parecer, y todos fueron de acuerdo que se procurase solicitar los Reyes de Aragon y de Portugal para que juntasen sus gentes y armas con las del Rey. Rehízose la armada en el puerto de San Lucar, y dióse el cargo della á don Alfonso Ortiz Calderon prior de San Juan. El Rey de Aragon envió su armada con el capitan Pedro de Moncada. Los ginoveses á costa del Rey de Castilla ayudaron con quince galeras. Juan Martinez de Leyva fue por embaxador al Sumo Pontífice para alcanzar indulgencia á los que se hallasen en esta santa guerra. El Papa vino en ello, y á todos los que tres meses sirviesen en ella á su costa, les concedió la cruzada y jubileo plenísimo y

remision de todos sus pecados, y cometió la publicacion destas indulgencias á don Gil de Albornoz arzobispo de Toledo. Para ganar al Rey de Portugal el Rey de Castilla dió licencia para que doña Costanza hija de don Juan Manuel se enviase á Portugal, y se desposase con el infante don Pedro. Asi se celebraron las bodas en Ebora con real magestad y aparato: la dote fueron trecientos mil ducados. Demas desto doña María Reyna de Castilla por mandado del Rey su marido fue á Portugal á suplicar al Rey su padre quisiese juntar sus fuerzas con las de Castilla, y ayudar en esta santa demanda. Su padre se lo otorgó, y prometió de por su propia persona hacer el socorro que le pedian. Luego con el capitan Pecano, que ya estaba suelto de la prision, envió de Portugal doce galeras. El Rey de Castilla por gratificar al Rey de Portugal, y ganarle mas la voluntad, se partió á Portugal, y se hablaron junto á Juramena, pueblo sentado á la ribera de Guadiana. Quedaron los Reyes muy amigos, olvidadas ya todas las antiguas querellas que entre sí tenian; que el miedo suele ser mas poderoso que la ira. En el entretanto de todas partes acudian á Sevilla muchas gentes de guerra. Juntábase el exército tanto con mayor priesa y diligencia, porque vino aviso que Albohacen y el Rey de Granada tenian cercada á Tarifa. Sentaron sobre ella sus reales en veinte y tres de setiembre; combatíanla furiosamente con trabucos, con mantas y picos, con que pretendian arrimarse á los adarves y hacer entrada: para acrecentar el miedo á los cercados edificaban grandes torres de madera, y aunque los cercados tenian buena guarnicion, teniase miedo que no podrian mucho tiempo sufrir el cerco. El Rey temeroso no entregasen la ciudad, por este temor con mucha diligencia solicitaba el socorro, y á los cercados

se les daba cierta esperanza de brevemente acudilles. Despues que el Rey tornó á Sevilla, dende á pocos dias llégó el Rey de Portugal con mil caballos: gente de estimar mas por su esfuerzo y valor que por el número, que era pequeño. Puestas en orden y apercebidas todas las cosas necesarias para la jornada, partieron de la ciudad de Sevilla, donde se hacía la masa, con determinacion de forzar al enemigo á que levantase el cerco, ó dalle la batalla. Tenian grande ánimo y esperanza de alcanzar victoria, no obstante que apenas tenian la quarta parte de gente que los moros. Los de á caballo eran catorce mil, y los de á pie serían hasta veinte y cinco mil. Con este exército marcharon poco á poco la via de Tarifa. Los Reyes moros avisados del desiño que los nuestros llevaban, pegaron fuego á las máquinas y torres con que combatian la ciudad; y por si se viniese á las manos, para mejorarse de lugar ocuparon con sus gentes unos cerros cercanos á sus reales. No se fortificaron mucho, por tener entendido que consistia la victoria en venir luego á las manos. Llegaron los nuestros á una aldea que se llama la Peña del ciervo: alli descubrieron los enemigos, y se hizo consejo de capitanes para consultar lo que se debia hacer. Tomóse resolucion que á la media noche se enviasen á Tarifa mil caballos y quatro mil infantes para que estuviesen de guarnicion y asegurasen la plaza: juntamente llevaban orden al tiempo de la pelea de acometer á los enemigos por un lado, y echarlos de los cerros; á los demas se les mandó que descansasen y tomasen refresco, y que estuviesen apercebidos para dar al amanecer en los enemigos. Hubo grande regocijo aquella noche en nuestros reales: hiciéronse muchos votos y plegarias, y á bandas y esquadr as se prometian y conjuraban de en los peli-

gros favorecerse los unos á los otros, y de no volver á sus casas si no era con la victoria. Al apuntar del alba los Reyes y con su exemplo los demas del exército confesaron y recibieron el Santísimo Sacramento de la Euchàristía: luego se formaron los esquadrones en orden de batalla. Dióse la avanguardia á don Juan de Lara, y á don Juan Manuel y al maestre de Santiago: la retaguardia se encomendó á don Gonzalo de Aguilar: don Pero Nuñez quedó de respeto con buen golpe de gente de á pie. El cuerpo y fuerzas del exército quedó á cargo de los Reyes, acompañados del arzobispo de Toledo don Gil de Albornoz, y de otros obispos y grandes del reyno. El pendon de la cruzada por mandado del Papa le llevaba un caballero frances llamado Iugo: todos los soldados iban señalados con una Cruz colorada en los pechos como aquellos que iban á pelear contra los infieles en defensa de la religion y de la Cruz. El Rey de Portugal tomó á su cargo de acometer al Rey de Granada: hacíanle compañia con su gente los maestres de Alcántara y de Calatrava. El Rey de Castilla ya que tenia las haces en orden y á punto de arremeter contra Albohacen, animó á los suyos y los inflamó á la batalla con estas razones: «Tened por »cierto, mis caballeros, y creedme que esta desor»denada muchedumbre de bárbaros, allegada de mu»chas gentes sin delecto ni orden alguno, la ha trai»do á nuestra España una profunda avaricia, y una »sed insaciable de reynar, y un mortal é implacable »odio que tienen al nombre christiano, y no alguna »justa causa que tengan para movernos guerra. No »vos atemorice su innumerable multitud, porque ella »misma los ha de destruir. Los unos á los otros se »embarazarán de manera, que ni podrán guardar sus »ordenanzas, ni entender lo que se les mandáre.

»Quanto cada uno se mostráre mas sin miedo, y cui»dáre menos de su persona, tanto estará mas seguro; »que á ninguno le está bien poner la esperanza de »su vida en los pies, sino en sus manos y esfuerzo: »volved valerosamente la cara al enemigo, y no las »espaldas ciegas para ser heridas de los contrarios. »Vémonos en tiempo que ó hemos de darnos por es»clavos á los moros, ó tenemos de pelear animosa»mente por la patria, por nuestras mugeres y hijos, »y por nuestra santísima fé, con cierta y no vana es»peranza de alcanzar una gloriosísima victoria; que »si otra cosa sucediere, dónde con mayor provecho »ni mas honradamente podemos arriscar las vidas que »mañana se han de acabar? qué cosa nos puede ser »mas saludable, que con un brevísimo dolor ganar »aquellas perpétuas sillas celestiales? que es lo que »aquella Santísima Cruz nos promete, á quien tene»mos por amparo y guia en esta jornada, y lo que »los obispos nos aseguran y conceden. Ea pues, sol»dados y amigos, alegres y sin ningun recelo acome»ted y herid en vuestros mortales enemigos." Dada la señal, luego emperazon los esquadrones á adelantarse y moverse ácia el enemigo. Corria entre los dos campos un rio que llaman el Salado, de quien esta memorable batalla y victoria tomó el nombre (que se llamó la del Salado) y dende á poco espacio entra en el mar. Los que primero le pasasen, eran los primeros á pelear. Envió el Rey bárbaro dos mil ginetes para que estorbasen el paso. Entretanto él, arrogante y muy hinchado con la esperanza de la victoria que ya tenia por suya, habló á sus esquadrones en esta manera: «Si mirára solamente á nuestra »edad, y á los grandes hechos que en Africa hemos »acabado, ninguna cosa nos faltaba ni para gozar »desta vida, ni para que de nosotros en los venide-

»ros tiempos quedase un glorioso nombre y perpétua »fama, pues con vuestro esfuerzo, valerosos solda »dos, tenemos ya sugetas todas las provincias que con »nuestro imperio confinan. El amor de nuestra na- »cion, y el deseo del aumento de nuestra sagrada »y paterna religion, y vuestros ruegos me hicieron »pasar en España. Cosa fea sería no cumplir en la »batalla lo que en tiempo de la paz me teneis prome- »tido; y mal parecerá ser floxos en la pelea, y en »sus casas hacer grandes amenazas y blasones. Quan- »do nuestros enemigos fueran otros tantos como nos, »estuviera yo en vuestro valor bien confiado: quan- »do el peligro fuera cierto, sin duda tuviera por me- »jor quedar todos muertos en el campo, que mos- »trar ninguna flaqueza: al presente teneis llana la »victoria, nuestros enemigos son pocos, mal arma- »dos, sin disciplina militar y con menos uso de la »guerra; lo que mas al presente se puede temer, es »no sea caso de menos valer venir á las manos con »gente semejante aquellos que han domado la pode- »rosa Africa, pues de qualquiera manera que á ellos »les avenga, les será mucha honra contrastar con »nosotros. Tened presentes aquellas insignes victo- »rias de Fez, de Tremecen y del Algarve. Pelead »con aquel ánimo y con aquella confianza que es »razon tengan concebida en sus pechos los que estan »acostumbrados á vencer. Acometed con gallardía, »tened firme en los peligros, menospreciad vuestros »enemigos, y aun la misma muerte." De parte de los christianos guiaron al rio y llegaron los prime- ros don Juan de Lara y don Juan Manuel: estuvie- ron un rato parados, no se sabe si de miedo, si por otra ocasion; pero es cierto que se sospechó y der- ramó por todos los esquadrones que estaban conju- rados, y que lo hacian de propósito. Los dos her-

manos Lassos, Gonzalo y García, pasado un pequeño puente, fueron los primeros que comenzaron á pelear. Cargó muy mayor número de enemigos que ellos eran: estaban estos caballeros muy apretados, socorriólos Alvar Perez de Guzman, siguiéronles los demas. El Rey de Portugal caminaba á la parte siniestra por la ladera de los cerros. El Rey de Castilla con un poco de rodeo que hizo la vuelta de la marina, con grande ímpetu dió en los moros. Alzaron de ambas partes grandes alaridos, animábanse unos á otros á la batalla, peleábase por todas partes valerosamente. Detiénense los esquadrones; y á pie quedo se matan, hieren y destrozan. Los capitanes hacen pasar los pendones y banderas á aquellas partes donde es la mayor priesa de la batalla, y donde veen que los suyos tienen mayor necesidad de ser acorridos. Ciertas bandas de los nuestros se apartaron de la hueste por sendas que ellos sabian: dieron en los reales de los moros, y desbaratada la guarnicion que los guardaba, se los ganaron. Destruyeron y robaron quanto en ellos hallaron. Visto esto por los moros que andaban en la batalla, y hasta entonces se defendian valientemente, comenzaron á desmayar y retraerse, y á poco rato volvieron las espaldas, y fueron puestos en huida. Fue grande la matanza que se hizo, murieron en la batalla y en el alcance docientos mil moros, cautivaron una gran multitud dellos; de los christianos no murieron mas de veinte, cosa que con dificultad se puede creer, y que causa grande espanto. Los soldados de la armada fueron de poco provecho, porque todos los aragoneses sin faltar uno se estuvieron dentro de sus naves. No se hallaron los navarros en esta batalla, porque su Rey don Philipe se hallaba embarazado en las guerras de Francia. Era gobernador de Navarra Reginaldo Pon-

cio hombre de nacion frances. Don Gil de Albornoz arzobispo de Toledo nunca se quitó del lado del Rey de Castilla, que siendo en la batalla casi desamparado de los suyos, se iba á meter con grande furia donde se via el mayor golpe de los moros; mas el arzobispo le echó mano del brazo y le detuvo: díxole con una grande voz no pusiese en contingencia una victoria tan cierta con arriscar inconsideradamente su persona. Ganóse esta batalla el año de mil y trecientos y qua- 1340.
renta de nuestra salvacion. Del dia varían los historiadores, empero nosotros de certísimos memoriales tenemos averiguado que esta nobilísima batalla se dió lunes treinta de octubre, como está señalado en el kalendario de la iglesia de Toledo, do cada año por antigua constitucion con mucha solemnidad y alegria se celebra con sacrificios y hacimiento de gracias la memoria desta victoria.

CAPITULO VIII.

De lo restante desta guerra.

Los moros vencidos y desbaratados se recogieron á Algezira: dende por no confiarse de la fortificacion de aquella ciudad, con temor de ser asaltados de los nuestros, el Rey de Granada se fue á Marbella y Albohacen á Gibraltar, y la misma noche se pasó en Africa por miedo que su hijo Abderrahman, á quien dexára por gobernador del reyno, no se alzase con él quando supiese la pérdida de la batalla; que los moros no guardan mucho parentesco ni lealtad con padres, hijos ni mugeres: cásanse con muchas segun la posibilidad y hacienda que cada uno alcanza, y con la multitud dellas y de los hijos se mengua y divide el amor, y las unas y las otras se estiman y quieren

poco. Asi Albohacen no sintió mucho le hobiesen cautivado en esta batalla á su principal muger Fatima hija del Rey de Tunez, y otras tres de sus mugeres, y á Abohamar su hijo: otros dos hijos de Albohacen fueron muertos en la batalla. Los reales de los moros se hallaron llenos de todo género de riquezas asi del Rey como de particulares, costosos vestidos, preseas, y tanta cantidad de oro y plata que fue causa que en España abaxase el valor de la moneda y subiese el precio de las mercadurías. Nuestros Reyes victoriosos se volvieron la misma noche á los reales: de los soldados los que executaron el alcance, volvieron cansados de herir y matar, otros que tuvieron mas codicia que esfuerzo, tornaron cargados de despojos. El dia siguiente se fueron á Tarifa, repararon los muros que por muchas partes quedaron arruinados, bastecíeronla, y pusieron en ella un buen presidio. El miedo que tenian los moros era grande, y parece fuera acertado poner luego cerco sobre Algezira; pero desistieron de la conquista de aquella ciudad á causa que no venian apercebidos de mantenimientos y mochila sino para pocos dias, de que se comenzaba á sentir falta. Por esto y porque ya entraba el invierno, les fue forzoso á los Reyes volverse á Sevilla. Alli fueron recebidos con pompa triumphal: salióles á recebir toda la ciudad, niños y viejos, eclesiásticos y seglares, y todos estados de gente. Llamábanlos con alegres y amorosas voces augustos, libertadores de la patria, defensores de la fé, príncipes victoriosos. En toda España se hicieron muchas procesiones para dar gracias á Dios nuestro Señor por tan alta victoria como les diera, grandes fiestas y alegrias, y luminarias por todo el reyno. El Rey de Portugal de toda la presa de los moros tomó algunos jaeces y alfanges para que quedasen por memoria y señal de tan insigne victoria.

Diéronsele algunos esclavos, y volvióse á su reyno, ganada grande fama y renombre de Defensor de los christianos y de Capitan valeroso. Acompañóle su yerno el Rey de Castilla hasta Cazalla de la sierra. De la presa de los moros envió á Aviñon al Papa Benedicto en reconocimiento un presente de cien caballos con sendos alfanges y adargas colgados de los arzones, y veinte y quatro banderas de los moros, y el pendon real y el caballo con que el mismo Rey don Alonso entró en la batalla, y otras cosas. Salieron un buen espacio los cardenales á recebir el embaxador por nombre Juan Martinez de Leyva, que llevaba este mandado. El Papa despues de dicha la missa (como es de costumbre) en accion de gracias á nuestro Señor, delante de muchos príncipes y de toda la corte predicó y dixo grandes cosas en honra y alabanza del Rey don Alonso. Despues desto hizo el Rey de Castilla almirante del mar á un caballero ginoves llamado Gil Bocanegra, y le encomendó guardase el estrecho de Gibraltar, porque los moros no rehiciesen su armada y volviesen á entrar en España: esto por gratificar á los ginoveses lo que sirvieron en esta jornada; y tambien porque como era acabada la guerra no mandasen volver sus galeras, como lo hicieron los aragoneses y portugueses, bien que despues las volvieron á enviar en mayor número que de antes, á instancia y ruego del mismo Rey de Castilla, que se recelaba y con él todos los hombres inteligentes y de mas prudencia juzgaban que los moros no sosegarian, sino que rehecho que hobiesen su exército, á la primavera volverian á España y acometerian de nuevo su primera demanda.

CAPITULO IX.

Del principio de las alcabalas.

Libres de un miedo tan grande asi el Rey como los españoles por la victoria que ganaron á los moros cerca de Tarifa, creciéles el ánimo y deseo de desarraygar del todo las reliquias de una gente tan mala y perversa. Trataban de llegar dinero para la guerra, que se entendia sería larga. El oro y plata que se ganó á los moros, lo mas dello se despendió en hacer mercedes y premiar los soldados, y en pagarles el sueldo que se les debia: el reyno se hallaba muy falto y gastado con los tributos y pechos ordinarios: solos los mercaderes eran los que restaban libres, ricos y holgados; todos los demas estados pobres y oprimidos con lo mucho que pechaban. En Ellerena y en Madrid concedió el reyno un servicio extraordinario, de que se llegó una razonable suma de dinero, pero era muy pequeña ayuda para tan grandes gastos como tenian hechos y se recrecian de nuevo. Sin embargo en el
1341. principio del año de nuestra salvacion de mil y trecientos y quarenta y uno desde Córdova, do se mandó juntar el exército, se hizo entrada en el reyno de Granada: alcanzaron una famosa victoria mas con industria y arte que con poder y fuerzas: enviaron algunas naves cargadas de mantenimientos para desmentir al enemigo con dar muestra que se queria poner cerco sobre Malaga; ocupáronse los moros y embebeciéronse en bastecerla, y luego el Rey de improviso cercó á Alcalá la Real, que se le entregó á partido en veinte y seis de agosto con que dexase salvos y libres á los de la villa. Causó esta pérdida grande dolor á los moros por ver cómo fueron engañados. Tomada esta villa, Priego, Rutes, Benamexir y otras

villas y castillos de aquella comarca se rindieron al Rey, unas dellas por su voluntad se entregaron, y otras fueron entradas por fuerza: sucedian á los vencedores todas las cosas prósperamente, y á los vencidos al contrario: asi acontece en la guerra. Volvióse el exército á invernar, y en lugares convenientes se dexaron presidios para que guardasen las fronteras. Tenia el Rey puesto todo su cuidado y pensamiento en cercar á Algezira, y en allegar para ello dineros de qualquiera manera que pudiese. Aconsejáronle que impusiese un nuevo tributo sobre las mercadurías. Esta traza que entonces pareció facil, despues el tiempo mostró que no carecia de graves inconvenientes: es tan corto el entendimiento humano, que muchas veces viene á ser dañoso aquello que primero se juzgó prudentemente que sería provechoso y saludable. Tomado este consejo, el Rey se partió para Burgos ciudad principal: dexó la frontera encargada al maestre de Santiago. Tuvo la Pascua de Navidad en Valladolid en el principio del año de mil y trecientos y qua- 1342.
renta y dos. Llamó el Rey á Burgos muchos grandes y prelados, y en particular á don Gil de Albornoz arzobispo de Toledo, y á don Juan de Lara, y á don Garcia obispo de Burgos para que terciasen y grangeasen las voluntades. Por la grande instancia que el Rey y estos señores hicieron, los de Burgos concedieron al Rey la veintena parte de lo que se vendiese, para que se gastase en la guerra de los moros: concedióse otrosí por tiempo limitado, tan solamente mientras durase el cerco de Algezira. A imitacion de Burgos concedieron lo mismo los de Leon y casi todas las demas ciudades del reyno. El ardiente deseo que entonces todos tenian de acabar la guerra de los moros, los allanaba: ninguna cosa les parecia demasiada. Adelante, perdido ya el miedo, el uso ha en-e-

ñado quán oneroso sea este tributo si por rigor se cobrase. Los ministros reales por grangear el favor del Rey procuraban acrecentar las rentas reales con mucha industria. El próspero suceso de muchos que han seguido este camino, hace que sean muy validas mañas semejantes. Llamóse este nuevo pecho ó tributo Alcabala, nombre y exemplo que se tomó de los moros. Alentaron al reyno para que esto concediese, unas nuevas que á esta sazon vinieron que los nuestros habian vencido la armada de los moros. Estaban en Ceuta en la costa de Africa ochenta y tres galeras para renovar la guerra, y en el puerto de Bullon otras doce: á estas diez galeras nuestras que sobrevinieron á la primavera, antes que tuviesen tiempo de poderse juntar con las demas de su armada, las embistieron y destrozaron: despues toda la armada de los moros que aportó á la boca del rio Guadamecil, fue vencida en una muy reñida y memorable batalla. Tomaron y echaron á fondo veinte y cinco galeras de los enemigos, y mataron dos generales, el de Africa y el de Granada. No se hallaron en esta batalla las galeras de Aragon; verdad es que al volver de Aragon do eran idas, vencieron junto á Estepona trece galeras que encontraron de los moros, cargadas de bastimentos: rindieron quatro dellas y echaron dos al fondo; las demas se pusieron en huida, y se salvaron en la costa de Africa. No parecia sino que la tierra y el mar de acuerdo favorecian y ayudaban á la felicidad y fortaleza de los christianos. Diéraseles mayor rota, si en Guadamecil fueran por mar y por tierra acometidos los moros: con determinacion de hacerlo asi era ido el Rey á muy largas jornadas á Sevilla, y despues á Xerez, en do le dieron la nueva de la victoria. Un caso que sucedió, forzó á los nuestros á dar la batalla: en la menguante del mar quedaron encalladas en

unos baxíos tres naves de las nuestras; y como los moros las acometiesen, fue forzoso para defendellas trabar aquella batalla muy reñida y porfiada.

CAPITULO X.

Del cerco de Algezira.

Con tantas victorias como por mar y por tierra se ganáran, tenian esperanza que lo restante de la guerra se acabaria muy á gusto: nuestra armada estaba junto á Tarifa en el puerto de Xatarez. Alli fue el Rey con el deseo grande que tenia de conquistar á Algezira, para por mar reconocer el sitio della y la calidad de su tierra. Parecióle que era una principal ciudad, y su campaña muy fértil, y los montes que la cercaban, hermosos y apacibles: veíanse muchos molinos, aldeas y casas de placer esparcidos por aquellos campos quanto la vista podia alcanzar. Con esto, y con que de los cautivos se sabía que la ciudad no estaba bien bastecida de trigo, se encendió mucho mas el ánimo del Rey en el deseo de ganarla, y quitar á los moros una guarida tan fuerte y segura como alli tenian; que ganada, todo lo demas juzgaba le sería facil. Este ardor y deseo del Rey le entibiaba el verse con pequeño exército y pocos bastimentos; mas no obstante esto, con grande presteza juntó algunas compañías de los pueblos comarcanos y llamó de por sí á muchos grandes. Vino el arzobispo de Toledo don Gil de Albornoz, don Bartholomé obispo de Cadiz, y los maestres de Calatrava y Alcántara con buena copia de caballeros. Los concejos de Andalucía movidos con el deseo grande que tenian de que esta conquista se hiciese, enviaron á su costa mas gente de aquella que por antigua costumbre tenian obligacion de en-

viar; y como quier que al que desea mucho una cosa, qualquiera pequeña tardanza se le hace muy larga, el Rey para proveer bastimentos y municiones y lo demas necesario á esta guerra se partió á la ciudad de Sevilla. Habíanse juntado dos mil y quinientos caballos, y hasta cinco mil peones: con este exército se puso el cerco á Algezira en tres del mes de agosto. La guarda del mar se encomendó á las armadas de Castilla y de Aragon, porque los portugueses despues de la batalla que se dió en el rio Guadamecil, se volvieron á Portugal sin que en ninguna manera pudiesen ser detenidos. Entendíase que los cercados confiados en la fortaleza de la ciudad, y en la mucha gente que en ella tenian, no se querrian rendir, ni entregar la ciudad. Era la guarnicion ochocientos hombres de á caballo, y al pie de doce mil flecheros, bastante número no solo para defender la ciudad, sino tambien para dar batalla en campo abierto. Hacían los moros muchas salidas, y con varios sucesos escaramuzaban con los nuestros: ganóseles la torre de Cartagena, puesta cerca de la ciudad. El Rey estuvo un dia en harto peligro de ser muerto con un puñal que para ello un cautivo arrebató á un soldado: hiriérale malamente, si de presto no se lo estorbáran los que se hallaron con él. Entendíase que el cerco iria muy á la larga: comenzaron á traer madera y fagina, y hacer fosos y trincheas, que servian mas de atemorizar los cercados que no de provecho alguno. Entretanto que en esto andaban, en el mes de setiembre con grandísimo pesar del Rey la armada de Aragon se fue con achaque de la guerra de Mallorca para donde el Rey de Aragon se apercebia; verdad es que despues á ruegos del Rey de Castilla le envió diez galeras de socorro con el vice-almirante Matheo Mercero: desde algunos dias le socorrió de otras tantas con el capitan

Jayme Escrivá ambos caballeros valencianos. Murió á esta sazon el maestre de Santiago de una larga enfermedad, varon en paz y en guerra muy señalado, y en este tiempo por la privanza que tenia con el Rey, muy estimado. Dióse esta dignidad en los mismos reales á don Fadrique hijo del Rey, si bien por su poca edad aun no era suficiente para el gobierno de la religion. En el mes de otubre sobrevinieron tan grandes lluvias que todo quanto tenian en los reales destruyó y echó á perder. Comenzaron asi mismo á sentir muchas descomodidades, en particular era grande la falta de dinero; que por estar el reyno muy falto y gastado le fue forzoso al Rey de pedirle prestado á los príncipes amigos, al Papa Clemente VI. que sucedió á Benedicto, á los Reyes de Francia y de Portugal. Don Gil de Albornoz arzobispo de Toledo fue para esto con embaxada á Francia: prestó aquel Rey cincuenta mil escudos de oro, veinte mil se dieron luego de contado, los demas en polizas para que á ciertos plazos se pagasen en bancos de Génova: el Papa Clemente VI. al tanto otorgó cierta parte de las rentas eclesiásticas. Era esto pequeño subsidio para tan grandes empresas; pero la constancia grande del Rey lo vencia todo. Los cercados por entender que mientras el Rey viviese no podian tener sosiego ni seguridad, hicieron grandes promesas á qualquiera que le matase: decian que se haria un gran servicio á Mahoma en matar á un tan gran enemigo de los moros. No faltaban algunos que con semejante hazaña pensaban quedar famosos y ennoblecidos, sin temor del riesgo á que ponian sus vidas, que es lo que suele ser estorbo para que no se emprendan grandes hechos. Un moro tuerto de un ojo, que fue preso, confesó venia con intento de matar al Rey, y que otros muchos quedaban hermanados para hacer lo.

mismo: asi lo confesaron dende á pocos dias otros dos moros que fueron presos y puestos á qüestion de tormento; pero á los que Dios tiene debaxo de su amparo, los libra de qualquier peligro y desman. Los Reyes moros deseaban socorrer á los cercados: el Rey de Marruecos estábase quedo en Ceuta por no estar asegurado de su hijo Abderrahman, al qual por este tiempo costó la vida el intentar novedades. El Rey de Granada no se atrevia con solas sus fuerzas á dar la batalla á los nuestros; mas porque no pareciese que no hacía algo, envió algunas de sus gentes á que corriesen la tierra de Ecija, y él fue á Palma, pueblo que está edificado á la junta de los dos rios Xenil y Guadalquivir, saqueó y quemó esta villa. No osó dexar en ella guarnicion, ni detenerse mucho en aquella comarca, porque tenia aviso que las ciudades vecinas se apellidaban contra él. La otra gente fue desbaratada por Fernando de Aguilar, que salió á ellos y les quitó una grande presa que llevaban. Era ya entrado el año
1343. de mil y trecientos y quarenta y tres, y en Algezira aun no se hacía cosa alguna que fuese de importancia, solamente se entendia en algunos pertrechos que Iñigo Lopez de Horozco por mandado del Rey solicitaba. Hiciéronse fosos, trincheas, y en contorno de la ciudad se labraron unas torres ó castillos de madera, y trabucos y máquinas para batir los muros. Mas eran tantas las defensas, preparamentos y tiros que de antiguo tenia la ciudad, que con ellos todo el trabajo y diligencia de los nuestros era perdido y sin efecto, y las máquinas las hacian pedazos con piedras que de los muros arrojaban; especial, que el lugar no era á propósito para poder cómodamente arrimar las máquinas á la muralla, y ni los soldados podian tenerse en pie por la aspereza del lugar, ni menos sin gran peligro podian andar ni estar en los ingenios. En el

estrecho de Gibraltar hay dos senos en el tamaño desiguales, pero de una misma forma: Tarifa está puesta sobre el menor, y un poco apartada estaba Algezira, asentada sobre el mayor en un cerro de subida ágria y pedregosa; y dexado en medio un espacio, dividíase en dos partes, en la vieja y en la nueva: cada qual tenia sus muros enteros y barbacana, como si fueran dos pueblos: era esta ciudad en España la silla del imperio africano, nobilísima y hermosísima. La grande diligencia del Rey y la guarda de los soldados hacía que no entraban á los cercados bastimentos, excepto algunos pocos que sin verlos, cubiertos con la obscuridad de la noche, les metian en algunas barcas: muy pequeño refrigerio para los que ya padecian hambre y necesidad.

CAPITULO XI.

De la toma de Algezira.

Gastados muchos dias y trabajos en el cerco, no se hacía cosa de importancia. Los nuestros se hallaban dudosos y suspensos, pensaban de dia y de noche quál de dos cosas sería la mejor, si levantar el cerco porque era sin algun provecho el proseguirle y continuar, si esperar el fin de la guerra que en lo demas les era favorable. El Rey se recelaba de perder algo de su honra y reputacion, principalmente que ya tenia consumido el dinero que le prestaron el Papa y el Rey de Francia (que el de Portugal ninguna cosa contribuyó) y tenia falta en bastimentos, y el número de los soldados cada dia era menor: los mas sagaces le aconsejaban que hiciese algun buen concierto con el enemigo. Siendo medianero, y llevando recaudos de una parte á otra Ruy Pavon, primero se trató de

paz, y despues de que se hiciesen treguas; pero todos estos tratados salieron vanos por estar puesto el Rey de Castilla en no hacer acuerdo ninguno con el Rey de Granada, si primero no dexaba la amistad de Africa, la qual quitada, qué le quedaba al que se sustentaba y entretenia mas con las fuerzas agenas que con las suyas propias? El Rey de Granada, perdída ya la esperanza de concertarse con el Rey, acercó sus reales al rio Guadiarro á cinco leguas de Algezira, con que antes daba á entender el miedo que tenia, que no que se pensase venia con ánimo de presentar la batalla. En el puerto de Ceuta tenian aprestada una gruesa armada, allegada de las fuerzas de toda la Africa, para luego que diese lugar el tiempo pasar en España. Venian estos de refresco y descansados: los christianos se hallaban quebrantados con los contínuos trabajos y incomodidades. Las cosas de España que corrian gran riesgo, los Santos Patrones della las ampararon, y la perpétua felicidad y constancia grande con que el Rey vencia todos los males y dificultades que ocurrian. Asi en unos mismos dias le vino un buen número de gente de socorro de Inglaterra, de Francia y de Navarra, lugares muy apartados los unos de los otros: acudieron muchos señores y nobles á ayudarle. De Inglaterra con licencia del Rey Eduardo los condes de Arbid y de Soluzber: de Francia el conde de Fox con su hermano don Bernardo y otros que se les juntaron. El Papa Clemente VI. Lemovicense, que el año antes fue electo en lugar de Benedicto, tenia concedida cruzada á los que se hallasen en esta santa guerra. El Rey don Phelipe de Navarra en el mes de julio, enviados delante muchos mantenimientos por mar, y dexando mandado le siguiese su exército por tierra, vino con gran priesa por no dexarse de hallar en la batalla, que cor-

ria fama sería muy presto. El Rey como era razon recibió muy gran contento con la venida destos príncipes, y á los nuestros con la cierta esperanza de la victoria les creció el ánimo y el aliento para pelear. Vinieron antes don Juan Nuñez de Lara y don Juan Manuel, y cada dia concurrian nuevas compañías de todo el reyno. Los moros, como vieron tan reforzado el exército del Rey, rehusaban dar la batalla. Afrentábalos Albohacen por ello, enviábales á preguntar la causa de su miedo. Respondieron que en la batalla pasada experimentaron harto á su costa quán grande fuese el esfuerzo y constancia de los christianos, y que ahora tenian mayores fuerzas por tener mayor número de soldados que entonces tenian: que de lexos no se podia dar consejo conveniente al tiempo y ocasiones que ocurrian, si tuviese por bien de pasar el estrecho, que ellos en ninguna cosa contradirian á su voluntad: que conservar su exército en tiempo tan peligroso y aciago les era mucho mas honra que pelear temerariamente con el enemigo, mas poderoso y mas bien afortunado. En el entretanto no dexaban los moros de pedir treguas con muchas embaxadas. Quisieron los embaxadores ver los reales: otorgó el Rey con su deseo. Púsoles en admiracion el concierto y buena disposicion de los pabellones, los soldados repartidos por sus quarteles, las calles de oficiales, las plazas como en una ciudad llenas de provision: parecíales todo tan bien que confesaron que los nuestros les hacían grande ventaja en la disciplina militar y policía, y que ellos en su comparacion sabian poco de aquel menester. Por el tratado de las treguas no se dexaba de combatir la ciudad con muchas armas y piedras que le arrojaban con los tiros: de la ciudad hacían otro tanto, en especial tiraban muchas balas de hierro con tiros de pólvora, que con grande estampido y no poco daño de

los contrarios las lanzaban en los reales. Esta es la primera vez que de este género de tiros de pólvora hallo hecha mencion en las historias. En el mes de agosto en Cervera en el condado de Urgel nació un niño con dos cabezas y quatro piernas. Creyeron aquellos hombres con supersticioso y vano pensamiento que el tal era prodigio que pronosticaba algun mal: por tanto para evitarle con su muerte le enterraron vivo. Sus padres conforme á las leyes fueron castigados como parricidas por executarse esta crueldad con su consentimiento. Este mismo año murió el Rey Roberto en Nápoles mas famoso por la aficion y estudio de las letras que señalado por el exercicio de las armas. Deste Rey fue aquel dicho: mas quiero las letras que el reyno. Volvamos á las cosas de Algezira. Los soldados estrangeros, en quien los primeros ímpetus son muy fervorosos y con la tardanza se resfrian, se fueron de los reales luego que vino el otoño, los de Inglaterra llamados de su Rey (asi quisieron se entendiese) y el conde de Fox, que dió asi mismo para irse por escusa el poco sueldo que á sus soldados se daba. Esto se decia: yo sospecho que les hizo volver á su tierra llevar mal los calores que en tiempo del estío hace en el Andalucía, y el estar quebrantados con las enfermedades y trabajos de la guerra. Aprueba nuestra congetura lo que despues sucedió, que el conde de Fox á la vuelta murió en Sevilla, y el Rey Philipo de Navarra, habida licencia del Rey, murió en Xerez. Sucedieron ambas muertes en el mes de setiembre: sus cuerpos fueron llevados á sus tierras. Con la ida destos príncipes cobraron avilenteza los enemigos, y mudado parecer, se determinaron de dar la batalla. Sesenta galeras de los moros que en el mes de otubre surgieron en Estepona, luego se pasaron á Gibraltar. Corría el rio Palmones entre los dos campos, y como dos y tres veces en

diferentes dias llegasen á encontrarse en el rio, finalmente al pasarle se vino á la batalla, en que los moros mostraron no ser iguales con gran parte á los españoles ni en fuerzas, ni en esfuerzo ni en disciplina militar: asi fueron en poco tiempo vencidos y puestos en huida. En la ciudad se padecia estrema necesidad de mantenimientos á causa que nuestra armada en dos veces les tomó dos galeras cargadas de bastimentos. Entraron cinco barcas en el principio del año de mil y trecientos y quarenta y quatro, y 1344.
y vueltos estos baxeles á Africa, dieron aviso que los cercados no se podian ya sustentar mas tiempo, ca estaban puestos en tan grande aprieto que les era fuerza perecer todos ó entregar la ciudad. Con esto los moros luego movieron prática y trataron de concertarse. En veinte y seis de marzo se entregó la ciudad con estos partidos: que el Rey de Granada, como feudatario del Rey de Castilla, pechase las parias que cada año le solia dar antes que se rompiese la guerra: que todos los cercados quedasen libres, y pudiesen irse con sus haciendas adonde quisiesen: concertáronse otrosí treguas con los Reyes moros por espacio y tiempo de diez años. Hechos los conciertos, muchos moros se pasaron á Africa. El Rey de Castilla entró en la ciudad con una solemne procesion en veinte y siete de marzo, y el siguiente dia se bendixo la iglesia mayor, y se le puso por nombre Santa María de la Palma, por ser Domingo de Ramos ó de las Palmas, y se celebraron en él los divinos oficios con gran solemnidad y regocijo. Los campos se repartieron á los soldados, que á porfia pasaban sus casas y menage á la ciudad, y se querian alli avecindar por la fertilidad y frescura de aquellas vegas y campos. Puestas en orden las cosas de Algezira, el Rey se partió para Sevilla. Alli le vino embaxada de

Eduardo Rey de Inglaterra para pedir al Rey don Alonso que su hijo legítimo don Pedro casase con su hija Juana. Don Alonso por entonces vino en ello, mas adelante no tuvieron efecto estos desposorios. Las voluntades de los príncipes son variables, y sin tener cuenta á las veces con su palabra conforme á las cosas y á las comodidades se mudan. En la batalla pasada de Tarifa cautivaron los nuestros dos hijas de Albohacen: estas por tenerle grato se le enviaron sin rescate. No quiso el bárbaro dexarse vencer de la liberalidad y cortesía del Rey, antes le envió luego desde Africa sus embaxadores con muy ricos presentes. La fama desta victoria hinchó á toda España y á todos los christianos de Europa de alegria por quedar acabada la guerra de los moros, dos poderosos Reyes vencidos, las fuerzas de Africa quebrantadas. Hiciéronse grandes fiestas y alegrias: todo género de gente, niños, viejos, religiosos, de todos estados y edades visitaban los templos, daban gracias á Dios, cumplian sus votos: no dexaban ningun género de alegria, ni de religiosa demonstracion de agradecimiento, con que publicaban el contento y regocijo singular que tenian concebido dentro de sus pechos.

CAPITULO XII.

De la guerra de Mallorca.

Durante el tiempo que las cosas sobredichas pasaban en el Andalucía, se revolvieron las armas de Aragon. Lo que resultó, fue que el Rey de Mallorca quedó despojado de su reyno paterno: grande desafuero del Rey de Aragon don Pedro el Ceremonioso, que era el que tenia mas obligacion á le defender y amparar. La insaciable y rabiosa sed de señorear le ce-

gó y endureció su corazon para que los trabajos y desastres de un Rey su pariente no le enterneciesen, ni considerase lo mal que parecia un hecho tan feo delante los ojos de Dios y de los hombres. Mompeller es una noble y rica ciudad de la Gallia Narbonense, que en otro tiempo solia estar sugeta á los obispos de Magalona, por cuya permision ó disimulacion tuvo esta ciudad señores particulares que eran feudatarios de estos prelados. Recayó este señorío primero en los aragoneses, y despues en los Reyes de Mallorca como y en la forma que arriba se mostró. Desta manera poco á poco fue en diminucion la autoridad y señorío de los obispos de Magalona, ca prevalece mas la fuerza y antojo de los Reyes que no la razon y la justicia. Como no pudiesen ellos recobrar su antigua autoridad y señorío, hicieron lo que pudieron, que fue vender (como vendieron mas de cincuenta años antes deste tiempo) este derecho por cierto precio y cantidad á los Reyes de Francia. Con color desta compra los franceses no desistian de requerir á los Reyes de Mallorca que les hiciesen el juramento y homenage que estaban obligados como sus feudatarios, y que á los vecinos de Mompeller se les permitiese apelar para París. Rehusaban hacerlo los de Mallorca: decian que el derecho de los señoríos no pendia de unos pergaminos viejos, sino de la moderna costumbre usada y guardada, y que pues los Reyes de Francia no tenian mas derecho que los obispos de Magalona, no debian, ni se les pudo dar mayor ni mejor accion de aquella que poseían los mismos prelados. Vínose á las armas, y por fuerza los franceses tomaron muchos pueblos de la jurisdiccion y señorío de Mompeller, y pusieron en ellos sus presidios. Apercebíase el Rey de Mallorca para la guerra: pidió al Rey de Aragon que aquello que poseia por gra-

cia y como feudo de Aragon, con sus armas le fuese conservado y defendido. El Rey de Aragon con una profunda astucia y sagacidad, y con una infinita ambicion contemporizaba con el Rey de Francia, y parecia pretendia mas agradarle que favorecer á su deudo. Entendia y deseaba que por tener de suyo pocas fuerzas, desamparado de otras ayudas, vendria á ser presa de sus vecinos. Con esto, aunque le instaba y pedia socorro, no le daba otra ayuda mas que buenas palabras. Tuvieron entre sí habla: respondió el Aragones á la demanda del Mallorquin que él haria lo que se le rogaba, en caso que el Rey de Francia no quisiese fenecer este pleyto por tela de juicio. Sobre este punto se enviaron de una parte á otra muchas embaxadas, todas con fin de poner dilacion al negocio, no con ánimo de dar algun socorro al necesitado. Para cubrir estas marañas con capa de justicia procuró de hacerle muchos cargos de graves culpas, y levantar muchos testimonios al miserable Rey. Que no reconocia sugecion á los Reyes de Aragon, y que aunque era llamado, no venia á las cortes: que en Perpiñan, sin poderlo hacer, labraba moneda baxa de ley, de cuño y peso no acostumbrado: sobre todo que en Barcelona, do vino debaxo de la fé y confianza de vistas, se conjuró para matar al Aragones; trato que descubrió la misma muger del de Mallorca, como la que mucho cuidaba de la vida del Rey su hermano: finalmente que trató con el Rey de Francia, con los potentados de Italia y con el mismo Rey de Marruecos de confederarse en daño de Aragon. Estos fueron los capítulos que le opusieron, no se sabe si verdaderos, si falsos: la fama fue que se los levantaron; á que hizo dar crédito la destruicion del desdichado Rey, y pensar que muy á tuerto le despojaron de su estado. Estos fueron los principios

de las desastradas discordias que el Papa y la Reyna de Nápoles doña Sancha parienta de ambos Reyes procuraron atajar, sin que pudiesen concluir cosa alguna. Los mallorquines (como suele acaecer en los señoríos pequeños) estaban muy cargados de nuevos pechos y tributos; y como quier que no esperasen ser relevados dellos, no les pesaba de mudar señor. Vino el negocio á rompimiento de guerra, y del cerco de Algezira fue llamado para esto el almirante del mar Pedro de Moncada, como arriba se dixo. Juntóse una poderosa armada, que entre grandes y pequeños tenia ciento y diez y seis baxeles: partió el Aragones del cabo de Lobregat, desembarcó en Mallorca, donde los isleños tenian juntados trecientos hombres de á caballo, y quince mil de á pie, toda gente allegadiza, flaca y de poca defensa. Fue luego desbaratado el Rey de Mallorca, y huyó á la ciudad de Poncia. De allí, perdída la esperanza de qualquier buen suceso, se pasó á tierra firme. Las voluntades de los isleños estaban inclinadas al Aragones, y es ordinario que al vencedor todo se le sugeta y todos le ayudan. Recibido juramento y homenage de fidelidad de los de las islas, y puesto por virrey Arnaldo de Eril, el Rey de Aragon se volvió con su armada á Barcelona. Los de Ruysellon y de Cerdania, que estan en los postreros linderos de España, y eran del Rey de Mallorca, fueron molestados con guerra, y les tomaron algunos pueblos. En esto sobrevino un cardenal, que el Papa envió por legado á estos príncipes para ponerlos en paz. Con su llegada cesó por unos pocos dias la guerra, demas que entraba ya el invierno, y no traxeron las máquinas que eran menester para batir las murallas de los pueblos. No prestó la diligencia del legado, ni la autoridad del Padre Santo. Pasado el invierno, por abril del año de mil y 1344.

trecientos y quarenta y quatro se renovó la guerra con mayor furia: talaron las mieses, quemaron los campos, las ciudades y villas unas por fuerza y otras de grado fueron tomadas. Algunos de los amigos del Rey de Mallorca le persuadian que era mejor confiarse del Rey de Aragon que no experimentar sus fuerzas; otros para muestra de muy fieles y bravos con palabras libres y arrogantes decian que antes moririan que consintiesen que se pusiese en manos de su enemigo: muéstranse antes de la batalla muy esforzados los que á las veces quando veen el peligro de cerca suelen ser los mas cobardes. El ánimo del Rey vacilaba congoxado con varios pensamientos, tenia empacho de que pareciese que alguno mas que él estimase la libertad; pero espantábale mucho y poníale grande miedo el verse con pocas fuerzas, ca no le quedaba ya otra cosa sino la villa de Perpiñan. Qué podia hacer en aquel aprieto? Engañóle su esperanza, y las buenas palabras de los terceros: en aquella duda escogió el consejo mas seguro que honrado. Envió con don Pedro de Exerica á decir al Rey que se pondria en sus manos, si le aseguraba primero su libertad y su vida. Con esperanza pues que le dieron, ó él temerariamente se tomó de recobrar su reyno por la clemencia y liberalidad del vencedor, acompañado de sus caballeros y de otros señores de Aragon, y con la seguridad que pedia, el mes de julio vino de Perpiñan á la ciudad de Elna, do el Rey de Aragon tenia sus reales. Llegado delante del Rey, hincadas las rodillas le besó la mano, y le habló en esta manera: «Herrado hé, Rey invencible, yo he »errado; pero mi yerro no ha sido de deslealtad ni »de traycion. Lo que se peca por ignorancia, la cle»mencia, virtud de Reyes y tuya propia, lo debe »perdonar á un Rey humilde, pariente y amigo, y que

»mientras sus cosas le dieron lugar acudió á vuestro »servicio con grande aficion; y con nuevos y ma»yores servicios de aqui adelante recompensará las »faltas pasadas. No ha sido uno solo el yerro que he »hecho en este caso, yo lo confieso; pero entonces »es mas de loar la clemencia quando hay mayor ra»zon de estar enojado. En lo demas yo soy vuestro, »de mí y de mi reyno haced lo que fuere vuestra »merced y voluntad: espero que usaréis conmigo be»nignamente, acordándoos de la poca estabilidad y »constancia de las cosas humanas." A esto el Rey de Aragon con rostro ledo y engañoso le acarició, escusóle su culpa, y le dixo que merecia ser perdonado por el arrepentimiento que mostraba. Los hechos fueron bien contrarios á las palabras. Poco despues en una junta de nobles que se hizo en Barcelona, le privó del título y honra real, y le señaló cierta renta para que se sustentase. Hallóse burlado el Rey de Mallorca: sintió quán pesada sea la caida de un reyno: al fin cayó en la cuenta, entendió que las palabras blandas de don Pedro de Exerica le engañaron, y sus esperanzas. Asi si bien se hallaba desnudo de todos amparos y defensas, trató de renovar la guerra: pasóse á Francia. Alli primero acudió al Papa Clemente, y como en él hallase poco amparo, con grande sumision se entró por las puertas del Rey de Francia, causa primera de aquella tempestad, y para los gastos de la guerra le vendió el señorío de Monpeller sobre que era el pleyto, por cien mil escudos de oro. El Frances y el Papa le recibieron debaxo de su proteccion y amparo, ayudáronle tarde y con tibieza, en fin se hobieron en este caso como suelen los hombres en peligro ageno. Volvió pues á renovar con gran furia la guerra en las islas y en los estados de Cerdania y de Ruysellon; pero no hizo otra

cosa sino acarrearse la muerte. Cinco años adelante en una batalla que se dió en Mallorca, fue vencido y muerto por los aragoneses: este fin tuvieron sus desdichas. Su cuerpo por mandado del Rey de Aragon depositaron en Valencia: sus hijos y los de su hermano don Fernando, que poco antes del tiempo de la guerra falleció, en pena del pecado y culpa (si asi se puede llamar) agena, pasaron su vida huidos, desamparados, presos, sin casa ni sosiego alguno: desgracia que á muchos pareció injustísima, que los hijos fuesen privados del derecho del reyno por qualesquier delitos de sus padres. En el mismo año que se ganó Algezira, y que el Rey de Mallorca fue despojado del reyno, con temeroso y descomunal ruido tembló la tierra en Lisboa, ciudad que está en la ribera del mar Océano; y con mucho espanto de las gentes temblaron los edificios y se cayó el cimborio de la iglesia mayor, principio y presagio segun se entendió de otros mayores males. Murió doña Costanza hija de don Juan Manuel, y muger del infan-
1345. te don Pedro de Portugal el año siguiente de mil y trecientos y quarenta y cinco. Sintieron ella y el marido menos su muerte porque él trataba amores con doña Inés de Castro dama muy apuesta que servia á la infanta, y la trataba casi con igual estado que á su muger. Lo que fue peor y sacrílego, que sacó la misma de pila al infante don Luis hijo de don Pedro que murió niño, y por el tanto entró en deudo con su padre. Quedaron dos hijos de doña Costanza don Fernando y doña María.

CAPITULO XIII.

De las revueltas que hobo en el reyno de Aragon.

Concluida la guerra de los moros con la felici-

dad que se podia desear, el Rey de Castilla libre deste cuidado pensó de castigar los agravios y desafueros que en el tempestuoso tiempo de la guerra era necesario hobiesen cometido muchos de los jueces y grandes del reyno. Junto con esto su mayor deseo era procurar que á exemplo de los de Burgos y Leon asi mismo los del Andalucía y reyno de Toledo le concediesen las alcabalas de las mercadurías que se vendiesen. En lo demas las cosas estaban sosegadas, y todo el reyno con una abundante paz florecia. En el reyno de Aragon resultaron nuevas revueltas, de que primeramente fue la causa el inquieto y perverso ingenio del Rey de Aragon, que pretendia ensanchar su reyno con trabar unas guerras de otras. Quexábase que las fuerzas del reyno quedaron enflaquecidas, y la magestad real disminuida con las dádivas y mercedes que sus antepasados indiscretamente hicieron. Ensoberbecido otrosí con el próspero suceso que tuvo contra el Rey de Mallorca, volvió su enojo contra su hermano carnal don Jayme, que le sintió estar inclinado á compadecerse y tener misericordia del Rey desposeido. Ademas que á los que señorean, siempre les son sospechosos aquellos que estan inmediatos á la sucesion del estado. Decíase en el reyno que por fuero y costumbre antigua de Aragon era don Jayme sucesor y heredero del reyno: que debian ser excluidas de la herencia paterna doña Costanza, doña Juana y doña María hijas del Rey, habidas en la Reyna su muger. Por esta razon hecho vicario y procurador del reyno, habia ganado las voluntades y amor de los nobles y del pueblo con su buen término, y trato llano y virtuoso sin fraude ni algun mal engaño. Llamóle el Rey un dia, mandóle dexar el oficio de procurador. Desta manera arrebatadamente y sin consejo se hacian to-

das las demas cosas, mayormente que por este tiem-
1346 po, que corria el año de nuestra salvacion de mil y trecientos y quarenta y seis, murió la Reyna de Aragon, muger de santísimas costumbres, y por el mismo caso desemejable de su marido: falleció cinco dias despues que parió un niño que vivió tan solamente un dia, con que el reyno tuvo un breve contento, destemplado en mucho pesar. Sepultóse el cuerpo desta señora en Valencia en la iglesia de San Vicente, si bien ella se mandó enterrar en Poblete, entierro antiguo de aquellos Reyes. Para que el Rey tuviese hijo varon con que se evitasen muchas revueltas en el reyno, luego se trató de volver á casarle: para este fin enviaron embaxadores al Rey de Portugal á pedirle á su hija doña Leonor. Deseaba su hermano don Fernando casarse con aquella infanta, confiado en el favor de su tio el Rey de Castilla, y por estar él en la flor de su juvenil edad. Venció como era forzoso en esta competencia el Rey de Aragon. Ayudó para ello primeramente don Juan Manuel, que por ser enemigo de doña Leonor de Guzman, y por el mismo caso tambien del Rey de Castilla, toda su voluntad tenia puesta en la del Rey de Aragon y en agradarle. Asi procuró y concluyó de casar á su hijo don Fernando con doña Juana prima hermana del Rey de Aragon, y hija de don Ramon Berenguel: con que quedaba emparentado con tres casas reales en parentesco muy estrecho, y por esto era el mas poderoso de los grandes del reyno. Los nobles de Aragon y de Valencia juntamente con el pueblo se comenzaron á alborotar: conjuráronse todos de guardar su libertad, mirar por sus fueros, y si menester fuese, defenderlos con las armas. Tomaron por ocasion deste alboroto la fuerza que á don Jayme conde de Urgel se hizo para que desistiese y se apar-

tase del derecho de la sucesion, y procuracion del reyno, y que se hacían leyes y publicaban edictos en nombre de doña Costanza hija del Rey de Aragon, como si ella hobiera de ser la sucesora y heredera del reyno. Señalaron y nombraron por conservadores de la libertad á Ximeno de Urrea, Pedro Coronel, Blasco de Alagon, y á don Lope de Luna, que era el mas principal de los nombrados por tener el señorío de Segorve, y estar casado con doña Violante tia del Rey. Hicieron cabeza de todos, como era necesario, á don Jayme conde de Urgel; y llamaron de Castilla (donde residian con su madre por no confiarse del Rey de Aragon) á sus hermanos don Fernando y don Juan con muchas cartas y embaxadas que les enviaron, con que ellos se determinaron de ir á Aragon: llevaron consigo quinientos hombres de á caballo, que les dió para su guarda su tio el Rey de Castilla. El Rey de Aragon no ignoraba que las fuerzas del pueblo alborotadas son furiosas en los principios, mas que despues con el tiempo y la dilacion se amansan y enflaquecen. Procuró hacer cortes en Zaragoza, en que para aplacar el pueblo, mas que por hacer el deber con sincera voluntad, restituyó á su hermano don Jayme la procuracion del reyno, y dado por ninguno lo que primero tenia decretado, fue declarado por heredero y sucesor del reyno. Con esto se volvieron á pacificar y sosegar las cosas: pero con la muerte que luego sucedió á don Jayme, se añubló la luz que comenzaba á resplandecer. El Rey de Aragon por dar priesa á sus bodas se fue á Barcelona, ca tenia mandado llevasen alli su esposa los que la traían de las últimas partes de Portugal. En aquella ciudad de Barcelona luego que alli llegó, falleció el ya dicho conde de Urgel de enfermedad en fin del año de mil y trecientos y quarenta y siete; fue fama que 1347.

le ayudaron con yerbas que le dieron, y que le vino este mal por la sospecha que dél se podia tener de que se queria alzar con el reyno. Celebraron las bodas sin ninguna señalada solemnidad por estar todo el reyno triste con la muerte y luto de don Jayme, y por la tempestad de revueltas que temian se les armaba. Enterróse su cuerpo en la misma ciudad en el monasterio de San Francisco. Los hermanos don Fernando y don Juan, que acabadas las cortes se tornaron á Castilla, comunicado el negocio en Madrid con su madre y con el Rey su tio, se hicieron cabezas de los pueblos amotinados; ayudóles el Rey de Castilla con ochocientos caballos. Con tanto don Fernando se fue á Valencia, y don Juan á Zaragoza. Su madre en Cuenca y en Requena, en que lo demas del tiempo residia, esperaba en qué pararian estas alteraciones, con grande cuidado de la salud de sus hijos. Enviáronse los Reyes sus embaxadores: de Castilla Fernan Perez Portocarrero para hacer las amistades entre los hermanos: de Aragon vino por embaxador Muñon Lopez de Thauste á quexarse de agravios, y á rogar que no se les diese ningun favor ni ayuda á los rebeldes. Otorgósele que el capitan Alvar García de Albornoz hiciese en Castilla seiscientos hombres de á caballo á sueldo del Rey de Aragon; el qual Rey no sin nota y menoscabo de la magestad real casi como quien pide perdon se fue á Valencia poco menos que á ponerse en manos de los conjurados: asi se vió en términos de que le perdiesen el respeto, y le maltratasen. Los del Rey y los del pueblo, como gente desavenida, los unos no se fiaban de los otros, antes se miraban á la cara, notábanse las palabras y semblante del rostro, y con afrentas y malas palabras que se decian, parece buscaban ocasion de revolverse y venir á las manos. Llegó el pueblo á alborotarse y á

tomar las armas, y con ellas en las manos entraron con furioso ímpetu y violencia en el palacio real con grande miedo de los cortesanos y de la gente de palacio. Llegó la cosa á términos que el Rey de necesidad hobo de subir en un caballo, y aventurarse á ponerse en medio de la gente alborotada para que con sus palabras y presencia se apaciguase. Concedióse al infante don Fernando que durante la vida del Rey fuese procurador del reyno, y despues de la muerte le sucediese en él; y que las hijas quedasen excluidas de la sucesion. Eran estos conciertos sacados por fuerza; y por esta razon se entendia que no serían firmes, ni durarian mucho. Ido el Rey, don Lope de Luna que ya se pasára á su servicio, no dexó las armas, antes á los conjurados les era un importuno y molesto enemigo, disimulándolo primero el Rey, y despues mandándoselo. Tenia sus gentes y reales en Daroca y su tierra. Don Fernando por impedir los intentos de don Lope partió de Zaragoza con quince mil hombres parte de á caballo y parte de á pie. Sentó su real cerca de Epila á la ribera del rio Xalon: no pudo tomar el pueblo porque era fuerte, quemó los campos y las mieses, que las querian ya segar: sobrevinieron en esto los del Rey, pelearon á banderas tendidas; los conjurados por ser gente popular, y mas para hallarse en alborotos y sediciones que para pelear en batalla reñida, fueron vencidos y desbaratados. Murieron en la batalla don Ximeno de Urrea y otros hombres principales, y su capitan don Fernando fue preso con una herida en la cara; mas el capitan Alvar García de Albornoz, á quien le dieron en guarda, le soltó y dexó ir libre á Castilla. Podíase temer qualquiera cosa de la severidad del Rey su hermano, que debió ser la ocasion de soltalle. No se sabe si se hizo esto sin que lo supiese don Lo-

pe de Luna, ó si lo disimuló mudado de parecer y trocado de voluntad, como ordinariamente suele acontecer en las guerras civiles. Bien se mostró quedar el Rey satisfecho dél, pues en premio de lo bien que en aquella guerra le sirvió, para honrarle le dió título de conde de Luna, cosa nueva y poco usada en Aragon. Despues desta victoria todo en Aragon quedó llano al Rey; y asentada la paz en Zaragoza, totalmente se deshizo la union y liga de los conjurados de suerte que no se oyó mas su nombre. La sucesion del reyno se confirmó á don Fernando: amplióse la autoridad del justicia de Aragon, con cuyo oficio por ley antigua del reyno se prevenia que el Rey no pudiese quitarles su libertad. Esto pasaba en
1348. Aragon el año mil y trecientos y quarenta y ocho de nuestra salvacion. Este año una gravísima peste maltrató primero las provincias orientales, y dellas se derramó y se pegó á las demas regiones, como á Italia, Sicilia, Cerdeña y Mallorca, y despues á todos los reynos y ciudades de España. Eran tantos los que morian, que se halló por cuenta en Zaragoza que en el mes de octubre morian cada dia cien personas: como era una infeccion del ayre, el curar los enfermos y tocarlos estendia mas la enfermedad por pegarse el mal á muchos; por donde los heridos ó se quedaban sin que hobiese quien los quisiese remediar, ó si los intentaban curar, daba luego la misma dolencia á los que se llegaban cerca del enfermo y á los que le curaban. El ver tantos enfermos y muertes habia ya endurecido de manera los corazones de los hombres que no lloraban los muertos, y se dexaban los cuerpos por enterrar tendidos en las calles (1). Desta peste y de su fiereza escribió larga-

(1) Lib. 3. Senil. epist. 1. & li. 10. ep. 2.

mente en sus epístolas Francisco Petrarchâ hombre deste tiempo, señalado en letras, mayormente en la poesía en lengua Toscana. Era grandísima lástima ver lo que pasaba en todos los pueblos y ciudades de España. La nueva Reyna de Aragon doña Leonor sin dexar hijos murió por este tiempo en Exerica, donde se retiró el Rey por miedo de la peste: su cuerpo sepultaron en el mismo lugar sin pompa ni aparato real. Con su muerte quedó el Rey libre para poderse casar tercera vez mas dichosamente que las pasadas, por los hijos que deste matrimonio tuvo. No se sosegaban los conjurados. Hizo el Rey á los alterados de Valencia en general guerra, y en particular justicia de muchos despues de habida la victoria: con el rigor y grandeza del castigo pretendia espantar á los demas, y que tomasen escarmiento y supiesen que no se debe temerariamente irritar la cólera é indignacion de los Reyes.

CAPITULO XIV.

Que se apaciguaron las discordias entre los caballeros de Calatrava.

Los caballeros de Castilla de la orden de Calatrava, y los de Aragon de la misma orden tenian entre sí grandes diferencias y scisma: en lugar de uno eligieron y tenian dos maestres, uno en Calatrava, otro en Alcañices. La cosa pasó desta manera. Don Garci Lopez maestre desta religion mas de veinte años antes deste en que vamos, fue acusado de gravísimos delitos y de traycion: oponíanle que siendo el Rey menor de edad, robó el reyno, y hizo muy poco caso de su religion y orden, de que en ellas se siguieron innumerables daños y desórdenes. Por estas y otras

cosas le citaron para que pareciese delante el Rey don Alonso de Castilla, y respondiese á lo que se le imputaba: no quiso parecer, antes se fue á Aragon ó por miedo de ser castigado como merecia, y le acusaba su conciencia, ó lo que es mas de creer, con temor de las cautelas y potencias de sus enemigos, ca los que le acusaban, eran los mas poderosos y mas ilustres de su orden. Esta fue la principal causa y principio de las diferencias y contiendas que tanto despues duraron. Con el favor del Rey de Aragon don Garci Lopez residia en Alcañices pueblo de la orden, y alli conservaba su autoridad. Exercitaba el oficio de maestre, no obstante que á instancia del Rey de Castilla fuera condenado en rebeldía y privado del maestrazgo. Eligieron en su lugar á don Juan Nuñez de Prado, de quien era fama y se decia que era hijo no legítimo de doña Blanca tia del Rey de Portugal, y abadesa del monasterio de las Huelgas de Burgos. Los abades de la orden del Cistel, que por instituto antiguo tenian poder de visitar esta religion, aprobaron y confirmaron la eleccion del nuevo maestre. Los freyles y caballeros aragoneses no se quisieron rendir ni obedecerle, antes muerto que fue don Garci Lopez, substituyeron en su lugar á don Alonso Perez de Toro, cuya eleccion de su voluntad, ó porque para ello fue inducido y engañado, confirmó Arnaldo, abad de Morimonte en la Francia, á quien de oficio competia hacer semejante ratificacion. Intentóse muchas veces de concordar estos caballeros; que ambas partes veían serles muy dañosa su division. Sobre esta razon los Reyes se enviaron diversas embaxadas que no tuvieron hasta este tiempo efecto alguno, quando por muerte de don Alonso Perez eligieron los de Alcañices á don Juan Rodriguez. Antes que esta postrera eleccion se confirmase, á instancia de los Reyes

de Castilla y de Aragon en Zaragoza, do á la sazon se hacían cortes, se juntaron ambos maestres y muchos caballeros de ambas naciones. Litigada la ca sa, el Rey de Aragon como juez árbitro que era, cerrado el proceso, por lo que dél resultaba sentenció conforme á las pretensiones y méritos de Castilla. Hízose otrosí constitucion que de alli adelante fuese habida por verdadera y canónica eleccion de maestre la que hiciesen aquellos caballeros en Calatrava: á don Juan Rodriguez se le quitó el oficio y título de maestre, y en recompensa se le dió la encomienda mayor de Alcañices con jurisdiccion sobre todos los freyles y caballeros de Aragon; y aun se proveyó que el maestre no pudiese proveer cosa alguna tocante al comendador mayor y los caballeros aragoneses mientras durase la vida de los presentes, si no fuese con consejo de los abades de Poblete y de Veruela. Prevenian con esto que por envidia y emulacion no se les hiciese algun agravio. En esta forma se concordaron los caballeros de Calatrava, y las divisiones que entre sí tenian, se acabaron en veinte y cinco del mes de agosto. Los juicios de los hombres son varios: muchos fueron de parecer y murmuraban que en estas cosas no se procedió conforme al punto y rigor de derecho, sino por respeto y á voluntad del Rey de Castilla. En este mismo tiempo don Luis conde de Claramonte hijo de don Alonso de la Cerda, á quien llamaban el Desheredado, ponia en orden una armada en la ribera de Cataluña con licencia y ayuda del Rey de Aragon y por concesion del Papa que dos años antes le adjudicára las islas de Canaria, llamadas por los antiguos Fortunadas (1). Dióle aquella conquista el Sumo

(1) Petrarc. lib. 2. de vita solitaria.

Pontífice con título de Rey, y que como tál hizo un solemne paseo en Aviñon. Púsole por condicion que aquellas gentes bárbaras hiciese predicar la fé de Christo. Será bien, pues esta ocasion se ofrece, decir algo del sitio, de la naturaleza y del número de estas islas, y en qué tiempo se hayan encorporado en la corona de los Reyes de Castilla. Al salir de la boca del estrecho de Gibraltar en el mar Atlántico á la mano izquierda caen estas islas. Son siete en número, estendidas en hilera de Levante á Poniente, Leste, Oeste, veinte y siete grados apartadas de la línea equinoccial. La mayor de estas islas llámase la gran Canaria, della las demas tomaron este nombre de Canarias. El suelo de la tierra es fértil para pasto y labor, hay en ellas tan grande multitud de conejos, que se han multiplicado de los que de tierra firme se llevaron, que destruyen las viñas y los panes de suerte que ya les pesa de haberlos llevado. En la isla que llaman del Hierro, no hay otra agua de la tierra, sino la que se destila y regala de las hojas de un árbol, que es un admirable secreto y variedad de la naturaleza. Es cierto que don Luis, á quien por esta navegacion que quiso hacer, llamaron el infante Fortuna, nunca pasó á estas islas: si bien tuvo la conquista dellas, y la armada aprestada para irlas á conquistar, las guerras de Francia se lo estorbaron y la batalla que Philipo Rey frances perdió por estos tiempos junto á Cresiaco. Como cincuenta años adelante los vizcainos y andaluces, repartida entre sí la costa, armaron una flota para pasar á estas islas con intento de hacer á los isleños guerra á fuego y á sangre, mas por codicia de robarlos que por allanar la tierra. Una grande presa que truxeron de la isla de Lanzarote, puso gana á los Reyes de conquistarlas, sino que despues ocupados en otras cosas se ol-

vidaron desta empresa. Pasados algunos años, Juan Bentacurto de nacion frances volvió á hacer este viage con licencia que le dió el Rey de Castilla don Enrique Tercero deste nombre, con condicion que conquistadas quedasen debaxo de la proteccion y homenage de los Reyes de Castilla. Ganó y conquistó las cinco islas menores: no pudo ganar las otras dos por la muchedumbre y valentía de los isleños que se lo defendió. Envióse á estas islas un obispo llamado Mendo: el obispo y Menaute heredero de Bentacurto, no se llevaron bien, antes tenian muchas contiendas, de tal guisa que estuvieron á punto de hacerse guerra. El Frances solo miraba por su interés: el obispo no podia sufrir que los pobres isleños fuesen maltratados y robados sin temor de Dios, ni vergüenza de los hombres. El Rey de Castilla avisado deste desorden envió allá á Pedro Barba que se apoderó destas islas. Este despues por cierto precio las vendió á un hombre principal llamado Peraza, y deste vinieron á poder de un tal Herrera yerno suyo, el qual se intituló Rey de Canaria. Mas como quier que no pudiese conquistar la gran Canaria ni á Tenerife, vendió las quatro destas islas al Rey don Fernando el Cathólico, y él se quedó con la una llamada Gomera, de quien se intituló Conde. El Rey don Fernando, que entre los Reyes de España fue el mas feliz, valeroso sin par, envió diversas veces sus flotas á estas islas, y al fin las conquistó todas, y las incorporó en la corona real de Castilla. Volvamos á lo que se ha quedado atrás. En el año de mil y trecientos 1349.
y quarenta y nueve doña Leonor hermana mayor de don Luis Rey de Sicilia, nieto que fue de Federico, y en su menor edad sucedió al Rey don Pedro su padre, casó con voluntad de su madre y en vida del Rey su hermano con el Rey de Aragon. Llevada á la ciu-

dad de Valencia, se celebraron las bodas con gran regocijo y fiestas de todo el reyno.

CAPITULO XV.

De la muerte del Rey don Alonso de Castilla.

Levantáronse en este tiempo grandes revoluciones en Africa causadas por Abohanen, que conforme á la condicion de los moros, y por codicia de reynar, atropellado el derecho paternal, y no escarmentado con la muerte de su hermano, se rebeló contra su padre Albohacen, y se alzó en Africa con el reyno de Fez, y en España se apoderó de Gibraltar y de Ronda, y de todas las demas tierras que á los Reyes de Africa en España quedaban, y puso en ellas sus guarniciones de soldados. Hacía cargo á su padre que por su descuido y cobardía con grande menoscabo y mengua del nombre africano sucedieran las pérdidas y desastres pasados: decia que si á él quisiesen llevar por guia y capitan, vengaria las injurias recebidas y tomaria emienda de aquellos daños. Con estas persuasiones el vulgo, amigo de novedades, se le arrimaba por el vicio general de la naturaleza de los hombres, y mas por la liviandad y ligereza particular de los africanos en quien mas que en otras gentes reyna esta inconstancia, esperaban que las cosas presentes serían mas á propósito y de mayor comodidad que las pasadas. Estas revueltas de los moros parecia á los nuestros que les daban la ocasion en las manos para hacer su hecho, si no estuviera de por medio el juramento con que se obligaron de tener treguas por diez años. Sin embargo los mas prudentes juzgaban que por ser ya otro el Rey, diferente de aquel con quien asentaron las treguas,

quedaban libres de la jura. El deseo de renovar la guerra y de conquistar á Gibraltar los acuciaba, cuya fortaleza les era un duro freno para que sus intentos no los pudiesen poner en execucion. El cuidado de proveerse de dineros tenia al Rey congoxado, bien que no perdia la esperanza que el reyno le ayudaria de buena gana, por estar descansado con la paz de que ya cinco años gozaba. El vehemente deseo que todos tenian de desarraygar de España á sus enemigos, velo con que muchas veces se mueve y engaña el pueblo, los animaba á servir de buena gana y ayudar estos intentos. Publicáronse cortes para la villa de Alcalá de Henares: llamaron á ellas muchas ciudades del reyno que no solian ser llamadas. Las del Andalucía, y de la Carpetania, hoy reyno de Toledo, por la mayor parte solian ser libres de las cargas de la guerra como quier que hacían frontera á los moros, y de necesidad grandes gastos para defenderles la tierra. Al presente en esta ocasion (con color de honrarlos) se dexaron llevar: pretendian con grande fuerza que á imitacion de los de Castilla y de Leon, como repartida entre todos la carga, pechasen alcabala de todas las cosas que se vendiesen. Entre las ciudades que se juntaron en estas cortes, los procuradores de la ciudad de Toledo alegaban que debian tener el primer lugar y voto. Los de Burgos, si bien la causa era dudosa, como estaban en posesion resistian valientemente y pretendian ser en ella amparados. Alegaban en favor de Toledo la grandeza de la ciudad, su antigüedad, su nobleza, la santidad de su famosísima iglesia, la magestad y autoridad de su arzobispo, que tiene primacía sobre todos los prelados de España, los hechos valerosos de sus antepasados: demas que en tiempo de los godos era la cabeza del reyno y silla de los Reyes, y modernamente se le

diera título de Imperial. Decian ansi mismo parecia cosa injustísima y fuera de razon que hobiese de reconocer mayoría á ninguna ciudad aquella á quien Dios y los hombres aventajaron, y la misma naturaleza que la puso en el corazon de España en un lugar eminèntísimo, en que se dividen y reparten las aguas: que si no le daban la autoridad y lugar que se le debia, no pareceria á todos sino que la llamaron á las cortes para hacer burla della, y desautorizalla: si la razon que Burgos alegaba tenia fuerza, la misma militaba por las demas ciudades del reyno; y que á aquella cuenta no le quedaba á Toledo sino el postrer lugar, y aun á merced, si se le quisiesen dexar: que tocaba á todos y era comun la causa de Toledo; asi la deshonra que á ella se hiciese, manchaba y desautorizaba á toda España. Los de Burgos se defendian con la preeminencia que tenian en Castilla, en que poseían el primer lugar de tiempo muy antiguo. Decian que contra esta posesion no era de importancia alegar actos ya olvidados y desusados, y que si la competencia se llevaba por via de honra, de dónde se dió principio para restaurar la fé, y avivar las esperanzas de echar los moros de España? por esto con mucha razon era Burgos la silla y domicilio de los primeros Reyes de Castilla: no era justo quitalles en la paz aquel lugar que ellos en la guerra ganaron con mucha sangre que sus antepasados derramaron; demas que sin suficiente causa no se le podian derogar los privilegios que los Reyes pasados le concedieron. Los grandes en esta competencia andaban divididos, segun que tenian parentesco y amistades en alguna de las dos ciudades. Nombradamente favorecia á Toledo don Juan Manuel, y á Burgos don Juan Nuñez de Lara; los unos no querian conceder ventaja á los otros. Despues que se hobo bien

debatido esta causa, se acordó y tomó por medio que Burgos tuviese el primer asiento y el primer voto, y que á los procuradores de Toledo se les diese un lugar apartado de los demas enfrente del Rey, y que Toledo fuese nombrado primero por el Rey desta manera: YO HABLO POR TOLEDO, Y HARA LO QUE LE MANDARE: HABLE BURGOS. Con esta industria, y esta moderacion se apaciguó por entonces esta contienda; traza que hasta nuestros tiempos continuadamente se ha usado y guardado: asi acaece muchas veces que los debates populares se remedian con tan fáciles medios como lo son sus causas. Diez y ocho ciudades y villas son las que suelen tener voto en las cortes: Burgos, Sória, Segovia, Avila y Valladolid: estas en Castilla la vieja. Del reyno de Leon es la primera la ciudad de Leon, despues Salamanca, Zamora y Toro. De Castilla la nueva Toledo, Cuenca, Guadalaxara, Madrid. Del Andalucía y de los Contestanos Sevilla, Granada, Córdova, Murcia, Jaen. Entre todas estas ciudades Burgos, Leon, Granada, Sevilla, Córdova, Murcia, Jaen y Toledo por ser cabeceras de reynos tienen señalados sus asientos y sus lugares para votar conforme á la orden que estan referidas: las demas ciudades se sientan y hablan sin tener lugares señalados, sino como vienen á las juntas y cortes. En las cortes de Alcalá consta que se hallaron muchas mas villas y ciudades, porque el Rey para ganar las voluntades de todo el reyno, quiso esta honra repartirla entre muchos, y tenerlos gratos con este honroso regalo. Pidióse en estas cortes el alcabala. Al principio no se quiso conceder: las personas de mas prudencia adevinaban los inconvenientes que despues se podian seguir; mas al cabo fue vencida la constancia de los que la contradecian, principalmante que se allanó Toledo, si bien al prin

cipio se estrañaba de conceder nuevos tributos. El deseo que tenia que se renovase la guerra, y la mengua del tesoro del Rey para poderla sustentar la hizo consentir con las demas ciudades. Concluido esto, de comun acuerdo de todos con increible alegria se decretó la guerra contra los moros, y para ella en todo el reyno, se hizo mucha gente, y se proveyeron armas, lanzas, caballos, bastimentos, dineros y todo lo al necesario. Juntado el exército, fueron al Andalucía, asentaron sus reales sobre Gibraltar, cercáronla con grandes fosos y trincheas y muchas máquinas que levantaron. La villa se hallaba bien apercebida para todo lo que le pudiese acaecer, tenia hechas nuevas defensas y fortificaciones, muy altas murallas con sus torres, saeteras, traviesas, troneras á la manera que entonces usaban, muchos y buenos soldados de guarnicion, que á la fama del cerco vinieron muchos moros de Africa. Puesto el cerco, se quemaron y derribaron muchas casas de placer, y se talaron y destruyeron muy deleytosas huertas y arboledas que estaban en el contorno de la ciudad, por ver si los moros mudaban parecer, y se rendian por escusar el daño que recebian en sus haciendas y heredades. Batieron los muros con las máquinas militares. Los moros se defendian con grande esfuerzo, con piedras, fuego y armas que arrojaban sobre los contrarios. Todavia les dieron tal priesa que los moros comenzaron poco á poco á desmayar, y á perder la esperanza de poder sufrir el cerco ni defender el pueblo: no esperaban ser socorridos por las alteraciones que todavia continuaban en Africa. Los que mas desfallecian, eran los ciudadanos, con temor que si el pueblo se tomase por fuerza, por ventura no les querrian dar ningun partido ni perdonallos; mas los soldados que tenian en su defensa, no tenian tanto cui-

dado de lo que podria despues suceder. Gastábase el tiempo, y el cerco se alargaba. En esto ciertos embaxadores que el Rey de Castilla antes enviára al Rey de Aragon para rogalle que le ayudase en esta guerra, y hiciese paces con él, vinieron á los reales, y en su compañía Bernardo de Cabrera, que en aquellos tiempos era tenido por varon sabio y grave: por esta causa el Rey de Aragon le sacó de su casa, en que con deseo de descansar se retirára, para la administracion de los negocios públicos. Asi por su consejo principalmente gobernaba el reyno, por donde de necesidad de muchos era envidiado. Con su venida, que fue en veinte y nueve de agosto, se hizo paz y alianza entre los Reyes con estas capitulaciones: que la Reyna doña Leonor y sus hijos hobiesen pacífica y enteramente todo aquello que el Rey su marido y padre les mandó por su testamento: el Rey de Castilla, cumplido esto, no les daria ningun favor ni ayuda para que levantasen nuevas revueltas en Aragon. Hecha la paz, envió el Rey de Aragon quatrocientos ballesteros con diez galeras, cuyo capitan era Raymundo Villano. Doña Juana Reyna de Navarra, que despues de la muerte de su marido se quedó en Francia y vivió por espacio de cinco años, murió en la villa de Conflans puesta á la junta de los rios Oyse y Seqnana, en seis de octubre: enterráronla en el monasterio de San Dionysio junto al sepulcro de su padre el Rey Luis Hutin. Fue esta señora de santísimas costumbres y dichosa en tener muchos hijos. Dexó por sucesor del reyno á Carlos su hijo de edad de diez y siete años. Quedáronle otros dos menores, don Philipo y don Luis, el que hobo despues en dote el estado y señorío de Durazo: tuvo otrosí estas hijas, las infantas Juana, María, Blanca y doña Inés, que con el tiempo casaron con grandes príncipes: la mayor con el señor de

Ruan, la segunda con el Rey de Aragon, y con la tercera en el postrer matrimonio se casó Philipo de Valoes Rey de Francia: la menor de todas fue casada con el conde de Fox. En esta sazon era virrey de Navarra un caballero frances llamado Mossen Juan de Conflens. Volvamos al cerco de Gibraltar. Los nuestros estaban con esperanza de entrar el pueblo, sino que las grandes fortificaciones y reparos que habian hecho los de dentro, la fortaleza de los muros les impedia que no le tomasen. Los moros de Granada daban muchos rebatos en los reales, y paraban celadas á los nuestros, y cautivaban á los que se desmandaban del exército. Salian muchas veces los soldados de la ciudad á pelear, y hacíanse muchas escaramuzas y zalagardas. El cerco le tenian en este estado, quando una grande peste y mortandad que dió en el real de los fieles desbarató todos sus deseños: morian cada dia muchos, y faltaban; con esto la alegria que antes solian tener en los reales, toda se convirtió en tristeza y lloro, y descontento: tan grande es la inconstancia de las cosas. Don Juan de Lara y don Hernando Manuel, que por muerte de su padre era señor de Villena, eran de parecer y instaban que se levantase el cerco y se fuesen, ca decian no ser la voluntad de Dios que se tomase aquella villa, y que por ser en mal tiempo del año, el perseverar en el cerco sería yerro perniciosísimo y mortal, especialmente que al cabo la necesidad los forzaria á que se fuesen: que era locura estarse allí con la muerte al ojo sin ninguna esperanza de hacer cosa de provecho. Movíanle algo estas razones al Rey, mas con el deseo que tenia de salir con la demanda y ganar la villa que en su tiempo se perdiera, y con la esperanza que tenia concebida, y el ánimo grande por los buenos sucesos pasados, se animaba y proseguía el cerco. Decia que

los valerosos y de grande corazon peleaban contra la fortuna y alcanzaban lo que pretendian, y los cobardes con el miedo perdian las buenas esperanzas: que pues la muerte no se escusa, dónde mejor podia acabar que en este trance, y pretension un hombre criado desde niño en la guerra? y en qué empresa mejor podia hallar la muerte á un Rey christiano, que quando procuraba ampliar y defender nuestra santa fé y cathólica religion? Esta constancia, ó pertinacia del Rey fue mala, dañosa y desastrada. Alcanzóle la mala contagion: dióle una landre de que murió en veinte y seis de marzo del año de mil y trecientos y cincuen- 1350.
ta, el primero en que por constitucion del Papa Clemente se ganó el Jubileo de cincuenta en cincuenta años, que de antes se mandó ganar de ciento en ciento. Fue asi mismo señalado este año por la muerte de Philipe Rey de Francia. Sucedióle su hijo Juan, Rey de sublime y generoso corazon, sin doblez ni alguna viciosa disimulacion: tales eran sus virtudes; los grandes infortunios que á él y á su reyno acontecieron le hicieron de los mas memorables. Este fin tuvo don Alonso Rey de Castilla, Undécimo deste nombre, muy fuera de sazon y antes de tiempo á los treinta y ocho años de su edad: si alcanzára mas larga vida, desarraygára de España las reliquias que en ella quedaban de los moros. Pudiérase igualar con los mas señalados príncipes del mundo asi en la grandeza de sus hazañas, como por la disciplina militar y su prudencia aventajada en el gobierno, si no amancillára las demas virtudes, y las escureciera la incontinencia y soltura continuada por tanto tiempo. La aficion que tenia á la justicia y su zelo, á las veces demasiado, le dió acerca del pueblo el renombre que tuvo de, Justiciero. Por la muerte del Rey su gente se alzó á la hora del cerco. Llevaron su cuerpo á Sevilla, y alli

le enterraron en la capilla real. En tiempo del Rey don Enrique su hijo le trasladaron á Córdova, segun que él mismo lo dexó mandado en su testamento. Los moros dado que los tenia él cercados, reverenciaban y alavaban la virtud del muerto en tanto grado que decian no quedar en el mundo otro semejante en valor, y las demas virtudes que pertenecen á un gran príncipe; y como quier que tenian á gran dicha verse libres del aprieto en que los tenia puestos, no acometieron á los que se partian, ni les quisieron hacer algun estorbo ni enojo. En este cerco no se halló el arzobispo don Gil de Albornoz, por ventura por estar ausente de España; por lo menos se halla que al fin deste año á diez y ocho de diciembre le crió cardenal el Papa Clemente, que tenia bien conocidas sus partes desde el tiempo que fue á Francia á solicitar el subsidio ya dicho. Lorenzo de Padilla dice que esta fue la causa de renunciar el arzobispado por ser á la verdad incompatibles entonces aquellas dos dignidades; y que en su lugar fue puesto don Gonzalo el Quarto, deudo suyo, de la casa, apellido y nombre de los Carrillos. Otros quieren que el sucesor de don Gil se llamó don Gonzalo de Aguilar, obispo que fue primero de Cuenca. A la verdad como quier que se llamase, su pontificado fue breve, ca gobernó la iglesía de Toledo como tres años y no mas: fue prelado de prendas y de valor.

CAPITULO XVI.

Como mataron á doña Leonor de Guzman.

Siguiéronse en Castilla bravos torbellinos, furiosas tempestades, varios acaecimientos, crueles y sangrientas guerras, engaños, trayciones, destierros,

muertes sin número y sin cuento, muchos grandes señores violentamente muertos, muchas guerras civiles, ningun cuidado de las cosas sagradas ni profanas: todos estos desórdenes, si por culpa del nuevo Rey, si de los grandes, no se averigua. La comun opinion carga al Rey tanto que el vulgo le dió nombre de Cruel. Buenos autores gran parte destos desórdenes la atribuyen á la destemplanza de los grandes, que en todas las cosas buenas y malas sin respeto de lo justo seguían su apetito, codicia y ambicion tan desenfrenada, que obligó al Rey á no dexar sus excesos sin castigo. La piedad y mansedumbre de los príncipes no solamente depende de su condicion y costumbres, sino asi mismo de las de los súbditos. Con sufrir y complacer á los que mandan, á las veces ellos se moderan y se hacen tolerables; verdad es que la virtud, si es desdichada, suele ser tenida por viciosa. A los Reyes al tanto conviene usar á sus tiempos de clemencia con los culpados, y les es necesario disimular y conformarse con el tiempo para no ponerse en necesidad de experimentar con su daño quan grandes sean las fuerzas de la muchedumbre irritada, como le avino al Rey don Pedro. De qué aprovecha querer sanar de repente lo que en largo tiempo enfermó? ablandar lo que está con la vejez endurecido, sin ninguna esperanza de provecho y con peligro cierto del daño? Las cosas pasadas (dirá alguno) mejor se pueden reprehender, que emendar ni corregir: es asi, pero tambien las reprehensiones de los males pasados deben servir de avisos á los que despues de nos vendrán para que sepan regir y gobernar su vida. Mas antes que se venga á contar cosas tan grandes, será necesario decir primero en qué estado se hallaba la república, qué condiciones, qué costumbres, qué restaba en el reyno sano y entero, qué enfermo

y desconcertado. Luego que murió el Rey don Alonso, su hijo don Pedro, habido en su legítima muger, como era razon fue en los mismos reales apellidado por Rey, si bien no tenia mas de quince años y siete meses, y estaba ausente en Sevilla do se quedó con su madre. Su edad no era á propósito para cuidados tan graves: su natural mostraba capacidad de qualquier grandeza. Era blanco, de buen rostro, autorizado con una cierta magestad, los cabellos rubios, el cuerpo descollado: veíanse en él finalmente muestras de grandes virtudes, de osadía y consejo, su cuerpo no se rendia con el trabajo, ni el espíritu con ninguna dificultad podía ser vencido. Gustaba principalmente de la cetrería, caza de aves, y en las cosas de justicia era entero. Entre estas virtudes se veían no menores vicios, que entonces asomaban, y con la edad fueron mayores: tener en poco y menospreciar las gentes, decir palabras afrentosas, oir soberbiamente, dar audiencia con dificultad no solamente á los estraños, sino á los mismos de su casa. Estos vicios se mostraban en su tierna edad: con el tiempo se les juntaron la avaricia, la disolucion en la luxuria, y la aspereza de condicion y costumbres. Estas faltas y defectos que tenia de su mala inclinacion natural, se le aumentaron por ser mal doctrinado de don Juan Alonso de Alburquerque, á quien su padre quando pequeño se le dió por ayo para que le impusiese y enseñase buenas costumbres. Hace sospechar esto la grande privanza que con él tuvo despues que fue Rey, tanto que en todas las cosas era el que tenia mayor autoridad, no sin envidia y murmuracion de los demas nobles, que decian pretendia acrecentar su hacienda con el daño público y comun, que es la mas dañosa pestilencia que hallarse puede. Tenia el nuevo Rey estos hermanos, hijos de doña Leonor de Guz-

man: don Enrique conde de Trastamara, don Fadrique maestre de Santiago, don Fernando señor de Ledesma, y don Tello señor de Aguilar. Demas destos tenia otros hermanos, doña Juana, que casó adelante con don Fernando y con don Philipe de Castro, don Sancho, don Juan y don Pedro, porque otro don Pedro y don Sancho murieron siendo aun pequeños. Sus hermanos no se confiaban de la voluntad del Rey, ca temian se acordaria de los enojos pasados, en especial que la Reyna doña María era la que mandaba al hijo y la que atizaba todos estos disgustos. Doña Leonor de Guzman, que se veía caida de un tan grande estado y poder (nunca la mala felicidad es duradera) hacíala temer su mala conciencia, y recelábase de la Reyna viuda. Partió de los reales con el acompañamiento del cuerpo del Rey difunto; mas en el camino mudada de voluntad se fue á meter en Medina Sidonia, pueblo suyo y muy fuerte. Alli estuvo mucho tiempo dudosa, y en deliberacion si aseguraria su vida con la fortaleza de aquel lugar, si confiaria sus cosas y su persona de la fidelidad y nobleza del nuevo Rey. Comunicado este negocio con sus parientes y amigos, le pareció que podria mas acerca del nuevo Rey la memoria y reverencia de su padre difunto y el respeto de sus hermanos, que las quexas de su madre; por esto no se puso en defensa, en especial que era fuerza hacer de la necesidad virtud á causa que Alonso de Alburquerque amenazaba, si otra cosa intentaba, que usaria de violencia y armas. Tomado este acuerdo, ella se fue á Sevilla, sus hijos don Enrique y don Fadrique, y los hermanos Ponces y don Pedro señor de Marchena, don Hernando maestre de Alcántara todos grandes personages, y Alonso de Guzman y otros parientes y allegados, unos se fueron á Algezira, otros á otras fortalezas y castillos para no dar lu-

gar á que sus enemigos les pudiesen hacer ningun agravio, y poder ellos defenderse con las armas y vengar las demasías que les hiciesen. El atrevido ánimo del Rey, la saña é indignacion mugeril de su madre no se rindieron al temor, antes aun no eran bien acabadas las obsequias del Rey, quando ya doña Leonor de Guzman estaba presa en Sevilla: la ira de Dios, que al que una vez coge debaxo, le destruye, permitia que las cosas se pusiesen en tan peligroso estado. Su hijo don Enrique echado de Algezira, como debaxo de seguro se fuese al Rey, comunicado el negocio con su madre, dió priesa á casarse con doña Juana hermana de don Fernando Manuel señor de Villena, que antes se la tenian prometida. Concluyó de presente estas bodas para tener nuevos reparos contra la potencia del Rey y crueldad de la Reyna. Sucedió que el Rey enfermó en Sevilla de una gravísima dolencia, de que estuvo desahuciado de los médicos: llegábase el fin del reyno apenas comenzado. Concebíanse ya nuevas esperanzas, y como en semejantes ocasiones suele acaecer, el vulgo y los grandes nombraban muchos sucesores, unos á don Fernando marques de Tortosa, otros á don Juan de Lara ó á don Fernando Manuel, que eran los mas ilustres de España, y todos de la sangre real de Castilla: de don Enrique conde de Trastamara y de sus hermanos aun no se hacía mencion alguna. Desde á pocos dias el Rey mejoró de su enfermedad, con que cesaron estas pláticas de la sucesion, de las quales ningun otro fruto se sacó mas de que el Rey supiese las voluntades del pueblo y de los nobles, de que resultaron nuevas quexas y mortales odios, ca por la mayor parte son odiosos á los príncipes aquellos que estan mas cercanos para les suceder. Enojado pues desto don Juan de Lara, y no pudiendo sufrir que don Alonso de Alburquerque gobernase el

reyno á su voluntad, se partió de Sevilla, y se fue á Castilla la vieja con ánimo de levantar la tierra; lo que podia él bien hacer por tener en aquella provincia grande señorío. Andaban ya estos enojos para venir en rompimiento quando los atajó la muerte que brevemente sobrevino en Burgos á don Juan de Lara en veinte y ocho de noviembre: su cuerpo sepultaron en la misma ciudad en el monasterio del señor San Pablo de la orden de los Predicadores: dexó de dos años á su hijo don Nuño de Lara. Murió casi juntamente con él su cuñado don Fernando Manuel, y quedó dél una hija llamada doña Blanca. Dió mucho contento la muerte destos señores á don Alonso de Alburquerque, que deseaba acrecentar su poder con los infortunios de los otros, y quitados de por medio sus émulos, pensaba á sus solas reynar, y en nombre del Rey gozarse él del reyno sin ningun otro cuidado. Sabidas por el Rey estas muertes, partió de Sevilla por estar cierto que se podria con la presteza apoderar de sus estados. No fue este camino sin sangre, antes en muchos lugares dexó rastros y demostraciones de una condicion áspera y cruel. Vino su hermano don Fadrique á la villa de Ellerena, do el Rey habia llegado: recibióle con buen semblante, mas por lo que sucedió despues, se echó de ver que tenia otro en su pecho, y que su rostro y palabras eran dobladas y engañosas. Mandó en el mismo tiempo á Alonso de Olmedo que matase á su madre doña Leonor de Guzman en Talavera, villa del reyno de Toledo donde la tenian presa; que fue un mal anuncio del nuevo reynado, cuyos principios eran tan desbaratados. En un delito quántos y quán graves pecados se encierran? Qué le valió el favor pasado? de qué provecho le fue un Rey tan amigo? de qué tanta muchedumbre de hijos? todo lo desbarató la condicion fiera y atroz del

nuevo Rey; bien que por su poca edad, toda la culpa y odio desta cruel maldad cargó sobre la Reyna su madre, que se quiso vengar del largo enojo y pesar del amancebamiento del Rey con la muerte de su combleza. Dende este tiempo porque esta villa era del señorío de la Reyna, se llamó vulgarmente Talavera de la Reyna. En Burgos dentro del palacio real, sin que le pudiesen defender los que le acompañaban, ca los prendieron, por mandado del Rey fue preso y muerto Garci Lasso de la Vega: el mayor cargo y delito gravísimo era la aficion que tenia á don Juan de Lara. Era Garci Lasso adelantado de Castilla, sucedióle en este cargo García Manrique. Consultóse cómo el Rey habria en su poder al niño don Nuño de Lara señor de Vizcaya. Previnolo doña Mencia, una principal señora que le tenia en guarda, que le escapó de la ira y avaricia del Rey; ca huyó con él á Vizcaya con esperanza de poder resistirle con la fidelidad de los vizcainos. La resolucion del Rey era tan grande que fue en su seguimiento, y estuvo muy cerca de cogerlos; y como quier que en fin no los pudiese alcanzar, se determinó de apoderarse con las armas de todo su señorío, que fue mas facil por la muerte del niño que avino dentro de pocos dias, y con apoderarse de doña Juana y doña Isabel sus hermanas: con esto incorporó en la corona real á Vizcaya, Lerma, Lara y otras villas y castillos. Esto pasaba en el año
1351. de nuestra salvacion de mil y trecientos y cincuenta y uno, quando en Aragon todo era fiestas, regocijos y parabienes por el nacimiento del infante don Juan, con que fenecieron todas las contiendas que resultáran sobre aquella sucesion, que mucho tiempo trabajaron aquel reyno. Encargó el Rey de Aragon la crianza de su hijo y le dió por ayo á Bernardo de Cabrera, varon de conocida virtud y prudencia. Dió

otrosí luego el Rey al infante el estado de Girona con título de duque. De aqui tuvo origen lo que despues quedó por costumbre, que al hijo mayor de los Reyes de Aragon se le diese este título y este estado á imitacion de los Reyes de Francia, á quien pocos años antes Humberto delphin vendió por cierto precio su delphinado debaxo de condicion que los hijos mayores de los Reyes de Francia le poseyesen con título de delphines, y truxesen las armas de aquel estado. Y él con raro exemplo de santidad, tomado el hábito de los Predicadores, trocó el señorío temporal por el estado monástico, y la vida de príncipe por otra mejor y mas bienaventurada. Los Reyes de Castilla y de Aragon en un mismo tiempo procuraban cada qual aliarse con el Rey Carlos de Navarra, que el año antes se coronó en la ciudad de Pamplona: pensaban que el que primero se confederase con él, y le tuviese de su parte, esforzaba y aventajaba su partido. Los que mejor sentian de las cosas, tenian por cierto que amenazaban de muy cerca grandes tempestades y revoluciones de guerra, y que era acertado prevenirse; en particular don Fernando marques de Tortosa buscaba ayudas, y hacía muchos apercebimientos de guerra para acometer la frontera de Aragon. Parecióle al Navarro de entretener los dos Reyes con buenas esperanzas y muestras de amistad con entrambos, dado que por ruego del Rey de Castilla vino á Burgos con su hermano don Philipe á verse con él. Entre estos Reyes mozos hobo contienda de gala, liberalidad y cortesía. La conformidad de la edad y semejanza de condiciones los hizo muy amigos. A la verdad á este Rey Carlos unos le llamaron el Malo, y otros le dieron renombre de Cruel. La ocasion, que en el principio de su reynado castigó con mas rigor del que era justo, un alboroto popular que se levantó en su reyno.

Como fueron los principios, tales los medios y los remates: los excesos de los príncipes castiga la libertad de la lengua, de que no pueden ellos enseñorearse como de los cuerpos. Gastados algunos dias en Burgos en fiestas, juegos y banquetes, que era lo que pedia la edad de los Reyes, el de Castilla se fue á Valladolid para tener cortes en aquella villa, y el Rey Carlos se volvió á Pamplona. De alli, dado que hobo orden en las cosas, con deseo de tornarse á Francia su natural y patria, se fue primero á Momblanco pueblo de Aragon por hacer placer al Rey de Aragon en verle, ca deseaba mucho que se hablasen: platicáronse asi mismo dos matrimonios, uno del Rey Carlos con la hermana del Rey de Sicilia, otro de doña Blanca, viuda de Philipo Rey de Francia y hermana del mismo Carlos, con el Rey de Castilla: escusóse él de entrambos; decia ser costumbre de Francia que no se casasen segunda vez las Reynas viudas aunque quedasen mozas, y que él aun no tenia años y edad para tomar muger. Esto era lo público: de secreto pretendia y esperaba casar con Juana hija del Rey de Francia, partido que venia mejor á las cosas de Navarra por la grandeza del señorío, no inferior al de un Rey, que de su herencia paterna este príncipe tenia en el reyno de Francia.

CAPITULO XVII.

Del casamiento del Rey don Pedro.

En las cortes de Valladolid se trataron entre otras cosas de menor importancia dos graves y de mucho momento. En Castilla la vieja algunos pueblos tenian costumbre de tiempo inmemorial de á su voluntad mudar los señores que quisiesen: unos dellos podian

elegir señor entre toda la gente al que les pareciese les venia mas á cuento, otros pueblos le escogian de un particular y señalado linage: los unos y los otros por esta razon se decian Behetrias, que parece Behetria quiere decir buena compañía y hermandad, de HETÆRIA, que en griego quiere decir compañía, y es como decir gobierno popular con igualdad y como entre hermanos; por donde las cosas en ellos andaban muy revueltas y confusas, de que se tomaba una disoluta licencia para que se cometiesen grandes maldades. Alonso de Alburquerque procuró con todas sus fuerzas que el Rey diese á estos pueblos ciertos señores, y les quitase la libertad de poderlos ellos nombrar: cosa que él deseaba ó por el bien público ó por su particular interés, que como era de los grandes el mas favorecido del Rey, tenia esperanza que le haria merced de la mayor parte de aquellos pueblos. Contradecian esto Juan de Sandoval y otros ricos hombres y principales que en aquella tierra tenian su naturaleza, y otros respetos é intereses particulares. Decian que era gran sinrazon quitar á estos pueblos la libertad que de sus antepasados tenian heredada: en fin estos intentos no tuvieron efecto. Tratóse luego de casar al Rey: don Vasco obispo de Palencia chânciller mayor del Rey, y don Alonso de Alburquerque persuadieron á su madre la Reyna que le quisiese casar en Francia, y que esto fuese luego; que á los mancebos ninguna cosa les para mayor peligro que los propios gustos y deleytes de que estan rodeados, demas que tambien importaba mucho que el Rey se casase porque tuviese hijos que le sucediesen en el reyno. Para este efecto don Juan de Roelas obispo de Burgos, y Alvar García de Albornoz caballero de Cuenca se partieron por embaxadores á Francia para que de seis

hijas que tenia Pedro duque de Borbon, poderoso y nobilísimo príncipe de la sangre real de Francia, pidiesen una dellas, la que les pareciese que era la mas á propósito y mas digna de ser muger del Rey. Vino en ello el duque su padre, mostróles las hijas, escogieron á doña Blanca, con quien luego por poderes del Rey se hicieron los desposorios. Parecia esta señora dichosa por las raras dotes de alma y cuerpo con que el cielo y naturaleza á porfía la enriquecieron y adornaron; pero fue desdichada con este matrimonio, que era lo que se esperaba sería el colmo de su felicidad: así la fortuna ó alguna causa oculta se burla de las humanas esperanzas, y hace juego de nos y de todo aquello que estimamos. Don Enrique, conde de Trastamará, de las Asturias, donde se huyó despues de las muertes de su madre y de Garci Lasso, se pasó á Portugal desconfiado de la voluntad del Rey, y por no ser tan poderoso que le pudiese resistir. El Rey de Portugal movido de la lástima de don Enrique, y con miedo del peligro que corria el Rey don Pedro por el odio y enojo que el reyno con él tenia, parecíale que le tocaba á él mirar por su persona, pues era su nieto hijo de su hija: rogóle se viesen en Ciudadrodrigo; en aquellas vistas alcanzó dél que restituyese y perdonase á don Enrique. En tanta confusion y diversidad de voluntades y tantos enojos no era posible que hobiese quietud, ni las cosas podian estar sosegadas. En el
1352. principio del año de mil y trecientos y cincuenta y dos se empezaron á mover discordias civiles en el Andalucía y en las Asturias, y en tierra de Murcia. Don Alonso Fernandez Coronel, muy rico y de grande autoridad entre los ricos hombres del Andalucía, poseía á Aguilar por merced del Rey; sobre el qual pueblo tuvo antes mucho tiempo pleyto con Bernardo

de Cabrera. Receláhase del Rey por que quando estuvo enfermo en Sevilla, se dexó decir que le debia suceder en el reyno don Juan de Lara, cosa de que el Rey tomó con él grande enojo. Confiado pues este caballero en la fortaleza de su villa de Aguilar fortificó y basteció las otras villas y castillos de su estado, y procuró de aliarse con muchos grandes. Hizo gente de guerra, y pidió á algunos príncipes de fuera del reyno que le ayudasen, en particular para este efecto envió á tierra de moros á su yerno don Juan de la Cerda hijo de don Luis: no le quiso favorecer el Rey de Granada por las treguas que tenia con el Rey de Castilla; tampoco en Africa halló amparo alguno, antes se dice que le ayudó y sirvió á Abohanen en una memorable batalla en que fueron quebrantadas las fuerzas de su padre Albohacen. De alli se volvió á Portugal, do anduvo huido y desterrado, puesta la esperanza de recobrar su patria en sola la clemencia y misericordia agena. Su muger doña María Coronel por no poder sufrir la ausencia del marido quiso mas perder la vida, que dexarse vencer de malos y deshonestos deseos: asi fatigada una vez de una torpe codicia, la apagó con un tizon ardiendo que metió con enojo por aquella misma parte donde era molestada: muger digna de mejor siglo, y digna de loa no por el hecho, sino por el deseo invencible de castidad. En el entretanto el Rey de Castilla acudió á los movimientos y alteracion del Andalucía. Tomó muchas villas á don Alonso Coronel. Trataba y daba orden de cercar la villa de Aguilar, quando juntamente tuvo aviso que don Enrique confiado en la fortaleza de Gijon levantaba bandera en las Asturias y se apercebia de armas, y que su hermano don Tello dende Montagudo en la raya de Aragon hacia muchos robos en sus tierras. El Rey

dexada la Andalucía, se partió á las Asturias, porque los movimientos de aquella provincia eran mas peligrosos. Llegado el Rey, luego se rindieron los que tenian la fortaleza de Gijon á partido que el Rey los perdonase á ellos y á don Enrique que andaba escondido en las montañas comarcanas. En esta jornada quedó prendado el Rey de la hermosura grande y apostura de doña María de Padilla, doncella que se criaba en la casa de don Alonso de Alburquerque. Comenzó esta comunicacion y favores en la villa de Sahagun olvidado de su esposa, y loco con estos nuevos amores, de donde resultó la total destruicion del Rey y del reyno: fue el medianero é intercesor destos deshonestos y desdichados conciertos Juan de Hinestrosa tio de la dama. Estos perversos hombres conquistaban la tierna edad y voluntad del Rey con un pésimo género de servicio, que era proponerle todas las maneras de torpes entretenimientos, y ayudarle á conseguir sus deleytes deshonestos sin ningun respeto de lo honesto, ni miedo de los hombres: en gravísimo perjuicio de la república grangeaban el favor y privanza del Rey. En el palacio todo era deshonestidad, fuera dél todo crueldad, á la qual todos los demas vicios del Rey reconocian y daban la ventaja. Revolvió el Rey con las armas contra Montagudo, y le tomó con otros pueblos á él cercanos, ca don Tello los habia desamparado y huídose á Aragon. Los Reyes de Castilla y de Aragon convidados con la cercanía de los lugares, acordaron de tratar de concordarse entre sí: no se vieron, pero enviáronse sus embaxadas, y al fin se juntaron en tierra de Tarazona don Alonso de Alburquerque y Bernardo de Cabrera: alli concluyeron las paces segun que á ellos mejor les pareció. Concertóse que los Reyes tuviesen los mismos por ami-

gos y enemigos, que perdonasen á trueco el uno á don Tello y el otro á don Fernando de Aragon. Concluidas estas cosas, tornó el Rey á la Andalucía, y cercó la villa de Aguilar: los cercados con grande lealtad sufrieron quatro meses el cerco hasta el mes de febrero del año de mil y trecientos y cincuenta y 1353.
tres en que se tomó la villa por fuerza. Oía missa don Alonso Coronel quando le dixeron que se entraba la villa: no dexó por tanto de oirla hasta que fue la sagrada hostia consumida: estaba cierto de su muerte, y sin ninguna esperanza de ser perdonado. Prendiéronle dentro de una torre en que se entró para defenderse. Fue castigado con las penas que se dan por las leyes á aquellos que han ofendido á la magestad real: lo mismo avino á cinco compañeros suyos hombres principales, que con él hallaron. La villa mandó el Rey desmantelar: asi derribados los muros, dió perdon al pueblo. En el mismo mes de febrero á los veinte y cinco falleció don Gonzalo de Aguilar arzobispo de Toledo, dicen en Sigüenza, y que alli yace sepultado. Las revueltas de Castilla que ya comenzaban, por ventura tenian al arzobispo don Gonzalo fuera de su iglesia donde murió. Sucedióle sin duda don Vasco, ó Blas (que el mismo es) que fue dean de Toledo, y á la sazon era obispo de Palencia y chânciller del Rey: su padre Fernan Gomez camarero del Rey don Fernando el Emplazado, y hermano de don Gutierre el Segundo, prelado de Toledo. Partióse el Rey de Aguilar para Córdova en sazon que doña María de Padilla le parió á su hija doña Beatriz. De alli se vino al reyno de Toledo. En Torrijos que es una villa que está cinco leguas de Toledo, en un torneo que se hizo en las alegrias por las habidas victorias y nacimiento de la hija, fue herido el Rey en una mano, de que estuvo en grande

peligro de la vida á causa que con ningunos beneficios ni diligencia los cirujanos le podian restañar la sangre. A esta villa vino don Juan Alonso de Alburquerque de una embaxada en que fue al Rey de Portugal, y por su consejo se vino con él don Juan de la Cerda, á quien el Rey recibió en su gracia con palabras amorosas, mas no se pudo alcanzar dél que le quisiese restituir los pueblos que tomó á su suegro; que ya comenzaba á señorear en él no la razon y equidad, sino el rigor, la fuerza, el antojo y apetito. Daba por escusa que de la mayor parte tenia hecha merced á su hija, como si ya la recien nacida tuviera necesidad de dote para casarse, y de estado con que sustentarse. Por este mismo tiempo doña Blanca de Borbon llegó á Valladolid acompañada del vizconde de Narbona y del maestre de Santiago don Fadrique que la salió á recebir: don Alonso de Alburquerque queria que se hiciesen luego las bodas. Era á la sazon el que lo mandaba todo con autoridad y señorío tan grande que á las veces decia al Rey palabras pesadas. Pesábale, y con razon temia que los deudos de doña María de Padilla viniesen á ser los mas íntimos y privados del Rey: por esto le queria casar: mas como se hallaba enlazado en los amores de doña María, no podia sufrir que le necesitasen á obedecer, especialmente que con los años se hacía mas fiero é indomable, ni ya don Alonso de Alburquerque podia tanto con él, y privaba menos: los ministros y consejeros muy privados suelen ser pesados á sus señores, mayormente si ellos se adelantan en la privanza, ó los señores se mudan de voluntad. De aqui tuvo principio su caida con menor sentimiento y lástima del pueblo, en quanto todos creían que él fuera el principio, por la mala crianza del Rey, de todos los desórdenes pasados. Cele-

bráronse todavia las bodas en tres de junio con poca solemnidad y aparato, pronóstico de que serían desgraciadas: asi lo sospechaba la gente. Fueron los padrinos don Alonso de Alburquerque y la Reyna de Aragon doña Leonor: halláronse presentes en la fiesta don Enrique y don Tello hermanos del Rey, don Fernando y don Juan infantes de Aragon, don Juan Nuñez maestre de Calatrava, don Juan de la Cerda y otros ricos hombres. Por estos mismos dias en Francia se celebraron otras bodas mas dichosas que las nuestras, por los muchos hijos que dellas procedieron, y el grande amor que hobo entre don Carlos Rey de Navarra y su esposa madama Juana hija mayor del Rey de Francia. Deste matrimonio tuvieron tres hijos, que fueron Carlos, Philipe y Pedro; don Philipe murió en sus primeros años: otras tres hijas María, Blanca y Juana; Blanca falleció de edad de trece años, sus hermanas casaron con grandes príncipes. De otra señora le nació antes desto al Rey Carlos otro hijo llamado Leon, de quien descienden en Navarra los marqueses de Cortes. De don Pedro hijo legítimo del mismo Rey se precian venir por línea femenina los marqueses de Falces, casa asi mismo principal de Navarra.

CAPITULO XVIII.

Que el Rey de Castilla dexó á la Reyna doña Blanca.

Aun no eran bien acabadas las fiestas de las bodas, quando ya al Rey de Castilla daba en rostro la novia, y no la podia ver por estar embebecido y loco con los amores de doña María de Padilla no mas hermosa que la Reyna, y de linage, aunque noble,

humilde, si se compara con la excelencia real. Dende á dos dias el Rey aderezó su partida para el castillo de Montalvan, que es una fortaleza sentada á la ribera del rio Tajo, donde dexó á su amiga que antes era, ya combleza. La Reyna su madre, y su tia la Reyna doña Leonor avisadas de lo que el Rey queria hacer, le hablaron en secreto y con muchas lágrimas le rogaron y conjuraron por Dios y por sus Santos que no fuese á despeñarse, y á perder y destruir temerariamente su persona, fama, reyno y todas sus cosas: que mirase lo que se diria en el mundo, que sería causa de que Francia le hiciese guerra; porque no sufriria tan grande agravio y mengua; ademas que daria ocasion para que los suyos se revolviesen, pues los estados se sustentan mas que con otra cosa, con la buena fama y opinion; y que contra aquellos que no estan bien con Dios, y los dexa de su mano, se conjuran y hacen á una los hombres y todos los males é infortunios del mundo: que tuviese lástima y le moviesen las lágrimas de su esposa, y no trocase su amor por una torpe deshonestidad; no viniese desta maldad á caer en su total destruicion. No se movió el Rey por cosa que le dixesen, antes negó tener tal intento; pero luego hizo traer de secreto los caballos y se fue sin hablar á nadie. Don Enrique y don Tello, y los infantes de Aragon fueron tras él; que muchos de los grandes daban en acomodarse con el tiempo y en lisonjear y saborear el gusto del Rey: un pésimo género de servicio. Solo uno, que era don Gil de Albornoz, cardenal y antes arzobispo de Toledo, como el que era en todo muy señalado, no dexaba de amonestarle lo que le convenia, y de palabra y por cartas le reprehendia: ocasion y principio de serle pesado y odioso; quanto las causas de aborrecerle eran mas injustas, tanto era el odio mayor.

Antes deste tiempo con color que tenia en su tierra ciertos negocios tocantes á su casa, alcanzada licencia, se retiró á Cuenca. De alli pasó á Francia do los Papas residian, ca tenia por mejor vivir desterrado que traer la vida al tablero por estar el Rey enojado, en especial que tres años antes, como ya se dixo, fuera criado cardenal por Clemente VI. Sucedió á Clemente Inocencio el año pasado, el qual con este prelado consultaba todos los negocios. El Rey y doña María de Padilla desde Montalvan se fueron á Toledo. En Valladolid se consultó de hacerle volver por fuerza: no se le encubrió este trato al Rey. Indignóse grandemente contra don Juan Alonso de Alburquerque que fue el que movió esta plática, en tanto grado que para aplacarle le fue necesario darle en rehenes un hijo suyo llamado Gil; en fin con grandísimos ruegos de los grandes se alcanzó que quisiese volver á Valladolid á ver la Reyna, pero no estuvo con ella sino solos dos dias: tan desasosegado le traía y tan loco el amor deshonesto. Fue fama que le enhechizaron con una cinta, sobre la qual un judío hizo tales conjuros que le parecia al Rey que era una grande culebra. Algunos tuvieron sospecha temeraria y desvergonzada que el Rey no sin causa se apartó tan repentinamente de su muger doña Blanca, sino porque halló cierta traycion de su hermano don Fadrique padre de don Enrique, á quien en Sevilla no parió, sino crió una judía llamada doña Paloma; tronco de quien desciende la casa y familia de los Enriquez inserta en la casa real de Castilla: cosas que no me parecen verisímiles, antes creo que despues que un deshonesto amor se apodera del corazon y entrañas de un hombre aficionado, no hay que buscar otros hechizos, ni causas para que parezca que un hombre está loco y fuera de juicio. De

Valladolid se fue el Rey á Olmedo, villa de aquella comarca, y por su mandado vino alli de Toledo doña María de Padilla, sin que mas el Rey tuviese memoria ni lástima de la Reyna su muger. Don Alonso de Alburquerque algunos dias se recogió en ciertas villas fuertes de su estado: despues por miedo que el Rey no le hiciese fuerza, se pasó á Portugal. Parecióle que no se podia nada fiar de la fé y palabra de quien tenia en poco la santidad del matrimonio y la religion del sacramento. Don Fadrique maestre de Santiago habia estado mal con el Rey desde que hizo matar á su madre: ahora vuelto á su amistad se vino á Cuellar, do entonces la corte estaba. Con su hermano don Tello se casó en Segovia doña Juana hija mayor de don Juan de Lara: llevó en dote el señorío de Vizcaya; favorecieron á este casamiento los deudos de doña María de Padilla con intento de hacerse amigos y tener obligados los hermanos del Rey, que ya estaban mal con don Alonso de Alburquerque. La Reyna doña Blanca residía en Medina del Campo en compañía de la Reyna su suegra: pasaba la vida mas de viuda que de casada, con algunos honestos entretenimientos: de alli por mandado del Rey fue llevada á Arévalo con orden que no la dexasen hablar con su suegra, ni con ninguno de los grandes. Pusieron por guardas de la que no pretendia huir, á don Pedro Gudiel obispo de Segovia, y á Tello Palomeque caballero de Toledo. Mudó el Rey los oficios de su casa, y hizo su camarero á don Diego García de Padilla hermano de su amiga, dió la copa á Alvaro de Albornoz, y la escudilla á Pero Gonzalez de Mendoza, fundador de la casa de Mendoza (digo de la grandeza que hoy tiene) que entonces en aquella parte de Vizcaya que se llama Alava, poseía un pueblo deste nombre, de que se tomó este

apellido de Mendoza: fue hijo deste caballero Diego de Mendoza, que el tiempo adelante llegó á ser almirante. Estas mudanzas de oficios se hicieron en odio de don Alonso de Alburquerque que en la casa real tenia obligados á muchos. Lo mismo se hizo en Sevilla donde el Rey se fue, venido el otoño; que quitó en el Andalucía muchos oficios que el de Alburquerque á muchos grandes y ricos hombres proveyó el tiempo de su privanza. Asi se truecan y mudan las cosas deste mundo: no hay cosa mas incierta, mudable y sin firmeza que la privanza con los Reyes, especialmente si es grangeada con malos medios. Habíase el Rey entregado de todo punto para que le gobernasen, á doña María de Padilla y á sus parientes: ellos eran los que mandaban en paz y en guerra, por cuyo consejo y voluntad el Rey y reyno se regian. Los grandes y los mismos hermanos del Rey, conformándose con el tiempo, caminaban tras los que seguían el viento próspero de su buena fortuna, y á porfía cada uno pretendia con presentes, servicios y lisonjas tener grangeada la voluntad de doña María de Padilla, con que se veía el reyno lleno de una avenida de torpes y feas baxezas. En el invierno con las grandes y contínuas lluvias salieron de madre los rios, especial en Sevilla la creciente fue tal, que por miedo no la asolase calafetearon fuertemente las puertas de la ciudad. En el principio del año siguiente de mil y trecientos y cincuenta y 1354.
quatro como quier que don Juan Nuñez de Prado maestre de Calatrava en dias pasados se hobiese huido á Aragon por miedo que no le atropellasen, llamado del Rey con cartas blandas y amorosas se vino á su villa de Almagro, pueblo principal de su maestrazgo. Alli por mandado del Rey le prendió don Juan de la Cerda, que ya estaba favorecido y aven-

tajado con nuevos cargos. El mayor delito que el maestre tenia cometido, era ser amigo de don Juan Alonso de Alburquerque, y ser parte en el consejo que se tomó de suplicar al Rey volviese con la Reyna doña Blanca luego que la dexó. No paró en esto la saña, antes hizo que á la hora eligiesen en su lugar por maestre á don Diego de Padilla sin guardar el orden y ceremonias que se acostumbraban en semejantes elecciones, sino arrebatada y confusamente sin consulta alguna, y al maestre don Juan Nuñez súbitamente le hicieron morir en la fortaleza de Maqueda en que le tenian preso. Dió el Rey á entender que le pesaba de que le hobiesen muerto: no se sabe si de corazon, si fingidamente por evitar la infamia y odio en que podia incurrir con una maldad tan atroz, y descargarse de un hecho tan feo con echar la culpa á otros. Pero como quier que no se hizo ninguna pesquisa ni castigo, todo el reyno se persuadió ser verdad lo que sospechaban, que le mataron con voluntad y orden del Rey. Despues desto se hizo guerra en la tierra de don Juan Alonso de Alburquerque, que tenia muchas villas y castillos muy fuertes y bien bastecidos. Cercaron la villa de Medellin que está en la antigua Lusitania: desconfiado el alcayde de podella defender, dió aviso á don Alonso del estado en que se hallaba, y con su licencia la entregó. Asi mismo se puso cerco á la villa de Alburquerque, plaza fuerte y que la tenian bien apercebida; asi no la pudieron entrar. Levantóse el cerco, y quedaron por fronteros en la ciudad de Badajoz don Enrique y don Fadrique para que los soldados de Alburquerque no hiciesen salidas y robasen la tierra: esta traza dió ocasion á muchas novedades que despues sucedieron. Fuése el Rey á Cáceres: desde alli envió sus embaxadores al Rey don

Alonso de Portugal, que en aquella sazon en la ciudad de Ebora celebraba con grandes regocijos las bodas de su nieta doña María con don Fernando infante de Aragon. Los embaxadores, habida audiencia, pidieron al Rey les mandase entregar á don Juan Alonso de Alburquerque para que diese cuenta de las rentas reales de Castilla que tuvo muchos años á su cargo; que sin esto no debia ni podia ser amparado en Portugal. Como don Juan Alonso estaba ya irritado con tan contínuos trabajos, no sufrió su generoso corazon este ultrage. Respondió con grande brio á esta demanda de los embaxadores: que él siempre gobernó el reyno, y administró la hacienda del Rey su señor leal y fielmente; que estaba aparejado para defender esta verdad en campo por su persona: que retaba como á fementido á qualquiera que lo contrario dixese: quanto á lo que decian de las cuentas, dixo estaba presto para darlas con pago, como se las tomasen en Portugal. Pareció que se justificaba bastantemente: con esto los embaxadores fueron despedidos sin llevar otro mejor despacho. A los hermanos del Rey pesaba mucho que las cosas del reyno anduviesen revueltas, y estuviesen expuestas para ser presa de cada qual. Pensaron poner en ello algun remedio: la comodidad del lugar los convidaba; acordaron de confederarse con don Juan Alonso de Alburquerque que cerca se hallaba. Enviaronle su embaxada, y mediante ella concertaron de verse entre Badajoz y Yelves. Allí trataron de sus haciendas, y consultaron de ir á la mano al Rey en sus desatinos y temerarios intentos. Arrimáronseles otros grandes. Las fuerzas no eran iguales á empresa tan grande: solicitaron al infante don Pedro hijo del Rey de Portugal para que se aliase con ellos, con esperanzas que le dieron de le hacer Rey

de Castilla asi por el derecho de guerra como por el de parentesco, como nieto que era del Rey don Sancho hijo de doña Beatriz su hija. Dexóse de intentar esto á causa que el Rey de Portugal luego que supo estas trazas, estuvo mal en ello y lo estorbó. Esta nueva tela se urdia en la frontera de Portugal. El Rey de Castilla con su acostumbrado descuido y desalmamiento echó el sello á sus excesos con una nueva maldad tan manifiesta y calificada que quando las demas se pudieran algo disimular y encubrir, á esta no se le pudo dar ningun color ni escusa. Doña Juana de Castro viuda, muger que fue de don Diego de Haro, á quien ninguna en hermosura en aquel tiempo se igualaba, pasaba el trabajo de su viudez con singular loa de honestidad. El Rey que no sabía refrenar sus apetitos y codicias, puso los ojos en ella. Sabía cierto que por via de amores no cumpliría su deseo; procurólo con color de matrimonio. Fingió para esto que era soltero: alegó que no estaba casado con su muger doña Blanca: presentó de todo indicios y testigos; que en fin al Rey no le podian faltar. Nombró por jueces sobre el caso á don Sancho obispo de Avila y á don Juan obispo de Salamanca. Ellos por sentencia que pronunciaron en favor del Rey, le dieron por libre del primer matrimonio. No se atrevieron á contradecir á un príncipe furioso: venció el miedo del peligro al derecho y manifiesta justicia. O hombres nacidos no ya para obispos, sino para ser esclavos! Asi pasaban los negocios por los desdichados hados de la infeliz Castilla. Dado que se hobo la sentencia en Cuellar, do el Rey era ido, se hicieron con grandísima priesa las bodas. El alcanzar lo que pretendia, al tanto que en las primeras, le causó fastidio. Detúvose muy poco tiempo con la novia: algunos dicen que no mas

de una noche. El color fue que los grandes se aliaban contra el Rey, y que convenia atajalles los pasos antes que con la dilacion se hiciesen mas poderosos. Doña Juana de Castro se retruxo en Dueñas: alli cubria su injuria y afrenta con el vano título de Reyna. Destas bodas nació un hijo que se llamó don Juan, para consuelo de su madre; juego que fue adelante de la fortuna. A los principios de las guerras civiles que se tramaban en Castroxeriz villa de Castilla la vieja, casó doña Isabel hija segunda de don Juan Nuñez de Lara con don Juan infante de Aragon. Llevó en dote el señorío de Vizcaya que el Rey quitó á don Tello su hermano, á quien pertenecia de derecho por estar casado con la hermana mayor. La causa del enojo fue estar aliado con los demas grandes. No era cosa justa castigar la culpa del marido con despojar á la inocente muger de su estado patrimonial, si en el reynado de don Pedro valiera la razon y justicia, y se hiciera alguna diferencia entre tuerto ó derecho. En el mismo pueblo doña María de Padilla parió á doña Costanza su hija, que adelante casó en Inglaterra con el duque de Alencastre. Con los señores aliados se confederaban cada dia otros grandes; en especial don Fernando de Castro, hermano de doña Juana de Castro, por vengar con las armas la injuria que el Rey hizo á su hermana, se confederó con ellos. Lo mismo hicieron los ciudadanos de Toledo por estar mal con la locura y desatino del Rey, y tener lástima de la Reyna doña Blanca. Las ciudades de Córdova, Jaen, Cuenca y Talavera siguieron la autoridad y exemplo de Toledo: despues se les juntaron los hermanos infantes de Aragon. Favorecian las Reynas doña Leonor y doña María este partido por parecerles que la enfermedad y locura del Rey no se podia sanar con

medicinas mas blandas. Desta suerte se abrian las zanjas y se echaban los fundamentos de unas crueles guerras civiles que mucho affigieron á España, y por largo tiempo continuaron; y el cielo abria el camino para que el conde don Enrique viniese á reynar.

CAPITULO XIX.

De la guerra de Cerdeña.

Paréceme será bien apartar un poco el pensamiento de los males de Castilla, y recrear al lector con una nueva narracion; que no va fuera de nuestro intento contar las cosas que en otras provincias de España acontecieron. El Rey de Granada Juzeph Bulhagix despues que reynó por espacio de veinte y un años, le mataron este año sus vasallos. El autor principal desta traycion que fue Mahomad, á quien por la vejez llamaron Lago, tio que era de Juzeph, hermano de su padre y hijo de Farrachên señor de Málaga, se apoderó del reyno, y le tuvo toda su vida con grandes trabajos y muchas desgracias que le sucedieron, como sea asi que nunca sale bien el señorío adquirido con parricidio y maldad. El imperio de los moros á grande priesa se iba á acabar por estar los señores dél divididos en bandos, y mudar Reyes á cada paso. Este mismo año el Rey de Aragon en Huesca, ciudad antigua en los pueblos Ilergetes, fundó una universidad, y la dotó de suficientes rentas para sustentar á los profesores que enseñasen en ella las ciencias. Haciase esto en tiempo que todo Aragon estaba alborotado, y los pueblos llenos de ruido de armas, y aparejos de guerra que se hacian para pasar con el Rey á Cerdeña. Tuvieron un tiempo los pisanos usurpada esta isla: despues por concesion del

Papa Bonifacio Octavo los echaron dellá por fuerza de armas los aragoneses. Duró entonces la guerra muchos años, en que hobo varios trances: el remate fue á los aragoneses favorable. Erales muy dificultoso sustentar aquella isla por estar en el mar Mediterráneo lexos de la costa de España, y tener de una parte á Africa y de otra á Génova, tan cerca que solamente está en medio dellas la isla de Córcega como escala, de la qual divide á Cerdeña un angosto estrecho de mar. Los isleños deseosos de novedades, con las esperanzas que concebian temerarias, no les agradaba lo que era mas sano y seguro. Poseían en aquella isla los Orias, linage nobilísimo de Génova, algunos pueblos. Estos confiados en las voluntades y aficion de la gente de la tierra se pusieron en querer echar de la isla á los aragoneses con ayuda que para ello les hizo la señoría de Génova. Quexábanse los Orias que sin ser oidos y sin causa bastante les tomaron los aragoneses á Sacer y Caller, dos fuertes ciudades y cabeceras, que solian ser suyas, y estan asentadas en los postreros cabos de la isla. Rompida la guerra, ganaron la ciudad de Alguer, y pusieron cerco sobre Sacer: no la pudieron entrar porque los ciudadanos fueron fidelísimos á los aragoneses, y la defendieron valientemente hasta tanto que el Rey de Aragon, les envió en socorro su armada, con que algun tiempo se entretuvo con varia fortuna la guerra. Los venecianos, que siempre fueron émulos y enemigos de los ginoveses, enviaron sus embaxadores al Rey de Aragon para pedille se aliase con ellos, y juntadas sus fuerzas mejor castigasen la soberbia y orgullo con que los ginoveses andaban. Hechas sus alianzas, las armadas de Aragon y de venecianos tres años antes deste en el estrecho de Gallípoli junto á la ciudad de Pera, que en aquel tiempo era de ginoveses, pelearon con gran

porfia con las galeras de Génova, no obstante que el mar andaba muy alto, y levantaba grandes olas: fueron vencidos los ginoveses, y les tomaron veinte y tres galeras; otras muchas con la fuerza de la tempestad, dieron en tierra al través. Murió en la batalla Ponce de Santapau general de la armada de Aragon, y se perdieron doce galeras de las suyas. Esta victoria no fue de mucha utilidad, ni aun por entonces estuvo muy cierto quál de las dos partes fuese la vencedora, antes cada qual dellas se atribuía la victoria. Los Papas Clemente é Inocencio por ver quán grandes daños se seguían á la christiandad destas discordias procuraron de apaciguar los aragoneses y venecianos con los ginoveses: rogáronles instantemente hiciesen paces, á lo menos asentasen algunas buenas treguas: enviáronles para este efecto muchas veces sus legados que nunca los pudieron concordar. Estaban tan enconados los corazones que parecia no se podrian sosegar á menos de la total destruicion de una de las partes: á la de los ginoveses en Cerdeña á esta sazon se allegó Mariano juez de Arborea, príncipe antiguo de Cerdeña, rico y poderoso por los muchos vasallos y allegados que tenia. Este caballero con la esperanza de la presa y ganancia se juntára con Matheo Doria cabeza de bando de los ginoveses con la mayor parte de los isleños que le seguian. Con esto en brevísimo tiempo se apoderaron de las ciudades, villas y castillos de toda la isla, excepto de Sacer y Caller, que siempre fueron leales á los aragoneses y se tuvieron por ellos. Llegó el negocio á riesgo de perderlo todo. No tenian fuerzas que bastasen á resistir al enemigo poderoso y bravo en el mar con la armada de Génova, y por ser las voluntades de los isleños tan inciertas é inconstantes. Sabidas estas cosas en Aragon, se juntó una grande y poderosa

armada de cien velas, entre las quales se contaban cincuenta y cinco galeras. Iban en esta flota mil hombres de armas, quinientos caballos ligeros, y al pie de doce mil infantes, toda gente muy lucida, y de valor para acometer qualquier grande empresa. Hicieron otrosí mochila para muchos dias y matalotage, como se requeria. Vinieron á servir al Rey de Aragon muy buenos soldados y caballeros de Alemaña, Inglaterra y Navarra. Todos los nobles del reyno se quisieron hallar en esta famosa jornada, señaladamente don Pedro de Exerica, Rugier Lauria, don Lope de Luna, Oto de Moncada y Bernardo de Cabrera, que iba por general del mar, y por cuyo consejo todas las cosas se gobernaban. Juntóse esta armada en el puerto de Rosas: de alli mediado el mes de junio alzaron anclas y se hicieron á la vela. Dexó el Rey por gobernador del reyno á su tio don Pedro. Tuvieron razonable tiempo, con que á cabo de ocho dias descubrieron á Cerdeña: surgieron á tres millas de Alguer y echaron la gente en tierra. Marchó luego el exército la via de la ciudad, y tras ellos con su armada por la mar Bernardo de Cabrera. El Rey mostró este dia su valor y buen ánimo, ca iba delante los esquadrones para escoger los lugares en que se asentasen los reales. Hallábase en los peligros, y con su exemplo animaba á los demas para que en las ocasiones se hobiesen esforzadamente: príncipe que si no fuera ambicioso, y no tuviera tan demasiada codicia de señorear, por lo demas pudiera igualarse con qualquiera de los antiguos y famosos capitanes. Descubriéronse en el mar hasta quarenta galeras de los ginoveses, mas para hacer ostentacion con su ligereza, que fuertes y bien guarnecidas para dar batalla. El señor de Arborea con dos mil hombres de á caballo y quince mil de á pie asentó su real á vista de los ara-

goneses: no osaron dar la batalla porque era gente allegadiza, sin uso ni disciplina militar, no acostumbrados á obedecer y guardar las ordenanzas, y que ni en vencer ganaban honra, ni se afrentaban por quedar vencidos. Batieron los aragoneses los muros de dia y de noche con máquinas y tiros y otros ingenios militares. Como el tiempo era muy áspero y la tierra mal sana comenzaron á enfermar muchos en el exército de Aragon: el mismo Rey adoleció; por esto de necesidad se hobo de tratar de acuerdo con el enemigo. Concluyóse la paz con feas condiciones para el Rey de Aragon: estas fueron: que el juez de Arborea y Matheo Doria fuesen perdonados, y se quedasen con los vasallos y pueblos que tenian: demas desto dió el Rey al juez de Arborea muchos lugares en Gallura, que es una parte de aquella isla. Desta manera como contra lo que temian por sus deméritos, quedasen los enemigos premiados, para adelante se hicieron mas fieros y desleales. Entregóse la ciudad de Alguer al Rey: á los vecinos se dió licencia para que fuesen á vivir donde les pareciese, y en su lugar se avecindaron en ella muchos de los soldados viejos catalanes. La Reyna, que en compañía de su marido se halló presente á todo, hacía instancia por la partida. Por esta causa y por la muerte de Oto de Moncada, y de don Philipe de Castro y de otros nobles se apresuraron estos conciertos y se concluyeron en el mes de noviembre. Detúvose el Rey en Cerdeña otros siete meses, en que se pusieron en orden las cosas, y se acabaron de allanar los isleños con castigar algunos culpados: el juez de Arborea y Matheo Doria que volvian á intentar ciertas novedades, se sosegaron de nuevo. Asentado el gobierno de la isla, y puesto por virrey en ella Olfo Prochita, volvió la armada en salvamento á Barcelona. El ruido y aparato

desta empresa fue mayor que el provecho ni reputacion que se sacó della; pero muchos grandes príncipes no pudieron á las veces dexar de conformarse con el tiempo, ni de obedecer á la necesidad, que es la mas fuerte arma que se halla.

CAPITULO XX.

De los alborotos y revueltas de Castilla.

Despues que el Rey de Castilla combatió las villas y castillos de don Juan Alonso de Alburquerque, y le tomó la mayor parte dellos, como quisiese ir á cercar á su hermano don Fadrique que se hacía fuerte en el castillo de Segura, ya que se queria partir para aquella jornada, envió dende Toledo á Juan Fernandez de Hinestrosa á Castilla la vieja para que truxese presa á la Reyna doña Blanca, y la pusiese á buen recaudo en el alcázar de Toledo. El color, que era causa de la guerra y de las revoluciones del reyno. Fue este mandato riguroso en demasía, y cosa inhumana no dexar á una inocente moza sosegar con sus trabajos. Traida á Toledo, antes de apearse fue á rezar á la iglesia mayor con achaque de cumplir con su devocion: no quiso dende salir por pensar defender su vida con la santidad de aquel sagrado templo, como si un loco y temerario mozo tuviera respeto á ningun lugar santo y religioso. El Rey avisado de lo que pasaba, se alborotó y enojó mucho. Dexó el camino que llevaba, vínose á la villa de Ocaña. Hizo que en lugar de su hermano don Fadrique fuese alli elegido por maestre de Santiago don Juan de Padilla señor de Villagera, no obstante que era casado; lo que jamás se hiciera: el antojo del Rey pudo mas que las antiguas costumbres y santas leyes. Deste prin-

cipio se continuó adelante que los maestres fuesen casados, y se quebraron las antiguas constituciones por amor de doña María de Padilla, cuyo hermano era el nuevo maestre. Crecian en el entretanto las fuerzas de los grandes. Vino de Sevilla don Juan de la Cerda para juntarse con ellos. Todos los buenos entraban en esta demanda. Qualquier hombre bien intencionado y de valor deseaba favorecer los intentos destos caballeros aliados. Demas de su natural crueldad embravecia al Rey la mala voluntad que veía en los grandes, y la rebelion de Toledo por ocasion de amparar la reyna, sobre todo que no podia executar su saña por no hallarse con bastantes fuerzas para ello. Acadió á Castilla la vieja para juntar gente y lo demas necesario para la guerra. Con esta determinacion se fue á Tordesillas, do estaba su madre la Reyna. Los de Toledo llamaron al maestre don Fadrique para valerse dél: vino luego en su ayuda con setecientos de á caballo. Los demas grandes al tanto acudieron de diversas partes, y alojados en derredor de Tordesillas tenian al Rey como cercado, con intento de quando no pudiesen por ruegos, forzarle á que viniese en lo que tan justamente le suplicaban. Esto era que saliese del mal estado en que andaba con la amistad de doña María de Padilla, y la enviase fuera del reyno: que quitase de su lado y del gobierno á los parientes de la dicha doña María; con esto que todos le obedecerian y se pasarian á su servicio. Llevó esta embaxada la reyna de Aragon doña Leonor. Valióle para que no recibiese daño el derecho de las gentes, ser muger, y la autoridad de Reyna, y el parentesco que con el Rey tenia; volvió empero sin alcanzar cosa alguna. Con esto los grandes perdieron la esperanza de que su voluntad haria cosa de las que le pedian; y como la Reyna y el Rey su hijo se saliesen

de Tordesillas, dieron la vuelta para Valladolid y intentaron de entrar aquella villa, mas no pudieron salir con ello. Fueron sobre Medina del Campo, y la ganaron sin sangre. Acudió á esta villa el maestre don Fadrique: en ella murió á la sazon Juan Alonso de Alburquerque con yerbas que le dió en un xarabe un médico romano que le curaba, llamado Paulo, inducido con grandes promesas á que lo hiciese, por sus contrarios, y en gracia del Rey. Este fin tuvo un caballero como él era, entre los de aquella era señalado. Alcanzó en Castilla grande señorío, puesto que era natural de Portugal, hijo de don Alonso de Alburquerque, y nieto del Rey don Dionis. De parte de la madre no era tan ilustre, pero ella tambien era noble. Privó primero mucho con el Rey como el que fue su ayo: despues fue dél aborrecido, y acabó sus dias en su desgracia con tan buena opinion y fama acerca de las gentes quanto la tuvo no tal en el tiempo que con él estuvo en gracia. Su cuerpo (segun que él mismo lo mandó en su testamento) los señores, como lo tenian jurado, le traxeron embalsamado consigo sin darle sepultura hasta tanto que aquella demanda se concluyese. Enviaron los nobles de nuevo su embaxada al Rey con ciertos caballeros principales para ver si (como se decia) le hallaban con el tiempo mas aplacado y puesto en razon. Lo que resultó desta embaxada, fue que concertaron para cierto dia y hora que señalaron, se viese el Rey con estos señores en una aldea cerca de la ciudad de Toro, lugar á propósito y sin sospecha. El dia que tenian aplazado, vinieron á hablarse con cada cincuenta hombres de á acaballo con armas iguales. Llegados en distancia que se pudieron hablar, se recibieron bien con el término y mesura que á cada uno se debia; y los grandes aliados conforme y segun se usa en Castilla be-

saron al Rey la mano. Hecho esto, Gutierre de Toledo por su mandado brevemente les dixo: que era cosa pesada, y que el Rey sentia mucho, ver apartados de su servicio tantos caballeros tan ilustres y de cuenta como ellos eran, y que le quisiesen quitar la libertad de poder ordenar las cosas á su albedrío: cosa que los hombres, mayormente los Reyes, mas precian y estiman, querer bien y hacer merced á los que tienen por mas leales; empero que él les perdonaba la culpa en que por ignorancia cayeran, á tal que despidiesen la gente de guerra, deshiciesen el campo que tenian, y en todo lo al se sugetasen: en lo que le suplicaban tocante á la Reyna doña Blanca, que haria lo que ellos pedian; sino era que tomaban este color para intentar otras cosas mayores. Los grandes habido su consejo sobre lo que el Rey les propuso, cometieron á Fernando de Ayala que respondiese en nombre de todos. El, habida licencia, dixo: «Suplicamos á vuestra alteza, poderoso señor, »que nos perdoneis el venir fuera de nuestra cos»tumbre armados á vuestra presencia: no nos atre»viéramos si no fuera con vuestra licencia, y no la »pidiéramos, si no nos compeliera el justo miedo que »tenemos de las asechanzas y zalagardas de muchos »que nos quieren mal, de quienes no hay inocencia »ni lealtad que esté segura. Por lo demas todos somos »vuestros: de nos como de criados y vasallos podeis »señor hacer lo que fuere el vuestro servicio y mer»ced. La suerte de los Reyes es de tal condicion que »no pueden hacer cosa buena ni mala que esté secreta, »y que el pueblo no la juzgue y sepa. Dícese, y nos »pesa mucho dello, que la Reyna doña Blanca nuestra »señora, á quien en nuestra presencia recebistes por »legítima muger, y como á tal le besamos la mano, »se teme mucho de doña María de Padilla que la

»quiere destruir. Sentimos otrosí en el alma que haya »quien con lisonjas os trayga engañado. Esto no puede »dexar de dar mucha pena á los que deseamos vuestro servicio. Sin embargo tenemos esperanza que se »pondrá presto remedio en ello, mayormente quando »con mas edad y mas libre de aficion echeis de ver »y conozcais la verdad que decimos, y el engaño »de hasta aqui. Quanto es mas dificultoso hacer buenos á los otros que á si mismo, tanto es cosa mas »digna de ser alabada el procurar con grandísimo »cuidado de no admitir en el palacio, ni dar lugar á »que priven ni tengan mano sino los que fueren mas »virtuosos y aprobados. Muchos príncipes famosos »vieron deslustrado su nombre con la mala opinion »de su casa. Qué muger hay en el reyno mas noble »ni mas santa que la Reyna? quán sin vanidades ni ex»cesos en el trato de su persona? qué costumbres? »quán suave y agradable condicion la suya? pues en »apostura y hermosura quál hay que se la pueda igua»lar? Quando tal señora fuera estraña, quando nos»otros calláramos, era justo que vos la consolárades »y enxugárades sus contínuas y dolorosas lágrimas, »y procurar (si fuese necesario) con vuestras gentes »y armas restituilla en su antigua dignidad, honra y »estado. Mirad, señor, no os dexeis engañar de al»gunos desordenados gustos, no cieguen de manera »el entendimiento que se cayga en algun yerro por »donde todos seamos forzados á llorar, y quedemos »perpétuamente afrentados." Esto fue lo que estos caballeros dixeron al Rey. No se pudo concluir caso tan grave en aquel poco tiempo que alli podian estar juntos: acordaron que señalasen quatro caballeros de cada parte para que tratasen de algunos buenos medios de paz. Con esto se acabaron las vistas y se despidieron. En la execucion puso tanta dilacion el Rey

que se entendió nunca haria cosa buena, en especial que dexadas las cosas en este estado, se partió de Toro para do tenia su amiga. La Reyna su madre, que de dias atrás era del mismo parecer que estos señores, visto este nuevo desorden, los hizo ir á Toro do ella estaba, y les entregó la ciudad. Atemorizaron al Rey estas nuevas: recelábase no se levantase todo el reyno contra él. Por prevenir y atajar los daños volvió á Toro, y en su compañía Juan Fernandez de Hinestrosa, y Simuel Leví, un judío á quien queria mucho, y era su tesorero mayor. Recibióle la Reyna su madre con muestras grandes de amor: él le dixo que venia á ponerse en su poder y hacer lo que ella gustase. Quitáronle luego las personas que con él venian, y puestos en prision mudaron los principales oficios de la casa real. A don Fadrique hicieron camarero mayor, chânciller mayor al infante don Fernando de Aragon, á don Juan de la Cerda alferez mayor, mayordomo á don Fernando de Castro, que casó entonces con doña Juana hermana del Rey, y hija de doña Leonor de Guzman, dado que este matrimonio no fue válido, y se apartó adelante por ser los dos primos segundos. Con esta demostracion de autoridad y acompañalle de tales personas se pretendia que estuviese á manera de preso, sin dalle lugar que pudiese hablar con todos los que quisiese. Esto hecho, teniendo por acabada su demanda, llevaron á enterrar el cuerpo de don Juan Alonso de Alburquerque al monasterio de la Espina, que es de la orden del Cistel en Castilla la vieja. Quedára para siempre manchada la lealtad y buen nombre de los castellanos por forzar y quitar la libertad á su natural Rey y señor, si el bien comun del reyno, y estar él tan mal quisto y disfamado no los escusára. Permitíanle que saliese á caza: con esta ocasion y con

grandes promesas que hizo á algunos de los grandes, y los grangeó, se huyó á Segovia, en su compañía Simuel Leví, que debaxo de fianzas andaba ya suelto, y don Tello, á quien el Rey mostraba amor, y aquel dia le tocaba la guarda de su persona: amistad que duró pocos dias. De aqui resultaron otros nuevos y mayores alborotos. Los infantes de Aragon y su madre la Reyna doña Leonor se fueron á la villa de Roa, que el Rey se la dió á su tia los mismos dias que estuvo en Toro detenido. Don Juan de la Cerda se partió á Segovia para estar con el Rey; don Fadrique á Talavera donde dexára sus gentes, don Fernando de Castro se volvió á Galicia con su muger que llevó en su compañía, don Tello á Vizcaya; don Enrique, y la Reyna madre se quedaron en Toro para defender la ciudad. Estas cosas acaecieron en el fin del año.
En el principio del siguiente que se contó mil y tre- 1355.
cientos y cincuenta y cinco, se hicieron cortes en Burgos, en que se hallaron los infantes de Aragon. El Rey se quexó al reyno del atrevimiento é insolencia de los grandes: pidió que le ayudasen para juntar un exército con que los castigar, que no solamente cometieron delito contra él, sino en su persona: tenian eso mismo ofendido y agraviado á todo el reyno; que era justo se vengase la injuria hecha á todos con las armas de todos: concedióle el reyno un servicio extraordinario de dinero para pagar parte de la gente de guerra. Mientras estas cosas pasaban en Castilla el Rey de Navarra mató en Francia al condestable don Juan de la Cerda hijo menor del infante don Alonso el Desheredado (1). Parecióle al Rey de

---

(1) Asi le llama Gaguin. libro 9. Paul Emil. lib. 9. le llama Carlos y le hace bisnieto del infante don Fern. de la Cerda. Juan Frossarte le llama tambien Carlos.

Francia este hecho muy atroz: sintió mucho que hobiesen malamente y con asechanzas muerto un tal personage que era muy valeroso y su condestable, y á quien él queria mucho y le trataba familiarmente desde su niñez. La ocasion de su muerte fue que el Rey le hizo merced del condado de Angulema, al qual el Rey de Navarra decia tener derecho. Pretendia otrosí del Rey de Francia los condados de Campaña y de Bria: alegaba para esto que fueron de su padre. No quiso el Rey dárselos: por esto se enojó grandemente y quebró su ira con el condestable. Envió una noche secretamente unos caballeros suyos, que escalaron la fortaleza llamada de Aigle ó del Aguila en Normandia, en que se hallaba el condestable descuidado en su lecho: alli le mataron en ocho dias del mes de enero. Frossarte historiador frances concuerda en el dia, mas quita dos años de nuestra cuenta. Publicada esta muerte, el Rey de Francia no salió en público ni se dexó hablar por espacio de quatro dias. Hízose pesquisa, y fue citado el Rey de Navarra: pidió en rehenes para su seguridad á Luis hijo del Rey; pareció demasía lo que pedia, pero en fin vinieron en ello: con tanto fue á París á responder por sí en juicio. Alegaba que le pretendia el condestable matar: no se probaba este descargo bastantemente, mandóle el Rey prender, y por ruegos é importunaciones de su muger y de su hermana viuda le perdonó, si bien se entendia por su condicion feroz no permaneceria en la fé y lealtad mucho tiempo, como en breve se experimentó. Pidió el Rey de Francia al reyno que le sirviesen con dineros para hacer guerra á los ingleses: contradíxolo el Navarro: injuria que sintió grandemente aquel Rey como era razon, y la guardó y quedó bien arraygada en su ofendido pecho para vomitarla á su tiempo. Dixose arriba como don

Pedro infante de Portugal tenia de muchos dias atrás amistad y trato con doña Inés de Castro: con esta misma el año pasado se casó clandestinamente con mengua de la magestad real: para quitar esta mancha y reducir y sanar á su hijo la hizo matar el Rey en la ciudad de Coimbra. Era cosa injusta castigar la deshonestidad y culpa del hijo con la muerte de la amiga, en especial que le pariera quatro hijos, es á saber don Alonso, que murió niño, don Juan y don Donis y doña Beatriz. Luis Rey de Sicilia falleció por el mes de julio en la ciudad de Catania: sucedióle su hermano don Fadrique, Simple de nombre, y en la edad, costumbres y entendimiento. El reynado de estos dos Reyes hermanos fue trabajado de tempestades, guerras estrangeras y civiles: camino que se abrió al Rey de Aragon para volverse á hacer señor de aquella isla. Pero dexemos este cuento por ahora, y volvamos á lo que se nos queda atrás.

CAPITULO XXI.

De muchas muertes que se hicieron en Castilla.

Despedidas las cortes de Burgos, el Rey se fue á Medina del Campo. Alli por su mandado fueron muertos dos caballeros de los mas principales, el uno Pero Ruiz de Villegas adelantado mayor de Castilla, el otro Sancho Ruiz de Rojas; mandó otrosí prender algunos otros. A Juan Fernandez de Hinestrosa soltaron los de Toro debaxo de pleytesía de volver á la prision, si no aplacase y desenojase al Rey, mas no cumplió su promesa. Don Enrique y don Fadrique, juntadas sus gentes en Talavera, se fueron á encastillar en la ciudad de Toledo para prevenir los intentos del Rey. Pasado el rio, quisieron entrar por el puente de San Martin, mas como les resistiesen la entrada algunos

caballeros de la ciudad, dieron vuelta por encima de los montes de que casi toda al rededor está cercada, y llegados á la otra parte de la ciudad, entraron por el puente que llaman de Alcántara. Hízose gran matanza en los judíos, y les robaron las tiendas de mercería que tenian en el Alcana: fueron mas de mil judíos los que mataron, lo qual no se hizo sin nota y murmuracion de muchos á quien tan grande desconcierto parecia muy mal. Avisado el Rey del peligro en que la ciudad estaba, vino á grande priesa antes que se pudiesen fortificar los contrarios en una plaza de suyo tan fuerte. Con su llegada los hermanos fueron forzados á desampararla con presteza: cosa que les valió no menos que las vidas. El Rey vengó su enojo en los ciudadanos, mató algunos caballeros, y del pueblo mandó matar veinte y dos. Entre estos condenados era un platero viejo de ochenta años: un hijo que tenia de diez y ocho, se ofreció de su voluntad á que le matasen á él en cambio de su padre. El Rey en lugar de perdonalle, que al parecer de todos lo merecia muy bien por su rara y excelente piedad, le otorgó el trueco y fue muerto: horrendo espectáculo para el pueblo, y misericordia mezclada con tanta crueldad. Los nombres de padre y hijo no se saben por descuido de los historiadores, el caso es muy cierto. Hizo otrosí el Rey prender al obispo de Sigüenza don Pedro Gomez Barroso, varon insigne entre los de aquel tiempo y gran jurista: la causa, que favorecia á sus ciudadanos, y á la Reyna doña Blanca, que envió el Rey presa á la fortaleza de Sigüenza. Asentadas las cosas de Toledo, restaba reducir á su servicio las demas ciudades. Los de Cuenca por estar mas conformes entre sí cerraron las puertas al Rey: no se atrevió á usar de violencia por ser aquella ciudad muy fuerte. Criábase entonces en ella don San-

cho hermano del Rey, y aunque se libró deste peligro presente, pocos dias despues Alvar García de Albornoz hermano del cardenal don Gil de Albornoz, que le tenia en guarda, le escapó y llevó á Aragon. Púsose cerco á la ciudad de Toro, en que estaba la Reyna madre, don Enrique y don Fadrique, don Per Estevanez Carpintero, que se llamaba maestre de Calatrava, y todas las fuerzas de los caballeros de la liga. Durante el cerco que fue largo asaz, en Tordesillas doña María de Padilla parió una hija que fue la tercera, y se llamó doña Isabel. Don Juan de Padilla su hermano maestre de Santiago fue muerto en un rencuentro que tuvo entre Tarancon y Uclés: causóle la muerte la honra y estado en que el Rey le puso; venciéronle don Gonzalo Mexía comendador mayor de Castilla y Gomez Carrillo, que favorecian y tenian la parte de don Fadrique. El Rey con la edad hecho mas prudente no quiso que se proveyese el maestrazgo por dexar la puerta abierta para que su hermano se reduxese á su servicio. El Papa Inocencio por estos dias envió al cardenal de Boloña para que pusiese en paz al Rey y á estos grandes. Las cosas estaban tan enconadas que no pudo efectuar nada; solamente alcanzó que soltasen de la prision al obispo don Pedro Gomez Barroso. Don Enrique de Toro se huyó á Galicia, y escapó del peligro que le amenazaba y corria: aunque era mozo, tenia sagacidad y cordura, de que dió bastantes muestras en todas las guerras en que anduvo. Don Fadrique, habida seguridad, salió de la ciudad y se fue al Rey. Finalmente en cinco de enero del año
de mil y trecientos y cincuenta y seis un cierto ciu- 1356
dadano dió al Rey entrada por una puerta que él guardaba. Apoderado de la ciudad hizo matar á don Per Estevanez Carpintero y Ruy Gonzalez de Castañeda, y otros caballeros principales: matáronlos en presen-

cia de la Reyna madre, que se cayó en el suelo desmayada de espanto y horror de un espectáculo tan terrible. Vuelta en su acuerdo, con muchas voces maldixo á su hijo el Rey, y desde á pocos dias con su licencia se fue á Portugal, donde no miró mas por la honestidad que antes. Ninguna cosa se encubre en lugares tan altos: como tratase amores con don Martin Tello caballero portugues, fue muerta con yerbas por mandado del Rey de Portugal su hermano. Algunos afirman que la hizo matar su padre el Rey don Alonso el Quarto, ca por fidedignos testimonios (1) pretenden probar vivió hasta el año de mil y trecientos y sesenta y uno: otros mas acertados dicen que el dicho Rey murió el año de cincuenta y siete. El Rey de Castilla se fue á Tordesillas, y alli hizo un torneo en señal de regocijo por las cosas que acabára. El lugar y el dia mas prometian placer y contento que miedo; no obstante esto, el Rey otro dia de mañana hizo matar á dos escuderos de la guarda de don Fadrique. Quando él lo supo, tuvo grande temor no hiciese otro tanto con él; mas esta vez no pusieron en él las manos. Este año tembló en muchas partes la tierra con grande daño de las ciudades marítimas: cayeron las manzanas de hierro que estaban en lo alto de la torre de Sevilla, y en Lisboa derribó este terremoto la capilla mayor que pocos dias antes se acabára de labrar por mandado del Rey don Alonso. Algunos pronosticaban por estas señales grandes males que sucederian en España: pronósticos que salieron vanos, pues el reynado del Rey de Castilla y él en sus maldades continuaron por muchos años adelante; el pueblo por lo menos hizo muchas procesiones y plegarias para aplacar la ira de Dios. Tomada la ciudad de Toro, el

---

(1) Duarte Nuñez en la Genealog. de aquellos Reyes.

conde don Enrique por caminos secretos y escondidos se huyó á Vizcaya, do su hermano don Tello con la gente y aspereza de la tierra conservaba lo que quedaba de su parcialidad, ca venció en dos batallas ciertos capitanes que tenian la voz del Rey. Desde alli don Enrique se fue en un navío á la Rochela, ciudad de Xantoigne en Francia, para estar á la mira, y esperar en qué pararian los humores que removidos andaban. A esta sazon el Rey de Navarra en un convite á que le convidó en Ruan Carlos el delphin y duque de Normandia fue preso por el Rey de Francia que de repente sobrevino, y le compelió á que desde la prision respondiese á ciertos cargos que se le hacían: el principal era de traycion, porque favorecia á los ingleses contra lo que era obligado como príncipe por muchas vias y títulos sugeto á la corona de Francia. Desta manera se veían en aquel reyno divididas las aficiones de los españoles que en él residian; don Enrique tiraba gages del Rey de Francia, don Philipe hermano del Rey de Navarra llamaba los ingleses á Normandia, y se juntó con ellos. Lo mismo hizo el conde de Fox enojado por la injuria, y agravio hecho al Rey su cuñado. Asi en un mismo tiempo en España y en Francia se temian muchas novedades y nuevas y temerosas guerras.

LIBRO DÉCIMOSÉPTIMO.

CAPITULO PRIMERO.

Del principio de la guerra de Aragon.

Una guerra entre dos reynos y Reyes vecinos y aliados, y aun de muchas maneras trabados con deudo, el de Castilla y el de Aragon, contará el libro

diez y siete: guerra cruel, implacable y sangrienta, que fue perjudicial y acarreó la muerte á muchos señalados varones, y últimamente al mismo que la movió y le dió principio, con que se abrió el camino, y se dió lugar á un nuevo linage y descendencia de Reyes; y con él una nueva luz alumbró al mundo, y la deseada paz se mostró dichosamente á la tierra. Póneme horror y miedo la memoria de tan graves males como padecimos. Entorpécese la pluma, y no se atreve ni acierta á dar principio al cuento de las cosas que adelante sucedieron. Embázame la mucha sangre que sin propósito se derramó por estos tiempos. Dése este perdon y licencia á esta narracion, concédasele que sin pesadumbre se lea: dése á los que temerariamente perecieron, y no menos á los que como locos y sandios se arrojaron á tomar las armas y con ellas satisfacerse. Ira de Dios fueron estos desconciertos, y un furor que se derramó por las tierras. Las causas de las guerras, mirada cada una por sí, fueron pequeñas; mas de todas juntas como de arroyos pequeños se hizo un rio caudal, y una grande avenida y creciente de saña y de enojos. Cada qual de los dos Reyes era de ardiente corazon y que no sufria demasías, en las condiciones y aspereza semejables; bien que el de Castilla por la edad, que era menor y mas ferviente, se aventajaba en esto, y en rigor, severidad y fiereza. Querellábase el Aragones que sus hermanos tuviesen en Castilla guarida, y hallasen en ella ayuda para alborotalle su reyno. Sentia asi mismo que don Fernando su hermano con color de asegurar al de Castilla que le sería leal, en hecho de verdad por darle á él molestia hobiese puesto guarnicion de castellanos en las sus fortalezas de Alicante y de Orihuela. Por el contrario el Rey de Castilla se quexaba que las galeras de Aragon á la boca de

Guadalquivir tomaron ciertas naves que en tiempo de necesidad venian cargadas de trigo, de que resultó mayor hambre y carestía. Quexábase otrosí que los foragidos de Castilla eran recebidos y amparados en Aragon: que los caballeros aragoneses de Calatrava y de Santiago no querian obedecer á sus maestres que eran de Castilla; en todo lo qual pretendia era agraviado, y decia queria tomar de todo emienda con las armas. A estos cargos y causas de romper la guerra se allegó otra nueva, y fue en esta manera. El Rey de Castilla apaciguado que hobo las alteraciones de Castilla la vieja, y dada orden en las demas cosas, entrado ya el verano partió al Andalucía para acabar de sosegar á Sevilla y los demas pueblos de aquella comarca. En Sevilla, fatigado con los cuidados y negocios, para tomar un poco de alivio determinó irse á las Almadrabas en que se pescan los atunes, que es una vistosa pesca y muy gruesa grangería. Hizo aprestar una galera, y en ella se fue desde Sevilla á Sanlucar de Barrameda. Sucedió estar surgidas en aquel puerto dos naves gruesas. Acaso diez galeras de Aragon que iban en favor de Francia contra los ingleses sus capitales enemigos, salidas del estrecho de Gibraltar, costeaban aquellas riberas del mar Océano. El capitan de las galeras que se llamaba Francisco Perellos, por codicia de la presa acometió y tomó aquellas dos naves delante los ojos del mismo Rey. Pareció este un desacato insufrible. Encarecíanle los cortesanos en grande manera, como gente que deseaba se encendiese alguna guerra con que pensaban acrecentar sus haciendas, y ser mas estimados y honrados que en tiempo de paz, quando por no ser tan necesarios los estimaban en menos: tal es la condicion de soldados y palaciegos. Fue Gutierre de Toledo á reñir esta pendencia, y agraviarse del atrevimiento y de-

masía; mas el capitan aragones, como quier que era hombre determinado y feroz, sin hacer caso de las amenazas y fieros dió por final respuesta: que aquellas mercadurías eran de ginoveses, y que por derecho de la guerra las podia tomar por estar con ellos á la sazon rompida en la isla de Cerdeña por grande deslealtad de Matheo Doria ginoves de nacion. Vista esta respuesta tan resoluta, el Rey de Castilla envió al Rey de Aragon una embaxada con Gil Velazquez de Segovia uno de sus alcaldes. Mandóle representase las quexas arriba referidas. Que mandase restituir los navíos que sus galeras tomaron á tuerto: demas que le entregase al capitan dellas para castigalle conforme á su temeridad y locura. Aprestaba á la sazon el de Aragon en Barcelona una armada para pasar en Cerdeña contra los rebeldes de aquella isla. Fuéle por esta causa enojosa la demanda de Castilla; respondió empero con blandura y humildad: que él contentaria al Rey de Castilla, satisfaria los agravios que le proponia, y echaria de Aragon los castellanos foragidos; asi mismo, que vuelto el capitan, le castigaria segun su culpa mereciese: en lo que tocaba á los caballeros de Santiago y de Calatrava, dixo no pertenecia á su jurisdiccion aquel pleyto por ser personas religiosas, y á él sería mal contado, si en sus cosas se empachaba: que se podria tratar con el Sumo Pontífice como causa y negocio eclesiástico, y lo que se determinase, él mismo lo tendria por bueno y pasaria por ello. No se satisfizo nada Gil Velazquez con esta respuesta, antes de parte de su Rey le desafió y denunció la guerra. Replicó el Rey de Aragon: no me parece que esta es bastante causa para romper la guerra entre dos Reyes amigos y confederados; mas yo lo dexo al juicio de Dios, que no permitirá pase sin castigo y enmienda qualquier insolencia: yo no comenzaré la

guerra, pero con la ayuda divina, si me la dieren, ni la rehusaré ni la temo. Destos principios se vino á las manos. Residian en Sevilla muchos mercaderes catalanes: todos en un punto fueron presos y confiscados sus bienes. Hicieron en ambos reynos levas de gentes y los demas apercibimientos: acudieron asi mismo á procurar socorros de príncipes estrangeros; en particular don Luis hermano del Rey de Navarra, que luego que en Francia prendieron al Rey su hermano, se volvió á España para proveer á lo de acá, requerido por entrambas partes que se juntase con ellos, no quiso declararse por la una parte ni por la otra, sino como sagaz entretenellos con buenas esperanzas y estar á la mira, dado que de secreto mas se inclinaba al de Aragon como á mas amigo y deudo. Hízose por un mismo tiempo entrada por tres partes en el reyno de Valencia. Don Hernando de Aragon pretendia levantar los de aquel reyno, por la parte que en él tenia, y por la memoria de las revoluciones pasadas, cosa en que mas confiaba que en las armas; mas no halló la entrada que él pensaba, ca estaban escarmentados por causa de los males y castigos pasados. Desta manera se entretenia la guerra, y continuaba en los postreros del mes de agosto con daño notable de los campos y aldeas de aquella frontera. En estos mismos dias se dió en Francia la famosa batalla de Potiers, memorable por la matanza que de franceses se hizo muy grande por mucho menor número de ingleses: con que las fuerzas de aquel poderoso reyno quedaron de todo punto quebrantadas. El mismo Rey de Francia fue preso y Philipe el menor de sus hijos: murieron en el campo Pedro duque de Borbon padre de la Reyna doña Blanca, Gualter condestable de Francia, Roberto señor de Durazo y pariente del cardenal de Perigueux, que enviado por

legado del Papa Inocencio para concertar aquellas gentes y asentar las paces, se halló en aquella batalla, sin otros muchos personages de cuenta que alli perecieron. Sucedió aquella desgraciada batalla á diez y nueve dias del mes de setiembre deste año de mil y
1356. trecientos y cincuenta y seis. Desta jornada resultaron dos cosas notables, y á propósito de nuestra historia. La una, que por orden de algunos vasallos suyos el Rey de Navarra se soltó de la prision en que le tenian, y hallada entrada en París, se hizo capitan de muchos sediciosos, y alborotó el pueblo para que no acudiesen al delphin que pretendia buscar socorros y allegar dineros para libertar al Rey su padre, no sin gravē ofension de aquella gente. Con esta ocasion el Navarro en una junta que se tuvo en París, se querelló públicamente del agravio y afrenta pasada. Dixo que su derecho que tenia á la corona de Francia, era mejor que el de los que la pretendian por las armas, por ser como era nieto del Rey Luis Hutin, hijo de su hija, como el Ingles fuese hijo de madama Isabel hermana del mismo. No hay duda sino que el Navarro tramaba una nueva tela de discordias, si sus fuerzas fueran iguales á su voluntad y ánimo: en fin hizo tanto que le fueron restituidos sus bienes, y á los pueblos y estado que heredó de su padre, le añadieron el señorío de Mascon y de Bigorra; no pudo empero alcanzar por mas que andaban revueltas las cosas, que le entregasen á Bria, Campaña y Borgoña, estados á que pretendia tener derecho. Sucedió asi mismo que don Enrique conde de Trastamara despues desta batalla, en que se halló y salió salvo, se vino al Rey de Aragon convidado con grandes promesas que le hizo. Esta fue la primera puerta que se le abrió, y el primer escalon para venir despues á ser Rey de Castilla; este el principio de su prosperidad. La suma de las capitulacio-

nes de los dos fue: Que don Enrique se desnaturalizase de Castilla, y hiciese pleyto homenage de ser perpétuamente vasallo y amigo del Rey de Aragon: que fuesen suyas todas las ciudades y villas, excepto Albarracin, que tuvo el infante don Fernando de Aragon: que el Rey le diese sueldo para seiscientos hombres de á caballo y otros tantos infantes que anduviesen debaxo de su pendon y bandera. Entrado el año 1357.
de nuestra salvacion de mil y trecientos y cincuenta y siete, con varios sucesos se hacía la guerra en las fronteras de Castilla y Aragon. Tomaron los aragoneses á Alicante y los castellanos á Embite y á Bordalua. Los principales capitanes del Rey de Aragon eran el conde de Trastamara don Enrique, don Pedro de Exerica y el conde don Lope Fernandez de Luna; por el Rey de Castilla don Fadrique maestre de Santiago, los dos hermanos infantes de Aragon, y don Juan de la Cerda. Servian sus capitanes con mayor fidelidad al Rey de Aragon que los suyos al de Castilla: los unos constantes y firmes, y estotros dudosos y como á la mira de lo que resultaria destas guerras; especialmente que en general aborrecian las maldades y aspereza de condicion de su Rey. Asi al cabo el de Aragon con su buena industria y maña, de que hallo que en esta guerra se valió mas que de sus fuerzas, los vino á traer todos á su servicio y á tenerlos de su parte. Don Juan de la Cerda y Alvar Perez de Guzman fueron los primeros que se apartaron del servicio del Rey de Castilla; que todavia tenian presente la muerte de su suegro don Alonso Coronel señor de Aguilar á quien el Rey hizo matar, y ellos eran casados con doña María y doña Aldonza sus hijas. Tenian otrosí miedo que el Rey que con una desenfrenada luxuria babia puesto los ojos en doña Aldonza, se la queria tomar á su marido Alvar Perez: asi por ventura fueron dos las cau-

sas que compelieron á estos caballeros á apartarse del servicio de su Rey, y á que de Seron, de donde hacían la guerra en la raya de Aragon, se pasasen al Andalucía, en que tenian muchos parientes y amigos y grande estado. Pretendian con su autoridad y presencia levantar y alborotar aquella provincia, como lo comenzaron á poner por obra; puesto que era grande confianza y osadía, mas aina temeridad, atreverse á mover guerra civil en el medio y corazon de un reyno tan poderoso. A esta sazon el Rey de Castilla con todo su exército tenia sitiado un castillo de Aragon junto á la raya de Castilla, que se dice Tebal, ó Sisamon como otros dicen. Alli tuvo nueva como estos caballeros, desamparado Seron, se iban al Andalucía: fue luego en pos dellos. Siguiólos algun tanto, mas no los pudo alcanzar, que se fueron como si huyeran por la posta. Volvióse á encender la guerra con mayor furia que de primero. Tomó el Rey de Castilla algunos pueblos de poca importancia: con el mismo ímpetu fue sobre Tarazona, ciudad principal, que está cerca de Navarra; ganóla y entróla por fuerza en nueve de marzo. Los ciudadanos perdida la parte alta de la ciudad que era la mas fuerte della, se dieron á partido, salvas las vidas y hacienda: asi los dexaron ir libremente á Tudela. Díxose que esta ciudad la perdieron los aragoneses por culpa del alcayde Miguel de Gurrea, que la pudiera sustentar mucho mas tiempo, si tuviera mayor corazon y mas sufrimiento; asi por entender que no podria descargarse y satisfacer bastantemente á su Rey, se pasó con su casa y familia al reyno de Navarra. Pobló el Rey la ciudad de soldados castellanos, y avecindólos en ella; repartióles sus casas, campos y heredades. El Rey de Aragon despues que perdió esta ciudad, no se tenia por seguro dentro de los mismos muros de Zaragoza. Por esta

causa con mayor ansia y cuidado que de antes, procuró nuevos socorros y ayudas de estrangeros; mayormente que en esta sazon don Juan de la Cerda en el Andalucía fue muerto y desbaratado por el concejo de Sevilla, de cuyas gentes fueron capitanes en aquella batalla Juan Ponce de Leon señor de Marchena, y el almirante Gil Bocanegra. Vino de Francia en servicio del Rey de Aragon el conde de Fox, y en su compañía muchos caballeros, soldados de fama. El señor de Labrit su contrario vino al tanto con un buen número de lanzas á ayudar al Rey don Pedro de Castilla. El Papa Inocencio envió á España á Guillen cardenal de Boloña por su legado para que pusiese paz entre estos dos reynos. Hizo muchas idas y venidas de los unos á los otros con grandísimo trabajo suyo: en fin concertó treguas por un año y tres meses mientras que algunos grandes trataban medios de paz, para lo qual fue nombrado por parte del Rey de Aragon Bernardo de Cabrera, y por el de Castilla Juan Fernandez de Hinestrosa. En el entretanto los pueblos que ambas partes ganáran, se pusieron en fieldad y como en tercería en poder del cardenal legado, que puso pena de excomunion contra el primero que quebrase las treguas. Concluyéronse estas pláticas en diez y ocho dias del mes de mayo. En este mes murió en Lisboa don Alonso el Quarto, Rey de Portugal, de edad de setenta y siete años y seis meses: reynó por espacio de treinta y un años, cinco meses y veinte dias: fue enterrado su cuerpo en la misma ciudad junto al altar de la iglesia mayor, do sepultaron su muger doña Beatriz. Sucedióle en el reyno su hijo don Pedro por sobrenombre el Cruel. Un mes antes le habia nacido un hijo de doña Teresa Gallega, á quien tenia por amiga, despues que su padre hizo matar á doña Inés de Castro. Era doña Teresa muger muy

apuesta, por lo demas ninguna otra gracia tenia porque mereciese ser querida. Llamaron á su hijo don Juan, á quien los cielos tenian determinado de entregar el reyno de su padre y abuelos, como se dirá adelante en su debido lugar. Volvamos á las cosas de Aragon y Castilla. Hechas las treguas, los aragoneses entregaron al cardenal legado los pueblos y fortalezas que tenian de Castilla: hiciéronlo de mejor gana por ser pocas las que ellos ganáran. El Rey de Castilla, si bien consintió en todas las demas capitulaciones, nunca se pudo acabar con él que quisiese sacar de Tarazona los soldados castellanos que nuevamente hizo avecindar en ella. Mientras estas cosas se concluían, fuése á la ciudad de Sevilla para apaciguar las revueltas del Andalucía, y juntar una buena armada con que hacer guerra en los pueblos marítimos de Aragon luego que espirase el tiempo de las treguas; la paz ni la esperaba, ni aun la deseaba. En Sevilla dióse tanto á los amores de doña Aldonza Coronel que en su respeto no hacía ya caso de doña María de Padilla: quán poco duran las privanzas y favores! quán ciega é indómita bestia es un hombre sugeto á sus pasiones! ningunas dificultades ni trabajos eran bastantes para poder apartar al Rey don Pedro de sus deleytes y torpezas. Cansado pues y mohino el legado de sus cautelas y marañas le descomulgó y puso en toda Castilla entredicho; todavia pareció que el legado en esto procedió con mas priesa y cólera de la que en tan grave caso se requeria: por esta causa el Papa le envió á llamar, y le hizo salir de España. Todas eran trazas y mañas del Rey de Aragon por hacer mas odioso al de Castilla, y que le tuviesen por un mal hombre, sacrílego y descomulgado, ca pretendia con esta infamia y mala opinion que los de su reyno le desamparasen: maña en que ponia mas confianza que en su

valor y fuerzas. Sucedióle al Rey de Castilla otro nuevo disgusto. Tenia en su poder á doña Juana muger de su hermano don Enrique. Pedro Carrillo un caballero criado suyo tuvo manera para la sacar de Castilla, y la llevó á Aragon y la entregó á su marido. Con esto se acabó de perder la esperanza que de paz podia quedar entre los dos hermanos. Los otros dos don Fadrique y don Tello tenian gana de rebelarse: ninguna otra cosa los detenia para que no se pasasen al de Aragon, sino que entendian no les podria dar igual recompensa á los grandes estados que dexaban en Castilla. Esta tardanza en este mismo tiempo fue dañosa y mortal á muchos. Don Fernando de Aragon estaba en esta coyuntura en guarnicion de la villa de Jumilla, que él en aquella frontera ganára á los aragoneses: tenia sus tratos secretos con Bernardo de Cabrera; en fin se pasó al Rey de Aragon porque se le concedió la procuracion del reyno y la restitucion de su estado; que en tiempo tan apretado y de tanta necesidad nada parecia demasiado. La rebelion de don Enrique y de don Fernando como dió la vida á los aragoneses, asi causó la muerte á los hermanos de ambos, como adelante se verá. En Cerdeña en estos dias las cosas se mejoraban con la muerte de Matheo Doria que sucedió á buen tiempo, y el Rey de Aragon se concertó con sus sucesores. Mariano el juez de Arborea no se acababa de sosegar, puesto que con tan gran pérdida como la de Oria poco se adelantaba su partido. La mayor parte de Sicilia en este mismo tiempo tenian ocupada las guarniciones y soldados del Rey Luis de Nápoles: Palermo y Mecina dos principales ciudades de aquella isla eran suyas. Don Fadrique llamado el Simple, que dos años antes sucedió en aquel reyno á su hermano el Rey don Luis, era de poca edad, de corto ingenio, y menos fuerzas y poder. El titulo de

Rey conservaba en sola la ciudad de Catania con cortas esperanzas á causa que volvia á revivir la parcialidad francesa, y tenia por vecinos á los Reyes de Nápoles, y los isleños le eran desleales. Con esto en tanto grado perdió el ánimo y esperanza de poder defenderse y sustentar su reyno, que hizo donacion de Sicilia, Athenas y Neopatria á su hermana doña Leonor muger del Rey de Aragon. Desta donacion envió al Rey marido della escrituras públicas y auténticos instrumentos para convidarle y animarle á que le enviase sus gentes y armada con que defender á Sicilia. El Rey de Aragon quisiera acudir á su cuñado, mas tenia tanto que hacer en su casa con una tan pesada y peligrosa guerra, y llena de grandes dificultades, que no pudo ayudar como quisiera á las cosas de Sicilia, que llegaron á término de estar de todo punto perdidas. El esfuerzo y lealtad de don Artal de Alagon conde de Mistreta y maestre justicier de Sicilia, que hizo rostro á los enemigos y los venció en una batalla en que mató muchos dellos, y hizo justicia de algunos del reyno culpados, las entretuvo. La deslealtad de otros fue vencida con algunas mercedes que les hicieron; que en fin dádivas todo lo acaban y ablandan.

CAPITULO II.

De las muertes de algunos señores de Castilla.

El ardiente deseo de vengarse llevaba al despeñadero á los Reyes de Castilla y de Aragon sin cuidar de lo bueno y justo, y sin que echasen de ver lo que en el mundo se podria decir dellos; en que se empeñaron de suerte que no tuvieron empacho de llamar los moros en su ayuda. El Rey moro de Granada envió golpe de gente de á caballo en favor del Rey

de Castilla con quien meses antes se aviniera. El de Aragon llamó de Africa al Rey de Marruecos para oponerle á su enemigo, balanzar las fuerzas y estar con él á la iguala: acuerdo infame y traza vergonzosa á la religion christiana. Quexóse gravemente dello por sus cartas el Padre Santo Inocencio, y entre otras razones les escribió que se maravillaba mucho que el deseo de hacerse daño llegase á tanto estremo que no tuviesen miedo de traer á su tierra una peste tan contagiosa y mala, con que y con menor ocasion en otro tiempo se asoló y destruyó toda España. Fuera este cuidado y diligencia del Pontífice buena y á buen tiempo; mas las orejas los Reyes tenian con un exceso de pasion y enojo de tal manera tapadas que no oyeron sus paternales, santas y saludables amonestaciones. Los grandes que seguían la opinion de Castilla, fueron por los aragoneses solicitados, y aun persuadidos á que se pasasen á su parte. El primero el infante don Fernando de Aragon: la misma naturaleza inclinaba á que en este riesgo quisiese antes favorecer á su hermano que al Rey de Castilla su primo. Tuvo sus hablas secretas en la villa de Jumilla que ganára en esta guerra, como se tocó ya, y finalmente por la buena diligencia y persuasiones de Bernardo de Cabrera se pasó á su hermano el Rey de Aragon. No pudieron estar secretos tratos de tan grande importancia: asi en el principio del año de mil y 1358.
trecientos y cincuenta y ocho el maestre de Santiago don Fadrique tomó por fuerza de armas á Jumilla y la sacó del poder de los aragoneses. Hecho esto, vínose el maestre á Sevilla; y entrado en el alcázar, por mandado del Rey su hermano delante de sus ojos fue cruelísimamente muerto por unos ballesteros de maza del Rey. Este fue el premio y mercedes que le hizo por el buen servicio que le acababa de

hacer, bien es verdad que se sabe de cierto no andaba muy sosegado, y que trataba de pasarse á Aragon: sospecho que este trato debió de venir á noticia del Rey, y que por esta causa se le aceleró la muerte. Luego que fue muerto don Fadrique, se partió el Rey á grande priesa á Vizcaya: las manos que ya tenia tintas en la fraternal sangre, queria en aquella provincia volverlas á ensangrentar con otro semejante exemplo de severidad. Sospechólo su hermano don Tello, y huyóse á Francia en un navío, y de alli se fue á Aragon para vengar con las armas su injuria y la muerte del hermano. No faltó otro desdichado en quien en su lugar el cruel Rey executase su saña. Ido don Tello, el infante don Juan de Aragon, á quien se debia el señorío de Vizcaya por ser casado con doña Isabel hija de don Juan Nuñez de Lara, y tambien el Rey á la partida de Sevilla se le prometió, le suplicó fuese servido de dársele, pues con la huida de don Tello quedaba sin dueño y desamparado. El Rey ó porque le apretó mucho con esta demanda, ó por saber que era de acuerdo con los demas grandes que se eran pasados á Aragon, en Bilbao, do á la sazon estaban, le hizo matar á sus maceros; y aun escribe un autor que él mismo le acabó de un golpe de jabalina que le dió con su propia mano: abominable crueldad. Su cuerpo le hizo echar de una ventana abaxo, y caido en la plaza, dixo á muchos vizcainos que le miraban: Veis á vuestro señor, y al que demandaba el estado de Vizcaya. Mandóle despues llevar á Burgos, mas ni le dió sepultura, ni se le hicieron las debidas honras ni obsequias, antes por mandado del Rey lo echaron en lo profundo del rio, que nunca mas pareció: con esto echó el sello y acabó de suplir lo que á un caso tan atroz faltaba de crueldad, que era vengarse en el cuerpo de su pri-

mo hermano tan malamente muerto. Con la misma furia á la Reyna doña Leonor su tia madre del infante, y su infelicísima muger doña Isabel las hizo prender en Roa, y llevarlas dende presas al castillo de Castroxeriz. Prosiguióse por todo el reyno una grande carnicería; y de diversas partes le truxeron á Burgos seis cabezas de caballeros principales, que fueron para él un espectáculo tan grato y apacible quanto era horrendo y miserable á los hombres buenos que le miraban. Tenia tambien determinado de matar otros muchos en Valladolid, si no se lo estorbára la entrada que repentinamente hicieron en Castilla don Enrique y el infante don Fernando: don Enrique destruía y asolaba la tierra de Campos, de Soria y Almazan; don Fernando hacía cruel guerra en el reyno de Murcia. Á entrambos incitaba el justo sentimiento de la muerte de sus hermanos, y el grave dolor que su memoria les causaba, los encendia en cólera y deseo de vengarlos y satisfacerse con las armas. El Rey de Castilla con miedo de la entrada que estos caballeros hicieron en su reyno, se fue al Burgo de Osma para proveer lo necesario á esta guerra. De alli en el principio del mes de julio envió un ballestero de maza al Rey de Aragon á quexarse porque le habia rompido malamente la tregua, y faltando á su verdad, hacía que sus gentes le entrasen en su tierra estando él descuidado y desapercebido con la seguridad de su palabra. Á esto respondió el Rey de Aragon que él era forzado á tomar las armas por el desafuero que él le hacía en no cumplir las condiciones de las treguas, demas que con la toma de la villa de Jumilla él primero las quebrára: que qualquiera dellos fuese el culpado, era cosa muy inhumana é injusta que pagase sus desgustos la sangre inocente de tantas gentes: que sería mejor que estas diferencias se acabasen por com-

bate de veinte con veinte, ó cincuenta con cincuenta, ó de ciento con ciento. En esta forma el Rey de Aragon desafió al de Castilla con grandes amenazas y palabras de mucha confianza. Su enemigo como quier que era mas poderoso, y de grande corazon, ningun caso hizo de sus fieros y desafio. Envió á don Gutierre Gomez de Toledo, á quien pocos dias antes dió el priorato de San Juan, á que pusiese cobro en las cosas del reyno de Murcia: á otros despachó á diversas partes, segun que le pareció convenia á la buena administracion de la guerra. El se partió á gran priesa á Sevilla: tenia alli puesta en orden una armada de doce galeras con las quales se juntaron otras seis que vinieron de Génova. Con esta flota se determinó correr toda la costa del reyno de Valencia, acometer y dar un tiento á las villas y ciudades marítimas. Fueron sobre Guardamar villa del infante don Fernando, que ganaron por fuerza de armas. No se tomó el castillo, porque sobrevino súbitamente una borrasca tan furiosa que dieron las galeras al través en tierra, y las hizo pedazos, solamente escaparon dos que por buena suerte se acertaron á hallar en alta mar. Con tan grande y no pensado infortunio el fiero y soberbio corazon del Rey no desmayó ni se quebrantó, antes quemó el pueblo y las galeras destrozadas, y levantado el exército, se fue por tierra á Murcia. Dende á pocos dias que llegó á aquella ciudad, envió á Sevilla á Martin Yañez privado suyo con orden que hiciese labrar otra nueva armada, y él juntado que tuvo de todas partes su exército, se partió para Almazan do tenia muchos hombres de armas. Entró por aquella parte en las tierras de su enemigo: ganóle algunas villas y castillos asi de los que tenian los aragoneses en Castilla, como otros del reyno de Aragon, y principalmente se hizo cruel guerra en el es-

tado de don Tello. En fin del otoño se volvió el Rey á Sevilla con intento de en pasando el invierno juntar una grande flota y hacer la guerra por el mar, ca le parecia que se haria desta manera mayor daño al enemigo: para este efecto su tio el Rey de Portugal le envió diez galeras y tres el de Granada. Este año fue señalado por el nacimiento de doña Leonor hija del Rey don Pedro de Aragon, y de don Juan hijo de don Enrique, los quales tenia Dios determinado que se ayuntasen en matrimonio y heredasen los reynos de Castilla. Nació doña Leonor en veinte dias del mes de febrero, y don Juan asi mismo en veinte del mes de agosto. En este mismo año en las cortes de Valencia se estableció que los años no se contasen como solian por la era de César, sino por el nacimiento de Christo. En el principio del año siguiente de mil y trecientos y cincuenta y nueve el Rey de 1359.
Aragon puso cerco sobre Medinaceli, pueblo puesto en los confines de los antiguos celtíberos, carpetanos y arevacos, que en tiempo antiguo fue una grande ciudad, mas en este solo era una mediana villa; empero fuerte por su sitio natural y por tener dentro buena guarnicion de gente que la defendió valerosamente, tanto que fue forzado el Aragones á volverse á Zaragoza sin empecerles, ni dexar hecha cosa que fuese de mucha consideracion ni momento. Estaba el Rey de Castilla para ir á socorrer á Medinaceli quando tuvo aviso que era llegado á Almazan el cardenal Guido de Boloña legado del Papa Inocencio. Dióle el Rey audiencia en esta villa: el legado de parte del Papa le dixo que sentia tanto el Padre Santo hobiese guerra entre él y el Rey de Aragon, y le tenia puesto en tan gran cuidado, que si no fuera por su mucha edad y por otros gravísimos negocios de la iglesia que se lo estorbaron, él mismo en persona

viniera á poner paz entre ellos y hacerlos amigos. Que los Reyes de Castilla siempre fueron columna de la iglesia, amparo y defensa no solamente de España, sino de toda la christiandad; pero que visto como al presente, olvidado de todo punto de la guerra de los moros, se ocupaba en hacerla á un príncipe christiano, vecino y pariente suyo, no podia dexar de recebir grandísima pena y dolor: que quando saliese con la victoria, antes ganaria odio é infamia que honra ni provecho alguno: que á ambos con paternal amor les rogaba, y de parte de Dios les amonestaba que tantas gentes, tesoros y armas los empleasen contra los enemigos de nuestra Santa fé; si asi lo hiciesen, su divina Magestad les daria en las manos muy honradas y señaladas victorias como las alcanzaron sus antepasados, esclarecidos Reyes. Respondió á esto el Rey que se recelaba de pláticas de paz por causa que el Rey de Aragon le engañó ya una vez con color della y muestra de querer amistad: asi que estaba determinado y con entera resolucion de no venir en concierto ni acuerdo alguno, si no fuese que ante todas cosas echase de su reyno los castellanos foragidos, y restituyese á la corona de Castilla las ciudades de Orihuela y Alicante, y otros pueblos de aquella comarca, que en el tiempo de las tutorías de su abuelo el Rey don Fernando los aragoneses contra razon y justicia usurparon: demas que por los gastos hechos en esta guerra el Rey de Aragon le contase quinientos mil florines. El legado oido lo que le decia el Rey, fue á verse con el de Aragon: llevaba alguna esperanza de poderlos concertar, pues se comenzaba á hablar en condiciones. El Rey de Aragon oida la demanda, se escusaba y acusaba al enemigo como es ordinario. Decia: que el de Castilla fue el primero que sin justa causa movió la guerra:

que no era cosa razonable ni se podia sufrir le pidiese, y él diese lo que heredó de sus padres y abuelos, ni tampoco á él le sería bien contado si menoscabase ó enagenase parte alguna de sus reynos: que este pleyto en otro tiempo se litigó ante jueces árbitros, y oidas las partes pronunciaron sentencia en favor de Aragon; sin embargo para mayor satisfaccion, y dar á todo el mundo á entender su justicia, él dexaria esta causa de nuevo en las manos del Padre Santo. Gastábase el tiempo en demandas y respuestas sin concluirse nada: era lástima grande ver como estas dos nobles naciones corrian furiosamente á su perdicion, sin que nadie los pudiese reparar ni poner en paz, ni fuese siquiera parte para hacelles sobreseer la guerra con algunas treguas. Si hablaban en ellas, el Rey de Castilla se escusaba con las grandes expensas y gastos hechos en juntar una gruesa armada que tenia á la cola, y aprestada para acometer las tierras marítimas de Aragon.

CAPITULO III.

Que la armada de Castilla hizo guerra en la costa de Aragon.

Dexadas pues las pláticas de paz, volvió á encruelecerse la guerra, renováronse las muertes y crecieron los odios. El Rey de Castilla estando en Almazan, procedió contra el infante don Fernando y contra los dos hermanos don Enrique y don Tello, y aunque ausentes, por sentencia que pronunció contra ellos, los declaró por rebeldes y enemigos de la patria. Con esto se acabó de perder la poca esperanza que les restaba de que se podrian concordar, mayormente que el Rey hizo matar en la prision á la

Reyna doña Leonor: hecho sin duda cruel y detestable, puesto que fuera muy culpada y mereciera muchas muertes: tanto mayor inhumanidad y fiereza lavar la culpa de los hijos con la sangre de su madre, sin tener respeto á que era muger, Reyna y tia suya. Doña Juana y doña Isabel de Lara hermanas y señoras de Vizcaya le fueron compañeras en este último trabajo: doña Juana fue llevada á Sevilla, donde pocos dias despues la hizo morir; á doña Isabel la mandó llevar con la Reyna doña Blanca, que en el mismo tiempo la hizo pasar del castillo de Sigüenza en que la tenia presa, á Xerez de la Frontera, que fue dilatar la muerte de ambas por pocos dias. La culpa de sus maridos don Tello y don Juan de Aragon descargó sobre las que en nada le erraron: asi iban los temporales. Estaba el corazon del Rey tan duro y obstinado que ningun motivo por tierno y miserable que fuese, era poderoso para hacerle enternecer ó ablandar: parecia que le cegaba la divina justicia para que no huyese el cuchillo de su ira, que tenia ya levantado para descargalle sobre su cruel cabeza; con todo eso no dexaba de importunar con ruegos y plegarias á los Santos Patrones del reyno que Dios tenia ya para otro guardado. Hacía estos votos al tiempo que se queria embarcar en la armada que tenia aprestada en Sevilla, en que se contaban quarenta y una galeras, y ochenta naves tan bien bastecidas y municionadas, y con tanta caballería y gente de guerra, que era para poderse con ella intentar qualquier grande empresa: defendieron esta vez el reyno de Aragon y le libraron los ángeles de su guarda, y la concordia grande que hobo entre los aragoneses. Fueron adelante siete galeras á las islas de Mallorca y Menorca: descubrieron en el camino una gran carraca de venecianos, y la tomaron no con otro mejor derecho

sino porque se puso en defensa. Llevada á Cartagena, para que del todo este agravio no tuviese escusa ni descargo, el codicioso y hambriento Rey le tomó muchas y muy ricas mercadurías de que venia cargada: el resto de la armada fue sobre Guardamar, y ganó la villa y castillo por combate. Desampararon los aragoneses á Alicante por no se sentir con las fuerzas y municiones que eran menester para poder defender aquella plaza. Iban en esta flota con el Rey el almirante don Gil Bocanegra, el maestre de Calatrava y Diego Gonzalez hijo del maestre de Alcántara don Gonzalo Martinez, y otros muchos grandes y señores de todo el reyno. Don Gutierre de Toledo prior de San Juan quedó para con buen número de caballeros y soldados guardar estos pueblos que se ganaron; con lo demas de la armada se fue el Rey á Tortosa. Salió el cardenal legado de aquella ciudad, y se vió con él en su galera á la boca del rio Ebro: dióle un tiento para el negocio de la paz, que fue tan sin fruto como las veces pasadas. De alli se fue la vuelta de Barcelona: surgió en aquella playa en diez y nueve dias del mes de mayo. Halló en ella doce galeras de Aragon, acometió por dos veces á tomallas: no lo pudo hacer, ni dañallas mucho por estar muy llegadas á la tierra, con que los ciudadanos con grande gallardía las defendieron. Burlado pues de su intento partió con la flota para las islas que por alli caen: aportó á la de Ibiza: un lugar que tiene del mismo nombre, aunque fue reciamente combatido con tiros y máquina de guerra, por estar en un sitio muy fuerte no pudo ser tomado. En el entretanto el Rey de Aragon juntó con mucha presteza una armada de quarenta galeras de los puertos mas cercanos á Barcelona: pasó con ella á Mallorca con deliberacion de pelear con la armada de Castilla. En esta isla

se quedó el dicho Rey por grandes importunaciones de sus caballeros que le suplicaron no quisiese arriscar su persona, y con ella el bien y salud del reyno, ni ponello todo al riesgo y trance de una batalla. Movido con sus ruegos envió á Bernardo de Cabrera su almirante y al vizconde de Cardona con orden que peleasen con la flota del enemigo, que con estas nuevas, levantado de sobre Ibiza, era ido á Calpe con la misma resolucion de pelear. La armada de Aragon se entró en la boca del rio que desagua en el mar junto á Denia: pienso es el rio Xucar, que corre por aquella comarca. Ambas flotas daban muestra de tener gran deseo de la batalla, el recelo era no menor; asi quedó por todos el venir á las manos: con esto se fue en humo todo aquel ruido y asonadas de guerra tan bravas. El Aragones se recogió á Barcelona en veinte y nueve dias de agosto: el Rey de Castilla dende Cartagena envió su armada á Sevilla, y él se partió por tierra á Tordesillas por ver á doña María de Padilla que en aquella villa le parió un hijo por nombre don Alonso. El contento que el Rey tuvo por su nacimiento muy grande, le duró muy poco, y se le volvió en pesar con su temprana muerte. A don Garci Alvarez de Toledo, que ya era maestre de Santiago despues de la muerte de don Fadrique, le encargó el Rey la crianza deste niño y le hizo su ayo. En las faldas del monte Cauno, que hoy se llaman las sierras de Moncayo, se estienden los campos de Araviana, bien nombrados y famosos en España por la lastimosa muerte que en tiempos antiguos sucedió en ellos de los siete nobilísimos hermanos llamados los infantes de Lara. En estos campos don Enrique y su hermano don Tello con setecientos aragoneses de á caballo que llevaban, se encontraron con los capitanes de la frontera de Castilla: venidos á las manos,

pelcaron muy esforzadamente: fueron los de Castilla vencidos y desbaratados; quedaron tendidos en el campo al pie de trecientos hombres de armas, y muertos y presos muchos y muy nobles caballeros. Entre los otros fue muerto su capitan Juan Fernandez de Hinestrosa; y don Fernando de Castro se escapó á uña de caballo: dióse esta batalla en el mes de setiembre. El pesar y enojo que el Rey de Castilla recibió por este desman, fue tal que como fuera de sí y furioso por vengar su ira, y hartar su corazon, mandó matar á dos hermanos suyos que tenia presos en Carmona, á don Juan que era de diez y ocho años, y á don Pedro que no tenia mas de catorce, sin que le moviese á piedad la buena memoria de su padre el Rey don Alonso, ni á misericordia la inocencia y tierna edad de dos inculpables hermanos suyos: ningun afecto blando podia mellar aquel acerado pecho. Asombró esta crueldad á todo el reyno: hízose el Rey mas aborrecible que antes: refrescóse la memoria de tantas muertes de grandes y señores principales como sin utilidad ninguna pública, ni particular injuria suya, executó en pocos años un solo hombre, ó por mejor decir una carnicera cruel y fiera bestia, tan bárbara y desatinada que no tuvo miedo de en un solo hecho quebrantar todas las leyes de humanidad, piedad, religion y naturaleza. Temblaban de miedo muchos ilustres varones, nadie se tenia por seguro, no habia conciencia tan sin mancha ni reprehension que no temiese qualque castigo de lo que ni por pensamiento le pasaba. Visto pues el grande peligro en que tenian sus vidas en Castilla, muchos prudentes y nobles caballeros se determinaron de asegurarlas en el reyno de Aragon, escarmentados en tanto número de cabezas de hombres señalados. No faltó en estos dias otra ocasion en que el Rey mostrase la dure-

za de su injusto pecho. Tuvo aviso que doce galeras venecianas habian de pasar forzosamente el estrecho de Gibraltar: envió veinte galeras para que las aguardasen y prendiesen en el estrecho. Quiso su suerte que al tiempo que pasaban, se levantase una recia tempestad: no fueron vistas de las galeras de Castilla, y asi se libraron del peligro y daño que les tenia aparejado. Parecia que deseaba tener nueva ocasion de hacer guerra á los venecianos no con mas justa causa de que queria con otra nueva maldad irritar aquella señoría, á quien poco antes tenia agraviada con la toma de la carraca de sus mercaderes. Grande porfía y trabajo puso el cardenal legado para que se volviese á tratar de paz, como se hizo en el principio
1360. del año de mil y trecientos y sesenta. Enviáronse de ambas partes sus embaxadores con poderes cumplidos para poderla efectuar con qualesquier capitulaciones: estuvieron cerca de concordarse. Blandeaba el de Castilla á causa que en la batalla de Araviana faltaron muchos caballeros castellanos, otros cada dia se pasaban al Rey de Aragon: entre los demas fueron Diego Perez Sarmiento adelantado mayor de Castilla, y Pedro de Velasco no menos noble y rico que el adelantado. Andaban las pláticas de la paz, pero ni en Tudela ni en Saduna, donde poco despues se volvieron á juntar los comisarios para tratar de las paces, no se concluyó ni hizo nada: los aragoneses con los buenos sucesos se hallaban mas animados, el Rey de Castilla con las pérdidas y desastres aun no perdia del todo su primera fiereza, no obstante que por faltarle tantos amparos y amigos andaba dudoso sin saber á qué parte se arrimar: vacilaba entre los pensamientos de paz y de la guerra, no sabía de quien fiarse: asi cada dia mudaba los capitanes y otros oficiales. En este miserable estado se

hallaba este Rey, bien merecido por su sangrienta y terrible condicion.

CAPITULO IV.

De la muerte de la Reyna doña Blanca.

De tal manera andaban los tratos de la paz, que en el ínterin no se alzaba la mano de la guerra, antes hacían nuevas compañías de soldados, buscaban dineros, pedian socorros estrangeros, y en todo lo al se ponia gran diligencia, especialmente de parte del Rey de Aragon; que el de Castilla principalmente cuidaba y se ocupaba en vengarse y hacer castigos en sus nobles. Con este pensamiento partió de Sevilla para Leon por prender á Pero Nuñez de Guzman adelantado mayor de Leon. No salió con su intento á causa que el adelantado fue avisado por un escudero suyo de la venida del Rey, y se huyó á Portugal. Despues desto un dia que Per Alvarez Osorio comia en Leon con don Diego García de Padilla maestre de Calatrava de quien era convidado, por orden del Rey le mataron alli en la mesa dos ballesteros de maza suyos, sin que el maestre supiese cosa alguna deste hecho. Pasó de Leon á Burgos: alli con semejante crueldad hizo matar al arcediano Diego Arias Maldonado, sin tener respeto á su dignidad y sagrados órdenes: causáronle la muerte unas cartas que recibió del conde don Enrique. A otros muchos á quien él queria matar, dió la vida la repentina entrada que los aragoneses hicieron en Castilla. Debaxo la conducta de los hermanos don Enrique y don Tello y del conde de Osona entraron con gran furia por la Rioja, y ganaron la villa de Haro y la ciudad de Najara, donde dieron la muerte á muchos judíos por

hacer pesar al Rey que los favorecia mucho por amor de Simuel Leví su tesorero mayor: hízose otrosí gran matanza en los pueblos comarcanos y gran estrago en los campos y heredades: con este ímpetu llegaron los pendones de Aragon hasta el lugar de Pancorvo. La ciudad de Tarazona volvió en estos dias á poder de los aragoneses por entrega que hizo della el alcayde y capitan á quien el Rey de Castilla la tenia encomendada, que se llamaba Gonzalo Gonzalez de Lucio: pienso que la entregó por algun miedo que tuvo de su Rey, ó con esperanza de mejorar su hacienda. El Rey de Castilla juntado su exército fue en busca de sus enemigos que tenian sus estancias en Najara: asentó sus reales junto á Azofra, pueblo pequeño y de poca cuenta. En este lugar un clérigo de missa y de buena vida (asi fue fama) vino de la ciudad de Santo Domingo de la Calzada, y dixo al Rey que corria grande peligro que su hermano don Enrique le matase, porque Dios estaba con él muy airado: que esto se lo mandó decir el bienaventurado Santo Domingo de la Calzada, que le apareció en sueños en una soberana figura y representacion mas que humana. Costóle la vida su embaxada, ca el Rey le hizo quemar públicamente en los reales: muchos dudaron si con razon ó sin ella. Levantó el Rey su exército de Azofra, y mandó marchar para Najara: llegado junto á la ciudad, salieron á él los enemigos; tuvieron un bravo rencuentro en que fueron desbaratados los de Aragon, y con mucho daño y pérdida los compelieron á volver las espaldas y huirse á la ciudad. Pudieran ser tomados á manos dentro della, si no fuera por el poco seso y menos cordura del Rey, que no quiso creer los saludables consejos de los que eran de parecer los cercasen: parecióle que bastaba haberlos forzado á que huyesen, y se encerrasen dentro de los

muros de la ciudad. Dende á dos ó tres dias los aragoneses desampararon á Najara y Haro, y metió el Rey en ellas buenas guarniciones de soldados. Puesto buen recaudo en aquella frontera, se volvió á Sevilla: trató y hizo con el Rey de Portugal en esta sazon que se entregasen el uno al otro los caballeros que andaban huidos en sus reynos: asiento en que quebrantaron su palabra y fé pública, alteraron la costumbre de los príncipes, y violaron el derecho de las gentes, que fue causa de otras nuevas muertes. Mató el Rey de Portugal á un Pero Cuello, y á otro cierto escribano llamado Alvaro, porque se le acordaba que estos por mandado de su padre dieron la muerte á su amiga doña Inés de Castro. Tuvo mejor dicha Diego Lopez Pacheco, que era uno de los que la executaron, que fue avisado y tuvo lugar de huirse á don Enrique; el qual despues por los buenos servicios que le hizo, le dió un buen estado en Castilla, y fue en ella el fundador y cabeza de la casa de los Pachecos, rica y noble entre los grandes de España. Otros caballeros entregaron al Rey de Castilla, que luego los hizo matar en Sevilla: uno dellos fue el adelantado de Leon Pero Nuñez de Guzman, otro Gomez Carrillo, que le cortaron la cabeza en una galera, en que por orden del Rey iba desde Sevilla á Algezira con recados fingidos y cartas para que le recibiesen por alcayde y capitan de aquella ciudad. Queria el Rey mal á este caballero y se recelaba dél porque un año antes le habia tomado á su hermano Garci Lasso Carrillo su muger doña Mari Gonzalez de Hinestrosa, por lo qual se fue á Aragon el marido á servir á don Enrique: la mala consciencia hace á los hombres sospechosos, y por el miedo crueles y sanguinarios. Asi mismo en la villa de Alfaro hizo descabezar en la prision á un caballero que era su repostero mayor, por nombre Gu-

tierre Fernandez de Toledo, cuya muerte fue muy llorada en todo el reyno porque era un muy buen caballero y de loables costumbres. El Rey por evitar el odio que le podia causar la muerte no merecida de un caballero tan bien quisto, fingió algunas causas porque le mandó matar, la principal que se inclinaba al partido de don Enrique; mas á la verdad su culpa fue decirle con ánimo libre y fiel las cosas que le cumplian; ca semejante libertad no puede dexar de ser peligrosísima con los malos príncipes, lo mas seguro es adularlos. La lisonja aun con los buenos Reyes se puede usar sin peligro: esto hace que en los palacios de los príncipes crezca en tan gran número este perverso linage de gente aduladora, y que de ninguna cosa haya mayor mengua que de hombres que con lealtad y sano pecho digan la verdad, y adviertan de lo que importa. Sabida la muerte de Gutierre de Toledo por sus sobrinos Gutierre Gomez de Toledo prior de San Juan, y Diego Gomez su hermano, hobieron mucho miedo y enojo, y se fueron á Aragon. Al arzobispo de Toledo don Vasco compelió el Rey á que á la hora saliese desterrado del reyno: dióselc tanta priesa que no le concedieron tiempo para tomar otro vestido, ni llegar á su cámara á sacar un breviario, sino que súbitamente como le halló el mensagero oyendo missa, fue forzado á dexar á Toledo y partirse su camino, no por otro delito mas de haber (como era razon) sentido mucho la muerte de su hermano Gutierre Fernandez: fuese este prelado á Coimbra, donde en un monasterio de los Predicadores acabó santamente su vida é injusto destierro: despues pasados algunos años se trasladó su cuerpo á la iglesia mayor de Toledo. Muchos á este arzobispo le llamaron don Blas; que me pareció advertir porque la variedad del nombre, como otras

veces suele, no cause algun engaño. Ordenó su testamento en Coimbra luego el año siguiente á veinte de enero, en que dice que quiere ser sepultado delante del altar de nuestra Señora del chôro de la iglesia de Toledo junto á la sepultura de don Gonzalo obispo Albanense y cardenal, y asi se hizo. De aqui se saca que el cardenal don Gonzalo solamente estuvo depositado en Roma, como lo reza su lucillo de Santa María la mayor en la letra que de suso queda puesta. Parece renunció don Vasco el arzobispado luego que le desterraron, pues se halla que aquel mismo año entró en su lugar don Gomez Manrique hijo de Pedro Manrique, señor de Amusco y de Avia, y hermano de Garci Fernandez Manrique adelantado de Castilla, cepa y tronco de los duques de Najara y de otras casas de Castilla de aquel apellido de Manrique. Fue don Gomez Manrique obispo de Palencia, y al presente lo era de Santiago: sucedióle luego en aquella iglesia de Santiago don Suero Gomez de Toledo sobrino de don Vasco; que debió ser manera de permuta y recompensa que se le hizo por la iglesia de Toledo que dexaba. Mientras estas cosas pasaban en Castilla, el Rey de Aragon envió cuatro galeras muy bien armadas de soldados y municiones, y bastecidas de todo lo demas en socorro del Rey de Tremecen con quien estaba aliado. Encontraron con ellas cinco galeras de Castilla, que las rindieron y llevaron á Sevilla: alli los mas de los soldados aragoneses por mandado del Rey don Pedro fueron muertos en compañía de su capitan Matheo Mercero, sin tener memoria ni hacer caso de los buenos servicios que este caballero hizo antes en el cerco de la ciudad de Algezira. Era tesorero mayor del Rey Simuel Leví, que administraba á su albedrío las rentas y patrimonio real, con que juntó las grandes riquezas, y alcanzó

la mucha privanza y favor que al presente le acarrearon su perdicion. Hiciéronle diversos cargos, de que resultó echalle en la carcel, y ponelle á qüestion de tormento, tan bravo que por no le poder sufrir rindió el alma. Apoderóse el Rey de todos sus bienes; que en tiempo de mal príncipe el derecho del fisco nunca suele ser malo. Llegaban al pie de quatrocientos mil ducados, otros dicen mas, sin los muebles y joyas, paños de oro y seda: cosa maravillosa, que un judío juntase tantas riquezas, y que no pudo ser sin grave daño del reyno. Al fin deste año Mahomad Lago Rey de Granada fue echado del reyno por una conjuracion que contra él hicieron sus vasallos. Levantaron por Rey á un Arraez pariente suyo, por nombre Mohomad Aben Alhamar, á quien por el color de la barba y cabellos llamaban vulgarmente el Rey Bermejo: decian que de derecho le venia á este el reyno, por decender de la sangre real de los primeros Reyes de Granada. De aqui sucedieron nuevas guerras: el Rey de Castilla era amigo y aliado del Rey desposeido, el qual se huyera á Ronda, que era entonces del Rey de Marruecos. Sintió el de Castilla el trabajo de su amigo Mahomad, y propuso de favorecerle. Por el contrario el nuevo Rey buscaba por todas partes socorros y ayudas de que valerse, y estaba muy inclinado á la parte del de Aragon, lo qual le vino á costar la vida, principalmente ayudó á su perdicion el llamar de Africa al Rey Abohanen para que viniese á hacer guerra en España. En el fin deste año asi mismo doña Costanza hija del Rey de Aragon fue desde Barcelona enviada á Sicilia para que casase con el Rey don Fadrique, á quien su padre la tenia otorgada. Era capitan de la armada en que la llevaron, Olfo Prochita gobernador de la isla de Cerdeña por el Rey de Aragon. Celebráronse las bodas en

la ciudad de Catania á once dias del mes de abril del año siguiente de mil y trecientos y sesenta y uno, des- 1361.
de el qual tiempo las cosas de aquella isla comenzaron á ponerse en mejor estado. Los enemigos neapolitanos parte dellos fueron vencidos, y parte echados del reyno: deste matrimonio nació doña María, que fue despues Reyna de Aragon y llevó en dote el reyno de Sicilia. Finalmente en Castilla se hicieron paces por la buena diligencia del cardenal legado, no con ánimos sinceros, ni se entendia que serian durables. Los capítulos dellas: que se restituyesen los unos á los otros los pueblos que se tomaron durante la guerra: que los foragidos de Castilla fuesen echados de Aragon, á tal que el Rey de Castilla los perdonase. En la villa de Deza, do el Rey de Castilla tenia sus reales, se publicaron estas paces á voz de pregonero en diez y ocho dias del mes de mayo. Ayudó mucho á que esta concordia se asentase, el miedo grande de la guerra que el Rey de Granada entonces hacía á Castilla. Para mayor firmeza desta paz acordaron que de ambas partes se diesen rehenes, que estuviesen en fieldad en poder del Rey Carlos de Navarra, que en aquella sazon se hallaba en Francia de partida para España con mucho contento y regocijo que tenia, por un hijo que le naciera de la Reyna su muger, que se llamó Carlos. Gobernaba en el entretanto el reyno de Navarra su hermano el infante don Luis. Hecha la paz, el Rey de Aragon se partió de Calatayud para Zaragoza, el de Castilla á Sevilla, don Enrique y sus hermanos acordaron conformarse con el tiempo, y retirarse á Francia, escalon y camino para hacerse pujantes, y para hacer temblar á Aragon y Castilla, y renovarse la guerra con mayor furia y obstinacion que antes. Los trabajos y desdichas de la Reyna doña Blanca movian á compasion á muchos

de los grandes de Castilla, y los obligaban á que tratasen de juntar sus fuerzas y armas para amparalla. No se le pudieron encubrir al Rey estos pensamientos: cobró por esto mayor odio á la Reyna, como si fuera ella la causa de tan grandes guerras y debates. Parecióle que quitada de por medio, quedaria libre él deste cuidado. Hízola morir con yerbas que por su mandado le dió un médico en Medina Sidonia en la estrecha prision en que la tenian, tanto que no se le permitia que nadie la visitase ni hablase: abominable locura, inhumano, atroz y fiero hecho, matar á su propia muger, moza de veinte y cinco años, agraciada, honestísima, inocentísima, prudente, santa, de loables costumbres y de la real sangre de la poderosa casa de Francia. No hay memoria entre los hombres de muger en España á quien con tanta razon se le deba tener lástima como á esta pobre, desastrada y miserable Reyna. De muchas tenemos noticia que fueron muertas y repudiadas de sus maridos; pero por alguna culpa ó descuido suyo, á lo menos que en algun tiempo tuvieron algun contento y descanso, con cuya memoria pudiesen tomar algun alivio en sus trabajos. En la Reyna doña Blanca nunca se vió cosa porque mereciese ser sino muy estimada y querida; sin embargo no amaneció para ella un dia alegre, todos para ella fueron tristes y aciagos. El primero de sus bodas fue como si la enterráran: luego la encerraron, luego la desecharon, luego la enviaron, no gozó sino de calamidades, pesares y miserias. Quitáronle sus damas y criados, privaba su émula: quién en tales trances la podia favorecer? todo socorro y alivio humano estaba muy lexos. «Mas á tí Rey atroz, »ó por decir mejor bestia inhumana y fiera, la ira é »indignacion de Dios te espera, tu cruel cabeza con »esta inocente sangre queda señalada para la vengan-

»za. De esas tus rabiosas entrañas se hará á aquel jus»to y contra tí severo Dios un agradable y suave sa»crificio. La alma inculpable y limpia de tu esposa »mas dichosa en ser vengada que con tu matrimonio, »de dia y de noche te asombrará y perseguirá de tal »guisa que ni la vergüenza de lo torpe y sucio, ni el »miedo del peligro, ni la razon y cordura, de tu lo»cura y desatino te aparten ni enfrenen para que fue»ra de seso no aumentes las ocasiones de tu muerte, »hasta tanto que con tu vida pagues las que á tantos »buenos y inocentes tienes quitadas." Es fama, y autores fidedignos lo dicen, que andando el Rey á caza junto á Medina Sidonia, le salió al camino un pastor con trage y rostro temeroso, erizado el cabello, y la barba revuelta y encrespada, y le amenazó de muerte, si no tenia misericordia de la Reyna doña Blanca y hacía vida con ella. Añaden, que los que envió el Rey con gran diligencia para averiguar si le enviára la Reyna, la hallaron hincada de rodillas que hacía sus castas y devotas oraciones, y tan encerrada y guardada de los porteros que se perdió toda la sospecha que se podia tener de que ella le hobiese hablado. Confirmóse mucho mas la opinion que comunmente se tenia de que fue enviado por Dios, con que despues que soltaron al pastor de la prision en que le echaron, nunca jamás pareció ni se supo qué se hiciese dél. Doña Isabel de Lara hija de don Juan de Lara fue al tanto muerta con yerbas que le dieron en la prision en que en Xerez la tenian. Un historiador, que fue y se llama el despensero mayor de la Reyna doña Leonor de Castilla, en unos comentarios que escribió de las cosas de su tiempo que pasaron los años adelante, dice que la muerte de doña Blanca sucedió en Ureña, villa de Castilla la vieja cerca de la ciudad de Toro: creo que se engañó.

CAPITULO V.

De la muerte del Rey Bermejo de Granada.

Desta manera con la sangre de inocentes los campos y las ciudades, villas y castillos, y los rios y el mar estaban llenos y manchados: por donde quiera que se fuese, se hallaban rastros y señales de fiereza y crueldad. Que tan grande fuese el terror de los del reyno, no hay necesidad de decirlo: todos temian no les sucediese á ellos otro tanto, cada uno dudaba de su vida, ninguno la tenia segura. Esta comun tristeza en alguna manera se alivió con la muerte de doña María de Padilla; dió fin á sus dias en Sevilla entrado el mes de julio: si no se hobiera manchado con la deshonesta amistad que tuvo con el Rey, muger por lo demas digna de ser Reyna por las grandes partes de que Dios asi en el alma como en el cuerpo la dotó. El cuerpo de la Reyna doña Blanca fue depositado algunos años adelante en el sagrario de la iglesia mayor de Tudela por los caballeros franceses que vinieron en ayuda del conde don Enrique, ca tenian intento de llevalla despues á enterrar en Francia en los sepulcros de sus antepasados. El entierro y obsequias de doña María se hicieron en todas las ciudades y villas del reyno con aquella magestad, lutos, pompa y aparato como si fuera la legítima y verdadera Reyna de Castilla. Llevaron su cuerpo á enterrar á Castilla la vieja al monasterio de Santa María de Estudillo, que ella á sus expensas edificára. En la ciudad de Toledo en el monasterio de las monjas de Santo Domingo el Real, que es de la orden de los Predicadores, hay tres sepulcros, el uno es de doña Teresa, dama que fue de la Reyna, madre del Rey don Pedro, de la qual debaxo de palabra

de casamiento hobo una hija que se llamó doña María, que fue muchos años priora deste monasterio, y está enterrada en el segundo sepulcro; en el tercero estan enterrados don Sancho y don Diego, hijos asi mismo del Rey don Pedro, habidos en una doña Isabel, de quien no se tiene noticia cuya hija fuese ni de qué calidad y linage. A la verdad no habia muger alguna tan casta, ni tan fortalecida con defensas de honestidad y limpieza y todo género de virtudes, que tuviese seguridad de no caer en las manos de un Rey mozo, loco, deshonesto y atrevido. No podian estar tan en vela los maridos, padres, y parientes que bastasen á poderle escapar la que él de veras una vez codiciaba: todo lo sobrepujaba y vencía su temeridad y desvergüenza grande. Por este tiempo el Rey de Portugal declaró pública y solemnemente en Lisboa que los hijos que arriba diximos hobo en doña Inés de Castro, eran legítimos y de legítimo matrimonio, y como tales eran capaces para poder heredar el reyno. Presentó por testigos del matrimonio clandestino que con ella contraxo, á don Gil obispo de la Guardia, y á Estevan Lovato su guardarropa mayor: con solemnes juramentos el Rey y los testigos confirmaron ser asi verdad como lo decian. Estuvieron presentes á esta declaracion los nobles del reyno, y entre ellos don Juan Alfonso Tello conde de Barcelos, á quien el año antes diera aquel título en la misma ciudad de Lisboa con grande fiesta y regocijo de todo el pueblo. Estos títulos se usaban muy poco en España, y en Portugal hasta entonces nunca jamás, en nuestros tiempos son innumerables los condes, marqueses y duques que hay: vicio y corrupcion de nuestra humana condicion es desechar y menospreciar las cosas antiguas, y llenos de admiracion irnos embelesados tras las nuevas. En

el entretanto la guerra de Granada con grande ahinco y enojo de ambas partes se proseguía. Juntáronse en Castilla muchas compañías de todo el reyno, y entraron por las tierras de los moros haciéndoles grandes daños. Cercaron la ciudad de Antequera, á quien los antiguos llamaron Syngilia: no la pudieron tomar por ser plaza muy fuerte, y tener dentro buena guarnicion de valientes moros que se la defendieron: talaron la vega de Granada, y sin hacer cosa señalada se volvieron á Castilla. Pocos dias despues entraron en el adelantamiento de Cazorla seiscientos moros de á caballo y hasta dos mil peones, que hicieron una buena presa de cautivos y ganados. Sabido esto por los caballeros de la ciudad de Jaen y de los pueblos de su comarca, se apellidaron contra ellos, y les quitaron toda la presa con muerte de muchos dellos y prision de otros, los demas se pusieron en huida. Estos fueron los principios de la guerra de los moros. Mayor tempestad de guerra se temia de la parte de Francia; daño que deseaba remediar el cardenal legado, que aquel estío se quedó en Pamplona por ser pueblo fresco, sano y de buen cielo, y á propósito para lo que él con grande solicitud pretendia. Esto era que el Rey de Castilla perdonase los foragidos que andaban en Francia, y revocase la sentencia que contra ellos diera en Almazan declarándolos por rebeldes y enemigos de la patria: decia que el Rey era obligado á hacer esto por ser uno de los capítulos y condiciones con que se concluyeron las paces de Aragon. El fiero y duro corazon del Rey no se ablandaba con tan justos y razonables ruegos; antes parecia que forjaba en su pecho mucha mayor guerra contra Aragon de la que antes hiciera. Por esto el cardenal legado á ruego é instancia del Rey de Aragon por el

derecho y poder que le dieron, y facultad que tenia, dió por ninguna la sentencia que en Almazan se pronunció contra don Enrique y sus consortes. Enojóse mucho el Rey de Castilla por esta declaracion, y crecióle con ella el deseo que tenia de vengarse. Propuso de executar su ira y saña, concluido que hobiese la guerra de los moros, que todavia andaba muy encendida con varios sucesos que acontecian. En particular en diez y ocho de febrero del siguiente año de mil y trecientos y sesenta y dos junto 1362.
á Acci, que ahora es la ciudad de Guadix, tuvieron los moros de Granada una buena victoria de los castellanos. El caso pasó desta manera. Don Diego García de Padilla maestre de Calatrava, y Enrique Enriquez adelantado de la frontera de Jaen y otros caballeros entraron en las tierras de los moros con mil caballos y dos mil infantes con intento de combatir á Guadix; mas sin que los christianos lo supiesen habia ya entrado en aquella ciudad para defendella gran número de soldados que de la comarca y de Granada vinieron á socorrella. Los nuestros sin recelo enviaron algunas compañías á que talasen y robasen los campos que llaman de Val de Alhama. Los moros visto que estaban divididos, salieron con grande ímpetu de la ciudad, y dieron en los que quedáran, y trabaron con ellos una brava y reñida pelea que duró todo el dia. Todos pugnaban por vencer: al fin como quier que fuese muy mayor el número de los moros, no obstante que los christianos se defendieron valerosamente, los desbarataron y mataron muchos, á otros cautivaron, prendieron al maestre y lleváronle á Granada al Rey Bermejo, que sin ningun rescate le envió luego al Rey don Pedro, ca deseaba con este regalo desenojarle. El Rey pensando que de miedo le hacia aquella cortesía, se enso-

berbeció mas, y juntado que hobo sus gentes, para reparar la honra perdída y vengar la injuria de los suyos entró en el reyno de Granada, y con grande furia destruyó los campos, quemó las aldeas, ganó algunas villas, y se volvió con rica presa á Sevilla. A este mal suceso para el Rey de Granada se le allegó otro peor, y fue que muchos caballeros del reyno de los que antes seguían su parcialidad y tenian su voz, le comenzaron á dexar y favorecer á su émulo Mahomad Lago, no obstante que estaba despojado y andaba huido. Como el Rey Bermejo sintió las voluntades inclinadas á su enemigo, temió perder el reyno. Consultó el negocio con los de quien mas se fiaba: en fin con seguro que alcanzó del Rey de Castilla, se determinó de ir á Sevilla y ponerse en sus manos. Autor deste mal acertado y desdichado consejo fue Edriz, un caballero grande amigo del Rey y su compañero en los peligros, y que tenia mucha autoridad entre los moros, y era muy estimado y de gran nombre por la mucha prudencia que con la larga experiencia de los negocios alcanzaba. Vino el Moro á Sevilla con quatrocientos hombres de á caballo, y docientos de á pie que le acompañaban. Truxeron grandísimas riquezas de paños preciosos, oro, piedras, perlas, aljofar y otras joyas y cosas de gran valor. Ponia el Moro la esperanza de su amparo contra el Rey ofendido en lo que fue causa de toda su perdicion. Recibióle el Rey con grande honra en el alcázar de Sevilla. Llegado á su presencia, despues de hecha una gran mesura, uno de sus caballeros habló desta manera: «El Rey de Grana»da que está presente, poderoso señor, por saber »muy bien que sus antepasados fueron siempre alia»dos, tributarios y vasallos de la casa de Castilla, »se viene á poner debaxo del amparo de vuestra real

»alteza, cierto de que se procederá con él con aque-
»lla mansedumbre, equidad y moderacion qual los
»Reyes de Granada la solian hallar en vuestros an-
»tecesores; que si acaso recibian algun deservicio
»dellos (que no es de maravillar segun son varias y
»mudables las cosas de los hombres) con mandarles
»pagar parias y algunos dineros en que eran pena-
»dos, los volvian á recebir en su gracia y amistad. Si
»entre ellos asi mismo y en su casa nacian algunas
»diferencias y debates, todo se componia y apaci-
»guaba por el arbitrio y parecer de los Reyes de
»Castilla. Estamos alegres que lo mismo nos haya
»acontecido de acudir á la vuestra merced: tenemos
»grande confianza que nos será gran reparo el venir
»con esta humildad á echarnos á vuestros pies. Ma-
»homad Lago fue justamente echado del reyno por
»su mucha soberbia con que trataba los pueblos, y
»por su mucha avaricia con que les quitaba lo suyo:
»á nos de comun consentimiento pusieron en su lu-
»gar y coronaron por descender derechamente de
»la real y antigua alcuña y sangre de Granada, y ser
»legítimos herederos del reyno, de que á tuerto y
»con gran tyranía nos tenia despojados. Hacemos
»ventaja en poder y fuerzas á nuestro competidor,
»solamente á vos reconocemos y tememos, con cuya
»felicidad y grandeza no nos pretendemos compa-
»rar. Tenemos cierta esperanza que pues la justicia
»claramente está de nuestra parte, no dexarémos de
»hallar amparo en la sombra de un justo príncipe, y
»que los ruegos de un Rey hallarán benigna cabida
»en la piedad de vuestra real clemencia, mayormen-
»te que el seguro que se nos mandó dar, nos animó
»mucho y hizo ciertos que nuestra venida sería á nos
»dichosa y á vos grata. Parécenos que tenemos su-
»ficientísimo amparo en nuestra inocencia y justicia.

»Deseamos se entienda que vuestra prudencia la »aprueba, y vuestra poderosa é invencible mano la »ampara." A esto el Rey de Castilla con engañoso y risueño rostro y blandas palabras respondió que holgaba con su venida, que tuviese buena esperanza de que todo se haría bien, y puestos los ojos en el Rey, le dixo: «Este dia ni á vos ni á los vuestros »os acarreará algun daño. Entre nos hay todas las »obligaciones de amistad, fuera de que no acostum- »bramos á traer guerra con la fortuna y desgracia »de los hombres, sino con la soberbia y presuncion »de los atrevidos y rebeldes." Dicho esto, el maestre de Santiago don García de Toledo llevó al Rey moro á que cenase con él. Al tiempo que cenaban, le echaron mano y le prendieron, sea por mudarse repentinamente la voluntad, sea por quitarse la máscara aquel desleal y cruel príncipe. No paró aqui la desventura: dentro de pocos dias el desdichado Rey adornado de sus vestiduras reales; que eran de escarlata, y subido en un asno, con treinta y siete caballeros de los suyos que tambien llevaban á executar, le sacaron á un campo donde justician los malhechores, que está cerca de la ciudad y se dice de Tablada. Alli mataron al mal aconsejado Rey y á los treinta y siete caballeros suyos. Corrió fama que les causó la muerte las grandes riquezas que truxeron, y que el avariento ánimo del Rey se acodició á ellas. Refieren otrosí algunos autores de aquel tiempo que el mismo tyrano y cruel Rey le mató de un bote de lanza: hecho feo, abominable, oficio de verdugo, y crueldad que parece mas grave y terrible que la misma muerte. No consideró el Rey don Pedro quán aborrecible y odioso se hacia, y lo que dél hablarian las gentes no solo entonces, sino mucho mas en los siglos venideros. Al tiempo que le hirió escriben que

dixo estas palabras: «Toma el pago de las paces »que por tu causa tan sin sazon hize con el Rey de »Aragon." «Y que el Moro le respondió: poca honra »ganas Rey don Pedro en matar un Rey rendido, y »que vino á tí debaxo de tu seguro y palabra." Envió el Rey de Castilla el cuerpo del Rey Bermejó á su competidor Mahomad Lago, que á la hora, recobrado el reyno, envió libres al Rey don Pedro todos los christianos que cautivaron los moros en la batalla de Guadix.

CAPITULO VI.

Renuévase la guerra de Aragon.

Concluida la guerra de los moros, y dado orden en las cosas del Andalucía, se volvió con mayor corage á la guerra de Aragon, aunque con disimulacion fingia el de Castilla que los apercebimientos que se hacían, eran para defenderse de la guerra que se temia de Francia, cuyo autor y cabeza principal se decia ser el conde don Enrique. Trató de aliarse con el Rey de Inglaterra; que no esperaba hallaria buena acogida en el Rey de Francia, por entender no estaria olvidado de la muerte de su sobrina la Reyna doña Blanca, cuya venganza era de creer querria hacer con las armas. Quiso asi mismo el Rey de Castilla ayudarse del Rey de Navarra, y para tratar dello se vieron en la ciudad de Soria: alli secretamente se conformaron contra el Rey de Aragon. No tenia el Navarro causa ninguna justa de romper con el Aragones: para hacer la guerra con algun color fingió y publicó que estaba agraviado dél porque siendo su cuñado y teniendo hecha con él alianza, no le favoreció quando le tuvo preso el Rey de Francia: que

por esto no quería mas su amistad, antes pretendia con las armas tomar emienda deste agravio. Con esta resolucion juntó de su reyno las mas gentes que pudo, y cercó en Aragon la villa de Sos, que tomó al cabo de muchos dias que la tuvo cercada. El Rey de Castilla al tanto juntó un grueso exército de diez mil caballos y treinta mil infantes, con que entró poderosamente en el reyno de Aragon con intento de poner cerco sobre Calatayud. Rindió en el camino la fortaleza y pueblo de Hariza, y tomó á Ateca, Cetina y Alhama. Pasó adelante, y en el mes de junio asentó sus reales sobre Calatayud, que es una ciudad fuerte de la Celtiberia. Tenia dentro de guarnicion mucha gente valerosa, y muy leal al Rey de Aragon. El mismo sabido el aprieto en que podian estar los cercados, les envió desde Perpiñan y Barcelona donde aquellos dias se hallaba, al conde de Osona hijo de Bernardo de Cabrera, para que él y don Pedro de Luna y su hermano don Artal y otros caballeros procurasen entrar en la ciudad, y animasen á los cercados y los entretuviesen mientras se les enviaba algun socorro. Encamináronse segun les era mandado, mas como llegasen una noche al lugar de Miedes que está junto á Calatayud, fue avisado dello el Rey don Pedro: cargó de sobresalto sobre ellos, tomó el lugar á partido, y á estos señores los llevó presos á sus reales. Hallábase el Rey de Aragon muy desapercebido; las paces tan recien hechas le hicieron descuidar. Visto pues que á deshora venia sobre él una guerra tan peligrosa, envió luego á pedir su ayuda á Francia, y á rogar á don Enrique y á don Tello le viniesen á favorecer. Estos socorros se tardaban, la ciudad como no se pudiese mas defender por ser muy combatida, y faltar á los cercados municiones y bastimentos, con licencia de su Rey se rindie-

ron al Rey don Pedro en veinte y nueve dias de agosto, salvas sus personas y haciendas, y con condicion que los vecinos quedasen libres y pacíficos en sus casas como lo estaban quando eran de Aragon. Tomada esta ciudad, dexó en ella el Rey con buena gente de guerra por guarnicion al maestre de Santiago, y él se volvió á Sevilla. En esta ciudad antes que fuese sobre Calatayud, tuvo cortes, en que públicamente afirmó que doña María de Padilla era su legítima muger por haberse casado con ella clandestinamente mucho antes que viniese á España la Reyna doña Blanca: que por esta razon nunca fuera verdadero el matrimonio que con la Reyna se hizo: que tuviera secreto este mysterio hasta entonces por recelo de las parcialidades de los grandes; mas que al presente por cumplir con su consciencia, y por amor de los hijos que en ella tenia lo declaraba. Mandó pues que á doña María de alli adelante la llamasen Reyna, y que su cuerpo fuese enterrado en los enterramientos de los Reyes. No faltó aun entre los prelados quien predicase en favor de aquel matrimonio: adulacion perjudicial. Despues desto falleció en diez y siete de octubre su hijo don Alonso á quien pensaba dejar por heredero del reyno. El Rey mismo acosado de la memoria destas muertes, y por los peligros en que andaba, en diez y ocho de noviembre otorgó su testamento. En él mandaba que enterrasen su cuerpo con el hábito de San Francisco, y fuese puesto en una capilla que labraba en Sevilla, en medio de doña María de Padilla y de su hijo don Alonso: como hombre pío y religioso pretendia con aquella ceremonia aplacar á la divina Magestad. Deste testamento, que hoy parece autorizado y original, se colige que no dexó de tener algun temor de Dios y qualque memoria y sentimiento de las cosas de la otra vida, no

obstante que aquel su natural le arrebatase muchas veces, y ayudado con la costumbre le hiciese desbaratar. En este testamento sucesivamente llama á la herencia del reyno á las hijas de doña María de Padilla, y despues de ellas á don Juan, el hijo que tuvo en doña Juana de Castro, como quier que no fuese compatible que todos pudiesen ser herederos legítimos del reyno. De donde bien al cierto se infiere que la declaracion del casamiento con doña María no fue otra cosa sino una ficcion y una mal trazada maraña, como de hombre que (mal pecado) no tenia cuenta con la razon y justicia, sino que se dexaba vencer de su antojo y desordenado apetito, y queria hacer por fuerza lo que era su gusto y voluntad. Presentó el Rey en aquellas cortes por testigos de su casamiento unos hombres por cierto sin tacha ni sospecha mayores de toda excepcion, á don Diego García de Padilla maestre de Calatrava y á Juan Fernandez de Hinestrosa: el primero hermano, y el segundo tio de la doña María, y á un Juan Alfonso de Mayorga, y á otro Juan Perez clérigo, que con grandes juramentos atestiguaban por el matrimonio. Quién no diera crédito á testimonios tan calificados en una causa en que no iba mas de la sucesion y herencia de los reynos de Leon y de Castilla? Mandaba en una cláusula del testamento ya dicho que ninguna de sus hijas so pena de su maldicion, y de la privacion de la herencia del reyno, se casase con el infante don Fernando de Aragon, ni con don Enrique, ni con don Tello sus hermanos, sino que su hija mayor doña Beatriz casase con don Fernando príncipe de Portugal, y llevase en dote los reynos de Castilla: señaló y nombró por gobernador y tutor á don Garci Alvarez de Toledo maestre de Santiago: encargaba otrosí, y mandaba que á don Diego de Padilla maestre de Cala-

trava, y á don Suero Martinez maestre de Alcántara los mantuviesen y conservasen en sus honras, oficios y dignidades. Ordenadas las cosas de su casa, y asentado el estado del reyno, en el corazon del invierno y principio del año de mil y trecientos y sesenta y 1363.
tres se reparó y rehizo la guerra con grande priesa y calor: tan codicioso estaba el Rey de Castilla de vengarse del Aragones. Alistó nuevas compañías de soldados por todo el reyno, envió á pedir ayudas fuera dél, y en particular se confederó con el Rey de Inglaterra y con su hijo el príncipe de Gales. El primer ñublado desta guerra descargó sobre Maluenda, Aranda y Borgia, que con otros pueblos de menor importancia sin tardanza fueron tomados: puso otrosí cerco á la ciudad de Tarazona. Por otra parte el Rey de Navarra entró en Aragon por cerca de Exea y Tiermas, estragó, asoló y robó los campos y labranzas de aquella comarca, puso gran miedo en todos aquellos pueblos y cuita con los grandes daños que les hizo, en especial se señaló la crueldad de los soldados castellanos que llevaba. Vinieron á servir en esta guerra al Rey de Castilla don Luis hermano del Rey de Navarra acompañado de gente muy escogida y lucida, y don Gil Fernandez de Carvallo maestre de Santiago en Portugal con trecientos caballos, y otros señores de Francia. El Rey de Aragon envió á rogar al Rey moro de Granada que diese guerra en el Andalucía: no lo quiso hacer el Moro por guardar fielmente la amistad que tenia puesta con el Rey don Pedro, y mostrarse agradecido de la buena obra que dél acababa de recebir. Solicitó eso mismo el Aragones los moros de Africa á que pasasen en su ayuda, sin tener ningun cuidado de su honra y fama, escusábase con que el Rey de Castilla tenia en su exército á Farax Reduan capitan de seiscientos ginetes, que por man-

dado de Mahomad Lago Rey de Granada le servian. Esperaban cada dia en Aragon á don Enrique que venia en su socorro acompañado de tres mil lanzas francesas; sin embargo las fuerzas del Rey de Aragon no se igualaban en gran parte con las de Castilla: asi se le rindieron Tarazona y Teruel, y por otra parte Segorve y Exerica, y gran número de villas y castillos de menor cuenta. No tenian fuerzas que bastasen á resistir la fuerza y poder de los castellanos, que entraron victoriosos, y llegaron con sus banderas á lo mas interior del reyno. Cercaron á Monviedro, y le forzaron á que se diese á partido: en veinte de julio llegaron á dar vista á Valencia y se pusieron sobre ella. Causó esto gran miedo á todo Aragon, y se tuvieron de todo punto por perdidos. Estaba á este tiempo muy falto de gente el exército de Castilla, por las muchas guarniciones y presidios que dexaron en tantos pueblos como á la sazon se conquistaron: dió la vida al Rey de Aragon don Enrique que en esta coyuntura llegó á España, y con su venida se reforzo tanto el exército que pudo hacer rostro á su enemigo; mas él por no aventurar todas sus victorias y lo que tenia ganado, en el trance de una batalla, levantó su real de sobre Valencia, y retiróse á Monviedro, como á plaza fuerte, para desde alli proseguir la guerra. El Aragones visto que no podia forzar al enemigo á que diese la batalla, tornóse á Burriana, que es un lugar fuerte que está cerca de alli en los edetanos. Dos mil ginetes que envió el Rey de Castilla en su seguimiento para que le estorbasen el camino, no hicieron cosa de momento. Mientras esto pasaba en España, el Rey de Francia Juan en Lóndres dos meses antes desto falleció, donde era ido á rescatar los rehenes que allá dexó quando le soltaron de la prision. Traxeron su cuerpo á la ciudad

de París, que llevaron en hombros los oydores del parlamento para le enterrar en el monasterio de San Dionysio. Su hijo Carlos, Quinto deste nombre, conforme á las costumbres y uso antiguo de Francia fue ungido y recebido por Rey en la ciudad de Rems. El nuevo Rey Carlos queria mal al de Navarra, teníale guardado el enojo por los desabrimientos que de antes entre ellos pasaron. Para vengarse, luego que tomó la posesion del reyno, despachó contra él un famoso y valiente capitan suyo natural de la menor Bretaña, llamado Beltran Claquin, que despues hizo cosas muy señaladas en las guerras de Castilla. Este caudillo en las tierras que el Rey de Navarra tenia en Francia, hizo cruel guerra, y con un ardid de que usó, le tomó en Normandia la villa de Mante, y otros capitanes ganaron la villa y castillo de Meulan y á Longavilla, y el mismo Beltran venció y desbarató en una batalla á don Philipe hermano del Rey de Navarra, que murió por estos dias. Por su muerte el Navarro se inclinó á tratar de hacer paces entre los Reyes de España; demas que le pesaba del peligro y malos sucesos del Rey de Aragon, que en fin era su pariente, y fueron antes amigos y aliados; por el contrario le era odiosa la prosperidad del Rey de Castilla, y sus hechos y modos de proceder eran muy cansados y desagradables. De consentimiento pues de los Reyes don Luis hermano del Rey de Navarra juntamente con el abad de Fiscan, que era nuncio apostólico, fueron á hablar al Rey de Castilla, con quien hallaron al conde de Denia y Bernardo de Cabrera que eran venidos con embaxada del Rey de Aragon para echar á un cabo y concluir sus diferencias. Con la intercesion destos señores parece que el fiero corazon del Rey comenzó á ablandarse, especialmente con el trato que movieron de dos casamientos, el uno

del Rey de Castilla con doña Juana hija del Rey de Aragon, el otro del infante don Juan duque de Girona con doña Beatriz hija mayor del Rey don Pedro. Esto pasaba en lo público: de secreto se procuraba la destruicion de don Enrique conde de Trastamara y del infante don Fernando de Aragon como de los principales autores de las discordias de los dos reynos. El Rey de Castilla pretendia esto muy ahincadamente, el de Aragon todavia estrañaba este trato: parecíale hecho atroz y feísimo matar á estos caballeros, sin nueva culpa ni ocasion, que estaban debaxo de su seguro y palabra: no queria comprar la paz con el precio de la sangre de aquellos que dél hacían confianza. Todavia hora fuese por esta causa de complacer al de Castilla, hora por otra, el infante don Fernando por mandado del Rey su hermano fue muerto en esta sazon en Castellon, un pueblo que está cerca de Burriana. Los antiguos odios estaban ya maduros, demas que trataba entonces de pasarse en Francia con una buena compañía de soldados castellanos que seguían su bando y amistad. Huíase su muger á Portugal: fue detenida primero y presa en el camino, despues enviada al Rey su padre. Con la muerte del infante don Fernando quedó el conde don Enrique libre y desembarazado de un grandísimo émulo y competidor para la pretension del reyno de Castilla. Poco faltó que no se le añublase aquel contento: otro dia despues de la muerte de don Fernando sin saberlo él corrió gran riesgo su vida. Los Reyes de Aragon y Navarra tenian concertado que juntamente con don Enrique se viesen en el castillo de Uncastel que era de Aragon en la raya de Navarra, y que allí le matasen. Recelóse el conde, puesto que no sabía nada destos tratos, de entrar en aquella fortaleza: para aseguralle la pusieron en poder de Juan

Ramirez de Arellano, que para esto nombraron por alcayde de aquella fortaleza, y era natural de Navarra. Quien dice que esta habla de los Reyes fue en Sos á la raya de Navarra. Hizo confianza don Enrique de aquel caballero, que debia ser buen christiano, y entró debaxo de su seguro: no le valió este recato menos que la vida, á causa que los Reyes nunca pudieron acabar con el alcayde que permitiese se le hiciese ningun daño. Decia que el conde don Enrique era su amigo, y fió su vida de la palabra y seguridad que le dió: que por cosa de las del mundo él no mancharia su linage con infamia de semejante traycion, ni consentiria alevosamente la muerte de un tan gran príncipe. Cosa verdaderamente de milagro, que en un tiempo en que los corazones de los hombres se mostraban con tantas muertes encruelecidos y fieros, hobiese quien hiciese diferencia entre lealtad y traycion: grandísima maravilla, que un hombre estrangero tuviese tan grande constancia que se opusiese á la voluntad y determinacion de dos Reyes, y mas que era camarero del Aragones: la verdad es que Dios, á quien los hombres no pueden engañar ni impedir sus decretos, tenia ya determinado de dar al conde el reyno de su hermano, y quitarle al que con tantas crueldades le tenia desmerecido. Por este tiempo en el mes de agosto en Catania de Sicilia dió fin á sus dias la Reyna de Sicilia doña Costanza. Dexó una hija llamada doña María, heredera que fue adelante del reyno de su padre, y por ella su marido don Martin hijo de otro don Martin duque de Momblanc, y últimamente Rey de Aragon.

CAPITULO VII.

Que don Enrique fue alzado por Rey de Castilla.

Resfriado el calor con que se trataban las paces, y perdída gran parte de la esperanza que de concluillas se tenia, el Rey de Aragon se fue á Cataluña á procurar nuevos socorros para defenderse, el Rey de Castilla á Sevilla con tanta codicia de renovar la guerra que en el fin del año entró por Murcia en el reyno de Valencia, y unas por combate y otras á partido ganó las villas de Alicante, Muela, Callosa, Denia, Gandia y Oliva. Pasó tan adelante que en el mes de diciembre puso cerco á la ciudad de Valencia cabecera de aquel reyno. Esto causó en toda la provincia un miedo grandísimo; en especial al Rey á quien tenia esta guerra puesto en gran cuidado, que á la sazon tuvo las Pascuas de Navidad en la ciudad de Lérida. Poco despues se vió con el de Navarra en la fortaleza de Sos en veinte y tres dias del
1364. mes de febrero año de nuestra salvacion de mil y trecientos y sesenta y quatro. Hallóse presente el conde don Enrique, reconciliado con los Reyes, ó lo que yo tengo por mas cierto, porque no sabía el peligro en que estuvo en las vistas pasadas. Hízose liga entre ellos, y amistades no mas duraderas que otras veces: presto se desavernán y serán enemigos. Pensaban si venciesen, repartirse entre sí á Castilla, como presa y despojo de la victoria. Don Enrique tenia concebida esperanza de apoderarse de las riquezas y reyno de su hermano; y el haberse escapado de tantos peligros le parecia á él que era dello cierto presagio y prenda, como si hobiera ganado una grandísima victoria: finalmente su juego se entablaba bien, y mejor que el de sus contrarios. En el repartimiento de

Castilla daban al Rey de Navarra á Vizcaya y á Castilla la vieja: el reyno de Murcia y de Toledo tomaba para sí el Rey de Aragon; que es cosa muy facil ser liberal de hacienda agena. Solo á Bernardo de Cabrera no contentaban estos pretensos: parecíale que con ellos no se grangearia mas de irritar y echarse á cuestas las fuerzas y armas de Castilla, mas poderosas que las de Aragon, como los sucesos de las guerras pasadas bastantemente lo mostraban. Tratóse entre estos príncipes de matar al dicho Bernardo de Cabrera: plática que no estuvo tan secreta que primero que lo pudiesen efectuar no viniese á su noticia, y de Almudevar donde esto se ordenaba, se huyese á Navarra: siguiéronle por mandado de don Enrique algunos capitanes de á caballo de los suyos, alcanzáronle en Carcastillo, y preso, le tuvieron en buena guarda hasta que despues en ciertos conciertos fue entregado al Rey de Aragon, que estaba muy ansiado por el cerco de la ciudad de Valencia sin saber en lo que pararia. Con este cuidado juntó todo su exército para irla á descercar con ánimo de dar la batalla al enemigo. Partió de Burriana con su campo, y llegado á vista de los enemigos, les presentó la batalla: escusóla el Rey de Castilla: no se sabe por qué no se atrevió á venir á las manos con los aragoneses. Ellos visto que los castellanos se estaban quedos dentro de sus reales, con grande honra suya y afrenta de los enemigos en veinte y ocho de abril se entraron como victoriosos en la ciudad de Valencia. La armada de Castilla que era muy poderosa, de veinte y quatro galeras y de quarenta y seis navíos, dado que hobo un tiento á los pueblos de aquella costa, aportó á Monviedro. Alli se supo, de las espías que el vizconde de Cardona tenia en el rio de Cullera diez y siete galeras aragonesas. El Rey de Castilla tenia gran deseo de tomarlas, y pare-

cíale que le sería cosa facil por estar en parte que no se le podrian escapar: sacó su armada y con gran presteza cercó la boca del rio. Cargó repentinamente el tiempo, y sobrevino una furiosa tempestad que le forzó volverse á su puerto, por no ponerse á riesgo de correr fortuna, ó de dar al través en aquella ribera. Vióse el Rey este dia en grandísimo peligro de perderse: asi luego que saltó en tierra, fue en romería á la casa de Nuestra Señora Santa María del Puch á dar gracias á Nuestro Señor de haberle librado de las ondas del mar, y de las manos de sus enemigos que de la ribera esperaban por momentos quando alguna grupada se le entregaria. Dícese que hizo esta romería á pie, descalzo, en camisa y con una soga á la garganta; que de su natural no era tan sin piedad ni tan indevoto, si no hiciera las cosas tan sin orden y sin justicia. Con esto se volvieron los Reyes, el de Aragon á Barcelona, y á Murcia el de Castilla, y de alli á Sevilla, en lo mas recio de las calores del estío, en el tiempo que en veinte y seis de julio en la ciudad de Zaragoza fue justiciado públicamente Bernardo Cabrera por sentencia que dió contra él el mismo Rey de Aragon, y la executó su hijo el infante don Juan: confiscaron las villas de Cabrera y Osona y otros muchos pueblos de su señorío: fiad en servicios y en privanzas. Caso es este que si atentamente se considera, se echará de ver que el Rey de Aragon cometió un delito feo y atroz, muy semejante á parricidio, en hacer matar el discípulo á su ayo, de quien fuera santísimamente doctrinado, mayormente que era inocente, y á todo el mundo eran manifiestos los grandes servicios que tenia hechos á la casa real de Aragon: causóle la muerte la incorrupta libertad con que decia su parecer. Es asi que los príncipes huelgan con la disimulacion y lisonja: demas que los Reyes

cometen muchas veces grandes yerros que á veces redundan en odio de sus privados; esto fue lo que acarreó la muerte á este excelente varon, sin tener otra mayor culpa:. conspiraron contra él para llegarle á este trance la Reyna, el Rey de Navarra, don Enrique y el conde de Ribagorza. Despues desto se volvió con nueva cólera á echar mano á las armas. El Rey de Castilla tomó á Ayora en el reyno de Valencia: don Gutierre de Toledo, que por muerte de don Suero era maestre de Calatrava, iba por mandado de su Rey á bastecer á Monviedro; acometiéronle en el camino golpe de aragoneses, y en un bravo rencuentro que tuvieron, le desbarataron y fue muerto en la pelea con otros muchos de los suyos. Por su muerte dieron el maestrazgo á don Martin Lopez de Córdova repostero mayor del Rey. Esta pérdida renovó y dobló la afrenta al Rey de Castilla, que á la sazon molestaba mucho las comarcas de Alicante y Orihuela, y tenia harta esperanza de ganar esta ciudad. El Aragones con toda su hueste, confiado y cierto que cada dia se reforzaria su exército con gentes que le acudirian del reyno, llegó á poner su campo á vista del enemigo; y como tambien alli representase la batalla al Rey de Castilla, y él por no fiarse de los suyos la rehusase, socorrió á Orihuela con gente y bastimentos: con que se volvió á Aragon. Esto pasaba en el fin deste año. En el principio del siguiente de mil y trecientos y sesenta y cinco de nuestra salva- 136
cion el Rey de Aragon cercó á Monviedro, y le apretó de suerte que forzó á los castellanos á que se le entregasen á partido; por el contrario el Rey de Castilla con un largo cerco ganó tambien la ciudad de Orihuela. En siete dias del mes de junio deste mismo año murió en Orihuela, la qual el Rey don Pedro tenia cercada, Alonso de Guzman despues que hizo

grandes servicios á don Enrique, cuya parcialidad seguia: murió en la flor de su mocedad, era hombre de grande valor, de agudo ingenio, de maduro y alto consejo. Sucedióle en el señorío de Sanlucar, y en lo demas de su estado Juan de Guzman su hermano. Don Gomez de Porras prior de San Juan sea con miedo que tuvo del Rey don Pedro por rendir como rindió á Monviedro, sea por hacer amistad á don Enrique, se pasó á la parte de Aragon con seiscientos caballos que en aquella ciudad tenia de guarnicion. Deste principio, aunque pequeño, se comenzaron á enflaquecer, ó por mejor decir ir muy de caidas las fuerzas del Rey de Castilla; que asi muchas veces acontece que de pequeñas ocasiones (en la guerra mayormente) sucedan desmanes muy grandes. Allegóse tambien á esto que como quier que á la sazon hobiese paces entre Francia é Inglaterra, vinieron muchos soldados de Francia en ayuda de Aragon; que como vivian de lo que ganaban en la guerra, les era forzoso hecha la paz sustentarse de las haciendas que robaban á los miserables pueblos. Estos mismos ladrones que andaban por Francia vagabundos y desmandados, tuvieron cercado al mismo Papa Urbano, y le forzaron á comprar con mucha suma de dineros su libertad y la de su sacro palacio. La voz era que les daba trecientos mil florines por modo de salario y debaxo de nombre de sueldo: capa con que cubrieron la afrenta del Papa y aquel sacrilegio. Habíales dado el Rey de Francia otra tanta cantidad por echar de su tierra una tan cruel pestilencia como esta. El Sumo Pontífice librado deste peligro pensó pasar su silla á Italia, dado que por entonces aquel propósito no duró mucho: sentia el castigo de Dios, y temíale mayor de cada dia por haber sus antecesores desamparado su sagrada casa. Muerto pues el cardenal don Gil

de Albornoz, quiso visitar, y asi lo hizo, el patrimonio de la iglesia que le dexó ganado, y poner en paz y justicia á sus súbditos. Vino pues (como decíamos) á España desta gente de Francia una grande avenida de soldados alemanes, ingleses, bretones y navarros, y de otras naciones por codicia de la ganancia y robo. Llamólos el conde don Enrique, á quien querian bien desde el tiempo que estuvo en las guerras de Francia. Señalábanse entre ellos muchos caballeros y señores de cuenta, muy valientes soldados y valerosos capitanes: los mas principales eran Beltran Claquin breton, y Hugo Carbolayo ingles. La cabeza y caudillo desta gente Juan de Borbon, que queria venir á vengar la muerte de su hermana doña Blanca, no se sabe por qué causa se quedó en Francia; cierto es que no vino á España: toda esta gente entre los de á caballo y de á pie llegaban como á doce mil hombres de guerra; Frossarte historiador frances de aquella era dice que venian en aquel exército treinta mil soldados. El primero dia de enero del año mil y trecien- 1366
tos sesenta y seis llegaron á Barcelona las primeras banderas deste campo, las demas desde á pocos dias. El Rey de Aragon hizo á todos muy buena acogida, y convidó á un gran banquete á los mas principales capitanes. Dióles de contado una gran cantidad de florines, y prometióles otra paga mucho mayor para adelante: á Beltran Claquin dió el estado de Borgia con título de conde, porque con mayor gana le sirviese en esta guerra. Estos apercebimientos tan grandes despertaron al Rey de Castilla que estaba en Sevilla, aunque no era de suyo nada lerdo ni descuidado. Partióse á Burgos, y en cortes que alli tuvo, pidió al reyno ayuda para esta guerra: todo era sin provecho lo que intentaba, por tener enojado á Dios, y las voluntades de los hombres no le eran favora-

bles. Monsiur de Labrit era venido de Francia en su ayuda: aconsejábale que procurase con mucho dinero hacer que los estrangeros se pasasen á él, y desamparasen á su hermano don Enrique; ofrecia su industria para acabarlo con ellos, porque conocia su condicion, que no era mal aparejada para cosas semejantes, ademas que tenia entre ellos muchos parientes y amigos que le ayudarian en esto: ciega Dios los ojos del alma á aquellos á quien es servido de castigar; no aciertan en cosa: asi estuvieron cerradas las orejas del Rey don Pedro, que no oyeron un consejo tan saludable; como era hombre tan fiero no hacía caso del peligro que le corria. Entretanto en la ciudad de Zaragoza, do estaban los soldados estrangeros, se vieron el Rey de Aragon y el conde don Enrique: en estas vistas en cinco del mes de marzo confirmaron de nuevo la alianza que primero tenian hecha, y se declaró la parte del reyno de Castilla que habia de dar al de Aragon don Enrique, caso que se apoderase de aquel reyno; para mayor amistad y firmeza de lo capitulado se concertó que la infanta doña Leonor hija del Rey de Aragon casase con don Juan hijo del conde don Enrique. Acabadas las vistas, el Rey se quedó en Zaragoza para esperar el fin que tendrian cosas tan grandes: el conde don Enrique ya que tuvo junto todo el exército, entró poderosamente en el reyno de Castilla por Alfaro. Estaba alli por capitan Iñigo Lopez de Horozco: no se quisieron detener en combatir esta villa que era fuerte, por no gastar en ello el tiempo que les era menester para cosas mayores. Sabian muy bien que en las guerras civiles ninguna cosa tanto aprovecha como la presteza: toda tardanza es muy dañosa y empece. Dexado Alfaro, marchó el exército con buena orden derecho á Calahorra, ciudad que baña el rio Ebro, y es de las

mas principales de aquella comarca. Luego que llegó el conde don Enrique, le abrieron las puertas don Fernando obispo de aquella ciudad, y Fernan Sanchez de Tovar que la tenia por el Rey de Castilla. Entró el conde en ella lunes diez y seis dias del mes de marzo: no se sabe si la entregaron por no estar tan bien fortificada y bastecida que se pudiese poner en defensa, ó porque los ciudadanos estuviesen mal con el Rey don Pedro. Aqui en Calahorra se hizo consejo para determinar cómo se procederia en esta guerra; los pareceres eran diferentes y contrarios: unos decian que era bien ir luego á Burgos como á cabeza de Castilla, otros fueron de parecer que el conde don Enrique tomase título de Rey para que, perdída del todo la esperanza de reconciliarse con su hermano, con mayor ánimo y constancia se hiciese la guerra, y para meter á todos en la culpa y empeñallos. Beltran Claquin como quier que era varon de grande pecho y ánimo, y por la grande experiencia que tenia en las cosas de la guerra, el hombre de mas autoridad que venia en el exército, dicen que habló desta manera: «Qualquiera que hobiere de dar »parecer y consejo en cosas de grande importancia, »está obligado á considerar dos cosas principales: la »una quál sea lo mas útil y cumplidero al bien co»mun, la otra si hay fuerzas bastantes para conseguir »el fin que se pretende. Como es cosa inhumana y per»judicial anteponer sus intereses particulares al bien »público y pro comun, asi intentar aquello con que »no podemos salir, y á lo que no allegan nuestras »fuerzas, no es otra cosa sino una temeridad y locu»ra. Ninguna cosa señor te falta para que no puedas »alcanzar el reyno de Castilla: todo está bien pertre»chado; por tanto mi voto y parecer es que lo pre»tendas, ca será utilísimo á todos, á tí muy honroso,

»y á nos de grandísima gloria, si con nuestras fuer-
»zas y debaxo de tu pendon, y siguiéndote como
»á cabeza y capitan, echáremos del mundo un tyra-
»no y un terrible monstruo que en figura humana es-
»tá en la tierra para consumir y acabar las vidas de
»los hombres. Restituirás á tu patria y al nobilísimo
»reyno de tu padre la libertad que con su muerte
»perdió, y daráslе lugar á que respire de tan innu-
»merables trabajos y cuitas como desde entonces has-
»ta el dia de hoy han padecido. Por ventura no ves
»como las casas, campos y pueblos estan cubiertos
»de la miserable sangre de la nobleza y gente de
»Castilla? no miras tus parientes y hermanos cruel-
»mente muertos? que ni aun á las mugeres ni niños
»no se ha perdonado: no tienes lástima de tu patria?
»no sientes sus males, y te compadeces y avergüen-
»zas de su miserable estado? tantos destierros, con-
»fiscaciones de bienes, perdimientos de estados, ro-
»bos, muertes? tan grandes avenidas y tempestades
»de trabajos, quién aunque tuviese el corazon de ace-
»ro, las podria mirar con ojos que no se deshiciesen
»en lágrimas? No lo has de haber con aquellos anti-
»guos y buenos Reyes de Castilla los Fernandos y
»Alonsos, aquellos que confiados mas en el amor que
»les tenian sus vasallos que en las armas, alcanzaron
»de los moros tan señaladas y gloriosas victorias. Ofre-
»césete un enemigo, que en ser aborrecido puede
»competir con el tyrano que mas mal quisto haya
»sido en el mundo, desamado de los estraños, in-
»sufrible y molestísimo á los suyos: una carga tan
»pesada, que quando no hobiera quien la derribára,
»ella misma se viniera por sí al suelo. Falto y des-
»guarnecido de gente; y si tiene algunos soldados,
»estarán como su príncipe corrompidos y estragados
»con los vicios, y que vendrán á la batalla ciegos,

»flacos y rendidos. Tú tienes un valeroso exército, »en que se halla toda la flor de Francia, Inglaterra, »Alemania y Aragon, y lo mejor del propio reyno »de Castilla, todos soldados viejos muy exercitados, »y que se han hallado en grandes jornadas, tienes »muchos Reyes amigos, y sobre todo tu ventura y »felicidad y grande benevolencia, con que de todo es»te exército eres amado. Deséate toda Castilla, los »buenos del reyno te esperan, y te quieren favore»cer y servir: no habrá ninguno que sabido que te »han alzado por Rey, no se venga á nuestros reales. »A otros pudiera en algun tiempo ser provechoso el »nombre de Rey, mas á tí en este trance es necesa»rio del todo para sustentar la autoridad que es me»nester para que te respeten, y para descubrir las afi»ciones y voluntades de los hombres. Si como yo lo »espero, el cielo nos ayuda, á tí se te apareja una glo»ria grande, nos quedarémos contentos con la parte »de la merced y honra que nos quisieres hacer; si »sucediere al revés (lo que de pensarlo tiemblo) no »puede avenirte peor de lo que de presente padeces. »Todos corremos el mismo riesgo que tú: por tanto »nuestro consejo se debe tener por mas fiel y seguro, »pues es igual para todos el peligro. No ha lugar ni »conviene entretenerse quando la tardanza es peor »que el arrojarse. Ea pues tén buen ánimo, ensancha »y engrandece el corazon, y toma á la hora aquel »nombre, para el qual te tiene Dios guardado de tan»tos peligros. Ayúdate con presteza, y haz de tu ene»migo lo que él pretende hacer de tí: acábale desta »vez, ó si fuere menester, muere valerosamente en »la demanda; que la fortuna favorece y teme á los »fuertes y esforzados, derriba á los pusilánimes y co»bardes." Despues que Beltran acabó su plática, todos los demas caudillos del exército rodearon á don

Enrique, y le animaron á que se llamase Rey: truxéronle á la memoria pronósticos en esta razon; aseguráronle que Dios y los hombres le favorecian. Con esto despliegan los pendones, y con mucho regocijo por las calles públicas de la ciudad dicen á voces: Castilla, Castilla por el Rey don Enrique. El nuevo Rey segun el estado y méritos de cada uno hizo muchas mercedes: á unos dió ciudades, y á otros villas, castillos, lugares, oficios y gobiernos: holgaba de parecer liberal, y era facil serlo de hacienda agena. Cada uno pensaba que quanto pidiese, tanto se hallaria; que todo le sería concedido: á Beltran Claquin dió á Trastamara, y á Hugo Carbolayo á Carrion, al uno y al otro con título de condes: á los hermanos del nuevo Rey, á don Tello restituyó el estado de Vizcaya, á don Sancho dió el de Alburquerque: el maestrazgo de Santiago se dió á don Gonzalo Mexía, y á don Pedro Muñiz, que tambien él era muy querido de don Enrique, dieron el maestrazgo de Calatrava: á don Alonso de Aragon conde de Denia y Ribagorza, que era tio hermano del padre del Rey de Aragon, le hizo merced de Villena con título de marques, y con todo el señorío que fue de don Juan Manuel: á otros dió villas y castillos con que los contentó de presente, y los heredó en el reyno para adelante.

CAPITULO VIII.

Que el Rey don Pedro fue echado de España.

Con los dos Reyes que se intitulaban de Castilla, el reyno andaba alborotado. El Rey don Pedro por su mucha crueldad tenia poca parte en las voluntades de sus pueblos, todos deseosos de poderse rebelar y

vengar la sangre de sus parientes: ninguna cosa los tenia, sino el miedo que si les fuese contraria la fortuna, serían sin misericordia castigados. Los dos Reyes con grande porfia y ahinco comenzaron la contienda sobre el reyno: cada qual tenia por sí grandes ayudas y valedores. De parte de don Enrique estaba el exército estrangero, el odio de su competidor, y el ser los hombres naturalmente aficionados á cosas nuevas. A don Pedro ayudaba que casi antes fue Rey que hobiese nacido, que era hijo de Rey y descendia de otros muchos Reyes, y que él solo quedaba por heredero legítimo de todos ellos: en ambos el nombre y magestad real era respetado y venerable. Punzaba á don Pedro la ofensa que se le hacía: á don Enrique le encendia en cólera y animaba á la venganza la sangre que de su madre y hermanos, amigos y parientes derramaron, y los grandes trabajos que el reyno padecia; finalmente mayor cuidado tenia de sustentar el nuevo nombre de Rey que su propia vida. Con esta resolucion don Enrique y los suyos se determinaron ir luego á Burgos: en el camino pasaron cerca de Logroño, mas no quisieron llegar á él porque entendieron que los ciudadanos no harian nada de su voluntad, y que si les cercaban, sería cosa muy larga: Navarrete y Briviesca se les dieron luego. Mientras esto asi pasaba, don Pedro se hallaba en Burgos con pocos amigos, ca muchos dellos él mismo los hizo matar: suspenso y dudoso de lo que haria, no se atrevia á fiarse de nadie, ni tomar resolucion si se iria, si esperaria á su enemigo. Resolvióse finalmente en ir con grande presteza á Sevilla, porque tenia en aquella ciudad sus hijos y tesoros, y temia perderlo todo. No se atrevió arriscarse, por saber quán pocos eran los que le querian bien. Los de Burgos todavia le ofre-

cieron su ayuda: él se lo agradeció, y dixo que entonces no se queria valer de su buen ofrecimiento y lealtad, antes les alzó el homenage que le tenian hecho, para que si se viesen en aprieto, pudiesen entregarse á don Enrique sin incurrir infamia ni caso de traycion. Cególe Dios para que no acetase el favor que le hacían, mayormente que como toda su perdicion le viniese por su crueldad, acrecentó de nuevo el odio que le tenian, con que al tiempo que se queria partir, hizo matar á Juan Fernandez de Tovar no por otra culpa sino porque su hermano acogió en Calahorra á don Enrique. Esto hecho, se partió de Burgos en veinte y ocho dias del mes de marzo: dende el camino mandó á los capitanes y alcaydes de las villas y castillos que tomára en Aragon, les pegasen fuego; y desamparados, sacasen luego las guarniciones, y que lo mas presto que pudiesen, se fuesen para él á Toledo. Desta suerte en un instante perdió lo que con gran costa y trabajo en muchos años tenia ganado: uno destos pueblos fue la ciudad de Calatayud; la libertad que cobró en el postrero de marzo, hasta hoy la celebra con fiesta solemne y procesion en que van fuera de la ciudad á Santa María de la Peña á cumplir el voto que entonces hicieron en memoria de la merced recebida. Llegó el Rey don Pedro á Toledo: alli se detuvo algunos dias en asegurár aquella ciudad y dexalla á buen recaudo; mandó quedar en ella por general á don Garci Alvarez de Toledo maestre de Santiago. Partido el Rey don Pedro de Burgos, los de la ciudad enviaron por sus cartas á llamar á don Enrique. Diéronle título de conde, pero ofrecíanle la corona de Rey, si la fuese á tomar en su ciudad, pues por su antigüedad y nobleza se le debia que en ella y no en otra diese principio á su reynado: aceptó su ofer-

ta, y luego se partió para aquella ciudad, en que le recibieron con grandes aclamaciones y regocijos; en el monasterio de las Huelgas fue coronado y recebido por Rey de Castilla. Con el exemplo de Burgos las mas ciudades y fortalezas del reyno de su propia voluntad en espacio de veinte y cinco dias despues de su coronacion le vinieron á dar la obediencia. Con esto no quedó nada inferior á su contrario ni en fuerzas, ni en vasallos: los grandes y los pueblos todos á porfia deseaban con apresurarse ganar la gracia del nuevo Rey. Asentadas las cosas de Castilla y Leon, se fue don Enrique á Toledo: alli sin ninguna dificultad, antes con mucho regocijo le abrieron las puertas. Renunció el maestre de Santiago don Garci Alvarez de Toledo: dióle el Rey don Enrique en recompensa del maestrazgo y de que se pasó á su servicio, lo de Oropesa y de Valdecorneja; con que don Gonzalo Mexía quedó sin contradiccion por maestre de Santiago. Por muerte de don Garci Alvarez lo de Oropesa quedó á su hijo Fernan Dalvarez de Toledo, que en su muger doña Elvira de Ayala tuvo á Garci Alvarez de Toledo señor de Oropesa, y á Diego Lopez de Ayala cabeza de los Ayalas de Talavera señores de Cebolla. Lo de Valdecorneja quedó á otro Fernan Dalvarez de Toledo hermano ó sobrino del maestre, y dél vienen los duques de Alba: llámanse Valdecorneja el Barrio, Dávila, Piedrahita, Horcaxada y Almiron. Apoderado don Enrique de tan principal ciudad como Toledo, todo lo demas del reyno quedó llano, de manera que don Pedro no se atrevió mas á estar en el reyno, antes perdída del todo la esperanza, se determinó de ponerse en salvo en una galera, en que embarcó sus hijos y tesoros, con que se fue á Portugal. Al que Dios comenzaba á desamparar, pare-

cia que le faltaba el consejo y tambien el favor de los hombres: el Rey de Portugal no le quiso tener en su reyno, antes le envió á decir que no cabian dos Reyes en una provincia; don Fernando hijo del Rey de Portugal estaba inclinado á don Enrique: favoreciale, y envíabanse muchos recados el uno al otro, y estaba mal con el Rey don Pedro. Verdad es que en Portugal no se le hizo ningun desaguisado por no violar el derecho de las gentes, antes se le dió paso seguro para Galicia, para do se encaminaba con intento de juntar en aquellos pueblos alguna flota en que pasarse á Bayona de Francia: llegado á Compostella, hizo matar á don Suero arzobispo de Santiago, y al dean de aquella iglesia que se decia Peralvarez, ambos naturales de Toledo: no amansaban tantos peligros el cruel ánimo del Rey, y él mismo sin necesidad aumentaba las causas de su destruicion. Ordenó su partida á Francia: parecióle que le era muy peligroso ir por tierra, asi allegó de aquella costa una armada de veinte y dos navíos y algunos otros baxeles menores. Embarcóse en ella con don Juan su hijo y otras dos hijas (1), que doña Beatriz la mayor era muerta, aunque Polidoro escribe que falleció en Bayona de Francia. Con buen viento llegaron á Bayona en la Guiena, que á la sazon se tenia por los ingleses: llevó consigo una buena parte de sus tesoros, verdad es que la mayor cantidad dellos, que enviaba en una galera con su tesorero Martin Yanez, se la tomaron los ciudadanos de Sevilla con deseo de hacer algun notable servicio á don Enrique, al qual todo se le allanaba. Córdova se le habia entregado, y por horas le esperaban en Sevilla. Desta manera

(1) En su Histor. lib. 19.

entendió don Pedro por su mal que las cosas humanas no permanecen siempre en un ser, y que muchas veces muy grandes príncipes por mas dichosos y mas poderosos que fuesen, aunque estuviesen rodeados de grandes exércitos, fueron destruidos por ser malquistos del pueblo, y llevaron el pago que sus obras merecian. El nuevo Rey don Enrique despues de llegado á Sevilla asentó paces con los Reyes de Portugal y de Granada. Hecho esto, del exército de los estrangeros escogió mil y quinientas lanzas, y por sus capitanes Beltran Claquin y don Bernal hijo del conde de Fox señor de Bearne: con tanto como si todo lo al quedára llano, despidió los demas soldados. De Aragon le enviaron á su muger y á su nuera la infanta doña Leonor, en cuya compañía vinieron don Lope Fernandez de Luna arzobispo de Zaragoza y otros señores principales. Era necesario asentar el gobierno del reyno, y poner buen recaudo en las rentas reales, proveer de dineros, porque el tesoro real le halló muy consumido con la guerra pasada: no se ponia duda si no que de Francia baxaría otra tempestad de guerra, y que don Pedro por ser de corazon tan ardiente no sosegaria hasta que dexase juntamente el reyno y la vida. Por tanto se hicieron en Burgos cortes generales de todo el reyno, y en ellas el infante don Juan hijo de don Enrique fue jurado por sucesor y heredero del reyno para despues de los dias de su padre. En estas cortes asi mismo se concedió la décima parte de las cosas que se vendiesen, sin limitar el tiempo desta concesion: la gana de que se administrase bien la guerra, y el aborrecimiento que tenian á don Pedro, les hizo en parte que no advirtiesen por entonces quán grave carga habia de ser este tributo en los tiempos venideros; la ciega codicia de venganza, y el dolor y

peligro presente fácilmente turba y desbarata la corta providencia de los entendimientos de los hombres. Hizo don Enrique merced á la ciudad de Burgos de la villa de Miranda de Ebro por los servicios que le hicieron en su coronacion, y en recompensa de la villa de Briviesca que era de Burgos y la diera á Pedro Fernandez de Velasco su camarero mayor; y porque la villa de Miranda era de la iglesia de Burgos, le dió en pago sesenta mil maravedís de juro cada un año situados en los diezmos del mar, para que se gastasen en las distribuciones ordinarias de las horas nocturnas y diurnas, y se repartiesen entre los prebendados que asistiesen á los divinos oficios en la dicha iglesia mayor, que antes desto no tenian estas distribuciones. Era á la sazon obispo de Burgos don Domingo, único deste nombre, cuya eleccion fue memorable: por muerte de su antecesor don Fernando los votos del cabildo se dividieron sin poderse concordar en dos bandos: conviniéronse en que aquel fuese de comun consentimiento de todos electo por obispo, á quien nombrase el canónigo Domingo, como árbitro que le hacían desta eleccion, ca le tenian por hombre santo y de buena conciencia. El acetado que hobo la accion que le daban, sin hacer caso de ninguno de los competidores, dixo por sí aquella sentencia que despues se mudó en refran «obispo por obispo seáselo Domingo." Holgaron todos los canónigos que se hobiese nombrado, y recibiéronle por su prelado: diéronle las insignias episcopales, é hiciéronle consagrar. En estos dias el arzobispo don Lope de Luna vino otra vez á Castilla enviado por el Rey de Aragon con embaxada á don Enrique para pedille cumpliese con él lo que tenia capitulado, y acusalle los juramentos que le tenia hechos y las pleytesías, en particular queria le pagase

mucha suma de moneda que le prestára. El Rey don Enrique le respondió que él confesaba la deuda, y ser asi todo lo que el Rey decia; todavia que aun no estaban sosegadas las cosas del reyno, y que si no era con grande riesgo de alguna gran revuelta y escándalo, no podia tan presto enagenar de la corona real tantas villas y ciudades como le prometió: que pasado este peligro, él estaba presto para cumplir lo asentado: que le tenia en lugar de padre, y le debia el ser, vida y reyno que poseía, y todo lo al. Esto decia por entretener al Rey de Aragon; por lo demas muy resuelto de no enagenar ninguna parte de lo que antiguamente era reyno de Castilla. Desta manera suelen los príncipes mirar mas por lo que les es útil y provechoso que tener cuenta con el deber y promesas que tengan hechas y juradas.

CAPITULO IX.

De las guerras de Navarra.

Estas cosas pasaban en Castilla: entre los navarros y franceses con varia fortuna se proseguía en Francia la guerra que tres años antes deste se comenzára, aunque con mayor daño del Rey de Navarra por estar ausente y ocupado en negocios de su reyno: tomáronle algunas villas y ciudades, cercáronle y combatieron otras. Los Reyes de Francia y de Aragon hicieron liga en la ciudad de Tolosa, que es en la Gallia Narbonense, por sus procuradores que cada uno dellos para este efecto envió: el principal en asentar los capítulos desta liga fue Luis duque de Anjou hermano del Rey de Francia. Quedaron de acuerdo que el Rey de Aragon hiciese guerra al de Navarra dentro de su reyno, y que el Rey

de Francia le ayudase con quinientas lanzas pagadas á su costa; todo sin tener ningun respeto al estrecho parentesco que con él tenian, porque entrambos Reyes eran sus cuñados por estar el de Navarra casado con hermana del Rey de Francia, y el de Aragon tenia asi mismo por muger una hermana del mismo Navarro. Aquellos príncipes que tenian obligacion á defendelle quando otros le movieran guerra, esos se conjuraban contra él: ó fiera codicia de reynar! El mal modo de proceder del Rey Carlos de Navarra y su aspereza le hacían odioso á los Reyes sus vecinos, y era la causa que tuviese muchos enemigos. Entendida esta liga por el Navarro, él se estuvo quedo en España para hacer resistencia al Rey de Aragon, mayormente que ya por su mandado Luis Coronel desde Tarazona hacía guerra en Navarra, robaba y destruía toda aquella frontera: á la Reyna su muger envió á Francia, dado que preñada, para que procurase aplacar al Rey su hermano, y buscase algun remedio para salir del aprieto en que se hallaban; esta ida no fue de provecho alguno, á causa que el Rey de Francia pensaba y pretendia quedarse desta vez con toda la tierra que el de Navarra tenia en su reyno. Estando pues la Reyna en su villa de Evreux en Normandia, en el postrero dia del mes de marzo parió al infante don Pedro su segundo hijo, conde que fue de Moretano ó Mortaigne en Normandia, y con él en el medio del estío se volvió á Navarra. Por no hallar buena acogida en el Rey de Francia, de necesidad el Navarro hobo de buscar de quién favorecerse: parecióle el mejor de todos aliarse y juntar sus fuerzas con el Rey don Pedro que andaba desterrado, y le rogaba hiciese liga con él; y como los hombres quando se veen en algun grande aprieto, son muy liberales, para traelle

á su amistad le hacía una muy larga promesa de pueblos en Castilla, ca le ofrecia toda la tierra de Guipúzcoa, Calahorra, Logroño, Navarrete, Salvatierra y Victoria: parecen hoy dia (si no son fingidas) las escrituras que hicieron deste concierto en este año en la ciudad de Lisboa, quando el Rey don Pedro desde Sevilla se retiró á Portugal. Al presente el Rey don Pedro desde Bayona procuraba socorros para poder volver á cobrar el reyno de Castilla; en particular solicitaba á Eduardo príncipe de Gales, que por su padre el Rey de Inglaterra gobernaba el ducado de Guiena, para que le ayudase con sus gentes. Viéronse en Cabreron, que es un pueblo cerca de la canal de Bayona: hallóse en aquellas vistas don Carlos Rey de Navarra: convidólos á comer el príncipe, sentáronse con este orden en la mesa: don Pedro á la mano derecha y luego junto á él el príncipe, y á la mano izquierda se sentó solo de por sí el Rey de Navarra. Confederáronse alli estos tres príncipes, y confirmaron con solemne juramento los conciertos que hicieron, que fueron estos: que el Rey don Pedro fuese restituido en su reyno, y que al príncipe Eduardo se le diese en recompensa de su trabajo el señorío de Vizcaya: que el Rey de Navarra hobiese á Logroño, y que don Pedro dexase en Guiena sus hijas para seguridad y prenda de que cumpliría lo capitulado, y pagaría (alcanzada la victoria) el dinero que se le prestaba para el sueldo de la gente de guerra. Sabida esta liga por el Rey de Aragon, receloso del daño que della le podia venir, para hallarse con mayores fuerzas y poder mejor resistir á sus enemigos renovó con el Rey de Francia la confederacion y amistades que con él tenia hechas. El Rey de Navarra estaba con gran cuidado y miedo no descargasen estos

nublados sobre su reyno, como el que caía enmedio de dos enemigos tan poderosos como eran los Reyes de Francia y Aragon. Por otra parte temia á los ingleses: juzgaba que para pasar en Castilla ó les habia de dar el camino por sus tierras, ó se le abririan con las armas. Hallábase muy congoxado: aquexado con este pensamiento no sabía qué consejo se tomase. La peor resolucion que él pudo tomar, fue quedarse neutral, porque desta manera á ninguno obligaba, y á todos dexó querellosos; todavia despues que lo hobo todo bien ponderado, tomó por mejor partido concertarse con el Rey don Enrique, hora lo hiciese con disimulacion y engaño, hora que hobiese mudado su voluntad y quisiese salir fuera de la liga hecha con don Pedro y el príncipe de Gales. Como quiera que esto fuese, él tuvo sus hablas con el Rey don Enrique en Santacruz de Campezo, que es una villa en la frontera de Navarra: halláronse presentes don Gomez Manrique arzobispo de Toledo, que fuera elegido en lugar de don Vasco, don Alonso de Aragon conde de Denia y marques de Villena, don Lope Fernandez de Luna arzobispo de Zaragoza, y Beltran Claquin. La confederacion que estos príncipes hicieron, fue que el Rey de Navarra no diese paso á los ingleses: que en la guerra que esperaban, ayudase con su persona y con todo su exército al Rey don Enrique, y que para seguridad diese ciertas villas y castillos en rehenes de que cumpliria estos conciertos; por el contrario que don Enrique le diese á él á Logroño, la misma ciudad que poco antes don Pedro le prometió. En estos dias don Luis hermano del Rey de Navarra se casó con Juana duquesa de Durazo en la Macedonia, hija mayor de Carlos, de quien heredó este estado, y á quien algunos años despues el Papa Urbano VI. dió la in-

vestidura del reyno de Nápoles. Y porque communmente se yerra en la decendencia destos príncipes, me pareció ponerla en este lugar: Carlos Segundo Rey de Nápoles tuvo por hijo á Juan duque de Durazo: hijos de Juan fueron Carlos y Luis: Carlos fue padre de Juana y Margarita; de Luis el otro hijo de Juan nacieron Carlos que vino á ser Rey de Nápoles, y Juana la que diximos casó con el infante don Luis hermano del Rey de Navarra. Las vistas del Rey de Navarra y de don Enrique que se hicieron en Campezo: fueron en el principio del año de mil y 1367.
trecientos y sesenta y siete, en el qual (quien dice el año siguiente) en diez y ocho de enero murió en Estremoz villa de Portugal el Rey don Pedro (1). Vivió por espacio de quarenta y seis años, nueve meses y veinte y un dias: reynó nueve años y otros tantos meses, y veinte y ocho dias. Enterráronle en el monasterio de Alcobaza junto á doña Inés de Castro: hizósele un real y solemnísimo enterramiento con grande aparato y pompa. Entre otras cosas dexó buena renta para seis capellanes que alli dixesen cada dia missa por su ánima y por las de sus antepasados: fue aventajado en ser justiciero: lloráronle mucho sus vasallos, y sintieron su muerte como si con él en la misma sepultura se hobiera enterrado la pública alegria y bien de todo el reyno. Tenia mandado que sus despenseros no comprasen ninguna cosa fiada, sino todo de contado y por justo precio. Hizo muy santas leyes contra la avaricia de los jueces y abogados, para que con su codicia y largas no fuesen los pleytos inmortales. Fue severísimo contra los malhechores, especialmente era rigurosísimo contra los

(1) Duarte Nuñez en la Geneal. de estos Reyes.

adúlteros: llegó á que por haber cometido este delito el obispo de Portu, con sus propias manos le maltrató muy réciamente: asi se decia vulgarmente que traía consigo un azote para castigar á los que cogiese en algun delito. Tenia costumbre de distribuir cada año muchos marcos de plata, parte labrada y parte acuñada, entre los suyos, segun la calidad y méritos de cada uno. Refiérese dél aquella sentencia: «Que no era digno de nombre de Rey el que cada »dia no hiciese bien y merced á alguna persona." Hizo el puente y villa de Limia en Portugal: dexó por heredero de su reyno á su hijo don Fernando, cuyo reynado no fue tal y tan feliz como el del padre. Con los embaxadores que el Rey de Aragon envió á su padre, asentó él paces en quatro dias del mes de marzo deste año en los palacios de Alcanhaaes, que son cerca de Santaren. Tuvo amores deshonestos con doña Leonor de Meneses muger de Lorenzo Vazquez de Acuña á quien se la quitó. El marido por tanto anduvo mucho tiempo huido en Castilla, y se dice dél que traía en la gorra unos cuernos de plata como por divisa y blason, para muestra de la deshonestidad del Rey y de su afrenta, mengua y agravio.

CAPITULO X.

Que don Enrique fue vencido en Najara.

Toda Castilla y Francia ardían llenas de ruido y asonadas de guerra: hacíanse muchas compañías de hombres de armas, ginetes é infantería; todo era proveerse de caballos, armas y dineros: las partes ambas igualmente temian el suceso, y esperaban la victoria. Don Enrique en Burgos, do era ido, se apercebia de

lo necesario para salir al camino á su enemigo, que sabía con un grande y poderoso campo era pasado los Pyrineos por las estrechas sendas y montañas cerradas de Roncesvalles. Llegó á Pamplona sin que el Rey Carlos de Navarra le hobiese hecho ningun estorbo á la pasada, ca estaba á la sazon detenido en Borgia. Prendiόle andando á caza cerca de alli un caballero breton llamado Olivier de Mani, que la tenia en guarda por Beltran Claquin su primo. Entrambos los Reyes sospecharon que era trato doble, concierto con este capitan que le prendiese, para tener color de no favorecer á ninguno dellos, y despues escusa aparente con el que venciese. A los príncipes ningun trato que contra ellos se haga, aunque sea con mucha cautela, se les puede encubrir; antes muchas veces les dicen mas de lo que hay, y eso lo malician y echan á la peor parte. Don Enrique partió de Burgos con un lucido y grueso exército de mucha infantería y quatro mil y quinientos hombres de á caballo, en que iba toda la nobleza de Castilla y la gente que de Francia y Aragon era venida en su ayuda. Llegó con su campo al encinar de Bañares: llamó á consejo los mas principales del exército, y consultó con ellos lo tocante á esta guerra. Los embaxadores de Francia, que eran enviados á solo este efecto, y Beltran Claquin procuraron persuadir que se debia en todas maneras escusar de venir á las manos con el enemigo y no darle la batalla, sino que fortificasen los pueblos y fortalezas del reyno, tomasen los puertos, alzasen las vituallas, y le entretuviesen y gastasen; que la misma tardanza le echaria de España por ser esta provincia de tal calidad que no puede sufrir mucho tiempo un exército y sustentarle. Que se considerase el poco provecho que se sacaria quando se alcanzase la victoria, y lo mucho que se aventuraba de perder lo ganado,

que era no menos que los reynos de Castilla y Leon, y las vidas de todos. Que en el exército de don Pedro venia la flor de la caballería de Inglaterra, gente muy esforzada y acostumbrada á vencer, á quien los españoles no se igualaban ni en la destreza en pelear, ni en la valentía y fuerzas de los cuerpos. Finalmente que se acordasen que no es menos oficio del sabio y prudente capitan saber vencer al enemigo con industria y maña que con fuerza y valentía. Esto digeron los embaxadores de Francia de parte de su Rey, y Beltran Claquin de la suya. Otros que tenian menos experiencia, y menor conocimiento del valor de los ingleses, y eran mas fervorosos y esforzados que considerados y sufridos, instaron grandemente en que luego se diese la batalla. Decian que las cosas de la guerra dependian mucho de la reputacion, y que se perderia si se rehusase la batalla, por entenderse que tenian miedo del enemigo, y serían tenidos por cobardes y de ningun valor. Que si el ánimo no faltaba, sobraban las fuerzas y ciencia militar para desbaratar y vencer dos tantos ingleses que fuesen. Sobre todo que á tan justa demanda Dios no faltaria, y con su favor esperaban se alcanzaria una gloriosa victoria. Aprobó don Enrique este parecer: mandó marchar su campo la via de Alava para hacer rostro á algunas bandas de caballos ligeros del enemigo que se habian adelantado y robaban aquella tierra. Llegó con su exército junto á Saldrian, y á vista del de su enemigo asentó su campo en un lugar fuerte (porque le guardaban las espaldas unas sierras que alli estan) con que podia pelear con ventaja, si no le forzaban á desamparar aquel sitio. Considerado esto, los ingleses levantaron sus reales y tiraron la via de Logroño ciudad que tenia la voz de don Pedro, con intento de traer á don Enrique á la batalla, ó entrar en medio del rey-

no por donde tenian esperanza que todas las cosas podrian acabar á su gusto. Entendido por don Enrique, que estaba en Navarrete, el fin del enemigo, volvió atrás camino de Najara, que es una ciudad que se piensa ser la antigua Tritio Metallo en los Autrigones, y de que sea ella, no es pequeño indicio que dos millas de alli está una aldea que retiene el mismo nombre de Tritio. Esta ciudad alcanza muy lindo cielo y unos campos muy fértiles, y por muchas cosas es un noble pueblo, y con el suceso desta batalla se hizo mas famoso. Escribiéronse estos príncipes: cada qual daba á entender al otro la justicia que tenia de su parte, y que no era él la causa desta guerra; antes la hacía forzado y contra su voluntad, y tenia mucho deseo y gana de que se concordasen, y no se viniese al riesgo y trance de la batalla por la lástima que significaban tener á la mucha gente inocente que en ella pereceria. Mas como quier que no se concordasen en el punto principal de la posesion del reyno, perdída la esperanza de ningun concierto, ordenaron sus haces en guisa de pelear. Don Enrique puso á la mano derecha la gente de Francia, y con ella su hermano don Sancho con la mayor parte de la nobleza de Castilla: á su hermano don Tello y al conde de Denia mandó que rigiesen el lado izquierdo: él con su hijo el conde don Alonso se quedó en el cuerpo de la batalla. Los enemigos que serían diez mil hombres de á caballo y otros tantos infantes, repartieron desta manera sus esquadrones. La vanguardia llevaban el duque de Alencastre y Hugo Carbolayo que se era pasado á los ingleses: el conde de Armeñac y monsiur de Labrit iban por capitanes en el segundo esquadron; en el postrero quedaron el Rey don Pedro y el príncipe de Gales y don Jayme hijo del Rey de Mallorca, el qual despues que se sol-

tó de la prision en que le tenia el Rey de Aragon, casára con Juana Reyna de Nápoles. Halláronse en esta batalla trecientos hombres de á caballo navarros, que con su capitan Martin Enrique los envió el Rey Carlos de Navarra en favor del Rey don Pedro. Corría un rio en medio de los dos campos: pasóle don Enrique, y en un llano que está de la otra parte, ordenó sus haces. En este campo se vinieron á encontrar los exércitos con grandísima furia y ruido de las voces, de los combates, del quebrar de las lanzas y el disparar de las ballestas. El esquadron de la mano derecha que regía Beltran Claquin, sufrió valerosamente el ímpetu de los enemigos, y parecia que llevaba lo mejor; empero el otro lado quitó don Tello á los suyos la victoria de las manos: con mas miedo que vergüenza volvió en un punto las espaldas, sin acometer á los enemigos ni entrar en la batalla. Como él y los suyos huyeron, dexaron descubiertos y sin defensa los costados de Beltran y de don Sancho, por donde pudieron fácilmente ser rodeados de los enemigos, y apretándolos réciamente por ambas partes, los vencieron y desbarataron. Hízose gran matanza, y fueron presos muchos grandes y ricos hombres, entre ellos los capitanes mas principales del exército. Don Enrique con mucho esfuerzo y valor procuró detener su esquadron que comenzaba á ciar y retirarse; por dos veces metió su caballo en la mayor priesa de la batalla con grandísimo peligro de su persona; mas como quier que no pudiese detener á los suyos por la gran muchedumbre de enemigos que cargó sobre ellos y los desbarató (mal pecado) perdída del todo la esperanza de la victoria, se salió de la batalla y se acogió á Najara: de alli por el camino de Soria se fue á Aragon acompañado de Juan de Luna y Fernan Sanchez de Tovar y Alfonso Perez de Guzman,

y de algunos otros caballeros de los suyos. A la entrada de aquel reyno le salió á ver y consolar don Pedro de Luna, que despues en tiempo del gran scisma fue el Papa Benedicto. No paró el Rey don Enrique hasta que por los puertos de Jaca entró en el reyno de Francia, sin detenerse en Aragon por no se fiar de aquel Rey, si bien era su consuegro. Hallábase en grande cuita, poca esperanza de reparo: por semejantes rodeos lleva Dios á los varones excelentes por estos altos y baxos hasta ponerlos de su mano en la cumbre de la buena andanza que les está aparejada. Los demas de su exército se huyeron por las villas y pueblos de aquella comarca, todos esparcidos sin quedar pendon en hiesto, ni compañía entera, ni esquadra que no fuese desbaratada. Despues de la batalla hizo matar el Rey don Pedro á Iñigo Lopez de Horozco, á Gomez Carrillo de Quintana, á Sancho Sanchez de Moscoso comendador de Santiago y á Garci Jofre Tenorio hijo del almirante Alfonso Jofre, que todos fueron presos en la pelea: otros muchos dexó de matar por no los haber á las manos, que por ningun precio se los quisieron entregar los ingleses cuyos prisioneros eran; demas que el príncipe de Gales le reprehendió con palabras casi afrentosas porque despues de alcanzada la victoria continuaba los vicios que le quitaban el reyno. Uno de los presos fue don Pedro Tenorio adelante arzobispo de Toledo. Llevó en esta batalla el pendon de don Enrique Pero Lopez de Ayala, aquel caballero que escribió la historia del Rey don Pedro, y fue uno de los presos. Por esta razon algunos no dan tanto crédito á su historia, como de hombre parcial: dicen que por odio que tenia al Rey don Pedro, encareció y fingió algunas cosas; á la verdad fue uno de aquellos contra quien en Alfaro él pronunció sentencia en que los dió

por rebeldes y enemigos de la patria. Dióse esta ba-
1367. talla sábado tres de abril deste año mil y trecientos
y sesenta y siete. Don Tello llevó á Burgos las tristes
nuevas deste desgraciado suceso. La Reyna doña Juana muger de don Enrique sabida la rota tuvo gran miedo de venir á manos de don Pedro: asi ella y sus hijos con gran priesa se fueron de Burgos á la ciudad de Zaragoza. En esta sazon en Burgos se hallaban don Gomez Manrique arzobispo de Toledo, y don Lope Fernandez de Luna arzobispo de Zaragoza, que se quedaron con la Reyna. Estos la acompañaron en este viage de Aragon: llegada alli, no halló en el Rey tan buena acogida como pensaba; que es cosa comun y como natural en los hombres desamparar al caido, y hacer aplauso y dar favor al vencedor. Olvidado pues el Rey de Aragon ya de las amistades y confederaciones que tenia hechas con don Enrique, tenia propósito de moverse al son de la fortuna, y llegarse á la parte de los que prevalecian. A esta causa era ya venido en Aragon por embaxador Hugo Carbolayo ingles; y porque no podian tan presto y fácilmente concluirse paces, se hicieron treguas por algunos meses. Despues de la victoria el Rey don Pedro con todo su exército se fue á Burgos, prendió en aquella ciudad á Juan Cordollaco pariente del conde de Armeñac y arzobispo de Braga, que era de la parcialidad del Rey don Enrique. Hízole el Rey llevar al castillo de Alcalá de Guadayra y meterle en un silo, en que estuvo hasta la muerte del mismo don Pedro, quando mudadas las cosas fue restituido en su libertad y obispado. El Rey don Pedro sin embargo se hallaba muy congoxado en trazar cómo podria juntar tanto dinero como á los ingleses de los sueldos debia y él recibió prestado del príncipe de Gales: no sabía asi mismo cómo podria cumplir con él lo que le tenia

prometido de darle el señorío de Vizcaya, porque ni los vizcainos que es gente libre y feroz, sufririan señor estraño, ni el tesoro y rentas reales, consumidos con tan excesivos gastos como con estas revoluciones se hicieron, no alcanzaban con gran parte á pagar la mitad de lo que se debia. Por esta causa con ocasion de ir á juntar este dinero se fue don Pedro muy apriesa á Toledo, de alli á Córdova. En esta ciudad en una noche hizo matar diez y seis hombres principales: cargábales fueron los primeros que en ella dieron entrada al Rey don Enrique. En Sevilla mandó asi mismo matar á Micer Gil Bocanegra y á don Juan hijo de Pero Ponce de Leon señor de Marchena, y á doña Urraca de Osorio madre de don Juan Alfonso de Guzman, y á otras personas. A doña Urraca hizo quemar viva, fiereza suya, y execucion en que sucedió un caso notable (1). En la laguna propia en que hoy está plantada una grande alameda, armaron la hoguera. Una doncella de aquella señora por nombre Isabel Dávalos natural de Ubeda luego que se emprendió el fuego, se metió en él para tenella las faldas porque no se descompusiese, y se quemó junto con su ama: hazaña memorable, señalada lealtad, con que grandemente se acrecentó el odio y aborrecimiento que de atrás al Rey tenian. Con los infortunios, destierro y trabajo que habia padecido, parece era razon hobiera ya corregido los vicios que de antes parecian tener escusa con la mocedad, licencia y libertad, si su natural no fuera tan malo. Por el contrario la afabilidad y buena condicion del Rey don Enrique causaba que todos tenian lástima de sus desastres, y le amaban mas que antes: con esto se

(1) Historia de Sevilla lib. 5. cap. 14.

volvió á la plática de envialle á llamar y restituille en los reynos de Castilla. El Rey de Navarra de Borgia, do le tenian arrestado, se vino despues de dada la batalla á Tudela: á mosen Olivier que le hizo compañía en aquella villa, le hizo prender, y no le quiso soltar de la prision hasta que le entregó á su hijo el infante don Pedro, que quedó en Borgia para seguridad que se cumpliria lo que los dos capitularon. Este mismo año que se dió la batalla de Najara, falleció en Viterbo ciudad de Italia el cardenal don Gil de Albornoz en veinte y quatro dias del mes de agosto fiesta de San Bartholomé (1). Fue este prelado excelente varon, de gran valor y prudencia no menos en el gobierno que en las cosas de la guerra, muy querido de tres Papas que alcanzó, Clemente, Inocencio y Urbano Quinto que á esta sazon gobernaba la iglesia romana. Hizo guerra en Italia á los tyranos que tenian usurpadas muchas ciudades y tierras de la iglesia, y con dichosas armas las restituyó al patrimonio y estado de San Pedro; con que abrió el camino á sus sucesores para que pasasen la silla Apostólica á la antigua ciudad de Roma, que no tardó mucho tiempo en cumplirse. Depositaron su cuerpo en el monasterio de San Francisco de la ciudad de Assis: despues sosegadas las cosas de España con la muerte del Rey don Pedro (por haberlo él asi mandado en su testamento) le trasladaron á la ciudad de Toledo: está enterrado en la iglesia mayor en la capilla de San Ildefonso. Concedió el romano Pontifice indulgencias á los que le traxesen en hombros; y fue tanta la devocion de los pueblos, que por do quier que pasaba, salian á bandas á los caminos por ganar los perdones; y de esta manera le traxeron hasta Toledo.

(1) Onupin. de Card. en Urbano.

CAPITULO XI.

Del maestre de San Bernardo.

El maestre de San Bernardo (dignidad cuyo nombre y noticia apenas ha llegado á nuestros tiempos) se halló en la batalla de Najara con otros muchos en favor de don Enrique, donde fue preso y muerto por mandado del Rey don Pedro, y le confiscaron muchos pueblos que poseía en las behetrías. No cuenta esto ninguno de los historiadores, sino solamente el despensero mayor de la Reyna doña Leonor, de quien arriba hicimos mencion. Verdad es que no escribe el nombre del maestre, ni qué principio ó autoridad tuviese esta dignidad, cosa en aquel tiempo muy sabida, al presente de todo punto olvidada: el tiempo todo lo gasta. Solo consta que este maestre era hombre de religion y eclesiástico, por que el Rey don Pedro fue descomulgado por la muerte que le dió. Lo que yo sospecho es que quando el Rey don Pedro por consejo de Juan Alfonso de Alburquerque (como de suso se dixo) quiso encorporar las behetrías en la corona real, ó lo que es mas cierto, darlas á algunos señores particulares que las pretendian con mas codicia de estados que de hacer lo que era razon y justicia; entonces de su voluntad y con facultad del Papa con color de religion se debieron de sugetar á la orden de San Bernardo á imitacion de los caballeros de Calatrava y Alcántara, y eligieron una cabeza con título que le dieron de maestre de San Bernardo, para que como las demas religiones militares hiciesen guerra á los moros. Este color y diligencia, aunque fue á propósito para que aquellos pueblos se mantuviesen en la libertad en que por tantos siglos inviolablemente se mantuvieron, dió empero ocasion para que el Rey

se indignase contra ellos; por esta causa creo yo que el dicho maestre se llegó á la parte de don Enrique: esto pudo ser, mas no es mas que congetura y pensamiento. Lo que se sigue es cierto, que el Sumo Pontífice Urbano Quinto por esta muerte y porque tenia fuera de sus iglesias á los obispos de Calahorra y de Lugo, envió un arcediano con orden que le notificase como estaba descomulgado, y por tal le publicase. Este arcediano como quier que temiese la crueldad de don Pedro y el poco respeto que tenia á la iglesia, usó con él de cautela y maña; esto fue que se vino por el rio en una galeota muy ligera á Sevilla, y se puso á la ribera del campo de Tablada cerca de la ciudad: aguardó á que el Rey pasase por aquella parte: sucedióle como lo deseaba; preguntóle si queria saber nuevas de Levante, que le diria cosas maravillosas y jamás oidas, porque acababa de llegar de aquellas partes. Llegóse el Rey cerca para oirle, y él le intimó entonces las bulas del Papa: esto hecho, luego con grandísima velocidad se fue el rio abaxo á vela y remo: ayudábale la menguante en que las aguas de la creciente del Océano volvian á baxar, asi pudo mas ligeramente escaparse. El Rey enojóse mucho con la burla, y como fuera de sí, desnuda la espada, y arrimadas las espuelas al caballo, se lanzó en el rio: tiró una gran cuchillada al arcediano, que por no le poder alcanzar dió en la galeota, sin desistir de seguille hasta tanto que el caballo no podia nadar de cansado: corriera gran peligro de ahogarse, si no le acorrieran prestamente con un barco en que le recogieron muy encolerizado. Decia á grandes voces que él quitaria la obediencia al Papa que tan violenta y súciamente regía la iglesia: procuraria otrosí que hiciesen lo mismo los Reyes de Aragon y de Navarra; ademas que aquella injuria él la vengaria muy bien

con las armas y con hacer guerra á sus tierras. Esto dixo con los ojos encarnizados y hechos ascuas, y con la voz muy fiera, alta y descompuesta: las afrentas, amenazas y desacatos que dixo contra el Papa, mas le desdoraron á él que agraviaron al Padre Santo. Mandó luego apercebir una armada y hacer grandes llamamientos de gentes de guerra. El Papa vista la furiosa condicion del Rey don Pedro, se determinó de aplacalle de la mejor manera que pudiese: para hacello con mayor autoridad le envió un legado que fue un sobrino suyo cardenal de San Pedro, que le absolvió de la excomunion, y hizo las amistades entre él y su tio con estas condiciones: Que consumido el oficio y nombre de maestre de San Bernardo, todos aquellos pueblos de alli adelante tuviesen su antiguo nombre de behetrías y fuesen del patrimonio real, á tal empero que no pudiesen ser entonces ni en algun tiempo dados, ni vendidos, ni enagenados: guardóseles este respeto y preeminencia por ser bienes de religion y eclesiásticos. Demas desto que la tercera parte de las décimas que llevaba á la sazon el Papa de los beneficios, fuese del Rey para ayuda á la guerra de los moros. Que el Papa otrosí sin consentimiento de los Reyes de Castilla no pudiese en sus reynos dar obispados ni maestrazgos, ni el priorato de San Juan, ni otros mayores beneficios. Esto se le concedió teniendo consideracion al sosiego comun y al bien general de la paz, puesto que era contra la costumbre y uso antiguo. Es cosa notable y maravillosa que por contemplacion ni respeto de ningun príncipe quisiese el Papa perder en España tanto de su derecho y autoridad: en tanto se tuvo en aquella era el sanar la locura de un Rey, que primero con sus trabajos y ahora con la victoria andaba desatinado.

CAPITULO XII.

Que don Enrique volvió á España.

Llegado don Enrique á Francia, no perdió el ánimo sabiendo quán varias y mudables sean las cosas de los hombres, y que los valientes y esforzados hacen rostro á las adversidades, y vencen todas las dificultades en que la fortuna los pone; los cobardes desmayan y se rinden á los trabajos y desastres. El conde de Fox, á cuya casa primero aportó, le recibió muy bien y hospedó amigablemente, aunque con recelo no le hiciesen guerra los ingleses porque le favorecia. De alli fue á Villanueva, que es cerca de Aviñon, para hablar á Luis duque de Anjou y hermano del Rey de Francia, en quien halló mejor acogimiento del que él podia esperar: socorrióle con dineros, y dióle consejos tan buenos que fueron parte para que sus cosas tuviesen el próspero suceso que poco despues se vió. Envió por inducimiento y aviso del duque con su embaxada á pedir al Rey de Francia su ayuda y favor para volver á Castilla. Fue oido benignamente, y determinóse el Rey de favorecelle: á la verdad la mucha prosperidad y buenos sucesos de los ingleses le tenian con mucho miedo y cuidado; tenia asi mismo en la memoria los agravios que don Pedro le habia hecho, y la enemiga que tenia con él. Respondióle pues con mucho amor, y propuso de le ayudar con gente y dineros: dióle el castillo de Perapertusa en los confines de Ruysellon, en que tuviese á su muger y hijos, ca desconfiados del Rey de Aragon se retiraron á Francia: mandóle otrosí dar el condado de Seseno, en que pudiese vivir en el entretanto que volvia á cobrar el reyno de Castilla, de donde cada dia se venian á él muchos caballeros que fueron presos

en la batalla de Najara, y estaban ya rescatados, y librados de la crueldad del Rey don Pedro; que los ingleses los escaparon de sus manos. De los primeros que se pasaron y acudieron en Francia á don Enrique, fue don Bernal hijo del conde de Fox, señor de Bearne, á quien el Rey don Enrique despues de acabada la guerra en remuneracion de este servicio le dió á Medinaceli con título de conde. Fue casado este príncipe con doña Isabel de la Cerda hija de don Luis y nieta de don Alonso de la Cerda el Desheredado; de quien los duques de Medinaceli (sin haber quiebra en la línea) se precian descender. Hallóse tambien con don Enrique el conde de Osona hijo de Bernardo de Cabrera, el qual despues que estuvo preso en Castilla, sirvió en la guerra á don Pedro por el gran sentimiento que tenia de la muerte de su padre: finalmente puesto en su entera libertad se pasó á don Enrique con propósito de servirle y seguir su fortuna hasta la muerte. Demas desto le avino bien á don Enrique en que el príncipe de Gales se volvió en estos dias á Guiena, enojado y mal satisfecho de don Pedro porque ni le entregó el señorío de Vizcaya que le prometió, ni le pagó los emprestidos que le hiciera, ni á muchos de los suyos el sueldo que les debia. Demas desto en Castilla le comenzaba á ayudar la fortuna, ca muchos grandes y caballeros habian tomado su voz y hacian guerra á don Pedro; en particular se tenian por él las provincias de Guipúzcoa y Vizcaya, y las ciudades de Segovia, Avila, Palencia, Salamanca, y la villa de Valladolid y otros muchos pueblos del reyno de Toledo: cada dia se reforzaba mas su bando y parcialidad, su enemigo mismo le ayudaba con hacerse por momentos mas odioso con su mal modo de proceder y desvariados castigos que hacía en los suyos. Juntado pues don Enrique su exército, entró en Ara-

gon por las asperezas de los Pyrineos llamadas Valdeandorra: pasó por aquel reyno con tanta presteza que primero estuvo dentro de Castilla, que pudiese el Rey de Aragon atajarle el paso, si bien puso para estorbársele toda la diligencia que pudo. Llegado don Enrique á la ribera del rio Ebro, preguntó si estaba ya en tierra de Castilla: como le respondiesen que sí, se apeó de su caballo, y hincado de rodillas hizo una Cruz en la arena y besándola dixo estas formales palabras: Yo juro á esta significanza de Cruz que nunca en mi vida por necesidad que me venga, salga de Castilla; antes que espere aí la muerte, ó estaré á la ventura que me viniere. Fue importante esta ceremonia para asegurar los corazones de los que le seguían é inflamallos en la aficion que le tenian. Vuelto á subir en su caballo, fue con todo su campo á Calahorra, que por aquella parte es la primera ciudad de Castilla: entró en ella el dia del archângel San Miguel con mucho contento y regocijo de los ciudadanos y de muchos del reyno que luego de todas partes le acudieron, ca andaban unos desterrados, y otros huidos de miedo de la crueldad del Rey su hermano. De Calahorra se partió á Burgos: alli fue recebido con una muy solemne procesion por el obispo, clerecía y ciudadanos de aquella ciudad. Halló en el castillo preso á don Phelipe de Castro un grande del reyno de Aragon casado con su hermana doña Juana, que le prendieron en la batalla de Najara: mandóle luego soltar, y hízole donacion de la villa de Paredes de Nava y de Medina de Rioseco y de Tordehumos. Por el contrario prendió en el mismo castillo á don Jayme Rey de Nápoles y hijo del Rey de Mallorca, que se quedára en Burgos despues que se halló en la batalla por la parte del Rey don Pedro, y ahora quando vió que recebian á don Enrique, se retiró al castillo para defenderse en él

con el alcayde Alfonso Fernandez. Con el exemplo de la real ciudad de Burgos otras muchas ciudades tomaron la voz de don Enrique, quitado el miedo que tenian; el qual no suele ser buen maestro para hacer á los hombres constantes en el deber y en hacer lo que es razon. Sosegadas las cosas en Burgos, pasó con su campo sobre la ciudad de Leon, que á cabo de algunos dias se le rindió á partido el postrero dia de abril del año de mil y trecientos y sesenta y ocho. En la 1368.
imperial ciudad de Toledo unos querian á don Enrique: la mayor parte sustentaba la opinion de don Pedro, escarmentados del riguroso castigo que hizo alli los meses pasados, y de miedo de la gente de guerra que tenia alli de guarnicion, que eran muchos ballesteros, y seiscientos hombres de armas, cuyo capitan era Fernando Alvarez de Toledo alguacil mayor de la misma ciudad. Tenia don Enrique en su exército mil hombres de armas: con estos y con la infantería que era en mayor número, no dudó de venir sobre una ciudad tan grande y fuerte como Toledo, y tenerla cercada. Tenia por cierto que apoderado que fuese de una ciudad y fuerza semejante, todo lo demas le sería facil de acabar. Asentó sus reales en la vega que se tiende á la parte del Setentrion á las haldas de la ciudad: puso muchas compañías en los montes que estan de la otra parte del rio Tajo: este gran rio como con un compás rodea las tres quartas partes de la ciudad, corre por la parte del Levante, y revuelve ácia Mediodia y Poniente. Para que se pudiese pasar de los unos reales á los otros, y se favoreciesen en tiempo de necesidad, mandó fabricar un puente de madera que fue despues muy provechoso. Los toledanos sufrian constantemente el cerco, puesto que harto inclinados á don Enrique; mas no osaban admitille en la ciudad por miedo no lo pagasen los rehenes que

consigo se llevára don Pedro, que eran los mas nobles de Toledo. La ciudad de Córdova en este tiempo, quitada la obediencia á don Pedro, seguía la parte de don Enrique con tanto pesar y enojo de su contrario que no dudó de pedir al Rey de Granada le enviase su ayuda para irla á cercar. Envióle Mahomad gran número de moros ginetes, con que y su exército puso en gran estrecho la ciudad, y la apretó de manera que un dia estuvo á punto de ser entrada, ca los moros á escala vista subieron la muralla y tomaron el alcázar viejo. Acudieron los cordoveses, considerado el peligro y quán sin misericordia serían tratados si fuesen vencidos, y pelearon aquel dia con gran desesperacion, y rebatieron tan valerosamente los moros que mal de su grado los forzaron á salir de la ciudad: á muchos hicieron saltar por los adarves, y les tomaron las banderas y fueron en pos dellos hasta bien lexos. Señaláronse mucho este dia en valor las mugeres cordovesas, ca visto que era entrada la ciudad por los moros, no se escondieron, ni cayeron en sus estrados desmayadas, sino con varonil esfuerzo salieron por las calles y á los lugares en que sus maridos y hijos peleaban, y con animosas palabras los incitaron á la pelea; con esto los cordoveses tomaron tanto brio y corage que pudieron recobrar la ciudad que ya se perdia, y hacer gran estrago y matanza de sus enemigos. Desesperados los Reyes de poder ganar la ciudad, levantaron el cerco: don Pedro se fue á Sevilla á proveer lo necesario para la guerra, que todo se hacía mas de espacio y con mayores dificultades de lo que él pensaba: el Rey de Granada sin que don Pedro le fuese á la mano, saqueó y robó las ciudades de Jaen y Ubeda que á imitacion de Córdova seguían el bando de don Enrique; taló otrosí lo mas de los campos del Andalucía, con que llevaron los moros á Granada

gran muchedumbre de cautivos, tanto que fue fama que en sola la villa de Utrera fueron mas de once mil almas las que cautivaron. Con esto toda la Andalucía se via estar llena de llantos y miseria: por una parte los apretaban las armas de los moros, por otra la crueldad y fiereza de don Pedro.

CAPITULO XIII.

Que el Rey don Pedro fue muerto.

El Rey don Pedro desamparado de los que le podian ayudar, y sospechoso de los demas; lo que solo restaba se resolvió de aventurarse, encomendarse á sus manos y ponerlo todo en el trance y riesgo de una batalla: sabía muy bien que los reynos se sustentan y conservan mas con la fama y reputacion que con las fuerzas y armas. Teníale con gran cuidado el peligro de la real ciudad de Toledo: estaba aquexado, y pensaba cómo mejor podria conservar su reputacion; esto le confirmaba mas en su propósito de ir en busca de su enemigo y dalle la batalla. Procuráronselo estorbar los de Sevilla: decíanle que se destruía, y se iba derecho á despeñar: que lo mejor era tener sufrimiento, reforzar su exército, y esperar las gentes que cada dia vendrian de sus amigos y de los pueblos que tenian su voz. Esto que le aconsejaban era lo que en todas maneras debiera seguir, si no le cegáran la grandeza de sus maldades, y la divina justicia ya determinada de muy presto castigallas. Estando en este aprieto, sucedióle otro desastre, y fue que Victoria, Salvatierra y Logroño que eran de su obediencia, fatigadas de las armas del Rey de Navarra, y por falta de socorro por estar don Pedro tan lexos, se entregaron al Navarro. Ayudó á esto don Tello, el qual

si estaba mál con don Pedro, no era amigo de su hermano don Enrique, y asi se entretenia en Vizcaya sin querer ayudar á ninguno de los dos. Proseguíase en este comedio el cerco de Toledo. Y como quier que aquella ciudad estuviese (como diximos) dividida en aficiones, algunos de los que favorecian á don Enrique, intentaron de apoderalle de una torre del muro de la ciudad que miraba al real, que se dice la torre de los Abades. Como no les sucediese esa traza, procuraron dalle entrada en la ciudad por el puente de San Martin, sobre lo qual los del un bando y del otro vinieron á las manos, en que sucedieron algunas muertes de ciudadanos. Sabidas estas revueltas por el Rey don Pedro, dióse muy mayor priesa á irla á socorrer, por no hallalla perdída quando llegase. Para ir con menor cuidado mandó recoger sus tesoros, y con sus hijos don Sancho y don Diego llevallos á Carmona, que es una fuerte y rica villa del Andalucía, y está cerca de Sevilla. Hecho esto, juntó arrebatadamente su exército, y aprestó su partida para el reyno de Toledo. Llevaba en su campo tres mil hombres de á caballo; pero la mitad dellos (mal pecado) eran moros, y de quien no se tenia entera confianza, ni se esperaba que pelearian con aquel brio y gallardía que fuera necesario. Dícese que al tiempo de su partida consultó á un moro sabio de Granada llamado Benagatin, con quien tenia mucha familiaridad; y que el moro le anunció su muerte por una profecía de Merlin hombre ingles, que vivió antes deste tiempo como quatrocientos años. La profecía contenia estas palabras: «En las partes de Occidente, entre los »montes y el mar, nacerá una ave negra, comedora »y robadora, y tal que todos los panales del mundo »querrá recoger en sí, todo el oro del mundo querrá »poner en su estómago, y despues gormarlo ha, y

»tornará atrás. Y no perecerá luego por esta dolencia, »caérsele han las peñolas, y sacarle han las plumas »al sol, y andará de puerta en puerta, y ninguno la »querrá acoger, y encerrarse ha en la selva, y alli »morirá dos veces, una al mundo y otra á Dios, y »desta manera acabará." Esta fue la profecía, fuese verdadera ó ficcion de un hombre vanísimo que le quisiese burlar: como quiera que fuese, ella se cumplió dentro de muy pocos dias. El Rey don Pedro con la hueste que hemos dicho, baxó del Andalucía á Montiel, que es una villa en la Mancha y en los Oretanos antiguos, cercada de muralla, con su pretil, torres y barbacana, puesta en un sitio fuerte y fortalecida con un buen castillo. Sabida por don Enrique la venida de don Pedro, dexó á don Gomez Manrique arzobispo de Toledo para que prosiguiese el cerco de aquella ciudad, y él con dos mil y quatrocientos hombres de á caballo, por no esperar el paso de la infantería, partió con gran priesa en busca de don Pedro. Al pasar por la villa de Orgaz, que está á cinco leguas de Toledo, se juntó con él Beltran Claquin con seiscientos caballos estrangeros que traía de Francia: importantísimo socorro y á buen tiempo, porque eran soldados viejos, y muy exercitados y diestros en pelear. Llegaron al tanto alli don Gonzalo Mexía maestre de Santiago, y don Pedro Muñiz maestre de Calatrava, y otros señores principales que venian con deseo de emplear sus personas en la defensa y libertad de su patria. Partió don Enrique con esta caballería: caminó toda la noche, y al amanecer dieron vista á los enemigos antes que tuviesen nuevas ciertas que eran partidos de Toledo. Ellos quando vieron que tenian tan cerca á don Enrique, tuvieron gran miedo, y pensaron no hobiese alguna traycion y trato para dexarlos en sus manos:

á esta causa no se fiaban los unos de los otros ; recelábanse tambien de los mismos vecinos de la villa. Los capitanes con mucha priesa y turbacion hicieron recoger los mas de los soldados que tenian alojados en las aldeas cerca de Montiel : muchos dellos desampararon las banderas de miedo, ó por el poco amor y menos gana con que servian. Al salir del sol, formaron sus esquadrones de ambas partes, y animaron sus soldados á la batalla. Don Enrique habló á los suyos en esta sustancia : «Este dia, valerosos compañeros, nos ha de dar riquezas, honra y reyno, ó »nos lo ha de quitar. No nos puede suceder mal, »porque de qualquiera manera que nos avenga, se»remos bien librados : con la muerte saldremos de »tan inmensos é intolerables afanes como padecemos, »con la victoria daremos principio á la libertad y des»canso que tanto tiempo há deseamos. No podemos »entretenernos ya mas, si no matamos á nuestro ene»migo : él nos ha de hacer perecer de tal género de »muerte, que la ternémos por dichosa y dulce si fue»re ordinaria, y no con crueles y bárbaros tormen»tos. La naturaleza nos hizo gracia de la vida con un »necesario tributo que es la muerte : esta no se pue»de escusar, empero los tormentos, las deshonras, »afrentas é injurias evitarálas vuestro esfuerzo y va»lor. Hoy alcanzaréis una gloriosa victoria, ó queda»réis como honrados y valerosos tendidos en el cam»po. No vean tal mis ojos, no permita vuestra bon»dad, señor, que perezcan tan virtuosos y leales ca»balleros. Mas qué muerte tan desastrada y misera»ble nos puede venir que sea peor que la vida aco»sada que traemos? No tenemos guerra con enemigo »que nos concederá partidos razonables, ni aun una »tolerable servidumbre quando queramos ponernos en »sus manos : ya sabeis su increible crueldad, y teneis

»bien á vuestra costa experimentado quán poca segu»ridad hay en su fee y palabra. No tiene mejor fiesta »ni mas alegre que la que solemniza con sangre y »muertes, con ver destrozar los hombres delante de »sus ojos. Por ventura habémoslo con algun malvado »y perverso tyrano, y no con una inhumana y feroz »bestia, que parece ha sido agarrochada en la leone»ra para que de alli con mayor braveza salga á hacer »nuevas muertes y destrozos? Confio en Dios y en su »apóstol Santiago que ha caido en la red que nos te»nia tendida, y que está encerrado donde pagará la »cruel carnicería que en nos tiene hecha: mirad, mis »soldados, no se os vaya: detenedla, no la dexeis »huir, no quede lanza ni espada que no pruebe en »ella sus aceros. Socorred por Dios á nuestra misera»ble patria, que la tiene desierta y asolada: vengad »la sangre que ha derramado de vuestros padres, hi»jos, amigos y parientes. Confiad en nuestro Señor, »cuyos sagrados ministros sacrílegamente ha muerto, »que os favorecerá para que castigueis tan enormes »maldades, y le hagais un agradable sacrificio de la »cabeza de un tal monstruo horrible, y fiero tyrano." Acabada la plática, luego con gran brio y alegria arremetieron á los enemigos: hirieron en ellos con tan gran denuedo que sin poder sufrir este primer ímpetu en un momento se desbarataron. Los primeros huyeron los moros, los castellanos resistieron algun tanto; mas como se viesen perdidos y desamparados, se recogieron con el Rey don Pedro en el castillo de Montiel. Murieron muchos de los moros en la batalla, muchos mas fueron los que perecieron en el alcance: de los christianos no murió sino solo un caballero. Ganóse esta victoria un miércoles catorce dias de marzo del año de mil y trecientos y sesenta y nueve. 1369.
Don Enrique visto como don Pedro se encerró en la

villa, á la hora le hizo cercar de una horma, pared de piedra seca, con gran vigilancia porque no se les pudiese escapar. Comenzaron los cercados á padecer falta de agua y de trigo, ca lo poco que tenian, les dañó de industria (á lo que parece) algun soldado de los de dentro, deseoso de que se acabase presto el cerco. Don Pedro entendido el peligro en que estaba, pensó cómo podria huirse del castillo mas á su salvo. Hallábase con él un caballero que le era muy leal, natural de Trastamara: decíase Men Rodriguez de Sanabria: por medio deste hizo á Beltran Claquin una gran promesa de villas y castillos y de docientas mil doblas castellanas, á tal que dexado á don Enrique le favoreciese y le pusiese en salvo. Estrañó esto Beltran: decia que si tal consintiese, incurriria en perpétua infamia de fementido y traydor; mas como todavia Men Rodriguez le instase, pidióle tiempo para pensar en tan grande hecho. Comunicado el negocio secretamente con los amigos de quien mas se fiaba, le aconsejaron que contase á don Enrique todo lo que en este caso pasaba: tomó su consejo. Don Enrique le agradeció mucho su fidelidad, y con grandes promesas le persuadió á que con trato doble hiciese venir á don Pedro á su posada, y le prometiese haria lo que deseaba: concertaron la noche: salió don Pedro de Montiel armado sobre un caballo con algunos caballeros que le acompañaban: entró en la estancia de Beltran Claquin con mas miedo que esperanza de buen suceso. El recelo y temor que tenia, dicen se le aumentó un letrero que leyó poco antes, escrito en la pared de la torre del homenage del castillo de Montiel, que contenia estas palabras: «Esta es la torre »de la Estrella:" ca ciertos astrólogos le pronosticáran que moriria en una torre deste nombre. Ya sabemos quán grande vanidad sea la destos adevinos, y

cómo despues de acontecidas las cosas se suelen fingir semejantes consejas. Lo que se refiere que le pasó con un judío médico, es cosa mas de notar. Fue asi que por la figura de su nacimiento le habia dicho que alcanzaria nuevos reynos, y que seria muy dichoso. Despues quando estuvo en lo mas áspero de sus trabajos, díxole: Quán mal acertastes en vuestros pronósticos. Respondió el astrólogo: Aunque mas yelo cayga del cielo, de necesidad el que está en el baño ha de sudar. Dió por estas palabras á entender que la voluntad y acciones de los hombres son mas poderosas que las inclinaciones de las estrellas. Entrado pues don Pedro en la tienda de don Beltran, díxole que ya era tiempo que se fuesen: en esto entró don Enrique armado: como vió á don Pedro su hermano, estuvo un poco sin hablar como espantado: la grandeza del hecho le tenia alterado y suspenso, ó no le conocia por los muchos años que no se vieran. No es menos sino que los que se hallaron presentes, entre miedo y esperanza vacilaban. Un caballero frances dixo á don Enrique señalando con la mano á don Pedro: Mirad que ese es vuestro enemigo. Don Pedro con aquella natural ferocidad que tenia, respondió dos veces: Yo soy, yo soy. Entonces don Enrique sacó su daga, y dióle una herida con ella en el rostro: vinieron luego á los brazos, cayeron ambos en el suelo: dicen que don Enrique debaxo, y que con ayuda de Beltran, que les dió vuelta y le puso encima, le pudo herir de muchas puñaladas con que le acabó de matar: cosa que pone grima: un Rey, hijo y nieto de Reyes revolcado en su sangre derramada por la mano de un su hermano bastardo: estraña hazaña! A la verdad cuya vida fue tan dañosa para España, su muerte le fue saludable; y en ella se echa bien de ver que no hay exércitos, poder, reynos, ni

riquezas que basten á tener seguro á un hombre que vive mal é insolentemente. Fue este un estraño exemplo para que en los siglos venideros tuviesen que considerar, se admirasen y temiesen; y supiesen tambien que las maldades de los príncipes las castiga Dios no solamente con el odio y mala voluntad con que mientras viven son aborrecidos, ni solo con la muerte, sino con la memoria de las historias, en que son eternamente afrentados y aborrecidos por todos aquellos que las leen, y sus almas sin descanso serán para siempre atormentadas. Frossarte historiador frances deste tiempo dice que don Enrique al entrar de aquel aposento dixo: dónde está el hideputa judío, que se llama Rey de Castilla? y que don Pedro respondió: Tú eres el hideputa, que yo hijo soy del Rey don Alonso. Murió don Pedro en veinte y tres dias del mes de marzo en la flor de su edad de treinta y quatro años y siete meses: reynó diez y nueve años menos tres dias. Fue llevado su cuerpo sin ninguna pompa funeral á la villa de Alcocer, do le depositaron en la iglesia de Santiago. Despues en tiempo del Rey don Juan el Segundo le trasladaron por su mandado al monasterio de las monjas de Santo Domingo el Real de Madrid de la orden de los Predicadores. Prendieron despues de muerto el Rey don Pedro á don Fernando de Castro, Diego Gonzalez de Oviedo hijo del maestre de Alcántara, y Men Rodriguez de Sanabria, que salieron con él de la villa para tenelle compañía. Estos tiempos tan calamitosos y revueltos no dexaron de tener algunos hombres señalados en virtud y letras: uno destos fue don Martin Martinez de Calahorra canónigo de Toledo, y arcediano de Calatrava dignidad de la santa iglesia de Toledo, que está enterrado en la capilla de los Reyes viejos de aquella iglesia con un letrero en su sepulcro, que dice como

por honra de la santidad y grandeza de la iglesia de Toledo, no quiso aceptar el obispado de Calahorra para el qual fue elegido en concordia de todos los votos del cabildo de aquella iglesia.

CAPITULO XIV.

Que don Enrique se apoderó de Castilla.

Con la muerte del Rey don Pedro enriquecieron unos y empobrecieron otros: tal es la usanza de la guerra, y mas de la civil: todas las cosas en un momento se trocaron en favor del vencedor; dióse á la hora Montiel. Llegada la nueva de lo sucedido á Toledo, tuvieron gran temor los vecinos de aquella ciudad. Padecian á la sazon necesidad de bastimentos: acordaron de hacer sus pleytesías con los de don Enrique que los tenian cercados; entregáronles la ciudad y todos se pusieron en la merced del nuevo Rey, pues con la muerte de don Pedro se entendia quedaban libres del homenage y fidelidad que le prometieran. Entre los príncipes estrangeros se levantó una nueva contienda sobre quién tenia mejor derecho á los reynos de Castilla. Convenian todos en que don Enrique no tenia accion á ellos por el defecto de su nacimiento: demas desto cada uno pensaba quedarse en estas revueltas con lo que mas pudiese apañar; que desta suerte se suelen adquirir nuevos reynos y aumentarse los antiguos. El Rey de Navarra, segun poco ha diximos, se apoderára de muchos y buenos pueblos de Castilla: al Rey de Aragon por traycion de los alcaydes se le entregaron Molina, Cañete y Requena; el Rey de Portugal pretendia toda la herencia y sucesion, y se intitulaba Rey de Castilla y de Leon por ser sin contradicion alguna bisnieto del Rey don San-

cho, nieto de doña Beatriz su hija: teníanse ya por él Ciudadrodrigo, Alcántara y la ciudad de Tuy en Galicia. El Rey de Granada tramaba nuevas esperanzas receloso por la constante amistad que guardó á don Pedro. La mayor tempestad de guerra que se temia, era de Inglaterra y Guiena, á causa que Juan duque de Alencastre hermano del príncipe de Gales se casára con doña Costanza hija del Rey don Pedro, y el conde Cantabrigense hermano tambien del mismo príncipe tenia por muger á doña Isabel hija menor del mismo, habidas ambas en doña María de Padilla. Desta suerte dentro del nobilísimo reyno de Castilla se temian discordias civiles, y de fuera le amenazaban grandes movimientos y asonadas nuevas de guerras. El remedio que estos temores tenian, era con presteza ganar las voluntades de las ciudades y grandes del reyno. Como don Enrique fuese sagaz, y entendiese que era esto lo que le cumplia, luego que puso cobro en Montiel, se partió sin detenerse á Sevilla, do fue recebido con gran triumpho y alegria. Todas las ciudades y villas del Andalucía vinieron luego á dalle la obediencia, excepto la villa de Carmona, en que don Pedro dexó sus hijos y tesoros y por guarda al capitan Martin Lopez de Córdova maestre que se llamaba de Calatrava, que todavia hacía las partes de don Pedro aunque muerto. En los dias que el Rey don Enrique estuvo en Sevilla, por no tener á un tiempo guerra con tantos enemigos pidió treguas al Rey moro de Granada, no sin diminucion y nota de la magestad real; mas la necesidad que tenia de asegurar y confirmar el nuevo reynado, le compedió á que disimulase con lo que era autoridad y pundonor. No se concluyó desta vez nada con el Moro: por esto puesto buen cobro en las fronteras, y asentadas las cosas del Andalucía, el nuevo Rey

volvió á Toledo por tener aviso que de Burgos eran alli llegados la Reyna su muger, y el infante su hijo. En esta ciudad se buscó traza de allegar dineros para pagar el sueldo que se debia á los soldados estraños, y lo que se prometió á Beltran Claquin en Montiel por el buen servicio que hizo en ayudar á matar al enemigo. Juntóse lo que mas se pudo, del tesoro del Rey, y de los cogedores de las rentas reales. Todo era muy poco para hartar la codicia de los soldados y capitanes estraños, que decian públicamente y se alababan tuvieron el reyno en su mano, y se le dieron á don Enrique; palabras al Rey afrentosas, y para el reyno soberbias: la dulzura de reynar hacía que todo se llevase fácilmente. Para proveer en esta necesidad hizo el Rey labrar dos géneros de moneda, baxa de ley y mala, llamada cruzados la una, y la otra reales: traza con que de presente se sacó grande interés, y con que salieron del aprieto en que estaban; pero para lo de adelante muy perniciosa y mala, porque á esta causa los precios de las cosas subieron á cantidades muy excesivas. Desta manera casi siempre las trazas que se buscan para sacar dineros del pueblo, puesto que en los principios parezcan acertadas, al cabo vienen á ser dañosas, y con ellas quedan las provincias destruidas y pobres. Todas estas dificultades vencia la afabilidad, blandura y suave condicion de don Enrique, sus buenas y loables costumbres; que por excelencia le llamaban el Caballero: ayudábanle otrosí á que le tuviesen respeto y aficion la magestad y hermosura de su rostro blanco y rubio, ca dado que era de pequeña estatura, tenia grande autoridad y gravedad en su persona. Estas buenas partes de que la naturaleza le dotó, la benevolencia y aficion que por ellas el pueblo le tenia, las aumentaba él con grandes dádivas

y mercedes que hacía. Por donde entre los Reyes de Castilla él solo tuvo por renombre el de las Mercedes: honroso título, con que le pagaron lo que merecia la liberalidad y franqueza que con muchos usaba. A la verdad fuéle necesario hacerlo desta manera para asegurar mas el nuevo reyno, y gratificar con estados y riquezas á los que le ayudaron á ganarle, y tuvieron su parte en los peligros: ocasion de que en Castilla muchos nuevos mayorazgos resultaron, estados y señoríos. Avivábanse en este tiempo las nuevas de la guerra que hacían en las fronteras los Reyes de Portugal y de Aragon: proveyó á esto préstamente con un buen exército que envió á la frontera de Aragon, cuyos capitanes Pero Gonzalez de Mendoza, Alvar García de Albornoz cobraron á Requena, echados della los soldados aragoneses. El por su persona fue á Galicia, en que tenia nuevas que andaban los portugueses esparcidos y desmandados, y con gran descuido; y que por ir cargados de lo que robaban en aquella tierra, podrian fácilmente ser desbaratados: cercó en el camino á Zamora, y sin esperar á ganarla entró en Portugal por aquella parte que está entre los rios Duero y Miño, que es una tierra fértil y abundosa: destruyó y corrió los campos de toda aquella comarca, quemó y robó muchas villas y aldeas, ganó las ciudades de Braga y Berganza. Desta manera puesto grande espanto en los portugueses, y vengadas las demasías y osadía que tuvieron de entrar en su reyno, se volvió para Castilla: hallóse con el Rey don Enrique en esta guerra su hermano el conde don Sancho, ya rescatado por mucho precio de la prision en que estuvo en poder de los ingleses despues que le prendieron en la batalla de Najara. El Rey de Portugal no se atrevió á pelear con don Enrique, aunque antes le

enviára á desafiar, por no estar tan poderoso como él, ni se le igualaba en la ciencia militar, ni en la experiencia y uso de las cosas de la guerra. Valió á los portugueses la nueva que don Enrique tuvo de los daños y robos que el Rey de Granada hacía en el Andalucía, junto con la pérdida de la ciudad de Algezira que el Moro tomó y la echó por el suelo de manera tal que jamás se volvió á reedificar: debiéralo de hacer en venganza de las muchas vidas de moros que aquella ciudad costára. Demas desto el Rey tenia necesidad de volver á Castilla para proveer todavia de dineros con que pagar los soldados estraños, y despachar á Beltran, que en esta sazon era solicitado del Rey de Aragon para que pasase en Cerdeña á castigar la gran deslealtad del juez de Arborea Mariano, que de nuevo andaba alzado en aquella isla, y tenia ganados muchos pueblos, y se entendia aspiraba á hacerse señor de toda ella. Habia enviado el Rey de Aragon contra él á don Pedro de Luna señor de Almonacir, el qual sin embargo que tenia parentesco de afinidad con Mariano, por estar casado con doña Elfa parienta suya, le apretó réciamente en los principios, y puso brevemente en tanto estrecho que por no se atrever á esperar en el campo, aunque tenia mayor exército que el Aragones, se encerró dentro los muros de la ciudad de Oristan. Túvole don Pedro cercado muchos dias; y como quier que por tener en poco al enemigo, en sus reales faltase la guarda y vigilancia que pide la buena disciplina militar, el juez que estaba siempre alerta, y esperaba la ocasion para hacer un notable hecho, salió repentinamente con su gente, y dió tan de rebato sobre sus enemigos, y con tan grande presteza que primero vieron ganados sus reales, presos y muertos sus compañeros, que supiesen qué era lo que venia sobre

ellos. Finalmente fue desbaratado todo el exército, y muerto el general don Pedro de Luna, y con él su hermano don Philipe. Pasados algunos dias, Brancaleon Doria, que en estas revoluciones seguía la parcialidad del señor de Arborea, quier por algun desabrimiento que con él tuvo, quier con esperanza de mayor remuneracion se reconcilió con el Rey: con que alcanzó no solamente perdon de los delitos que tenia cometidos, sino tambien favores y mercedes. Poco tiempo despues el juez de Arborea forzó á la ciudad de Sacer, que es la mas principal de Cerdeña, á que se le rindiese: con que se perdió tanto como fue de provecho reducirse al servicio del Rey de Aragon un señor tan poderoso é importante como era Brancaleon. Estuvo entonces esta isla á pique de perderse: para entretenerla lo mejor que ser pudiese mientras el Rey iba á socorrella, envió allá por capitan general á don Berenguel Carroz conde de Quirra: fuera desto con grandes promesas solicitó á Beltran Claquin quisiese pasar en Cerdeña y tomar á su cargo aquella guerra. Era muy honroso para él que los príncipes de aquel tiempo le hacían señor de la paz y de la guerra, y que tenia en su mano el dar y quitar reynos. Estaba para conceder con los ruegos del Rey de Aragon, quando otra guerra mas importante que en aquella coyuntura se levantó en Francia, se lo estorbó, y llevó á su tierra. Los pueblos del ducado de Guiena se hallaban muy fastidiados y querellosos del gobierno de los ingleses, que les echaron un intolerable pecho que se cobraba de cada una de las familias; esto para restaurar los excesivos gastos que el Rey Eduardo hiciera en la entrada de su hijo el príncipe de Gales en España quando restituyó en su reyno de Castilla á don Pedro. Llevaron muy mal esta carga los guieneses, y lamentaban la opresion y

servidumbre: mas les faltaba cabeza que los favoreciese y acaudillase, que no gana de rebelarse. No tenian otro príncipe mas á propósito á quien se entregar, que el Rey de Francia: avisáronle de su determinacion, y suplicáronle tuviese lástima de aquel noble estado que en otro tiempo fue de su corona, y al presente le tenian tiranizado y en su poder sus capitales enemigos. Pareció al Frances que era esta buena ocasion para pagarse de lo que los ingleses hicieron en la batalla de Potiers. Por esto holgó con la embaxada, y los animó y confirmó en su propósito: prometióles de encargarse de su defensa; que les exhortaba no dudasen de echar de su tierra los presidios de los ingleses, que él los socorrería con un buen exército. Animáronse con esto los guieneses: los primeros que arbolaron banderas y tocaron caxas por Francia, fueron los de Cahors. El Rey visto que ya estaba rompida la guerra, y que para empresa de tan gran riesgo é importancia le faltaba un prudente y experimentado capitan de quien se pudiese fiar, juzgó que Beltran Claquin era el mejor de los que podia escoger, y el que con mas amor y lealtad le serviria. Con este acuerdo le envió á llamar á España: juntamente rogó al Rey de Navarra le fuese á ayudar en esta guerra. Determinóse el Navarro de pasar á Francia, dado que á la sazon tenia en Aragon á Juan Cruzate dean de Tudela para que tratase de confederalle con aquel Rey. Dexó en Navarra por gobernadora del reyno á la Reyna doña Juana su muger: y partido de España, se quedó en Chîreburg, una villa fuerte de su estado que está en Normandia. No se atrevió á fiarse del Rey de Francia por las antiguas contiendas que entre sí tuvieran: demas desto como hombre astuto queria desde alli estarse á la mira sin arriscarse en nada (propio de gente doblada) y visto en que

paraban estos movimientos, despues inclinarse á aquella parte de que con menos costa y peligro pudiese sacar mayor ganancia é interés. Procuraba el Rey de Francia amansar y sosegar la feroz é inquieta condicion del Navarro, por saber que muchas veces de pequeñas ocasiones suelen resultar irreparables daños y mudanzas notables de reynos: envióle con este fin una amigable embaxada con ciertos caballeros principales de su corte. Poco se hacía por medio de los embaxadores: acordaron de hablarse en Vernon, que es una villa asentada en la ribera del rio Seina ó Sequana en los confines de los estados de ambos Reyes. Concertaron en aquellas vistas que el Rey de Navarra dexase al de Francia las villas de Mante y Meulench, y el condado de Longavilla, que eran los pueblos sobre que tenian diferencia; y que el Rey de Francia diese en recompensa al Navarro la baronía y señorío de Mompellér; empero estas vistas y conciertos se hicieron mas adelante de donde ahora llega nuestra historia, que fue en el año de mil y trecientos y setenta y cinco. Volvamos á lo que se queda atrás, y lo que pasaba en Castilla.

CAPITULO XV.

Como murió don Tello.

Muy alegre se hallaba don Enrique con la victoria que alcanzó de su enemigo: su fama se estendia y volaba por toda Europa, como del que fundára en España un nuevo y poderoso reyno, bien que por estar rodeado de tantos enemigos no dexaba de ser molestado de varios y enojosos pensamientos. Representábasele que muchas veces un pequeño yerro suele estragar y ser ocasion que se pierdan poderosos estados.

Todos los buenos en Castilla le querian bien y se agradaban de su señorío: no era posible tenellos á todos contentos, forzosamente los que tenian recebidas algunas mercedes de don Pedro, ó por su muerte perdieron sus comodidades é intereses, defendian las partes del muerto, y les pesaba del buen suceso de don Enrique. Los portugueses tenian en este tiempo en Ciudadrodrigo una buena guarnicion de hombres de armas: dende hacían grandes daños en las tierras de Castilla, corrian los campos, robaban y quemaban las aldeas, con que los labradores, como mas sugetos á semejantes daños, eran malamente molestados. Para remedio de estos males y reducir á su servicio esta ciudad, que es de las mas principales de aquella comarca, el Rey con toda su hueste la cercó en el principio del año de mil y trecientos y 1370.
setenta. Pensaba hallaba desapercebida, y hacer que por fuerza ó de grado se la entregasen: hallóse en todo engañado, la ciudad bien prevenida, y se la defendieron valerosamente los portugueses, por donde el cerco duró mas tiempo de lo que el Rey tenia imaginado: la aspereza de aquel invierno fue grande, no pudo por ende el exército estar mas en campaña, y fue forzoso levantar el cerco é irse á Medina del Campo á esperar el buen tiempo. Tuvo cortes en aquella villa. Lo principal que dellas resultó, fue un gran socorro y servicio de dineros que los procuradores de las ciudades le hicieron para que acabase de allanar el reyno, por ser ya consumido lo que montaron los intereses que se sacaron de las monedas de cruzados y reales (que el año pasado se acuñaron y arrendaron) gastados en pagar sueldos y premiar capitanes, y en satisfacer su demasiada codicia. Debiásele á Beltran Claquin ciento y veinte mil doblas que le prometió don Enrique porque le entre-

gase en Montiel al Rey don Pedro, que para en aquella era fue una grandísima cantía. Dióle en precio de las setenta mil á don Jayme hijo del Rey de Mallorca y Rey de Nápoles, que era el rescate que la Reyna su muger señora riquísima tenia prometido: lo demas se le dió en oro de contado, y ultra de sus pagas le hizo el Rey merced de la ciudad de Soria, y de las villas de Almazan, Atienza, Montagudo, Molina y Seron. Con estas riquezas y grande estado que por su valor adquirió, ganada ultra desto una fama y gloria inmortal, se volvió á nuevas esperanzas que se le representaban en Francia. Maurello Fienno que era condestable de Francia, hizo dexacion del cargo; con que el Rey le proveyó á don Beltran: él con su valor reprimió los brios de los ingleses que abrasaban todo aquel reyno, y alcanzó dellos grandes victorias, unas con esfuerzo y otras con industria y arte, con que restituyó á su gente la honra y gloria militar perdída de tantos años atrás. En el mes de julio deste año se concordaron en Tortosa los aragoneses y navarros, y se aliaron: la voz era favorecerse los unos á los otros contra sus enemigos; en realidad de verdad no era otra cosa sino juntar sus fuerzas para hacer guerra á don Enrique. Fueron entonces restituidas por la Reyna de Navarra al Rey de Aragon las villas de Salvatierra y la Real, que antiguamente eran de aquel reyno: hicieron este acuerdo con los aragoneses don Bernardo Folcaut obispo de Pamplona, y Juan Cruzate dean de Tudela, á quien el Rey Carlos de Navarra al tiempo de su partida dexó por consejeros y coadjutores de la Reyna para la gobernacion del reyno. En Castilla consultaba el Rey á quál parte sería mejor acudir primero: resolvióse en enviar á Galicia á Pedro Manrique adelantado de Castilla, y á Pero Ruyz Sarmiento adelantado de Galicia, que

llevaron algunas compañías de hombres de armas y otras de infantería para defender aquella comarca de los portugueses, que se apoderáran de las ciudades de Compostella, Tuy, y del puerto de la Coruña: envió asi mismo á mandar á su hermano don Tello que él por su parte fuese á la defensa de aquella provincia. Despachados estos socorros para Galicia, y despedidas las cortes, partióse luego á Sevilla con la fuerza de su exército. A la verdad en el Andalucía era la mayor necesidad que se tenia de su persona, por la guerra que en ella hacían los moros, y estar todavia Carmona rebelada, y la armada de Portugal que por aquella costa hacía mucho daño, y tenia tomada la boca del rio Guadalquivir. Fueron en esta coyuntura muy á propósito las treguas que los maestres de Santiago y Calatrava asentaron con el Rey de Granada: recibió gran contento el Rey don Enrique con esta nueva, porque si en un mismo tiempo fuera acometido de tantos enemigos, parece que no tuviera bastantes fuerzas para podellos resistir á todos, dividido su exército en tantas partes. Traían los portugueses en su armada diez y seis galeras y veinte y quatro naves: mandó el Rey en Sevilla echar veinte galeras al agua, que no se pudieron poner todas en orden de navegar por falta de remos y xarcias, que los tenian dentro de Carmona por orden del Rey don Pedro que las mandó alli guardar para quitar la navegacion á Sevilla, si se intentase rebelar. Por esto hizo venir de la costa de Vizcaya otra armada de navíos y galeras, con que los castellanos quedaron tanto mas poderosos en el mar, que los portugueses no osaron esperar la batalla, antes perdídas tres galeras y dos navíos que les tomaron los contrarios, se volvieron desbaratados á Portugal. A este tiempo se hallaba menoscabada la flota portuquesa á causa que al-

gunas de las galeras eran idas á Barcelona á llevar á don Martin obispo de Ebora, y á don Juan obispo de Silves, y á fray Martin abad del monasterio de Alcobaza, y á don Juan Alfonso Tello conde de Barcelos, que iban por embaxadores para hacer alianza con el Rey de Aragon. Mediante la diligencia destos prelados y del conde se confederaron estos Reyes contra don Enrique en esta forma: que el reyno de Murcia y la ciudad de Cuenca, y todas las villas y castillos de aquella comarca fuesen para el Rey de Aragon, lo demas de Castilla quedase por el Rey de Portugal, como señor y Rey que ya se intitulaba de Castilla: item que para mayor firmeza desta avenencia tomase el Rey de Portugal por muger á la infanta doña Leonor hija del Rey de Aragon con cien mil florines de dote: conciertos que no tuvieron efecto por causa que el Rey de Portugal se embebeció en otros amores, y aun se casó de secreto con doña Leonor Tellez de Meneses hija de Alonso Tello hermano del conde de Barcelos; asi mismo el Rey de Aragon afloxó en lo tocante á la guerra de Castilla por el peligro en que tenia su isla de Cerdeña, que le traía en gran cuidado. Por estos dias en quince del mes de octubre murió en Galicia don Tello señor de Vizcaya: fue hombre de buenas costumbres y en todas sus cosas igual; padeció muchos trabajos, y al cabo vino á estar desavenido con el Rey su hermano. Díxose entonçes á la sorda que un médico de don Enrique, llamado Maestre Romano, le dió yerbas con que le mató: mentira que se creyó vulgarmente, como suele acontecer; lo cierto fue que murió de su enfermedad. Dió el Rey al infante don Juan su hijo el señorio de Vizcaya y de Lara, que era de su tio don Tello: estados que desde entonces hasta hoy han quedado incorporados en la corona real de Castilla. En-

terraron el cuerpo de don Tello en el monasterio de San Francisco de la ciudad de Palencia: el entierro y obsequias se le hicieron con grande pompa y magestad.

CAPITULO XVI.

De las bodas del Rey de Portugal.

De grande importancia fueron las treguas que tan á tiempo se hicieron con el Rey de Granada, y no de menor momento echar de la costa de Castilla la armada de los portugueses. Lo que restaba, era concluir el cerco de Carmona, que no solo importaba el ganarla por hacerse señor de una tan buena villa, sino tambien era de mucha consideracion, por lo que tocaba á todo el estado de la guerra quitar aquella guarida á todos los de la parcialidad de don Pedro, que necesariamente eran muchos, y los mas soldados viejos y muy exercitados en las armas. Determinóse pues el Rey don Enrique de echar á una parte el cuidado en que le tenia puesto esta villa: venida la primavera del año de mil y trecientos y setenta 1371.
y uno, llegó con todo su exército sobre Carmona y la sitió. Fue este cerco largo y dificultoso, y pasaron entre los cercados y los del Rey algunos hechos notables en las contínuas escaramuzas y rebatos que tenian: los de la villa peleaban con grande ánimo y valor, y muchas veces á la iguala con los que la tenian cercada: tan confiados, y con tan poco temor de sus enemigos, que de dia ni de noche no cerraban las puertas, ni jamás rehusaban la escaramuza, si los del Rey la querian; antes los tenian siempre alerta con sus contínuas salidas. Sucedió que un dia se descuidaron las centinelas por ser el hilo de mediodia: los soldados recogidos en sus tiendas por el

excesivo calor que hacía: advirtiéronlo desde la muralla los cercados, salieron de improviso de la villa, arremetieron furiosamente, ganaron en un punto las trincheas, y con la misma presteza sin detenerse corrieron derechos á la tienda del Rey para con su muerte fenecer la guerra. Dios y el apóstol Santiago libraron en este dia al Rey y al reyno; que estuvo muy cerca de suceder un gran desastre, si algunos caballeros visto el peligro no le acorrieran préstamente, y acudieran á entretener aquella furia é ímpetu de los enemigos hasta tanto que llegaron mas gente, con cuya ayuda despues de pelear gran rato con ellos dentro de los reales, los forzaron á que se retirasen á la villa tan mal parados, que no se fueron alabando de su osadía. El Rey visto que no podia ganar por fuerza esta villa, mandóla escalar una noche con gran silencio: subieron quarenta hombres de armas y ganaron una torre, pero como lo sintiesen las centinelas y escuchas, tocaron al arma: alborotáronse los de la villa primero por pensar que del todo era entrada; mas vueltos sobre sí; y cobrado esfuerzo, rebatieron los que subieran en la muralla: con el grande peso y priesa de los que baxaban, se quebraron las escalas, con que quedaron dentro de la villa presos los mas de los que estaban en la torre; venido el capitan Martin Lopez de Córdova, que aquella noche no se halló en la villa, sin ninguna misericordia los hizo matar: el Rey recibió desto grande enojo, y despues de tomada la villa vengó sus muertes con la de aquel que los mandára matar. Apretóse pues mas de alli adelante el cerco: no los dexaban entrar bastimentos. El capitan Martin Lopez de Córdova forzado de la hambre y necesidad se dió finalmente á partido; sin embargo, no obstante la seguridad que el maestre de Santiago le

dió (á quien se rindió) le mandó el Rey justiciar en Sevilla, sin respeto del seguro y palabra, á trueco de vengar el enojo y pesar que le hizo en matalle sus soldados. Vinieron á poder del Rey los tesoros y hijos inocentes de don Pedro para que pagasen con perpétua prision los grandes desafueros de su padre. Concluida esta guerra, el Rey don Enrique hizo que los huesos de su padre el Rey don Alonso, como él lo dexára mandado en su testamento, fuesen trasladados á Córdova á la capilla real que está detrás del altar mayor de la iglesia cathedral, do se veen dos túmulos, el uno del Rey don Alonso y el otro de su padre el Rey don Fernando, que tambien está en ella sepultado: aunque son humildes y de madera, no de mala escultura para lo que el arte alcanzaba en aquella era. A la sazon que el Rey don Enrique estaba sobre Carmona, tuvo nuevas como Pero Fernandez de Velasco le ganó la ciudad de Zamora y la reduxo á su servicio, echados della los portugueses, y que sus adelantados Pero Manrique y Pero Ruyz Sarmiento tenian sosegada la provincia de Galicia, ca vencieron en una batalla á don Fernando de Castro, que era el principal autor de las revueltas de aquella comarca, y el que mas se señalaba en favor de los portugueses; y asi perdída la batalla, se fue con ellos á Portugal. En un cuerpo muelle y afeminado con los vicios no puede residir ánimo valeroso ni esforzado, ni se puede en los tales hallar la fortaleza que es necesario para sufrir las adversidades. Quebrántose mucho el corazon del Rey don Fernando de Portugal con los malos sucesos que hemos referido tuvo en la guerra con don Enrique: asi oyó de buena gana los tratos de paz en que de parte del Rey de Castilla le habló Alfonso Perez de Guzman alguacil mayor de Sevilla, por cuya buena in-

dustria en primero de marzo se concluyeron las paces en Alcautin villa de Portugal con estas condiciones: que el Rey de Castilla le restituyese los pueblos que durante la guerra le ganára: que la infanta doña Leonor hija del Rey de Castilla casase con el de Portugal: el dote fuese Ciudadrodrigo y Valencia de Alcántara en Estremadura, y Monreal en Galicia. Tuvo el Portugues gran ocasion de ensanchar su reyno; mas todo lo pervirtieron los encendidos amores que tenia con doña Leonor de Meneses (como de suso se dixo) que pasaban muy adelante, y estaban muy arraygados por tener ya en ella una hija que se llamaba doña Beatriz. Esto le hizo mudar intento, y no efectuar el casamiento con doña Leonor infanta de Castilla. Envió á su padre una embaxada para desculparse de su mudanza, y para que le entregasen las villas y ciudades que él tenia de Castilla, en señal que queria ser su amigo. Aceptó don Enrique el partido y escusas de aquel Rey. En el entretanto él se casó públicamente con doña Leonor de Meneses: fueron padrinos don Alfonso Tello conde de Barcelos y su hermana doña María, tios de la novia hermanos de su padre: casamiento infeliz, y causa de grandes males y guerras que por su ocasion resultaron entre Portugal y Castilla. Antes que este matrimonio se efectuase, como entendiesen los ciudadanos de Lisboa lo que el Rey queria hacer, pesóles mucho dello, y tomadas las armas fueron con gran tropel y alboroto al palacio del Rey. Daban voces, y decian que si pasase adelante semejante casamiento, sería en gran menoscabo y desautoridad de la magestad del reyno de Portugal: que con él se ensuciaba y escurecia la esclarecida sangre de los Reyes. Mas el obstinado ánimo del Rey no quiso oir las justas querellas de los suyos, ni temió el pe-

ligro en que se metia; antes se salió escondidamente de Lisboa, y en la ciudad de Portu públicamente celebró sus bodas, mudado el nombre que doña Leonor tenia de amiga, en el de Reyna. Dióle un gran señorío de pueblos para que los poseyese por suyos, y mandó á los señores y caballeros que se hallaron presentes, le besasen la mano como á su Reyna y señora. Hiciéronlo todos hasta los mismos hermanos del Rey, excepto don Donis, el qual claramente dixo no lo queria hacer; de que el Rey se encolerizó de suerte que puesta mano á un puñal, arremetió á él para herille: libróle por entonces Dios: anduvo por el reyno escondido hasta que se pasó al servicio y amistad del Rey de Castilla. Desde entonces la nueva Reyna comenzó á mandar al Rey y al reyno, que no parecia sino que le tenia dados hechizos y quitádole su entendimiento: ella era la gobernadora por cuya voluntad todas las cosas se hacían. Los caballeros de la casa de los Vazquez de Acuña se fueron desterrados del reyno por miedo della, que estaba mal con ellos por la memoria de su primer casamiento, y porque ellos fueron los autores del alboroto de Lisboa. Por el contrario los parientes y allegados de doña Leonor fueron muy favorecidos del Rey, y les dió nuevos estados y dignidades: á don Juan Tello primo hermano de la Reyna, hijo del conde de Barcelos, dió el condado de Viana: á don Lope Diaz de Sosa su sobrino, hijo de su hermana doña María Tellez de Meneses, el maestrazgo de la caballería de Christus: á otros muchos sus deudos hizo otras mercedes muy grandes. El mas privado del Rey y de la Reyna era don Juan Fernandez de Andeyro, gallego de nacion, que en las guerras pasadas de la Coruña, de do era natural, vino á servir al Rey, y por esta causa le hizo conde

de Oren. Con este caballero tenia la Reyna mucha familiaridad, y estaba muchas veces con él en secreto y sin testigos, de que comunmente se vino á tener sospecha que era deshonesta su amistad; y públicamente se decia que los hijos que paría la Reyna, no eran del Rey, sino deste caballero. No se supo si esto era como se decia; que muchas veces el vulgo con sus malicias escurece la verdad, por ser los hombres inclinados á juzgar lo peor en las cosas dudosas, en especial quando se atraviesan causas de envidia y odio. En el fin deste año el Rey don Enrique tuvo cortes en Toro, en que por estar ya restituidos los pueblos que el Rey de Portugal tenia en Castilla (que fue una de las cosas con que él se hizo á los suyos mas odioso) se decretó que á la primavera se enviase exército á la frontera de Navarra para cobrar las ciudades y villas que las revoluciones pasadas los navarros usurparon en Castilla. Al arzobispo de Toledo don Gomez Manrique por sus muchos servicios dió el Rey la villa de Talavera, y en trueque á la Reyna cuya era aquella villa, la ciudad de Alcaráz que era del arzobispo, el qual adquirió tambien á su dignidad la villa de Yepes (1). Ordenóse en estas cortes, que los judíos y moros que habitaban en el reyno mezclados con los christianos, que era una muchedumbre grandísima, truxesen cierta señal con que pudiesen ser conocidos (2): mandóse tambien baxar el valor de las monedas de cruzados y reales, que diximos se acuñaron para del aprovechamiento é interés que se sacase dellas pagar los soldados estraños; no pareció que era bien por

(1) Petic. 2. Ordenacion 6.
(2) Ordenacion 4. fecha en Alcalá año 1370.

entonces consumillas por estar muy gastado el tesoro y hacienda real. En estas mismas cortes quisiera el Rey que se repartieran entre los señores los otros pueblos de las behetrías que no fueron de la caballería de San Bernardo. Decia el Rey que esta licencia que tenian aquellos pueblos de mudar señores, era de mucho inconveniente y causa de grandes escándalos y revueltas. Suplicáronle algunos grandes fuese servido de no hacer novedad en este caso por algunas razones que le representaron: á la verdad lo que principalmente les movía, no era el pro comun, sino su particular interés; asi se quedaron en el estado que antes. Despedidas las cortes, el Rey don Enrique envió su exército á Navarra como en ellas se acordára. Hízose la guerra algunos dias en aquel reyno. Despues se convino con la Reyna gobernadora que aquellos pueblos sobre que era la diferencia, se pusiesen en secreto y fieldad del Sumo Pontífice Gregorio XI. Lemosin de nacion, que fue en el principio deste año elegido por Papa en lugar de su antecesor Urbano V. Este Papa Gregorio ilustró asaz su nombre con la restitucion que hizo de la silla apostólica á su antiguo asiento de la ciudad de Roma. Entre los cardenales que crió, el primero fue don Pero Gomez Barroso arzobispo de Sevilla, que falleció el quarto año adelante en la ciudad de Aviñon. Era este prelado natural de Toledo, y los años pasados tuvo el obispado de Sigüenza. Dió asi mismo el capelo á don Pedro de Luna, aragones, hombre de negocios, y que con sus muchas letras esmaltaba la nobleza de su linage. Púsose en los conciertos que el legado del Papa, cuya venida de cada dia se esperaba, fuese juez de todas las diferencias y pleytos que tenian Castilla y Navarra. Tomó estos pueblos en fieldad un caballero navarro que se decia Juan

Ramirez de Arellano, muy obligado á don Enrique por la merced que le hizo del señorío de los Cameros en remuneracion del gran servicio con que le obligó, quando no le quiso entregar á los Reyes de Aragon y de Navarra en las vistas de Uncastel ó de Sos. Hizo este caballero juramento y pleyto homenage de tener estos pueblos en nombre de su Santidad, y de entregallos á aquel en cuyo favor se pronunciase la sentencia. Desta manera cesó por entonces la guerra entre Navarra y Castilla; sin embargo poco despues el Rey don Enrique fue á Burgos, y envió su exército á la frontera de Navarra, y contra lo capitulado se apoderó de Salvatierra y de Santacruz de Campezo. Hecho que algunos escusaron, y decian que lo pudo hacer porque como estas villas de su voluntad se dieron al de Navarra, asi él las podia ahora recebir que de su voluntad tomaban su voz, y se querian reducir á su servicio y obediencia. Logroño y Victoria ni por fuerza ni de grado quisieron por entonces mudar opinion, sino permanecer y tenerse por el Rey de Navarra.

CAPITULO XVII.

De otras confederaciones que se hicieron entre los Reyes.

Mayor era el miedo de la guerra que amenazaba de la parte del Rey de Aragon, enemigo poderoso, y que se tenia por ofendido. A muchas ocasiones que se ofrecian para estar mal enojado, se allegó otra de nuevo, esto es la libertad que se dió al infante de Mallorca don Jayme Rey de Nápoles contra lo que el Aragones deseaba, y tenia rogado por medio del arzobispo de Zaragoza que no le diese libertad por

ningun tratado que sobre ello le moviesen. Recelábase, y aun tenia por cierto que pretenderia con las armas recobrar á Mallorca como estado que fue de su padre. Por esta causa se trataron de aliar el Aragones y el duque Juan de Alencastre para quitar el reyno á don Enrique: intentos que se resfriaron por una muy reñida guerra que á esta sazon se encendió entre los franceses é ingleses. Al Rey de Aragon tenia eso mismo con cuidado la guerra de Cerdeña; ademas que se temia del infante de Mallorca no viniese con las fuerzas de Francia, do se hacían muchas compañías de gente de guerra, á conquistar el estado de Ruysellon: fama que corria hasta decirse cada dia que llegaba. El Papa Gregorio XI. deseoso de poner paz entre estos príncipes, envió á Aragon al cardenal de Cominge para que los concordase: venido, concertó se ratificase el compromiso que tenian hecho, y se pusieron graves penas contra el que quebrantase las treguas que para este efecto se concertaron en quatro dias del mes de enero del año de mil 1372.
y trecientos y setenta y dos. Todavia el Rey don Enrique por recelo que el Papa no favoreciese en la sentencia mas al Rey de Aragon que á él, entretuvo la conclusion mucho tiempo con dilaciones que buscaba y procurar otros medios para la concordia. En estos dias el mismo Rey de Castilla se puso sobre la ciudad de Tuy y la tomó, que la tenian por el Rey de Portugal Men Rodriguez de Sanabria y otros foragidos de Castilla. Envió otrosí en ayuda del Rey de Francia, para mostrarse grato de la que dél tenia recebida, doce galeras con su almirante Micer Ambrosio Bocanegra, capitan famoso y de ilustre sangre. El almirante juntado que se hobo con la armada de Francia, desbarató y venció la flota de los ingleses junto á la Rochela: tomóles todos sus baxeles que eran treinta y

seis navíos, prendió al conde de Peñabroch general de los ingleses y á otros muchos señores y caballeros, y les tomó una grandísima cantidad de oro que llevaban para los gastos de la guerra que querian hacer en Francia. Lo qual todo juntamente con el general y los prisioneros, que eran sesenta caballeros de espuelas doradas y de timbre, envió á Burgos al Rey don Enrique en señal de su victoria, que fue de las mas señaladas que en aquel tiempo hobo en el mar Océano. Deste Ambrosio Bocanegra primer almirante de Castilla decienden como de cepa los condes de Palma. La Rochela, que es una ciudad muy fuerte de Francia en Yantogne, y entonces se tenia por los ingleses, con esta victoria se entregó al Rey de Francia, á causa que los ciudadanos, perdída la flota de los ingleses, tomaron las armas y echaron fuera la guarnicion que tenian dentro de la ciudad: derribaron asi mismo un castillo que les labraron los ingleses, y levantaron banderas por Francia. Tenia el Rey de Aragon tres hijos en su muger la Reyna doña Leonor hija del Rey de Sicilia: estos eran el infante don Juan heredero del reyno, y don Martin y doña Costanza, la que arriba diximos casó con don Fadrique Rey de Sicilia. En el mes de junio deste año se celebraron las bodas del infante don Martin con la condesa doña María de Luna, única heredera del conde don Lope de Luna. Llevó en dote los estados de Luna y de Segorve, y el Rey padre dél le dió mas la baronía de Exerica con título de condado, y poco despues le hizo condestable del reyno. El infante don Juan desposó con doña Martha hermana del conde de Armeñaque con dote de ciento y cincuenta mil francos: deste matrimonio nació la infanta doña Juana que casó adelante con Matheo conde de Fox. En veinte y dos dias del mes de agosto á don Bernardino de Cabrera

nieto de don Bernardo de Cabrera, hijo de su hijo el conde de Osona que por este tiempo falleció, le restituyó el Rey el estado que era de su abuelo, excepto la ciudad de Vique con una legua en contorno. Túvose lástima á una nobilísima casa como esta, y al Rey y á la Reyna remordia la conciencia de la injusta muerte de tan gran señor y buen caballero como fue don Bernardo. Entre Castilla y Portugal se volvió á encender la guerra con mayor cólera y peligro que antes, por ocasion que los portugueses tomaron ciertas naves vizcainas que iban cargadas de hierro y acero, y de otras mercadurías de las que lleva aquella provincia. No se sabe qué fuese la causa por que los portugueses rompiesen la guerra. A los foragidos de Castilla que eran muchos, por ventura pesaba de la paz, y temian de ser en algun concierto entregados á su señor como se hiciera en tiempo del Rey don Pedro. Hallábase á la sazon el Rey don Enrique en Zamora: dende envió su embaxador á Portugal á que pidiese la restitucion de los navíos, emienda y satisfaccion de los daños, con orden de denunciarles la guerra, si no lo quisiesen hacer. Destos principios se vino á las armas. Don Alonso hijo bastardo del Rey de Castilla fue despachado para que diese guerra á Portugal por la parte de Galicia, y cercase á Viena: al almirante Bocanegra se dió orden que armase doce galeras en Sevilla, y fuese con ellas á correr la costa de Portugal. Tenia don Enrique buena ocasion para hacer alguna cosa notable por estar el Rey don Fernando mal avenido con los de su reyno. Por no perder esta oportunidad dexó en Zamora el carruage que le podia embarazar, y entró en Portugal poderosamente destruyendo los campos, robando los ganados, y quemando los lugares y aldeas que topaba. Tomó las villas de Almoyda, Panel, Cillorico y Linares.

Esto fue en los postreros dias deste año. En esto tuvo cartas del cardenal Guido de Boloña, que era llegado á Castilla por legado del Papa Gregorio á poner paz entre él y el Rey de Portugal. Envióle don Enrique á rogar le esperase en Guadalaxara, do quedó la Reyna. Replicóle el cardenal que no era justo estarse él quedo sin hacer diligencia en aquello para que el Papa le mandaba, que era estorbar la guerra que tan trabada veía: con esto se dió priesa á caminar hasta que llegó á Ciudadrodrigo con intento de hablar á ambos los Reyes. En el entretanto Portugal se abrasaba en guerra, y era miserablemente destruido, ca en principio
1373. del año de mil y trecientos y setenta y tres el Rey don Enrique tomó por fuerza de armas y forzó la ciudad de Viseo, que se entiende es la que antiguamente se llamaba Vico Acuario: de alli dió vista á la ciudad de Coimbra; no le pareció detenerse en cercalla, antes se determinó de ir en busca de su enemigo, que tenia nueva alojaba con su exército en Santaren. Quisiera mucho venir con él á las manos y darle la batalla; pero aunque llegó cerca del pueblo, no osó el Portugues salir de los muros por no tener suficiente exército para poder hacer jornada, ni tampoco se fiaba de la voluntad de sus soldados. Sabía que tenia á muchos descontentos; en particular su hermano don Donis se era pasado á Castilla por medio de Diego Lopez Pacheco caballero portugues, al qual en remuneracion de haber hecho lo mismo le hizo el Rey merced de Bejar. Este persuadió al infante don Donis, que vió andaba congoxado y desabrido, hiciese lo que él, y con esto se vengase de los agravios que de su hermano tenia recebidos. Visto pues que el Rey de Portugal esquivaba la batalla, el de Castilla pasó á Lisboa. Luego que llegó, se apoderó de los arrabales de la ciudad, que entonces no estaban cerca-

dos, en que los soldados pusieron fuego á muy ricos edificios: la parte alta de la ciudad que llamaban la villa, era fuerte y bien cercada, y tenia dentro gente valerosa que la defendió esforzadamente; que fue causa que don Enrique no la pudo ganar, pero quemó muchos navíos que surgian en el puerto, otros tomó el armada de Castilla que por mandado del Rey era alli venida: fueron muchos los cautivos que prendieron, y grande el despojo que se hobo. En este medio tiempo el cardenal legado no reposaba, hablaba muchas veces al un Rey y al otro, sin escusar ningun trabajo ni el riesgo en que ponia su salud con tantos caminos como hacía. Tanta diligencia puso, que en veinte y ocho dias del mes de marzo los Reyes y el legado se hablaron en el rio Tajo en una barca junto á Santaren, y se concertaron debaxo de las condiciones siguientes: que el Rey de Portugal dentro de cierto término que señalaron, echase de su reyno los foragidos de Castilla, que serían como quinientos caballeros: que los pueblos tomados por ambas las partes en aquella guerra, se restituyesen: que doña Beatriz hermana del Rey de Portugal casase con don Sancho hermano del Rey de Castilla y conde de Alburquerque; y doña Isabel hija natural del mismo Rey de Portugal casase con don Alonso conde de Gijon hijo bastardo del Rey don Enrique. Estas fueron las condiciones con que se hicieron las paces: el Rey don Fernando dió ciertos rehenes para seguridad que cumpliria lo capitulado. Celebráronse luego en Santaren las bodas de don Sancho y de doña Beatriz: doña Isabel se puso en poder del Rey don Enrique; que á causa de su edad de solos ocho años no podia efectuarse el matrimonio. Compuestas en esta forma las diferencias que estos príncipes tenian, hechos amigos se partieron de Santaren: el Rey don Enri-

que volvió toda la fuerza de la guerra contra Navarra, y con su exército fue á la ciudad de Santo Domingo de la Calzada para entrar por aquella parte. Intervino tambien el legado apostólico entre estos Reyes, y por su medio se concordaron. El Rey de Navarra restituyó al de Castilla las ciudades de Logroño y Victoria: demas desto se concertaron desposorios entre doña Leonor hija de don Enrique y don Carlos hijo del Rey de Navarra, y que se diesen al Navarro ciento y veinte mil escudos de oro pagados á ciertos plazos por razon de la dote, y en recompensa de lo que tenia gastado en la fortificacion y reparos de los dichos pueblos que entregó al de Castilla. Viéronse los Reyes en Briones, villa que está á los mojones de los dos reynos: alli se hicieron los desposorios de los dos infantes don Carlos y doña Leonor, y por prenda y mayor firmeza destas paces el Rey de Navarra envió á Castilla al infante don Pedro que era el menor de sus hijos, para que se criase en ella. Quando el Rey de Navarra volvió de Francia en España, halló que don Bernardo obispo de Pamplona y Cruzate dean de Tudela, los que arriba diximos dexó por coadjutores de la Reyna para lo tocante al gobierno, no habian administrado las cosas como era razon y eran obligados: indignóse mucho contra ellos, tanto que de miedo se ausentaron fuera del reyno: el dean fue por asechanzas muerto en el camino, sospechóse que por mandado del Rey: el obispo fue mas dichoso, que tuvo lugar de huirse en Aviñon; de alli pasó á Roma con el Papa Gregorio, y murió en Italia sin volver mas á España. Tales fines suelen tener los que no corresponden á la confianza que dellos hacen los príncipes, aunque tambien es verdad que muchas veces en los reynos se peca á costa y riesgo de los que gobiernan, sin culpa ninguna suya;

esto especialmente acontece quando los Reyes son fieros é implacables, como se refiere lo era el Rey Carlos de Navarra.

CAPITULO XVIII.

De las paces que se hicieron con el Rey de Aragon.

Despedidas las vistas de Briones, y asentada la esperanza de la paz de España, el Rey de Castilla se fue al reyno de Toledo, y el de Navarra se tornó á su reyno: dende envió á la Reyna su muger á Francia para que aplacase y satisfaciese aquel Rey, que estaba malamente airado contra él por entender hobiese persuadido á ciertos hombres que le diesen yerbas, los quales fueron presos, y convencidos del delito pagaron con las cabezas. El Navarro, partida su muger, fue en persona á la villa de Madrid para tratar con el Rey don Enrique que dexase la parte de Francia, y favoreciese á los ingleses: que si pagaba lo que el Rey don Pedro debia al príncipe de Gales del sueldo que él y sus soldados ganaron quando vinieron á Castilla á restituille en el reyno, el Rey de Inglaterra y sus hijos el príncipe y el duque de Alencastre se apartarian de la demanda del reyno de Castilla, y de los demas derechos que contra él pretendian. Respondió el de Castilla que en ninguna manera desampararia al Rey de Francia ni dexaria su amistad, ca tenia muy en la memoria el grande amparo que halló en él quando salió huido de Castilla; todavia si ellos hiciesen paces con Francia, que de muy buena gana entraria á la parte, y satisfaria con dineros á los ingleses quanto señalasen los jueces que para arbitrarlo se podrian nombrar de conformidad. Con tanto el Navarro sin alcanzar lo que pretendia, se volvió á Pamplona,

don Enrique partió para el Andalucía. Siguióse otra pretension y demanda de una buena parte de Castilla. La condesa doña María hija de don Fernando de la Cerda y de doña Juana hermana de don Juan de Lara el Tuerto, en Francia casára con el conde de Alanzon nobilísimo señor de la sangre real de Francia, de quien tenia muchos hijos: envió un embaxador á pedir al Rey le mandase entregar los estados de Vizcaya y Lara, que por ser hija de doña Juana de Lara y ser muertos todos los que la precedian en derecho, le pertenecian. Venido el Rey del Andalucía á Burgos, se trató en aquella ciudad este negocio, que tuvo muy apretados al Rey y á su consejo: por una parte parecia que esta señora pedia razon en que se le admitiese su demanda y se le hiciese justicia; por otra era cosa dura, y de que podian resultar grandes daños, enagenar dos estados de los mas grandes y mas ricos de Castilla, y ponerlos en poder de franceses. Despues de muchas consultas y acuerdos respondió el Rey con artificio á la condesa holgaria volviesen estos estados á su casa, á tal que le enviase para dárselos dos hijos que se quedasen á vivir en su corte: que Vizcaya y Lara eran tan grandes señoríos, que era forzoso á los Reyes de valerse muchas veces del servicio de los señores que los poseían, y por esta causa no podian dexar de residir dentro del reyno. Con esta aparencia de buen despacho, y de venir en lo justo, fue despedido el embaxador; mas bien se entendió que no le daban nada, por ser cosa cierta que ninguno de cinco hijos que tenia la condesa, aceptaria la oferta del Rey, como ninguno lo aceptó. Los tres poseían en su tierra tres grandes condados, de Alanzon, Percha y Estampas, y no se quisieron desnaturalizar de su patria, en que eran ricos y poderosos: los otros dos eran prelados, y no podian heredar estados seculares. Por el

mes de octubre deste año Baltasar Espinula ginoves vino á Aragon con embaxada de los ingleses para confederarse con aquel Rey contra el de Castilla: prometíanle en caso que se ganase aquel reyno, las ciudades de Murcia, Cuenca, Soria, y todas las villas adyacentes á ellas. El de Aragon, oida esta demanda, como era sagaz y de grande ingenio no hizo caso destas ofertas por tener en mas la amistad del Rey don Enrique, que en aquella sazon era tenido por famoso capitan, muy poderoso por lo mucho que sus vasallos le querian, y le caía muy cerca de sus estados: ademas que era mucho de temer tomar por enemigo al que tenia tanta noticia de las cosas de Aragon, y en aquel reyno muchos aficionados que ganára el tiempo que anduvo en él huido; y aun en Aragon se tenia entendido que Dios con particular providencia le puso de su mano en aquel reyno, y le quitó á su contrario. Muchos asi mismo se amedrentaban por señales que se vieron en el cielo, en especial un gran temblor de tierra que por el mes de febrero sucedió en el condado de Ribagorza, con que se hundieron muchos pueblos. Los supersticiosos interpretaban que por aquella parte amenazaba algun gran desastre al reyno. Dióse á esto mas crédito porque en los confines de Ruysellon se vian ya juntas muchas compañías de hombres de armas franceses, que tenia asoldadas el infante de Mallorca para hacer guerra en aquel estado. En fin los pretensos de los ingleses salieron vanos, y por medio de don Luis duque de Anjou se comenzó á tratar con mucho calor la paz entre Aragon y Castilla. Vino el duque á Carcasona con deseo de efectuar estas amistades, por miedo que tenia, si las discordias se continuaban, no se apoderasen de España los ingleses capitales enemigos de Francia. Enviáronse á Aragon embaxadores sobre este hecho:

pedia don Enrique que la infanta doña Leonor hija del Rey de Aragon, que estaba prometida á su hijo el infante don Juan, le fuese entregada. No rehusaba el Aragones de hacer cosa tan justa, si don Enrique le entregase aquellas ciudades que le tenia prometidas. Escusaba él de darlas: alegaba que no tenia obligacion á cumplirle aquella promesa, pues no solo no le ayudó quando andaba huido y desterrado, antes hizo liga contra él con su cruel enemigo. Finalmente se concordaron de dexar sus diferencias en mano del legado el cardenal Guido de Boloña, que fue al presente mas dichoso que antes en hacer las paces entre los españoles. En el tiempo que estas cosas se trataban en Aragon, en quince de octubre el Papa Gregorio XI. confirmó la regla de los monges, que comunmente en España se llaman frayles de San Gerónimo, cuyo instituto es aventajarse á las demas religiones en guardar con gran paciencia una estrecha y loable clausura, y ocuparse los dias y las noches con suavísimo canto y dulce melodía en perpétuas alabanzas de Dios: ha crecido mucho en España esta religion, y poseen muchas y muy ricas casas de magníficos y sumptuosísimos edificios. El hábito destos religiosos es las túnicas y lo interior de lana blanca, las capas de paño buriel. Dieron principio á esta santa religion ciertos ermitaños italianos, que encendidos con el deseo de servir á Nuestro Señor hicieron su habitacion en un lugar apartado cerca de la ciudad de Toledo, en que al presente está el monasterio de aquella orden llamado de la Sisla, del nombre de una aldea que alli estaba antiguamente. Creció la opinion de su santidad; con que tomaron su modo de vivir y se le juntaron algunos hombres principales, que fueron Fernando Yañez, capellan mayor de los Reyes viejos y canónigo de la santa iglesia de Toledo, y don Alonso

Pecha obispo de Jaen que renunció su obispado, y su hermano Pedro Fernandez Pecha camarero que fuera del Rey don Pedro. El primer monasterio que se fundó debaxo destas constituciones y regla, fue junto á la ciudad de Guadalaxara, encima de un pueblo que se llama Lupiana, en una ermita que les dió este mismo año el arzobispo don Gomez Manrique. Despues por la magnificencia de los Reyes y otros señores de Castilla se han edificado otras muchas casas. Los años adelante salió tambien desta religion la de los Isidorianos, ó Isidros. En el mes de diciembre, como quier que no se concertásen las paces entre los Reyes de Castilla y de Aragon, se hicieron treguas hasta el dia de Pentecostés Pascua de Espíritu Santo: asentaron estas treguas los procuradores destos Reyes, que fueron por el de Aragon don Juan conde de Ampurias su primo hermano y yerno, ca estaba casado con doña Juana hija del Rey, y por el de Castilla Juan Ramirez de Arellano señor de los Cameros. En el año de mil y trecientos y setenta y quatro Juan 1374.
duque de Alencastre con un grueso exército pasó al puerto de Cales llamado Iccio por los antiguos, que está en los Morinos, provincia de la Gallia Bélgica. Juntóse con él Juan de Monforte duque de Bretaña que andaba en deservicio del Rey de Francia, y favorecia á los ingleses por estar casado con una hermana del de Alencastre. Entraron estos príncipes con sus gentes en el Artoes y Vermandoes: hicieron gran estrago en los campos, villas y aldeas que topaban, y hartos ya de los robos y muertes con que dexaron asoladas aquellas provincias, enderezaron su camino al ducado de Guiena; y pasado el rio Ligeris, llamado hoy Loire, llegaron á Burdeos con pensamiento de entrar en España y conquistar el reyno de Castilla. Enviaron sus embaxadores á los Reyes de Aragon y

de Navarra para que les asistiesen y ayudasen; mas el Aragones y el Navarro eran prudentes y sagaces: no quisieron por una esperanza incierta de interés ponerse en un peligro cierto de ser destruidos, sino como muchos hombres suelen hacer, les pareció sería mejor estarse á la mira, y tomar el partido conforme las cosas se encaminasen. El Rey don Enrique avisado de la tempestad que sobre él venia, estaba con gran cuidado. Acudió á Burgos para resistir y juntar sus gentes de todas las partes del reyno, y hacer de nuevo otras muchas compañías. Llamó particularmente á los soldados viejos, cuyo valor tenia experimentado en las guerras pasadas. Acudieron al tanto todos los grandes con gran deseo de servir y acompañar á su Rey. Los mismos que en las revueltas pasadas le fueron contrarios, en esta ocasion le querian recompensar, y con su diligencia y alegria dar ciertas muestras del amor y lealtad con que le servian: de suerte que los que de antes andaban divisos en bandos y parcialidades, visto el riesgo que corrian de ser señoreados por estraños, se juntaron en una conformidad para defender su patria y su libertad; verdad es que en diez y nueve de marzo sucedió en aquella ciudad un gran desastre que causó en todos gran pesar y tristeza, esto es que el conde de Alburquerque don Sancho hermano del Rey por apaciguar una revuelta que se levantó entre sus soldados y los de Pero Gonzalez de Mendoza sobre las posadas, sin ser conocido, por ser la refriega de noche, fue herido en el rostro con una lanza por un hombre de armas, de que desde á un rato murió. Alborotóse el Rey como era razon por la muerte tan desgraciada de su hermano, pero no hizo demostracion por suceder acaso y por ignorancia. La condesa doña Beatriz muger del muerto quedó preñada, y parió á doña Leonor que casó con el infante

don Fernando adelante Rey de Aragon. Despues que el Rey don Enrique tuvo junto su exército, partió de Burgos, y cerca de la villa de Bañares hizo alarde: halló que tenia mil y docientos caballos y cinco mil infantes, todos gente escogida, y que con su valor suplian el pequeño número, y estaban prestos para acudir á la parte que fuese menester. Amenazaba esta hueste principalmente asi á los de Aragon porque ya espiraban las treguas, como á los ingleses de Francia, de quienes se tenian nuevas sordas que no pasaban ya en España, porque su exército se hallaba muy menoscabado y menguado, á causa que Philipo duque de Borgoña, y un famoso capitan llamado Juan de Viena, que era almirante de Francia, vinieron en pos dellos, y por todo el camino les hicieron grandes daños; que de treinta mil combatientes que eran, casi no llegaban á seis mil quando entraron en Burdeos. Ofreciase buena ocasion de hacer alguna cosa notable, y echar á los ingleses de toda Francia: parecia que ya la fortuna y buena dicha de la guerra los desamparaba, y favorecia á los franceses. Luis duque de Anjou escribió al Rey don Enrique que juntasen sus fuerzas y cercasen á Bayona, ciudad de los antiguos Tarbellos. Decia que esto importaba mucho para ganar reputacion, si diesen á entender que eran poderosos no solamente para defenderse de sus enemigos, sino tambien para irles á hacer guerra dentro de su casa. Con esto animado el Rey don Enrique pasó á Bayona, y la cercó en los postreros del mes de junio; mas como sobreviniesen muchas aguas, que impedian las labores que se hacían para combatir la ciudad, y faltasen bastimentos, que por ser muy estéril la provincia de Vizcaya de que se proveían, bastecia mal el exército, cansados todos con estas descomodidades, levantaron el cerco y se volvieron á Castilla; asi mismo

el duque de Anjou no pudo venir, como tenia prometido, por estar ocupado en el cerco de Montalvan. Sirvió muy bien en esta jornada al Rey don Enrique Beltran de Guevara señor de la villa de Oñate y de la casa de Guevara; y á la venida de Bayona en remuneracion de sus servicios le hizo merced del valle de Leñiz con su acostumbrada largueza en hacer dádivas: cosa que puso en necesidad á los Reyes sus decendientes de reformallas. En el mes de agosto el infante de Mallorca entró por el condado de Ruysellon con un grande y poderoso exército, con el qual las fuerzas de los aragoneses no se pudieran igualar, si se hubiera de hacer jornada y dar la batalla. Prevaleció en este aprieto la buena dicha de Aragon, que en esta entrada no hizo el infante cosa notable mas de desbaratar algunas banderas de enemigos con muy poco provecho suyo, y llevar alguna presa de hombres y de ganados. Los que en esta entrada del infante padecieron mayores daños, fueron los del condado de Urgel. Por otra parte el señor de Bearne y Jofre Recco Breton, que tenian muchos pueblos y vasallos en Castilla, sea por orden del Rey don Enrique, ó de su propio motivo, hicieron entrada en los campos de Borgia, y molestaron con guerra toda su tierra combatiendo algunas villas, destruyendo y abrasando las aldeas, labranzas, rozas y heredades de aquella comarca. En estos dias el Rey de Aragon envió á Inglaterra á Frances de Perellos vizconde de Roda á pedir ayuda al duque de Alencastre, y á convidalle se confederase con él; y como este embaxador con recio temporal corriese fortuna y aportase á la costa de Granada, fue preso por mandado del Rey moro, y encarcelados los mercaderes catalanes en venganza de que Pedro Bernal, capitan de unas galeras de Aragon, pocos dias antes tomára una nave del Rey

de Granada que enviaba á Tunez con ciertos recados suyos: pretendia el Moro otrosí en prender estos aragoneses hacer placer al Rey de Castilla, cuyos enemigos eran. Con tantos desastres y malos sucesos, qué podian hacer los de Aragon? de quién valerse? qué ayudas podian buscar? El Rey don Enrique pretendia sanar al Rey de Aragon, y no destruir al que con su ayuda fue parte para que él llegase á la cumbre de alteza en que al presente se veia: con este fin envió otra vez á Barcelona por embaxadores á Juan Ramirez de Arellano y al obispo de Salamanca para que hiciesen paz con él. En tres de noviembre deste año en el castillo de Evreux en Normandia murió doña Juana Reyna de Navarra, por cuyas lágrimas muchas veces su hermano el Rey de Francia perdonó grandes ofensas que su marido le tenia hechas. Al presente en esta ida que hizo á Francia, como quier que hallase cerradas las orejas del hermano, recibió tan grande pena, que della le sobrevino una dolencia que la acabó. Su cuerpo sepultaron en el monasterio de San Dionysio entre los Reyes sus antepasados: hiciéronle las obsequias con real pompa y aparato. Su marido dió nuevas ocasiones para que con mucha razon el pueblo le aborreciese, porque persiguió con muertes, destierros y confiscaciones de bienes á los parientes y allegados de aquellos que en las revueltas y calamidades de aquel tiempo siguieran el partido de sus enemigos. Si estos castigos él los hiciera en las personas de los que le ofendieron, pudiérale escusar el dolor de la ofensa y el deseo de la venganza; mas pagaban los inocentes por los culpados. Sobre los trabajos que hemos referido que padecia el reyno de Aragon con las guerras, le vino otro muy mayor de una gran hambre que en este año padeció toda aquella provincia; mas algun tanto se remedió con trigo que se truxo de Africa.

Fuéles por otra parte provechosa esta hambre porque compelidos de ella se fueron del reyno sus enemigos. En Castilla asi mismo, do pasaron los franceses á buscar mantenimientos, luego en principio del año de
1375. mil y trecientos y setenta y cinco murió de enfermedad su capitan el infante de Mallorca don Jayme Rey de Nápoles: enterraron su cuerpo en la ciudad de Soria en el monasterio de San Francisco. Acompañó en esta guerra al infante su hermana doña Isabel, que estaba casada con el marques de Monferrat, animada de la esperanza que tenia de vengar las injurias que el Rey su padre recibió del Rey de Aragon. Esta señora, muerto su hermano, se hizo cabeza, y debaxo de su conducta se volvió el exército de los franceses á sus casas. En aquella tierra renunció ella y cedió los derechos paternos que tenia contra la casa de Aragon en Luis duque de Anjou hermano del Rey de Francia; de que se recrecieron nuevos pleytos y debates en sazon que las paces entre los Reyes de Castilla y de Aragon se concluyeron por intervencion y diligencia de la Reyna de Castilla doña Juana, que para este efecto fue á la villa de Almazan: por parte del Rey de Aragon se hallaron alli el arzobispo de Zaragoza y Ramon Alaman de Cervellon. En doce dias del mes de abril se concluyeron y firmaron las paces con estas condiciones: que la infanta doña Leonor, que antes estaba otorgada al infante don Juan, le fuese entregada para que se celebrase el matrimonio: en dote le señalaron docientos mil florines, que al Rey don Enrique dió prestados el Rey de Aragon en los principios de las guerras civiles: que Molina se restituyese al de Castilla, que á ciertos plazos contaria al de Aragon ciento y ochenta mil florines por los gastos de la guerra. La nueva desta concordia, que se entendia sería por muchos tiempos, se festejó en ambos

reynos con parabienes por la paz, y grandes banquetes que se hicieron, juegos, fiestas y alegrias por la esperanza que tenian, que despues de tantas tempestades y guerras se seguiria en toda España la quietud y sosiego por tanto tiempo deseado, y la luz clara se les mostraria despues de una escuridad tan larga y tan espesas tinieblas.

CAPITULO XIX.

Algunos casamientos de príncipes.

Fue este año dichoso no solamente para España, sino tambien para todo el mundo y toda la christiandad á causa que Gregorio XI. Pontífice Máximo, honra de los Papas, dexado Aviñon, donde estuvo la silla apostólica por espacio de setenta años, la restituyó al sagrado asiento y casa de sus antecesores, y se fue á residir lo que le restaba de vida á la santa ciudad de Roma: varon verdaderamente grande y digno de loa inmortal. Las grandes revoluciones de Italia no sufrian la ausencia de los Papas. La vírgen santísima Catharina de Sena, de quien hay doce cartas escritas á Gregorio, fue la que principalmente le movió á tomar este saludable consejo contra lo que sentian algunos cardenales. Decíale con un zelo santo y eloqüencia del cielo que en cosa tan claramente conveniente, y que á él solo tocaba, no tomase acuerdo con nadie, sino que usase de su propio arbítrio y parecer. Beltran Claquin por haber ganado grandes honras en Francia, y acrecentado su estado con el condado de Longavilla, vendió en esta sazon al Rey don Enrique la ciudad de Soria, y las villas de Atienza y Almazan y los demas pueblos que le diera en Castilla, por precio de docientas y sesenta

mil doblas, que para aquel tiempo fue una suma asaz grande: la mayor parte le pagó en veinte y seis prisioneros nobilísimos de los que prendió la armada de Castilla en la batalla de la Rochela; por el dinero restante le dió en rehenes á un hijo de don Juan Ramirez de Arellano, llamado como su padre, por estar el tesoro del Rey tan gastado que no se pudo contar de presente. Para celebrar las bodas de los infantes de Castilla y de Navarra se escogió la ciudad de Soria por estar en los confines de ambos reynos; y por hallarse en lugar tan acomodado para ello quiso el Rey don Enrique hacer juntamente las bodas de ambos hijos como lo tenia concertado. A la infanta doña Leonor truxeron de Aragon á Soria Lope de Luna arzobispo de Zaragoza y el embaxador Cervellon con gran acompañamiento de señores y caballeros de aquel reyno. Vino otrosí á esta ciudad á celebrar su matrimonio el infante don Carlos hijo del Rey de Navarra. Hízose el casamiento de doña Leonor hija de don Enrique en veinte y siete dias del mes de mayo. Túvose respeto en dar el primer lugar al infante de Navarra por ser huésped. En diez y nueve dias del mes de junio se veló el de Castilla don Juan con su esposa doña Leonor. Todo estaba lleno de juegos, fiestas y regocijos no solo en Soria, sino en todo lo demas de España, por la esperanza que los hombres tenian concebida de una larga paz y estable felicidad. En estos dias vinieron nuevas que don Fernando de Castro hermano de doña Juana de Castro, el que diximos que el año pasado se fue á Portugal, murió en Inglaterra. Tenia esperanzas de volver á Castilla, y ser restituido por las armas en su patria. Súpose otrosí que Fernando de Tovar, capitan entre los de aquel tiempo de la fama, con la armada de Castilla hizo grandes daños en la

costa de Inglaterra destruyendo, robando, quemando y asolando muchos pueblos y campos, rozas y labranzas de aquella isla. De Soria concluidas las fiestas se pasó el Rey don Enrique á Burgos: príncipe esclarecido en las demas naciones, y en su reyno bien quisto. Tenia intento por el favor que halló en Francia, de acudirla con todas sus fuerzas contra los ingleses, y pagalles el bien que della recibió, á la sazon que don Alonso su hijo conde de Gijon con ligereza juvenil, mudado de voluntad acerca del casamiento con doña Isabel hija del Rey de Portugal, por no efectuarle se fue á Francia y á la Rochela por mar; mas el Rey su padre le hizo venir desde á pocos dias. En los postreros dias deste año falleció don Gomez Manrique arzobispo de Toledo. Juntáronse en su cabildo los canónigos de aquella iglesia para elegir sucesor: no se concordaron, antes divididos los votos, los unos eligieron á don Pedro Fernandez Cabeza de Vaca dean de la misma iglesia, los otros nombraron á don Juan García Manrique sobrino del difunto, que era hijo de su hermano el adelantado Garci Fernandez Manrique, y de arcediano de Talavera le pasáran primero á ser obispo de Orense, y despues de Sigüenza: favorecia á este el Rey con grandes veras, porque era afin y allegado de don Juan Ramirez de Arellano. El arzobispo difunto avisó á su muerte que no eligiesen en su lugar al dicho su sobrino porque era inquieto, sino al dean: acudieron al Papa Gregorio para que determinase estas diferencias; él no teniendo por canónica ninguna de las dos elecciones, dió el arzobispado á don Pedro Tenorio, y de la iglesia de Coimbra cuyo obispo era, le pasó á la de Toledo: varon de muchas prendas, letras y erudicion. En Italia y Francia anduvo peregrinando y desterrado: es-

tudió en Tolosa y Aviñon y Perosa: en el estudio de Boloña tuvo por maestro á Baldo famoso jurista, y él mismo leyó derechos en Roma. Fue hombre de grande prudencia por el uso y experiencia que tenia de muchos negocios, de grande pecho y valor, aventajado entre los hombres mas señalados de aquel tiempo. Fue arcediano de Toro en la iglesia de Zamora, su padre Juan Tenorio comendador de Estepa y trece de la orden de Santiago: su madre doña Juana está enterrada en la colegial de Talavera: sus hermanos Juan Tenorio y Melendo Rodriguez anduvieron con él desterrados en tiempo del Rey don Pedro; su hermana doña María Tenorio casó con Fernan Gomez de Silva, cuyo hijo Alonso Tenorio fue adelantado por su tio de Cazorla. Murieron por estos dias algunos varones principales de Navarra, en particular don Rodrigo Urriz, señor rico y de grande autoridad, fue por mandado de su Rey preso y degollado en la ciudad de Pamplona en los últimos dias
1376. de marzo del año de mil y trecientos y setenta y seis. Causáronle la muerte unos tratos mal encubiertos que traía con el Rey de Castilla: era fama se queria pasar á él, y entregalle los castillos de Tudela y Caparroso; yo sospecho que sin razon y falsamente se creyó esto, porque no es verisimil quisiese turbar aquel caballero tan presto la paz que se acababa de asentar. Don Bernardo Folcaut obispo de Pamplona murió en siete de julio en Italia en la ciudad de Anagnia donde vivia desterrado de su iglesia: la libertad, gravedad y autoridad deste prelado le hicieron odioso á su Rey, ó por haberse mal gobernado, como arriba queda apuntado. Fue elegido en su lugar don Martin Calva doctísimo en ambos derechos pontificio y cesáreo, y tenido por tan eminente que muchos le igualaban á Baldo tan famoso letrado y excelente

en aquella facultad. Don Fadrique Rey de Sicilia falleció en Mecina á veinte y siete dias del mes de julio: dexó por heredera del reyno y de los ducados de Athenas y de Neopatria á su hija doña María, de que resultaron nuevas esperanzas, y á muchos príncipes se les dió materia de diferencias y debates sobre la pretension del casamiento desta infanta, y codicia del reyno de Sicilia. Amenazaban otrosí nuevas pretensiones y revoluciones; en particular á los aragoneses se les presentó buena ocasion de dilatar y ensanchar sus estados.

LIBRO DÉCIMOOCTAVO.

CAPITULO PRIMERO.

Del scisma que hobo en la iglesia.

Gozaba por estos tiempos España de paz y quietud á causa del parentesco y afinidad con que los Reyes (aunque diferentes en leyes, lenguas, costumbres y pretensiones) estaban entre sí en muchas maneras y con diversos casamientos trabados; demas que se hallaban cansados con las guerras de antes, tan pesadas y tan largas. Parecia que la paz asentada duraria por mucho tiempo. Con los moros por ser diferentes en la secta y creencia no podia intervenir matrimonio, ni asentar con ellos amistad que fuese firme y durable; pero tenian concertadas treguas. Al duque de Alencastre de cada dia se le regalaban mas sus esperanzas y pensamiento que tuvo de apoderarse de Castilla, asi por la universal concordia de los príncipes de España, como porque en Francia de nuevo se emprendió una muy reñida guerra, con que tro-

cada la fortuna y mudada en contrario, los ingleses hasta alli vencedores comenzaban á caer de su prosperidad. La fama y nombradía del Rey don Enrique volaba por todo el mundo, por haber conquistado un reyno tan poderoso como es el de Castilla. Tenia en su mano la paz y la guerra como el á quien todos los demas acudian. Concluidas pues y sosegadas las guerras, volvió su pensamiento á asentar las cosas de la paz y del gobierno, castigar insultos, que con la ocasion de la guerra tomáran mucha licencia. Procuraba restituir las buenas y ancianas costumbres de los pasados, fortalecer las villas y ciudades, aumentar el bien comun y mirar por él con todas sus fuerzas. Solo Aragon en esta sazon no estaba sin algun trabajo y nuevas sospechas de guerra, porque como arriba hemos dicho Luis duque de Anjou, á quien don Jayme príncipe mallorquin traspasó su derecho del reyno de Mallorca, tomó esta empresa por suya y la quiso llevar adelante. Juntó cortes el Rey en Monzon, donde se trató de la defensa desta guerra. Hiciéronse para juntar dinero nuevas imposiciones, mas solamente sobre los judíos y moros que en aquel reyno vivian, por contradecir los señores y pueblos que sobre la otra gente se echasen pechos ni derramas de nuevo; bien que decian estaban prestos, segun costumbre de sus antepasados, á voluntad del Rey de tomar á su costa las armas por la defensa y libertad de su patria. Hiciéronse levas, alistóse y juntóse mucha gente, y aparejáronse todas las demas cosas necesarias para acudir aquella guerra peligrosa, y la mas grave que por aquel tiempo hobo. Hay fama que se armaron quarenta galeras en las marinas de Francia, y se juntaron quatro mil hombres de armas; y hechas las paces con los ingleses, como se entendia las asentarian por la grande instancia que sobre ello

hacía el Sumo Pontífice, temian mucho en Aragon no viniesen y revolviesen en su daño todas las fuerzas de Francia. Llegóse á esto un nuevo temor de guerra por cierta ocasion ligera y no de mucho peso, como quier que á veces de pequeñas centellas, si con tiempo no se acorre, se suelen emprender grandes fuegos. La cosa pasó asi. Habia el obispo de Siguenza don Juan García Manrique ido á seguir su pretension sobre el arzobispado de Toledo por dificultades que sus contrarios sobre su eleccion ponian, delante del Sumo Pontífice: iba en su compañía don Juan Ramirez de Arellano. A la vuelta en Barcelona delante del Rey de Aragon el vizconde de la Rota mozo brioso le desafió y le llamó de traydor, porque sin embargo de tantas mercedes como habia del Rey de Aragon recebido poco antes, movió á don Jayme el mallorquin á que viniese sobre Aragon. El Rey daba muestras de favorecer el partido del vizconde por estar muy sentido de don Juan, no por alguna culpa, sino por la mucha cabida que tenia con el Rey de Castilla, y porque usaba mucho de su buen consejo. Aceptóse el riepto: señalóse el plazo para de allí á noventa dias. El Rey don Enrique tomó este agravio y negocio de su privado por suyo: tratóse por terceros de alzar aquel desafio y desbaratalle; mas por estar el Rey de Aragon por el vizconde no se efectuó. Avisó el Rey de Castilla desque supo el caso, que era contento combatiesen; mas que para seguridad del campo acordaba enviar tres mil caballos. Era esto en buenas palabras denunciar la guerra á Aragon: por tanto aquel Rey desistió de su intento, que fue acuerdo no menos prudente que saludable y á todos cumplidero. En Brujas, mercado muy famoso de los estados de Flandes, se juntaron con seguridad bastante para tratar de paces entre Francia é Inglaterra

el duque de Anjou y el de Borgoña con los duques de Alencastre y el de Yorch ingleses de nacion: acudieron asi mismo á aquella junta por el Rey de Castilla Pedro Fernandez de Velasco su camarero mayor, y don Alonso Barrasa obispo de Salamanca. Su intento era que con los demas le comprehendiesen en aquella confederacion y alianza que pensaban asentar: no se pudo concluir cosa alguna, si bien se procuró con todo cuidado. Ni en aquella junta, ni en la
1377. que despues el año de mil y trecientos y setenta y siete se tuvo en Boloña la de Francia, ciudad asentada sobre el mar no lexos de Brujas y de los estados de Flandes, no se pudo efectuar lo que tanto se deseaba. La nueva que á deshora llegó de la muerte del Rey de Inglaterra Eduardo Sexto, que avino á los diez de julio, desbarató todas estas pláticas y las esperanzas que comunmente tenian. Falleció asi mismo poco antes que su padre, su hijo mayor que se llamó tambien Eduardo príncipe de Gales; por donde quedó por heredero del reyno Ricardo nieto deste Rey, é hijo del príncipe, como su abuelo lo dexó dispuesto en su testamento, que se cumplió enteramente, si bien el niño quedaba en edad de once años, y tenia tios que pudieran hacer alguna contradiccion, pero no quisieron; que fue un exemplo notable de modestia y de nobleza, en especial en tiempos tan estragados y revueltos. Despedida que fue aquella junta, el duque de Borgoña con grande acompañamiento y repuesto vino á España, por voto que tenia hecho de visitar en Galicia personalmente el cuerpo del glorioso apóstol Santiago. Cumplido su voto y su devocion, antes que diese la vuelta para sus estados, se vió en Segovia con el Rey don Enrique: fue tratado con todo género de regalo y cortesía, como era razon y justo con tal huésped se hiciese. Lo de-

mas del estío pasó el Rey en Leon, el invierno tuvo en Sevilla. Todo el aparato de guerra que en Francia se hacía, revolvió en daño del Rey de Navarra y de sus tierras, de quien los franceses estaban gravemente sentidos por las cosas que el tiempo pasado en su perjuicio hiciera. Hallábanse á la sazon en Normandia los infantes de Navarra don Pedro y doña María, que en el viage de Francia acompañaron á la Reyna su madre, para con su tierna edad mover á compasion al Rey de Francia su tio para que templase la saña que contra su padre tenia. Con el mismo intento pasó otrosí á Francia don Carlos hijo mayor de aquellos Reyes, si bien nuevamente desposado con la infanta de Castilla doña Leonor que dexó en casa de su padre, y su suegro no aprobaba esta jornada que hizo. Dióle el padre por acompañado á Balduino, famoso capitan, que tenia á su cargo muchas fortalezas y plazas de Normandia, y á Jaques de la Rua su muy privado, y que por el mismo caso tenia mucha mano en el gobierno. A este dió orden en puridad que se viese con el Ingles, y le significase como él estaba presto de tomar las armas contra Francia, si viniese en dalle como en feudo el ducado de Guiena. Poco secreto se guarda en las casas de los Reyes. Tuvo el Frances aviso de todas estas tramas y trazas: echó mano del dicho Rua, púsole á qüestion de tormento, y como confesase lo que se le preguntaba, le condenaron á muerte que se executó en París. A Balduino mandaron entregase las fortalezas que en Normandia se tenian por su Rey, y para ello declarase las contraseñas y cifra con que los alcaydes entendiesen era aquella su voluntad y determinacion. Al infante don Carlos primer heredero de Navarra mandaron no saliese fuera de aquella corte: á sus hermanos don Pedro y doña Maria pusieron presos y arrestaron en Bre-

tol. Las tierras que en Francia dexaron al Navarro sus antepasados, muchas y muy buenas, lo de Evreux y las demas ciudades, fuerzas y plazas en un punto se las quitaron, parte por fuerza, otras por concierto. Con este revés tal y tan grave, qual en aquel tiempo ninguno mayor, quedaron castigadas las demasías y pretensiones de aquel Rey. Los caudillos en aquella guerra y empresa fueron demas de Beltran Claquin los duques de Borbon y de Borgoña. Solos dos pueblos no se sabe por qué causa quedaron en Francia por el Navarro: demas destos Chêrebourg, que tenia en su poder el Ingles empeñado por cierta quantía de dinero que le prestó los años pasados, y para seguridad de la amistad que entre sí tenian asentada. El Frances no contento con esta satisfaccion no dexaba de solicitar al Rey don Enrique para que por su parte hiciese entrada en Navarra, que por ir tan de caida sus cosas no podria aquel Rey hacelle contraste. Nunca los príncipes dexan pasar ocasiones semejantes, y el de Castilla se conocia muy obligado al de Francia; pero era necesario buscar algun buen color para romper con el que era su deudo, amigo y aliado. Ofreciósе una ocasion acaso, que le pareció bastante. Quexábase el Navarro que el dinero que concertaron de contalle en la confederacion y asiento que tomára con Castilla, y debian pagalle todo en oro, parte le dieron en plata, moneda baxa de ley, y que llevaba liga demasiada. Acuñaban la moneda por estos tiempos muy baxa, que era la causa de concertar en los contratos la suerte en que se debian hacer las pagas. Para satisfacerse deste agravio sobornaba á Pedro Manrique adelantado de Castilla, y gobernador que era de Logroño, le entregase aquella plaza, con grandes ofertas que le hacía, si venia en lo que le importunaba. El adelantado como caballero leal avisó á su Rey

de lo que pasaba. La respuesta fue que le cebase con buenas esperanzas, y con color de querelle entregar aquella ciudad le metiese en el lazo, y le echase mano. Hízolo asi: vino el Navarro acompañado de quatrocientos de á caballo, de los quales envió parte al pueblo para apoderarse dél; que por recelarse de algun trato doble él no se aseguró de entrar. Acertólo: los que envió, luego que estuvieron dentro, fueron presos y despojados, excepto algunos pocos que con ánimo varonil se pusieron en defensa y pudieron escapar. Entre los demas se señaló de muy valiente Martin Enriquez alferez real, que con la espada desnuda se defendió de gran número del pueblo que cargaron sobre él, y por salvar á sí y el estandarte (como lo hizo) se arrojó de la puente en el rio Ebro que por debaxo pasa. Destos principios se vino á rompimiento y á las puñadas. El Rey don Enrique nombró por general de aquella guerra á su hijo el infante don Juan, que rompió por las tierras de Navarra, taló los campos, hizo presas de hombres y de ganados, tomó á la Guardia y á Viana, quemó á Larraga y Artaxona. El odio con que peleaban era implacable, á ninguna cosa perdonaban, en que el fuego y la espada se pudiesen emplear. Mucho padecian los navarros, pues en un mismo tiempo eran forzados á sustentar la guerra contra dos Reyes muy poderosos, sin ser bastantes para contrastar al uno solo, á su grandeza y poder. Esto pasaba el año que se contó de Christo de mil y trecientos y setenta y ocho: alegre 1378.
para Castilla, para las demas naciones de la christiandad aciago. Hallábase el Rey de Castilla en Burgos, presto para acudir á las cosas de la guerra, y alegre por las buenas nuevas que le venian de Navarra. Junto con esto celebraba en aquella sazon y ciudad las bodas de sus hijos. Don Alonso conde de

Gijon su hijo bastardo estaba concertado con doña Isabel hija otrosí fuera de matrimonio del Rey de Portugal: era el conde mozo liviano y mal inclinado; huyóse con color de no quererse casar, hízole su padre volver del camino, y finalmente se efectuó el matrimonio. Concertó asi mismo otras dos hijas bastardas que tenia, con los dos hijos de don Alonso de Aragon conde de Denia y marques de Villena: la mayor por nombre doña Juana casó luego con don Pedro el hijo menor, cuyos hijos fueron el famoso don Enrique de Villena y don Alonso. Doña Leonor la menor quedó desposada con don Alonso á la sazon ausente, y en poder de ingleses por prenda del rescate que su padre concertó quando á él mismo le prendieron en la batalla de Najara: bodas que por entonces se dilataron por esta causa, y despues nunca se efectuaron. Concertáronse otrosí desposorios de doña Beatriz hija legítima del Portugues con don Fadrique hijo bastardo del Rey de Castilla. En Roma falleció el Papa Gregorio XI. á los veinte y siete de marzo. Hechas las honras al difunto como es de costumbre, se juntaron en cónclave los cardenales para nombrar sucesor. Acudieron los senadores y la nobleza romana para suplicalles no desamparasen á Roma, ni se volviesen á Francia; que pues la iglesia era Roma, nombrasen Pontífice de aquella ciudad: las menguas y revueltas pasadas los moviesen á compasion de la que era cabeza de la christiandad, orígen y albergo de toda santidad. Juntaban con los ruegos amenazas: que el pueblo estaba tan alterado, que con razon se podria temer no se descomidiese y resultase algun grave escándalo. Hallábanse en el cónclave quatro cardenales italianos, y trece franceses; los intentos, trazas y voluntades de todo punto diferentes y contrarias. La vocería y estruendo del pue-

blo los atemorizaba y aun enfrenaba, que con las armas en la mano decia á gritos: Por Dios crucificado dadnos Pontífice romano, á lo menos italiano. Con esto á los nueve de abril salió por Papa Bartholomé Butillo neapolitano, arzobispo de Bari: en el pontificado se llamó Urbano VI. Entre el ruido y regocijo del pueblo algunos cardenales se retiraron al castillo de San Angel, otros se salieron fuera de la ciudad, los mas se fueron á sus casas. Quexábanse de la fuerza y ponian dolencia en la eleccion; pero todos de comun consentimiento sea por estar mudados de voluntad, sea por conformarse con el tiempo, se hallaron á la coronacion del nuevo Papa, que se hizo á los diez y ocho de abril, que fue el principal fundamento en que estribó la defensa de Urbano en el scisma gravísimo que luego resultó; porque si fueron forzados, qué les movió á volver á Roma y hallarse á la coronacion? y si de voluntad eligieron, qué desvarío retratar con daño comun y tan grave lo que una vez aprobaron? Alegaban que los caminos estaban tomados, y todos los pasos con guardas de soldados: color y capa que tomaron, como á la verdad no pudiesen llevar la severidad del nuevo Pontífice, mayor por ventura que podian llevar tiempos tan estragados. Urbano tambien se pudiera templar algun tanto de suerte que la gente no se alterára, acomodarse á lo presente, y desear lo mejor para adelante. Luego al principio de su pontificado quitó el gobierno de la Campania á Honorato Cayetano conde de Fundi: ocasion qual deseaban los cardenales mal contentos para intentar novedades y alterar la paz de la iglesia, que con achaque de los grandes calores y el cielo de Roma mal sano se salieron de Roma, y por diversos caminos se juntaron en Fundi. En esta ciudad á los diez y nueve de setiembre nombraron por Papa á Roberto

cardenal de Ginebra con nombre de Clemente VII. que fue dar principio al scisma, y á los debates entre los dos Pontífices, y á las descomuniones y censuras que el uno contra el otro fulminaron. El Papa Urbano para suplir el colegio y consistorio en un dia crió veinte y nueve cardenales de diversas naciones, varones todos señalados. Clemente se partió luego para Aviñon con harta duda de la christiandad sobre quál fuese el verdadero Papa. Los italianos, los alemanes y los ingleses seguian al Papa Urbano: los franceses y los escoceses á Clemente; los españoles al principio estuvieron neutrales y á la mira, si bien de la una y de la otra parte les hacian gran instancia con embaxadas para que se declarasen.

CAPITULO II.

De la muerte del Rey don Enrique.

En el mismo tiempo que la república christiana se comenzaba á turbar con el scisma de dos Pontífices, que se continuó por largos años, los portugueses gozaban de una larga y grande paz; quanto á lo demas las cosas de aquel reyno no se podian hallar en peor estado. La Reyna apoderada del Rey mas de lo que fuera razon. La fama de su honestidad no tal, ni tan buena. Decian tenia puestos los ojos y la aficion en don Juan Fernandez de Andeyro conde de Uren. A sus parientes y aliados solamente se daban los cargos y gobiernos; la demas nobleza por el mismo caso estaba descontenta y perseguida, ó de callada, ó al descubierto. Amenazaba alguna gran tempestad, por cuyo miedo el infante don Donis hermano de aquel Rey se retiró á Castilla, como queda dicho de suso. Poco despues hizo lo mismo el infante

don Juan su hermano. A don Juan hermano de los mismos, aunque bastardo, y maestre de Avis, pusieron en prision, y le amenazaron de muerte: él como prudente acordó disimular y acomodarse al tiempo, y con algunos servicios y muestras de dolor aplacar el ánimo irritado de la Reyna. En Lisboa cabeza de aquel reyno se fortaleció con muros la parte mas baxa de aquella ciudad, que remata con el mar. Hizo esto el Rey don Fernando asi por el daño que por alli se recibió los años pasados, como para pertrecharse y apercebirse para todo lo que pudiese suceder. Los dos Pontífices no se descuidaban en solicitar por sus legados á los Reyes de España para que se declarasen. El de Aragon todavia se quiso estar neutral, bien que sentido en particular del Pontífice Urbano que trataba de desposeelle de Cerdeña y de Sicilia: todavia no dió lugar que en su reyno se leyesen los edictos que Clemente contra él fulminaba. Solo proveyó que las rentas eclesiásticas y aprovechamientos que pertenecen al Papa, se pusiesen en tercería en poder de un depositario, que las tuviese de manifiesto, hasta tanto que la iglesia determinase á quién se debia acudir con ellas. Los legados de Urbano enviados al Rey don Enrique, le hallaron en Córdova, do era ido para proveer á las cosas del Andalucía. Pedian en nombre del que los enviaba, que le tuviese por verdadero Pontífice y declarase á su competidor por falso, elegido contra los cánones y derecho. Oyólos benignamente; pero antes de resolverse en negocio tan grave acordó juntar en Toledo las personas mas señaladas del reyno para determinar lo que se debia responder. Hallábase en aquella ciudad el infante don Juan su hijo de vuelta de la guerra, y con intento de pasar el invierno en aquellas partes. Acudieron embaxadores del Rey de Francia, que vi-

nieron á hacer las partes de Clemente. Hízose la junta, los obispos, los ricos hombres y letrados que en ella se hallaron, habido su acuerdo, finalmente respondieron no tocaba á ellos el juicio y determinacion de aquella controversia, mas que estaban prestos de seguir lo que la iglesia en el caso determinase, y en el entretanto las rentas y proventos pertenecientes al Papa estarian guardados para el que ella juzgase era verdadero Papa. Con esta respuesta se volvieron los
1379. embaxadores el año de mil y trecientos y setenta y nueve. Don Enrique se fue de alli á Burgos, donde estando apercibiendo las cosas necesarias para la guerra de Navarra, le vinieron embaxadores de parte de aquel Rey, hombres muy principales, con muy cumplidos poderes para hacer conciertos de paz, que se asentó finalmente con estas condiciones: que saliesen de Navarra todos los soldados ingleses: que para mayor seguridad veinte fuerzas, y entre ellas fuesen las tres Estella, Tudela y Viana, por diez años tuviesen guarnicion de castellanos: que el Rey de Castilla para ayuda de los gastos hechos en equella guerra prestase al de Navarra hasta en cantidad de veinte mil ducados luego que se firmasen las paces. Concluido el concierto, los dos Reyes se vieron en Santo Domingo de la Calzada. Llevaron gran repuesto y á porfia pretendia cada qual aventajarse en todo género de grandeza, cortesía y comedimiento. El Rey de Granada por el mismo caso se recelaba no revolviesen las fuerzas de los christianos en daño suyo. Acusábale su conciencia por lo que hizo en tiempo del Rey don Pedro en su ayuda: no se persuadia estuviese el Rey don Enrique olvidado, ni que le faltase voluntad de tomar de todo emienda. Las fuerzas no eran bastantes, si se venia á rompimiento y á las puñadas. Acordó valerse de arte y de maña. Persuadió á un moro que

con muestra de huir de Granada se pasase á Castilla, y procurase dar la muerte al Rey. El moro era sagaz como la pretension lo pedia: procuró ganar la gracia del Rey, ya con servicios á propósito, ya con ricas joyas y preseas que le presentaba. Entre los demas presentes le dió unos borceguies á la morisca muy vistosos y primos; pero inficionados de veneno mortal. Asi lo atestiguan autores muy graves: conseja á que dió crédito la dolencia que desde que se los calzó, le sobrevino, que en diez dias le acabó en la misma ciudad de Santo Domingo; su muerte fue domingo á los veinte y nueve del mes de mayo. Bien es verdad que autores mas atentos y graves testifican falleció del mal de gota. Vivió quarenta y seis años y cinco meses: reynó despues que se llamó Rey en Calahorra trece años y dos meses. Varon de los mas señalados, y príncipe en la prosperidad y adversidad constante contra los encuentros de la fortuna, de agudo consejo y presta execucion, y que el mundo le puede llamar bienaventurado por la venganza que tomó de las muertes de su madre y de sus hermanos con la sangre del matador, y con quitalle de la cabeza la corona. Exemplo finalmente con que se muestra que la falta del nacimiento no empece á la virtud y al valor, y que si enfrenára sus apetitos deshonestos en que fue suelto, pudiera competir con los Reyes antiguos mas señalados. La franqueza demasiada de que algunos le tachan, desculpa asaz la revuelta de los tiempos, y la codicia de los nobles, que no se dexaban grangear sino á precio de grandes y excesivas mercedes; ademas que estaba puesto en razon hiciese parte de los premios de la victoria á los que se la ayudaron á ganar y se hallaron á los peligros y trabajos. Todavia en su testamento corrigió en gran parte esta liberalidad con excluir de la herencia de

aquellos estados que dió, á los deudos transversales, y admitir solamente á los decendientes, hijos y nietos: traza con que gran parte de los pueblos que por esta causa se enagenaron, y de las donaciones Enriqueñas, han vuelto á la corona real. Hallóse á su muerte don Juan Manrique obispo de Sigüenza: con él comunicó sus cosas, y nombradamente con él envió á don Juan su hijo los avisos siguientes: que en el scisma que corria, no se inclinase fácilmente á ninguna de las partes: traxese siempre ante sus ojos el santo temor de Dios y el amparo de su iglesia: conservase con todas las fuerzas y con toda buena correspondencia la amistad de Francia, de donde les vino en sus cuitas el remedio: pusiese en libertad todos los cautivos christianos: procurase buenos ministros y criados, que son el todo para gobernar bien, advirtióle empero, que de tres raleas y suertes de gentes que se hallaban en el reyno, los que siguieron su parcialidad, los que al Rey don Pedro, y los que se mantuvieron neutrales, á los primeros conservase las mercedes que él les hizo, mas que de tal suerte se fiase dellos, que se recelase de su deslealtad y inconstancia: á los segundos podria cometer qualesquier oficios y cargos, como á personas constantes, y que procurarian recompensar con sus buenos servicios las ofensas pasadas, y hacer con toda lealtad y cuidado lo que les encomendase: á los terceros mantuviese en justicia, mas no les encargase cuidado alguno, ni gobierno del reyno, como á personas que mirarian mas por sus particulares, que por el pro comun. Llevaron su cuerpo de aquella ciudad en que falleció, á la de Burgos: acompañóle su hijo don Juan ya Rey. Depositáronle en el sagrario de la iglesia mayor en la capilla de Santa Cathalina; las honras le hicieron con real aparato y toda muestra de

magestad. De alli le pasaron á Valladolid, y al fin del mismo año á una capilla que se labró á costa del Rey en Toledo en aquella parte de la iglesia mayor que estaba junto á la torre principal, en que por tradicion de padres á hijos se tiene por cierto que puso los pies la sagrada Vírgen quando baxó del cielo para honrar á su siervo Ilefonso. Esta capilla en tiempo del Emperador don Carlos se pasó á otra parte, donde al presente estan enterrados los cuerpos deste Rey, de su hijo y nieto que le sucedieron, y de las Reynas sus mugeres en seis sepulcros de obra curiosa y prima, cada una con su letrero. Asisten en esta capilla, y en ella celebran los oficios treinta y seis capellanes, con muy buenas rentas, que para sustentarse les señalaron y tienen. Mandóse sepultar con el hábito de Santo Domingo por el amor y devocion que él tenia á la memoria de aquel Santo su pariente; de cuyo orden tenian otrosí costumbre los Reyes de tomar confesor. Murió tambien por aquel tiempo el Rey moro, á quien sucedió Mahomad, llamado por sobrenombre el de Guadix por la curiosidad que tuvo de hermosear y engrandecer aquella ciudad. Este por haber tenido el reyno con quietud y sin alteraciones civiles puede ser tenido por mas aventajado y dichoso que todos sus antepasados. El Rey de Aragon aunque viejo y anciano se tornó nuevamente á casar: tomó por muger á Sibyla Fortia, que era una dama viuda de gran hermosura, por la qual la prefirió al casamiento con que le convidaban de Juana Reyna de Nápoles. Tuvo dos hijos deste casamiento que murieron en su tierna edad, y una hija llamada Isabel que adelante casó con el conde de Urgel.

CAPITULO III.

De como comenzó á reynar el Rey don Juan.

El Rey don Juan, concluido el enterramiento y honras de su padre, recibió en Burgos en las Huelgas la corona del reyno en edad que era de veinte y un años y tres meses. Juntamente con él se coronó su muger la Reyna doña Leonor. Armó caballeros á cien mancebos, la flor de la caballería, con las ceremonias que se acostumbraban en aquel tiempo. Demas desto aquella nobilísima ciudad, por los gastos que en tal solemnidad le fue necesario hacer, y en premio de su bien probada lealtad, le hizo donacion de la villa de Pancorvo. Teníanse cortes en aquella ciudad en que se establecieron muchas cosas (1): una, que el clérigo de menores órdenes casado pechase; pero que si fuese soltero, como traxese abierta la corona y hábito clerical, gozase del privilegio de la iglesia. Fueron grandes las alegrías y fiestas que se hicieron por todo el reyno por la coronacion del nuevo Rey, tanto con mayor aficion y voluntad quanto mas confiaban que el hijo saldria semejable á su padre en todo género de virtud y caballería, porque era de noble condicion, dócil ingenio, apacibles costumbres, y un alma compuesta y inclinada á todas obras de piedad; no de precipitado ó arrebatado juicio, sino inclinado á oir el ageno: era baxo de cuerpo, pero en su aspecto representaba magestad. Luego que tomó el cuidado del reyno, lo primero en que puso mano, fue en señalarse por amigo de los franceses; y asi hizo poner luego á punto una armada,

---

(1) Pet. 16. Concil. Triden. ses. 23. de ref. cap. 6.

y enviarla contra Juan de Monforte duque de Bretaña, á quien por el favor que daba á los ingleses, aquel Rey y su consejo le dieron por enemigo de la corona de Francia, y con público pregon adjudicaron sus bienes y estado al fisco real. Corrió la armada toda la costa de Bretaña, y en ella ganó una fuerza que llaman Gayo. El Rey pasó en Burgos lo restante del estío. Esta pública alegriá dos cosas que acontecieron, la una la aguó algo, y la otra la aumentó. La primera fue que un judío llamado Joseph Pico, muy principal entre los suyos y muy rico, fue muerto por engaño y envidia de su misma gente. Era este recogedor general de las alcabalas reales y tesorero, por donde vino á tener gran cabida y autoridad con todos. Algunos de su nacion, judíos hombres principales (no se sabe por qué) le tenian mala voluntad, y con este odio dieron traza de matalle. Para esto por engaño sin entender el Rey lo que hacia, ganaron una provision real en que mandaba fuese luego muerto: cogieron de presto al verdugo real ó inducido con el mismo engaño, ó sobornado con dineros, lo qual se puede sospechar, pues tan de rebato usó de su oficio. Acudieron á la casa de Joseph que estaba bien seguro de tal caso, en que de improviso le acabaron. Conocido el engaño, se hizo justicia de los culpados, y se le quitó á esta nacion la potestad que tenia y el tribunal para juzgar los negocios y pleytos de los suyos: desorden con que habian hasta alli disimulado los Reyes por la necesidad y apretura de las rentas reales, y ser los judíos gente que tambien saben los caminos de allegar dinero. Materia de contento extraordinario fue el hijo que nació al Rey en Burgos á los quatro de octubre, sucesor que fue y heredero de sus estados: su nombre don Enrique por memoria de su abuelo, y para que remedase su valor y virtu-

des. En fin deste año y principio del siguiente, que
1380. se contó de mil y trecientos y ochenta, las lluvias fueron grandes y contínuas en demasía: salieron con las avenidas de madre los rios, rebalsaron los campos y las labradas y sembrados, en particular el rio Ebro cerca de Zaragoza rompió los reparos y tomó otro camino, de guisa que para hacerle volver á su curso se gastó mucho trabajo y dinero. De Burgos pasó el Rey á Toledo, ciudad en que de nuevo hizo las honras de su padre, y puso su cuerpo como queda dicho en su sepulcro de asiento. Partió para el Andalucía con intento de acudir á la ayuda de Francia contra los ingleses. Armó en Sevilla veinte galeras, con que el almirante Fernan Sanchez de Tovar que iba por general, costeadas las riberas de España y de Francia, no paró hasta llegar á Inglaterra, y por el rio Támesis arriba dar vista á la ciudad de Lóndres cabeza de aquel reyno, con gran mengua y cuita de aquella gente y ciudadanos, que veían la armada enemiga á sus puertas, talados sus campos, quemadas sus alquerías y casas de campo sin poderlo remediar. La discordia entre los Pontífices andaba mas viva que nunca: castigo de los muchos pecados del pueblo y de las cabezas. El mayor daño y que hacía mas incurable la dolencia, que cada qual de las partes tenia sus valedores, personas en letras y santidad eminentes hasta señalarse con milagros. Qué podia con esto hacer el pueblo? qué partido debia seguir? Ardía el Pontífice Urbano en un vivo deseo de tomar emienda de la Reyna de Nápoles causadora principal de aquel scisma, ca si no fuera con su sombra no acometieran los cardenales á executar lo que hicieron. Para atender á esto con mayores fuerzas y mas de propósito hizo paces con florentines y perusinos, y otros pueblos que no le querian reconocer homenage y andaban alborotados. Convidó

á Carlos duque de Durazo á pasar en Italia con intencion que le dió y promesa de hacelle Rey de Nápoles. Este Carlos estaba casado con Margarita su prima hermana, hija que fue de su tio Carlos duque de Durazo: marido y muger eran bisnietos de Carlos Segundo Rey de Nápoles, como queda deducido de suso. Aceptó las ofertas del Pontífice, ayudóle con gente y dinero Ludovico Rey de Hungría por el odio que tenia contra la Reyna, por la muerte que dió á su marido Andreaso hermano del Húngaro. Demas desto la soltura desta Reyna en materia de honestidad era muy conocida. La grandezá y la fama de los príncipes corren á las parejas: asi sus virtudes como sus vicios estan á la vista de todos, y quanto es mayor y mas alto el lugar, tanto debe ser menor la libertad, por el exemplo, que si es malo, cunde y empece mucho. No se le encubrieron á la Reyna los intentos del Pontífice y sus trazas. Sabía muy bien el aborrecimiento que comunmente le tenian, ocasionado de la torpeza de su vida. Recelábase por el mismo caso que no tendria fuerzas bastantes para contrastar á tan poderosos enemigos. No tenia sucesion, si bien se casó quatro veces: la primera con Andreaso, al qual ella misma dió la muerte: la segunda con Ludovico príncipe de Taranto, deudos el uno y el otro muy cercanos suyos: la tercera con don Jayme infante de Mallorca, y últimamente tenia por marido á Othon duque de Branzvique. Comunicóse con el otro Pontífice Clemente, y habido con él su acuerdo, determinó para desbaratar aquella tempestad y torbellino que contra ella se armaba, valerse de las fuerzas de Francia. Para esto prohijó á Luis duque de Anjou príncipe muy poderoso. Dióle título de duque de Calabria, que era el que tenian los herederos de aquel reyno de Nápoles. Hízose el auto de la adopcion con la solemnidad ne-

cesaría en el castillo de aquella ciudad llamado del Ovo, á los veinte y nueve de junio. Principios de grandes alteraciones y guerras que adelante resultaron, en que entró tambien á la parte España finalmente, y el primer título que tuvieron aquellos duques de Anjou para pretender con tanta porfía y por tanto tiempo el reyno de Nápoles: traza enderezada para defenderse la Reyna, y juntamente afirmar el partido del Papa Clemente, que á la una y al otro prestó poco. Falleció por este tiempo á trece de julio el valeroso caudillo Beltran Claquin: tomóle la muerte en los reales, y en el cerco que tenia puesto sobre Castronuevo pueblo de Bretaña. Su linage ilustre, sus hazañas esclarecidas; su padre se llamó Reginaldo Claquin, señor de Bronio cerca de Rennes, ciudad muy conocida en el ducado de Bretaña. El oficio de condestable, que es muy preeminente en Francia, y vacó por su muerte, se dió poco adelante á Oliverio Clisson. Murió asi mismo á los diez y seis de setiembre Carlos Rey de Francia en el bosque de Vincenas, que mandó en su testamento sepultasen el cuerpo de Claquin junto al suyo en San Dionysio, sepultura de aquellos Reyes junto á París: honra muy debida á lo mucho que sirvió en su vida, y á su valor. Sucedió en aquella corona Carlos hijo del difunto, Sexto deste nombre. Al Rey de Portugal aquexaba el cuidado de lo que sería de aquel reyno despues de su muerte. La edad estaba adelante, no tenia hijo varon, ni esperaba tenelle. Doña Beatriz habida en la Reyna, de la qual adelante se puso en duda si era legítima, en vida del Rey don Enrique quedó desposada con su hijo bastardo don Fadrique duque de Benavente. No quiso el Portugues despues de muerto el Rey don Enrique pasar por estos desposorios, antes despachó sus embaxadores al nuevo Rey de Cas-

tilla que volvia del Andalucía para pedille para su hija al infante don Enrique, si bien era niño de pocos meses nacido: acuerdo poco acertado, sugeto á grandes inconvenientes, por la edad de los novios tan diferente y desigual. Todavia el Rey don Juan no desechó aquel partido por la comodidad que se presentaba de haber el reyno de Portugal por aquel camino y juntalle con Castilla. Tratóse de las condiciones. y finalmente en Soria donde se juntaron las cortes de Castilla, se concertaron los desposorios que al cabo no surtieron efecto. Prendieron por mandado del Rey al adelantado Pedro Manrique: cargábanle ciertas pláticas y tratos que decian tenia con don Alonso de Aragon conde de Denia en perjuicio del reyno. La verdad es que murió en la prision sin dexar hijos. Sucedióle en aquel cargo y en sus estados su hermano Diego Manrique, merced que tenia bien merecida por su valor y los servicios que hiciera en la guerra de Navarra. Era el Rey de Francia de poca edad: tenia en su lugar el gobierno de aquel reyno Luis duque de Anjou por aventajarse á los otros señores de Francia y por el deudo que alcanzaba con aquella casa real. Recelábase el Rey de Aragon no quisiese con aquella ocasion volver á la pretension del reyno de Mallorca por el derecho que de suso queda tratado. Pero á él otro cuidado le aquexaba mas, que era amparar la Reyna de Nápoles, y de camino asegurar para su casa la sucesion de aquel reyno; acudió sin embargo el Rey don Juan de Castilla, despachó embaxadores á Francia para tratar de conciertos. Dió oidos el de Anjou á estas pláticas por quedar desembarazado para la empresa de Italia. Asentaron que vendiese á dinero el derecho que con dinero comprára, en que el Rey don Juan puso de su casa buena cantía en gracia de su suegro, y por el deseo

que tenia no se alterase el sosiego de que en España gozaban. Despachó otrosí embaxadores al Soldan de Egypto que de su parte le hiciesen instancia para que pusiese en libertad á Leon Rey de Armenia que tenia cautivo, y se le murieran en la prision muger y hija. Condescendió el Bárbaro con aquellos ruegos tan puestos en razon. Soltó al preso, que envió con cartas, que le dió soberbias y hinchadas en lo que de sí decia honoríficas para el Rey don Juan, cuyo poder y valor encarecia, y le pedia su amistad. Vino aquel Rey despojado tres años adelante primero á Francia, dende á Castilla. Es muy propio de grandes Reyes levantar los caidos, y mas los que se vieron en prosperidad y grandeza. Recibióle el Rey y hospedóle con toda cortesía y regalo; y para consuelo de su destierro y pasar la vida le consignó las villas de Madrid y Andujar con rentas necesarias y bastantes para el sustento de su casa. No paró mucho en España, antes dió la vuelta á Francia con intento de pasar á Inglaterra para concertar aquellos Reyes, y persuadilles que dexadas entre sí las armas, las volviesen con tanto mayor prez y gloria contra los enemigos de Christo los infieles de Asia. En esta demanda sin efectuar cosa alguna le tomó la muerte, y le atajó sus trazas como suele. En la iglesia de los monges Celestinos de París en la capilla mayor se vee el dia de hoy un arco cabado en la pared, con un lucillo de mármol de obra prima con su letra que declara yace en él Leon Rey de Armenia.

CAPITULO IV.

Que Castilla dió la obediencia al Papa Clemente.

Estaba el mundo alterado con el scisma de los

romanos Pontífices, y los príncipes christianos cansados de oir los legados de las dos partes. Los escrúpulos de conciencia, que quando se les da entrada, se suelen apoderar de los corazones, crecian de cada dia mas. El Rey determinó de hacer cortes de Castilla para resolver este punto en Medina del Campo. Grandes fueron las diligencias que en ellas los legados de ambas partes hicieron, por entender que lo que alli se determinase, abrazaria toda España. No se conformaban los pareceres, unos aprobaban la eleccion de Roma, otros la de Fundi: los mas prudentes juzgaban que como si hobiera sede vacante, se estuviesen á la mira; y que esta causa se debia dexar entera al juicio del concilio general. Entre estos dares y tomares parió la Reyna á los veinte y ocho de noviembre un hijo que llamaron don Fernando, que en nobleza de corazon y prosperidad de todas sus empresas excedió á los príncipes de su tiempo, y llegó á ser Rey de Aragon por sus partes muy aventajadas. Vinieron tambien á estas cortes gran número de monges Benitos: quexábanse que algunos señores á título de ser patrones de sus ricos y grandes conventos les hacían en Castilla la vieja grandes desafueros, ca les tomaban sus pueblos y imponian á los vasallos nuevos pechos, avocaban á sí las causas criminales y civiles; y todas las demas cosas hacían á su parecer y albedrío contra toda orden y derecho, y contra las costumbres antiguas. Señaláronse jueces sobre el caso, varones de mucha prudencia, que pronunciaron contra la avaricia y insolencia de los señores, y decretaron que á ninguno le fuese lícito tocar á las posesiones y rentas de los conventos, y que solo el Rey tuviese la proteccion dellos; lo qual se guardó por el tiempo de su reynado. Entre los cardenales que siguieron las partes de Clemente, fue

uno don Pedro de Luna hechura del Pontífice Gregorio, de muy noble alcuña entre los aragoneses, de vivo y grande ingenio, y muy letrado en derechos. Por esta causa Clemente le envió por su legado á España al principio del año de mil y trecientos y ochenta y uno por ver si con su buena maña y letras podria atraer nuestra nacion á su parcialidad y devocion. En Aragon salió en vacío su trabajo por no querer resolverse en tan grande duda el Rey y sus grandes: con el Rey de Castilla tuvo mayor cabida. Juntáronse en la corte los varones mas señalados del reyno, y gastados muchos dias para la resolucion deste negocio, finalmente en Salamanca, para do trasladaron la junta, á veinte de mayo dieron por nula la eleccion de Urbano, y aprobaron la de Clemente, que residia en Aviñon, como legal y hecha sin fuerza; en que parece atendieron á que residia cerca de España, y á la amistad del Rey de Francia mas que á la equidad de las leyes. Muchos tuvieron por mal pronóstico y por indicio de que la sentencia fue torcida, la muerte que vino á esta sazon á la Reyna doña Juana, madre del Rey, santísima señora, y tan limosnera que la llamaban madre de pobres: en su viudez traxo habito de monja, con que tambien se enterró. Hízose el enterramiento en Toledo junto á don Enrique su marido con célebre aparato, mas por las lágrimas y sentimiento del pueblo que por otra alguna cosa. Clemente trabajaba de traer á España á su devocion, como está dicho; y al mismo tiempo en Italia se mostraban grandes asonadas de guerra. Don Carlos duque de Durazo vino de Hungría á Italia al llamado del Pontífice Urbano: diéronle los florentines gran suma de dinero porque no entrase de guerra por la Toscana. En Roma le dió el Pontífice título de senador de aquella ciudad, y

la corona del reyno de Nápoles. Allí desde que llegó, le sucedieron las cosas mejor de lo que él pensaba, que todas las ciudades y pueblos abiertas las puertas le recibian, hasta la misma nobilísima y gran ciudad de Nápoles. La Reyna por la poca confianza que hacía asi de su exército como de la lealtád de los ciudadanos, se hizo fuerte por algun tiempo en Castelnovo. Othon su marido fue preso en una batalla que se arriscó á dar á los contrarios: con que la Reyna, perdída toda confianza de poderse tener, se rindió al vencedor. Pusiéronla en prisiones, y poco despues la colgaron de un lazo en aquella misma parte en que ella hizo dar garrote á su marido Andreasso. Muerta la Reyna, dieron libertad á Othon para que se fuese á su tierra: con esta victoria la parte de Urbano ganó mucha reputacion. Parecia que Dios amparaba sus cosas, y menguaba las de su competidor. Habia entrado en Italia el duque de Anjou con un grueso campo; falleció empero de enfermedad en la Pulla, provincia del reyno de Nápoles: con su muerte se regalaron y fueron en flor sus esperanzas y trazas. Don Luis infante de Navarra tenia deudo con Carlos el nuevo conquistador de aquel reyno, ca estaban casados con dos hermanas, como se tocó de suso. No pudo hallarse en esta empresa, ni ayudarle por estar ocupado en la guerra que en Atica hacía con esperanza de salir con el ducado de Athenas y Neopatria, por el antiguo derecho que á él tenian los Reyes de Nápoles; mas los principales de aquella provincia, por traer su descendencia de Cataluña se inclinaban mas á los aragoneses, y no cesaban de llamar ya por cartas, ya por embaxadores al Rey de Aragon para que fuese ó enviase á tomar la posesion de aquel estado y provincia, como finalmente lo hizo.

CAPITULO V.

De la guerra de Portugal.

Una nueva tempestad y muy brava se armó en España entre Portugal y Castilla, que puso las cosas en asaz grande aprieto, y al Rey don Juan en condicion de perder el reyno. Ligáronse los portugueses y ingleses: juntaron contra Castilla sus fuerzas y armas. Pensaban aprovecharse de aquel Rey por su edad que no era mucha, y no faltaban descontentos, reliquias y remanentes de las revueltas pasadas. Los ingleses pretendian derecho y accion á la corona por estar casado el duque de Alencastre con la hija mayor del Rey don Pedro: el de Portugal llevaba mal que le hobiesen ganado por la mano, y cortado las pretensiones que tenia á aquel reyno de Castilla, á su parecer no mal fundadas, ademas que al Rey don Juan tenia por descomulgado por sugetarse, como seguía, al Papa Clemente, ca en Portugal no reconocian sino á Urbano. Aprovechóse de esta ocasion don Alonso conde de Gijon para alborotarse conforme á su condicion, y alborotar el reyno. Su hermano el Rey don Juan porque de pequeños principios, si con tiempo no se atajan, suelen resultar muy graves daños, acudió á la hora á Oviedo cabeza de las Asturias para sosegar aquel mozo mal aconsejado. Junto con esto mandó hacer gente por tierra, y armar por el mar para por entrambas partes dar guerra á Portugal, y desbaratar sus intentos, por lo menos ganar reputacion. Los bullicios del conde fácilmente se apaciguaron, y él se allanó á obedecer: si de corazon, si con doblez, por lo de adelante se entenderá. Haciase la masa de la gente en Simancas. Acudió el Rey desde que supo que

estaba todo á punto: marchó con su campo la vuelta de Portugal; púsose sobre Almoyda, villa que está á la raya, no lexos de Badajoz. El sitio y las murallas eran fuertes, y los de dentro se defendian con valor, que fue causa de ir el cerco muy á la larga. Por otra parte diez y seis galeras de Castilla se encontraron con veinte y tres de Portugal. Dióse la batalla naval, que fue muy memorable. Vencieron los castellanos: tomaron las veinte galeras contrarias, y en ellas gran número de portugueses con el mismo general don Alfonso Tellez conde de Barcelos. Fuera esta victoria asaz importante por quedar los de Castilla señores de la mar, y los enemigos amedrentados si el general castellano que era el almirante Fernan Sanchez de Tovar, la executára á fuer de buen guerrero; pero él contento con lo hecho, dió la vuelta á Sevilla: con que los portugueses tuvieron lugar de rehacerse, y la armada inglesa tiempo de aportar á Lisboa, que fue el daño doblado. Todavia el Rey don Juan animado con tan buen principio, y confiado que serían semejables los remates, acordó emplazar la batalla á los contrarios. Escribióles con un rey de armas un cartel desta sustancia: que sabía era venido á Portugal Emundo conde de Cantabrigia en lugar de su hermano el duque de Alencastre, acompañado de gente lucida y brava: que si confiaban en la justicia de su querella y en el valor de sus soldados, se aprestasen á la batalla, la qual les presentaria luego que se apoderase de Almoyda, y para combatillos les saldria al encuentro espacio de dos jornadas, confiado en Dios que volveria por la justicia y por su causa. Deseaban los ingleses venir á las manos como gente briosa y denodada; entreteníalos empero la falta de caballos, que ni los traían en la armada, ni los podian tan en breve juntar en

Portugal. La respuesta fue prender al rey de armas contra toda razon y derecho. Cerraba en esta sazon el invierno, tiempo poco á propósito para estar en campaña. Retiróse sin hacer otro efecto el Rey de Castilla, resuelto de volver á la guerra con mas gente y mayor aparato luego que el tiempo diese lugar, y
1382. abriese la primavera del año de mil y trecientos y ochenta y dos. Tornó el conde de Gijon mozo liviano á alborotarse, retiróse á Berganza para estar mas seguro y con mas libertad: desamparáronle los suyos que llevó consigo. Esto y la diligencia de don Alonso de Aragon conde de Denia y marques de Villena, que se puso de por medio, fueron parte para que se reduxese á obediencia, y el Rey su hermano segunda vez le perdonase. Al tercero por este servicio y por otros nombró por su condestable, cosa nueva para Castilla, entre las otras naciones y reynos muy usada: crió otrosí dos mariscales, que eran como los legados antiguos y los modernos maestres de campo, sugetos al condestable: estos fueron Fernan Alvarez de Toledo, y Pero Ruiz Sarmiento. Pretendia el Rey como prudente con estas honras animar á los suyos, y juntamente hermosear la república, y autorizalla con cargos semejantes y preeminencias. Pasóse en esto el invierno: la masa de la gente se hizo segunda vez en Simancas. La fertilidad de la tierra y su abundancia era á propósito para sustentar el exército y proveerse de vituallas: luego que todo estuvo en orden, el Rey con toda priesa se enderezó la vuelta de Badajoz por tener aviso que los enemigos pretendian romper por aquella parte, y que eran llegados á Yelves distante de aquella ciudad tres leguas solamente. Traía el Rey de Portugal tres mil caballos, y buen número de infantes: los ingleses otrosí eran tres mil de á caballo, y otros tantos flecheros:

En el campo de Castilla los hombres de armas llegaban á cinco mil y quinientos caballos ligeros: el número de la gente de á pie era muy mayor, todos muy diestros, exercitados en las guerras pasadas, acostumbrados á vencer, y sobre todo con gran talante de venir á las manos y á las puñadas, y con las armas humillar el orgullo de los contrarios que emprendian mayores cosas que sus fuerzas alcanzaban. Todavia el Rey de Castilla por ser manso de condicion, y por no aventurar lo que tenia ganado, en el trance de una batalla, acordó de requerir á los enemigos de paz. Para ello envió á don Alvaro de Castro para avisar sería mas expediente tomar algun asiento en aquellas diferencias, que poner á riesgo la sangre y la vida de sus buenos soldados: que la victoria sería de poco provecho para el que venciese, y al vencido acarrearia mucho daño: finalmente que las prendas de amistad y parentesco eran tales que debian antes del rompimiento atajar los males que amenazaban, y acordarse quáles y quán tristes podrian ser los remates, si una vez se ensangrentaban. Por esto juzgaba, y era asi, que á qualquiera de las dos partes vendria mas á cuento componer aquel debate por bien que por las armas. Los ingleses daban de buena gana oidas á estas pláticas por estar pesantes de haber emprendido aquella guerra tan dificultosa y tan lexos de su tierra, si bien demas del reyno de Castilla que pretendian, les ofrecian el de Portugal en dote de la infanta doña Beatriz, que pospuestos los demas conciertos daba su padre intencion de casalla con Duarte hijo de Emundo conde de Cantabrigia. Tratóse pues de concierto, en que intervinieron personas principales de las dos naciones, por cuya industria se conformaron en las capitulaciones siguientes: que doña Beatriz de nuevo despo-

sase con el infante don Fernando hijo menor del Rey de Castilla; pretendian por este camino que el reyno de Portugal no se juntase con Castilla, como fuera necesario, si casára con el hijo mayor: que los prisioneros y las galeras que se tomaron en la batalla naval, se volviesen al de Portugal: demas desto que el Rey de Castilla proveyese de armada y de flota, en que los ingleses se volviesen á su tierra. Pudieran parecer pesadas estas capitulaciones al Rey de Castilla que se hallaba muy poderoso y pujante, mas ordinariamente es acertado prevenir los sucesos de la guerra, que pudieran ser muy perjudiciales para España; y no hay alguno tan amigo de pelear que no huelgue mas de alcanzar lo que pretende, con paz que por medio de las armas. Por todo esto el de Castilla se inclinó á la paz y aceptar aquellos partidos; y aun entregó al de Portugal en rehenes personas muy principales para seguridad que se cumpliria enteramente lo concertado: con que por entonces se impidió la batalla, y juntamente se dió fin á aquella guerra que amenazaba grandes males.

CAPITULO IV.

De la muerte del Rey de Portugal.

El contento que resultó destas paces, se destempló muy en breve por causa de algunas muertes que se siguieron de grandes personages: tal es nuestra fragilidad. El Rey don Juan se fue al reyno de Toledo, y estaba enfermo en Madrid, quando murió en Cuellar villa de Castilla la vieja su muger la Reyna doña Leonor de parto de una hija que vivió pocos dias. El sentimiento y llanto del Rey y de todo el reyno fue extraordinario por ser ella un espejo de

castidad y santidad. Sepultaron su cuerpo en Toledo en la capilla de los Reyes. Esta muerte dió ocasion al Rey de Portugal de tomar nuevo acuerdo, y alterar el primer capítulo de los conciertos pasados. El Rey de Castilla, aunque tenia dos hijos, quedaba viudo y en la flor de su edad. Envióle embaxadores para ofrecerle por muger á doña Beatriz su hija. Parecióle que con este vínculo se daria mejor asiento á la nueva amistad, y á la sucesion del reyno de Portugal: que era cosa larga esperar que el infante don Fernando fuese de edad para casarse; y que en el entretanto podian intervenir cosas que impidiesen el casamiento, y desbaratasen todas las trazas: concertáronse pues fácilmente. Entre las demas capitulaciones fue una que por muerte del Rey don Fernando gobernase á Portugal la Reyna viuda hasta tanto que la infanta tuviese hijo de edad competente. Señalóse para las bodas la ciudad de Yelves, en que poco antes se dió asiento en la paz. Esto pasaba en España al remate del año. En el mismo tiempo en el Atica tenian sus rencuentros de armas los navarros y aragoneses sobre el principado de Athenas y de Neopatria. Philipe Dalmao vizconde de Rocaberti general de la armada aragonesa allanó aquel estado al Rey, ca mató y echó fuera de aquellas tierras toda la gente de guarnicion de los navarros, y dexó en ella con suficiente presidio á Roman de Villanueva que quedó por gobernador: con que él pudo dar la vuelta. En Sicilia andaban tambien las cosas alteradas, porque Artal de Alagon conde de Mistreta por la mucha autoridad y poder que en aquella isla alcanzaba, queria á su voluntad casar á la Reyna, y poner de su mano á quien él quisiese en el reyno. A este fin llamó de Lombardia á Juan Galeazo, que aun no era duque de Milan; pero él no pudo hacer este viage, ni acudir

con presteza, porque las galeras de Aragon los años pasados en el puerto de Pisa le habian tomado su armada. Los señores de Sicilia llevaban muy mal que don Artal quisiese mandar tanto, y que solo él pudiese mas que todos los demas juntos. Don Guillen Ramon de Moncada (comunicado su intento con el Rey de Aragon) de secreto entró en Catania, y apoderándose de la Reyna, la llevó á Augusta, que era una de las fuerzas de su estado, fuerte por su sitio que está sobre la mar, por sus murallas, y por la grande guarnicion que en ella puso de catalanes que el Rey le envió con el capitan Roger de Moncada. Don Artal visto que con esto le burlaban sus trazas, acudió con furor y rabia: púsose sobre Augusta, y combatíala por tierra y por mar. Avino muy á propósito que Dalmao á la vuelta de Grecia aportó á Sicilia. Supo lo que pasaba, y con su armada forzó al enemigo á alzar el cerco: con tanto puso á la Reyna en sus galeras, tocó á Cerdeña, y finalmente llegó con ella á salvamento á las riberas de España. La Reyna casó adelante en Aragon: con que á cabo de años los reynos de Sicilia y Aragon se volvieron á juntar con ñudo muy mas fuerte y mas duradero que antes. Don Carlos hijo mayor del Rey de Navarra todavia le tenian arrestado en Francia: intercedió el Rey de Castilla para que el Frances le pusiese en libertad, el qual otorgó con ruegos tan justos; con esto aquel príncipe junto con el deudo (ca eran cuñados) quedó tan obligado y reconocido que por toda la vida con muy buen talante acudió á las cosas de Castilla. Llegó á Pamplona por principio del año que se con-
1383. tó de Christo mil y trecientos y ochenta y tres. Regocijaron su venida todos los de aquel reyno como era razon. El Rey su padre eso mismo con la edad se mostraba mas cuerdo, y emendaba con buenas

obras las culpas de la vida pasada. En Pamplona y en otros lugares quedan memorias desta mudanza de vida, con que procuraba aplacar á Dios, y acerca de los hombres borrar la infamia y mala voz que corria de sus cosas por todas partes. Cargábanle por lo menos que trató de dar yerbas al Rey de Francia su cuñado, á los duques de Borgoña y de Berri, y al conde de Fox; si con verdad, ó levantado (lo que mas creo) no se puede averiguar: lo cierto es que aquellos rumores le hicieron grandemente y en todas partes odioso. Las bodas del Rey de Castilla con la infanta de Portugal se celebraron en el lugar señalado: el concurso de las dos naciones fue grande, las fiestas y regocijos al tanto, si bien el Rey de Portugal no se pudo hallar por causa de estar á la sazon doliente. El conde de Gijon don Alonso conforme á sus mañas volvia á revolver la feria en las Asturias, mozo mal inclinado y bullicioso: envió el Rey alguna gente que allanasen aquellos alborotos; y él dió la vuelta para Segovia á tener cortes á sus vasallos. Los bullicios de las Asturias fácilmente se sosegaron, y el conde se reduxo al deber. En las cortes ninguna cosa se estableció, que se sepa, de mayor momento, salvo que á imitacion de los valencianos, que en esto ganaron por la mano á los demas pueblos de España, se hizo una ley en que se ordenó trocasen la manera de contar los años que antes usaban por las eras de César, en los años del nacimiento de Christo como hasta hoy se guarda. Celebrábanse estas cortes quando en Lisboa falleció el Rey don Fernando de Portugal de una larga dolencia que al fin le acabó en veinte de octubre. Vivió quarenta y tres años, diez meses y diez y ocho dias: reynó diez y seis años, nueve meses y diez dias. Púdose contar entre los buenos príncipes por su condicion muy suave, su manse-

dumbre y eloqüencia, si no se ponen los ojos en la infamia de su casa. En el gobierno se señaló mas que en las armas por la larga paz de que gozó en su reynado. Su cuerpo enterraron en Santaren en el monasterio de los Franciscos junto al sepulcro de su madre la Reyna doña Costanza. Cerdeña no acababa de sosegar. Hugo Arborea hijo de Mariano llevaba adelante las pretensiones de su padre, y continuaba en la codicia y trazas de hacerse Rey: mal incurable. Era de condicion intratable y fiera: por esto su misma gente se hermanó contra él, y le dieron la muerte, executando en él los tormentos y crueldades de que él mismo contra otros usára; que fue justo juicio de Dios. Con su muerte se pensó tendrian fin aquellas revueltas: por esto Brancaleon Doria, que en las guerras pasadas sirviera muy bien al Rey, acudió á Aragon para dar traza á sosegar la isla. Echáronle empero mano á causa que su muger Leonor Arborea, dueña de pecho varonil, pretendia con las armas vengar la muerte de su hermano y recobrar el estado de su padre: sugetaba otrosí por toda aquella isla fortalezas y plazas, ya por fuerza, ya de voluntad. Llevaron á su marido Brancaleon con la guarda necesaria para sosegar á su muger, y hacella que viniese en lo que era razon: no pudo alcanzar cosa alguna della, si bien usó de toda la diligencia que pudo: asi él estuvo mucho tiempo arrestado en la ciudad de Caller sin poder salir della; y el partido de Aragon iba de caida por estar el Rey embarazado con otros cuidados que mas le aquexaban, y no acudir con presteza á las necesidades de aquella guerra como fuera conveniente.

CAPITULO VII.

Que el Rey de Castilla entró en Portugal.

Con la muerte del Rey don Fernando de Portugal se recrecieron nuevas y muy sangrientas guerras entre Portugal y Castilla. La gente plebeya y aun la principal por el odio que á Castilla tenia (como suele acontecer entre reynos comarcanos) no podia llevar que Rey estraño los mandase. El deseo de libertad los encendia, bien que con poco concierto pretendian que de su nacion fuese alguno nombrado por Rey: los hombres, las mugeres, los niños en secreto y en públicos corrillos de ninguna otra cosa trataban. Los señores tuvieron junta en Lisboa sin se acabar de resolver en un negocio tan grave. El miedo hacía por el Rey don Juan de Castilla, el antojo los volvia contra él: dos malos consejeros y perjudiciales. Algunos principales de secreto por cartas le convidaban con la posesion de aquel reyno con intento de grangear la gracia del nuevo príncipe mas que por deseo del pro comun. Entre estos fue uno don Juan, el maestre de Avis de suso nombrado, todo con artificio y maña por no tener aun grangeadas para sí las voluntades del pueblo. Las trazas de los que andaban de mala, y los deseños que con la presteza se debieran cortar, con la tardanza se hicieron fuertes y prevalecieron. Gastábase el tiempo en Castilla en consultas y debates: asi se les salió la buena ocasion de entre las manos para nunca mas volver. Los pareceres eran diferentes como suele acontecer: unos sentian que se debia esperar hasta tanto que por comun acuerdo de los principales y del pueblo el Rey fuese llamado á recebir la corona; alegaban que al no se podia hacer á

pena de ser perjuros, pues en los asientos próximos de la paz juraron que dexarian la gobernacion del reyno á la Reyna viuda hasta tanto que doña Beatriz tuviese algun hijo en edad que pudiese gobernar á Portugal. Los de mas sano consejo y mas avisados decian que en tanta alteracion del reyno las armas eran las que habian de allanar, que de voluntad no harian cortesía los portugueses. Tomóse un acuerdo medio que fue de ningun momento, antes perjudicial, de ir ni bien de paz, ni bien de guerra: esto es que fuese el Rey delante de paz, y tras dél fuese el exército para allanar los rebeldes y mal intencionados. El obispo de la Guardia, que es en la raya de Portugal, estaba en servicio de la Reyna. Dióscle el Rey su padre para que con él comunicase todos sus secretos. Este prelado se ofreció de dar llana al Rey su ciudad. Antes de acometer esta jornada era necesario atajar en Castilla los siniestros intentos de algunos. A don Juan hermano legítimo del Rey difunto de Portugal, que se habia pasado á Castilla por miedo de la Reyna como está dicho, puso el Rey en el alcázar de Toledo como en prision no por crímen, sino porque su nobleza y derecho que podia pretender á aquel reyno, hacían que dél se recatasen. Al conde de Gijon le pusieron en prisiones en el castillo de Montalvan no lexos de Toledo, porque despues de perdonado tantas veces se carteaba con los portugueses, y trataba de rebelarse: confiscáronle otrosí todos sus bienes y estado. Encomendóse su guarda á don Pedro Tenorio arzobispo de Toledo, por cuyo orden estuvo mucho tiempo preso en el castillo de Almonacir tres leguas de Toledo. Asentadas todas estas cosas, el Rey y la Reyna se fueron á Plasencia, y de alli con priesa pasaron á Portugal. Los sacerdotes de la Guardia como lo prometió el obispo los sa-

lieron á recebir con cruces y capas de iglesia, en altas voces dándoles el parabien del nuevo reyno, y rogando á Dios le gozasen por largos años. El alcayde de la fortaleza hizo resistencia, por no estar determinado en lo que debia hacer, hasta ver el suceso de aquellas alteraciones, y qué partido tomarian los demas. Antes de la venida del Rey Lisboa le juró por Rey á persuasion de don Enrique Manuel conde de Sintra, tio que era del Rey don Fernando difunto. Vino tambien en ello doña Leonor la Reyna viuda, por entender que para reprimir las voluntades y intentos asi de los grandes, como del pueblo, era menester mayor fuerza que la suya. Deste principio comenzó el pueblo á alterarse y dividirse en bandos, de que resultaron muertes de muchos. El primero que mataron, fue el conde de Andeyro, á quien en el mismo palacio real dió de puñaladas el maestre de Avis: la demasiada cabida que con la Reyna tenia, de que muchos sentian mal, le empeció y acarreó su perdicion. Nunca paran en poco los alborotos: el vulgo deste principio pasó tan adelante que sin ningun término ni respeto dieron al tanto la muerte á don Martin obispo de Lisboa en la misma torre de la iglesia mayor, donde se recogió para escapar de aquel furor: no dudaron de poner sus sacrílegas manos en aquel varon consagrado, no por otra culpa sino porque nació en Castilla, y parecia que no sentia bien de los alborotos que se movian en Portugal, y que favorecia las partes del Rey don Juan: entre gente furiosa el seso suele dañar, y entre los alevosos la lealtad. La Reyna doña Leonor por recelo no le hiciesen algun desacato con voluntad del maestre de Avis se salió de la ciudad de Lisboa y se fue á Santaren. En tan confusa tempestad y revueltas tan grandes ningun lugar se daba al consejo ni á la mesura:

todo lo regía la saña y la locura, de que el pueblo estaba tomado como de vino, y como bestia en celo. El maestre de Avis tenia partes aventajadas: era agraciado, bien apuesto, cortesano, comedido, liberal, y por el mismo caso bien quisto generalmente; finalmente sus calidades tales que suplian la falta de no ser legítimo. Por el contrario el Rey don Juan bien que manso y apacible, si no le alteraba alguna injuria; en el hablar, que es con lo que se grangean las voluntades, y por esto lo hizo tan facil la naturaleza, era corto en demasía: por esta causa aunque con su presencia luego que llegó á Portugal se ganaron algunos, los mas se estrañaron, como gente que es la portuguesa de su natural apacible y cortés, cumplida y acostumbrada á ser tratados con afabilidad de sus Re-
1384. yes. De la Guardia al principio del año de mil y trecientos y ochenta y quatro pasó el Rey á Santaren por visitar á la Reyna su suegra, y á su instancia, y para tomar con ella acuerdo de lo que se debia hacer, y cómo se podrian encaminar aquellas pretensiones. Acompañábanle quinientos de á caballo, bastante número para entrar de paz, mas para sosegar los alborotados muy pequeño. El condestable don Alonso de Aragon, el arzobispo de Toledo y Pero Gonzalez de Mendoza, nombrados por gobernadores del reyno de Toledo en ausencia del Rey, no se descuidaban en hacer gente por todas partes, y encaminar á Portugal nuevas compañías de soldados. La mayor dificultad para la expedicion de todo era la falta del dinero. Con las guerras y gastos pasados el patrimonio real estaba consumido, y todo el reyno cansado de imposiciones. Acordaron aprovecharse en aquel aprieto de las ofrendas muy ricas y preseas del famoso templo de Guadalupe; santuario muy devoto. Tomaron hasta en cantidad de quatro mil mar-

tos de plata: ayuda mas de mala sonada que grande, y principio del qual el pueblo pronosticaba que la empresa sería desgraciada, y que la Vírgen tomaria emienda de los que despojaban su templo, de aquel desacato y osadía. Don Carlos infante de Navarra por no faltar al deudo y amistad que tenia con el Rey de Castilla, y no mostrarse ingrato á los beneficios que dél tenia recebidos, se aprestaba para acudille con buen golpe de su gente. El de Aragon por su edad y aquexalle otros cuidados y guerras á que le convenia acudir, acordó estarse á la mira, en especial que comunmente los príncipes llevan mal que ninguno de sus vecinos se acreciente mucho, antes pretenden siempre balanzar las potencias. En Portugal se hicieron grandes consultas. Acordaron finalmente que la Reyna doña Leonor renunciase en el Rey su yerno la gobernacion de aquel reyno. Lo que pareció sería medio para allanallo todo, fue causa de mayor alboroto. La nobleza y el pueblo aborrecian á par de muerte sugetarse con esto á Castilla por el odio que entre sí estas dos naciones tienen. Lamentábanse de la Reyna, acusábanle el juramento que les tenia hecho, y la disposicion y testamento del Rey su marido, en que dexó proveido lo que debia hacer en esto. El sentimiento era general, bien que algunos de los principales como tenian que perder, no quisieran se revolviera la feria, y se mostraban de parte del Rey don Juan. Estos eran don Enrique Manuel conde de Sintra, Juan Texeda, que fuera chânciller mayor de aquel reyno, don Pedro Pereyra prior de San Juan en Portugal, por otro nombre de Ocrato, que adelante en Castilla fue maestre de Calatrava, y con él dos hermanos suyos Diego y Fernando, sin otros algunos de los mas granados. Demas destos muchos pueblos seguían esta voz, en especial la comarca to-

da entre Duero y Miño, por la buena diligencia de Lope de Leyra, que aunque nacido en Galicia, tenia el gobierno de aquella tierra. Alonso Pimentel entregó á Berganza, en cuya tenencia estaba: lo mismo hicieron Juan Portocarrero y Alonso de Silva de otras fuerzas que á su cargo tenian.

CAPITULO VIII.

Del cerco de Lisboa.

Las pretensiones del Rey de Castilla en la manera dicha procedian en Portugal hasta aqui sin daño notable. Tenian esperanza que todo el reyno de conformidad haria lo que pedia la razon y el tiempo que tiene gran fuerza; pues constaba que si bien todos se conformaban en un parecer, no eran bastantes para hacer rostro al poder de Castilla, tanto menos estando divididos en bandos y desconformes, camino para mas presto perderse: esperanza que muy presto se fue en flor, y finalmente prevaleció la parte contraria; y los descontentos pasaron siempre adelante; en que se mostró claramente de quánto mayor eficacia es el valor que las fuerzas, la maña que todo lo al. Los portugueses llevaban mal ser gobernados por estraños, y mucho mas por los castellanos, por la competencia que entre sí tienen, como acontece entre los reynos comarcanos. Estrañaban mucho que les quebrantasen las capitulaciones con que últimamente asentaron la paz. Querellábanse que el infante don Juan, en quien tenian puestos los ojos para remedio de sus daños, le tuviesen arrestado en Toledo sin alguna culpa suya, solo porque no les acudiese: decian que por tener poca razon y justicia se valian de la violencia y engaño. Lo que solo les restaba, todos

comunmente volvieron los ojos y pensamiento al maestre de Avis que era persona sagaz y de negocios, y que con su buena manera y afabilidad sabía grangear las voluntades y prendallas. Conoció él la ocasion que le presentaba la gran aficion del pueblo: ofrecióse á ponerse á qualquier riesgo y trabajo por el bien comun y pro de la patria. Todavia los alborotados por entonces no pasaron mas adelante de nombrar por su gobernador al infante don Juan, que como queda dicho le tenian preso en Toledo. Para mas alterar la gente sacaron en los estandartes su retrato aherrojado y puesto en cadenas: el cuidado de acaudillar la gente se encargó al maestre de Avis. Decian que doña Leonor no era Reyna, ni su matrimonio con el Rey era válido por ser vivo su marido, á quien el Rey la quitó por su hermosura sin otras ventajas de linage y de valor, solo para que fuese un tizon con que todo el reyno se abrasase: que por el mismo caso su hija doña Beatriz como bastarda era incapaz de la sucesion y de la corona: que si la juraron, fue por condescender con la voluntad del Rey su padre, á que no se podia contrastar: finalmente que su testamento, quanto á este punto, no se debia guardar. Todo esto pasaba en la ciudad de Lisboa que estaba ya declarada contra Castilla: arrimaronsele muchos señores y fidalgos, unos al descubierto, otros de callada: el que mas se señalaba, era Nuño Alvarez Pereyra hijo del prior de Ocrato Alvar Gonzalez Pereyra y nieto de don Gonzalo Pereyra arzobispo de Braga, si bien sus hermanos seguian el partido de Castilla. Era este caballero mozo brioso, de grande ingenio, acertado consejo, y muy diestro y osado en las armas; fundador adelante despues que alcanzaron la victoria, de la casa de Berganza la mas poderosa de Portugal. Importa mucho

la reputacion en la guerra: acordaron los levantados que el Nuño Pereyra con golpe de gente corriese las tierras de Castilla: hízose asi: acudió gente del Rey don Juan por su orden; vinieron á las manos cerca de Badajoz; en que los castellanos quedaron vencidos, muerto el maestre de Alcántara don Diego Gomez Barroso: huyeron don Juan de Guzman conde de Niebla y el almirante Tovar: el daño fue grande, pero muy mayor la mengua y el pronóstico de los males que deste principio se continuaron. Don Gonzalo hermano de la Reyna viuda estaba en Coimbra con guarnicion de soldados. Acordó el Rey don Juan ir allá acompañado de las Reynas madre é hija, confiado que le abririan luego las puertas: salió vana esta esperanza, ca el gobernador quiso mas volver por su nacion que tener respeto al deudo. Desta burla quedó el Rey muy sentido, tanto mas que don Pedro su primo conde de Trastamara, é hijo del maestre don Fadrique se retiró dél y se acogió á aquella ciudad. Sospechóse que en esta huida tuvo parte la Reyna doña Leonor, y que el conde se comunicó con ella, que cansada de su yerno se inclinaba á las cosas de Portugal. Por esto acordó envialla á Castilla con noble acompañamiento para que estuviese en Tordesillas: destierro y prision honrada en que murió adelante, y castigo del cielo en lo mismo que hizo padecer á los infantes sus cuñados y á otros. Yace sepultada en Valladolid en el cláustro de la Merced. Hecho esto, se trató en consejo de capitanes sobre poner sitio á Lisboa, ciudad la mas rica de Portugal, por ser la cabeza de aquel reyno, y de presente haberse recogido á ella lo mejor y mas granado con sus haberes y preseas. Los pareceres no se conformaban. Algunos decian seria mas acertado dividir el exército que era grande en

número de soldados, en muchas partes, acometer y allanar las demas fuerzas y plazas de menos importancia: que allanado lo demas, Lisboa sería forzada á rendirse; donde no, la podrian con mayor fuerza cercar y combatir. Pero prevaleció el consejo de los que sentian se debia en primer lugar acudir á aquella ciudad como á cabeza del reyno y raiz de toda la guerra, que ganada, no hallarían resistencia en lo restante del reyno. Acudieron pues al cerco. De camino talaron los campos, quemaron las aldeas, prendieron hombres y ganados, con que gran número de pueblos se rindieron y entregaron. Llegados á la ciudad, asentaron sus reales y los barrearon en aquella parte do al presente está edificado el monasterio de los Santos. Para mas apretar el cerco por tierra y por mar armaron en Sevilla trece galeras y doce naves, sin otros baxeles de menor consideracion. Entró esta armada por la boca del rio Tajo, y echó anclas enfrente de la ciudad con intento de estorbar que no entrase por aquella parte alguna provision ni socorro á los cercados. La muchedumbre del pueblo era grande por ser aquella ciudad de suyo muy populosa, y por los muchos que se recogieran á ella de todas partes; por donde muy presto se comenzó á sentir la falta de las vituallas y mantenimientos, que suelen encarecerse por la necesidad presente, y mucho mas por el miedo que cada uno tiene no le falte para adelante. Los portugueses para acudir á esta necesidad salieron con diez y seis galeras y ocho naves que tenian aprestadas en la ciudad de Portu. Ayudóles el viento que les refrescó, y la creciente del mar muy favorable, con que por medio de los enemigos, aunque con pérdida de tres naos, se pusieron en parte que proveyeron bastantemente la falta que de bastimentos padecian los cercados; principio con que las

cosas de todo punto se trocaron, mayormente que el otoño fue muy enfermo, y muchos adolecieron de los que alojaban en los reales, por la destemplanza del cielo, y no estar los de Castilla acostumbrados á aquellos ayres. Por esta causa pareció al Rey don Juan mover tratos de paz: tuvieron habla sobre el caso Pero Fernandez de Velasco por la una parte, y por la otra el maestre de Avis que acaudillaba los alborotados. Dixéronse muchas razones, los daños que podian resultar de la guerra, los bienes que se podian esperar de la concordia. El maestre con el gusto que tenia de mandar de presente, y la esperanza que se le representaba de cerca de ser Rey, respondió finalmente á la demanda que no vendria en ningun asiento de paz, si á él mismo no le dexasen por gobernador del reyno hasta tanto que doña Beatriz tuviese hijo de edad bastante para poderse encargar de aquel gobierno. Que esto pedia el pueblo y pretendian los fidalgos; que si no otorgaban con ellos, él no podia faltar á las obligaciones que tenia á los suyos y á su patria. Las dolencias iban adelante, y á manera de peste de cada dia morian no solo soldados ordinarios, sino tambien grandes personages, como don Pedro Fernandez maestre de Santiago, y el que le sucedió luego en aquella dignidad por nombre (1) Ruy Gonzalez Mexía, el almirante Fernan Sanchez de Tovar, Pero Fernandez de Velasco, y los dos mariscales Pero Sarmiento y Fernan Alvarez de Toledo. Item Juan Martinez de Roxas: dias hobo que fallecieron docientos mas y menos, con que el número de los soldados menguaba y el ánimo mucho mas. Por esto los mas principales blandeaban, y aborrecian aquella guerra por ser entre parientes y contra christianos.

---

(1) Corónica del Rey Don Juan I. año 6. cap. 11.

Quisieran que de qualquiera manera se tomára asiento y se concertáran las partes: finalmente los trabajos eran tan grandes y la cuita por esta causa tal que fue forzoso levantar el cerco con mengua y pérdida muy grande, y volver atrás. Nombró el Rey por mariscal á Diego Sarmiento luego que falleció su hermano: encargóle la guarda de Santaren con buen número de soldados: otros capitanes repartió por otras partes, ca pensaba rehacerse de fuerzas, y muy en breve volver á la guerra. Hecho esto, la armada por mar y los demas por tierra en compañía del Rey se encaminaron para Sevilla. Pudieran recebir daño notable á la partida (que las piedras se levantan contra el que huye) si los portugueses salieran en su seguimiento; que pocos bien gobernados pudieran maltratar y deshacer los que iban tan trabajados; mas ellos se hallaban no menos gastados y affigidos que los contrarios, y tenian por merced de Dios verse libres de aquel peligro y de aquel cerco, y aun como dicen, al enemigo que huye, puente de plata. Hicieron procesiones asi en Lisboa como en lo restante del reyno con toda solemnidad en accion de gracias por merced tan señalada. Por este mismo tiempo el Rey de Aragon no hacia buen rostro á sus dos hijos de la primera muger los infantes don Juan y don Martin. Decíase comunmente que la Reyna como madrastra con sus malas mañas era causa deste daño. Verdad es que el infante don Juan habia dado causa bastante de aquel desgusto por casarse como se casó contra la voluntad de su padre arrebatadamente y de secreto con madama Violante hija de Juan duque de Berri, sin hacer caso de la Reyna de Sicilia, cuyo casamiento para todos estaba muy mas á cuento. Quebró el enojo en don Juan conde de Ampurias yerno y primo de aquel Rey. Su culpa fue que los recogió en su

estado para que alli se casasen; por lo qual luego que el hijo se reduxo, y se puso en las manos de su padre y él le perdonó aquella liviandad, revolvió contra el conde, y le quitó la mayor parte del estado, que le tenia asaz grande en lo postrero de España. No le pudo haber á las manos, que se huyó á Aviñon en una galera resuelto de tentar nuevas esperanzas, y con las fuerzas que pudiese juntar suyas y de sus amigos, recobrar aquel condado.

CAPITULO IX.

De la famosa batalla de Aljubarrota.

1385. Corria el año de mil y trecientos y ochenta y cinco quando al conde de Ampurias avino aquella desgracia. Al principio del qual el Rey de Castilla con el deseo en que ardía de rehacer la quiebra pasada, levantaba gente por todas partes y armaba en el mar. Juntó un grueso campo por tierra, y una armada de doce galeras y veinte naves para enseñorearse del mar y asegurar la tierra. Todo procedia despacio á causa de una dolencia que le sobrevino, de que llegó á punto de muerte; luego empero que convaleció, y pudo atender á las cosas de la guerra, dió mucha priesa para que todo lo necesario se aprestase. Vino á la sazon una nueva que en cierto encuentro que los portugueses tuvieron con la guarnicion de Santaren, quedaron presos el maestre de Avis y el prior de San Juan, alegria falsa, y que muy en breve se trocó en dolor y pena, porque se supo de cierto que los portugueses en la ciudad de Coimbra habian alzado los estandartes reales por el maestre de Avis, que era meter las mayores prendas y empeñarse del todo para no volver atrás. El caso pasó en esta guisa.

Juntáronse en aquella ciudad las cabezas de los alzados para acordar lo que se debia hacer en aquella guerra. Concordaban todos en que para hacer rostro á los intentos de Castilla les era necesario tener cabeza, algun valeroso capitan que acaudillase el pueblo, ca muchedumbre sin orden es como cuerpo sin alma. Añadian que para mayor autoridad de mandar y vedar, y para que todos se sugetasen, y aun para que él mismo se animase mas, y con mayor brio entrase en la demanda, era forzoso dalle nombre de Rey. Alegaban que la república da la potestad real, y por el mismo caso, quando le cumpliere, la puede quitar y nombrar nuevo Rey: muchos y muy claros exemplos, tomados de la memoria de los tiempos en confirmacion desto, el derecho que la naturaleza y Dios dá á todos de procurar la libertad y esquivar la servidumbre: sobre todo que si los contrarios confiaban en su derecho y razon, por qué causa á tuerto fueron los primeros á tomar las armas? que á ninguno es defendido valerse de la fuerza contra los que le hacen agravio: no faltaban letrados que todo esto lo fundaban en derecho con muchas alegaciones de leyes divinas y humanas. La grandeza del negocio y la dificultad espantaba: por donde algunos eran de parecer no quitasen el reyno á doña Beatriz, pues seria cosa inhumana privalla de la herencia de su padre, temeridad irritar las fuerzas de Castilla, locura confiar de sí demasiado y no medirse con la razon. Que los enemigos antes de venir á las manos y de ensangrentarse saldrian á qualquier partido: las haciendas, las vidas y la libertad quedaria en mano del vencedor. Por conclusion que era prudencia acordarse de los temporales que corrian, y medirse con las fuerzas, desear lo mejor, y con paciencia acomodarse al estado presente. No faltaban en la junta votos en favor del infante

don Juan, bien que en Toledo arrestado. Decian se debia tratar de su libertad, alegaban el comun acuerdo pasado: qué otra cosa significaban aquellos estandartes? qué cosa se ofrecia de nuevo para mudar lo acordado una vez? pero este parecer comunmente desagradaba: á qué propósito hacer Rey al que ni los podia gobernar, ni acudilles en aquel peligro, no ser ayuda, sino solo causa de guerra? Con tanto mayor voluntad acudieron los votos al maestre de Avis que presente estaba, y de cuyo valor y maña todos mucho se pagaban. En San Francisco de Coimbra, do se tenia aquella junta, le alzaron por Rey á los cinco de abril con aplauso general de todos los que presentes se hallaron. Los mismos que sentian diversamente, eran los primeros á besalle la mano y hacelle todo homenage para mostrarse leales, y que aprobaban su eleccion. Publicaban que las estrellas del cielo y las profecías favorecian aquella eleccion, en particular que un infante de ocho meses al principio destas revueltas en Ebora se levantó de la cuna, y por tres veces en alta voz dixo: Don Juan Rey de Portugal. Lo qual interpretaban en derecho de su dedo del maestre de Avis: que asi suelen los hombres favorecer sus aficiones, y por decir mejor, soñar lo que desean. Los portugueses como tan empeñados en aquel negocio que no podia ser mas, desde aquel dia en adelante tomaron las armas con mayor brio y tanto mayor esperanza de salir con su intento quanto menos les quedaba de ser perdonados, y aun muchos se movian por el deseo natural que todos los hombres tienen de cosas nuevas y enfado de lo presente. La comarca de Portugal, que está entre Duero y Miño, muy en breve se declaró por el nuevo Rey, unos se le allegaban por fuerza, los mas de su voluntad. Enturbióse esta alegría con la armada de Castilla que del Andalucía y de

Vizcaya aportó á las marinas de Portugal, y se presentó delante la ciudad de Lisboa; con que los castellanos quedaron señores de la mar, y corrian aquellas riberas y los campos comarcanos sin contradiccion: cosa que mucho enfrenó la alegria y los brios de los portugueses. Hallábase el Rey de Castilla en Córdova: dende al principio del estío envió la Reyna su muger á Avila, pues no podia ser de provecho por tenelle la gente perdido todo respeto, y para que no embarazase. A la misma sazon, y á los primeros de julio, buen golpe de gente debaxo la conducta de don Pedro Tenorio arzobispo de Toledo y por orden del Rey por la parte de Ciudadrodrigo hizo entrada, y rompió por la comarca de Viseo con gran daño de los naturales, talas, robos, deshonestidades que cometian los soldados sin perdonar á doncellas ni casadas. Verdad es que á la vuelta cargó sobre ellos gente de Portugal, que los desbarataron y quitaron toda la presa con muerte de muchos dellos. De pequeños principios se suelen trocar las cosas en la guerra y aun los ánimos: fue asi que los portugueses con este buen suceso se animaron mucho para hacer rostro en todas partes. En diversos lugares á un mismo tiempo tenian encuentros, en que ya vencian los unos, ya los otros; pero de qualquiera manera todo redundaba en daño de los naturales, y principalmente de la gente del campo: los unos y los otros comian á discrecion; que era un miserable estado y avenida de males. Juntóse el exército de Castilla en Ciudadrodrigo ya que el estío estaba adelante: solo faltaba el infante don Carlos hijo del Rey de Navarra, que se decia allegaria muy en breve acompañado de mucha y muy buena gente. Consultaron en qué manera se haria la guerra. Los pareceres eran diferentes como siempre acontece en cosas grandes. Los mas cuerdos querian se escu-

sase la batalla: qué sería acertado dar lugar á que el furor de los rebeldes se amansase, y tiempo para que volviesen sobre sí. Decian que los buenos intentos y la razon se fortifica con la tardanza, y por el contrario los malos se enflaquecen. Que para domar á Portugal y sugetalle sería muy á propósito dalles una larga guerra, talalles los campos, quemalles las mieses, y repartir por todas partes guarniciones de soldados. Añadian que no debian mucho confiar en sus fuerzas por ser los capitanes que al presente tenian, gente moza, poco pláticos, y de poca experiencia, por la muerte de los que faltaron en el cerco de Lisboa, que era la flor de la milicia, además de la falta de dinero para hacer las pagas, y de la poca salud que el Rey de ordinario tenia, que en ninguna manera debia entrar en tierra de enemigos, ni hallarse á los peligros y trances dudosos de la guerra, pues de su vida y salud dependian las esperanzas de todos, el bien público y particular. Esto decian ellos, cuyo parecer el tiempo y suceso de las cosas mostró era muy acertado; pero prevaleció el voto de los que como mozos tenian mas caliente la sangre, por ser de mas reputacion: personas que con muchas palabras engrandecian las fuerzas de Castilla y abatian las de los contrarios como de canalla y gente allegadiza, y que tenia mas nombre de exército que fuerzas bastantes. Que convenia apresurarse porque con el tiempo no cobrasen fuerzas, y se arraygasen en guisa que la llaga se hiciese incurable. Sobre todo que sería inhumanidad desamparar los que en Portugal seguían su voz, las plazas que se tenian por ellos, y las guarniciones de soldados que las guardaban. Á este parecer se arrimó el Rey, si bien el contrario era mas prudente y mas acertado. En muchas cosas se cegaron los de Castilla en esta demanda: permision de Dios para castigar por esta ma-

nera los pecados y la soberbia de aquella gente. Debieran por lo menos esperar los socorros que de Navarra les venian con su caudillo el infante don Carlos. Tomada esta resolucion, partieron de Ciudadrodrigo, y en aquella parte de Portugal que se llama Vera, se pusieron sobre Cillorico y le rindieron. Pasaron adelante, quemaron los arrabales de Coimbra, y intentaron de tomar á Leyria que se tenia por la Reyna de Portugal doña Leonor. Durante el cerco de Cillorico, el Rey con el cuidado en que le ponia su poca salud, los trabajos y peligros de la guerra, otorgó su testamento á los veinte y uno de julio. En él mandó que los señoríos de Vizcaya y de Molina herencia de su madre quedasen para siempre vinculados, y fuesen de los hijos mayores de los Reyes de Castilla. Nombró seis personages por tutores de su hijo y heredero don Enrique, doce gobernadores del reyno durante su menoridad. De la Reyna su suegra, y de los infantes de Portugal don Juan y don Douis, de los hijos del Rey don Pedro, y del hijo de don Fernando de Castro, que tenia en Castilla presos, mandó se hiciese lo que fuese justicia. Si los pretendia perdonar, si castigallos, la brevedad de su vida no dió lugar á que se averiguase. Otras muchas cosas dexó dispuestas en aquel testamento, que por hacelle arrebatadamente fueron adelante ocasion de alborotos y diferencias asaz. Los portugueses con su campo eran llegados á Tomar, resueltos de arriscarse y probar ventura. Los castellanos asi mismo pasaron adelante en su busca. Diéronse vista como á la mitad del camino, en que los unos y los otros hicieron sus estancias y se fortificaron, los portugueses en lugar estrecho que tenia por frente un buen llano, y á los lados sendas barrancas bien hondas que aseguraban los costados: los de á caballo eran en número dos mil y docientos, los peones diez

mil: los castellanos como quier que tenian mucha mas gente, asentaron á legua y media de un gran llano descubierto por todas partes. Su confianza era de suerte que sin dilacion la misma vigilia de la Asumpcion se adelantaron puestas en orden sus haces para presentar al enemigo la batalla. El Rey de Castilla iba en el cuerpo de la batalla, los costados quedaron á cargo de algunos de los grandes que le acompañaban, los quales al tiempo del menester y de las puñadas no fueron de provecho por la disposicion del lugar. Don Gonzalo Nuñez de Guzman maestre de Alcántara quedó de respeto con golpe de gente, y orden que por ciertos senderos tomase á los enemigos por las espaldas. Pretendian que ninguno pudiese escapar de muerto ó de preso: grande confianza, y desprecio del enemigo demasiado y perjudicial. Los portugueses se estuvieron en su puesto para pelear con ventaja; y por la estrechura, de toda su gente formaron dos esquadrones: en la avanguardia iba por caudillo Nuño Alvarez Pereyra ya condestable de Portugal, nombrado por su Rey en los mismos reales para obligalle mas á hacer el deber; del otro esquadron se encargó el mismo Rey. Adelantáronse de ambas partes con muestra de querer cerrar; repararon empero los portugueses á tiro de piedra por no salir á lo raso. Entonces el nuevo condestable pidió habla á los contrarios con muestra de mover tratos de paz. Sospechóse tenia otro en el corazon, que era entretener y cansar para aprovecharse mejor de los enemigos, porque si bien se enviaron personas principales para oirle y comunicar con él, ningun efecto se hizo mas de gastar el tiempo en demandas y respuestas. En este medio entre los capitanes y personages de Castilla se consultaba si darian la batalla, si la dexarian para otro dia. Los mas avisados y recatados no querian acometer al

enemigo en lugar tan desaventajado, sino salir á campo raso y igual. Los mas mozos con el orgullo que les daba la edad, y la poca experiencia, no reparaban en dificultad alguna, todo lo tenian por llano, y aun pensaban que como con redes tenian cercados á los enemigos para que ninguno se salvase. Será bien no pasar en silencio el razonamiento muy cuerdo que hizo Juan de Ria natural de Borgoña, el qual como embaxador que era del Rey de Francia, viejo de setenta años, de grande prudencia y autoridad seguía los reales y el campo de Castilla. Preguntado pues su parecer, habló en esta sustancia: «Al huésped y estrangero, qual yo »soy, mejor le está oir el parecer ageno que hablar; »mas por ser mandado diré lo que siento en este caso: »holgaría agradar y acertar: donde no, pido el perdon »debido á la aficion y amor que yo tengo á la nacion »castellana, y tambien á esta edad, que suele estar »libre de altivez y sospecha de liviandad; que por haberla gastado en todas las guerras de Francia, me ha »enseñado por experiencia que ningun yerro hay tan »grave en la guerra como el que se comete en ordenar el exército para la batalla. Porque saber elegir »el tiempo y el lugar, disponer la gente por orden y »concierto, y fortificalla con competente socorro es »oficio de grandes capitanes. Mas victorias han ganado el ardid y maña que no las fuerzas. Nuestros enemigos, aunque menos en número, y de ningun valor como algunos antes de mí con muchas palabras »han querido dar á entender, estan bien pertrechados »y se aventajan en el puesto: por la misma razon los »cuernos de nuestro exército serán de ningun provecho, ya es tarde y poco queda del dia. Los soldados »estan cansados del camino, de estar tanto tiempo en »pie, del peso de las armas, flacos, sin comer ni beber »por estar los reales tan lexos. Por todo esto mi pare-

»cer es que no acometamos, sino que nos estemos »quedos: si los enemigos nos acometieren, pelearémos en campo abierto; si no se atrevieren, venida »la noche, los nuestros se repararán de comida, los »contrarios, muchos de necesidad desampararán el »campo por venir de rebato, sin mochila y sustento »mas de para el presente dia. De noche no tendrán »empacho de huir, de dia temerán ser notados de co»bardes. Yo aparejado estoy de no ser el postrero en »el peligro, qualquier parecer que se tome; pero si »no se pone freno á la osadía (Dios quiera que me »engañe mi pensamiento) témome que ha de ser cier»to nuestro llanto y perdicion, y la afrenta tal que »para siempre no se borrará." Al Rey parecíale bien este consejo; mas algunos señores mozos, orgullosos, sin sufrir dilacion, antes de tocar al arma acometieron á los enemigos, y los embistieron con gran corage y denuedo. Acudieron los demas por no los desamparar en el peligro. La batalla se trabó muy reñida, como en la que tanto iba. A los castellanos encendia el dolor y la injuria de habelles quitado el reyno: á los portugueses hacía fuertes el deseo de la libertad, y tener por mas pesado que la muerte estar sugetos al Rey de Castilla y á sus gobernadores. Los unos peleaban por quedar señores, los otros por no ser esclavos. Volaron primero los dardos y xaras, tras esto vinieron á las espadas: derramábase mucha sangre: peleaban los de á caballo mezclados con los de á pie sin que se mostrase nadie cobarde ni temeroso; defendian todos con esfuerzo el lugar que una vez tomaron, con resolucion de matar ó morir. El Rey de Castilla por su poca salud en una silla en que le llevaban en hombros á vista de todos, animaba á los suyos. El primer batallon de los enemigos comenzó á mostrar flaqueza y ciaba: queria ponerse en huida, quando visto el pe-

ligro, el de Portugal hizo adelantar el suyo diciendo á grandes voces entre los esquadrones: «Aqui está el »Rey: á dó vais soldados? qué causa hay de temer? »Por demas es huir, pues los enemigos os tienen to- »madas las espaldas: esperanza de vida no la hay sino »en la espada y valor. Estais olvidados que peleais por »el bien de vuestra patria? por la libertad, por vues- »tros hijos y mugeres? Vuestros enemigos solo el »nombre traen de Castilla, no el valor, que este per- »dióse el año pasado con la peste. No podréis resistir »á los primeros ímpetus de los bisoños, que traen no »armas, no fuerzas, sino despojos que dexaros? Poned »delante los ojos el llanto, la afrenta y calimidades »que de necesidad vendrán sobre los vencidos, y mi- »rad que no parezca me habeis querido dar la corona »de Rey para afrentarme, para burla, y para escar- »nio." Volvieron sobre sí los soldados animados con tales razones, acudieron á sus banderas y á ponerse en orden, con que dentro de poco espacio se trocó la suerte de la batalla. Los capitanes de Castilla fueron muertos á vista de su propio Rey sin volver atrás, la demas gente como la que quedaba sin capitanes y sin gobierno, murieron en gran número. El Rey por no venir á manos de sus enemigos subió de presto en un caballo, y salióse de la batalla: tras él los demas se pusieron en huida: fue grande la matanza, ca llegaron á diez mil los muertos, y entre ellos los que en valor y nobleza mas se señalaban. Don Pedro de Aragon hijo del condestable, don Juan hijo de don Tello, don Fernando hijo de don Sancho, ambos primos hermanos del Rey: Diego Manrique adelantado de Castilla, el mariscal Carrillo, Juan de Tovar almirante del mar, que en lugar de su padre poco antes le habian dado aquel cargo; y dos hermanos de Nuño Pereyra Pedro Alvarez de Pereyra maestre de Calatrava

y don Diego, que siguieron el partido y bando de Castilla: ultra destos Juan de Ria el embaxador del Rey de Francia indigno por cierto de tal desastre, y que causó grande lástima: hoy de sus decendientes y apellido en Borgoña viven muchos y muy nobles y ricos personages. Muchos se salvaron ayudados de la escuridad de la noche, que sobrevino y cerró poco despues de la pelea. Destos unos se recogieron al esquadron del maestre de Alcántara, que sin embargo de la rota tuvo fuerte por un buen espacio. Otros se encaminaron á don Carlos hijo del Rey de Navarra, que entrára en son de guerra por otra parte de Portugal, por no poderse hallar, ni allegar antes que se diese la batalla: los mas de la manera que pudieron, sin armas y sin orden se huyeron á Castilla. No costó á los portugueses poca sangre la victoria: no falta quien escriba faltaron dos mil de los suyos. El Rey de Castilla, sacadas fuerzas de flaqueza, sin tener cuenta con su poca salud, por la fuerza del miedo caminó toda la noche sin parar hasta Santaren, que dista por espacio de once leguas. De alli el dia siguiente en una barca por el rio Tajo se encaminó á su armada que tenia sobre Lisboa, y en ella alzadas las velas se partió sin dilacion. Llegó á Sevilla cubierto de luto y de tristeza: trage que continuó algunos años. Recibióle aquella ciudad con lágrimas mezcladas en contento; que si bien se dolian de aquel revés tan grande, holgaban de ver á su Rey libre de aquel peligro. Esta fue aquella memorable batalla en que los portugueses triumpharon de las fuerzas de Castilla, que llamaron de Aljubarrota porque se dió cerca de aquella aldea, pequeña en vecindad, pero muy celebrada y conocida por esta causa. Los portugueses cada un año celebraban con fiesta particular la memoria deste dia con mucha razon: el predicador desde el púlpito encarecia la

afrenta y la cobardía de los castellanos; por el contrario el valor y las proezas de su nacion con palabras á las veces no muy decentes á aquel lugar: acudia el pueblo con grande risa y aplauso, regocijo y fiesta mas para theatro y plaza que para iglesia: exceso en que todavia merecen perdon por la libertad de la patria que ganaron, y conservaron con aquella victoria. Los de Castilla se escusan comunmente, y dicen que la causa de aquel desman no fue el esfuerzo de los contrarios, no su valentía, sino el cansancio y hambre de los suyos por comenzar tan tarde la pelea: otros pretenden fue castigo de Dios (contra el qual no hay fuerzas bastantes) que tomó de los que despojaron el santuario muy devoto de Guadalupe: quieren decir que aquella sagrada Vírgen volvió por esta manera por su casa. Despues desta victoria todo Portugal se allanó al vencedor. Santaren y Berganza, y otros muchos pueblos y fuerzas qual por armas, qual de grado se rindieron; con que el nuevo Rey entabló su juego de guisa que el reyno que adquirió con poco derecho, le dexó firme y estable á sus sucesores: tanto puede y vale una buena cabeza, y en el aprieto una buena determinacion. Estuvo á esta sazon muy doliente el Rey de Aragon en Figueras. Su edad, que estaba adelante, y los trabajos contínuos le tenian quebrantado. Desque convaleció se mostró torcido con su hijo el infante don Juan. El pueblo cargaba á la Reyna, que tenia gran parte en estos desabrimientos, hasta persuadirse tenia enhechizado y fuera de sí á su marido. El hijo mal contento se salió de la corte: llamó en su favor y del conde de Ampurias despojado gente de Francia, que fue nueva ofensa. El Rey por esto le quitó la procuracion y gobernacion del reyno que solian tener los hijos herederos de aquellos Reyes. En Aragon, segun que de suso queda dicho, de tiempo

antiguo tienen un magistrado y juez que llaman el Justicia de Aragon, para defensa de sus libertades y fueros, y para enfrenar el poder y desaguisados que hacen los Reyes, á la manera que en Roma los tribunos del pueblo defendian y amparaban los particulares de cualquier demasía y insolencia. Hizo pues el infante recurso al Justicia para que le desagraviase de las injurias y injusticias que le hacían el Rey al descubierto, y de callada la Reyna. El Justicia le amparó como á despojado violentamente en la posesion de aquel oficio y preeminencia hasta el conocimiento de la causa: debate que tuvo principio el año presente, y se concluyó el siguiente. Volvamos á tratar lo que sucedió en Castilla y en Portugal despues de aquella memorable y famosa jornada.

CAPITULO X.

Que los portugueses hicieron entrada en Castilla.

Nueva causa de temor y de cuidado, sobre las pérdidas pasadas y el sentimiento muy grande, sobrevino al Rey de Castilla y á los suyos: muestra de las alteraciones á que estan sugetas todas las cosas debaxo del cielo, y argumento de que las adversidades no paran en poco, de un mal se tropieza en otro sin poderse reparar. Los portugueses como hombres denodados que son, resueltos de executar la victoria y seguir su buena ventura, acordaron lo primero de enviar una solemne embaxada á Inglaterra para hacer liga con el duque de Alencastre, pretensor antiguo de la corona de Castilla por via de su muger. Que las fuerzas de Castilla con dos pérdidas muy grandes y juntas, quedaban quebrantadas, los ánimos otro que tal, muy flacos y muy caidos: que si juntaba sus

fuerzas con las de Portugal, podia tener por muy segura la victoria, y por concluida su pretension. Entretanto que andaban estas tramas y se sazonaban, por no estar ociosos, y no dar lugar á los contrarios de rehacerse y alentarse, acordaron otrosí de continuar la guerra; el nuevo Rey de Portugal para sugetar lo que restaba, correr por todo el reyno las reliquias y restante de los castellanos, como lo hizo muy cumplidamente. Su condestable Nuño Pereyra con buen número de gente rompió por las tierras del Andalucía haciendo correrías, mal y daño, presas por todas partes. Salieron al encuentro Pero Muñiz maestre de Santiago, y Gonzalo Nuñez de Guzman que ya era maestre de Calatrava, y el conde de Niebla, y con lo que quedaba de la pérdida pasada, encerraron á los enemigos que traian menos gente, y los cercaron como con redes cerca de un lugar llamado Valverde. Ellos visto su peligro, comenzaron á temer y pedir partido; mas tambien la fortuna aqui les favoreció por un caso no pensado, que al principio de la refriega mataron el caballo al maestre de Santiago y despues á él mismo. Por tanto atemorizados los demas rehusaron la pelea como cosa desgraciada, y los portugueses se volvieron sin daño á su tierra, alegres y ricos con la presa que llevaban. Al condestable Nuño Pereyra por sus buenos servicios le dió el nuevo Rey el condado de Barcelos. En lugar de Pero Muñiz hizo el Rey de Castilla maestre de Santiago á Garci Fernandez de Villagarcía. Restaba la guerra que amenazaba de parte de los ingleses, que ponia al Rey de Castilla en mayor cuidado de cómo se defenderia. Vínose de Sevilla á Valladolid para hacer cortes. El deseo de venganza y reputacion suele calmar en semejantes aprietos: acudió don Carlos hijo del Rey de Navarra, príncipe valeroso, y agradeci-

do para con su cuñado. Acordaron que se hiciesen de nuevo levas de gente en mayor número que hasta alli: que se armasen los vasallos conforme á la posibilidad de cada qual: que se hiciesen rogativas para aplacar á Dios en lugar del luto que traía el Rey y le templó á suplicacion de las cortes: que dentro y fuera del reyno procurasen ayudas, y tambien dinero, de que padecian gran falta. Para esto juzgaban que en Francia tendrian muy cierto el favor y amparo. Despacharon embaxadores, personas muy nobles,
1386. sobre esta razon. Llegados al principio del año de mil y trecientos y ochenta seis, en París delante del Rey y sus grandes con palabras lastimosas declararon el trabajo de su patria: que demas de los daños pasados, tales y tan grandes, de Inglaterra se les armaba de nuevo otra tempestad, la qual si á los principios no se atajaba, á manera de fuego que de una casa salta en otras, primero abrasada toda España, pasaria dende á Francia: que les pesaba mucho de estar reducidos á tal término que fuesen compelidos á serles tantas veces cargosos sin merecerlo sus servicios, que confesaban ser ningunos, ó cortos por no dar lugar á ello los tiempos: que tenian en la memoria que don Enrique su señor adquirió aquel reyno con las fuerzas de Francia: la merced hecha al padre era justo continualla en su hijo, y pensar que desta guerra no dependia sola la reputacion y autoridad, sino la libertad, la vida y todo su estado, de que sin duda, si fuesen vencidos, serían despojados. Los grandes de Francia que presentes se hallaron, con su acostumbrada nobleza todos muy de corazon y voluntad consultados respondieron que se debia dar el socorro que aquel Rey su aliado y amigo pedia; en particular acordaron que fuese de dos mil caballos, y por capitan dellos Luis de Borbon tio del Rey de Francia

de parte de madre, y cien mil florines para las primeras pagas. Añadieron que si este socorro no bastase para la presente necesidad, prometian que el mismo Rey en persona acudiria con todas las fuerzas y poderes de Francia, y tomaria á su cargo la querella (1). El Pontífice Clemente eso mismo desde Aviñon escribió al Rey don Juan una carta en que le consolaba con razones y exemplos tomados de los libros sagrados y de historias antiguas. Don Pedro conde de Trastamara primo hermano del Rey, que se pasára en tiempo de la guerra de Portugal del exército real á Coimbra, y de allí á Francia, volvió á esta sazon á España ya perdonado. Poca ayuda era toda esta por estar ya las fuerzas apuradas, la tardanza de los ingleses dió entonces la vida; con que la llaga se iba sanando. El Rey de Portugal se armó de nuevo, y puso cerco sobre Coria: no la pudo ganar á causa que le entró gente de socorro; solo volvió á su reyno cargado de despojos. En Segovia se tornaron á juntar cortes de Castilla á propósito de dar orden en las derramas que convenian hacerse para recoger dinero (2). En estas cortes publicó el Rey un escrito en forma de ley, en que pretende animar y unir sus vasallos para tomar las armas en su defensa y deshacer la pretension del duque de Alencastre. Entre otras razones que alega, una es la violencia de que usó el Rey don Sancho el Bravo contra sus sobrinos los hijos del infante don Fernando: el deudo que él mismo tenia con su muger, en que en su vida nunca fue dispensado: la ilegitimidad de las hijas del Rey don

(1) Esta carta está en latin al fin de las de Ped. Blesen. y en romance en la Coron. de este Rey año 8, cap. 3.
(2) Ord. 8, entre sus prematic

Pedro, como habidas en su combleza durante el matrimonio de la Reyna doña Blanca: por el contrario funda su derecho en el consentimiento del pueblo, que dió la corona á su padre, y en la sucesion de los Cerdas despojados á tuerto. La verdad era que la Reyna su madre fue nieta de don Fernando de la Cerda hijo menor del infante don Fernando, y nieto del Rey don Alonso el Sabio, y por muerte de otros deudos quedó sola por heredera de sus estados y acciones. No debió de hacer cuenta de don Alonso de la Cerda hijo mayor del dicho infante, ni de su sucesion por la renunciacion que él mismo los años pasados hizo de sus derechos y acciones. Aceptó el de Alencastre el partido que de Portugal le ofrecian, resuelto de aprovecharse de la ocasion que el tiempo le presentaba: intentó pasar por Aragon, y el de Castilla desque lo supo, de impedillo; sobre lo qual de entrambas partes se enviaron embaxadores á aquel Rey. Despedido pues de tener aquel paso, en una armada pasó de Inglaterra á España. Aportó á la Coruña á los veinte y seis de julio. Entró en el puerto, en que halló y tomó seis galeras de Castilla: el pueblo no le pudo forzar á causa que el gobernador que alli estaba, por nombre Fernan Perez de Andrada natural de Galicia le defendió con mucho valor y lealtad. Eran los ingleses mil y quinientos caballos, y otros tantos archeros (ca los ingleses son muy diestros en flechar) poca gente, pero que pudiera hacer grande efecto si luego se juntáran con la de Portugal. Los dias que en aquel cerco de la Coruña se entretuvieron, fueron de gran momento para los contrarios, si bien ganaron algunos pueblos en Galicia: la misma ciudad de Santiago, cabeza de aquel estado y reyno, se les rindió; si por temor no la forzasen, si por deseo de novedades, no se puede averiguar. Lo mismo

hicieron algunas personas principales de aquella tierra; que se arrimaron á los ingleses. Tenian por cierta la mudanza del príncipe y del estado, y para mejorar su partido acordaron adelantarse y ganar por la mano: traza que á unos sube y á otros abaxa. El de Alencastre á ruegos del Portugues pasó finalmente á Portugal. Echó anclas á la boca del rio Duero. Tuvieron los dos habla en aquella ciudad de Portu, en que trataron á la larga de todas sus haciendas. Venian en compañía del duque su muger doña Costanza y su hija doña Cathalina, y otras dos hijas de su primer matrimonio, Philipa y Isabel. Acordaron para hacer la guerra contra Castilla de juntar en uno las fuerzas: que ganada la victoria, de que no dudaban, el reyno de Castilla quedase por el Ingles que ya se intitulaba Rey; para el Portugues en recompensa de su trabajo señalaron ciertas ciudades y villas: mostrábanse liberales de lo ageno, y antes de la caza repartian los despojos de la res. Para mayor seguridad y firmeza de la alianza concertaron que doña Philipa casase con el nuevo Rey de Portugal, á tal que el Pontífice Urbano dispensase en el voto de castidad, con que aquel príncipe se ligára como maestre de Avis á fuer de los caballeros de Calatrava. Grande torbellino venia sobre Castilla, en gran riesgo se hallaba: los Santos sus patrones la ampararon; que fuerzas humanas ni consejo en aquella coyuntura no bastáran. Hallábase el Rey de Castilla en Zamora ocupado en apercebirse para la defensa, acudia á todas partes con gente que le venia de Francia y de Castilla: publicó un edicto en que daba las franquezas de hidalgos á los que á sus espensas con armas y caballo sirviesen en aquella guerra por espacio de dos meses: notable aprieto. A don Juan García Manrique arzobispo de Santiago despachó con buen número de soldados pa-

ra que fortaleciese á Leon, ca cuidaban que el primer golpe de los enemigos sería contra aquella ciudad por estar cerca de lo que los ingleses dexaron ganado. Todo sucedió mejor que pensaban. El ayre de aquella comarca no muy sano, y la destemplanza del tiempo sugeto á enfermedades, fue ocasion que la tierra probase á los estraños, de guisa que de dolencias se consumió la tercera parte de los ingleses. Ademas que como salian sin orden y desbandados á buscar mantenimientos y forrage, los villanos y naturales cargaban sobre ellos y los destrozaban; que fue otra segunda peste no menos brava que las dolencias. Asi se pasó aquel estío sin que se hiciese cosa alguna señalada, mas de que entre los príncipes anduvieron embaxadas. El Ingles con un rey de armas envió á desafiar al Rey de Castilla, y requerille le desembarazase la tierra, y le dexase la corona que por toda razon le tocaba. Él de Castilla despachó personas principales, uno era Juan Serrano prior de Guadalupe (ya aquella santa casa era de Gerónimos) para que en Orense do el duque estaba, le diesen á entender las razones en que su derecho estribaba. Hicieron ellos lo que les fue ordenado. La suma era que doña Costanza su muger era tercera nieta del Rey don Sancho, que se alzó á tuerto con el reyno contra su padre don Alonso el Sabio; por lo qual le echó su maldicion como á hijo rebelde, y le privó del reyno, que restituyó á los Cerdas, cuya era la sucesion derechamente, y de quien decendia el Rey su señor. Otras muchas razones pasaron. No se trató de doña María de Padilla, ni de su casamiento, creo por huir la nota de bastardía que á entrambas las partes tocaba. Repiquetes de broquel para en público; que de secreto el prior de parte de su Rey movió otro partido mas aventajado al duque, de casar su hija y de

doña Costanza con el infante don Enrique que por este camino se juntaban en uno los derechos de las partes: atajo para sin dificultad alcanzar todo lo que pretendian, que era dexar á su hija por Reyna de Castilla. No desagradó al Ingles esta traza, que venia tan bien y tan á cuento á todos, si bien la respuesta en público fue que á menos de restituille el reyno, no dexaria las armas, ni daria oido á ningun género de concierto: aun no estaban las cosas sazonadas.

CAPITULO XI.

Como fallecieron tres Reyes.

En este estado se hallaban las cosas de Castilla, para caidas y tantos reveses tolerable. El ver que se entretenian, y los males no los atropellaban en un punto, de presente los consalaba, y la esperanza para adelante de mejorar su partido hacia que el enemigo ya no les causase tanto espanto. A esta sazon en lugares asaz diferentes y distantes casi á un mismo tiempo sucedieron tres muertes de Reyes todos príncipes de fama. En Hungria dieron la muerte á Carlos Rey de Nápoles á los quatro de junio con una partesana que le abrió la cabeza. El primer dia de enero luego siguiente, principio del año mil y 1387.
trecientos y ochenta y siete, falleció en Pamplona don Carlos Rey de Navarra, Segundo deste nombre, bien es verdad que algunos señalan el año pasado; mas porque concuerdan en el dia, y señalan nombradamente que fue martes, será forzoso no los creamos. Su cuerpo sepultaron en la iglesia mayor de aquella ciudad. Quatro dias despues pasó otrosí desta vida en Barcelona el Rey de Aragon don Pedro, Quarto deste nombre: su edad de setenta y cinco

años; dellos reynó por espacio de cincuenta y un años menos diez y nueve dias. Era pequeño de cuerpo, no muy sano, su ánimo muy vivo, amigo de honra, y de representar en todas sus cosas grandeza y magestad, tanto que le llamaron el Rey don Pedro el Ceremonioso. Mantuvo guerra á grandes príncipes sin socorro de estraños solo con su valor y buena maña: en llevar las pérdidas y reveses daba clara muestra de su grande ánimo y valor. Estimó las letras y los letrados; aficionóse mas particularmente á la astrología y á la alchimia, que enseña la una á adevinar lo venidero, la otra mudar por arte los metales, si las debemos llamar ciencias y artes, y no mas aina embustes de hombres ociosos y vanos. Sepultáronle en Barcelona de presente: de alli le trasladaron á Poblete, segun que lo dexó mandado en su testamento. Al Rey de Nápoles acarreó la muerte el deseo de ensanchar y acrecentar su estado. Los principales de Hungría por muerte de Luis su Rey le convidaron con aquella corona como al deudo mas cercano del difunto: acudió á su llamado. La Reyna viuda le hospedó en Buda magnificamente; las caricias fueron falsas, porque en un banquete que le tenia aparejado, le hizo alevosamente matar: tanto pudo en la madre el dolor de verse privada de su marido, y á su hija María excluida de la herencia de su padre. De su muger Margarita, cuya hermana Juana casó con el infante de Navarra don Luis, segun que de suso queda apuntado, dexó dos hijos, á Ladislao y á Juana Reyes de Nápoles uno en pos de otro, de que resultaron en Italia guerras y males: el hijo era de poca edad, la hija muger, y de poca traza. El de Navarra de dias atrás estaba doliente de lepra, corrió la fama que murió abrasado: usaba por consejo de médicos de baños y fomentaciones de pie-

dra zúfre: cayó acaso una centella en los lienzos con que le envolvian: emprendióse fuego, con que en un punto se quemaron las cortinas del lecho y todo lo al. Dióse comunmente crédito á lo que se decia en esta parte, por su vida poco concertada, que fue cruel, avaro, y suelto en demasía en los apetitos de su sensualidad. Su hija menor por nombre doña Juana ya el setiembre pasado era ida por mar á verse con su esposo Juan de Monforte duque de Bretaña. Tuvo esta señora noble generacion, quatro hijos, sus nombres Juan, Artus, Guillelmo, Ricardo, y tres hijas. Sucedió en la corona de Navarra el hijo del defunto, que se llamó asi mismo don Carlos, casado con hermana del Rey de Castilla y amigo suyo muy grande. Con la nueva de la muerte de su padre de Castilla se partió á la hora para Navarra, y hechas las exêquias al difunto, y tomada la corona, hizo que en las cortes del reyno declarasen al Papa Clemente por verdadero Pontífice, que hasta entonces á exemplo de Aragon se estaban neutrales sin arrimarse á ninguna de las partes. Los maliciosos, como es ordinario en todas las cosas nuevas, y el vulgo que no perdona nada ni á nadie, sospechaban y aun decian que en esta declaracion se tuvo mas cuenta con la voluntad de los Reyes de Francia y de Castilla que con la equidad y razon. El Rey de Castilla asi mismo en gracia del nuevo Rey, y por obligalle mas, quitó las guarniciones que tenia de castellanos en algunas fortalezas y plazas de Navarra en virtud de los acuerdos pasados, y para que la gracia fuese mas colmada, le hizo suelta de gran cantía de moneda que su padre le debia: obras de verdadera amistad. Con que alentado el nuevo Rey volvió su ánimo á recobrar de los Reyes de Inglaterra y de Francia muchas plazas que en Normandia y en otras partes

quitaron á tuerto á su padre. Acordó enviar al uno y al otro embaxadas sobre el caso. Podíase esperar qualquier buen suceso por ser ellos tales que á porfia se pretendian señalar en todo género de cortesía y humanidad: contienda entre príncipes la mas honrosa y real. Ademas que la nobleza del nuevo Rey, su liberalidad, su muy suave condicion, junto con las demas partes en que á ninguno reconocia ventaja, prendaban los corazones de todo el mundo; en que se mostraba bien diferente de su padre. El sobrenombre que le dieron de Noble, es desto prueba bastante. En doña Leonor su muger tuvo las infantas Juana, María, Blanca, Beatriz, Isabel. Los infantes Carlos y Luis fallecieron de pequeña edad. Don Jofre, habido fuera de matrimonio, adelante fue mariscal, y marques de Cortes, primera cepa de aquella casa. Otra hija por nombre doña Juana casó con Iñigo de Zúñiga caballero de alto linage. En Aragon el infante don Juan se coronó asi mismo despues de la muerte de su padre: fue príncipe benigno de su condicion y manso, si no le atizaban con algun desacato. No se halló al entierro ni á las honras de su padre, por estar á la sazon doliente en la su ciudad de Girona de una enfermedad que le llegó muy al cabo. Por lo mismo no pudo atender al gobierno del reyno, que estaba asaz alborotado por la prision que hicieron en las personas de la Reyna viuda doña Sibyla, y de Bernardo de Forcia su hermano y de otros hombres principales, que todos por miedo del nuevo Rey se pretendian ausentar. A la Reyna cargaban de ciertos bebedizos, que atestiguaba dió al Rey su marido un judío, testigo poco calificado para caso y contra persona tan grave. Pusieron á qüestion de tormento a los que tenian por culpados, y como á convencidos los justiciaron. A la Reyna y á su hermano

condenaron otrosí á tortura; mas no se executó tan grande inhumanidad: solo la despojaron de su estado, que le tenia grande, y para sustentar la vida le señalaron cierta cantía de moneda cada un año. Luego que el nuevo Rey se coronó y entró en el gobierno, la primera cosa que trató, fue del scisma de los Pontífices: asi lo dexó su padre en su testamento mandado so pena de su maldicion, si en esto no le obedeciese. Hobo su acuerdo con los prelados y caballeros que juntos se hallaban en Barcelona: los pareceres fueron diferentes, y la qüestion muy reñida; finalmente se concertaron en declararse por el Papa Clemente, como lo hicieron á los quatro de febrero con aplauso general de todos. Con esto casi toda España quedaba por él, en que su partido y obediencia se mejoró grandemente. Para todo fue gran parte la mucha autoridad y diligencia de don Pedro de Luna cardenal de Aragon y legado de Clemente en España, que para salir con su intento no dexó piedra que no moviese. Don Juan conde de Ampurias era vuelto á Barcelona: asegurábale la estrecha amistad que tuvo con aquel Rey en vida de su padre, la fortuna que corrió por su causa. Suelen los Reyes poner en olvido grandes servicios por pequeños disgustos, y recompensar la deuda, en especial si es muy grande, con suma ingratitud. Echáronle mano y pusiéronle en prision: el cargo que le hacían, y lo que le achacaban, era que intentó valerse contra Aragon para recobrar su estado de las fuerzas de Francia: grave culpa, si ellos mismos á cometella no le forzáran. Los alborotos de Cerdeña ponian en mayor cuidado: consultaron en qué forma los podrian sosegar; ofreciase buena ocasion por estar los sardos cansados de guerras tan largas, y que deseaban y suplicaban al Rey pusiese fin á tantos tra-

bajos. Acordó el Rey de enviar por gobernador de aquella isla á don Ximen Perez de Arenos su camarero. Llegado se concertó con doña Leonor Arborea en su nombre y de su hijo Mariano que tenia de su marido Brancaleon Doria, en esta forma: que el juzgado de Arborea les quedase para siempre por juro de heredad: para los demas pueblos á que pretendian derecho, se nombrasen jueces á contento de las partes, con seguridad que estarían por lo sentenciado: los pueblos y fortalezas de que durante la guerra se apoderaron por fuerza, y en que tenian guarniciones, los restituyesen al patrimonio real y á su señorío. Firmaron las partes estas capitulaciones, con que por entonces se dexaron las armas, y se puso fin á una guerra tan pesada.

CAPITULO XII.

De la paz que se hizo con los ingleses.

Las pláticas de la paz entre Castilla y Inglaterra iban adelante, y sin embargo se continuaba la guerra con la misma porfía que antes. Seiscientos ingleses á caballo y otros tantos flecheros (que los demas de peste y de mal pasar eran muertos) se pusieron sobre Benavente. Los portugueses eran dos mil de á caballo y seis mil de á pie. El gobernador que dentro estaba, por nombre Alvaro Osorio, defendió muy bien aquella villa, y aun en cierta escaramuza que trabó, mató gente de los contrarios. El Rey de Castilla avisado por la pérdida pasada no se quería arriscar, antes por todas las vias posibles escusaba de venir á batalla. El cerco con esto se continuaba, en que algunos pueblos de aquella comarca vinieron á poder de los enemigos. El provecho no era tanto quanto el daño que hacía la peste en los estraños, y

la hambre que padecian á causa que los naturales parte alzaron, parte quemaron las vituallas, vista la tempestad que se armaba. Por esto pasados dos meses en el cerco sin hacer efecto de mucha consideracion, juntos portugueses é ingleses por la parte de Ciudadrodrigo se retiraron á Portugal. Los soldados afloxaban enfadados con la tardanza, y causados con los males: olían otrosí que entre los príncipes se trataba de hacer paces, que les era ocasion muy grande para descuidar. Los mas deseaban dar vuelta á su tierra como es cosa natural, en especial quando el fruto no responde á las esperanzas. Apretábase el tratado de la paz; que estas ocasiones todas la facilitaban mas. Asi el Rey de Castilla por tener el negocio por acabado, despidió los socorros que le venian de Francia, y todavia si bien llegaron tarde, y fueron de poco provecho, les hizo enteramente sus pagas, parte en dinero de contado, que se recogió del reyno con mucho trabajo, parte en cédulas de cambio. Despachó otrosí sus embaxadores al Ingles con poderes bastantes para concluir. Hallábase el duque en Troncoso, villa de Portugal. Alli recibió cortesmente los embaxadores, y les dió apacible respuesta. A la verdad á todos venia bien el concierto: á los soldados dar fin á aquella guerra desgraciada para volverse á sus casas, al duque porque por medio de aquel casamiento que se trataba, hacía á su hija Reyna de Castilla, que era el paradero del debate y todo lo que podia desear. Asentaron pues lo primero que aquel matrimonio se efectuase: señalaron á la novia por dote á Soria, Atienza, Almazan y Molina: á la duquesa su madre dieron en el reyno de Toledo á Guadalaxara, y en Castilla á Medina del Campo y Olmedo: al duque quedaron de contar á ciertos plazos seiscientos mil florines por una vez;

y por toda la vida suya y de la duquesa doña Costanza quarenta mil florines cada un año. Esta es la suma de las capitulaciones y del asiento que tomaron. Sintiólo el Rey de Portugal á par de muerte, ca no se tenia por seguro si no quitaba la corona á su competidor: bufaba de corage y de pesar. Por el contrario el de Alencastre se tenia por agraviado dél, y se quexaba que antes de venir la dispensacion hobiese consumado el matrimonio con su hija. Por esto, y para con mas libertad concluir y proceder á la execucion de lo concertado, de la ciudad de Portu se partió por mar para Bayona la de Francia mal enojado con su yerno. A la hora los pueblos de Galicia que se tenian por los ingleses, con aquella partida tan arrebatada volvieron al señorío de su Rey. Los caballeros otrosí que se arrimaron á ellos, alcanzado perdon de su falta, se reduxeron, prestos de obedecer en lo que les fuese mandado. Sosegaron con esto los ánimos del reyno: los miedos de unos, las esperanzas de otros se allanaron, trazas mal encaminadas sin cuento, finalmente una avenida de grandes males. Hallábase el Rey de Castilla para acudir á las ocurrencias de la guerra lo mas ordinario en Salamanca y Toro. Despachó de nuevo embaxadores á Bayona para concluir últimamente, firmar y jurar las escrituras del concierto. La mayor dificultad era la del dinero para hacer pagado al de Alencastre y cumplir con él. La suma era grande, y el reyno se hallaba muy gastado con los gastos de guerra tan larga y desgraciada, y con las derramas que forzosamente se hicieron. Para acudir á esto se juntaron cortes en Briviesca por principio del año de
1388. mil y trecientos y ochenta y ocho. Mostróse el Rey muy humano para grangear á sus vasallos, y para que le acudiesen en aquel aprieto. Otorgó con ellos

en todo lo que le suplicaron, en particular que la audiencia ó châncillería se mudase (1): los seis meses del verano residiese en Castilla, los otros seis meses en el reyno de Toledo, que no sé yo si finalmente se pudo executar. Acordaron para llegar el dinero de repartir la cantidad por haciendas: imposicion grave, de que no eximian á los hidalgos, ni aun á los eclesiásticos: nó parecia contra razon que al peligro comun todos sin excepcion ayudasen. Los señores y gente mas granada llevaban esto muy mal, ca temian deste principio no les atropellasen sus franquezas y libertades; que aprietos y necesidades nunca faltan, y la presente siempre parece la mayor: al fin se dexó este camino que era de tanta ofension, y se siguieron otras trazas mas suaves y blandas. Despedidas las cortes, se vieron los Reyes de Castilla y Navarra primero en Calahorra, y despues en Navarrete: trataron de sus haciendas y renovaron su amistad. Acompañó á su marido la Reyna doña Leonor, y con su beneplácito se quedó en Castilla para probar si con los ayres naturales (remedio muy eficaz) podia mejorar de una dolencia larga, y que mucho la aquexaba. A la verdad ella estaba descontenta, y buscaba color para apartar aquel matrimonio, segun que se vió adelante. Partido el Rey de Navarra, y firmados los conciertos, el Rey de Castilla señaló la ciudad de Palencia (por ser de campaña abundante, y porque en Burgos y toda aquella comarca todavia picaba la peste) para tener cortes y celebrar los desposorios de su hijo. Traxeron á la donella caballeros y señores que envió el Rey hasta la raya del reyno para acompañalla. Celebráronse los desposo-

(1) Ord. 13. pet. 27.

rios con real magnificencia. Las edades eran desiguales: don Enrique de diez años, su esposa doña Catbalina de diez y nueve: cosa de ordinario sugeta á inconvenientes y daños. Los hijos herederos de los Reyes de Inglaterra se llaman príncipes de Gales. A imitacion desto quiso el Rey que sus hijos se llamasen príncipes de las Asturias, demas que les adjudicó el señorío de Baeza y de Andújar: costumbre que se continuó adelante, que los hijos herederos de Castilla se intitulen príncipes de las Asturias; y así los llamará la historia. En las cortes lo principal que se trató, fue de juntar el dinero para las pagas del duque de Alencastre. Dióse traza que se repartiese un emprestido entre las familias que antes eran pecheras, sin tocar á los hidalgos, doncellas, viudas y personas eclesiásticas. En recompensa otorgó el Rey muchas cosas, en particular que á los que sirvieron en la guerra de Portugal, como queda dicho arriba, los mantuviesen en sus hidalguías. Administrábanse los cambios en nombre del Rey: suplicóle el reyno que para recoger el dinero que pedia, lo encomendase á las ciudades. Hecho el asiento y las paces, la duquesa doña Costanza hija del Rey don Pedro, dexado el apellido de Reyna, con licencia del Rey, y para verse con él, por el mes de agosto pasó por Vizcaya y vino á Medina del Campo. Allí fue muy bien recebida y festejada, como la razon lo pedia. Para mas honralla demas de lo concertado le dió el Rey por su vida la ciudad de Huete: dádiva grande y real, mas pequeña recompensa del reyno, que á su parecer le quitaban. Presentáronse así mismo (aunque en ausencia) magníficamente el Rey y el duque, en particular el duque envió al Rey una corona de oro de obra muy prima con palabras muy corteses; que pues le cedia el reyno, se sirviese

tambien de aquella corona que para su cabeza labrára. Partiéronse despues desto la duquesa para Guadalaxara, cuya posesion tomó por principio del año de mil y trecientos y ochenta y nueve: el Rey se 1389.
quedó en Madrid. Allí vinieron nuevos embaxadores de parte del duque de Alencastre para rogalle se viesen á la raya de Guiena y de Vizcaya. No era razon tan al principio de la amistad negalle lo que pedia. Vino en ello, y con este intento partió para allá. En el camino adoleció en Burgos, con que se pasó el tiempo de las vistas y á él la voluntad de tenellas. Todavia llegó hasta Victoria, de donde despidió á la duquesa doña Costanza para que se volviese á su marido. En su compañía para mas honralla envió á Pero Lopez de Ayala y al obispo de Osma, y á su confesor fray Hernando de Illescas de la orden de San Francisco con orden de escusalle con el duque de la habla por su poca salud, y por los montes que caían en el camino cubiertos de nieve y ásperos. La puridad era que el Rey temia verse con el duque por tener entendido le pretendia apartar de la amistad de Francia: temia descompadrar con el duque, si no concedia con él; por otra parte se le hacía muy cuesta arriba romper con Francia, de quien él y su padre tenian todo su ser: los beneficios eran tales y tan frescos, que no se dexaban olvidar. No le engañaba su pensamiento, antes el duque perdída la esperanza de verse con el Rey, comunicó sobre este punto con los embaxadores. La respuesta fue que no traían de su Rey comision de asentar cosa alguna de nuevo: que le darian cuenta para que hiciese lo que bien le estuviese. Con tanto se volvieron á Victoria, sin querer aun venir en que los ingleses pudiesen (como las demas naciones) visitar la iglesia del apóstol Santiago. Esto pareciera grande estrañe-

za, si no temieran por lo que antes pasára, no alterasen la tierra con su venida ellos y sus aficionados, que siempre quedan de revueltas semejantes, por la memoria del Rey don Pedro, y por el tiempo que los ingleses poseyeron aquella comarca. Por este tiempo á los trece de marzo en Zaragoza al abrir las zanjas de cierta parte que pretendian levantar en el templo de Santa Engracia, muy famoso y de mucha devocion en aquella ciudad, acaso hallaron debaxo de tierra dos lucillos muy antiguos con sus letras, el uno de Santa Engracia, el otro de San Lupercio. Alegróse mucho la ciudad con tan precioso tesoro, y haber descubierto los santos cuerpos de sus patrones, prenda muy segura del amparo que por su intercesion esperaban del cielo alcanzar. Hiciéronse fiestas y procesiones con toda solemnidad para honrar los Santos, y en ellos y por ellos á Dios, autor y fuente de toda santidad.

CAPITULO XIII.

La muerte del Rey don Juan.

Las vistas del Rey de Castilla y duque de Alencastre se dexaron: juntamente en Francia se asentaron treguas entre franceses é ingleses por término de tres años. Pretendian estas naciones cansadas de las guerras que tenian entre sí, con mejor acuerdo despues de tan largos tiempos de consuno volver sus fuerzas á la guerra sagrada contra los infieles. Juntáronse pues, y desde Génova pasaron en Berbería: surgieron á la ribera de Aphrodisio, ciudad que vulgarmente se llamó Africa: pusiéronla cerco y batiéronla; el fruto y suceso no fue conforme al aparato que hicieron ni á las esperanzas que llevaban. España no

acababa de sosegar: en la confederacion que se hizo con los ingleses, se puso una cláusula como es ordinario, que en aquellas paces y concierto entrasen los aliados de qualquiera de las partes. Juntáronse cortes de Castilla en Segovia: acordaron entre otras cosas se despachasen embaxadores á Portugal para saber de aquel Rey lo que en esto pensaba hacer. La prosperidad si es grande saca de seso aun á los muy sabios, y los hace olvidar de la instabilidad que las cosas tienen: estaba resuelto de continuar la guerra, y romper de nuevo por las fronteras de Galicia. Solo por la mucha diligencia de fray Hernando de Illescas uno de los embaxadores, persona en aquella era grave y de traza, se pudo alcanzar que se asentasen treguas por espacio de seis meses. Falleció á esta sazon en Roma á los quince de octubre el Papa Urbano Sexto. En su lugar dentro de pocos dias los cardenales de aquella obediencia eligieron al cardenal Pedro Tomacello natural de Nápoles: llamóse Bonifacio Nono. El Portugues luego que espiró el tiempo de las treguas, con sus gentes se puso sobre Tuy ciudad de Galicia, puesta sobre el mar á los confines de Portugal. Apretaba el cerco, y talaba y robaba la comarca sin perdonar á cosa alguna. El Rey de Castilla ostigado por las pérdidas pasadas no queria venir á las manos, ni aventurarse en el trance de una batalla con gente que las victorias pasadas la hacían orgullosa y brava. Acordó empero enviar con golpe de gente á don Pedro Tenorio arzobispo de Toledo (1), y á Martin Yañez maestre de Alcántara, ambos portugueses, para meter socorro á los cercados: llegaron tarde en sazon que hallaron la ciudad perdída y en poder

(1) Coron. del Rey don Juan I. año. XI. cap. 5.

del enemigo; todavia su ida no fue en vano, ca movieron tratos de concierto, y finalmente por su medio se asentaron treguas de seis años con restitucion de la ciudad de Tuy, y de otros pueblos que durante la guerra de la una y de la otra parte se tomaron. El
1390. año que se contó de nuestra salvacion de mil y trecientos y noventa, fue muy notable para Castilla por las cortes que en él se juntaron de aquel reyno en la ciudad de Guadalaxara, las muchas cosas y muy importantes que en ellas se ventilaron y removieron. Lo primero el Rey acometió á renunciar el reyno en el príncipe su hijo: decia que hecho esto, los portugueses vendrian fácilmente en recebir por sus Reyes á él y á la Reyna doña Beatriz su muger. Sueñan los hombres lo que desean: reservaba para sí las tercias de las iglesias que le concediera el Papa Clemente á imitacion de su competidor Urbano, que hizo lo mismo con el Ingles: cada qual con semejantes gracias pugnaba de grangear las voluntades de los príncipes de su obediencia. Reservábase otrosí á Sevilla, Córdova, Jaen, Murcia y Vizcaya. No vinieron en esto los grandes ni las cortes. Decian que se introducia un exemplo muy perjudicial, que era dexar el gobierno el que tenia edad y prudencia bastante, y cargar el peso á un niño, incapaz de cuidados: que de los portugueses no se debia esperar harian virtud de grado, si su daño no los forzaba: que los tiempos se mudan, y si una vez ganaron, otra perderian, pues la guerra lo lleva asi. En segundo lugar se trató de los que faltaron á su Rey, y se arrimaron durante la guerra al partido de Portugal: acordaron se diese perdon general; confiaban que los revoltosos con sus buenos servicios recompensarian la pasada deslealtad. ademas que la culpa tocaba á muchos. Solo quedó exceptuado desta gracia el conde de Gijon, y en las

prisiones que antes le tenian. Su culpa era muy calificada, y de muchas recaidas; el Rey mal enojado, y aun si el exemplo del Rey don Pedro no le enfrenára, que se perdió por semejantes rigores, se entiende acabára con él, que perro muerto no ladra. Demas desto se acordó que el reyno sirviese al Rey con una suma bastante para el sustento y paga de la gente ordinaria de guerra, porque acabadas las guerras se derramaban por los pueblos, comian á discrecion, robaban, y rescataban á los pobres labradores: estado miserable. Para que esto se executase mejor, reformaron el número de los soldados en guisa que restasen quatro mil hombres de armas, mil y quinientos ginetes, mil archeros con la gente necesaria para su servicio. Que esta gente estuviese presta para la defensa del reyno, y se sustentasen de su sueldo, sin vagar, ni salir de sus guarniciones ni de las ciudades que les señalasen. Desta manera se puso remedio á la soltura de los soldados; y para aliviar los gastos baxaron el sueldo, que recompensaron con privilegios y libertades que les dieron. Quitaron la licencia á los naturales de ganar sueldo de ningun príncipe estraño: ley saludable, y que los Reyes adelante con todo rigor executaron. Acostumbraban los Papas á proveer en los beneficios y prebendas de España á hombres estrangeros, de que resultaban dos inconvenientes notables; que se faltaba al servicio de las iglesias, y al culto divino por la ausencia de los prebendados, y que los naturales menospreciasen el estudio de las letras, cuyos premios no esperaban: quexa muy ordinaria por estos tiempos, y que diversas veces se propuso en las cortes, y se trató del remedio. Acordaron se suplicase al Papa Clemente proveyese en una cosa tan puesta en razon y que todo el reyno deseaba. Los señores asi mismo de Castilla,

infanzones, hijosdalgo con las revueltas de los tiempos estaban apoderados de las iglesias con voz de patronazgo: quitaban y ponian en los beneficios á su voluntad clérigos mercenarios, á quien señalaban una pequeña cota de la renta de los diezmos, y ellos se llevaban lo demas. Los obispos de Burgos y Calahorra por tocalles mas este daño intentaron de remedialle con la autoridad de las cortes y el brazo real. El Rey venia bien en ello; pero vista la resistencia que los interesados hacían, no se atrevió á romper ni desabrir de nuevo á los señores, que poco antes llevaron muy mal otro decreto que hizo, en que á todos los vasallos de señorío dió libertad para hacer recurso por via de apelacion á los tribunales y á los jueces reales; ademas que se valian de la inmemorial en esta parte, de los servicios de sus antepasados, de las bulas ganadas de los Pontífices antes del concilio Lateranense, en que se estableció que ningun seglar pudiese gozar de los diezmos eclesiásticos, ni desfrutar las iglesias, aunque fuese con licencia del Sumo Pontífice: decreto notable. Las mercedes del Rey don Enrique fueron muchas, y grandes en demasía. Advertido del daño las cercenó en su testamento en cierta forma, segun que de suso queda declarado. Los señores propusieron en estas cortes que aquella cláusula se revocase, por razones que para ello alegaban. El Rey á esta demanda respondió que holgaba, y queria que las mercedes de su padre saliesen ciertas: buenas palabras; otro tenia en el corazon, y las obras lo mostraron. A un mismo tiempo llegaron á aquella ciudad embaxadores de los Reyes de Navarra y de Granada. Ramiro de Arellano y Martin de Avvar pidieron en nombre del Navarro que pues la Reyna doña Leonor su señora se quedó en Castilla para convalecer con los ayres na-

turales, ya que tenia salud á Dios gracias, volviese á hacer vida con su marido, que no era razon en aquella edad en que podian tener sucesion, estar apartados; en especial que era necesario coronarse, ceremonia y solemnidad que por la ausencia de la Reyna se dilatára hasta entonces. Al Rey pareció justa esta demanda. Habló con su hermana en esta razon: que el Rey su marido pedia justicia; por ende que sin dilacion aprestase la partida. Escusóse la Reyna con el odio que decia le tenia aquella gente: que no podia asegurar la vida entre los que intentaron el tiempo pasado matalla con yerbas por medio de un médico judío. Al Rey pareció cosa fuerte y récia forzar la voluntad de su hermana; vino empero á instancia de los embaxadores en que pues no tenian hijo varon, la infanta doña Juana que era la mayor de las hijas, y su madre la dexára en Roa, la restituyese á su padre. Con esto el de Navarra despedido de recobrar su muger por entonces acordó coronarse en la iglesia mayor de Pamplona. La ceremonia se hizo á los trece de febrero con toda representacion de magestad. Ungiéronle á fuer de Navarra: levantáronle en hombros en un paves, y todos los circunstantes en alta voz le saludaron por Rey. Hizo la ceremonia Pedro Martinez de Salva obispo de aquella ciudad. Halláronse presentes el cardenal don Pedro de Luna legado por el Papa Clemente y otros caballeros principales. De parte del Rey moro vino á Castilla por embaxador el gobernador de Málaga. Pretendia que antes que espirase el tiempo de las treguas puestas entre Castilla y Granada, se prorogasen. Negoció bien, porque presentó largamente caballos, jaeces, paños de mucho precio, y otros adobos semejantes. Lo que hobo particular en estas treguas, fue que las firmaron los Reyes y sus hijos herederos de los es-

tados. Don Pedro Tenorio arzobispo de Toledo á sus expensas edificaba sobre el rio Tajo una hermosa puente, que hasta hoy dia se llama la puente del Arzobispo. Junto á la obra estaban unas pocas casas, por mejor decir chozas, á manera de alquería. Agradóse el Rey de la obra, que era muy importante, y de la disposicion apacible de la tierra quando pasó á Sevilla para hacer guerra á Portugal. Con esta ocasion hizo el arzobispo instancia que diese franqueza á todos los que viniesen alli á poblar. Otorgó el Rey con su demanda, y quiso que el pueblo se llamase Villafranca, y que gozase de la misma franqueza Alcolea, en cuyo territorio se edificaba la puente. Expidióse el privilegio (que está en los archivos de la iglesia de Toledo) en Guadalaxara á los catorce de marzo. A su hijo menor el infante don Fernando demas del estado de Lara que ya tenia, adjudicó de nuevo la villa de Peñafiel con título de duque. Pusiéronle en señal del nuevo estado en la cabeza una corona rasa sin flores á diferencia de la real, si bien en esta era no solo los duques, pero los marqueses y condes graban en sus escudos, y ponen por timbre ó cimera coronas que se rematan en sus flores como la de los Reyes. El escudo de armas que le señalaron, fue mezclado de las de Castilla y de Aragon, á propósito que se diferenciasen de las del príncipe, y porque traía su decendencia de aquellas dos casas. Las cortes de Guadalaxara, que fueron tan célebres por las muchas cosas que en ellas se trataron, se despidieron entrado bien el verano. Por el mes de junio se acabaron de asentar las treguas con Portugal por término de seis años. Crecian los portugueses cada dia en fuerzas y reputacion no sin gran recelo de los de Castilla. Manteníanse en la obediencia de los Papas de Roma, en que muy recio tenian, Asi Bonifacio Nono,

que como se dixo al fin del año pasado fue puesto en lugar de Urbano, erigió la ciudad de Lisboa en metropolitana arzobispal. Señalóle por sufragáneo solo al obispo de Coimbra; mas en nuestros tiempos el Papa Paulo Tercio le añadió el obispado de Portalegre, que él mismo erigió de nuevo en aquel reyno. La ciudad de Segovia está puesta en los montes con que parten término Castilla la vieja y la nueva. Su mucha vecindad por la mayor parte se sustenta del trato de la lana y artificio de ropa muy fina que en ella se labra. El invierno es riguroso como de montaña, el estío templado por causa de las muchas nieves con que los montes que la rodean, estan cubiertos todo el año. Acordó el Rey por esta razon de Guadalaxara irse á aquella ciudad para pasar en ella los calores; y de camino queria ver el monasterio del Paular, que á su costa en Rascafria no lexos de aquella ciudad se levantaba, el mas rico, vistoso y devoto que los Cartuxos tienen en España. Consignó asi mismo á los monges Benitos en Valladolid el alcázar viejo para que le desvolviesen y mudasen en un monasterio de su orden, en que en nuestro tiempo reside el general de los Benitos, y en él juntan sus capítulos generales. Demas desto los años pasados el devotísimo templo de Guadalupe, en que el Rey don Alonso su abuelo puso sacerdotes seglares, entregó á la orden de San Gerónimo: acuerdo muy acertado. Estas tres insignes memorias hay en España de la piedad deste Rey, demas de algunas leyes que estableció muy religiosas, en particular con acuerdo de las cortes de Briviesca tres años antes deste mandó que no sacasen las Cruces en los recibimientos de los Reyes, ni figurasen la Cruz en tapices, ó otras partes que se pisasen. Pasado el estío, envió al príncipe y princesa á Talavera para que en aquel pueblo tuviesen el invierno, por

la templanza del ayre y la campaña asaz apacible: él se encaminó á Alcalá con intento de pasar al Andalucía para reprimir los insultos y males que por la revuelta de los tiempos mas alli que en otras partes se desmandaban. Las leyes tenian poca fuerza, y menos los jueces para las executar: el favor, el dinero y la fuerza prevalecian contra la razon y verdad. Llegaron á Alcalá cincuenta soldados ginetes que llamaban Farfanes, christianos de profesion, pero que tiraban sueldo del Rey de Marruecos, y asi venian muy exercitados en la manera de la milicia africana, como es ordinario que á los soldados se pegan las costumbres de los lugares en que mucho tiempo residen. Señálanse los de Africa en la destreza de volver y revolver los caballos con toda gentileza, en saltar en ellos, en correllos, en apearse y jugar de las lanzas. Quiso el Rey un domingo despues de misa, que fue á los nueve de octubre, ver lo que hacían aquellos soldados. Salió al campo por la puerta de Burgos, que está junto á palacio, acompañado de sus grandes y cortesanos. Iba en un caballo muy hermoso y lozano. Antojósele de correr una carrera: arrimóle las espuelas, corrió por un barbecho y labrada, tropezó el caballo en sus sulcos por su desigualdad, y cayó con tanta furia que quebrantó al Rey, que no era muy récio ni muy sano, de guisa que á la hora rindió el alma: caso lastimoso, y desastre no pensado. No hay bien andanza que dure, ni alegria que presto no se mude en contrario. Qué le prestó su poder, sus haberes? sus cortesanos qué le prestaron para que en la flor de su edad, que no pasaba de treinta y tres años, no le arrebatase la muerte desgraciada y fuera de sazon? Reynó once años, tres meses y veinte dias. A propósito de despertar á los nobles y cortesanos con el cebo de la honra á em-

prender grandes hazañas y señalarse en valor, á imitacion del Rey don Alonso su abuelo, inventó en lo postrero de sus dias en Segovia, y publicó dia de Santiago cierta compañía y hermandad que traxese por divisa de un collar de oro una paloma colgada á manera de pinjante. Ordenó sus leyes, con que los que entrasen en esta caballería, se gobernasen, todas enderezadas á despertar el valor de sus vasallos. La muerte tan temprana le atajó para que esta su traza y otras no pasasen adelante.

CAPITULO XIV.

De las cosas de Aragon.

Esto pasaba en Castilla: en Aragon el nuevo Rey don Juan, Primero de aquel nombre, procedia asaz diferentemente de su padre. El padre era de ingenio despierto, belicoso, amigo de aumentar su estado; en hacer guerra y asentar paz tenia mas atencion al útil que á la reputacion y fama: el Rey don Juan era de un natural afable y manso, si ya no le trocaba algun notable desacato; mas inclinado al sosiego que á las armas. Exercitábase en la cetrería y montería, y era aficionado á la música y á la poesía, todo con atencion á representar grandeza y magestad: tan excesivo el gasto, que las rentas reales no bastaban para acudir á estos deportes y solaces: dexó otros deleytes poco disfrazados y cubiertos. La Reyna otro que tal, como cortada á la traza de su marido, aunque dentro de los límites de muger honesta usaba de entretenimientos semejantes. Asi en la casa real todo era saraos, juegos, y fiestas y regocijos. Las damas se ocupaban mas en cantar y tañer y danzar, que á su edad y á mugeres convenia. Ningun instrumento ni ocasion faltaba en aquel

palacio de una vida regalada y muelle. Dábanse muy aventajados premios á los poetas, que conforme á las costumbres que corrian, componian y trovaban en lenguage lemosin, y se señalaban en la agudeza y primor de sus trovas; lo qual era en tanto grado, que despachó una embaxada al Rey de Francia en que le pedia le buscase con cuidado, y enviase algunos de aquellos poetas de los mas señalados. La semejanza de las costumbres y la fama que destas cosas corria, convidó al Emperador Wenceslao, príncipe muy conocido por su descuido y floxedad, para que por sus embaxadores le pidiese su amistad, y su hija por muger: negocio que por entonces se dilató, y no se efectuó adelante. Los nobles de Aragon indignados por los desórdenes de su Rey, su poca atencion al gobierno y los escándalos que dello resultaban, al mismo tiempo que el Rey tenia cortes en Monzon, se juntaron en Calasanz para comunicarse y acordar en qué guisa se podria acudir al remedio. Las cabezas principales de la junta eran don Alonso de Aragon conde de Denia y marques de Villena, don Jayme su hermano obispo de Tortosa, don Bernardo de Cabrera, sin otros ricos hombres y varones de mucha cuenta. Pareció poner por escrito las quexas y enviallas á las cortes: las cabezas principales, que con los regalos y deleytes sin tasa la disciplina militar se estragaba, y la gente se afeminaba: que las costumbres antiguas se alteraban de todas maneras por el regalo en las comidas y los gastos en los vestidos: que no era razon al albedrío de una muger se trastornase todo el reyno, y que pudiese ella sola mas que las leyes y la nobleza, no sin nota de los mismos Rey y Reyna que tal desorden sufrian en su misma casa. Esto decian por una dama por nombre Carroza de Vilaragur, que con su privanza

estaba muy apoderada de la Reyna, y ella del Rey: mengua de que resultaba gran parte de los desórdenes y de las quejas y odio. Anduvieron demandas y respuestas hasta apuntar que se valdrian de las armas y fuerza, si por bien no se acudia al remedio de aquellos daños. Pudiérase destos principios encender alguna guerra y revuelta, si no lo atajára la apacible condicion del Rey. Otorgó con lo que aquellos señores le suplicaban: cercenó las demasías y soltura de la casa real; ordenó premáticas, en que se puso tasa y límite á los gastos de la gente, en particular despidió de palacio aquella privada de la Reyna, con orden que no se entremetiese en el gobierno del reyno, ni de la casa real. Con esto calmaron los desgustos que amenazaban mayores daños, en sazon que de Francia se mostraban nuevos temores y asonadas de guerra. Bernardo de Armeñac con golpes de bretones rompió por los confines de Cataluña: mayor fue el ruido que el daño. Siguióle por ende poco despues su hermano el conde de Armeñac con mas gente. Tomich historiador catalan atestigua que llegaron á diez y ocho mil caballos; mentira que muestra fue el número grande. La causa de hacer guerra era la codicia de robar. Pusieron fuego en algunos lugares y granjas, hicieron presas de gente y de ganados; en lo de Ampurias y de Girona cargó lo mas recio de la tempestad. Acudió gente de todo el reyno, tuvieron diversos encuentros: en uno desbarató Bernardo de Cabrera ocho banderas de franceses junto á Navarra. En otro Ramon Bages caudillo señalado cerca de otro pueblo llamado Cavañas deshizo otro buen golpe de enemigos con prision de Mastin su capitan. Con estas victorias se alentaron los aragoneses, y desmayaron los bretones: asi lo lleva la guerra. El mismo Rey, de Girona donde se estaba á la mira, salió

en campaña resuelto de acometer á los enemigos, que de diversas partes se juntaban y se rehacían de fuerzas. Tienen los franceses los primeros acometimientos muy bravos, pero aflojan con la tardanza: asi avino en este caso, que los franceses cansados de guerra tan larga, y en que les iba tan mal, acordaron dar la vuelta sin esperar al Rey, ni venir con él á las manos. Salieron por la parte de Rosellon, en que de camino hicieron todo mal y daño. Era asi mismo al conde de Armeñac acudir á la defensa de su estado contra Marigoto natural de Alvernia, que á persuasion del Rey de Aragon y á su costa le comenzaba á hacer guerra. A la misma sazon que esto pasaba en Cataluña, á la primavera en Aviñon se concertó casamiento entre Luis hijo del otro Luis duque de Anjou, que se intitulaba Rey de Jerusalem y de Sicilia (y que murió en la conquista de Nápoles) y doña Violante hija del Rey de Aragon. No pudo el padre de la infanta hallarse á los conciertos por causa de la guerra sobredicha, que le tenia puesto en cuidado. Hizo las capitulaciones el Papa Clemente á contento de las partes que se hallaron alli, el novio en persona, y el de Aragon por sus embaxadores; en Barcelona se concluyó, do vino el desposado con grande acompañamiento. Lo que se pretendia principalmente, y lo que capitularon en este casamiento, fue que el Rey de Aragon ayudase á su yerno para cobrar lo de Nápoles. En Perpiñan otrosí el Rey dió su consentimiento para que se hiciesen los desposorios entre María Reyna de Sicilia y don Martin señor de Exerica, sobrino del Rey, hijo de don Martin su hermano duque de Momblanc. Vino tambien el Papa en ellos; que por ser aquel reyno feudo de la iglesia se requería su beneplácito. En Cerdeña se volvió á las revueltas pasadas á causa que Brancaleon Doria sin tener

cuenta con el asiento tomado, y olvidado del perdon que le dieron, por principio del año mil y trecientos y noventa y uno acudió á las armas con voz de liber- 1391.
tar la gente que tenian oprimida: color con que grangeó á los ginoveses, y muchos de los isleños se le arrimaron deseosos de novedades, y cansados del gobierno de Aragon. Hizo tanto que se apoderó de Sacer, la ciudad mas principal de aquella isla, y de otros pueblos y castillos. Para atajar estos daños mandó el Rey hacer gente de nuevo; y por un edicto que hizo pregonar en Zaragoza, ordenó á todos los que estuviesen heredados en aquella isla, acudiesen á la defensa con las armas. En este mismo año el Papa Clemente dió el capelo á don Martin de Salva obispo de Pamplona, prelado en aquellos tiempos señalado en virtud y grave, que fue el primer cardenal que aquella iglesia tuvo.

CAPITULO XV.

De los principios de don Enrique Rey de Castilla.

Quando el Rey don Juan de Castilla cayó con el caballo, como queda dicho, hallóse á su lado el arzobispo don Pedro Tenorio, persona de consejo acertado y presto. Mandó que á la hora se armase una tienda en el mismo lugar de la caida: puso gente de guarda, hombres de confianza y callados; hacía fomentar y cubrir de ropa el cuerpo del Rey, y en su nombre ordenaba se hiciesen rogativas y plegarias en todas las partes por su salud, por demas por estar ya difunto y sin alma, todo á propósito de entretener la gente, y con mensageros que despachó á las ciudades, prevenir que no resultasen revueltas, por los humores y pasiones que todavia (aunque de secreto)

duraban entre los nobles, eclesiásticos, y gente popular. A veces publicaban que el Rey se hallaba mejor, y siempre fingian recados de su parte; pero como el semblante del rostro no decia con las palabras y muchas veces los de palacio se apartasen á hablar y comunicar entre sí, no pudo por mucho tiempo encubrirse el engaño: la primera que acudió al triste espectáculo, fue la Reyna doña Beatriz, despojada antes del reyno de su padre, y al presente del marido, sin hijos algunos con cuya compañía aliviase sus trabajos, su viudez y su soledad. El sentimiento bien se puede entender sin que la pluma le declare. El príncipe don Enrique, alterado con la muerte de su padre, partió de Talavera, pero reparó en Madrid acompañado de su hermano el infante don Fernando. Allí el arzobispo que todo lo meneaba, dió orden que los estandartes reales se levantasen por el nuevo Rey, y que le pregonasen por tal, y le publicasen primero en una junta de grandes, despues por las plazas y calles de aquella villa: alegria destemplada con cuita y pena por haber perdido un buen Rey, y el que le sucedia, demas de su poca edad, tener el cuerpo muy flaco, por donde vulgarmente le llamaron el Rey don Enrique el doliente: y fue deste nombre el Tercero. Acudieron á porfia los señores de todo el reyno á hacelle sus homenages, besalle la mano, ofrecer á su servicio personas y estados. Muchos (como es ordinario) con la mudanza del príncipe y del gobierno se prometian grandes esperanzas; que tal es el mundo, unos suben, otros baxan, y mas en ocasiones semejantes. Halláronse presentes á la sazon don Fadrique duque de Benavente, don Pedro conde de Trastamara, los maestres de las órdenes, don Lorenzo de Figueroa de Santiago; don Gonzalo Nuñez de Guzman de Calatrava, don Martin Yañez de la Barbuda de

Alcántara, don Juan Manrique arzobispo de Santiago y chânciller mayor de Castilla. Don Alonso de Aragon marques de Villena se hallaba en Aragon, do se fue el tiempo pasado, mal enojado con el Rey difunto por agravios que alegaba. Ofrecióse volver á Castilla, y hacer el reconocimiento debido á tal que le restituyesen en el oficio de condestable que tenia antes. Vinieron en lo que pedia, el Rey y la Reyna, conformándose en esto con lo que hizo su padre que le dió aquella preeminencia; sin embargo él no vino por impedimentos que le detuvieron en Aragon. Concluida la solemnidad susodicha, acudieron á Toledo para sepultar el Rey segun que él lo dexó dispuesto, en la su capilla real. Hiciéronle las honras y enterramiento con toda representacion de tristeza y de magestad; juntáronse tras esto cortes en Madrid de los prelados, nobleza y procuradores de las ciudades. Pretendian dar orden en el gobierno por la edad del Rey, que no pasaba de once años y pocos dias mas. Andaba en la corte doña Leonor hija única de don Sancho conde de Alburquerque: el dote y sus haberes y rentas eran de guisa que el pueblo la llamaba la rica hembra. Muchos ponian los ojos en este casamiento: entre los demas se adelantaba su primo hermano el duque de Benavente; engañóle su esperanza: ganósela, y fuéle antepuesto el infante don Fernando, desposáronlos, mas con condicion que en el matrimonio no se pasase adelante hasta tanto que el Rey tuviese catorce años. El intento era que si muriese antes de aquella edad, el infante con el reyno sucediese en la carga de casar con la Reyna doña Cathalina, segun que en los asientos que se tomaron con el duque de Alencastre, quedó todo esto cautelado. Juró los desposorios la novia por ser de diez y seis años, el infante don Fernando por lo di-

cho y por su poca edad no juró. Al tiempo que en las cortes se trataba de asentar el gobierno del reyno, durante la minoridad del nuevo Rey, por dicho de Pero Lopez de Ayala, de quien traen su descendencia los condes de Fuensalida, se supo que el Rey don Juan los años pasados otorgó su testamento. Acordaron que antes de pasar adelante se hiciese diligencia. Revolvieron los papeles reales y sus escritorios, en que finalmente hallaron un testamento que ordenó en Portugal al mismo tiempo que estaba sobre Cillorico, segun que de suso queda declarado. Leyóse el testamento, que causó varios sentimientos en los que presentes se hallaron. Ofendíales sobre todo la cláusula en que nombraba por tutores del príncipe hasta que tuviese quince años, á don Alonso de Aragon condestable, á los arzobispos de Toledo y de Santiago, al maestre de Calatrava, á don Juan Alonso de Guzman conde de Niebla, á Pedro de Mendoza mayordomo mayor de la casa real, y con ellos á seis ciudadanos de Burgos, Toledo, Leon, Sevilla, Córdova, Murcia, uno de cada qual destas ciudades sacado por voto de sus cabildos. Como no se podian nombrar todos, los que dexó de mentar, se sentian ellos ó sus aliados. Altercóse mucho sobre el caso. Algunos pocos querian que la voluntad del testador se cumpliese: los mas juzgaban se debia dar aquel testamento por ninguno y de ningun valor, para lo qual alegaban razones y testigos que comprobaban habia descontentado al mismo lo que con aquella priesa sin mucha consideracion dispuso. Este parecer prevaleció, si bien el arzobispo de Toledo no vino en que el testamento se quemase, por causa de ciertas mandas que en él hacia á la su iglesia de Toledo, que pretendia eran válidas, puesto que las demas cláusulas no lo fuesen. Tomado este

acuerdo, salieron nombrados por gobernadores del reyno el duque de Benavente, el marques de Villena, el conde de Trastamara, señores todos de alto linage y muy poderosos. Arrimáronles los arzobispos de Toledo y de Santiago, los maestres de Santiago y de Calatrava. De los diez y seis procuradores de cortes decretaron que los ocho por turno, de tres en tres meses, se juntasen con los demas gobernadores con igual voto y autoridad. Lo que la mayor parte de la junta decretase, eso quedase por asentado y valedero. No contentó al arzobispo de Toledo esta traza: en público alegaba que la muchedumbre sería ocasion de revueltas, de secreto le punzaba la poca mano que entre tantos le quedaba en el gobierno. Pretendia se acudiese á la ley del Rey don Alonso el Sabio, en que ordena que en tiempo de la minoridad del Rey los gobernadores sean uno, tres, cinco, ó siete. Este era su parecer, mas vencido de las importunidades de los grandes, mezcladas á veces con amenazas, vino en lo decretado. Mandaron que en adelante no corriese cierto género de moneda, sino en cierta forma, que se llamaba Agnus Dei, y era como blancas, y por las necesidades de los tiempos se acuñára de baxa ley. Don Alonso conde de Gijon tenia preso en el castillo de Almonacir el arzobispo de Toledo por orden del Rey: temia él las revueltas de los tiempos, hizo instancia que le descargasen de aquel cuidado; pasáronle á Monterrey, y encomendaron al maestre de Santiago le guardase hasta tanto que con maduro consejo se decidiese su causa. En Sevilla y en Córdova el pueblo se alborotó contra los judíos de guisa que con las armas sin poder los jueces irles á la mano dieron sobre ellos, saquearon sus casas y sus aljamas, y los hicieron todos los desaguisados que se pue-

den pensar de una canalla alborotada y sin freno: Apellidábalos con sus sermones sediciosos que hacía por las plazas, y atizaba su furor Fernan Martinez arcediano de Ecija. Deste principio cundió el daño despues por otras partes de España: en Toledo, Logroño, Valencia, Barcelona á los cinco de agosto del año adelante, como si hobieran aplazado aquel dia, les robaron sus haciendas y saquearon las casas: tan grande era el odio y la rabia. Muchos de aquella nacion se valieron de la máscara de christianos contra aquella tempestad, que se bautizaron fingidamente: forzaba el miedo á lo que la voluntad rehusaba; pero esto avino despues. Acostumbraban á juntarse en cierta iglesia de Madrid los procuradores del reyno y los otros brazos. Entraron en la junta con armas el duque de Benavente y el conde de Trastamara, acompañados de gente que dexaron en guarda de aquel templo y como cercado. Esta demasía sintió el arzobispo de Toledo de suerte que el dia siguiente se salió de la corte la via de Alcalá, y dende fue á Talavera. Solicitaba por sus cartas desde estos lugares á los pueblos y caballeros á tomar las armas y librar el reyno de los que con color de gobierno le tyranizaban. Dió noticia de lo que pasaba al Papa Clemente, á los Reyes de Aragon y de Francia: que la violencia de unos pocos tenia oprimida la libertad de Castilla: que en las cortes del reyno no se daba lugar á la razon, antes prevalecia la soltura de la lengua y las demasías: las banderas campeaban en palacio, y en la corte no se veía sino gente armada: la junta del reyno no osaba chistar ni decir lo que sentian, antes por el miedo se dexaban llevar del antojo de los que todo lo querian mandar y revolver, hombres voluntarios y bulliciosos: que la postrimera voluntad del Rey don Juan, que debieran tener por

sacrosanta, era menospreciada; con la qual si no se querian conformar, por haber hecho aquel su testamento de priesa y con el ánimo alterado (velo con que cubrian su pasion) qué podian alegar para no obedecer á las leyes que sobre el caso dexó establecidas un príncipe tan sabio como el Rey don Alonso? si le querian tachar de falta de juicio, ó gastado con sus trabajos y años? concluía con que no creyesen era público consentimiento lo que salia decretado por las negociaciones y violencia de los que mas podian: pedia acudiesen con brevedad al remedio de tantos males, y á la flaca edad del Rey, de que algunos se burlaban y hacían escarnio, y en todo pretendian sus particulares intereses sin tener cuenta con el pro y daño comun: que esto les suplicaba por todo lo que hay de santo en el cielo la mayor y mas sana parte del reyno. El de Benavente poco adelante por desgustos que resultaron, y nunca suelen faltar, á exemplo del arzobispo se salió de la corte y se fue á la su villa de Benavente sin despedirse del Rey. Comunicóse con el arzobispo de Toledo: pusieron su alianza, y por tercero se les allegó el marques de Villena, si bien ausente de Castilla. Los que restaban con el gobierno, despacharon á todos sus cartas y mensages en que les requerian que pues era forzoso juntar cortes generales del reyno, no faltasen de hallarse presentes. Ellos se escusaron con diversas causas que alegaban para no venir. De parte del Papa Clemente vino por su nuncio fray Domingo de la orden de los Predicadores, obispo de San Ponce, con dos cartas que traía enderezadas la una al Rey, la otra á los gobernadores. La suma de ambas era declarar el sentimiento que su Santidad tenia por la muerte desgraciada del Rey don Juan, príncipe poderoso y de aventajadas partes: que aquella desgracia era bastante

muestra de quán inconstante sea la bienandanza de los hombres, y quán quebradiza su prosperidad: sin embargo los amonestaba á llevar con buen ánimo pérdida tan grande, y con su prudencia y conformidad atender al gobierno del reyno y soldar aquella quiebra; lo qual harian con facilidad, si pospuestas las aficiones y pasiones particulares, pusiesen los ojos en Dios y en el bien comun de todos: cosa que á todos estaria bien, y como padre se lo encargaba, y de parte de Dios se lo mandaba. Trató el nuncio conforme al orden que traía, de concertar aquellas diferencias que comenzaban entre los grandes: habló ya á los unos, ya á los otros, pero no pudo acabar cosa alguna; la llaga estaba muy fresca para sanalla tan presto. Vinieron en la misma razon embaxadores de Francia y de Aragon: lo que sacaron fue que se renovaron las alianzas antiguas entre aquellas coronas, y de nuevo se juraron las paces. Los embaxadores de Navarra que acudieron asi mismo, demas de los oficios generales del pésame por la muerte del padre, y del parabien del nuevo reyno, traían particular orden de hacer instancia sobre la vuelta de la Reyna doña Leonor á Navarra para hacer vida con su marido, y ofrecer todo buen tratamiento y respeto como era razon y debido. Alegaban para salir con su intento las razones de suso tocadas. La Reyna á esta demanda dió las mismas escusas que antes: era dificultoso que el Rey acabase con su tia, mayormente en aquella edad, lo que su mismo hermano no pudo alcanzar. En este medio el arzobispo de Toledo juntaba su gente con voz de libertar el reyno, que unos pocos mal intencionados tenian tyranizado. La gente se persuadia queria con este color apoderarse del gobierno, conforme á la inclinacion natural del vulgo, que es no perdonar á nadie, publicar las sospechas por ver-

dad, echar las cosas á la peor parte, demas que comunmente le tenian por ambicioso, y por mas amigo de mandar que pedia su estado y la persona que representaba. Acometieron segunda y tercera vez á mover tratos de conciertos entre los grandes de Castilla: el suceso fue el que antes; ninguna cosa se pudo efectuar por estar tan alteradas las voluntades y tan encontradas. Los procuradores del reyno que asistian al gobierno, se recelaron de alguna violencia. Parecióles no estaban seguros en Madrid por no ser fuerte aquella villa: acordaron de irse á Segovia en compañía del Rey. El conde de Trastamara, uno de los gobernadores, pretendia ser condestable de Castilla. Para salir con su intento alegaba que el Rey don Juan antes de su muerte le dió intencion de hacelle aquella gracia: testigos no podian faltar, ni favores, ni valedores. A los mas prudentes parecia que no era aquel tiempo tan turbio á propósito para descomponer á nadie, y menos al marques de Villena, si le despojaban de aquella dignidad. Dióse traza de contentar al de Trastamara con setenta mil maravedís por año que le señalaron de las rentas reales, y eran los mismos gages que tiraba el condestable por aquel oficio, con promesa para adelante que si el marques de Villena no viniese en hacer la razon y apartarse de los alborotados, en tal caso se le haria la merced que pedia, como se hizo poco despues. Arrimáronse al arzobispo de Toledo demas de los ya nombrados el maestre de Alcántara y Diego de Mendoza tronco de los duques del Infantado, señores hoy dia muy poderosos en rentas y aliados. Juntaron mil y quinientos caballos, y tres mil y quinientos de á pie. Con esta gente acudieron á Valladolid, do el Rey era ido: hicieron sus estancias á la ribera del rio Pisuerga que baña aquel pueblo y sus campos, y po-

co adelante dexa sus aguas y nombre en el rio Duero. La Reyna doña Leonor de Navarra de Arévalo en que residia, acudió para sosegar aquellos bullicios y atajar el peligro que todos corrian si se venia á las manos, y el daño que sería igual por qualquiera de las partes que la victoria quedase. Puso tanta diligencia que aunque á costa de gran trabajo é importunacion, alcanzó que las partes se hablasen, y tratasen entre sí de tomar algun asiento, y de concertarse. Juntáronse de acuerdo de todos en la villa de Perales en dia señalado personas nombradas por la una y por la otra parte: acudió asi mismo la misma Reyna, hembra de pecho y de valor, y el nuncio del Papa Clemente para terciar en los conciertos. El principal debate era sobre el testamento del Rey don Juan, si se debia guardar ó no. El arzobispo de Santiago con cautela preguntó en la junta al de Toledo si queria que en todo y por todo se estuviese por aquel testamento, y lo que en él dexó ordenado el Rey don Juan. Detúvose el de Toledo en responder. Temia alguna zalagarda, y en particular que pretendian por aquel camino excluir y desabrir al duque de Benavente; que no quedó en el testamento nombrado entre los gobernadores del reyno. Finalmente respondió con cautela que le placía se guardase, á tal que al número de los gobernadores alli señalados se añadiesen otros tres grandes, es á saber el de Benavente, el de Trastamara y el maestre de Santiago, gran personage por sus gruesas rentas y muchos vasallos; que esto era conveniente y cumplidero para el sosiego comun, que tales señores tuviesen parte y mano en el gobierno. Vinieron en esto los contrarios mal su grado: no podian al hacer por no irritar contra sí tales personages. Acordaron que para mayor firmeza de aquel concierto y asiento que tomaban, se junta-

sen cortes generales del reyno en la ciudad de Burgos, para que con su autoridad todo quedase mas firme. En el entretanto se dieron entre sí rehenes, hijos de hombres principales: es á saber el hijo de Juan Hurtado de Mendoza mayordomo mayor de la casa real, de quien descienden los condes de Montagudo marqueses de Almazan; el hijo de Pero Lopez de Ayala, el hijo de Diego Lopez de Zúñiga, el hijo de Juan Alonso de la Cerda mayordomo del infante don Fernando. Con esta traza por entonces se sosegaron aquellos bullicios de que se temian mayores daños.

CAPITULO XVI.

Que se mudaron las condiciones deste concierto.

Con esta nueva traza que dieron, quedó muy valído el partido del arzobispo de Toledo, tanto que se sospechaba tendria él solo mayor mano en el gobierno que todos los demas que le hacían contraste, lo uno por ser de suyo muy poderoso y rico, que tenia mucho que dar; lo otro por los tres señores tan principales que se le juntaban, como grangeados por su negociacion. Asi lo entendian el arzobispo de Santiago y sus consortes: por este recelo buscaban algun medio para desbaratar aquel poder tan grande. Comunicaron entre sí lo que se debia hacer en aquel caso. Acordaron de procurar con todas sus fuerzas de poner en libertad al conde de Gijon para contraponelle á los contrarios y á la parte del de Toledo: decian que la prision tan larga era bastante castigo de las culpas pasadas, qualesquier que ellas fuesen. Parecia muy puesta en razon esta demanda, y asi con facilidad se salió con ella. Sacáronle de la prision, y lleváronle á besar la mano al Rey, que le mandó restituir su estado. La

revuelta de los tiempos le dió la libertad que á otros quitára: ansi van las cosas, unos pierden, otros ganan en semejantes revoluciones. Juntáronse las cortes en Burgos, segun que lo tenian concertado. Comenzóse á tratar del concierto puesto entre las partes. El arzobispo de Santiago, como lo tenian trazado, dixo que no vendria en ello, si no admitian al conde de Gijon por quarto gobernador junto con los tres grandes que antes señalaron, pues en nobleza y estado á ninguno reconocia ventaja. Mucho sintió el arzobispo de Toledo verse cogido con sus mismas mañas. Altercaron mucho sobre el caso. Los procuradores de las ciudades divididos no se conformaban en este punto como los que estaban negociados por cada qual de las partes. Temíase alguna revuelta no menor que las pasadas. Para atajar inconvenientes acordaron de nombrar jueces árbitros que determinasen lo que se debia hacer. Señalaron para esto á don Gonzalo obispo de Segovia y Alvar Martinez muy eminentes letrados en el derecho civil y eclesiástico. No se conformaron, ni fueron de un parecer por estar tocados de los humores que corrian, y ser cada uno de su bando. Continuáronse los debates, y duraron hasta el principio del año que
1392. se contaba mil y trecientos y noventa y dos, en que finalmente á cabo de muchos dias y trabajos otorgaron con el dicho arzobispo de Santiago que todos los quatro grandes de suso mentados tuviesen parte en el gobierno junto con los demas: dieron asi mismo traza que entre todos se repartiese la cobranza de las rentas reales; para lo demas del gobierno que cada seis meses por turno gobernasen los cinco de diez que eran, y los demas por aquel tiempo vacasen. Parecióles que con esta traza se acudia á todo, y se evitaba la confusion que de tantas cabezas y gobernadores podia resultar. Tomado este asiento, parecia que toda aquella

tempestad calmaría, y se conseguiria el deseado sosiego. Regaláronse estas esperanzas por un caso no pensado. Dos criados del duque de Benavente dieron la muerte á Diego de Rojas volviendo de caza, que era de la familia y casa del conde de Gijon. Entendióse que aquellos homicianos llevaban para lo que hicieron, orden y mandato de su amo. Desta sospecha quier verdadera, quier falsa, resultó grande odio en general contra el duque. Representábaseles lo que se podia esperar en el gobierno y poder del que á los principios tales muestras daba de su fiereza y de su mal natural. Alteróse pues la traza primera, y por orden de las cortes acordaron que el testamento del Rey se guardase, mas que en tanto que el marques de Villena y conde de Niebla llamados por sendas cartas del Rey no viniesen, el arzobispo de Toledo tuviese sus veces, y entrase en las juntas con tres votos. Todo se enderezaba á contentalle para que no revolviese la feria. Al duque de Benavente y conde de Gijon en recompensa del gobierno que les quitaban, les señalaron sendos cuentos de maravedís cada un año durante su vida. Concedieron otrosí al arzobispo de Toledo que él solo cobrase la mitad de las rentas reales: de que por su mano se hiciese pagado de los gastos que hizo en levantar la gente en pro comun del reyno; que asi lo decia, y aun queria que los demas otorgasen con él. El tiempo de las treguas asentadas con Portugal espiraba, y era mala sazon para volver á la guerra, el Rey mozo, las fuerzas muy flacas. Acordaron los gobernadores se despachasen embaxadores que procurasen se alargase el tiempo, que fueron las cabezas Juan Serrano de prior de Guadalupe primero obispo de Segovia, é ya de Sigüenza, y Diego de Córdova mariscal de Castilla, de quien deciender los condes de Cabra. El conde de Niebla Juan Alonso de

Guzman para asistir al gobierno partió de su casa. Con su ida se levantó en Sevilla una grande revuelta. Diego Hurtado de Mendoza con la cabida que tenia con el nuevo Rey, pretendió que le nombrasen por almirante del mar. No se podia esto hacer sin descomponer á Alvar Perez de Guzman que tenia de atrás aquel cargo. El conde de Niebla quier de su voluntad, quier negociado, quiso mas grangear un nuevo amigo que podia mucho en la corte, que mirar por la razon y por su deudo Alvaro de Guzman. Esta fue la ocasion del alboroto, porque él descompuesto se juntó con Pero Ponce señor de Marchena, y ambos se apoderaron de Sevilla con daño de los amigos y deudos del conde de Niebla, ca los echaron todos de aquella ciudad: escándalos que por algun tiempo se continuaron. A la sazon el Rey se hallaba en Segovia, ciudad fuerte por su sitio, y para con sus Reyes muy leal. Alli volvieron los embaxadores que se enviaron á Portugal. El despacho fue que el Rey de Portugal no daba oidos á aquella demanda de alargar el tiempo de las treguas, antes queria volver á las armas, confiado de mas de las victorias pasadas en la poca edad del Rey de Castilla, y mas en las discordias de sus grandes; ocasion qual la pudiera desear para mejorar sus haciendas. El de Benavente otrosí por la mala cara con que en la corte le miraban, y la mala voz que de sus cosas corria, junto con la privacion del gobierno, mal contento se retiró á su casa y estado; y aun se sonrugía que se comunicaba con el de Portugal, y aun traía inteligencias de casar con doña Beatriz hija bastarda de aquel Rey con gran suma de dineros que en dote le señalaban. Daba cuidado este negocio por ser el duque persona de tantas prendas, señor de tantos vasallos, y que tenia su estado á la raya de Portugal. Avisado de lo que se decia, se escusó con el

agravio que le hicieron en quitalle el casamiento que tuvo por hecho de doña Leonor condesa de Alburquerque; y aun se dixo que esta fue la ocasion de la muerte que hizo dar á Diego de Rojas, que no terció bien en aquella su pretension; todavia ofrecia, si mudado acuerdo se la daban, trocaria por aquel casamiento el de Portugal. Tiene la necesidad grandes fuerzas: acordaron los gobernadores por el aprieto en que todo estaba, de venir en lo que pedia. Señalaron á Arévalo villa de Castilla para que las bodas se celebrasen: cosa maravillosa, luego que otorgaron con su deseo, se volvió atrás, sea porque á las veces lo que mucho apetecemos, alcanzado nos enfada, ó lo que yo mas creo, temia debaxo de muestras de querelle contentar alguna zalagarda. Apretóse con esto el negocio de Portugal. El arzobispo de Toledo por atajar el daño que de esto podia resultar, fue á toda priesa á verse con el duque. Confiaba en su autoridad y en las prendas de amistad que habia de por medio. Ofrecióle, si mudaba partido, de casalle con hija del marques de Villena, y en dote tanta cantidad como en Portugal le prometian. Muchas razones pasaron: la conclusion fue que el duque no salió á cosa alguna: escusóse que el gran poder de sus enemigos le tenia en necesidad de valerse del amparo de estraños. El arzobispo visto que sus amonestaciones no prestaban, dió la vuelta por Zamora para prevenir que Nuño Martinez de Villayzan alcayde del alcázar, y que tenia en su poder la torre de San Salvador, no pudiese entregar aquella fuerza al duque de Benavente como vehementemente se sospechaba, y sobre ello la ciudad estaba alborotada y en armas. Llegado el arzobispo lo compuso todo: diéronse rehenes de ambas partes, y en particular el alcayde para mayor seguridad entregó aquella torre fuerte á quien el arzobispo señaló para

que la guardase. Eran entrados los calores del estío, quando vino nueva cierta que los embaxadores que fueron de nuevo á Portugal, y se juntaron con el prior de San Juan, que vino de parte de su Rey á Sabugal á la raya de los dos reynos, por mucha instancia que hicieron, no pudieron alcanzar que las treguas se prorogasen. Ardian los portugueses en un vivo deseo de volver á las manos, y no dexar aquella ocasion de ensanchar su reyno y mejorar su partido. El primero que salió en campaña fue el duque de Benavente, que acompañado de quinientos de á caballo, y gran número de infantes, hizo sus estancias cerca de Pedrosa, no lexos de la ciudad de Toro. Grande era el aprieto en que Castilla se hallaba: los grandes discordes, la guerra que de fuera amenazaba. En Granada otrosí se alborotaron los moros en muy mala sazon. Falleció por principio deste año Mahomad, que siempre se preció de hacer amistad á los christianos. Sucedióle su hijo Juzeph otro que tal, en tanto grado que en vida de su padre á muchos christianos dió libertad sin rescate. Esta amistad con los nuestros le acarreó mal y daño. Tenia quatro hijos, Juzeph, Mahomad, Halí, Hamet. Mahomad era mozo brioso, amigo de honra y de mandar: no tenia esperanza por ser hijo segundo de salir con lo que deseaba, que era hacerse Rey, si no se valía de malicia y de maña. Para negociar la gente y levantalla comenzó de secreto á achacar á su padre y cargalle de que era moro solo de nombre, en la aficion y en las obras christiano. Por este modo muchos se le arrimaron, unos por el odio que tenian á su Rey, otros por deseo de novedades. Destos principios crecieron las pasiones de tal suerte que estuvo la ciudad en gran riesgo de ensangrentarse, y tomar los unos contra los otros las armas. Hallóse presente á esta sazon un embaxador del Rey de Marruecos,

moro principal, y de reputacion por el lugar que tenia, y su prudencia muy aventajada. Púsose de por medio y procuró de sosegar los bullicios y pasiones que comenzaban. Avisóles del riesgo que todos corrian, si el fuego de la discordia civil se emprendia y avivaba entre ellos, de ser presa de sus enemigos, que estaban alerta y á la mira para aprovecharse de ocasiones semejantes. En una junta en que se hallaban las principales cabezas de las dos parcialidades, les habló en esta sustancia: «Los accidentes y reveses »de los tiempos pasados os deben enseñar y avisar »quánto mejor os estará la concordia, que es madre »de seguridad y buena andanza, que la contumacia, »mala de ordinario y perjudicial. No el valor de los »enemigos, sino vuestras disensiones han sido causa »de las pérdidas pasadas, muchas y muy graves. Qué »podrémos al presente esperar, si como locos y san»dios de nuevo os alborotais? Toda razon pide que el »hijo obedezca á su padre, sea qual vos le quisiéredes »pintar. Hacelle guerra, qué otra cosa será sino con»fundir la naturaleza, y trocar lo alto con lo baxo: »por qué causa no juntaréis antes vuestras fuerzas para »correr las tierras de christianos? Quál es la causa que »dexais pasar la buena ocasion que de mejorar vues»tras cosas os presenta la edad del Rey de Castilla, »las discordias de sus grandes, ademas del miedo y »cuidado, en que los tiene puestos la guerra de Por»tugal?" Con estas pocas razones se apaciguaron los rebeldes, y el mismo Mahomad prometió de ponerse en las manos de su padre. Acordaron tras esto de hacer una entrada en el reyno de Murcia, como lo hicieron por la parte de Lorca, en que talaron los campos é hicieron grandes presas de hombres y de ganados. Eran en número de setecientos caballos, y tres mil peones. Siguiólos el adelantado de Murcia Alonso

Fajardo, y si bien no llevaba mas de ciento y cincuenta caballos, les dió tal carga y á tal tiempo que los desbarató, degolló muchos dellos, finalmente les quitó la presa que llevaban: gran pérdida y mengua de aquella gente, con que España quedó libre de un gran miedo que por aquella parte le amenazaba; lo qual fue en tanto grado que el Rey de Aragon á quien este peligro menos tocaba, por acudir á él deshizo una armada que tenia en Barcelona aprestada para sosegar los movimientos y alborotos que de nuevo andaban en Cerdeña á causa que Brancaleon Doria sin respeto de los negocios pasados con las armas se apoderaba de diversos pueblos y ciudades. Verdad es que los moros castigados con aquella rota, y temerosos de la tempestad que se les armaba por la parte de Aragon, con mas seguro consejo acordaron pedir treguas al Rey de Castilla; que fácilmente les concedieron por no embarazarse juntamente en la guerra de Portugal y en la de los moros. Hallábase el Portugues muy ufano por verse arraygado en aquel reyno sin contradicion, por las muchas fuerzas y riquezas que tenia, y mas en particular por la noble generacion que le nacia de doña Philipa su muger, que en quatro años casi continuados parió quatro hijos: primero á don Alonso que falleció en su tierna edad, despues á don Duarte, que sucedió en el reyno de su padre; y en este mismo año á nueve de setiembre nació en Lisboa don Pedro, que fue adelante duque de Coimbra, y dende á diez y seis meses don Enrique duque de Visco y maestre de Christus, y que fue muy aficionado á la astrología; de la qual ayudado y de la grandeza de su corazon se atrevió el primero de todos á costear con sus armadas las muy largas marinas de Africa, en que pasó tan adelante que dexó abierta la puerta á los que le sucedieron, para proseguir aquel

intento hasta descubrir los postreros términos de Levante de que á la nacion portuguesa resultó grande honra, y no menor interés, como se notará en sus lugares. Los postreros hijos deste Rey se llamaron don Juan, y el menor de todos don Fernando. En este mismo año á Carlos VI. Rey de Francia se le alteró el juicio por un caso no pensado. Fue asi que cierta noche en París al volver de palacio el condestable de Francia Oliverio Clisson cierto caballero le acometió, y le dió tantas heridas que le dexó por muerto. Huyó luego el matador por nombre Pedro Craon: recogióse á la tierra y amparo del duque de Bretaña. El Rey se encendió de tal suerte en ira y saña por aquel atrevimiento, que determinó ir en persona para tomar emienda del matador por lo que cometió, y del duque porque requerido de su parte le entregase, no queria venir en ello; bien que se escusaba que no tuvo parte ni arte en aquel delito y caso tan atroz. Púsose el Rey en camino, y llegó á la ciudad de Mayne. Salió de alli al hilo de medio dia en los mayores calores del año: tal era el deseo que llevaba y la priesa. No anduvo media legua quando de repente puso mano á la espada furioso y fuera de sí: mató á dos, é hirió á otros algunos, finalmente de cansado se desmayó y cayó del caballo. Volviéronle á la ciudad, y con remedios que le hicieron tornó en su juicio; pero no de manera que sanase del todo, ca á tiempos se alteraba. Deste accidente, y de la incapacidad que quedó al Rey por esta causa, resultaron grandes inconvenientes en Francia, por pretender muchos señores deudos del mismo Rey, y de los mas poderosos de aquel reyno, apoderarse del gobierno, quien con buenas, quien con malas mañas. Juan Juvenal obispo de Beauvais refiere que ninguna cosa le daba mas pena, quando el juicio se le remontaba,

que oir mentar el nombre de Inglaterra é ingleses, y que abominaba de las Cruces roxas, divisa y como blason de aquella nacion: creo porque á los locos, y á los que sueñan, se les representan con mayor vehemencia las cosas y las personas que en sanidad y despiertos mas amaban ó aborrecian.

CAPITULO XVII.

De las treguas que se asentaron entre Castilla y Portugal.

La porfía y los desgustos de don Fadrique duque de Benavente ponia en cuidado á los de Castilla, en especial á los que asistian al gobierno. Deseaban aplacalle y ganalle, mas hallaban cerrados los caminos. El arzobispo de Toledo, como deseoso del bien comun, sin escusar algun trabajo se resolvió de ponerse segunda vez en camino para verse con el duque. Confiaba que le doblegaría con su autoridad, y con ofrecelle nuevos y aventajados partidos. Vióse con
1393. él por principio del año del Señor de mil y trecientos y noventa y tres. Persuadióle se fuese despacio en lo del casamiento de Portugal: que esperase en lo que paraban las treguas, de que con mucho calor se trataba. No pudo acabar que deshiciese el campo, ni que se fuese á la corte: escusábase con los muchos enemigos que tenia en la corte, personages principales y poderosos. Que no se podria asegurar hasta tanto que el Rey saliese de tutela, y no se gobernase al antojo de los que tenian el gobierno; ademas que no estaria bien á persona de sus prendas andar en la corte como particular, sin poder, sin autoridad, sin acompañamiento. Partió con tanto el arzobispo en sazon que la ciudad de Zamora segunda

vez corrió peligro de venir en poder del duque de Benavente por inteligencias que con él traía el alcayde Villayzan de entregalle aquel castillo. Alborotóse la ciudad sobre el caso. Acudieron los arzobispos de Toledo y de Santiago, y el maestre de Calatrava, que atajaron el peligro y lo sosegaron todo. Dió el de Benavente con su gente vista á aquella ciudad, confiado que sus inteligencias y las promesas del alcayde saldrian ciertas; mas como se hallase burlado, revolvió sobre Mayorga villa del infante don Fernando, de cuyo castillo se apoderó por entrega del alcayde Juan Alonso de la Cerda que le tenia en su poder. Suelen á las veces los hombres faltar al deber por satisfacerse de sus particulares desgustos. Juan Alonso se tenia por agraviado del Rey don Juan á causa que por su testamento le privó del oficio de mayordomo que tenia en la casa del infante, que fue la ocasion de aquel desorden. El alcayde Villayzan otrosí estaba sentido que no le diesen el oficio de alguacil mayor que tuvo su padre en Zamora. Dieron traza, para asegurar aquella ciudad con alguna muestra de blandura, que con retencion de los gages que antes tiraba Villayzan, entregase el castillo á Gonzalo de Sanabria vecino de Ledesma, hijo de aquel Men Rodriguez de Sanabria que acompañó al Rey don Pedro quando salió de Montiel, y muerto el Rey, quedó preso. Pasó el Rey don Enrique con esto su corte á Zamora, como á ciudad que cae cerca de Portugal, para desde alli tratar con mas calor y mayor comodidad de las treguas, en sazon que las fuerzas del duque de Benavente por el mismo caso se enflaquecian de cada dia mas, y muchos se le pasaban á la parte del Rey: querian ganar por la mano antes que los de Castilla y de Portugal concertasen sus diferencias, sobre que

andaban demandas y respuestas; el remate fue acordarse con las condiciones siguientes: que Sabugal y Miranda se entregasen á los portugueses, cuyas los tiempos pasados fueron: el Rey de Castilla no ayudase en la pretension que tenian de la corona de Portugal, ni á la Reyna doña Beatriz, ni á los infantes sus tios don Juan y Donis arrestados en Castilla: lo mismo hiciese el de Portugal sobre la misma querella con qualquier que pretendiese pertenecelle el reyno de Castilla; á trueco por ambas partes se diese libertad á los prisioneros. Para seguridad de todo esto concertaron diesen al de Portugal en rehenes doce hijos de los señores de Castilla: mudóse esta condicion en que fuesen cada dos hijos de ciudadanos de seis ciudades, Sevilla, Córdova, Toledo, Burgos, Leon y Zamora. Con tanto se pregonaron las treguas por término de quince años mediado el mes de mayo en Lisboa y en Burgos, do á la sazon los dos Reyes se hallaban, con grande contento de ambas naciones. Estas capitulaciones parecian muy aventajadas para Portugal, menguadas y afrentosas para Castilla; pero es gran prudencia acomodarse con los tiempos, que en Castilla corrian muy turbios y desgraciados; y llevar en paciencia la falta de reputacion y desautoridad quando es necesario, es muy propio de grandes corazones.

CAPITULO XVIII.

De la prision del arzobispo de Toledo.

La alegria que todos comunmente en Castilla recibieron por el asiento que se tomó con Portugal, vencidas tantas dificultades y á cabo de tantas largas, se destempló en gran manera con la prision

que hicieron en la persona del arzobispo de Toledo. Parecia que unos males se encadenaban de otros, y que el fin de una revuelta era principio y víspera de otro daño. Hacía el arzobispo las partes del duque de Benavente por la amistad y prendas que habia entre los dos. Deseaba otrosí que á Juan de Velasco camarero del Rey, amigo y aliado de los dos, volviesen la parte de los gages que por el testamento del Rey don Juan le acortaron. No pudo salir con su intento por muchas diligencias que hizo: acordó como despechado ausentarse de la corte. Recelábanse los demas gobernadores que esta su salida, y enojo no fuese ocasion de nuevos alborotos, por su grande estado y ánimo resoluto que llevaba mal qualquiera demasía, y aun queria que todo pasase por su mano. Comunicáronse entre sí y con el Rey: salió resuelto de la consulta que le prendiesen, como lo hicieron dentro de palacio, juntamente con su amigo Juan de Velasco. Era este caballero asaz poderoso en vasallos, y que poco antes con su muger en dote adquirió la villa de Villalpando. Su padre se llamó Pedro Hernandez de Velasco, de quien arriba se dixo que murió con otros muchos en el cerco de Lisboa, y el uno y el otro fueron troncos del muy noble linage en que la dignidad de condestable de Castilla se ha continuado por muchos años sin interrupcion alguna hasta el dia de hoy. Prendieron asi mismo á don Pedro de Castilla obispo de Osma y á Juan abad de Fusselas, muy aliados del arzobispo y participantes en el caso. Pareció exceso notable perder el respeto á tales personages y eclesiásticos, si bien se cubrian de la capa del bien público, que suele ser ocasion de se hacer semejantes demasías. Pusieron entredicho en la ciudad de Zamora, do se hizo la prision, en Palencia y en Sala-

manca. Quedaban por el mismo caso descomulgados asi el Rey como todos los señores que tuvieron parte en aquellas prisiones, si bien no duraron mucho, ca en breve los soltaron á condicion que diesen seguridad. El arzobispo dió en rehenes quatro deudos suyos, y puso en tercería las sus villas de Talavera y Alcalá; mas sin embargo se ausentó sentido del agravio: Juan de Velasco entregó el castillo de Soria, cuya tenencia tenia á su cargo. Acudieron asi mismo al Papa por absolucion de las censuras, que cometió á su nuncio Domingo, obispo primero de San Ponce, y á la sazon de Albi en Francia; sobre lo qual le enderezó un breve, que hoy dia se halla entre las escrituras de la iglesia mayor de Toledo: su tenor es el siguiente: «Lleno está de »amargura mi corazon despues que poco há he sabido »la prision y detencion de las personas de nuestros »venerables hermanos Pedro arzobispo de Toledo, »y Pedro obispo de Osma, y Juan abad de Fusselas, »que se hizo en la iglesia de Palencia por algunos tu»tores de don Enrique ilustre Rey de Castilla y Leon »asi eclesiásticos, como seglares, y otros del su con»sejo y vasallos, y por mandamiento y consentimien»to del mismo Rey. Es nuestro dolor y nuestra tris»teza tan grande que no admite ningun consuelo, »porque estando la iglesia Santa de Dios en estos »lastimosísimos tiempos tan afligida, y por muchas »vias desconsolada, y miserablemente dividida con »la discordia del scisma, sobre sus tantas heridas se »haya añadido una tan grande por el sobredicho Rey, »su particular hijo y principal defensor. Mas porque »por parte del Rey se nos ha dado noticia que en la »dicha prision y detencion, que se hizo por ciertas »causas justas y razonables que concernian al buen »estado, seguridad, paz, quietud y provecho del

»mismo Rey y su reyno y vasallos, tenido primero »maduro acuerdo por los de su consejo y sus gran»des, no ha intervenido otro algun grave ó enorme »exceso acerca de las personas de los dichos presos, »y que luego los mismos dende á poco tiempo fue»ron puestos en libertad, de que plenariamente go»zan: nos teniendo consideracion á la tierna edad »del Rey, y que verisimilmente la dicha prision y »detencion no se hizo tanto por su acuerdo como »por los de su consejo, queremos por estas causas »habernos con él blandamente en esta parte; y in»clinado por sus ruegos cometemos á vos nuestro »hermano y mandamos que si el mismo Rey con hu»mildad lo pidiere, por vuestra autoridad le absol»vais en la forma acostumbrada de la sentencia de »descomunion, que por las razones dichas en qual»quier manera haya incurrido por derecho ó senten»cia de juez; y conforme á su culpa le impongais sa»ludable penitencia, con todo lo demas que confor»me á derecho se debe observar, templando el rigor »de derecho con mansedumbre segun que conforme »á justas y razonables causas vuestra discrecion juz»gáre se debe hacer. Queremos otrosí que por la mis»ma autoridad le relaxeis las demas penas en que por »las causas ya dichas hobiere en qualquier manera »incurrido. Dado en Aviñon á veinte y nueve de »mayo en el año décimoquinto de nuestro pontifica»do." Recibido este despacho, el Rey puestas las rodillas en tierra en el sagrario de Santa Cathalina en la iglesia mayor de Burgos con toda muestra de humildad pidió la absolucion. Juró en la forma acostumbrada obedeceria en adelante á las leyes eclesiásticas, y satisfaria al arzobispo de Toledo con volvelle sus plazas: tras esto fue absuelto de las censuras dia viernes á los quatro de julio. Halláronse pre-

sentes á todo don Pedro de Castilla obispo de Osma, Juan obispo de Calahorra y Lope obispo de Mondoñedo, y Diego Hurtado de Mendoza, que sin embargo de los escándalos de Sevilla ya era almirante del mar. Alzóse otrosí el entredicho: á esta alegría se allegó para que fuese mas colmada, la reduccion del duque de Benavente, que á persuasion del arzobispo de Santiago que lo mandaba todo, y por su buena traza vino en deshacer su campo, abrazar la paz y ponerse en las manos de su Rey. En recompensa del dote que le ofrecian en Portugal, concertaron de contalle sesenta mil florines, y que tuviese libertad de casar en qualquier reyno y nacion, como no fuese en aquel: demas desto de las rentas reales le señalaron de acostamiento cierta suma de maravedís en los libros del Rey. Asentado esto, sin pedir alguna seguridad de su persona para mas obligar á sus émulos, vino á Toro. Recibióle el Rey alli con muestras de amor y benignidad, y luego que se encargó del gobierno y le quitó á los que le tenian, le trató con el respeto que su nobleza y estado pedian. Desta manera se sosegó el reyno, y apaciguadas las alteraciones que tenian á todos puestos en cuidado, una nueva y clara luz se comenzó á mostrar despues de tantos nublados. Grande reputacion ganó el arzobispo de Santiago, todos á porfia alababan su buena maña y valor: duróle poco tiempo esta gloria á causa que en breve el Rey salió de la tutela y se encargó del gobierno: el arzobispo de Toledo su contendor otrosí volvió á su antigua gracia y autoridad, con que no poco se menguó el poder y grandeza del de Santiago. El pueblo con la soltura de lengua que suele, pronosticaba esta mudanza debaxo de cierta alegoría, disfrazados los nombres destos prelados y trocados en otros, como se dirá en otro

lugar. Al Rey de Navarra volvieron los ingleses á Chèreburg, plaza que tenian en Normandia en empeño de cierto dinero que le prestaron los años pasados. Encomendó la tenencia á Martin de Lacarra, y su defensa, por estar rodeada de pueblos de franceses y gente de guerra derramada por aquella comarca. Las bodas de la Reyna de Sicilia y don Martin de Aragon finalmente se efectuaron con licencia del Rey de Aragon tio del novio, y del Papa Clemente, segun que de suso se apuntó. Los barones de Sicilia con deseo de cosas nuevas, ó por desagradalles aquel casamiento, continuaban con mas calor en sus alborotos, y en apoderarse por las armas de pueblos y castillos y gran parte de la isla. No tenian esperanza de sosegallos y ganallos por buenos medios: acordaron de pasar en una armada que aprestaron para sugetar los alborotados aquellos Reyes, y en su compañía su padre don Martin duque de Momblanc. En la guerra, que fue dudosa y variable, intervinieron diversos trances: el principio fue próspero para los aragoneses; el remate, que prevalecieron los parciales hasta encerrar á los Reyes en el castillo de Catania, y apretallos con un cerco que tuvieron sobre ellos. Don Bernardo de Cabrera, persona en aquella era de las mas señaladas en todo, acompañó á los Reyes en aquella demanda; mas era vuelto á Aragon por estar nombrado por general de una armada que el Rey don Juan de Aragon tenia aprestada para allanar á los sardos. Este caballero sabido lo que en Sicilia pasaba, de su voluntad, ó con el beneplácito de su Rey se resolvió de acudir al peligro. Juntó buen número de gente, catalanes, gascones, valones: para llegar dinero para las pagas empeñó los pueblos que de sus padres y abuelos heredára. Hízose á la vela, aportó á Sicilia

ya que las cosas estaban sin esperanza: dióse tal maña, que en breve se trocó la fortuna de la guerra, ca en diversos encuentros desbarató á los contrarios, con que toda la isla se sosegó, y volvió mal su grado de muchos al señorío y obediencia de Aragon, en que hasta el dia de hoy ha continuado, y por lo que se puede congeturar, durará por largos años sin mudanza.

LIBRO DÉCIMONONO.

CAPITULO PRIMERO.

Como el Rey don Enrique se encargó del gobierno.

Reposaba algun tanto Castilla á cabo de tormentas tan bravas de alteraciones como padeció en tiempo pasado: parecia que calmaba el viento de las discordias y de las pasiones, ocasionadas en gran parte por ser muchos y poco conformes los que gobernaban. Para atajar estos inconvenientes y daños el Rey se determinó de salir de tutela y encargarse él mismo del gobierno, si bien le faltaban dos meses para cumplir catorce años, edad legal, y señalada para esto por su padre en su testamento. Mas daba tales muestras de su buen natural, que prometian, si la vida no le faltase, sería un gran príncipe, aventajado en prudencia y justicia con todo lo al; demas que los señores y cortesanos le atizaban y daban priesa. La porfia de todos era igual, los intentos diferentes: unos con acomodarse con los deseos de aquella tierna edad pretendian grangear su gracia para adelantar sus particulares, los de sus deudos y aliados; otros cansados del gobierno presente cuidaban que lo venidero sería mas

aventajado y mejor: pensamiento que las mas veces engaña. Por conclusion el Rey se conformó con el consejo que le daban. A los primeros de agosto juntó los grandes y prelados en las Huelgas, monasterio cerca de Burgos, en que los Reyes de Castilla acostumbraban á coronarse. Habló á los que presentes se hallaron, conforme á lo que el tiempo demandaba. Que él tomaba la gobernacion del reyno: rogaba á Dios y á sus Santos fuese para su servicio, bien, prosperidad y contento de todos. A los que presentes estaban, encargaba ayudasen con sus buenos consejos aquella su tierna edad, y con su prudencia la encaminasen. Pero desde aquel dia absolvia á los gobernadores de aquel cargo, y mandaba que las provisiones y cartas reales en adelante se robrasen con su sello. Acudieron todos con aplauso y muestras grandes de alegria asi el pueblo como los ricos hombres y señores que asistian á aquel auto, el nuncio del Papa, el duque de Benavente, el maestre de Calatrava y otros muchos. El arzobispo de Santiago como quier que exercitado en todo género de negocios, y los demas le reconocian por sus aventajadas partes, tomó la mano, y habló al Rey en esta forma: «No »con menos piedad y alegria hablaré agora, que poco antes en aquel sagrado altar dixe missa por vuestra salud y vida: confio que con el mismo ánimo vos »me oyréis. Este es el tercer año despues que por el »testamento de vuestro padre fuimos puestos por vuestros tutores, y gobernadores del reyno. Quanto hayamos en esto aprovechado, quédese á juicio de »otros. Esto con verdad os podemos certificar que »ningun trabajo ni peligro de nuestras vidas hemos »escusado por esta causa, por el bien y pro comun »destos vuestros reynos. Hablar de nuestras alabanzas es cosa penosa y ocasion de envidia; no puedo

»empero dexar de avisar como hasta ahora siempre
»hemos conservado la paz, y el reyno ha estado en
»sosiego, que es de estimar asaz en tanta variedad de
»pareceres y voluntades. En nuestro gobierno ni san-
»gre, ni muerte de alguno no se ha visto: cosa que
»se debe atribuir á milagro, y á vuestra buena dicha
»y felicidad, que plegue á Dios sea asi y se continúe
»en lo restante de vuestro reynado. Con los moros,
»enemigos perpétuos de la christiandad, habiéndose
»rebelado para exîmirse de vuestro imperio, hicimos
»nueva confederacion. Aplacamos con treguas los
»ánimos feroces de los portugueses. Honramos como
»convenia, y grangeamos con todas buenas obras y
»correspondencia á los franceses, ingleses y arago-
»neses. Dirá alguno que los pueblos estan irritados y
»gastados con nuestras imposiciones. Cómo puede ser
»esto, pues para aliviallos reduximos el alcabala á la
»mitad menos de lo que antes pagaban, es á saber,
»á razon de uno por veinte? todo á propósito de acu-
»dir á las necesidades del pueblo, y atajar sus quejas
»y disgustos. Asi muchos que se habian desterrado
»de sus tierras, y desamparado sus haciendas por la
»violencia y crueldad de los alcabaleros, se hallan al
»presente en sus casas. Dirá otro que los tesoros y
»rentas reales estan consumidas y acabadas. No lo
»podemos negar; pero de otra suerte cómo se paga-
»rán las deudas y las obligaciones que quedaban, y
»se apaciguáran las alteraciones de la nobleza y del
»pueblo, si no fuera con hacelles mercedes y acre-
»centalles sus gages? que si pareciere demasiado,
»quién quita que no lo podais todo reformar como
»pareciere mas expediente asentadas las cosas de
»vuestro reyno. Ningun pueblo hasta la menor aldea
»hallaréis enagenada: todo está tan entero como an-
»tes; de suerte que ninguna cosa falta para vuestra

»felicidad, y para nuestra alegria, sino lo que hoy se »hace, que concluida tan larga navegacion, llegados »al puerto despues de tantos peligros y á salvamen»to, caladas las velas y echadas anclas, muy de gana »descansemos en vuestra prudencia y benignidad, »seguros y ciertos que si en tanta diversidad de cosas »algo se hobiere errado, sin que sea menester inter»cesor ni tercero, vos mismo lo perdonaréis. Esto »tambien aumentará vuestra gloria, que hayais teni»do por tutores personas que con las mismas virtudes »de templanza, prudencia y diligencia con que han »hecho guerra á los vicios, y llevado al cabo cosas »tan grandes, podrán de aqui adelante sufrir la vida »particular, su recogimiento y sosiego." A estas razones respondió el Rey en pocas palabras: «De vues»tros servicios, de vuestra lealtad y prudencia todo »el mundo dá bastante testimonio. Yo mientras vivie»re no me olvidaré de lo mucho que os debo, antes »estoy resuelto que como hasta aqui por vuestro con»sejo he gobernado mi persona, asi en lo de adelante »ayudarme de vuestros avisos y prudencia en todo lo »que concierne al gobierno de mi reyno." Concluido este auto, se trataron otros negocios. Muchos estrangeros pretendian las prebendas eclesiásticas destos reynos tanto con mayor codicia y maña quanto las rentas son mas gruesas. En las provisiones que dellas se hacían por el Pontífice, no se tenia cuenta ó poca con los méritos, ciencia y bondad de los proveidos. Muchas veces y en diversos tiempos se trató en las cortes de remediar este grave daño, y de suplicar al Padre Santo no permitiese se continuase mas el desorden. Ultimamente en las cortes de Guadalaxara, como se dixo de suso, se propuso y apretó con mayor cuidado este negocio de los estrangeros. Parecia cosa muy fea y cruel que desfrutasen las iglesias gen-

te que ni ellos ni sus antepasados las ayudaron en cosa alguna, ni las podrian ayudar. Continuaban sin embargo las provisiones de la manera que antes, ca los Papas no llevaban bien que les atasen las manos. Los gobernadores del reyno, visto esto, proveyeron los pasados que se embargasen los frutos que poseían los estraños. Por esta causa á instancia del nuncio se trató en las cortes que para la coronacion del Rey se juntáran, muy de propósito este punto. Hobo consultas diferentes, muchas demandas y respuestas sobre el caso. La resolucion finalmente fue que los estraños no pedian razon en lo que pretendian, y que lo proveido se llevase adelante. Pero como quier que muchos cortesanos pretendiesen tener parte en los despojos, y alcanzar del Papa aquellas y semejantes gracias, hicieron tal y tanta instancia para que no se executase aquel decreto, que al fin por entonces fue forzoso disimular: la edad del Rey era deleznable, y las negociaciones grandes en demasía. Todavia para resolver con mas acuerdo este punto de las estrangerías y otros negocios graves que instaban, acordaron se aplazasen de nuevo cortes generales del reyno para la villa de Madrid. Entretanto que las cortes se juntaban, á instancia de los vizcainos, que mucho lo deseaban, el nuevo Rey fue en persona á tomar la posesion del señorío de Vizcaya. Juntáronse los principales de aquel estado: otorgóles que á exemplo de Castilla, donde todavia se continuaba esta antigua y dañada costumbre, pudiesen decidir y concluir sus pleytos, que eran asaz, por las armas y desafio. Lo que hizo á este año muy señalado fue la navegacion que de nuevo á cabo de largo tiempo se tornó á hacer á las Canarias. Armaron los vizcainos, en que hicieron grande gasto, costearon con sus naves las marinas de España: alargáronse despues al mar, descu-

brieron las Canarias, reconociéronlas todas, informáronse de sus nombres, de sus riquezas y frescura. Surgieron en Lanzarote y saltaron en tierra: vinieron á las manos con los isleños, prendieron al Rey, á la Reyna y ciento y setenta de sus vasallos. Con tanto dieron la vuelta á España, cargados los baxeles, demas de los cautivos, de pieles de cabras y alguna cera, de que aquellas islas tienen abundancia, para muestra de los trages, de los frutos y fertilidad de la tierra, y del útil que se podria sacar, si continuasen las navegaciones, á propósito de sugetar aquellas islas á la corona de Castilla, como finalmente se hizo.

CAPITULO II.

De las cortes de Madrid.

En este medio conforme al orden que se dió, acudieron á Madrid, y se juntaron los tres brazos, gran número de obispos, grandes y los procuradores de las ciudades. El Rey asi mismo, asentadas las cosas de Vizcaya, y pasados los calores del estío en la ciudad de Segovia por su mucha templanza, llegó á Madrid por el mes de noviembre. En la primera junta habló á los congregados en pocas razones esta sustancia. Despues de loar á su padre y declarar el estado en que el reyno se hallaba, dixo tenia muchos exemplos y muy buenos de sus antepasados para gobernar bien sus estados. Que en su menor edad si bien el reyno se mantuvo en paz con los estrangeros, pero llegó á punto de perderse por las discordias y alteraciones de los naturales. Lo que por razon de los tiempos se estragó, era razon concertallo con su autoridad y por el consejo de los que presentes se hallaban. En la traza de su gobierno se pretendia apartar de los

caminos y inconvenientes en que sus buenos vasallos tropezaron, en especial pondria todo cuidado en que ni la ambicion hallase entrada, ni el dinero que comprar. Sobre todo deseaba poner en su punto las leyes, y dar toda autoridad á los tribunales, que la libertad de los tiempos les quitáran. Las rentas reales estaban consumidas y acabadas: para remedio deste daño se podia tomar uno de dos caminos, imponer nuevos tributos en los pueblos, ó revocar las donaciones que sus tutores hicieron con buen ánimo y forzados de la necesidad, mas en gran perjuicio de su patrimonio real; en todo empero pretendia usar de blandura y clemencia, á que su edad y su condicion mas le inclinaban que á rigor ni á severidad. El razonamiento del Rey y sus concertadas razones agradaron asaz á los que presentes se hallaron; si bien se dexaba entender que por su boca hablaban sus privados y cortesanos, los que en su nombre y por su mano lo gobernaban todo á su voluntad no sin grave ofension de los demas, como es ordinario que unos se mueven por envidia, otros por el menoscabo de la autoridad real. Los que mas cabida tenian y alcanzaban con el Rey eran tres: Juan Hurtado de Mendoza mayordomo de la casa real, Diego Lopez de Zúñiga justicia mayor, y Ruy Lopez Dávalos su camarero mayor. Tenian entre sí conformidad, entre privados cosa semejante á milagro. Su mayor cuidado enfrenar la edad deleznable del Rey, mirar por el gobierno en comun, y en particular amparar á los pequeños contra las demasías de los grandes. Preguntados los procuradores en qué manera se podria acudir al reparo de las rentas reales. dieron por respuesta que el pueblo estaba tan cargado de imposiciones, y tan gastado por causa de las revueltas pasadas, que no podrian llevar se mentase de cargalles con nuevos

tributos. Todavia les parecia que de las ventas y mercadurías se podria acudir al Rey á razon de uno por veinte. Que seria todavia mas facil y hacedero reformar el gran número de compañías de soldados que por sus particulares los señores sustentaban y entretenian á costa del comun; por lo menos les abaxasen las pagas y sueldo conforme al que se daba en tiempo de los Reyes pasados: lo mismo de las pensiones que los señores cobraban. Este medio pareció el mas acertado y mas facil, demas que se reformaron y borraron de los libros del Rey las pensiones y acostamientos que en tiempo de la menor edad del Rey ó se concedieron de nuevo, ó en gran parte se acrecentaron. Ofendiéronse muchos con esta determinacion, que estaban mal acostumbrados al dinero del Rey; pero era la querella de secreto, que en lo público todos aprobaban el decreto. Hecho esto, se celebraron las bodas del Rey con su esposa la Reyna doña Cathalina por haber llegado á edad de poderse casar legalmente: lo mismo se hizo en el casamiento del infante don Fernando con doña Leonor condesa de Alburquerque su esposa, concertado de antes, y no efectuado por las razones que arriba se tocaron. Las alegrias como se puede entender fueron muy grandes: con que las cortes de Madrid se concluyeron y despidieron. El Rey al principio del año de mil 1394.
y trecientos y noventa y quatro por causa de la peste que comenzaba á picar en Madrid, se partió para Illescas, villa de buena comarca y de ayres saludables, puesta entre Toledo y Madrid á la mitad del camino. Convidado el arzobispo de Toledo con la ocasion del lugar, que era suyo, fue á hacer reverencia al Rey, que le recibió muy bien, y á él fue facil volver á la autoridad y cabida que antes tenia, por su buena gracia y maña en grangear la gracia de los príncipes

y de los cortesanos. El arzobispo de Santiago su gran contendor llevó muy mal esta venida y privanza, en tanto grado que con ocasion fingida (á lo que se decia) de su poca salud se salió de la corte y se fue á Hamusco, villa suya en Castilla la vieja, mal enojado contra el Rey y contra el de Toledo, y aun resuelto de satisfacerse, si ocasion para ello se le presentase. Fueron estos dos prelados en aquella era los mas señalados del reyno, dotados de prendas y partes aventajadas, ingenio, sagacidad, diligencia, bien que las trazas eran bien diferentes. Parece por la ocasion que el lugar nos presenta, será bien declarar en breve sus condiciones y naturales. La nobleza, la edad, la eloqüencia, la grandeza de ánimo eran casi iguales: los caminos por donde se enderezaban eran diferentes. El de Santiago usaba de caricias, astucia y liberalidad: el de Toledo se valia de su entereza en que no tenia par, y de otras buenas mañas. El primero hacía placer y grangeaba la voluntad de los grandes: el otro se señalaba en gravedad y mesura, y severidad. El uno daba, el otro tenia mas que dar: aquel amparaba á los culpados y los defendia, el de Toledo queria que los ruynes fuesen castigados. El uno era solícito, vigilante, favorecia á sus amigos, y á nadie negaba lo que estuviese en su mano. el otro ponia todo cuidado en la templanza, reformacion y todo género de virtudes. Al uno punzaba el dolor por la iglesia de Toledo que los años pasados le quitaron á tuerto y contra razon, como él se persuadia: al de Toledo acreditaba habella alcanzado sin pretension ni trabajo. Era respetado y temido de sus contrarios por su valor: y si bien diversas veces le armaron lazos, y cayó en sus manos, siempre se libró dellas, y con los rayos de su luz deshizo las tinieblas de muchas celadas que sus émulos le paraban.

CAPITULO III.

De la muerte del maestre de Alcántara.

Sentian mucho los grandes y caballeros les reformasen los gages y acostamientos que cada un año tiraban de las rentas reales, de que resultaron en Castilla la vieja alteraciones y revueltas en esta manera. El duque de Benavente se salió de Madrid mal enojado: apoderábase de las rentas reales y eclesiásticas en todas las partes que podia. La pequeña edad del Rey y los tiempos daban ocasion á estas demasías y desórdenes. Despacharon al mariscal Garci Gonzalez de Herrera que le reportase y pusiese en razon, y juntamente le avisase era mal término usurpar por su autoridad lo que se debia alcanzar con buenos medios y servicios. Llevó asi mismo orden de verse con la Reyna de Navarra, y los condes de Gijon y Trastamara, que se mostraban sentidos por la misma causa, y tramaban de juntar sus fuerzas y alborotar la tierra. La respuesta del de Benavente al recaudo que le dieron, fue que no podia llevar ni era razon que el Rey se gobernase por ciertos hombres que poco antes se levantaron del polvo de la tierra, y que ellos solos tuviesen el palo y el mando. Que esta fue la causa de su salida de la corte, do no pensaba volver si no ponian en su poder para su seguridad, como en rehenes, los hijos de aquellos tres personages mas poderosos de palacio. La respuesta de los otros señores descontentos fue semejable. Diego Lopez de Zúñiga por orden del Rey fue asi mismo á verse con el arzobispo de Santiago, y amonestalle que pospuesto todo lo al, se viniese á la corte, ca se entendia traía sus inteligencias con los alborotados. Respondió al mensage que la enemiga que tenia con el de Toledo,

que era antigua y muy notoria, no le daba lugar á hacer presencia en la corte mientras su contrario en ella estuviese. Supo el Rey de Navarra lo que en Castilla pasaba, los desgustos y pasiones. Parecióle buena ocasion para recobrar su muger. Despachó sus embaxadores sobre el caso, que hallaron al Rey de Castilla en Alcalá de Henares do era ya ido. Hicieron sus diligencias conforme al orden que traían, mas sin embargo que el Rey estaba torcido con la Reyna por inclinarse ella y favorecer á los señores desgustados, todavia tuvieron mas fuerza las escusas que daba, las mismas que antes diera, y el respeto que á su persona por ser Reyna y tia del Rey se debia. Propusieron que á lo menos les entregase dos hijas que tenia en su compañía, para llevallas á su padre. No vino el Rey tampoco en esto, antes dió por respuesta que en tanto que el matrimonio estaba apartado, era justo y puesto en razon que el padre y la madre repartiesen entre sí los hijos para con su presencia llevar mejor la viudez y soledad. Concluido con esta embaxada, vinieron de Portugal nuevos embaxadores, que en nombre de su Rey con palabras determinadas pidieron firmasen ciertos grandes las capitulaciones de las treguas y asiento que tomaron, que no lo habian querido hacer. Estos eran el marques de Villena y el conde de Gijon: el de Villena alegaba que pues no le dieron parte en los conciertos que hicieron, no era justo ni necesario que él los firmase; el de Gijon antes de firmar pretendia que el de Portugal le entregase los pueblos que con su muger le señalaron en dote: el uno tomaba la firma por torcedor, y el otro por punto de honra; caminos que suelen desbaratar grandes negocios. Volviéronse los embaxadores sin alcanzar cosa alguna, no sin recelo que las cosas llegasen á rompimiento. Nueva ocasion que por cierto acciden-

te resultó, de mayor cuidado, hizo que no se reparase tanto en el desgusto de Portugal. Don Martin Yañez de la Barbuda que fue en Portugal do nació Clavero de Avis, los años pasados en tiempo del Rey don Juan se desterró de su patria, y dexó el lugar que tenia, por seguir las partes de Castilla en las guerras que andaban sobre aquella corona de Portugal. Debia estar desgustado con su maestre, ó pretendia aventajarse en rentas y autoridad; que de su ingenio no sé si se puede y debe creer se moviese por la justicia de la querella: finalmente ayudó al Rey de Castilla, y se halló en aquella memorable jornada de Aljubarrota. En premio de sus servicios y recompensa de lo que dexó en su natural, se dió orden como le hiciesen maestre de Alcántara, con que se acrecentó en autoridad y renta. Era de ingenio precipitado, voluntario y resoluto. Avino que un ermitaño por nombre Juan Sago, tenido por hombre santo á causa de la vida retirada que por mucho tiempo hizo en el yermo, le puso en la cabeza que tenia revelacion alcanzaria grandes victorias contra moros, singular renombre y muy poderoso estado, si desafiase aquella gente en comprobacion de la verdad de la religion cathólica. Dexóse el maestre persuadir fácilmente por frisar con su humor aquel dislate. Envió personas á Granada que retasen aquel Rey á hacer campo con él, con orden que si este riepto no se recibiese, ofreciesen que entrasen en la liza veinte, treinta, ó cien christianos, y que el número de los moros fuese en qualquier destos casos doblado; que por la parte que la victoria quedase, aquella religion y creencia se tuviese por la acertada: temeridad y desatino notable. Los moros fueron mas cuerdos: maltrataron y ultrajaron á los embaxadores, sin hacer de ellos algun caso. El maestre mas indignado por esto, y confiado

en la revelacion del ermitaño y la justicia de su querella, se determinó con las armas romper por la frontera de moros. Ninguna cosa tiene mas fuerza para alborotar el vulgo que la máscara de la religion: reseña á que los mas acuden como fuera de sí, sin reparar en inconvenientes. A la fama pues de la empresa que el maestre tomaba, le acudió mucha gente, no de otra guisa que si tuvieran en las manos la victoria. Pasaron alarde demas de trecientos de á caballo hasta cinco mil peones de toda broza, los mas aventureros, mal armados, sin exercicio de guerra, finalmente mas canalla que soldados de cuenta. Desque el Rey supo lo que pasaba, procuró apartalle de aquel intento. Asi mismo los hermanos Alonso y Diego Fernandez de Córdova señores de Aguilar, caballeros de mucha cuenta, ya que marchaba con su gente, le salieron al camino para con sus buenas razones y autoridad divertille de aquel dislate. «Dó vais (dicen) »maestre á despeñaros? por qué llevais esta gente al »matadero? Vuestros pecados os ciegan, estos pobre»cillos nos lastíman, que pretendeis entregarlos á sus »enemigos carniceros. Volved por Dios en vos mis»mo, desistid dese vuestro intento tan errado, enfre»nad con la razon el ímpetu demasiado de vuestro co»razon; que si no tomais nuestro consejo, ni dais ore»jas á nuestros ruegos, el daño será muy cierto y el »llanto, junto con la mengua de toda la nacion y rey»no." No se doblegó con estas razones su pecho, no mas que si fuera de piedra: saca por su divina permision la ira divina á los hombres de seso, quando no quiere que se emboten sus aceros. Rompieron pues por tierra de moros un domingo veinte y seis de abril. Pusiéronse sobre la torre de Egea, puesta en la misma frontera, para combatilla, cuando de sobresalto se mostró el Rey moro acompañado de cinco mil de

á caballo y de ciento y veinte mil de á pie: grande número, pero que se hace probable por causa que el Moro so graves penas mandó que todos los de edad á propósito se alistasen. Los christianos con la vista de morisma tan grande á la hora desmayaron. En los de á pie no hobo resistencia por ser gente allegadiza, y porque los moros los apartaron de sus caballos. Hirieron en ellos á toda su voluntad, los mas quedaron tendidos en el campo: algunos se salvaron que con tiempo se encomendaron á los pies. Los de á caballo hicieron el deber, ca arremolinados entre sí, por una pieza pelearon con valor, y tuvieron en peso la batalla. Sobre todos se señaló el maestre en aquel aprieto de valeroso y esforzado, y hizo grandes pruebas de su persona; mas finalmente como quier que los enemigos eran tantos, cayó muerto, y con él los demas sin que ninguno mostrase cobardía ni volviese las espaldas: pequeño alivio de un revés y de una afrenta tan grande, con que la Dominica in Albis, que quiere decir blanca, y era aquel dia, se trocó en negra y aciaga. El cuerpo del maestre con licencia de los moros llevaron á Alcántara, y le sepultaron en la iglesia mayor de Santa María en un lucillo, y en él una letra que él mismo se mandó poner:

AQUI YACE AQUEL EN CUYO CORAZON NUNCA PAVOR TUVO ENTRADA.

Cierto caballero refirió este letrero al Emperador Carlos Quinto, que dicen respondió: Nunca ese fidalgo debió apagar alguna candela con sus dedos. Era clavero de Calatrava Fernan Rodriguez de Villalobos, hombre de valor y anciano. Juntáronse los caballeros, acudió el Rey con su favor, y nombráronle en lugar del muerto, si bien no era hijo legítimo de su padre,

para que fuese maestre de Alcántara, eleccion que mucho sintieron y murmuraron los de aquella orden; pero prevaleció la voluntad del Rey y los muchos servicios y valor del electo. Los moros aunque agraviados de aquella entrada del maestre por habelles quebrantado las treguas, todavia antes de romper la guerra despacharon al Rey don Enrique un embaxador que le halló en San Martin de Valdeiglesias: alli propuso sus quexas; la respuesta fue que la culpa de aquel caso la tenia el maestre, que su muerte y la de los suyos era bastante emienda: con lo qual los moros se sosegaron.

CAPITULO IV.

De nuevos alborotos que se levantaron en Castilla.

Los grandes que en Castilla la vieja andaban descontentos, hacían de nuevo mayores juntas de gentes y de soldados. La voz era para acudir al llamado del Rey, que decian se apercebia en Toledo, do estaba, para acudir á la guerra que de parte de Granada por la causa dicha de suso amenazaba; mas otro tenian en el corazon, que era llevar adelante sus desgustos y pasiones. Avino á la misma sazon que el Rey de Castilla volvió á Illescas bien acompañado de gente, de grandes y ricos hombres. El maestre de Calatrava hizo tanto con el marques de Villena, que le traxo consigo á aquella villa para reconcilialle con el Rey: muchos nobles para honralle desde Aragon le hicieron compañía. Recibióle el Rey con muchas muestras de amor y de contento; que es muy propio de los Reyes contemporizar y ganar con caricias y benignidad las voluntades. El marques hizo instancia que le restituyesen la dignidad de condestable que tenia por merced

del Rey don Juan, y los tutores á tuerto la dieron al conde de Trastamara. Hobo el Rey su acuerdo sobre la demanda: respondió era contento de otorgar con lo que pedia, á tal empero que le acompañase á Castilla la vieja, do era forzoso pasar para poner en razon los que andaban alborotados. Escusóse que no venia aprestado para aquella jornada: con tanto dió vuelta á Aragon, con algun sentimiento del Rey que quisiera tener á su lado un tal varon. Los bullicios de Castilla continuaban, y por el mismo caso los agravios que se hacían á la gente menuda y desvalída; pero visto que el Rey se aprestaba de gente, los grandes, que no tenian fuerzas para resistir á la potencia real, tomaron mejor acuerdo. Diéronles seguridad, y asi vinieron á la corte primero el arzobispo de Santiago, y tras él el duque de Benavente. Alegaron en escusa suya el mucho poder de sus enemigos y sus agravios, que los pusieron en necesidad para su defensa de acompañarse de gente: ofrecieron de recompensar las culpas con mayores servicios y lealtad. Perdonólos el Rey de buena gana; y aun para mas prendar al de Benavente le señaló de las sus rentas reales quinientos mil maravedís de acostamiento en cada un año, y la villa de Valencia en Estremadura en recompensa del dote que le daban en Portugal, á condicion empero que se llegase á cuentas de las rentas reales que por su orden se cobraron los años pasados. La esperanza de sosiego que todos comunmente concibieron con esto, se aumentó con la reduccion de don Pedro conde de Trastamara, que don Alonso Enriquez su hermano le aconsejó y persuadió que dexase aquellas porfias y bullicios que de ordinario paran en mal. Diéronle de acostamiento otra tanta cantía de maravedís; y para iguala'le en todo con el de Benavente le restituyeron la villa de Paredes, que don Alonso conde de Gijon

contra razon y derecho le tenia usurpada por fuerza. Trataba el Rey de sugetar con las armas al conde de Gijon, que solo restaba de los grandes alborotados, y no tenian esperanza que se dexaria vencer por buenos medios y blandos, (tan bullicioso era y tan arrestado de su natural) quando vinieron por embaxadores de don Carlos Rey de Navarra el obispo de Huesca, que era frances de nacion, y Martin de Ayvar para intentar lo que tantas veces acometieron en vano, que la Reyna doña Leonor volviese á hacer vida con su marido. Lo que la razon no alcanzó, hizo cierto accidente que se efectuase. La Reyna estaba muy sentida que la hobiese acortado gran parte de la pension que tiraba de las rentas reales, por la qual causa se salió de las cortes de Madrid en que se tomó este acuerdo, mal enojada. Comunicábase con los grandes que andaban alborotados por la misma razon, y aun se entendia entraba á la parte de los bullicios. El Rey de Castilla estaba por esto con ella torcido que fue la ocasion de despachar de nuevo esta embaxada. Avino que el conde de Trastamara, sabido lo que se tramaba contra la Reyna acerca de su partida, al improviso se salió de la corte y se fue para la Reyna que moraba en Roa, para asistilla que no se le hiciese fuerza ni agravio. Puso al Rey en cuidado esta partida tan arrebatada no fuese principio de nuevas alteraciones. Sospechóse que el de Trastamara se comunicó en lo que hizo y pretendia, con el duque de Benavente. Llamóle á la corte, y llegado, le echaron mano y pusieron á buen recado; que fue un sábado veinte y cinco de julio. Hecho esto, porque la Reyna y el conde no tuviesen lugar de afirmarse, con la gente que pudo y que tenia aprestada para ir contra el conde de Gijon, á grandes jornadas partió el Rey la vuelta de Roa. No pudo haber á las manos al conde, que con tiempo se huyó á Ga-

licia. La Reyna visto el riesgo que corria, para aplacar la saña del Rey, sin ponerse en defensa con sus hijas todas cubiertas de luto le salió á recebir á las puertas de la villa. Dió sus descargos, que no tuvo parte alguna en la partida del conde, pero que venido á su casa no era razon dexar de hospedar á su hermano mayormente que publicaba venia á consolalla en su tristeza y trabajos. Mostró el Rey satisfacerse con sus descargos de tal guisa que se apoderó de la villa, si bien dexó á la Reyna las rentas para que con ellas se sustentase, y á ella mandó que le acompañase á Valladolid, do la mandó poner guardas para que no se pudiese ausentar ni huir. En el entretanto don Alonso conde de Gijon se fortalecia de armas, soldados y vituallas en la su villa de Gijon. Para atajalle los pasos acudió el Rey con toda presteza á las Asturias: apoderóse de la ciudad de Oviedo, que se tenia por el conde. Dende partió para Gijon, y puso sobre ella sus estancias. El sitio es tan fuerte por su naturaleza que por fuerza no la podian tomar. Detenerse en el cerco muchos dias érales muy pesado por ser los mayores frios del año, que en aquella tierra son mayores por ser muy Septentrional, demas de muchas enfermedades que picaban en el campo y en los reales; todavia no fue la jornada en balde, porque durante el cerco el conde de Trastamara se reduxo á mejor partido, y con perdon que le dieron, vino á los dichos reales. Con el conde cercado asi mismo, visto que no le podian forzar, se tomó asiento á condicion que fuera de aquella villa de Gijon, en todos los demas pueblos de su estado se pusiesen guarniciones de soldados por el Rey: ultra desto que el conde en persona pareciese en Francia para descargarse delante de aquel Rey, como juez árbitro que nombraban de comun acuerdo, del aleve que se le imputaba; y que la

sentencia que se diese, se cumpliese enteramente. Para seguridad del cumplimiento y de todo lo concertado el conde puso en poder del Rey de Castilla á su hijo don Enrique: con que por el presente se dexaron las armas, y el reyno se libró del cuidado en que por esta causa estaba.

CAPITULO V.

De la eleccion del Papa Benedicto Décimotercio.

Esto pasaba en Castilla en sazon que en Aviñon falleció el Papa Clemente á los diez y seis de setiembre. Los príncipes y potentados, los de cerca y los de lexos, por sus embaxadores requirieron á los cardenales de aquella obediencia se fuesen despacio en la eleccion del sucesor: que su principal cuidado fuese de buscar alguna traza como el scisma se quitase, y con esto se pusiese fin á tantos males. A los cardenales no pareció dilatar el cónclave y la eleccion. Solo para mostrar algun deseo de condescender con la voluntad de los príncipes de comun acuerdo ordenaron que cada qual de los cardenales por expresas palabras jurase, en caso que le eligiesen por Papa, renunciaria el pontificado cada y quando que hiciese lo mismo por su parte el Pontífice de Roma: camino que les pareció el mejor que se podia dar para apaciguar y unir toda la christiandad. Creo será bien poner en este lugar la forma del juramento que hicieron los cardenales: «Nos los cardenales de la santa iglesia romana congregados en cónclave para la eleccion futura, todos juntos y cada qual por sí delante el altar donde es costumbre de celebrar la missa conventual, por el mayor servicio de Dios y unidad de su iglesia, y salud de todas las ánimas de sus fieles

»prometemos y juramos, tocando corporalmente los »Santos Evangelios de Dios, que sin algun dolo ó fraude ó engaño trabajarémos y procurarémos con toda fidelidad y cuidado por quanto á lo que nos toca, ó adelante puede tocar, la union de la iglesia, »y poner fin quanto en nos fuere al scisma que agora »con íntimo dolor de nuestros corazones hay en la »iglesia. Item que darémos para esto auxilio, consejo y favor al pastor nuestro y de la grey del Señor, »que ha de ser y por tiempo será Señor nuestro, y »vicario de Jesu-Christo, y que no darémos consejo »ó favor directa ó indirectamente, en público ó en »secreto para impedir las cosas arriba dichas. Mas, »que cada uno de nos quanto le fuere posible, aun»que sea elegido para la silla del apostolado, hasta »hacer cesion inclusivamente de la dignidad del Pa»pado, guardará y procurará todas estas cosas y cada »una dellas, y todas las demas arriba dichas; junto »con esto todas las vias útiles y cumplideras al bien »de la iglesia y á la dicha union con sana y sincera »voluntad, sin fraude, escusa ó dilacion alguna, si »asi pareciere convenir al bien de la iglesia y á la »sobredicha union á los señores cardenales que al »presente son ó por tiempo serán en lugar de los »presentes, ó á la mayor parte dellos." Hecho este juramento en la manera que queda dicho, se juntaron los cardenales, número veinte y uno, para hacer la eleccion. Salió con todos los votos sin que alguno le faltase, el cardenal de Aragon don Pedro de Luna. Su nobleza era muy conocida, su doctrina muy aventajada en los derechos civil y canónico, demas de las muchas legacías en que mucho trabajó, su buena gracia, maña y destreza con que se grangean mucho las voluntades. En su asumpcion se llamó Benedicto Décimotercio. Despues que se vió Papa, comenzó á

tratar de pasar la silla á Italia, sin acordarse del juramento hecho ni de dar órden en renunciar el pontificado. Alteróse mucho la nacion francesa por la una y por la otra causa. Tuvieron su acuerdo en París en una junta de señores y prelados. Parecióles que para reportar el nuevo Pontífice, que sabian era persona de altos pensamientos y gran corazon, como lo declaró bien el tiempo adelante, era necesario enviale grandes personages que le representasen lo que aquel reyno y toda la iglesia deseaba. Señalaron por embaxadores los duques de Borgoña y de Orliens y de Bourges, los quales luego que llegaron á Aviñon, habida audiencia le requirieron con la paz, y protestaron la restituyese al mundo, y que se acordase de las calamidades que por causa de aquella division padecia la christiandad: acusábanle el juramento que hizo, y mas en particular le pedian juntase concilio general en que los prelados de comun acuerdo determinasen lo que se debia hacer. Respondió el Papa que de ninguna suerte desampararia la iglesia de Dios vivo, y la nave de San Pedro cuyo gobernalle le habian encargado. No se contentaron aquellos príncipes desta respuesta, ni cesaban de hacer instancia; mas visto que nada aprovechaba, dieron la vuelta mal enojados asi ellos como su Rey y toda aquella nacion. Procuraba el Pontífice con destreza aplacar aquella indignacion, para lo qual concedió al Rey de Francia por término de un año la décima de los frutos eclesiásticos de aquel reyno. Esto pasaba por el mes de mayo del año del Señor de mil y trecien-
1395. tos y noventa y cinco años, en que se comenzó á destemplar poco á poco el contento del nuevo Pontífice, y trocarse su prosperidad en miserias y trabajos. El gobernador de Aviñon con gente de Francia por orden de aquel Rey le puso cerco dentro de su palacio

muy apretado. Publicóse otrosí un edicto en que se mandaba que ningun hombre de Francia acudiese á Benedicto en los negocios eclesiásticos. Sobre todo los cardenales mismos de su obediencia le desampararon, excepto solo el de Pamplona, que permaneció hasta la muerte en su compañía. Finalmente por todas estas causas se vió tan apretado, que le fue forzoso salirse de Aviñon en hábito disfrazado, y pasarse á Cataluña para poderse asegurar; pero esto aconteció algunos años adelante. Las negociaciones entre los príncipes sobre el caso andaban muy vivas, y las embaxadas que los unos á los otros se enviaban. El Rey de Francia procuraba apartar de la obediencia de aquel Papa á los Reyes, al de Navarra, al de Aragon y al de Castilla. Hacíaseles cosa muy grave á estas naciones apartarse de lo que con tanto acuerdo abrazaron, en particular el de Castilla despachó á don Juan obispo de Cuenca, persona prudente y de trazas, para que reconciliase al Rey de Francia con el Papa, ca entendian la causa de aquella alteracion y mudanza eran disgustos particulares: poco prestó esta diligencia. En Aragon por la parte de Ruysellon entró gran número de soldados franceses para robar y talar la tierra. La Reyna doña Violante, como la que por el descuido de su marido ponia en todo la mano, despachó al Rey de Francia y á sus tios los duques, el de Borgoña y el de Berri, y al duque de Orliens un embaxador, por nombre Guillen de Copones, para querellarse de aquellos desórdenes: diligencia con que se atajó aquella tempestad, y los franceses dieron la vuelta en sazon que el Rey don Juan de Aragon murió de un accidente que le sobrevino de repente. Salió á caza en el monte de Foxa, cerca del castillo de Mongriu y de Urriols en lo postrero de Cataluña. Levantó una loba de grandeza des-

comunal: quier fuese que se le antojó por tener lesa la imaginacion, quier verdadero animal, aquella vista le causó tal espanto que á deshora desmayó y se le arrancó el alma, que fue á los diez y nueve de mayo dia miércoles. Príncipe á la verdad mas señalado en floxedad y ociosidad que en alguna otra virtud. Su cuerpo fue sepultado en Poblete, sepultura ordinaria de aquellos Reyes. No dexó hijo varon, solamente dos hijas de dos matrimonios, doña Juana y doña Violante. La primera dexó casada con Matheo conde de Fox, la segunda concertada con Luis duque de Anjou, segun que de suso queda apuntado. Nombró en su testamento por heredero de aquella corona á su hermano don Martin duque de Momblanc, lo que con gran voluntad aprobó el reyno por no caer en poder de estraños, si admitian las hembras á la sucesion. Hallábase don Martin ausente, ocupado en allanar á sus hijos la isla de Sicilia y componer aquellas alteraciones. Doña María su muger, persona de pecho varonil, hizo sus veces, ca se llamó luego Reyna; y en una junta de señores que se tuvo en Barcelona, mandó se pusiesen guardas á la Reyna doña Violante que decia quedar preñada, para no dar lugar á algun embuste y engaño: la misma Reyna viuda dentro de pocos dias se desengañó de lo que por ventura pensaba. Pretendia el conde de Fox que le pertenecia aquella corona por el derecho de su muger, como de hija mayor del Rey difunto. Contra el testamento que hizo su suegro, se valia del de el Rey don Pedro su padre, que llamó á la sucesion las hijas: de la costumbre tan recebida y guardada de todo tiempo, que las hembras heredasen el reyno; la qual ni se debia, ni se podia alterar, mayormente en su perjuicio. Estas razones se alegaban por parte del conde de Fox y de su muger, si no concluyentes,

á lo menos aparentes asaz. Sin embargo las cortes del reyno que se juntaron en Zaragoza por el mes de julio, adjudicaron el reyno de comun acuerdo de todos á don Martin que ausente se hallaba, las insignias, nombre y potestad real. Platicaron otrosí de los apercibimientos que se debian hacer para la guerra que de Francia por el mismo caso amenazaba.

CAPITULO VI.

Como la Reyna doña Leonor volvió á Navarra.

El reyno de Aragon andaba alterado por las sospechas y recelos de guerra que los aquexaban. En las ciudades y villas no se oía sino estruendo de armas, caballos, municiones, vituallas. Castilla sosegaba por haberse los demas grandes allanado, y el de Gijon ausentado y partido para Francia conforme á lo que con él asentaron. La Reyna de Navarra asi mismo mal su grado fue forzada a volver con su marido, negocio por tantas veces tratado. Para asegurалla hizo el Rey su marido juramento de tratalla como á Reyna é hija de Reyes. Para honralla y consolalla el mismo Rey de Castilla su sobrino la acompañó hasta la villa de Alfaro, que es en la raya de Navarra. En la ciudad de Tudela la recibió el Rey su marido magníficamente con toda muestra de alegria y de amor. Hiciéronse por esta vuelta procesiones en accion de gracias por todas partes, fiestas y regocijos de todas maneras. Juan Hurtado de Mendoza mayordomo de la casa real tenia gran cabida con el Rey de Castilla: por esto y en recompensa de sus servicios le hizo poco antes donacion de la villa de Agreda, y en el territorio de Soria de los lugares Ciria y Borovia. El pueblo llevaba mal esto por la envidia que como es ordinario

se levanta contra los que mucho privan, y suélese llevar mal que ninguno se levante demasiado. Los vecinos de Agreda no querian sugetarse, ni ser de señor ninguno particular, con tanta determinacion que amenazaban defenderian con las armas (si necesario fuese) su libertad. Tenian por cosa pesada que aquel lugar de realengo se hiciese de señorío: gobierno que al principio suele ser blando, y adelante muy pesado y grave, de que cada dia se mostraban exemplos muy claros. Demas que por estar á los confines de Navarra y Aragon corrian peligro de ser acometidos los primeros, sin que los pudiesen defender las fuerzas de ningun señor particular. Querellábanse otrosí que no les pagaban bien los servicios suyos y de sus antepasados, y la lealtad que siempre con sus Reyes guardaron. Partióse el Rey de Castilla para allá con intencion y fiucia que con su presencia se apaciguarian aquellos disgustos. Poco faltó que no le cerrasen las puertas, si no intervinieran personas prudentes que les avisaron con quánto peligro se usa de fuerza para alcanzar de los Reyes lo que con modestia y razon se debe y puede hacer: consejo muy saludable, porque el Rey, oidas sus razones, con facilidad se dexó persuadir que aquella villa se quedase en su corona, con recompensa que hizo á Juan de Mendoza en las villas de Almazan y Santistevan de Gormaz que á trueco le dieron: con que se sosegó aquella alteracion. El Rey don Enrique para seguir al conde de Gijon envió sus embaxadores á Francia, que comparecieron en Paris al plazo señalado. El conde no compareció sea por no poder mas, sea por maña; verdad es que al tiempo que los embaxadores se aprestaban para dar la vuelta, tuvieron aviso que el conde era llegado á la Rochela, ciudad y puerto en tierra de Santonge puesto entre la Guiena y la Bretaña. Por esta causa se detuvieron. Pu-

siéronle demanda delante del Rey de Francia: alegaron las partes de su derecho, y sustanciado el proceso y cerrado, se vino á sentencia, en que el conde fue dado por aleve, y mandado se pusiese en manos de su Rey y se allanase: si asi lo cumpliese, podia tener esperanza del perdon y de recobrar su estado, en que aquel Rey ofrecia interpondria su autoridad y ruegos; si perseverase en su rebeldía, le avisaban que de Francia no esperase ningun socorro, ni lugar seguro en aquel reyno. En esta sustancia se despacharon cartas para el duque de Bretaña y otros señores movientes de aquella corona y á los gobernadores, en que les avisaban no ayudasen al conde para volver á España con dineros, armas, soldados, ni naves. Por otra parte el Rey de Castilla, avisado de la sentencia, pedia que le entregasen la villa de Gijon conforme á las condiciones que asentaron: la condesa que dentro estaba, no venia en ello, sea por ser muger varonil, ó por los consejeros que tenia á su lado. Acudió el Rey á esto, porque con la dilacion no se pertrechase: púsose sobre aquella villa cerco, que no duró mucho á causa que los cercados, perdída toda esperanza de socorro, en breve se rindieron. El Rey hizo abatir los muros de la villa y las casas para que adelante no se pudiese rebelar. A la condesa entregaron á su hijo don Enrique que estaba en poder del Rey, á tal que desembarazase la tierra, y se fuese fuera del reyno con su marido que á la sazon se hallaba en tierra de Santonge con poca ó ninguna esperanza de recobrar su estado. Hecho esto, el Rey dió la vuelta á Madrid, resuelto de visitar en persona el Andalucía, que lo deseaba y los negocios lo pedian, y por diversas causas lo dilatára hasta entonces. Pasó á Talavera con este intento: alli por el mes de noviembre le llegaron embaxadores del Rey de Granada para pedir que el tiem-

po de las treguas que ya espiraba, ó era del todo pasado, se alargase de nuevo. Recelábanse los moros que apaciguadas las pasiones del reyno y de los grandes, no revolviesen las fuerzas de Castilla en daño de Granada para tomar emienda de los daños que ellos hicieron en su menor edad por aquellas fronteras. No los despacharon luego: solo les dieron orden que fuesen á Sevilla en compañía del Rey, al qual recibió aquella ciudad con grandes fiestas y regocijos, como es ordinario. En ella hizo prender al arcediano de Ecija por amotinador de la gente, y atizador principal de los graves daños que los dias pasados se hicieron en aquella ciudad y en otras partes á los judíos. Esta prision y el castigo que le dieron, fue escarmiento para otros, y aviso de no levantar el pueblo con color de piedad. Por todas estas causas una nueva y clara luz parecia amanecer en Castilla despues de tantos torbellinos y tempestades, y una grande seguridad de que nadie se atreveria á hacer desaguisado á los miserables y flacos. Las treguas asi mismo se renovaron con los moros, que mucho lo deseaban: con que quedaba todo sosegado sin miedo ni recelo de alguna guerra ni alboroto. Mucho importó para todo la prudencia y buena maña del Rey don Enrique, que aunque mozo, de cada dia descubria mas prendas de su buen natural en valor y todo género de virtudes. Verdad es que las esperanzas que deste príncipe se tenian muy grandes, en breve se regalaron y deshicieron como humo por causa de su poca salud, mal que le duró toda la vida. Grande lástima y daño muy grave: con la indisposicion traía el rostro amarillo y desfigurado, las fuerzas del cuerpo flacas, las del juicio á veces no tan bastantes para peso tan grande, tantos y tan diversos cuidados. Finalmente los años adelante no continuó en las buenas muestras que antes daba, y que

las gentes se prometian de su buen natural. Fue esto en tanto grado que apenas se puede relatar cosa alguna de las que hizo los años siguientes. Algunos atribuyen esta dificultad á la falta que háy de memorias de aquel tiempo, y mengua de las coronicas de Castilla: es asi, pero juntamente se puede entender que la contínua indisposicion del Rey, y la grande paz de que por beneficio del cielo gozaron en aquel tiempo, fueron ocasion de que pocas cosas sucediesen dignas de memoria y de cuenta. El duque de Benavente estaba preso en Monterrey por cuenta y á cargo del maestre de Santiago: pasáronle adelante dende á la villa de Almodovar. El arzobispo de Santiago, prelado aunque pequeño de cuerpo, de gran corazon, y que no sabia disimular, se mostraba desto agraviado, pues el duque fiado de su palabra deshizo su gente, y se vino á la corte para ponerse en las manos del Rey. Demas desto tenia por peligroso para la conciencia obedecer á los Papas de Aviñon, que cuidaba ser falsos, y verdaderos los que residian en Roma. Este color tomó y esta ocasion para dexar á Castilla y pasarse á Portugal. Alli le criaron primero obispo de Coimbra, y despues arzobispo de Braga en recompensa de la prelacía muy principal que dexaba en Castilla de Santiago, en que por su ausencia entró don Lope de Mendoza. Era en la misma sazon obispo de Palencia don Juan de Castro, personage mas conocido por la lealtad que siempre guardó con el Rey don Pedro y sus descendientes; que por otra prenda alguna. Anduvo fuera de España en servicio de doña Costanza hija del Rey don Pedro, por cuya instancia y á contemplacion de su marido el duque de Alencastre le hicieron obispo de Aquis en la Guiena. Despues al tiempo que se hicieron las paces entre Castilla é Inglaterra, volvió entre otros del destierro para ser

obispo de Jaen y finalmente de Palencia. Refieren que este prelado escribió la coronica del Rey don Pedro con mas acierto y verdad que la que anda comunmente llena de engaños y mentiras por el que quiso lavar su deslealtad con infamar al caido, y baylar al son que los tiempos y la fortuna le hacían. Añaden que aquella historia se perdió y no parece, mas por diligencia de los interesados que por la injuria del tiempo, ó por otro demérito suyo: tal es la fama que corre; asi lo atestiguan graves autores. Nos en los hechos y vida del Rey don Pedro seguimos la opinion comun, que es la sola voz de la fama, y de ordinario va mas conforme á la verdad; y es averiguado que no menos ciega el amor que el odio los ojos del entendimiento para que no vean la luz, ni refieran con sinceridad y sin pasion la verdad. En Aragon no andaba la gente sosegada: la mudanza de los príncipes, en especial si el derecho del sucesor no es muy claro, suele ser ocasion de alteraciones. Prendieron á don Juan conde de Ampurias: achacábanle se inclinaba á la parte del conde de Fox, quier por tener su derecho por mas fundado y su demanda mas justa, quier por satisfacerse del agravio que pretendia le hicieron los años pasados. Amenazaba guerra de parte de Francia: juntaron cortes del reyno en San Francisco de Zaragoza muy generales y llenas á dos de octubre; acordaron se hiciese gente por todas partes para la defensa, y por general señalaron á don Pedro conde de Urgel. Ninguna diligencia era demasiada, porque el conde de Fox con un grueso campo, pasadas las cumbres de los Pyrineos, corria la comarca que baña con su corriente el rio Segre, y los pueblos llamados antiguamente Ilergetes. Robaba, saqueaba, quemaba, y finalmente á los postreros de noviembre se puso sobre la ciudad de Barbastro con quatro mil caballos y gran

número de infantería. En aquellos reales se hicieron él y su muger alzar y pregonar por Reyes de Aragon con las ceremonias que en tal caso se acostumbran. Tembló la tierra en Valencia mediado el mes de diciembre, con que muchos edificios cayeron por tierra, otros quedaron desplomados; que era maravilla y lástima. El pueblo como agorero que es, pensaba eran señales del cielo y pronósticos de los daños que temian. Desbaratóse este nublado muy en breve á causa que el de Fox alzado el cerco fue forzado á dar la vuelta por la parte de Navarra á su tierra con tal priesa que mas parecia huida que retirada, de que daba muestra el fardage que en diversas partes dexaba. La falta de vituallas le puso en necesidad de volver atrás, por ser la tierra no muy abundante, y tener los naturales alzados los mantenimientos y la ropa en lugares fuertes: demas que el conde de Urgel en todos lugares y ocasiones le hacía siempre algun daño con encuentros y alarmas que le daba. La retirada de los enemigos y el sosiego de Aragon y Cataluña fue por principio del año del Señor de mil y trecientos y no- 1396.
venta y seis en sazon que el nuevo Rey don Martin, alegre con las nuevas que de Aragon le vinieron, y allanados los alborotos de Sicilia, acordó de dar la vuelta á España en una buena armada que de naves y galeras aprestó en Mecina. Aportó de camino á Cerdeña, en que apaciguó asi mismo en gran parte las alteraciones de aquella isla. Parecia que el cielo favorecia sus intentos y que todo se le allanaba. En la costa de la Provenza por el rio Rhódano arriba llegó hasta la ciudad de Aviñon para verse con el Papa Benedicto y hacelle el homenage debido. El le presentó la rosa de oro con que suelen los Pontífices honrar á los grandes príncipes, y le dió la investidura de Cerdeña y de Córcega con título de Rey y como á feuda-

tario de la iglesia, con las ceremonias y juramentos acostumbrados. Despedido del Papa, finalmente con su armada surgió en la playa de Barcelona. Alli hizo su entrada en aquella ciudad á manera de triumpho por las victorias que ganára, y tantos reynos como en breve se le juntaron, y en una pública junta de los mas principales tomó la posesion de aquel reyno por el derecho que á él tenia, y por el que le daba el testamento de su hermano el Rey don Juan. Al conde de Fox y á su muger porque tomaron nombre de Reyes, y por la entrada que hicieron por fuerza en aquel reyno, los hizo publicar por traydores y enemigos de la patria: si á tuerto, si con razon, quién lo podrá averiguar? pero destas cosas se tornará á tratar en otro lugar, al presente volvamos á lo que se nos queda rezagado.

CAPITULO VII.

Que de nuevo se encendió la guerra de Portugal.

El estado de las cosas de España en esta sazon era tolerable. El imperio oriental de los griegos padecia mucho, y amenazaba alguna gran ruina por las discordias que en tan mala coyuntura se levantaron entre aquellos príncipes, y la perpétua felicidad de los otomanos Emperadores de los turcos. La parcialidad de los griegos mas flaca como es ordinario sin tener respeto al bien comun buscó socorros de fuera, y lo que fue peor, llamó en su ayuda á Amurates gran Emperador de aquella gente. No le pareció al Turco dexar pasar la ocasion que aquellas discordias le presentaban, de apoderarse de todo. Pasó con gran gente el estrecho de Hellesponto, y cerca dél se apoderó de primera entrada de Gallípoli y Adrianópoli, dos

ciudades famosas y principales. Aspiraba á hacer lo mismo de lo restante de aquel imperio, y aun sus gentes se derramaron por diversas partes. El daño que hizo fue grande, y mayor el espanto no solo en lo de Grecia, sino en las naciones comarcanas, en especial en Hungría, cuyo Rey era Sigismundo, mas conocido y famoso por la paz que los años siguientes puso en la iglesia, quitado el scisma, que venturoso en las armas. En este aprieto despachó sus embaxadores á Carlos VI. Rey de Francia para avisalle del peligro que corria toda la christiandad, si préstamente todos no acudian á apagar aquel fuego antes que cobrase mas fuerzas, y el imperio de aquella gente bárbara y fiera con el tiempo se arraygase en Europa. Oyeron los franceses por su nobleza y valor esta embaxada de buena gana. Aprestaron buen golpe de gente á caballo, y por caudillo Juan hijo del duque de Borgoña, y Philipe condestable de Francia, Enrique de Borbon, con otras personas de cuenta. Llegados á Hungría, consultaron con el Rey Sigismundo en la ciudad de Buda sobre la manera en que se debia hacer la guerra. Acordaron convenia presentar la batalla al enemigo lo mas presto que pudiesen, antes que se resfriase el calor que los franceses traían de pelear. Hicieron algunas cabalgadas no de mucha cuenta, y quitaron de poder de los enemigos algunos pueblos de poco nombre, pero que les dió avilenteza para aventurar el resto y menospreciar al enemigo: cosa de ordinario muy perjudicial en la guerra. Marcharon con su gente hasta los confines de Thracia, y hasta dar vista al enemigo cerca de la ciudad de Nicópoli. Ordenaron sus haces con resolucion de pelear: lo mismo hicieron los contrarios; dióse la señal por ambas partes de acometer. Los franceses con el orgullo que llevaban, se adelantaron sin dar lugar á

que los húngaros saliesen de sus reales y les hiciesen compañía: cerraron antes de tiempo, que fue ocasion de perder aquella memorable jornada; muchos quedaron muertos en el campo, otros cautivaron, y entre los demas á Juan hijo del duque de Borgoña, á quien su padre adelante rescató por gran dinero: el Rey Sigismundo escapó á uña de caballo. Sucedió este grave daño y revés la misma fiesta de San Miguel veinte y nueve de setiembre, con que el resto de la christiandad quedó atemorizado no solo por el estrago presente, sino mucho mas por los males que para adelante amenazaban. En unas partes se oían llantos por la pérdida de los suyos, en otras hacían procesiones y rogativas para aplacar á Dios y su saña. En Granada falleció el Rey Juzeph: rugíase que por engaño del Rey de Fez, que con muestra de amistad le envió entre otros muy ricos presentes una marlota inficionada de ponzoña, tal y tan eficaz que luego que la vistió convidado de su hermosura, se hirió de tal suerte que dentro de treinta dias espiró atormentado de gravísimos dolores; las mismas carnes se le caían á pedazos: cosa maravillosa, si verdadera. Muerto Juzeph, se apoderó por fuerza del reyno su hijo menor por nombre Mahomad, y por sobrenombre Balva. Quedó excluido y privado el hijo mayor llamado como el padre Juzeph: venció su mejor derecho la maña que su hermano tuvo en grangear las voluntades del pueblo, y sus buenas partes de ingenio vivo y valor, en que no tenia par. Solo le ponia en cuidado el Rey de Castilla no emprendiese con sus fuerzas de restituir á su hermano en el reyno de su padre. Para prevenirse partió para Toledo, resuelto de conquistar con dones y con su buena maña aquel Rey y á sus cortesanos: salióle bien la jornada, que renovado el concierto puesto con su padre, de nuevo

se tornaron á asentar las treguas (1). Teníanse á la sazon cortes en Toledo, en que se publicó una premática sobre las prebendas eclesiásticas, que no las pudiese poseer ningun estrangero, excepto algunos pocos con quien pareció en particular dispensar, y en general con toda la nacion portuguesa, ca la pretendian conquistar y su aficion con semejantes caricias. Publicó otrosí el Rey este año una ley en que mandó que ninguno pudiese tener mula de silla que no mantuviese caballo de casta, con algunas modificaciones que se pusieron, todo á propósito que en el reyno se criase número de caballos. En Sevilla un jueves cinco de octubre falleció Juan de Guzman conde de Niebla. Sucedióle Enrique de Guzman su hijo, que fue padre de otro Juan de Guzman, por merced de los Reyes primer duque los años adelante de aquella nobilísima casa. Los caballeros de Calatrava trocaron la muceta de que antes usaban con su capilla de color negra, en la Cruz roxa de que hoy usan, por bula del Papa Benedicto ganada á instancia y suplicacion de su maestre don Gonzalo de Guzman. Los portugueses por aprovecharse de la ocasion que la poca salud del Rey don Enrique les presentaba, trataban de volver á las armas. Era necesario buscar algun color para acometer aquella novedad. Parecióles bastante que algunos grandes de Castilla no firmaron en tiempo las treguas que se asentaron. Juntaron sus huestes, con que de primera entrada se apoderaron de Badajoz, ciudad puesta á la raya de Portugal, en que prendieron al gobernador, que era el mariscal Garci Gonzalez de Herrera. Destos principios de rompimiento se continuó la guerra por espacio de tres años con el mismo teson y porfia

---

(1) Ord. 7. entre las prematicas deste Rey.

que la pasada. Para hacer resistencia mandó el de Castilla juntar y alistar sus gentes, y por general á don Ruy Lopez Dávalos, que poco antes hiciera su condestable, sea por muerte del conde de Trastamara, ó por despojalle de aquella dignidad: lo del mar como negocio no menos importante encargó al almirante Diego Hurtado de Mendoza. Sucedió por el
1397. mes de mayo del año siguiente mil y trecientos y noventa y siete que cinco galeras castellanas se encontraron con siete portuguesas, que volvian de Génova cargadas de armas y otras municiones. Embistiéronlas con tal denuedo que las desbarataron: las quatro tomaron, una echaron á fondo, las otras dos se escaparon. Pareció gran crueldad que despues de la victoria echaron á la mar quatrocientas personas, si ya no juzgaron que con semejante rigor se debia enfrenar el orgullo de aquella nacion. El almirante otrosí con su armada costeó las marinas de Portugal, saqueó y quemó pueblos, taló los campos, y robó toda la tierra, sin que le pudiesen ir á la mano. Muchos nobles y fidalgos de Portugal, unos por tener la guerra por injusta y aciaga, otros por estar cansados del gobierno de su Rey se pasaron á Castilla: personas de valor, de que dieron muestra en todas las ocasiones que se presentaron. Los de mas cuenta fueron Martin, Gil y Lope de Acuña, todos tres hermanos: Juan y Lope Pacheco hermanos asi mismo. A estos caballeros heredaron magníficamente los Reyes de Castilla en premio de sus servicios, y recompensa de la naturaleza y lo demas que en su tierra dexaron: zanjas y cimientos sobre que adelante se levantaron en Castilla muy principales casas y estados de estos apellidos y de otros. Continuábase la guerra; en que los portugueses se apoderaron de Tuy, ciudad de Galicia puesta á la raya de Portugal; demas desto por

otra parte en la Estremadura pusieron sitio sobre la villa de Alcántara, bien conocida por ser asiento de la caballería de aquel nombre: acorrió á los cercados en tiempo el nuevo condestable de Castilla, con que no solo desbarató el cerco, é hizo retirar á los enemigos, pero rompió por las fronteras de Portugal, corrió y robó la tierra, y aun se apoderó de algunos pueblos de poca cuenta, y enfrenó el orgullo y osadía de los contrarios. Por otra parte el maestre de Alcántara y Diego Hurtado de Mendoza el almirante, y con ellos Diego Lopez de Zúñiga justicia mayor de Castilla se pusieron sobre Miranda de Duero: acudió asi mismo con su gente el condestable, con que de tal guisa apretaron el cerco que los de dentro fueron forzados á rendirse. Asi por la una y por la otra parte resultaban pérdidas y ganancias: con que los portugueses algun tanto se templaron, y todos comunmente entraron en esperanza se podria con buenas condiciones asentar paz entre aquellas dos naciones, que era lo que mejor les venia.

CAPITULO VIII.

Como se renovaron las treguas entre Castilla y Portugal.

Al principio desta guerra dos frayles Franciscos, cuyos nombres no se saben, solo se dice que encendidos en deseo de estender la religion christiana, y de enseñar á los moros descaminados y errados el camino de la verdad, se atrevieron á predicalles en público en Granada con gran concurso del pueblo, que se maravillaba de aquella novedad. Mandáronles dexasen aquella porfia; y como no quisiesen obedecer, si bien los maltrataron de palabra y obras, los alfa-

quies para atajar el escándalo de consuno se fueron al Rey, y se querellaron del desacato que con aquella libertad se hacía á su religion. Salió decretado que les echasen mano, é hiciesen dellos justicia como de amotinadores del pueblo. Fue facil prender á los que no huían, y convencer á los que no se descargaban: cortáronles las cabezas, y arrastraron sus cuerpos con todo género de denuestos y ultrages que les dixeron é hicieron. Los christianos despues de muertos los tienen y honran como á mártyres. En Aviñon el Papa Benedicto desamparado de sus cardenales, como se tocó arriba, y por tener enojado y por enemigo al Rey de Francia, y él mismo estar cercado dentro de su sacro palacio, se hallaba con poca esperanza de poder resistir á torbellinos tan grandes y mantenerse en el pontificado. Solo le alentaba contra el odio comun, que los Reyes de España casi todos tenian recio por él, sin embargo que el Rey de Francia traía gran negociacion por medio de sus embaxadores para apartallos de aquella obediencia. Decian que ningun otro camino se descubria para la union de la iglesia, tan deseada y tan importante, sino que Benedicto renunciase simplemente, como él mismo lo tenia prometido y jurado quando le sacaron por Papa. Hízose junta general de obispos y otras personas graves en ciencia y prudencia. Asistieron de parte del Rey de Aragon Vidal de Blanes un caballero de su casa, y otro gran jurista por nombre Ramon de Francia. No se alteró nada en esta junta, si bien el Rey deseaba venir en lo que el de Francia le pedia; solo acordaron se procurase que con efecto los dos Papas revocasen las censuras que el uno contra el otro tenian fulminadas, y de comun consentimiento con toda brevedad señalasen lugar en que los dos se comunicasen sobre los medios que se podrian tomar pa-

ra unir la iglesia y asentar una verdadera paz. En Plamplona la principal parte de la iglesia cathedral estaba por tierra, que se cayó siete años antes deste en que vamos. Deseaban reparalla, pero espantábales la mucha costa, para que no eran bastantes ni los proventos de la iglesia, ni las limosnas particulares. El Rey don Carlos, visto esto, con gran liberalidad señaló para la fábrica la quadragésima parte de sus rentas reales por término de doce años, de que hay pública escritura, su data en San Juan de Pie de Puerto, á las vertientes de los Pyrineos de la parte de Francia, deste año á veinte y cinco de mayo. Deseaba este Rey en gran manera recobrar el estado que sus antepasados poseyeron en Francia, que era el condado de Evreux y gran parte de Normandia. Trató desto por medio de sus embaxadores con el Rey de Francia, y como quier que en ausencia no se efectuase cosa alguna, acordó en persona pasar á la corte de aquel Rey, que aun no estaba del todo sano de su enfermedad, antes á tiempos se le alteraba la cabeza de suerte que mal podia atender al gobierno. Por esto el Navarro sin acabar cosa alguna de las que pretendia, cansado y gastado dió la vuelta para su reyno por el mes de setiembre del año mil y trecientos y
noventa y ocho. Llegado, dió orden que todos los estados jurasen por heredero de aquella corona un hijo que el año pasado le nació de su muger, y le llamaron asi mismo don Carlos. La ceremonia y solemnidad se hizo en Pamplona á los veinte y siete de noviembre: la alegria duró poco á causa de la muerte del infante que le sobrevino en breve. Los portugueses, hostigados con los reveses pasados, tomaron mejor acuerdo de mover pláticas de paz. Despacharon embaxadores en esta razon: respondió el Rey don Enrique que ni él rompió la guerra, ni pondria im- 1398.

pedimento á la paz á tal que las condiciones fuesen honestas y tolerables. Dieron y tomaron sobre el caso: era dificultoso asentar paces perpétuas, acordaron de confirmar las treguas pasadas. Recelábanse los de Castilla de los de Aragon que querian tomar las armas; que causas de disgustos entre Reyes comarcanos nunca faltan, ni razones con que cada qual abona su querella. El marques de Villena ponia en cuidado, que andaba desabrido, y ni queria venir á la corte de Castilla como le requerian, y tenia un grande estado á la raya de Valencia, y aun se podia sospechar atizaba en Aragon el fuego de los disgustos. Allegóse otra nueva ocasion para hacelle guerra y atropellalle. Esto fue que dos hijos del marques, don Alonso y don Pedro, casaron los años pasados con dos tias del Rey de Castilla, que llevaron en dote cada treinta mil ducados. Todo este dinero se contó de presente para pagar el rescate del marques á los ingleses, que le prendieron en la batalla de Najara como queda dicho en otros lugares; y para librar á don Alonso, que le entregó su padre en rehenes hasta tanto que el rescate suyo se pagase. Don Pedro murió en la batalla de Aljubarrota, padre que fue del famoso don Enrique de Villena, de quien se tuvo por cierto que por el deseo que tenia de saber, no dudó de aprender el arte condenada de Nigromancia. Algunos libros que andan suyos, dan muestra de su agudeza y erudicion, si bien el estilo es afectado con mezcla de las lenguas latina y castellana usada en aquella era, en esta muy desgraciada. Don Alonso no vino en efectuar su casamiento: escusábase con la fama que corria del poco recato y honestidad de su esposa. Pretendia el Rey don Enrique, como sobrino y valedor de aquellas señoras, que pues la una quedó viuda y el casamiento de la otra no se efectuaba, que

por lo menos les debian restituir sus dotes. Hacíanse sordos á esta demanda el marques y su hijo, y alegaban sus causas para no hacello; que á semejantes personages nunca faltan. Esto tomó por ocasion el Rey don Enrique para quitarse de cuidado, y executar lo que por todas vias le venia á cuento y lo deseaba, que fue con las armas apoderarse de aquel grande estado de Villena, que se hizo con facilidad; solo quedaron por el marques Villena y Almansa, que tenia bien pertrechadas y con buena guarnicion de soldados aragoneses. Contemporáneo de don Enrique de Villena, y que le semejaba en los estudios y erudicion, fue don Pablo de Cartagena, del qual por ser persona tan señalada será justo hacer memoria en este lugar. Su nacion y profesion fue de judío desde sus primeros años, el mas rico y principal entre aquella gente, dado á la leccion de los libros sagrados y á las otras ciencias. Con deseo de saber revolvia las obras de Santo Thomás de Aquino, que escribió en materia de theología: con esta leccion se convenció de la ventaja que hace la verdad christiana á las fábulas y á las invenciones judáycas; finalmente se bautizó, y como era tan sabio, en defensa de la religion que tomaba, escribió libros admirables. En premio de sus letras, y para mover á los demas judíos que le imitasen, le honraron mucho. Primero le hicieron arcediano de Treviño, despues obispo de Cartagena, y finalmente de Burgos su natural y patria; premios todos debidos á su virtud y doctrina, y al exemplo que dió. Adelante fue chânciller mayor de Castilla, oficio de grande preeminencia; y aun le encargaron la enseñanza del Rey don Juan el Segundo: confianza que de pocos de aquella nacion se podia hacer, segun que el mismo don Pablo lo atestiguaba, que no se debia encomendar algun cargo público á aquella gente por

ser de ingenios doblados, compuestos de mentiras y engaños, que ni valen para la guerra, ni son de provecho para la paz: esto quien lo entiende de los obstinados en su ley, quien de los que dellos proceden, aunque convertidos y christianos. Tuvo quatro hijos y una hija de su muger, con quien casó antes de ser christiano. El mayor por nombre Gonzalo por sus buenas partes subió primero al obispado de Plasencia y despues al de Sigüenza. El segundo Alonso, que fue dean de Segovia y de Santiago, y mas adelante sucedió á su padre en la iglesia de Burgos. Anda una obra suya impresa de no mal estilo, en que como en compendio abrevió los hechos de los Reyes de España, que él mismo intituló Anacephaleosis, que es lo mismo que recapitulacion: otra que intituló «Defensorium fidei:" otra de mano por nombre: «Defensorium Catholicæ unitatis" en defensa de los nuevamente convertidos, y contra los estatutos que en aquel tiempo comenzaban. Los dos hijos menores se llamaron Pedro y Alvaro. Este Alvaro piensan que fue el que escribió la coronica de don Juan el Segundo Rey de Castilla, asaz larga, de traza y de estilo agradable; no toda sino una buena parte. La verdad es que Alvar García de Santa María el coronista no fue el hijo de Paulo Burgense, sino su hermano. En lo demas desta coronica otros pusieron la mano, y en especial Hernan Perez de Guzman señor de Batres la llevó al cabo; cuya descendencia pareció poner en este lugar. Su abuelo fue Pero Suarez de Toledo, camarero mayor del Rey don Pedro: su padre Pero Suarez de Guzman notario mayor del Andalucía. Casó Hernan Perez con doña Marquesa de Avellaneda de la casa de Miranda. Desta señora y de otra segunda muger dexó muchos hijos. El mayor y heredero de su casa Pedro de Guz-

man casó con doña María de Ribera hija dél señor de Malpica. Deste matrimonio quedó doña Sancha de Guzman heredera de aquella casa. El Rey don Fernando, por ser su deuda de parte de madre, la casó con Garci Lasso de la Vega de la casa de Feria. Fue comendador mayor de Leon, embaxador en Roma, y dél se hace mencion diversas veces en esta historia. Compró la villa de Cuerva, do yacen él y su muger, y heredó la villa de los Arcos. Dexó muchos hijos, el mayor don Pero Lasso de la Vega, el segundo Garci Lasso, insigne poeta castellano, de cuya muerte desgraciada se trata en otro lugar. Don Pedro casó con doña María de Mendoza de la casa del Infantado, su hijo Garci Lasso de la Vega caballero muy conocido: su nieto don Pero Lasso de la Vega primer conde de los Arcos, en quien por via de su madre doña Aldonza Niño se han juntado otras dos casas, la de Dávalos, y la de los Niños condes de Añover. Volviendo á Hernan Perez de Guzman fue del consejo del Rey, muy dado á los estudios: demas de la coronica escribió de los claros varones de aquel tiempo y otros libros.

CAPITULO IX.

De las cosas de Aragon.

Con las discordias de los dos Papas, y la poca esperanza que daban de conformarse, y unir á la iglesia, las provincias se lastimaban. Añadióse á estos daños el de la peste que comenzó el año pasado á picar, y todavia se continuaba con mortandad de mucha gente por toda la costa que corre desde Barcelona hasta Aviñon: salieron otrosí de madre por causa de las muchas aguas los rios, en particular los de Ebro y

Orba con sus acogidas hicieron grande estrago en hombres, ganados, sembrados y edificios. El Rey de Aragon luego que el tiempo y las lluvias dieron lugar, de Barcelona se partió para Zaragoza con intento de tener alli cortes á los de su reyno, que se abrieron á los veinte y nueve de abril en la iglesia de San Salvador. El Rey desde su sitial hizo á los congregados un razonamiento muy concertado y á proposito de lo que las cosas demandaban desta sustancia: «No con hierro ni con gruesos exércitos, parientes »y amigos, se conservan los reynos, la lealtad y cons»tancia de los naturales los tienen en pie y los ade»lantan: de lo qual si faltasen exemplos de fuera, den»tro de nuestra casa los tenemos, muchos y muy cla»ros; ca nuestro reyno por este camino de pequeños »principios y muy estrecha juridicion ha llegado á la »grandeza que hoy tiene, y ganado la reputacion y »nombradía que está derramada por todas las tierras. »De los montes Pyrineos, en que nuestros mayores »ampararon su libertad confiados mas en aquellas fra»guras que en sus brazos, baxamos y estendimos los »términos de nuestro señorío no solo por España, si»no que sugetamos valerosamente á nuestro cetro mu»chas islas del mar Mediterráneo. Los tropheos y los »blasones de vuestra gloria, y de las victorias gana»das, quedan levantados en Cerdeña, en Sicilia, y »por toda Italia: tal y tan grande es la fuerza de la »concordia y de la lealtad. Los Reyes don Sancho y »don Pedro padre y hijo no con gran número de sol»dados, sino con fortaleza y valor, ganado que hobie»ron á Huesca, de los montes en que estaban como »escondidos, baxaron á lo llano sin parar hasta tanto »que el Rey don Alonso se apoderó desta ciudad en »que estamos, con que fortificó su reyno, y abrió ca»mino á sus decendientes para pasar adelante y qui-

»tar á los moros toda la tierra. No me quiero detener »en antiguallas: nos con quinientos caballos aragone- »ses desbaratamos gran número de gente siciliana, y »allanamos toda aquella isla, todo por vuestra lealtad »y fortaleza, que si vence, executa la victoria con »grande ánimo; si es vencida, se rehace de fuerzas, »y no se dexa oprimir ni caer. Por los quales servi- »cios pido á Dios os dé el merecido galardon, pues »conforme á nuestra voluntad y á vuestro valor no al- »canzamos fuerzas bastantes; bien que jamás pondré- »mos en olvido la deuda, antes procurarémos que na- »die nos tache de ingratos. Lo que toca al auto presen- »te, bien sabeis que os he juntado en este lugar para »hacer los homenages acostumbrados á nos y á nuestro hijo, que os pedimos encarecidamenre hagais con la »aficion que debeis á nuestra voluntad." Hízose todo lo que el Rey pedia, en conformidad de todos los brazos que alli se hallaron congregados. La alegria pública y regocijos que se hicieron por esta causa, enturbiaron algo las sospechas que se mostráran de nueva guerra por la parte de Francia. El bastardo de Tardas, pasados los montes Pyrineos, se apoderó de Termas, que es un pueblo de Aragon á la raya de Navarra: cosa que puso en cuidado á todo el reyno de Aragon no se emprendiese algun gran fuego de aquellos pequeños principios. Acudió al peligro Gil Ruyz de Lihorri, gobernador de Aragon, acompañado de golpe de gente y de algunos ricos hombres. No esperaron los franceses que llegasen, antes desamparada la plaza, se retiraron á Francia con poca honra suya y del conde de Fox que los enviára. Sicilia asi mismo padeció algunas alteraciones, aunque pequeñas; que los humores no estaban del todo asentados. Alguna esperanza de bonanza se mostró con un hijo que nació á aquellos Reyes de Sicilia á los diez y sie-

te de noviembre, por nombre don Pedro (1), heredero que fuera de los reynos de sus padres y abuelos, si la muerte no le arrebatára en breve muy fuera de sazon junto con la Reyna su madre, como se dirá en su lugar; con que la alegria comun se trocó en luto y en llanto: vanas todas nuestras trazas y deleznables contentos. Poco adelante el Rey y la Reyna de Ara-
1399. gon en Zaragoza por el mes de abril del año de mil y trecientos y noventa y nueve, ungidos como era de costumbre, se coronaron y recibieron las insignias reales de mano de don Fernando de Heredia prelado de aquella ciudad. A don Alonso de Aragon marques de Villena se concedió pusiese en su escudo las armas reales, y le dieron el ducado de Gandía: alguna recompensa de lo mucho que en Castilla le quitáran. A la misma sazon el Papa Benedicto se hallaba muy aquexado, desamparado de sus cardenales, cercado de los enemigos. Despachóle el Rey de Aragon dos personas de cuenta, el uno Cervellon Zacuamo, gran jurista, el otro fray Martin, de la orden de San Francisco, hombre de letras y erudicion. Estos conforme al orden que llevaban, comunicaron con el Papa sobre los medios que se podian tomar para apagar el scisma, y unir la iglesia. La respuesta fue que pondria aquel negocio en las manos de los príncipes de su obediencia, en especial de los Reyes de Francia y Aragon. Ninguna llaneza habia, antes les advirtió mirasen con cuidado que con son de paz no atropellasen la justicia que muy clara por su parte estaba; por lo demas que ninguna cosa mas deseaba que poner fin á aquellos debates. Con esta respuesta los

(1) Zorita lib. 10. cap. 74. Facelo libr. 9. cap. 7. llama á este infante Federico.

embaxadores de Aragon por mandado de su Rey se partieron de Aviñon para dar de toda razon al Rey de Francia. Túvose junta en París de aquella nacion sobre el caso. Acordaron enviar personas al Papa que le requiriesen y protestasen en suma diese sin mas dilaciones orden en asentar la paz y quitar el scisma: para esto se hallase presente en el concilio que pensaban juntar, y se pusiese á sí y á sus cosas en manos de los obispos; que para su seguridad el Rey de Francia empeñaba su palabra real, y proveeria de gente para que nadie le hiciese desaguisado. Andaban estas pláticas muy calientes quando en Castilla sobrevino la muerte á don Pedro Tenorio arzobispo de Toledo á los veinte y dos de noviembre fin deste año, si bien la letra de su sepultura, que está en Toledo en propia capilla de la iglesia mayor dice á diez y ocho de mayo, el mismo dia de Pascua de Espíritu Santo. Fue persona de valor, consejo acertado, presta execucion, bueno para el gobierno y para las armas. Su patria Tavira en Portugal: quien dice que Talavera villa del reyno de Toledo, por razones que para ello alegan; si concluyentes ó no, no lo quiero averiguar. En su moçedad estudió derechos: ausentóse de Castilla juntamente con sus hermanos por los recios temporales que corrian en el reynado de don Pedro. Vuelto á España fue primero obispo de Coimbra: de alli le trasladó sin ninguna pretension suya el Pontífice romano, por la noticia que de su persona y de sus partes tenia, á Toledo, segun que de suso se dixo. Las gruesas rentas de su dignidad gastó en gran parte en levantar diversos edificios en todo el reyno con magnificencia real y mayor que de particular. A la verdad en su casa era concertado, en su persona templado; lo que se ahorraba por este camino, empleaba en socorrer necesi-

dades y en adornar la república: virtud propia de grandes personages. En Toledo reedificó la puente de San Martin, que abatieron las guerras civiles entre los Reyes don Pedro y don Enrique. En un recuesto y peñol á vista de la ciudad levantó un castillo cerca del sitio antiguo del monasterio muy famoso de San Servando. El cláustro pegado con la iglesia cathedral es obra suya, y en ella una capilla en que está su túmulo, y el de Vicente de Balboa obispo de Plasencia su muy privado y familiar. Dotó en aquella capilla y fundó diez y seis capellanías á propósito que todos los dias se hiciesen alli sufragios por su ánima y las de sus antepasados. En Alcalá la real, frontera del reyno de Granada, levantó una torre á manera de atalaya para que por el farol que todas las noches en ella se encendia, los cautivos que escapaban de tierra de moros, se pudiesen encaminar á la de christianos. En Talavera fabricó un monasterio de obra magnífica pegado con la iglesia mayor y con advocacion de Santa Catharina. Su intento al principio fue viviesen en él los canónigos de aquella iglesia para que hiciesen vida reglar; mas visto que los seglares y clérigos lo contradecian, le entregó á los monges Gerónimos para que le poblasen, con gruesas rentas que les señaló para su sustento: dexó la puente del Arzobispo, que como queda dicho de suso fue asi mismo fundacion suya. Casó á su hermana doña María con Fernan Gomez de Silva, como se tocó en otro lugar. De este matrimonio nació Alonso Tenorio, al qual el tio hizo adelantado de Cazorla: casó con doña Isabel de Meneses, y en ella tuvo á don Pedro obispo que fue primero de Tuy, y despues de Badajoz: yace en Toledo en la iglesia de San Pedro Mártyr: tuvo otrosi á Juan de Silva, que fue embaxador en el concilio

de Basilea, y adelante conde de Cifuentes por merced del Rey en remuneracion de sus buenos servicios (1). Despues de la muerte de don Pedro Tenorio parece por memorias que el cabildo nombró á don Gutierre de Toledo arcediano de Guadalaxara: el Rey ofreció el arzobispado á Hernando Yañez frayle Gerónimo, y canónigo que fue de Toledo, mas no aceptó. El Papa Benedicto por algunas dificultades no debió aprobar estas elecciones, ni el Rey la que acometió él á hacer de don Pedro de Luna sobrino suyo, administrador que era del obispado de Tortosa. Por estas diferencias don Juan de Illescas obispo de Sigüenza, vicario del arzobispado sede vacante, continuó en su gobierno aun algunos años despues de la eleccion hecha por el Papa, que finalmente prevaleció como se verá adelante.

CAPITULO X.

Del año del jubileo.

Mucho se menguó el alegria y devocion del año que se contó de mil y quatrocientos, en que confor- 1400.
me á la costumbre recebida se concedió jubileo plenísimo á todos los que visitasen la ciudad y santuario de Roma, por la discordia y diferencias que todavia continuaban entre los que se llamaban Papas; si bien los príncipes christianos procuraban con todo cuidado sosegallas, y parece lo traían en buenos términos. Con este intento y por domeñar el corazon fiero del Papa Benedicto, á persuasion de don Pedro Hernandez de Frias cardenal de España, el reyno de Casti-

(1) Luis Panzan coronista de la ord. de San Gerónimo.

lla habido su acuerdo le quitó públicamente la obediencia. El pueblo y gente menuda, conforme á su costumbre de echar las cosas á la peor parte, sospechaba y aun decia que en esta determinacion no se tuvo tanta cuenta con la justicia como de gratificar al Rey de Francia que mucho lo pretendia: asi esta determinacion no fue durable, porque el Rey de Aragon se puso de por medio, y á su instancia finalmente se revocó el decreto á cabo de tres años, y volvieron las cosas al mismo estado de antes, segun que se relatará adelante. Sobrevino una grande peste, que de la Gallia Narbonense y Lenguadoc, y de Cataluña en que comenzó á picar, se derramó y cundió por todas las demas partes de España. La mortandad fue tal que forzó al Rey de Castilla á publicar una ley, en que dió licencia á las viudas para casarse dentro del año despues de la muerte del marido contra lo que disponia el derecho comun y otras leyes del reyno. Hizo esta ley (1) primero en Cantalapiedra, despues en Valladolid y últimamente en Segovia, si bien residia de ordinario y se entretenia en Sevilla, convidado de la templanza de aquel ayre, frescura, fertilidad y recreacion de toda aquella comarca, y aun forzado de su poca salud que la traía muy quebrada. Avino por el mes de julio que en la torre de la iglesia mayor asentaban el primer relox, y subian una grande campana; que no son mas antiguos que esto los reloxes desta suerte. Acudió el Rey á la fiesta, la corte, los nobles, y gran concurso del pueblo. Levantóse de repente tal tempestad y torbellino que pereció mucha gente con un rayo que despidieron las nubes. El pueblo (como suele) decia era castigo de los males pre-

(1) Ord. 10.

sentes y pronóstico de otros mayores. Hiciéronse procesiones y rogativas para aplacar á Dios y á sus Santos. Por el contrario junto á la villa de Nieva, cinco leguas de la ciudad de Segovia, se halló una imágen de Nuestra Señora de mucha devocion. Moviéronse (como suelen) los pueblos comarcanos á visitalla. El concurso y devocion era tal que la Reyna doña Cathalina mandó á su costa edificar un templo en que la pusiesen, y un monasterio de Dominicos pegado á él, que cuidasen de la imágen y de los peregrinos: con que muchos convidados de la devocion y del sitio se pasaron á vivir y poblar aquel lugar, de suerte que en nuestro tiempo es una villa de buena cantidad de vecinos. Doña Violante hija de don Juan Rey de Aragon quedó en vida de su padre concertada con Luis duque de Anjou, como queda dicho. Habíanse dilatado las bodas por su edad que era poca, y por diferencias que nunca faltan. Concertaron este año su dote en ciento y sesenta mil florines á condicion que con juramento, y por escritura pública, renunciase qualquier derecho que al reyno de Aragon pretendiese. Hecho esto, desde Barcelona con noble acompañamiento la llevaron á Francia para verse con su esposo. Falleció por este mismo tiempo Juan de Monfort duque de Bretaña: dexó en doña Juana su muger, hermana de don Carlos Rey de Navarra, quatro hijos, cuyos nombres son Juan, Ricardo, Artus, Guillen; mas sin embargo la duquesa viuda casó segunda vez con Enrique duque de Alencastre, el qual poco antes vencido y preso su competidor y primo el Rey Ricardo, se apoderó del reyno de Inglaterra, y estaba asi mismo viudo de su primer matrimonio, de que le quedaron tambien muchos hijos.
El año siguiente de mil y quatrocientos y uno por el 1401.
mes de marzo juntó el de Castilla cortes del reyno en

Tordesillas, en que se establecieron premáticas buenas, las mas á propósito de enfrenar la codicia y demasías de los arrendadores y otros ministros de justicia. En Sicilia á los veinte y seis de mayo falleció en Catania, ciudad de cielo saludable y alegre, la Reyna propietaria doña María. Entendióse que la pena que recibió por la muerte de su hijo, que en edad de siete años murió poco antes desgraciadamente, le ocasionó la dolencia que la privó de la vida. Sepultaron á la madre y al hijo en aquella misma ciudad. Sin embargo el reyno quedó por don Martin su marido. como deudo mas cercano por derecho de la sangre por su abuela la Reyna doña Leonor, que fue tia de la difunta, y con beneplácito de su padre el Rey de Aragon, á quien tocaba la sucesion por estar en grado mas cercano. Acudieron muchos principales luego á casalle quien con su hija, quien con su hermana. Aventajábase en hermosura doña Blanca hija tercera del Rey de Navarra; y aventajóse en ventura, porque en lo de adelante vino á heredar el reyno de su padre, y de presente en aquel casamiento se la ganó á las demas pretendientes. Juntáronse los dos Reyes de Aragon y de Navarra á la raya de sus reynos entre Mallen y Cortes para capitular y concluir como en efecto lo hicieron. Entregó el padre la novia al suegro de su mano, que en una armada la envió desde Valencia á Sicilia, y en su compañía y por general de la flota don Bernardo de Cabrera. Pero asi los desposorios como la
1402. partida fueron el año adelante de mil y quatrocientos y dos; en el qual al Rey de Castilla nació de la Reyna una hija en Segovia á catorce de noviembre, gran gozo de sus padres y de todo el reyno. Llamóse doña María, y casó adelante con su primo hermano don Alonso Rey que fue de Aragon y de Nápoles: matrimonio de que no quedó sucesion por ser esta señora mañera.

CAPITULO XI.

Del gran Tamorlan scytha de nacion.

Despues de la jornada de Nicópolis, tan aciaga para los franceses y para los húngaros como queda dicho, los turcos entraron en gran esperanza de apoderarse de todo el imperio de Levante, en que pasaron tan adelante que el Gran Turco Bayazete se puso con todo su campo sobre Constantinopla, silla de aquel imperio y almacen de sus riquezas: gran espanto para los de cerca, y no menor cuidado para los que caían lexos. Engañosa es la confianza de los hombres, vana y deleznable su prosperidad. Levantóse otra mayor tempestad y torbellino al improviso, que desbarató estos intentos, sosegó los miedos de los unos y abatió el orgullo y soberbia de sus contrarios. Tamorlan natural de Scythia, hombre de gran cuerpo y corazon, de gentil denuedo y apariencia, y que para qualquier afrenta le escogiéran entre mil, allegador de gente baxa, y amotinador, con estas mañas, de soldado particular y baxo suelo llegó á ser gran Emperador, caudillo de un número grande y descomunal de gentes que le seguian. Apenas se puede creer lo que refieren como verdadero autores muchos y graves, que juntó un exército de quarenta mil caballos, y seiscientos mil infantes. Con esta gente rompió por las provincias de Levante: á fuer de un muy arrebatado raudal asolaba y destruía todas las tierras por do pasaba, sin remedio. Los parthos los primeros se rindieron á su valor y le hicieron homenage: lo de la Suria y lo de Egypto maltrató con muertes, robos y talas. Tenia por costumbre cada y quando que se ponia sobre algun pueblo, enarbolar el primer dia estandartes blancos en señal de clemencia si le abrian

las puertas sin dilacion, y se le rendian y sugetaban: el dia siguiente enarbolaba estandartes roxos, que amenazaban á los cercados muertes y sangre: las banderas del dia tercero eran negras, que denunciaban sin remedio asolaria de todo punto los moradores y la ciudad. El espanto era tan grande que todos se le rendian á porfia, ca su fiero corazon ni admitia escusas, ni se dexaba por ruegos ni por intercesion de nadie doblegar. Sucedió que los de Beryto no se rindieron hasta el segundo dia. Conocido su yerro, para aplacalle enviaron delante las doncellas y niños con ramos en las manos y vestidos de blanco. No se movió á compasion el bárbaro, dado que llegados á su presencia se postraron en tierra, y con voz lastimosa pedian misericordia; antes mandó á la gente de á caballo que los atropellasen á todos y hollasen. Un ginoves que seguía aquellos reales y campo, movido de aquella bestial fiereza le avisó en lengua scythica, como el que bien la sabía, se acordase de la humanidad y que era hombre mortal. El bárbaro con rostro torcido y semblante airado: Piensas (dice) que yo soy hombre? no soy sino azote de Dios y peste del género humano. A mucho tuvo el ginoves de escapar con la vida; tan sañudo se mostró. Corria lo de Asia la menor gran peligro: por esto el Gran Turco, alzado el cerco que tenia sobre Constantinopla, con todas sus fuerzas y gentes volvió en busca del enemigo feroz y bravo. En aquella parte del monte Tauro llamada Stella, muy conocida por la batalla que antiguamente alli se dieron Pompeyo y Mithrídates, se acercaron los dos campos: ordenaron sus haces; dióse la batalla, que fue muy reñida y dudosa. Pelearon de ambas partes con gran corage, los unos como vencedores del mundo, los otros por vencer. Finalmente la victoria y el campo quedó por los scythas: los muertos llegaron á

docientos mil, muchos los prisioneros, y entre ellos el mismo Emperador Bayazete, espanto poco antes de tantas naciones. Llevóle por toda la Asia cerrado en una jaula de hierro, y atado con cadenas de oro como en triumpho, y para ostentacion de la victoria. Comia solo lo que el vencedor de su mesa le echaba como á perro, y con una increible arrogancia todas las veces que subia á caballo, ponia los pies sobre sus espaldas, trabajo y afrenta que le duró por todo lo restante de la vida; gran burla y escarnio de su grandeza: asi ruedan y se truecan las cosas debaxo del cielo: género de infelicidad tanto mas mal de llevar quanto el paciente se vió poco antes mas encumbrado. El Rey don Enrique de Castilla, sin embargo de su poca salud, no se descuidaba ni del gobierno de sus vasallos, ni de acudir á las cosas y ocurrencias de fuera. Enviaba sus embaxadores á los príncipes, á los de cerca y á los de lexos para informarse de todo y trabar amistad en diversas partes. En especial á las partes de Levante envió á Pelayo de Sotomayor y Fernando de Palazuelos para saber de las fuerzas, costumbres y intentos de aquellas naciones apartadas. Estos dos embaxadores acaso ó de propósito se hallaron en aquella famosa batalla que se dió entre turcos y scythas: el Tamorlan, ganada la victoria, los trató con muestras de benignidad y cortesía. Al dar la vuelta para España quiso los acompañase un su embaxador que envió para trabar amistad con el Rey de Castilla: hizo él su embaxada conforme al orden que traia. Volvieron con él Alonso Paez, Ruy Gonzalez y Gomez de Salazar, tres hidalgos que despachó el Rey para que fuesen á saludar aquel príncipe: viage largo y muy dificultoso, de que los mismos compusieron un libro, que hoy dia anda impreso con nombre de Itinerario, en que relatan por menudo los particulares de su embaxada, y

muchas otras cosas asaz maravillosas, si verdaderas. La grandeza y gloria grande del Tamorlan pasó presto como un rayo. Vuelto á su tierra, de los despojos y presas de la guerra fundó la ciudad de Mercanti, y la adornó grandiosamente de todo lo bueno y hermoso que robó en toda la Asia. A su muerte le sucedieron dos hijos, ni de las prendas ni de la ventura de su padre: grande cosa fuera, si las virtudes y el valor se heredáran. Sobre el partir de la herencia resultaron muy grandes diferencias entre los dos: finalmente el imperio que se ganó con mucho esfuerzo y con gran trabajo, se menoscabó por descuido y floxedad. Fue este año desgraciado para los portugueses y los navarros á causa que fallecieron en él los herederos de aquellos reynos: don Alonso hijo mayor del Rey de Portugal en edad de doce años; sepultáronle en la iglesia mayor de Braga: pérdida, que aunque causó muy grande sentimiento, fácilmente los de aquella nacion se conhortaron por quedar otros muchos hermanos, los infantes Duarte, Pedro, Enrique, Juan, Fernando, y dos hermanas doña Blanca y doña Isabel. En Pamplona murieron los infantes Luis de seis meses, y Carlos de cinco años, que juntos los sepultaron en la iglesia mayor en el sepulcro del Rey don Philipe su tercer abuelo. El dolor grande de los navarros fue sin consuelo por no quedar hijo varon y recaer forzosamente la corona en hembra, cosa de ordinario que los vasallos mucho aborrecen. El invierno, fin
1403. deste año y principio del siguiente de mil y quatrocientos y tres, se continuaron las lluvias por muchos dias, con que los rios por toda España se hincharon grandísimamente de guisa que salieron de madre, y hicieron muy graves daños; en particular Guadalquivir subió con su grande creciente sobre los adarves de Sevilla, y el agua llegó hasta la iglesia de San Miguel,

y la puerta que llaman de las Atarazanas: cosa de grandísimo espanto, y peligro no menor. La buena diligencia del que á la sazon regía aquella ciudad por nombre Alonso Perez, ayudó mucho para reparar el daño, ca de dia ni de noche no se descuidaba en hacer todos los reparos que podia, calafetear las puertas, y reparar de los muros las partes mas flacas, sin cesar hasta tanto que aquella tempestad amansó. La santa iglesia de Toledo despues de la muerte de don Pedro Tenorio se estaba vacante: la discordia entre los Papas era ocasion deste y semejantes daños que resultaban en el reyno, porque de tal suerte quitó Castilla la obediencia á Benedicto, que no la dió á su competidor: miserable estado, qual se puede pensar, quando en el gobierno falta la cabeza y el gobernalle. Considerados estos inconvenientes, se juntaron cortes del reyno en Valladolid para acordar sobre este punto lo que se debia hacer. Acudió el de Aragon por medio de sus embaxadores en favor de Benedicto, como se dixo de suso; el qual á los doce de marzo se salió en hábito disfrazado por el Rhódano abaxo de Aviñon en que le tuvieron los cardenales como preso por espacio de dos años. La grande diligencia del Rey de Aragon en su favor fue tal y de tal suerte que finalmente á los veinte y ocho de abril le volvieron á reconocer dentro en Castilla con ceremonia y auto muy solemne: estaban presentes el Rey y los grandes, ricos hombres y prelados. Lo mismo se hizo dentro en Francia á los veinte y seis de mayo: acuerdo que debió ser arrebatado, pues no duró mucho tiempo. Todavia el Papa Benedicto en virtud deste reconocimiento y homenage, y con beneplácito del Rey proveyó la iglesia de Toledo, como lo deseaba dos años atrás, á los veinte del mes de julio en la persona de don Pedro de Luna su sobrino, hijo de su hermano Juan Martinez de Luna

señor de Illueca y Gotor. Hermanos de don Pedro fueron Alvaro de Luna padre del condestable don Alvaro, Rodrigo de Luna prior de San Juan, Juan Martinez de Luna. Destos el primero fue copero, y el tercero camarero del Rey don Enrique el Tercero de Castilla que les hizo mercedes, en especial á Alvaro de Luna dió á Cañete, Jubera y Cornágo. Verdad es que don Pedro se entretuvo algun tiempo en Aragon por negocios y dificultades que se ofrecen de ordinario. Hallábase el Papa Benedicto en Sellon, pueblo de la Provenza, retirado por causa de la peste que picaba por aquellas partes todavia. Alli falleció el cardenal de Pamplona Martin de Salva: proveyó el Papa aquella iglesia en la persona de Miguel de Salva sobrino del difunto, y poco despues le dió el capelo asi por sus méritos, que fue insigne jurista, como á contemplacion de su tio, que siempre estuvo con él y le acompañó en todos sus trabajos en el mismo tiempo que los demas cardenales de su obediencia le desampararon y se le mostraron contrarios. Falleció otrosi en su estado Matheo conde de Fox, pretensor del reyno de Aragon: intento que de todo punto cesó por no dexar sucesion, y porque su muger doña Juana se concertó con el Rey su tio por medio de Jayme Escrivá. Señaláronle tres mil florines en cada un año para sus alimentos: pequeña recompensa de un reyno que al parecer de muchos sin razon le quitaron; mas es forzoso á las veces rendirse á la necesidad, que de ordinario tiene mayores fuerzas que la justicia y la razon. Tomado este asiento, dexó á Francia, y se volvió á su tierra para pasar en ella su viudez y vida.

CAPITULO XII.

Que nació un hijo al Rey de Castilla.

Gozaba España de una muy grande paz y sosiego á causa que las alteraciones de dentro calmaban, y los enemigos de fuera no se movian ni inquietaban por hallarse todos cansados con las guerras y diferencias pasadas que mucho duraron. Solo el Rey de Navarra se hallaba desgustado por verse despojado de los grandes estados que tenia en Francia; de Evreux, de Campaña y de Bria. Y dado que sobre este punto andaban embaxadas y se hacia muy grande instancia, todavia no se alcanzaba cosa alguna; y aun él mismo por dos veces fue á Francia sobre lo mismo, pero en balde. La pretension era muy importante, y claro el agravio que le hacian: acordó pues tercera vez de probar ventura por si pudiese alcanzar de su primo el Rey de Francia y de sus grandes con presentes y caricias lo que la razon y la honestidad no habia podido alcanzar. Encomendó el gobierno del reyno á su muger: con esta resolucion se partió para Francia, y llegado á aquella corte, trató su negocio con todas las veras y por todos los caminos que le parecieron á propósito para salir con la demanda: gastáronse muchas demandas y respuestas; finalmente se tomó por postrera resolucion que el de Navarra se apartase de aquella pretension, y sacase de Chireburg que todavia se tenia por él, los soldados que alli tenia de su guarnicion, y que en recompensa le diesen á Nemurs ciudad de la Gallia Céltica con título de duque: trueque á la verdad muy desigual, y muy baxa recompensa de estados tan principales y grandes como renunciaba. Verdad es que le añadieron en las condiciones del concierto una pension de

doce mil francos en cada un año ademas de una gran suma de dinero que para acallalle de presente le contaron. Pasó todo esto en París á nueve de junio del
1404. año que se contaba de mil y quatrocientos y quatro. Dícese que de aquel dinero labró este Rey don Carlos en Olite y en Tafalla villas de Navarra, distantes entre sí por espacio de una legua, sendos palacios de real magnificencia, muy hermosos, y de habitacion muy cómoda, ca era este príncipe muy entendido no solo en las cosas de la paz y de la guerra, sino asi mismo en las que sirven para curiosidad y entretenimiento. Decian otrosí que si la muerte no atajára sus trazas, pretendia juntar aquellos dos pueblos con un pórtico ó portal continuado y tirado desde el uno hasta el otro. Los Reyes de Castilla y de Granada á porfía se presentaban entre sí ricos y hermosos dones, que parecia cada qual se pretendia adelantar en todo género de cortesía. A los moros venia bien aquella amistad por sus pocas fuerzas y su estado, que no era grande: al Rey de Castilla por su contínua indisposicion le era forzoso atender mas á conservarse que á quitar á otros lo suyo. En particular el Rey moro envió al de Castilla un presente muy rico de oro, y de plata, piedras preciosas, y adorbos de vestidos muy hermosos, y para que la cortesía pareciese mayor, lo envió todo con una de sus mugeres; que los moros segun su posibilidad cada qual acostumbra á tener muchas, en especial los Reyes: que es la causa de estimallas de ordinario en poco por repartirse la aficion entre tantas. Las obras finalmente eran tales y las muestras de amor que bastáran á ligallos y hermanallos por mucho tiempo, si pegára bien la amistad y fuese durable entre los que se diferencian en la creencia y religion: asi poco adelante se rompió la guerra entre estos dos Reyes,

como se verá en su lugar. En Roma falleció el Papa Bonifacio Nono á primero de octubre. Juntáronse sus cardenales en cónclave, y con toda priesa nombraron por sucesor del difunto al cardenal Cosmato Meliorato natural de Sulmona ciudad del Abruzo en el reyno de Nápoles á los diez y siete del mismo mes. Llamóse Inocencio Séptimo: su pontificado fue breve, de solos dos años y veinte dias. Acometieron de nuevo con esta ocasion los príncipes á concertar los Papas y unir la iglesia. Usaron de las diligencias posibles, pero todo su trabajo fue en vano. Alegaban las partes que no hallaban lugar seguró en que juntarse. Todo era color y hacer del juego maña para entretener la gente y engañar en grave perjuicio de toda la iglesia. En especial el Papa Benedicto, como mas artero y duro, por ningun camino se doblegaba, si bien desamparado de la mayor parte de sus amigos y valedores andaba de una parte á otra sin hallar lugar que le contentase, ni persona alguna de quien fiarse: tan sospechosos le eran los de su casa como los estraños. Bien es verdad que muchas personas señaladas por su doctrina y santa vida defendian su partido y le seguian; entre otros fray Vicente Ferrer, gran gloria de Valencia su patria, y de su orden de Santo Domingo por el buen olor que de sí daba, y el gran fruto que hizo en todas las partes en que predicó la palabra de Dios, que fueron muchas, como trompeta del Espíritu Santo y gran ministro del Evangelio. Averiguóse que las naciones estrañas le entendian, si bien predicaba en su lengua vulgar, los italianos, los franceses, los castellanos: gracia singular, y despues de los apostóles á él solo concedida. Los milagros que obraba y con que acreditaba su doctrina, eran muy ordinarios: daba vista á los ciegos, sanaba cojos, mancos, enfermos, y aun

resucitaba los muertos. Todo lo hace mas creible lo que se dice de la innumerable muchedumbre de gente que por su medio salió de las profundas tinieblas de vicios y de ignorancia en que estaban. De los viciosos que convirtió, no diré nada; en sola España por su predicacion se bautizaron ocho mil moros, y treinta y cinco mil judíos: cosa maravillosa; en particular en el obispado de Palencia se hicieron christianos casi todos los judíos: que por ser hacendados, y en favor del bautismo quedar libres de diezmos y otros pechos y derramas, las rentas del obispo don Sancho de Rojas que á la sazon lo era de aquella ciudad, se adelgazaron de suerte que le fue necesario hacer recurso al Rey, y ganar un privilegio real que hoy se muestra, en que le concede para recompensa de aquel daño cierta cantía de maravedís de las rentas reales. La alegria que por esta causa resultaba en todo el reyno, se aumentó con el parto de la Reyna, que en Toro en el monasterio de San Francisco,
1405. viernes á los seis de marzo del año de mil y quatrocientos y cinco, parió un infante que se llamó del nombre de su abuelo, el príncipe don Juan: el gozo de todos fue tanto mayor quanto mas desconfiados estaban por la dilacion, y la poca salud del Rey. Hiciéronse fiestas y regocijos por todas las partes. Los príncipes estraños enviaron sus embaxadas para congratularse por el nacimiento del infante. La Reyna otrosí alcanzó del Rey con esta ocasion de su parto que perdonase é hiciese merced á don Pedro de Castilla su primo niño de poca edad. Don Juan su padre hijo del Rey don Pedro falleció poco antes deste tiempo en la prision en que le tenian en el castillo de Soria. De su muger doña Elvira, hija del mismo alcayde Beltran Eril, dexó dos hijos, don Pedro y doña Costanza: la hija vino á las manos del Rey, y

por su orden hizo profesion en Santo Domingo el Real monasterio de Madrid. Don Pedro se huyó; que le pretendian poner en prision. La culpa del padre y de los hijos no era otra sino tener el uno por padre y los otros por abuelo aquel príncipe desgraciado; que muchas cosas hacen los Reyes para su seguridad, que parecen exôrbitantes. Compadecióse la Reyna de aquel mozo: mandóle poner tras de las cortinas de la cama. Venida la ocasion que el Rey entró á visitalla, le suplicó por el perdon: otorgó el Rey con su demanda; que no era justo en aquella sazon negalle cosa alguna. Sacáronle á la hora vestido de clérigo para que le besase la mano: diósela con amoroso semblante, y para que se sustentase en los estudios, le proveyó del arcedianato de Alarcon. Adelante le promovieron al obispado de Osma, y finalmente al de Palencia. Suplió la nobleza sus faltas; en particular tuvo poca cuenta con la honestidad. De dos mugeres la una Isabel, de nacion inglesa, y la otra María Bernarda dexó muchos hijos; quatro varones, don Alonso, don Luis, don Sancho y don Pedro, y otras tantas hembras, doña Aldonza, doña Isabel, doña Cathalina, doña Costanza. Destos, y principalmente de don Alonso que tuvo siete hijos de legítimo matrimonio, desciende la casa y linage de Castilla, asaz estendida y grande, aunque no de mucha renta ni estado. En Guadalaxara falleció don Diego Hurtado de Mendoza almirante del mar. Sucediéronle en sus estados y tierras Iñigo Lopez de Mendoza su hijo, que adelante fue el primer marques de Santillana; en el oficio de almirante don Alonso Enriquez hermano menor de don Pedro conde de Trastamara, ambos nietos de don Fadrique maestre de Santiago.

CAPITULO XIII.

De la guerra que se hizo contra moros.

El reyno de Aragon por este tiempo andaba alborotado, y mas Zaragoza, por causa de dos bandos y parcialidades, cuyas cabezas eran, de la una Martin Lopez de Lanuza, de la otra Pedro Cerdan hombres poderosos en rentas y vasallos. En Valencia asimismo prevalecian otros dos bandos, el de los Soleres, y el de los Centellas. Trababan á cada paso pasion entre sí y riñas: matábanse y robábanse las haciendas sin que la justicia les pudiese ir á la mano. Juntó el Rey cortes en Maella villa de Aragon á propósito de asentar el gobierno, y apaciguar las alteraciones que ponian á todos en cuidado. En aquellas cortes se establecieron leyes muy buenas, unas para acudir á los inconvenientes presentes, otras que se guardasen siempre, enderezadas todas al bien y pro comun. Ordenóse demas desto que el Rey don Martin de Sicilia lo mas presto que fuese posible, viniese á España para que se acostumbrase á guardar los fueros de Aragon y no quisiese adelante atropellar sus libertades, y gobernar aquel reyno á fuer de los demas á su albedrio y voluntad. Sabida él esta determinacion, la voluntad del Rey su padre y de todo el reyno, aprestado que hobo una armada, se hizo á la vela en Trapana ciudad de Sicilia: de camino saltó en tierra en Niza ciudad del Piamonte para visitar y hacer homenage al Papa Benedicto, que á la sazon se hallaba en aquellas partes con voz de querer dar corte con su competidor en aquellas diferencias y debates tan reñidos. Hallóse presente acaso ó de propósito á la habla Luis duque de Anjou, que se llamaba Rey de Nápoles, y por el dere-

cho de su muger pretendia el reyno de Aragon; mas por medio del Pontífice se concertaron y apaciguaron. Despedida esta habla se tornó á embarcar el Rey de Sicilia, y á los tres de abril finalmente surgió en la playa de Barcelona. Por su venida hicieron fiestas por todo el reyno, que pensaban sería por largo tiempo; mas engañóles su esperanza, porque con color que los de aquella isla no sosegaban del todo, y que de nuevo don Bernardo de Cabrera con ocasion de su ausencia se tomaba mas autoridad y mano en el gobierno de lo que era razon, dexando las cosas medio compuestas en Aragon, á los seis de agosto en la misma armada en que vino, se embarcó en Barcelana y pasó en Sicilia. Con su llegada mandó luego á don Bernardo de Cabrera salir de palacio, y poco despues de toda la isla, con orden de presentarse delante de su padre el Rey de Aragon para descargarse de las culpas que le achacaban. Hizo él lo que le fue mandado, y partió para España en sazon que por el principio del mes de noviembre llegaron á Barcelona quatro estátuas de plata vaciadas y sinceladas, y sembradas de pedrería, que envió el Papa Benedicto para que pusiesen en ellas las reliquias que en Zaragoza tenian de los Santos mártyres Valerio, Vincendio, Laurencio, Engracia, para sacallas con esta pompa en las procesiones mas solemnes y generales. En Castilla se continuaba la conversion de los judíos, y aun para domeñar á los obstinados y duros se ordenó de nuevo entre otras cosas que los judíos no pudiesen dar á logro, cosa entre ellos muy usada; y que para ser conocidos traxesen sobre el hombro derecho por señal un redondo de paño roxo, como tres dedos de ancho. Lo mismo tres años adelante se ordenó de los moros, que traxesen otro redondo algo mayor de paño azul en for-

ma de luna menguada, y lo que es mas, veinte y cinco años antes deste en que vamos, estableció el Rey don Juan el Primero (1) en las cortes que se hicieron en Soria, que las mancebas de los clérigos se distinguiesen de las mugeres honestas por un prendedero de paño bermejo, tan ancho como los tres dedos, que les mandó traer sobre el tocado para que fuesen conocidas: leyes muy buenas, pero que no sé yo si en algun tiempo se guardaron. Lo que toca á los judíos, el tiempo presente se pidió por el reyno en las cortes que los meses pasados para jurar al príncipe don Juan recien nacido se juntaron en Valladolid, y el Rey lo otorgó por una ley que publicó en esta razon en la villa de Madrid á los veinte y un dias del mes de diciembre; ca habia pasado á aquellas partes para proveer á la guerra de Granada que entonces pensaba hacer de propósito, á causa que aquel Rey sin embargo de los conciertos y amistad hechos, se apoderó por fuerza de la villa de Ayamonte, puesta á la boca del rio Guadiana por la parte que desagua en el mar, y la quitó á Alvaro de Guzman, cuya era; demas que no queria pagar el tributo, y las parias que conforme á los conciertos pasados debia pagar en cada un año. Todavia antes de venir á rompimiento intentó el Rey de Castilla si le podria poner en razon con una embaxada que le envió para ver si podria con aquello requerille de paz, y que no diese lugar á aquellas novedades y demasías. El Moro orgulloso por lo hecho, y por pensar que aquella embaxada procedia de algun temor y flaqueza, no solo no quiso hacer emienda de lo pasado, antes
1406. por principio del año mil y quatrocientos y seis en-

(1) Pet. 9. á. 1380.

vió un grande golpe de gente para que rompiesen por la parte del territorio de Baeza, como lo hicieron con muy grave daño de toda aquella comarca. Saliéronles al encuentro Pedro Manrique frontero en aquella parte, Diego de Benavides y Martin Sanchez de Rojas con toda la demas gente que pudieron en aquel aprieto apellidar. Alcanzaron á los enemigos, que era muy grande cabalgada: llegaban muy cerca de la villa de Quesada. Pelearon con igual esfuerzo sin reconocerse ventaja ninguna hasta que cerró la noche y la escuridad tan grande los despartió. Los christianos juntos y cerrados rompieron por medio de los enemigos para procurar mejorarse de lugar en un peñol que cerca cae, que fue señal de flaqueza: demas que en la pelea perdieran mucha gente, y entre ellos personas de mucha cuenta, y en particular Martin Sanchez de Rojas, y Alonso Dávalos, el mariscal Juan de Herrera y Garci Alvarez Osorio, en que si bien vendieron caramente sus vidas, quedaron tendidos en el campo. Esta batalla llaman la de los Collejares. El Rey don Enrique sin embargo de su poca salud no se descuidaba en velar y mirar por todo. En Madrid do estaba, convocó cortes para la ciudad de Toledo: queria con acuerdo del reyno proveer de todo lo necesario para aquella guerra, que cuidaban sería muy larga. El de Navarra concluidas ya las cosas en Francia de la manera que de suso queda dicho, al dar la vuelta pasó por Narbona, dende atravesó á Cataluña, y en Lérida por el mes de marzo se vió con el de Aragon, que le festejó en aquella ciudad y en Zaragoza magníficamente, como lo pedia la razon. Llegó finalmente á Pamplona, y en aquella ciudad celebró el casamiento que de tiempo atrás tenia concertado, de su hija doña Beatriz, menor que doña Blanca, con Jaques de Borbon conde de la Marca,

persona en quien la nobleza, gentil disposicion y destreza en las armas corrian á las parejas. Hiciéronse las bodas á los catorce de setiembre, en el qual mes junto al castillo de Monaco en la costa de Génova falleció de peste Miguel de Salva cardenal de Pamplona, que andaba en compañía del Papa Benedicto: infeccion de que por aquella comarca pereció mucha gente. Sepultaron su cuerpo en el monasterio de San Francisco de Niza: sucedióle en el obispado de Pamplona que vacó por su muerte, Lanceloto de Navarra, en sazon que cansada Francia de las largas del Papa Benedicto en renunciar como le pedian, y unir la iglesia, de nuevo le tornaron á negar la obediencia y apartarse de su devocion.

CAPITULO XIV.

De la muerte del Rey don Enrique.

Teníanse cortes de Castilla en Toledo, que fueron muy señaladas por el concurso grande que de todos los estados acudieron, por la importancia de los negocios que en ellas se trataron, y mucho mas por la muerte que en aquella sazon y ciudad sobrevino al Rey. Halláronse en ellas don Juan obispo de Sigüenza en su nombre, y como gobernador sede vacante del arzobispo de Toledo, que el electo don Pedro de Luna aun no era venido á aquella iglesia; don Sancho de Rojas obispo de Palencia, don Pablo obispo de Cartagena, don Fadrique conde de Trastamara, don Enrique de Villena maestre de Calatrava dos años habia por muerte de Gonzalo Nuñez de Guzman, don Ruy Lopez Dávalos condestable, Juan de Velasco, Diego Lopez de Zúñiga, y otros señores y ricos hombres. Luego al principio destas cortes se le agravó al Rey la dolencia de gui-

sa que no pudo asistir. Presidió en su lugar su hermano el infante don Fernando: las necesidades apretaban, y la falta de dinero para hacer la guerra á los moros y enfrenar su osadía. Tratóse ante todas cosas que el reyno sirviese con alguna buena suma, tal que pudiese asoldar catorce mil de á caballo, cincuenta mil peones, armar treinta galeras y cincuenta naves, aprestar y llevar seis tiros gruesos, que nuestros coronistas llaman lombardas, creo de Lombardía de do vinieron primero á España ó porque alli se inventaron cien tiros menores con los demas pertrechos y municiones y almacen, que todo esto y no menos cuidaban sería necesario para de una vez acabar con la morisma de España, como todos deseban. Los procuradores del reyno llevaban mal que se recogiese del pueblo tan gran suma de dinero como era menester para juntar tantas fuerzas, por estar todos muy gastados con las imposiciones pasadas; mayormente que los obispos no venian en que alguna parte de aquel servicio se echase sobre los eclesiásticos. Hobo demandas y respuestas y dilaciones, como es ordinario: finalmente acordaron que de presente sirviesen para aquella guerra con un millon de oro, gran suma para aquellos tiempos, en especial que se puso por condicion, si no fuese bastante aquella cantidad, que se pudiesen hacer nuevas derramas sin consulta ni determinacion de cortes: tan grande era el deseo que todos tenian de ver acabada aquella guerra. El sueldo que en aquella sazon se daba á un hombre de á caballo, era por cada dia veinte maravedis, y al peon la mitad. La buena diligencia del infante don Fernando y su buena traza hizo que se allanasen todas las dificultades. Llegó en esto nueva que en Roma falleció el Papa Inocencio á los seis de noviembre, y que los cardenales á gran priesa pusieron en su lugar al car-

denal Angelo Corario ciudadano de Venecia á los treinta del mismo mes, que se llamó en el pontificado Gregorio Duodécimo. Asi mismo en el mayor calor de las cortes falleció el Rey don Enrique en la misma ciudad de Toledo á veinte y cinco de diciembre, prin-
1407. cipio del año del Señor de mil y quatrocientos y siete. Tenia veinte y siete años de edad: dellos reynó los diez y seis, dos meses y veinte y un dias. Dexó en la Reyna su muger al príncipe don Juan, y á las infantas doña María y doña Cathalina que le naciera poco antes. Sepultáronle con el hábito de San Francisco en la su capilla real de Toledo. El sentimiento de los vasallos fue grande, y las lágrimas muy verdaderas. Veíanse privados de un príncipe de valor en lo mejor de su edad, y el reyno, como nave sin piloto y sin gobernalle, expuesto á las olas y tempestades que en semejantes tiempos se suelen levantar. Fue este príncipe apacible de condicion, afable y liberal, de rostro bien proporcionado y agraciado, mayormente antes que la dolencia le desfigurase, bien hablado y eloqüente, y que en todas las cosas que hacía y decia, se sabía aprovechar de la maña y del artificio. Despachaba sus embaxadores á los príncipes christianos y moros, á los de cerca y á los de lexos, con intento de informarse de sus cosas, y de todo recoger prudencia para el buen gobierno de su reyno y de su casa, y para saber en todo representar magestad, á que era muy inclinado. Del valor de su ánimo y de su prudencia dió bastante testimonio un famoso hecho suyo, y una resolucion notable. Al principio que se encargó del gobierno, gustaba de residir en Burgos. Entreteníase en la caza de codornices, á que era mas dado que á otro género de montería ó volatería. Avino que cierto dia volvió del campo cansado algo tarde. No le tenian cosa alguna aprestada para su yan-

tar. Preguntada la causa, respondió el despensero que no solo le faltaba el dinero, mas aun el crédito para mercar lo necesario. Maravillóse el Rey desta respuesta; disimuló empero con mandalle por entonces que sobre un gaban suyo mercase un poco de carnero con que y las codornices que él traía, le aderezasen la comida. Sirvióle el mismo despensero á la mesa, quitada la capa en lugar de los pages. En tanto que comia, se movieron diversas pláticas. Una fue decir que muy de otra manera se trataban los grandes, y mucho mas se regalaban. Era asi que el arzobispo de Toledo, el duque de Benavente, el conde de Trastamara, don Enrique de Villena, el conde de Medinaceli, Juan de Velasco, Alonso de Guzman, y otros señores y ricos hombres deste jaez se juntaban de ordinario en convites que se hacían unos á otros como en turno. Avino que aquel mismo dia todos estaban convidados para cenar con el arzobispo, que hacía tabla á los demas. Llegada la noche, el Rey disfrazado se fue á ver lo que pasaba, los platos muchos en número, y muy regalados los vinos, la abundancia en todo. Notó cada cosa con atencion, y las pláticas mas en particular que sobre mesa tuvieron, en que por no recelarse de nadie cada uno relató las rentas que tenia de su casa, y las pensiones que de las rentas reales llevaba. Aumentóse con esto la indignacion del Rey que los escuchaba, determinó tomar emienda de aquellos desórdenes: para esto el dia siguiente luego por la mañana hizo corriese voz por la corte que estaba muy doliente y queria otorgar su testamento. Acudieron á la hora todos estos señores al castillo en que el Rey posaba. Tenia dada orden que como viniesen los grandes, hiciesen salir fuera los criados y sus acompañamientos. Hizóse todo asi como lo tenia ordenado. Esperaron los grandes en una sala por gran

espacio todos juntos. A medio dia entró el Rey armado y desnuda la espada. Todos quedaron atónitos sin saber lo que queria decir aquella representacion, ni en qué pararia el disfraz. Levantáronse en pie, el Rey se asentó en su silla y sitial con talante (á lo que parecia) sañudo. Volvióse al arzobispo: preguntóle quántos son los Reyes que habeis conocido en Castilla? la misma pregunta hizo por su orden á cada qual de los otros. Unos respondieron: yo conocí tres, yo quatro, el que mas dixo cinco. Cómo puede ser esto (replicó el Rey) pues yo de la edad que soy, he conocido no menos que veinte Reyes? Maravillados todos de lo que decia, añadió: vosotros todos, vosotros sois los Reyes en grave daño del reyno, mengua y afrenta nuestra; pero yo haré que el reynado no dure mucho, ni pase adelante la burla que de nos haceis. Junto con esto en alta voz llama los ministros de justicia con los instrumentos que en tal caso se requieren, y seiscientos soldados que de secreto tenia apercebidos. Quedaron atónitos los presentes: el de Toledo como persona de gran corazon, puestos los hinojos en tierra y con lágrimas pidió perdon al Rey de lo en que errado le habia: lo mismo por su exemplo hicieron los demas: ofrecen la emienda, sus personas y haciendas como su voluntad fuese y su merced. El Rey desque los tuvo muy amedrentados y humildes, de tal manera les perdonó las vidas que no los quiso soltar antes que le rindiesen y entregasen los castillos que tenian á su cargo, y contasen todo el alcance que les hicieron de las rentas reales que cobraron en otro tiempo. Dos meses que se gastaron en asentar y concluir estas cosas, los tuvo en el castillo detenidos. Notable hecho, con que ganó tal reputacion que en ningun tiempo los grandes estuvieron mas rendidos y mansos; el temor les duró por

mas tiempo, como suele, que las causas de temer. De severidad semejante usó en Sevilla en las revueltas que traían el conde de Niebla y Pero Ponce; y aun el castigo fue mayor, que hizo justiciar mil hombres que halló en el caso mas culpados. Benefició las rentas reales por su industria y la del infante su hermano de suerte que grandes sumas se recogian cada un año en sus tesoros, que hacía guardar en el alcázar de Madrid; al qual para mayor seguridad arrimó las torres, que hoy tiene antiguas, pero de buena estofa. Suyo es aquel dicho: «Mas temo las maldiciones del pueblo »que las armas de los enemigos." Asi llegó y dexó grandes tesoros sin pesadumbre, y sin gemido de sus vasallos, solo con tener cuenta y cuidado con sus rentas, y escusar los gastos sin propósito: virtud de las mas importantes de un buen príncipe.

CAPITULO XV.

Que alzaron por Rey de Castilla á don Juan el Segundo.

Hecho el enterramiento y las exêquias del Rey don Enrique con la magnificencia que era razon, y con toda representacion de magestad y tristeza, los grandes se comunicaron para nombrar sucesor, y hacer las ceremonias y homenages que en tal caso se acostumbran. No eran conformes los pareceres, ni todos hablaban de una misma manera. A muchos parecia cosa dura y peligrosa esperar que un infante de veinte y dos meses tuviese edad competente para encargarse del gobierno. Acordábanse de la minoridad de los Reyes pasados, y de los males que por esta causa se padecieron por todo aquel tiempo. Leyóse en público el testamento del Rey difunto, en que disponia y de-

xaba mandado que la Reyna su muger y el infante don Fernando su hermano se encargasen del gobierno del reyno y de la tutela del príncipe. Á Diego Lopez de Zúñiga y Juan de Velasco encomendó la crianza y la guarda del niño, la enseñanza á don Pablo obispo de Cartagena para que en las letras fuese su maestro, como era ya su chânciller mayor, hasta tanto que el príncipe fuese de edad de catorce años. Ordenó otrosí que los tres atendiesen solo al cuidado que se les encomendaba, y no se empachasen en el gobierno del reyno. Algunos pretendian que todas estas cosas se debian alterar: alegaban que el testamento se hizo un dia antes de la muerte del Rey quando no estaba muy entero, antes tenia alterada la cabeza y el sentido: que no era razon por ningun respeto dexar el reyno expuesto á las tempestades que forzosamente por estas causas se levantarian. Desto se hablaba en secreto, desto en público, en las plazas y corrillos. Verdad es que ninguno se adelantaba á declarar la traza que se debia tener para evitar aquellos inconvenientes: todos estaban á la mira, ninguno se queria aventurar á ser el primero. Todos ponian mala voz en el testamento y lo dispuesto en él; pero cada qual así mismo temia de ponerse á riesgo de perderse, si se declaraba mucho. Ofrecíaseles que el infante don Fernando los podria sacar de la congoxa en que se hallaban y de la cuita, si se quisiese encargar del reyno. mas recelábanse que no vendria en esto por ser de su natural templado, manso y de gran modestia: virtudes que cada qual les daba el nombre que le parecia. quien de miedo, quien de floxedad, quien de corazon estrecho, finalmente de los vicios que mas a ellas se asemejan. La ausencia de la Reyna, y ser muger y estrangera, daba ocasion á estas pláticas. Entreteníase á la sazon en Segovia con sus hijos, cubierta de luto

y de tristeza asi por la muerte de su marido, como por el recelo que tenia en qué pararian aquellas cosas que se removian en Toledo. Los grandes, comunicado el negocio entre sí, al fin determinaron dar un tiento al infante don Fernando. Tomó la mano don Ruy Lopez Dávalos por la autoridad que tenia de condestable, y por estar mas declarado que ninguno de los otros. Pasaron en secreto muchas razones primero, despues en presencia de otros de su opinion le hizo para animàlle, que se mostraba muy tibio, un razonamiento muy pensado desta sustancia: « Nos, señor, »os convidamos con la corona de vuestros padres y »abuelos; resolucion cumplidera para el reyno, hon»orosa para vos, saludable para todos. Para que la »oferta salga cierta, ninguna otra cosa falta sino vues»tro consentimiento: ninguno será tan osado que ha»ga contradiccion á lo que tales personages acordaron. »No hay en nuestras palabras engaño ni lisonja. Su»bir á la cumbre del mando y del señorío por malos »caminos es cosa fea; mas desamparar al reyno, que »de su voluntad se os ofrece, y se recoge al amparo »de vuestra sombra en el peligro, mirad no parezca »floxedad y cobardía. La naturaleza de la potestad »real y su orígen enseñan bastantemente que el cetro »se puede quitar á uno y dar á otro conforme á las »necesidades que ocurren. Al principio del mundo »vivian los hombres derramados por los campos á ma»nera de fieras, no se juntaban en ciudades ni en pue»blos; solamente cada qual de las familias reconocia »y acataba al que entre todos se aventajaba en la edad »y en la prudencia. El riesgo que todos corrian de »ser oprimidos de los mas poderosos, y las contien»das que resultaban con los estraños, y aun entre los »mismos parientes, fueron ocasion que se juntasen »unos con otros, y para mayor seguridad se sugeta-

»sen y tomasen por cabeza al que entendian con su »valor y prudencia los podria amparar y defender de »qualquier agravio y demasía. Este fue el orígen que »tuvieron los pueblos, este el principio de la magestad real, la qual por entonces no se alcanzaba por »negociaciones ni sobornos; la templanza, la virtud »y la inocencia prevalecian. Asi mismo no pasaba por »herencia de padres á hijos: por voluntad de todos y »de entre todos se escogia el que debia suceder al que »moria. El demasiado poder de los Reyes hizo que »heredasen las coronas los hijos, á veces de pequeña »edad, de malas y dañadas costumbres. Qué cosa puede »ser mas perjudicial que entregar á ciegas y sin prudencia al hijo, sea el que fuere, los tesoros, las armas, las provincias? y lo que se debia á la virtud y »méritos de la vida, dallo al que ninguna muestra ha »dado de tener bastantes prendas? No quiero alargarme mas en esto, ni valerme de exemplos antiguos »para prueba de lo que digo. Todavia es averiguado »que por la muerte del Rey don Enrique el Primero »sucedió en esta corona, no doña Blanca su hermana »mayor que casára en Francia, sino doña Berenguela: »acuerdo muy acertado, como lo mostró la santidad »y perpétua felicidad de don Fernando su hijo. El hijo menor del Rey don Alonso el Sabio la ganó á »los hijos de su hermano mayor el infante don Fernando, porque con sus buenas partes daba muestras »de príncipe valeroso. Para qué son cosas antiguas? »Vuestro abuelo el Rey don Enrique quitó el reyno á »su hermano, y privó á las hijas de la herencia de su »padre: que si no se pudo hacer, será forzoso confesar que los Reyes pasados no tuvieron justo título. »Los años pasados en Portugal el maestre de Avis se »apoderó de aquel reyno, si con razon, si tyránicamente, no es deste lugar apurallo: lo que se sabe es

»que hasta hoy le ha conservado y manteniídose en él »contra todo el poder de Castilla. De menos tiempo »acá dos hijas del Rey don Juan de Aragon perdieron »la corona de su padre, que se dió á don Martin her»mano del difunto, si bien se hallaba ausente y ocu»pado en allanar á Sicilia; que siempre se tuvo por »justo mudase la comunidad y el pueblo conforme á »la necesidad que ocurriese, lo que ella misma esta»bleció, por el bien comun de todos. Si convidára»mos con el mando á alguna persona extraña, sin no»bleza, sin partes, pudiérase reprehender nuestro »acuerdo. Quién tendrá por mal que queramos por Rey »un príncipe de la alcuña real de Castilla, y que en »vida de su hermano tenia en su mano el gobierno? »Mirad pues no se atribuya antes á mal no hacer ca»so ni responder á la voluntad que grandes y peque»ños os muestran, y por escusar el trabajo y la carga »desamparar á la patria comun, que de verdad tendi»das las manos se mete debaxo las alas y se acoge al »abrigo de vuestro amparo en el aprieto en que se ha»lla. Esto es finalmente lo que todos suplicamos; que »encargaros useis en el gobierno destos reynos de la »templanza á vos acostumbrada y debida, no será ne»cesario." Despues destas razones los demas grandes que presentes estaban, se adelantaron cada qual por su parte para suplicalle aceptase. No faltó quien alegase profecías y revelaciones, y pronósticos del cielo en favor de aquella demanda. Á todo esto el infante con rostro mesurado y ledo replicó y dixo no era de tanta codicia ser Rey que se hobiese de menospreciar la infamia que resultaria contra él de ambicioso é inhumano pues despojaba un niño inocente, y menospreciaba la Reyna viuda y sola, á cuya defensa toda buena razon le obligaba, demas de las alteraciones y guerras que forzosamente en el reyno sobre el

caso se levantarian. Que les agradecia aquella voluntad, y el crédito que mostraban tener de su persona; pero que en ninguna cosa les podia mejor recompensar aquella deuda que en dalles por Rey y señor al hijo de su hermano, su sobrino, por cuyo respeto y por el pro comun de la patria él no se queria escusar de ponerse á qualquier riesgo y fatiga, y encargarse del gobierno segun que el Rey su hermano lo dexó dispuesto; solo en ninguna manera se podria persuadir de tomar aquel camino agrio y áspero que le mostraban. Concluido esto, poco despues juntó los señores y prelados en la capilla de don Pedro Tenorio, que está en el cláustro de la iglesia mayor. El condestable don Ruy Lopez por si acaso habia mudado el parecer, le preguntó alli en público á quién queria alzasen por Rey. El con semblante demudado respondió en voz alta: A quién sino al hijo de mi hermano? Con esto levantaron los estandartes como es de costumbre por el Rey don Juan el Segundo, y los reyes de armas le pregonaron por Rey primero en aquella junta, y consiguientemente por las calles y plazas de la ciudad. Gran crédito ganó de modestia y templanza el infante don Fernando en menospreciar lo que otros por el fuego y por el hierro pretenden. Los mismos que le insistieron aceptase el reyno, no acababan de engrandecer su lealtad: camino por donde se enderezó á alcanzar otros muy grandes reynos que el cielo por sus virtudes le tenia reservados. Fue la gloria de aquel hecho tanto mas de estimar que su hermano al fin de su vida andaba con él torcido, y no se le mostraba favorable por reportes de gentes que suelen inficionar los príncipes para derribar á los que ellos quieren, y ganar gracias con hallar en otros tachas: demas que naturalmente son sospechosos y odiosos á los que mandan, los que estan mas cerca para suce-

derles en sus estados. Verdad es que poco antes de su muerte vencido de la bondad del infante trocó aquel odio en buena voluntad; y aun vino en que su hija la infanta doña María que podia suceder en el reyno, casase con don Alonso hijo mayor del infante: acuerdo muy saludable para los dos hermanos en particular, y en comun para todo el reyno.

CAPITULO XVI.

De la guerra de Granada.

Esto pasaba en Castilla á tiempo que en Aragon sucedió la muerte de la Reyna doña María, que falleció en Villareal pueblo cerca de Valencia á los veinte y nueve de diciembre con gran sentimiento del Rey de Aragon su marido y de toda aquella gente por sus prendas muy aventajadas. Sepultaron su cuerpo con el acompañamiento y honras convenientes en Poblete, sepultura de aquellos Reyes. De quatro hijos que parió, los tres se le murieron en su tierna edad, don Diego, don Juan y doña Margarita: quedó solo don Martin á la sazon Rey de Sicilia y que se hallaba embarazado en el gobierno de aquella isla, con poco cuidado de su vida y salud por ser mozo, y los muchos peligros á que hacia siempre rostro por ser de gran corazon; de que poco adelante á él sobrevino la muerte, y con ella á los suyos muy grandes adversidades. El infante don Fernando compuestas las cosas en Toledo, y hechas las exêquias de su hermano, á primero de enero se partió para Segovia con intento de verse con la Reyna que alli estaba, y con su acuerdo dar orden y traza en todo lo que pertenecia al buen gobierno del reyno. Para que todo se hiciese con mas autoridad y con mas acierto

dió orden que en aquella ciudad se juntasen (como se juntaron) cortes generales del reyno, á que acudieron los prelados y señores, y procuradores de las ciudades. Tratáronse diversas cosas en estas cortes; en particular la crianza del nuevo Rey se encargó á la Reyna por instancia que sobre ello hizo, mudado en esta parte el testamento del Rey don Enrique. En recompensa del cargo que les quitaban, dieron á Juan de Velasco y á Diego Lopez de Zúñiga cada seis mil florines, pequeño precio y satisfaccion: mas érales forzoso conformarse con el tiempo, y no seguro contradecir á la voluntad de la Reyna y del infante que tenian en su mano el gobierno. Tratóse otrosí de la guerra que pensaban hacer á Granada, tanto con mayor voluntad de todos, que por el mes de febrero los christianos entraron en tierra de moros por la parte de Murcia. Pusiéronse sobre Vera; mas no la pudieron forzar porque vinieron sin escalas, y sin los demas ingenios á propósito de batir las murallas, y por la nueva que les vino de un buen número de moros que venian en socorro de los cercados. Alzado pues el cerco, fueron en su busca, y cerca de Xuxena pelearon con ellos con tal denuedo que los vencieron y desbarataron. La matanza no fue grande por tener los vencidos la acogida cerca. Todavia tomaron y saquearon aquel pueblo, efecto de mas reputacion que provecho, por quedar el castillo en poder de moros. Los caudillos principales desta empresa fueron el mariscal Fernando de Herrera, Juan Faxardo, Fernando de Calvillo con otros nobles caballeros. Sonó mucho esta victoria, tanto que los que se hallaban en las cortes, alentados con tan buen principio, que les parecia pronóstico de lo demas de aquella guerra, otorgaron de voluntad toda la cantía de maravedís que para los gastos y el sueldo les pidieron por parte

de la Reyna y del infante. Nombraron por general como era razon al mismo infante don Fernando, entre el qual y la Reyna comenzaron cosquillas y sospechas. No faltaban hombres malos, de que siempre hay copia asaz en las casas reales, que atizaban el fuego: decian que algun dia don Fernando daría en que entender á la Reyna y sus hijos. Muchos cargaban á una muger por nombre Leonor Lopez, que terciaba mal entre los dos, y tenia mas cabida con la Reyna de lo que sufria la magestad de la casa real, y el buen gobierno del reyno. Los disgustos iban adelante: dieron traza que se dividiese el gobierno, de guisa que la Reyna se encargó de lo de Castilla la vieja, don Fernando de la nueva con algunos pueblos de la vieja. Tomado este acuerdo, el infante envió su muger y hijos á Medina del Campo, y él se partió de Segovia para Villareal con intento de esperar alli las gentes que por todas partes se alistaban para aquella guerra, las municiones y vituallas. En este medio los capitanes que estaban por las fronteras, no cesaban de hacer cabalgadas en tierra de los moros, talar los campos, robar los ganados, cautivar gente, saquear los pueblos: á veces tambien volvian con las manos en la cabeza, que tal es la condicion de la guerra. Un cierto moro, de secreto aficionado á nuestra religion, se pasó á tierra de christianos, y llevado á la presencia del maestre de Santiago don Lorenzo Suarez de Figueroa que se ocupaba en aquella guerra, y estaba en Ecija por frontero, le habló en esta manera: «Bien entendido quán »aborrecido es de todos el nombre de foragido; sin »embargo me aventuré á seguir vuestro partido, mo»vido del cielo: toque poderoso, contra el qual nin»guna resistencia basta. No pido que aprobeis mi ve»nida y mi resolucion, ni la condeneis tampoco, sino »que esteis á la mira de los efectos que viéredes. Lo

»primero os ruego que me hagais bautizar, que el »tiempo muy en breve dará clara muestra de mi buen »zelo y lealtad; á las obras me remito." Bautizáronle como el moro lo pedia. Tras esto les dió aviso que Pruna, plaza de los moros de importancia se podria entrar por la parte y con el orden que él mismo mostraria. Las prendas que metiera, eran tales que se aseguraron de su palabra que no era trato doble. Acompañóle con gente el comendador mayor de Santiago: cumplió el moro su promesa, que al momento entraron aquel pueblo en quatro dias del mes de junio, y quitaron aquel nido, de do salian de ordinario moros á correr las tierras de christianos, hacer mal y daño contínuamente. Pasó el infante á Córdova, y entró en Sevilla á los veinte y dos de junio: probóle la tierra y los calores, de que cayó en el lecho enfermo en sazon mal á propósito, y en que llegó á aquella ciudad el conde de la Marca yerno del de Navarra, y por sí de lo mas noble de Francia, de gentil presencia entre mil, muy cortés, con que aficionaba la gente: traía en su compañía ochenta de á caballo, y venia con deseo de ayudar en aquella guerra sagrada, que se temia saldria larga y dificultosa. Los moros en este medio no dormian: lo primero acometieron á tomar á Lucena pueblo grande, y como quier que no les saliese bien aquella empresa, revolvieron sobre Baeza gran morisma, ca dicen llegaban á siete mil de á caballo y cien mil de á pie, número que apenas se puede creer, y que por lo menos puso en gran cuidado á todo el reyno. Todavia no pudieron forzar la ciudad que se la defendieron los de dentro (aunque con dificultad) muy bien; solo tomaron y quemaron los arrabales. Apellidáronse los christianos por toda aquella comarca, los de cerca y los de lexos, porque no se perdiese aquella plaza tan

importante. Supieron los moros lo que pasaba, y por no aventurarse á perder la jornada, alzado el cerco, dieron la vuelta cargados de despojos y de los cautivos que por aquella tierra robaron. Por el contrario el almirante don Alonso Enriquez cerca de Cadiz ganó de los moros una victoria naval, asaz importante. Los Reyes de Tunez y deTremecen tenian armadas veinte y tresgaleras para correr las costas del Andalucía á contemplacion de su amigo y confederado el Rey de Granada. Dióles vista el almirante, y si bien no llevaba pasadas de trece galeras en su armada, no dudó de embestirlas; lo qual hizo con tal denuedo y destreza que las venció. Tomó las ocho, las demas parte echó á fondo, y otras se huyeron. En este medio convaleció de su dolencia el infante don Fernando, y alegre con esta buena nueva salió de Sevilla á los siete de setiembre. No llevaba resolucion por qué parte entraria en tierra de moros: hizo consulta de capitanes y de otros personages: salió acordado que rompiese por tierra de Ronda, y se pusiese con todo el campo sobre Zahara, villa principal en aquella comarca. Hízose asi: comenzaron á batirla con tres cañones gruesos de dia y de noche; el daño que hacian, era muy poco por no ser muy diestros los de aquel tiempo en jugar y asestar el artillería. El cerco iba á la larga, y fuera la empresa muy dificultosa, si los de dentro por falta que padecian, y por miedo de mayores daños si se detenian, no se rindieran á partido que libres sus personas y hacienda, dexasen al vencedor las armas y provision. Al tanto otros pueblos pequeños se dieron por aquellas partes. Septenil villa bien fuerte por sus adarves, y por la gente que tenia de guarnicion, por esta causa no se quiso rendir: cercáronla, y combatiéronla con todos los ingenios y fuerzas que llevaban, en sazon que Pedro de Zú-

ñiga por otra parte recobró de los moros á Ayamonte segun que el infante don Fernando se lo encargára. El Rey moro por estas pérdidas, y por no echar el resto en el trance de una batalla, la escusaba quanto podia; solo ayudaba las fuerzas con maña, y procuraba divertir las del enemigo. Juntó á toda diligencia sus gentes, que dicen eran ochenta mil de á pie y seis mil de á caballo, los mas canalla sin valor ni honra. Con este campo se puso sobre Jaen; pero no salió con su intento, porque acudieron con toda brevedad los nuestros, y le forzaron á retirarse con poca reputacion. Solo hizo daño en los campos, de que se satisficieron los contrarios con correrle toda la tierra hasta la ciudad de Málaga. Repartíanse otrosí diversas bandas de soldados, y se derramaban por todas partes sin dexar respirar ni reposar á los moros. Para que todo sucediese bien, y el contento fuese colmado, solo faltó que no pudieron forzar ni rendir á Septenil. El otoño iba adelante, y las lluvias comenzaban, que suelen ser ordinarias por aquel tiempo. Por esta causa el infante á los veinte y cinco de octubre, alzado aquel cerco, dió la vuelta á Sevilla, y tornó á poner en su lugar la espada, con que el Rey don Fernando el Santo ganó antiguamente aquella ciudad, y en ella la guardan con cuidado y reverencia; y á las veces los capitanes para sus empresas, como por buen agüero, la solian dende tomar prestada. Hecho esto, repartió la gente para que invernase en Sevilla, Córdova y otros pueblos, y él pasó al reyno de Toledo con intento de apercebirse de todo lo necesario y recoger mas gente para continuar aquella guerra. A esta sazon falleció en Calahorra Pero Lopez de Ayala chânciller mayor de Castilla, caballero señalado por su nobleza, por las muchas cosas que por él pasaron, y por la coronica que

dexó escrita del Rey don Pedro, y don Enrique el Segundo, y don Juan el Primero; si bien algunos sospechan que con pasion encareció mucho los vicios de don Pedro, y subió de punto las virtudes de su competidor en perjuicio de la verdad: enterraron su cuerpo en el monasterio de Quixana. Francia asi mismo andada revuelta por la muerte que Juan duque de Borgoña hizo dar en París á Luis duque de Orliens volviendo muy de noche de palacio. El homiciano que executó esta maldad, se llamaba Otonvilla. La causa de la enemistad no se averigua del todo: sospecharon comunmente que por estar el Rey á tiempos falto de juicio el matador pretendia apoderarse del gobierno de Francia, y para salir con esto acordó de quitarse delante al que solo le podia contrastar por ser hermano del Rey. Luego que se descubrió el autor de aquella maldad, el de Borgoña se retiró á sus tierras para apercebirse, si alguno pretendiese vengar aquella muerte. La duquesa Valentina muger del muerto puso acusacion contra el matador; y hacía instancia sobre el caso. Los jueces vencidos de sus lágrimas y de la razon citaron al de Borgoña para que compareciese en persona á descargarse de lo que le achacaban. No dudó él de obedecer y presentarse, confiado en sus riquezas y en los muchos valedores que tenia en la corte de Francia. Formábase el proceso en el parlamento, y por los púlpitos Juan Petit doctor theólogo de París, Franciscano, y predicador de fama en aquella era, no cesaba en sus predicaciones de abonar aquel hecho, como hombre lisongero y interesal. Cargaba al de Orliens que pretendia hacerse Rey de Francia: que el que atajó estos intentos tyránicos, no solo era libre de pena, sino digno de mercedes muy grandes. No mostraron los jueces mas entereza, antes llegados á sentencia, dieron por

libre al de Borgoña con gran sentimiento de los hijos del muerto y de su muger; de que resultaron guerras muy largas, con que se abrasaron y consumieron las riquezas y grandeza de Francia. La qüestion, si un particular puede por su autoridad matar al tyrano, se ventiló mucho entre los theólogos de aquel tiempo (1); y aun en el concilio de Constancia que se juntó poco adelante, los padres sacaron un decreto, en que contra lo que Juan Petit enseñaba, y contra lo que el de Borgoña hizo, determinaron no ser lícito al particular matar al tyrano. Era Luis duque de Orliens hermano del Rey de Francia, y el duque de Borgoña su primo hermano.

CAPITULO XVII.

Que se hicieron treguas con los moros.

Las fiestas de Navidad tuvo el infante don Fernando en Toledo principio del año mil y quatrocientos y ocho, en que hizo el cabo de año de su hermano
1408.
el Rey don Enrique. El Rey niño y la Reyna su madre residian en Guadalaxara por el buen temple de aquella ciudad y cielo saludable de que goza. Acordaron se juntasen alli cortes, á propósito de apercebir lo necesario para continuar la guerra que tenian comenzada, con mayores fuerzas y gente. Los prelados y señores y ciudades que concurrieron al tiempo aplazado, venian bien en lo que se pedia: la mayor dificultad consistia en hallar forma y traza como se juntase el dinero para los gastos. Los pueblos no daban oidos á nuevas imposiciones y derramas, cansados y

(1) Ses: 15. Can. último.

consumidos con las contribuciones pasadas, y recelosos no se continuase en tiempo de paz el servicio que por la necesidad de la guerra se otorgase; mas por la mucha instancia que hizo el infante y otros señores concedieron cantidad de ciento y cincuenta mil ducados, con gravámen de tener libros de gasto y recibo para que constase se empleaban solo en los gastos de la guerra, y no en otros al albedrio de los que gobernaban. Teníanse las cortes en tiempo que el Rey de Granada á los diez y ocho dias del mes de febrero se puso sobre la villa de Alcaudete acompañado de siete mil caballos y ciento y veinte mil peones, número descomunal. Corrió gran peligro de perderse la plaza, y toda la Andalucía se alteró con este miedo por tener pocas fuerzas; los socorros lexos, y el tiempo del año riguroso para salir en campaña. Acude nuestro Señor cuando falta la prudencia: defendiéronse muy bien los cercados con que se abatió el orgullo de los moros. Junto con esto los nuestros por tres partes diferentes hicieron entradas en las tierras enemigas para divertir las fuerzas de los moros, y con las talas, quemas y robos que fueron grandes, tomar emienda de los daños que hicieran en las fronteras de christianos. Quebrantados los moros con tantos males y pérdidas, acordaron despachar sus embaxadores para pedir treguas. No venia en otorgarlas el infante, antes se queria aprovechar de la ocasion que la flaqueza de los enemigos le presentaba. La Reyna era (como muger) enemiga de guerra, que en fin hizo se concediesen las treguas por término de ocho meses. Los pueblos pretendian, pues la guerra cesaba, escusarse del servicio que otorgaron. El infante no quiso venir en ello, ca decia era necesario estar proveido de dinero para volver á la guerra el año siguiente; todavia se hizo suelta á los pueblos de

la quarta parte de aquella suma. Vino entre los demas á estas cortes finalmente don Pedro de Luna sobrino del Papa Benedicto, y por su orden arzobispo de Toledo, como se dixo de suso. Traía de Aragon en su compañía á Alvaro de Luna su sobrino, mozo de diez y ocho años. Su padre Alvaro de Luna señor de Cañete y Jubera, le hobo fuera de matrimonio en María de Cañete, muger poco menos que de seguida; por lo menos tan suelta y entregada á sus apetitos que tuvo quatro hijos bastardos cada qual de su padre: al ya nombrado y á don Juan de Cerezuela del gobernador de Cañete: á Martin de un pastor por nombre Juan, y el quarto tambien Martin de un labrador de Cañete: los dos postreros por respeto de su hermano tuvieron adelante el sobrenombre de Luna. De tan baxos principios se levantó la grandeza deste mozo, que en un tiempo pudo competir con los muy grandes príncipes, de que al fin le despeñó su desgracia. En el bautismo le llamaron Pedro: agradóse dél el Papa Benedicto, de su presencia, de su viveza y apostura, y quiso que en la confirmacion le mudasen el nombre de pila en el de Alvaro por respeto de su padre. Venido á Castilla, le hicieron de la cámara del Rey: con lo qual, y su buena gracia y diligencia en servir, poco á poco le ganó la voluntad, y aun se hizo señor della. En el alcázar de Granada á los once de mayo falleció el Rey Mahomad, con que la gente se aseguraba que las paces serían mas ciertas. La ocasion de su muerte refieren fue una camisa inficionada que se vistió por engaño. Sacaron de Salobreña, donde le tenia preso, á Juzeph su hermano para que le sucediese en el reyno: asi ruedan y se truecan las cosas de los hombres, hoy cautivo y mañana Rey. Apresuráronse los moros en esto, y usaron de todo secreto porque no se recreciese algun impedimento,

mayormente de parte de los christianos, que desbaratase sus intentos. Luego que Juzeph se vió Rey, despachó sus embaxadores con ricos presentes para el de Castilla de caballos, jaeces, alfanges, telas preciosas, pasas, higos y almendras, sustento el mas ordinario y regalado de aquella gente. Diéronles en retorno otros dones de valía, pero no otorgaron con lo que pretendian principalmente, que era se alargase el tiempo de las treguas.

CAPITULO XVIII.

Que el Papa Benedicto vino á España.

El Papa Benedicto por este tiempo se hallaba aquexado de diversos cuidados: las provincias cansadas de scisma tan largo, sus amigos y devotos desabridos de sus trazas; sus mañas, en que no tenia par, descubiertas y entendidas. No sabía qué camino podia tomar para conservarse, que era su intento principal. Quando se salió de Aviñon, fue á parar en Marsella, ciudad fuerte y puesta á la lengua del agua: su vivienda en San Victor, monasterio muy célebre en aquella ciudad. Dende acometió al Papa Gregorio su contendor con partido de paz, que decia deseó siempre y de presente la deseaba: que sería bien se juntasen en un lugar para tomar acuerdo sobre sus haciendas, que por medio de terceros era cosa muy larga. Para señalar lugar á contento de las partes vinieron embaxadores de Gregorio á Marsella. Dieron y tomaron, y finalmente acordaron fuese la vista en Saona ciudad del Ginoves: sacóse por condicion que hasta tanto que los Papas se hablasen, ni el uno ni el otro criase algun cardenal. Asentado esto, Benedicto sin dilacion se embarcó para pasar allá. Pretendia por esta dili-

gencia que todos entendiesen deseaba la paz. El Papa Gregorio replicó que no tenia por seguro aquel lugar por estar á la obediencia de su contrario. Solo fue á Luca, ciudad puesta en lo postrero de Toscana; y el Papa Benedicto al principio de este año se adelantó y pasó á Portovenere para mas de cerca capitular y concertarse. Todo era mañas y traspasos para entretener y engañar, y aun el Papa Gregorio contra lo que tenian concertado, de una vez hizo tres cardenales, con que los demas cardenales suyos se alborotaron y de comun acuerdo se pasaron á Pisa. El Papa Benedicto, por aprovecharse de aquella ocasion, envió allá quatro cardenales de su obediencia y tres arzobispos, que se detuvieron algun tiempo en Liorno entretanto que los Florentines, cuya era Pisa, les enviaban seguridad. Juntáronse finalmente con los cardenales de Pisa. A lo que la junta se enderezaba, era convocar concilio general, como lo hicieron. Sonrugíase que daban traza de prender á los Papas en especial á Benedicto. Esta fama quier verdadera, quier falsa dió ocasion á Benedicto de desamparar á Italia, donde demas de la sospecha ya dicha pretendia que su contrario estaba muy arraygado y poderoso, en particular se recelaba del Rey Ladislao de Nápoles, que tenia muy de su parte como al que nombrára por vicario del imperio y senador de Roma, cargos á la sazon muy principales. Antes de su partida para mejor entrener la gente convocó concilio general para Perpiñan, villa en la raya de Cataluña, y con tanto se hizo á la vela. Aportó á Colibre á dos de julio, dende por la ciudad de Elna pasó á la dicha villa de Perpiñan para dar calor en lo del concilio, y esperar que los prelados se juntasen. Acudió á visitar al Papa entre otros el Rey de Navarra, que llevaba intento de pasar en Francia, y acometer las nuevas esperanzas que de recobrar algu-

na parte de sus antiguos estados le daban las alteraciones de aquel reyno. Pero esta su ida á París no fue de mas efecto que las pasadas: asi finalmente dió la vuelta á su reyno sin alcanzar cosa alguna de las que pretendia. Juntáronse en Perpiñan ciento y veinte obispos, casi todos de Francia y de España. Abrióse el concilio á primero de noviembre: la principal cosa que trataron fue buscar medios para concertar los Papas y unir la iglesia. Los pareceres eran diferentes, y aun los fines á que cada qual se encaminaba, por donde los mas de los obispos, perdída la esperanza de hacer cosa de momento, de secreto se salieron de Perpiñan y se volvieron á sus tierras. Quedaron solo diez y ocho obispos, que dieron de consuno un memorial al Papa en que le suplicaron atendiese con cuidado á quitar el scisma, aunque fuese necesario tomar el camino de la renunciacion, pues era mas justo conformarse con el deseo de toda la iglesia que dexarse engañar de las lisonjas de particulares: que la iglesia con lágrimas en los ojos, las rodillas por el suelo, y tendidas las manos le rogaba lo que era muy puesto en razon, antepusiese el bien público á qualquier otro respeto; que ningun otro camino se mostraba para la cura de dolencia tan larga. Poca esperanza tenian que viniese en lo que pedian, el que como á puerto seguro se habia retirado á España. Todavia por mostrar voluntad á la concordia envió á Pisa siete personas principales con voz de querer concierto; mas á la verdad otro tenia en el corazon, ca pretendia le sirviesen de escuchas, y le avisasen de todo lo que alli pasaba. Hallábanse en aquella ciudad juntos de mas de un gran número de obispos veinte y tres cardenales; los seis de la obediencia de Benedicto que eran la mayor parte de su colegio. Entre estos asistió don Pedro Fernandez de Frias cardenal de España, criado por Clemente Papa

de Aviñon. Publicaron sus edictos, en que citaban á los dos Papas para que en presencia del concilio alegasen de su derecho; mas visto que no comparecian, y que se gastaba mucho tiempo en demandas y respuestas, de comun acuerdo á los veinte y seis de junio del año mil y quatrocientos y nueve sacaron por
1409. Pontífice á Pedro Philargo natural de Candía, de la orden de los Menores, presbytero cardenal y arzobispo de Milan. Llamóse en el pontificado Alexandro Quinto: duróle el mando muy poco, que no llegó á año entero. Resultó desta eleccion, de que se esperaba el remedio, otro nuevo y mayor daño, esto es que la llaga mas se encancerase por añadir á los dos Papas otro tercero, que cada qual pretendia ser el legítimo y los otros intrusos: tanta vez tiene la sazon en todo y la buena traza. Asi la christiandad en lugar de dos bandos quedó dividida en tres con otras tantas cabezas y Papas, como suele acontecer que se vuelve al revés y daña lo que parecia prudentemente acordado: tan cortas son nuestras trazas.

CAPITULO XIX.

De la muerte del Rey don Martin de Sicilia.

Con mejor orden gobernaba el infante don Fernando el reyno de Castilla, bien que no se descuidaba en adelantar su casa y estado por los caminos que podia, sin dexar ocasion alguna: no faltaba quien por esta misma razon la tomase de ponelle mal con la Reyna como muger y de su natural sospechosa. No hay cosa mas deleznable que la gracia de los Reyes, ni mas frágil que su privanza. Decian que el gran poder del infante don Fernando podria parar perjuicio á la casa real: que con el poder, quando mucho crece,

pocas veces se acompaña la lealtad. Los que mas atizaban el fuego eran Diego Lopez de Zúñiga y Juan de Velasco por la mucha cabida que todavia tenian en la casa real. Don Fadrique conde de Trastamara, hijo de don Pedro el que fue condestable de Castilla, daba consejo á don Fernando que les echase mano. Poco secreto se guarda en los palacios: avisados de lo que se meneaba, se pusieron ellos con tiempo en salvo. Quedó la Reyna desque lo supo mas lastimada y recelosa que antes: decia que aquella befa á ella misma se hiciera para despojalla de su consejo, y del amparo que pensaba en ellos tener. Ultra de las demas prendas de que la naturaleza y el cielo dotaron á don Fernando con mano liberal, en que ningun príncipe en aquella era se le aventajaba, tenia muy noble generacion en su muger: cinco hijos varones, don Alonso, don Juan, don Enrique, don Sancho y don Pedro, que llamaron adelante los infantes de Aragon, y dos hijas, doña María y doña Leonor. Falleció por aquellos dias Fernan Rodriguez de Villalobos maestre de Alcántara: por su muerte hobo aquel maestrazgo el infante don Fernando en cabeza de su hijo don Sancho con dispensacion que dió en la edad el Papa Benedicto. Lo mismo se hizo con don Enrique el tercer hijo dende á pocos meses para hacelle maestre de Santiago por muerte de Lorenzo Suarez de Figueroa. No faltaron sentimientos y desgustos de personas que llevaban mal que el infante, no contento con el gobierno del reyno, se apoderase en nombre de sus hijos de todo lo que vacaba. En esta misma sazon el conde de Lucemburg y el duque de Austria enviaron á ofrecer socorros de gente para continuar la guerra de Granada. Lo mismo hizo Carlos duque de Orliens, que prometia enviar en ayuda mil caballos franceses, y juntamente pedia por muger á la Reyna do-

ña Beatriz pretensora del reyno de Portugal, y viuda del Rey de Castilla don Juan el Primero. No se le otorgó la una, ni aceptaron la otra destas dos demandas, porque la Reyna ni queria casar segunda vez, ni con color de matrimonio desterrarse de España; y el tiempo de las treguas con los moros le habian alargado por otros cinco meses por la mucha instancia que sobre ello hizo Juzeph el nuevo Rey de Granada, si bien poco despues acometieron los moros á tomar la villa de Priego, con que dieron bastante ocasion para que sin embargo del concierto se rompiese con ellos. Pero el Rey de Granada se envió á descargar que aquel exceso no se hizo con su voluntad, y todavia ofrecia de hacer emienda conforme á lo que determinasen, y hallasen se debia hacer, jueces nombrados por las partes. Hallóse este año entre Salamanca y Ciudadrodrigo una imágen devota de Nuestra Señora, que llaman de la Peña de Francia, muy conocida por un monasterio de Dominicos que para mayor veneracion se levantó en aquel lugar, y por el gran concurso de gentes que acude en romería de todas partes. El mismo año fue muy aciago y triste para los aragoneses por la muerte de don Martin Rey de Sicilia, hijo único y heredero del Rey de Aragon, que falleció en Caller de Cerdeña á los veinte y cinco de julio en la flor de su edad y de las muchas esperanzas que prometia su buen natural. Mandóle su padre pasar en aquella isla para allanar á Brancaleon Dória y Aymerico vizconde de Narbona, que por estar casados con dos hijas de Mariano Juez de Arborea pretendian apoderarse por derechos que para ello alegaban, de toda aquella isla. Andaban muy pujantes á causa que las fuerzas de los aragoneses eran flacas, y los naturales les acudian con mayor voluntad que á los estraños. La venida del Rey hizo que se trocasen

las cosas. Juntaron sus gentes cada qual de las partes: llegaron á vista unos de otros cerca de un pueblo llamado San Luri. Ordenaron sus haces, y dióse la batalla, en que los sardos quedaron desbaratados y preso Brancaleon su caudillo. La muerte que sobrevino al Rey en aquella coyuntura, hizo que no pudiese executar la victoria, ni concluir aquella guerra, si bien por algun tiempo el mariscal Pedro de Torrellas, muy privado deste príncipe, y otros caballeros con la gente que les quedó, se entretuvieron y sustentaron el partido de Aragon. Sepultaron el cuerpo del difunto en la iglesia cathedral de Caller. En su muger doña Blanca tuvo un hijo que falleció los dias pasados. De dos mugeres solteras naturales de Sicilia dexó dos hijos, á don Fadrique, cuya madre se llamó Teresa, y en Agathusa á doña Violante, que casó adelante con el conde de Niebla. Corrió fama que la ocasion de su muerte fue desmandarse, antes de estar bien convalecido de cierta dolencia, en la aficion de una moza natural de aquella isla de Cerdeña. Ordenó su testamento, en que nombró á su padre por heredero del reyno de Sicilia, y á su muger la Reyna doña Blanca encargó continuase en el gobierno que le dexó encomendado á su partida, señalándole personas principales de cuyo consejo se ayudase. Mucho sintió todo el reyno de Aragon la falta deste príncipe. Muchos debates se levantaron sobre la sucesion de aquellos reynos. El Rey su padre como á quien mas tocaba el daño, quántas lágrimas derramó? qué estremos y demostraciones de dolor no hizo? cada qual lo juzgue por sí mismo. Reportóse empero lo mas que pudo, y hechas las honras de su hijo, volvió su cuidado á asentar y asegurar las cosas de su reyno. Sus privados le aconsejaban se casase pues estaba en edad de tener hijos, con que se ase-

guraria la sucesion, y se atajarian las tempestades que de otra suerte les amenazaban. Parecióle al Rey buen consejo este: casó con doña Margarita de Prades, dama muy apuesta y de la alcuña real de Aragon. Celebráronse las bodas en Barcelona á los diez y siete de setiembre. No pasaba el Rey de cincuenta y un años; pero tenia la salud muy quebrada, y era grueso en demasía: las medicinas con que procuró habilitarse para tener sucesion, le corrompieron lo interior y aceleraron la muerte. Luis duque de Anjou avisado de lo que pasaba, fue el primero que volvió á las esperanzas antiguas de suceder en aquella corona. Despachó al obispo de Conserans para suplicar al Rey declarase por sucesor de aquel reyno á Luis su hijo y de doña Violante, que por ser su sobrina hija del Rey don Juan, era la que le tocaba en mas estrecho grado de parentesco, mayormente que su hermana mayor la infanta doña Juana era ya muerta, que falleció en Valencia dos años antes deste. Pedia otrosí que diese licencia para que la madre viniese á Aragon para criar á su hijo conforme á las costumbres de la tierra. Túvose á mal pronóstico que durante la fiesta de las bodas que el Rey celebraba, le pidiesen nombrase sucesor. Los del reyno tenian por mas fundado el derecho del conde de Urgel. Favorecian lo que deseaban, y lo que comunmente apetecen todos, que era no tener Rey estraño, sino de su misma nacion. La descendencia del conde se tomaba del Rey don Alonso el Quarto su bisabuelo, cuyo hijo don Jayme fue padre de don Pedro y abuelo del conde. Demas que estaba casado con hermana del Rey don Martin, la qual su padre el Rey don Pedro hobo en la Reyna doña Sibyla: semejantes pretensiones y esperanzas tenia, bien que de mas lexos, don Alonso de Aragon conde de Denia y marques de Villena,

que por importunacion de los suyos, aunque muy viejo, entró en esta demanda como el que continuaba su descendencia de don Jayme el Segundo Rey de Aragon.

CAPITULO XX.

De una disputa que se hizo sobre el derecho de la sucesion en la corona de Aragon.

Dió el Rey de Aragon audiencia al obispo frances, y enteróse bien de todo lo que pedia, y de las razones en que fundaba el derecho y la pretension del duque. Concluido aquel auto, y despedida la gente, luego que se retiró á su aposento, los que le acompañaban, continuaron la plática, y de lance en lance trabaron en presencia del Rey una disputa formada, que me pareció poner aqui por sumarse en ella los fundamentos de todo este pleyto. Guillen de Moncada fue el primero á hablar en esta forma: «Será, señor, servido Dios de daros sucesion, consue»lo para la vida, y heredero para la muerte. Pero si »acaso fuese otra su voluntad, lo qual no permita su »clemencia, quién se podrá anteponer á Luis hijo del »duque de Anjou? quién correr con él á las parejas, »pues es nieto de vuestro hermano, nacido de su hi»ja? No dudaré decir lo que siento. Cada qual en su »negocio propio tiene menos prudencia que en el age»no: impide el miedo, la codicia, el amor, y escu»rece el entendimiento. Pero si á vos no tuviéramos, »por ventura no diéramos la corona á la hija del Rey »vuestro hermano? Que si vos (lo que Dios no per»mita) faltárades sin hijos, quién quita que no se re»ponga la misma y se restituya en su antiguo dere»cho? Si le empece para la sucesion ser muger, ya

»sustituye en su lugar y derecho á su hijo, aragones »de nacion por parte de madre, y legítimo por ende »heredero del reyno." Acabada esta razon, los mas de los que presentes estaban, la mostraban aprobar con gestos y con meneos. Replicó Bernardo Centellas: «Muy diferente es mi parecer: yo entiendo que »el derecho del conde de Urgel va mas fundado. »Don Pedro su padre es cierto que tiene por abuelo »el mismo que vos, en quien pasára la corona, muer»to el Rey don Alonso el Quarto, si vuestro padre el »Rey don Pedro no fuera de mas edad que don Jay»me su hermano, abuelo del conde. Que si aquel »ramo faltaſe con sus pimpollos, por qué no volverá »la sustancia del tronco, y se continuará en el otro »ramo menor? La hembra cómo puede dar al hijo el »derecho que nunca tuvo? como quier que sea averi»guado ser las hembras incapaces desta corona. Que »si admitimos á las hembras á la sucesion, en esto »tambien se aventaja el conde, pues tiene por mu»ger á vuestra hermana doña Isabel, hija del Rey don »Pedro y de doña Sibyla, deuda mas cercana vues»tra que la hija de vuestro hermano; sí que la herma»na en grado mas estrecho está que la sobrina." Movieron asi mismo estas razones á los circunstantes, quando Bernardo Villalico acudió con su parecer, que era asaz diferente y estraño: «No puedo (dice) »negar sino que se han tocado muy agudamente lós »derechos del duque, y del conde ya nombrados, si »don Alonso marques de Villena y conde de Gandía »no se les aventajára, el qual tiene por padre á don »Pedro, hijo que fue del Rey don Jayme el Segun»do. De suerte que vuestro bisabuelo es abuelo del »marques y vuestro abuelo el Rey don Alonso el Quar»to tio del mismo, como al contrario el bisabuelo del »conde de Urgel, que es el mismo Rey don Alonso,

»es vuestro abuelo. Asi el marques y su hermano el »conde de Prades, abuelo de vuestra muger la Reyna »doña Margarita, tienen con vos el mismo deudo que »vos con el conde de Urgel. Que si el deudo es igual, »deben ser antepuestos los que de mas cerca traen su »decendencia de aquellos Reyes, de donde como de »su fuente se toma el derecho de la corona y de la su- »cesion. No hay para qué traer en conseqüencia la »muger del conde de Urgel, ni ponernos en necesi- »dad de declarar mas en particular quién fue su ma- »dre doña Sibyla antes que fuese Reyna." Oyeron todos con atencion lo que dixo Villalico, si bien poco aprobaron sus razones. Parecíales fuera de propósito valerse de derechos tan antiguos para hacer Rey á persona de tanta edad: de suerte que mas faltaba voluntad á los que oían, que probabilidad á las razones que alegó. Tomó el Rey la mano, y habló en esta manera: « Con claridad habeis alegado lo que hace por los tres »ya nombrados, y aun pudiérades añadir otras cosas en »favor de qualquiera de las partes. Pero hay otro quar- »to, que si mi pensamiento no me engaña, tiene »su derecho mas fundado. Este es el infante don Fer- »nando tio del Rey de Castilla, y hijo de doña Leo- »nor mi hermana de padre y de madre, en que se »aventaja á la condesa de Urgel. Vuestras particula- »res aficiones sin duda os cegaron para que no echá- »sedes de ver lo que hace por esta parte. El marques »de Villena y el conde de Urgel de mas lexos nos to- »can en deudo. Lo mismo puedo decir del hijo del »duque de Anjou: en mas estrecho grado está el hijo »de mi hermana que el nieto de mi hermano; por »donde es forzoso que se anteponga á los demas pre- »tensores. Para que mejor lo entendais, os propon- »dré un exemplo. Asi como el reguero del agua y el »acequia, quando la quitan de una parte y la echan

»por otra, dexa las primeras eras á que iba encami-
»nada, sin riego, y no las torna á bañar hasta dexar
»regados todos los tablares á que de nuevo encami-
»naron el agua, asi debeis entender que los hijos y
»descendientes del que una vez es privado de la co-
»rona, quedan perpétuamente excluidos para no vol-
»ver á ella, si no es á falta del que le sucedió y de
»todos sus deudos, los que con él estan de mas cerca
»trabados en parentesco; que por estar el reyno en
»poder del postrer poseedor, quien le tocáre de mas
»cerca en deudo, ese tendrá mejor derecho para su-
»cedelle, que todos los demas que quier que aleguen
»en su defensa. Conforme á esto yerran los que para
»tomar la sucesion ponen los ojos en los primeros
»Reyes don Jayme, don Alonso, don Juan, dexán-
»dome á mí que al presente poseo la corona, y cuyo
»pariente mas cercano es doña Leonor mi hermana y
»despues della su hijo el infante don Fernando, cu-
»yo derecho en igualdad fuera razon apoyar y defen-
»der, pues mas que todos los otros pretensores se
»adelanta en prendas y partes para ser Rey. Mienten
»á las veces á cada qual sus esperanzas, y de buena
»gana favorecemos lo que deseamos: pero no hay
»duda sino que las muestras que hasta aqui ha dado
»de virtud y valor son muy aventajadas. Este es nues-
»tro parecer, ojalá se reciba tan bien como es cum-
»plidero para vos en particular los que presentes es-
»tais, y para todo el reyno en comun. Las hembras
»no deben entrar en esta cuenta, pues todo el deba-
»te consiste entre varones, en quien no se debe con-
»siderar por qué parte nos tocan en parentesco, sino
»en qué grado." Este razonamiento del Rey como
se divulgase primero por Barcelona, en cuyo arra-
bal se trabó toda la disputa, y despues por toda la
christiandad volase esta fama, acreditó en gran ma-

nera la pretension de don Fernando, y aun fue gran parte para que se la ganase á sus competidores. Destas cosas se hablaba públicamente en los corrillos, y á veces en palacio en presencia del Rey, de que mostraba gustar, si bien de secreto se inclinaba mas á su nieto don Fadrique que ya era conde de Luna, y para dexalle la corona pretendia legitimalle por su autoridad y con dispensacion del Papa Benedicto; que si esto no le saliese, claramente anteponia á don Fernando su sobrino á todos los demas, á quien sus virtudes y proezas, y haber menospreciado el reyno de Castilla hacían merecedor de nuevos reynos y estados. Todavia el Rey por la mucha instancia que sobre ello hizo el conde de Urgel, le nombró por procurador y gobernador de aquel reyno; oficio que se daba á los sucesores de la corona, y resolucion que pudiera perjudicar á los otros pretensores, si él mismo de secreto no diera orden á los Urreas y á los Heredias, dos casas las mas principales de Zaragoza, que no le dexasen entrar en aquella ciudad, ni exercer la procuracion general, sin embargo de las provisiones que en esta razon llevaba: trato doble, de que mucho se sintió el conde de Urgel, y de que resultaron grandes daños.

CAPITULO XXI.

De la muerte de don Martin Rey de Aragon.

El tiempo de las treguas asentadas con los moros era pasado, y sus demasías convidaban, y aun ponian en necesidad de volver á la guerra y á las armas; en especial que tomaron la villa de Zahara, y talaban de ordinario los campos comarcanos, y hacían muchas cabalgadas. Para reprimir estos insultos, y tomar

emienda de los daños, el infante don Fernando, hechos los apercibimientos necesarios de soldados y armas, de dinero y de vituallas, por el mes de febrero
1410. del año que se contaba mil y quatrocientos y diez, se encaminó con su campo la vuelta de Córdova en sazon que los moros, por no poder forzar el castillo, desampararon la villa de Zahara, y los nuestros á toda prisa repararon los adarves y pusieron aquella plaza en defensa. La gente de don Fernando eran diez mil peones y tres mil y quinientos caballos, la flor de la milicia de Castilla, soldados lucidos y bravos. Acompañábanle don Sancho de Rojas obispo de Palencia, Alvaro de Guzman, Juan de Mendoza, Juan de Velasco, don Ruy Lopez Dávalos, otros señores y ricos hombres. Con este campo se puso el infante sobre la ciudad de Antequera á los veinte y siete de abril con resolucion de no partir mano de la empresa hasta apoderarse de aquella plaza. El Rey moro envió para socorrer á los cercados cinco mil caballos y ochenta mil infantes, gran número, si las fuerzas fueran iguales. Dieron vista á la ciudad, y fortificaron sus estancias muy cerca de los contrarios: ordenaron sus haces para presentar la batalla, que se dió á los seis de mayo; en ella quedaron los moros desbaratados con pérdida de quince mil, que perecieron en la pelea y en el alcance: con el mismo ímpetu les entraron y saquearon los reales: victoria en aquel tiempo tanto mas señalada, que de los christianos no faltaron mas de ciento y veinte. Dió don Fernando gracias á Dios por aquella merced: despachó correos á todas partes con las buenas nuevas. Para apretar mas el cerco hizo tirar un foso de anchura y hondura suficiente en torno de los adarves, y en el borde de fuera levantar una trinchea de tapias con sus torreones á trechos, todo á propósito de im-

pedir las salidas de los moros, y hacer que no les entrase provision ni socorro. Fue muy acertado aprovecharse deste ingenio por estar el campo falto de gente á causa que diversas compañías se derramaban por su orden para robar y talar aquellos campos, como lo hicieron muy cumplidamente, sin reparar hasta dar vista á la ciudad de Málaga. Los daños eran grandes, y mayor el espanto. Mandó el Rey moro que todos los que fuesen de edad, se alistasen y tomasen las armas: diligencia con que juntó gran número de gente, si bien estaba resuelto de no arriscarse segunda vez, y solo se mostraba para poner miedo por los lugares cercanos, mas seguros por su fragura ó la espesura de arboles. Los cercados padecian necesidad, y lo que sobre todo les aquexaba, era la poca esperanza que tenian de ser socorridos. Rendirse les era á par de muerte, entretenerse no podian: qué debian hacer los miserables? avino que trecientos de á caballo de la guarnicion de Jaen entraron con poco orden y recato en tierra de moros; que todos fueron sobresaltados y muertos. Este suceso de poca consideracion animó á los cercados para pensar podria haber alguna mudanza, y suceder algun desman á los que los cercaban. Al tiempo que esto pasaba en Antequera, falleció en Boloña de Lombardía Alexandro, el nuevo y tercero Pontífice, á tres de mayo. Sepultaron su cuerpo en San Francisco de aquella ciudad. Juntáronse los cardenales que le seguian, y á diez y siete del mismo mes sacaron por Papa á Balthasar Cosa diácono cardenal, natural de Nápoles, y que á la sazon era legado de aquella ciudad de Boloña. Llamóse Juan XXIII. Era hombre atrevido, sagaz, diligente, acostumbrado á valerse ya de buenos medios, ya de no tales, como las pesas cayesen y segun los negocios lo demandasen. Dichoso en el pon-

tificado de su predecesor, en que tuvo mucha mano en el suyo desgraciado, pues al fin le derribaron y despojaron de la tiara. Siguióse la muerte del Rey don Martin de Aragon que falleció de modorra postrero de aquel mes en Valdoncellas, monasterio de monjas pegado á los muros de la ciudad de Barcelona. Su cuerpo sepultaron en Poblete con enterramiento y honras moderadas por estar la gente afligida con la pérdida presente y lo que para adelante los amenazaba. Teníanse á la sazon cortes en Barcelona de aquel principado, no sin sospechas de alteraciones y desasosiegos: acordaron que de todos los brozas se nombrasen personas principales que visitasen al Rey en aquella dolencia, y le suplicasen que para escusar reyertas dexase nombrado sucesor. Hízose asi: llevó la habla con beneplácito de los acompañados Ferrer cabeza de los jurados ó conselleres de aquella ciudad. Preguntóle si era su voluntad que sucediese en aquella corona el que á ella tuviese mejor derecho: abaxó la cabeza en señal de consentir con la demanda. A otras preguntas que le hicieron, no le pudieron sacar palabra ni respuesta. Con su muerte se acabó la sucesion por línea de varon de los condes de Barcelona que se continuó primero en Cataluña y despues en Aragon por espacio de seiscientos años. Añublóse la buena andanza de Aragon y su prosperidad muy grande: despertáronse otrosí las esperanzas de muchos personages para pretender la corona en aquella como vacante de aquel reyno. En semejantes ocasiones suele ser la presteza muy importante, y la diligencia (como dicen) madre de la buena ventura: el infante don Fernando, á quien Dios tenia reservada aquella grandeza, le tenia á la sazon ocupado la guerra de los moros: hizo un público auto, en que aceptó la sucesion y el reyno que nadie le ofrecia; juntamente

despachó por sus embaxadores á Fernan Gutierrez de Vega su repostero mayor, y al doctor Juan Gonzalez de Acevedo, personas inteligentes y de maña, para que en Aragon hiciesen sus partes; que él mismo no quiso alzar la mano del cerco por la esperanza que tenia de salir en breve con la empresa, y se aumentó por cierta refriega que parte de su gente trabó cerca de Archidona con los moros, y la venció. De cuyo suceso, y de la ocasion será bien decir alguna cosa, tomado de la historia elegante que Laurencio Valla escribió de los hechos y vida deste infante don Fernando, que fue poco adelante Rey de Aragon.

CAPITULO XXII.

De la peña de los Enamorados.

Apoderábanse los christianos de diversos pueblos por aquella comarca, como de Coza, Sebar, Alzana, Mara, de unos por fuerza y de otros que por miedo se rendian. Temian los moros no fuese lo mismo de Archidona, villa principal distante de Antequera por espacio de dos leguas. Con este cuidado metieron dentro buen golpe de soldados para que la defendiese, con la provision y municiones que pudieron juntar. Hecho esto, y animados con este buen principio, corrian los campos comarcanos, hacían alzar las vituallas para que los que estaban sobre Antequera padeciesen necesidad y mengua. Tenian mas gente de á caballo que los nuestros, que era la causa de llevar adelante sus intentos. Supieron que todos los dias salian de los reales los jumentos y caballos, que los llevaban á pacer con poca guarda al rio Corza que por alli pasa. Con este aviso acordaron dar sobre ellos de rebato y aprovecharse de aquella ocasion. Una centinela desde

un peñol que llaman la peña de los Enamorados, avisó con ahumadas del peligro que corria la escolta, los mochileros y los forrageros, si no les acorrian con presteza. Los christianos, tomadas las armas, salieron de los reales, y cargaron sobre los moros con tal denuedo, que los forzaron á retirarse ácia Archidona. No se pudieron recoger tan presto por estar muy trabada la escaramuza y refriega, en que á vista de la misma villa quedaron desbaratados los contrarios con muerte de hasta dos mil dellos, y otros muchos que quedaron presos. Fue este encuentro tanto mas importante, que de los fieles solos dos faltaron y pocos salieron heridos. El lugar y la ocasion desta victoria pide se dé razon del apellido que aquella peña tiene, puesta entre Archidona y Antequera, y por qué causa se llamó la peña de los Enamorados. Un mozo christiano estaba cautivo en Granada. Sus partes y diligencia eran tales, su buen término y cortesía, que su amo hacía mucha confianza dél dentro y fuera de su casa. Una hija suya al tanto se le aficionó y puso en él los ojos. Pero como quier que ella fuese casadera y el mozo esclavo, no podian pasar adelante como deseaban, ca el amor mal se puede encubrir; y temian si el padre della y amo dél lo sabia, pagarian con las cabezas. Acordaron de huir á tierra de christianos: resolucion que al mozo venia mejor, por volver á los suyos, que á ella por desterrarse de su patria; si ya no la movia el deseo de hacerse christiana, lo que yo no creo. Tomaron su camino con todo secreto hasta llegar al peñasco ya dicho, en que la moza cansada se puso á reposar. En esto vieron asomar á su padre con gente de á caballo, que venia en su seguimiento. Qué podian hacer, ó á qué parte volverse? qué consejo tomar? mentirosas las esperanzas de los hombres, y miserables sus intentos! Acu-

dieron á lo que solo les quedaba, de encumbrar aquel peñol trepando por aquellos riscos, que era reparo asaz flacó. El padre con un semblante sañudo los mandó baxar: amenazábales si no obedecian, de executar en ellos una muerte muy cruel. Los que acompañaban al padre, los amonestaban lo mismo, pues solo les restaba aquella esperanza de alcanzar perdon de la misericordia de su padre con hacer lo que les mandaba y echarse á los pies. No quisieron venir en esto. Los moros puestos á pie acometieron á subir el peñasco; pero el mozo les defendió la subida con galgas, piedras y palos, y todo lo demas que le venia á la mano, y le servia de armas en aquella desesperacion. El padre visto esto, hizo venir de un pueblo alli cerca ballesteros para que de lexos los flechasen. Ellos vista su perdicion, acordaron con su muerte librarse de los denuestos y tormentos mayores que temian. Las palabras que en este trance se dixeron, no hay para que relatallas. Finalmente abrazados entre sí fuertemente, se echaron del peñol abaxo por aquella parte en que los miraba su cruel y sañudo padre. Desta manera espiraron antes de llegar á lo baxo con lástima de los presentes, y aun con lágrimas de algunos que se movian con aquel triste espectáculo de aquellos mozos desgraciados; y á pesar del padre, como estaban los enterraron en aquel mismo lugar: constancia que se empleára mejor en otra hazaña, y les fuera bien contada la muerte, si la padecieran por la virtud y en defensa de la verdadera religion, y no por satisfacer á sus apetitos desenfrenados. Volvamos al cerco de Antequera, en que despues de la refriega de Archidona no cesaban con la artillería de batir las murallas y aportillallas por diversas partes: los de dentro de noche rehacian con toda diligencia lo que de dia les derribaban, por

donde con mucho trabajo se adelantaba poco. Advirtió don Fernando que lo alto de cierta torre le faltaba por estar echado por tierra; parecióle hacer por aquella parte el último esfuerzo, y que arrimadas las escalas, los soldados escalasen la muralla. Hízose asi, aunque con dificultad y peligro por causa del grande esfuerzo con que los de dentro defendian la subida y la entrada de su ciudad. Finalmente los nuestros subieron, y forzaron á los moros que se recogiesen al castillo con esperanza de entretenerse en él, ó rendille con partidos aventajados. El dia siguiente se levantó contienda entre los soldados sobre quién fue el primero á subir la muralla. Muchos salieron á la demanda, que fue asaz porfiada por los valedores que acudian á cada qual de las partes, deudos, amigos ó naturales de la misma tierra. Temian no resultase algun motin por aquella causa. Los jueces que señalaron sobre el caso, oidas las partes y exâminados los testigos, pronunciaron que Gutierre de Torres, Sancho Gonzalez, Serva Chirino y Baeza fueron los primeros á acometer la subida; pero que se adelantó, y se la ganó á los demas Juan Vizcaino, que perdió la vida en la misma torre, y tras él Juan de San Vicente que llevó el prez á todos los otros. El infante los alabó á todos, y los premió liberalmente con razon, pues tomada aquella ciudad, los enemigos no solo perdieron una plaza tan principal, sino se quebrantaron las esperanzas de aquella gente. Ganóse Antequera á los diez y seis de setiembre. Los que se recogieron al castillo, dende á ocho dias le rindieron á partido de salir libres con sus personas y haciendas, que se les guardó enteramente, y juntos se pasaron á Archidona. Los vencedores hicieron procesion para dar gracias á Dios por merced tan señalada: la mezquita del castillo se consagró en iglesia

para celebrar en ella los oficios divinos. Quedó nombrado por alcayde del castillo y gobernador de aquella ciudad Rodrigo de Narvaez, que hizo sus homenages al Rey de Castilla. Tomáronse algunos pueblos y otros castillos por aquella comarca, talaron los campos de los moros muy á la larga: con tanto casi pasado el otoño dieron la vuelta á la ciudad de Sevilla, que los recibió con grandes muestras de alegria y contentamiento universal.

LIBRO VIGÉSIMO.

CAPITULO PRIMERO.

Del estado de las provincias.

Temporales ásperos, enmarañados y revueltos, guerras, discordias y muertes, hasta la misma paz arrebolada con sangre afligian no solo á España sino las demas provincias y naciones quan anchamente se estendia el nombre y el señorio de los christianos. Ninguna vergüenza ni miedo, maestro aunque no de virtud duradera, pero necesario para enfrenar á la gente; las ciudades y pueblos y campos asolados con el fuego y furor de las armas, profanadas las ceremonias, menospreciado el culto de Dios, discordias civiles por todas partes, y como un naufragio comun y miserable de todo el christianismo: avenida de males y daños, si causados de alguna maligna concurrencia de estrellas, no lo sabria decir, por lo menos señal cierta de la saña del cielo y de los castigos que los pecados merecian. A Italia traía alborotada el scisma continuado por tantos años, y la ambicion desapoderada de tres Pontífices, pretensores todos

de la silla y cáthedra de San Pedro. El descuido y floxedad de los Emperadores de Alemaña, que debian (por el lugar que tenian) principalmente atajar estos daños: por una parte las armas de Ladislao Rey de Nápoles en favor del Pontífice Gregorio Duodécimo la trabajaban, por otra les hacía rostro Luis duque de Anjou á persuasion de los Pontífices de Aviñon, de los de su valía y obediencia. En la Lombardía en particular Galeazo Vicecomite duque de Milan se aprovechaba para ensanchar grandemente su estado de la ocasion que aquellas revueltas le presentaban. Apoderóse antes desto de Boloña, ciudad rica y abastada: aspiraba á hacer lo mismo de las otras ciudades libres de Lombardía. Por la muerte del Emperador Alberto, que falleció primero de junio, la vacante del imperio en Alemaña daba como es ordinario ocasion de revueltas, ademas de la floxedad de Wenceslao antes Emperador que fue, y á la sazon Rey de Bohemia, con que los decretos antiguos y sagradas ceremonias en aquel reyno alteraban en gran parte gente novelera, y sus cabezas y caudillos principales Juan Hus y Gerónimo de Praga. Recelábanse no cundiese el daño, y á guisa de peste se pegase en las otras provincias. El imperio de Levante gozaba de algun sosiego despues que el gran Tamorlan con su famosa entrada sugetó muchas naciones, y abatió algun tanto el orgullo de los turcos: mas todavia ponian en cuidado despues que soldada aquella quiebra, y pasado el estrecho de Thracia, se entendia pretendian apoderarse de Europa, por lo menos conquistar aquel imperio de Grecia. Emanuel Paleologo Emperador griego, antevista la tempestad y el torbellino que venia á descargar sobre su casa, para apercebirse de lo necesario pasó por mar á Venecia, y dende por tierra á Francia á solicitar algun socorro contra el enemigo

comun. Poco prestó esta diligencia y viage: fuera de buenas palabras no pudo alcanzar otra ayuda, á causa que la misma Francia ardia en discordias y revoluciones despues de la muerte que dió Juan duque de Borgoña á Luis duque de Orliens á tuerto. Grandes revueltas, intentos y pretensiones contrarias, asonadas de guerra por todas partes, miserable avenida de males, y tiempos alterados en tanto grado que el pueblo de París, dividido en parcialidades, unos contra otros trababan pasion, con que la ciudad muchas veces se ensangrentaba. Los mismos carniceros, ralea de gente por el oficio que usa, desapiadada y cruel, entraban á la parte con las armas en favor del Borgoñon. El Rey si bien en su dolencia y alteracion tenia algunos lucidos intervallos, no era bastante para atajar tantos males, ocasion mas aina del daño que remedio. Los ingleses á cabo de tanto tiempo por aprovecharse desta ocasion andaban sueltos por Francia con mayor porfía y esperanza que tuvieron jamás. En Aragon por la muerte del Rey don Martin los naturales, por no conformarse en un parecer sobre la sucesion de aquel reyno, se hallaban alterados asaz y divididos. La discordia amenazaba alguna guerra civil, puesto que con todo cuidado se trataba de asentar por las leyes y en juicio aquel debate. Los pretensores eran príncipes muy señalados en nobleza y en poder. El punto principal de la diferencia era acordar si en aquella sucesion se habia de tener cuenta con las personas que pretendian, ó con el tronco que cada qual representaba, y por el qual le venia el derecho de la sucesion. Muchas juntas se tuvieron sobre el caso, que al principio ninguna cosa prestaron. Estas revueltas eran causa que el partido aragones empeorase en Cerdeña, si bien Pedro de Torrellas le sustentaba con poca esperanza de prevalecer por ser sus fuerzas

flacas y no acudille socorros de España. En Sicilia asi mismo don Bernardo de Cabrera hacía grandes demasías, hasta tener cercada la misma Reyna viuda dentro del castillo de Syracusa sin ningun respeto de la magestad real. El Rey de Navarra avisado del peligro que corria su hija, á la vuelta del viage que hizo á Francia, pasó por Barcelona do llegó á los veinte y
1411. nueve de diciembre, entrante el año de mil y quatrocientos y once, para tratar en aquella ciudad, como lo procuró, que la Reyna su hija diese la vuelta, que pues no tenia hijo alguno, no era razon gobernase aquel reyno de Sicilia con su riesgo y en provecho de otros. En Castilla por la minoridad del Rey gobernaban aquel reyno la Reyna doña Cathalina su madre, y el infante don Fernando su tio, divididas entre sí las ciudades y partidos que debian acudir á cada qual: traza poco acertada, y que pudiera acarrear graves daños, en especial que no faltaban, como es ordinario, personas mal intencionadas que torcian las palabras y hechos de don Fernando para ponelle mal con la Reyna. La prudencia del infante y su mucha paciencia fue causa que todo procediese bien, sin tropiezo y sin inconveniente. Debíanle todos en comun lo que cada qual á sus padres, y concluida tan á gusto la guerra contra moros, quedó con mas renombre y fama. Asentó con aquella gente treguas en Sevilla por término de diez y siete meses: con tanto ordenadas las demas cosas del Andalucía, dió vuelta para Castilla. En esto resultaron nuevas sospechas de revueltas, á causa que don Fadrique duque de Benavente escapó de la prision, en que le tenian de años atrás en el castillo de Monreal, muerto que hobo á Juan Aponte alcayde de aquella fuerza. Puso este caso en gran cuidado al infante, que temia por ser persona poderosa y de sangre real no fuese parte para

turbar la paz. Mandó con presteza atajar los caminos, tomar los puertos á la raya de Portugal y por aquellas partes. No prestó esta diligencia, porque el duque ó acaso, ó confiado en la amistad que tenia con su cuñado el Rey de Navarra, acudió á valerse dél. Engañóle su esperanza, ca don Fernando envió sus embaxadores á requerir se le entregasen, en que vino aquel Rey; y puesto el duque en el castillo de Almodovar tierra de Córdova, en aquella prision feneció sus dias. Solo Portugal florecia con los bienes de una larga paz, y el nuevo Rey con obras muy señaladas recompensaba la falta de su nacimiento. Levantó un monasterio de Dominicos en Aljubarrota, que se llama de la Batalla, para memoria de la que alli venció contra los castellanos. A la ribera de Tajo fundó y pobló la villa de Almerin, en Sintra un palacio real, sin otros edificios, muchos y magníficos, que á sus expensas levantó en diversas partes. Señalóse en el zelo grande de la justicia, con que enfrenó las demasías, y tuvo trabados los mayores con los menores. Llegó en esto á tanto que á Fernan Alfonso de Santaren teniente de camarero mayor hizo sacar de la iglesia, y quemar porque se atrevió á doña Beatriz de Castro dama de la Reyna, que despidió asi mismo de palacio en pena de su liviandad. Hallábanse tan pujantes los portugueses que se determinaron á emprender nuevas conquistas y pasar en Africa, principio y escalon para subir á grande alteza. Este era el estado en que se hallaban las provincias. El scisma de la iglesia tenia sobre todo puesta en cuidado la gente en qué pararia aquella division, qué remate tendria, y qué salida: puesto que en España con mayor calor se altercaba sobre la sucesion en la corona de Aragon, y quál de los pretensores mas partes y mejor derecho tenia.

CAPITULO II.

Que en Aragon nombraron nueve jueces.

Los catalanes, aragoneses y valencianos, naciones y provincias que se comprehenden debaxo de la corona de Aragon, se juntaban cada qual de por sí para acordar lo que se debia hacer en el punto de la sucesion de aquel reyno, y quál de los pretensores les vendria mas á cuento. Los pareceres no se conformaban como es ordinario, y mucho menos las voluntades. Cada qual de los pretendientes tenia sus valedores y sus aliados, que pretendian sobre todo echar cargo y obligarse al nuevo Rey con intento de encaminar sus particulares, sin cuidar mucho de lo que en comun era mas cumplidero. Los catalanes por la mayor parte acudian al conde de Urgel, en que se señalaban sobre todos los Cardonas y los Moncadas, casas de las mas principales; y aun entre los aragoneses los de Alagon y los de Luna se les arrimaban: en que pasaron tan adelante que Antonio de Luna por salir con su intento dió la muerte á don García de Heredia arzobispo de Zaragoza, con una celada que le paró cerca de Almunia, no por otra causa sino por ser el que mas que todos se mostraba contra el conde de Urgel y abatia su pretension. Pareció este caso muy atroz, como lo era. Declararon al que le cometió, por sacrílego y descomulgado, y aun fue ocasion que el partido del conde de Urgel empeorase: muchos por aquel delito tan enorme se recelaban de tomar por Rey aquel cuyo principio tales muestras daba. Los nobles de Aragon asi mismo acudieron á las armas, unos para vengar la muerte del arzobispo, otros para amparar el culpado. Era necesario abreviar por esta causa y

por nuevos temores que cada dia se representaban: asonadas de guerra por la parte de Francia, y de Castilla compañías de soldados, que se mostraban á la raya para usar de fuerza, si de grado no les daban el reyno. Las tres provincias entre sí se comunicaron sobre el caso por medio de sus embaxadores que en esta razon despacharon. Gastáronse muchos dias en demandas y respuestas: finalmente se convinieron de comun acuerdo en esta traza. Que se nombrasen nueve jueces por todos, tres de cada qual de las naciones: estos se juntasen en Caspe castillo de Aragon para oir las partes, y lo que cada qual en su favor alegase. Hecho esto, y cerrado el proceso, procediesen á sentencia. Lo que determinasen por lo menos los seis dellos, con tal empero que de cada qual de las naciones concurriese un voto, aquello fuese valedero y firme. Tomado este acuerdo, los de Aragon nombraron por su parte á don Domingo obispo de Huesca, y á Francisco de Aranda, y á Berenguel de Bardax. Los catalanes señalaron á Sagariga arzobispo de Tarragona, y á Guillen de Valseca y á Bernardo Gualbe. Por Valencia entraron en este número fray Vicente Ferrer de la orden de Santo Domingo, varon señalado en santidad y púlpito, y su hermano fray Bonifacio Ferrer Cartuxano, y por tercero Pedro Beltran: resolucion maravillosa y nunca oida, que pretendiesen por juicio de pocos hombres, y no de los mas poderosos, dar y quitar un reyno tan importante. Los jueces luego que aceptaron el nombramiento, se juntaron, y despacharon sus edictos con que citaron los pretensores con apercibimiento, si no comparecian en juicio, de tenellos por excluidos de aquella demanda. Vinieron algunos, otros enviaron sus procuradores. Por el infante don Fernando comparecieron Diego Lopez de

Zúñiga señor de Bejár, el obispo de Palencia don Sancho de Rojas, que en premio deste y semejantes viages dicen adquirió á su iglesia el condado de Pernia, que hoy poseen sus sucesores los obispos de Palencia. Las partes del conde de Urgel hacía don Ximeno, de frayle Francisco á la sazon obispo de Malta, y que alcanzaba gran cabida con aquel príncipe. A estos todos hicieron jurar pasarian y tendrian por bueno lo que los jueces sentenciasen. Luis duque de Anjou no quiso comparecer, sea por no fiarse en su derecho, sea por estar resuelto de valerse de sus manos; todavia recusó quatro de los jueces como sospechosos y parciales. De don Fadrique conde de Luna no se hizo mencion alguna: su edad era pequeña, los valedores ningunos, ademas de su nacimiento, que por ser bastardo habido fuera de matrimonio no les parecia con aquella mengua amancillar la nobleza y lustre de los Reyes de Aragon. Don Alonso de Aragon duque de Gandía, y muerto él en lo mas recio deste debate, su hijo don Alonso, y su hermano don Juan conde de Prades, que le sucedieron en la pretension, fácilmente los excluyeron por tocar á los Reyes postreros de Aragon en grado de parentesco mas apartado que los demas competidores. Restaban el conde de Urgel y el infante don Fernando, que por diversos caminos pretendian vencer en aquel pleyto y en aquella reyerta tan importante. Por parte del conde de Urgel se alegaba que las hembras, conforme á la costumbre recebida de sus mayores y guardada, debian ser excluidas de aquella corona y de aquella pretension. Que se membrasen de los alborotos que resultaron en tiempo del Rey don Pedro no por otra causa sino por pretender dexar en su lugar por heredera á su hija doña Costanza. Despues de la muerte del Rey don Juan, ex-

cluyeron (como incapaces) dos hijas suyas, las infantas doña Juana y doña Violante. Que no era razon por contemplacion de nadie alterar lo que tenian tan asentado, ni moverse por exemplos de cosas olvidadas y desusadas, sino mas aina abrazar la costumbre mas nueva y fresca. Excluidas las hembras, no sería justo admitir á sus hijos, pues no les pudieron traspasar mayor derecho que el que ellas mismas alcanzáran, si fueran vivas. Finalmente que don Martin Rey de Aragon nombró al fin de sus dias por gobernador del reyno y por su condestable al conde de Urgel: muy cierta señal de su voluntad, y de su parecer que al conde, y no á otro alguno, tocaba la sucesion despues de su muerte. Estas eran las razones en que aquel príncipe fundaba su derecho. Los procuradores del infante don Fernando conforme á la instruccion é informacion que llevaban de don Vicente Arias obispo de Plasencia, tenido en aquella era por jurista señalado y de fama en España, sin hacer mencion del derecho que por via de hembra competia al infante, como flaco, tomaron diferente camino, es á saber que el reyno se hereda por el derecho que llaman de sangre: asi en caso que falte la línea recta de ascendientes y descendientes, y que se hayan de llamar á la corona los parientes transversales, entre los tales, puesto que esten en el mismo grado de consanguinidad, se debe tener consideracion al sexô de cada qual y á la edad para efecto que el varon preceda á la hembra, y al mas mozo el de mas edad, sin mirar el tronco y la cepa de donde procede. Que esto era conforme al derecho comun, y observado en el particular de Aragon. Por este camino don Alonso nieto del Rey don Ramiro heredó aquella corona; y el testamento del mismo en quanto llamó á las hijas á la sucesion, de grandes juristas fue

tenido por inválido y de ningun valor. A la verdad qué razon sufre que para heredar el reyno, en que se requieren partes tan aventajadas, no se anteponga á los demas el que supuesto que viene de la alcuña y sangre real, y ninguno en grado mas cercano, en todas buenas calidades y partes se adelanta á los que ó son menos parientes del Rey muerto, ó menos á propósito, solo porque descienden por línea de varon? Todavia porque esta dificultad, puesto que ventilada muchas veces, forzosamente segun las ocurrencias se tornará á disputar; el lugar pide que en general tratemos brevemente del derecho de la sucesion entre los deudos transversales, y en qué manera se funda.

CAPITULO III.

Del derecho para suceder en el reyno.

Grave disputa es esta, enmarañada, escabrosa, de muchas entradas y salidas: pleyto, en que si bien muchos ingenios han empleado su tiempo en llevalle al cabo, ninguno del todo ha salido con ello, ni ha podido apear su dificultad. Tocarémos en breve los puntos principales, y los niervos desta qüestion tan reñida, lo demas quedará para los juristas. No hay duda sino que el gobierno de uno, que llamamos Monarchía, se aventaja á las demas maneras de principados y señoríos. Va mas conforme á las leyes de naturaleza, que tiene un primer movedor del cielo, y un supremo gobernador del mundo, no muchos: traza que abrazaron los primeros y mas antiguos hombres, gente mas atinada en sus determinaciones, como los que caian mas cerca del primer principio, y mejor orígen del mundo, y por el mismo caso tenian cierto resabio de divinidad, y entendian con

mas claridad la verdad y lo que pedia la naturaleza. Las otras formas de gobierno el tiempo las introduxo y las inventó, y la malicia de los hombres. De que procedieron aquellas palabras y sentencia vulgar (1): «No es bueno que haya muchos gobiernos, solo uno »sea el Rey." Al principio del mundo, quando todos vivian en libertad y sin reconocer homenage á alguna cabeza, para valerse mejor, defenderse y tomar emienda de los muchos desaguisados que unos á otros se hacian, los pueblos y gentes por sus votos, para que los acaudillasen, pusieron en la cumbre y en el gobierno aquellos que por su edad, prudencia y otras prendas se aventajaban á todos los demas. Dudóse adelante si sería mas á propósito y mas cumplidero á los pueblos, muerto el príncipe que eligieron, dalle por sucesores á sus hijos y deudos, ó tornar de nuevo á escoger de toda la muchedumbre el que debia mandar á todos. Guardóse esto postrero por largo tiempo, que las mas naciones se mantuvieron en no permitir que se heredasen los reynos. Recelábanse que el poder del Rey, que ellos dieron para bien comun, con la continuacion del mando y seguridad de la sucesion de hijos á padres no se estragase y mudase en tyranía: sabian muy bien que á las veces los hijos por los deleytes, de que hay gran copia en las casas reales, y por el demasiado regalo se truecan y no salen semejables á sus antepasados. En España por lo menos se mantuvieron en esta costumbre por todo el tiempo que los godos en ella reynaron, que no permitian se heredase la corona. Mudadas las cosas con el tiempo, que tiene en todo gran vez, se alteraron con las demas leyes esta, y

(1) Homer. 2. de la Iliada.

se comenzó á suceder en el reyno por herencia como se hace en las mas provincias de Europa. El poder de los príncipes comenzó á ser grande, y los pueblos á adulallos y rendirse de todo punto á su voluntad; y aunque la experiencia enseñaba lo contrario, todavia confiaban lo que deseaban y era razon, que los hijos de los príncipes por la nobleza de su sangre y criarse en la casa real, escuela de toda virtud, semejarian á sus mayores. Engañóles su pensamiento y su esperanza á las veces, que por este camino hombres de costumbres y vida dañada y perjudicial se apoderaron de la república. Verdad es que este inconveniente y peligro se recompensaba con otras muchas comodidades y bienes, quales son los siguientes: Que la reverencia y respeto, fuente de salud y de vida, es mayor para con los que descienden de padres y abuelos Reyes, que el que se tiene á los que de repente se levantan de estado particular. Que los hombres mas se gobiernan por la opinion que por la verdad, y no puede el príncipe tener la fuerza y autoridad conveniente, si los vasallos no le estiman, ni le tienen el respeto debido. Ademas que es cosa muy natural á los hombres sobrellevar antes y sufrir al príncipe que heredó el estado, aunque no sea muy bueno, que al que por votos del pueblo alcanzó la corona y el mando, dado que tenga partes mas aventajadas. Lo que mucho importa, que por esta manera se continúa un mismo género de gobierno, y se perpetúa en cierta forma, como tambien la república es perpétua. Y el que sabe que ha de dexar á sus hijos el poder y el gobierno, con mas cuidado mira por el bien comun que el que posee el señorío por tiempo limitado solamente. Finalmente no es posible por otro camino escusar las tempestades y alteraciones que resultan forzosamente

en tiempo de las vacantes, y las enemistades y bandos que sobre semejantes elecciones se suelen forjar, sino es que por via de herencia esté muy asentado á quién toca la sucesion quando el príncipe muere. Por todas estas razones se escusa y se abona la herencia en los reynos tan recebida casi en todas las naciones. Solamente pareció á los pueblos cautelarse con ciertas leyes que se guardasen en este caso de la sucesion, sin que los príncipes las pudiesen alterar, pues les daban el mando y la corona debaxo de las tales condiciones. Estas leyes unas se pusieron por escrito, otras se conservan por costumbre inmemorial y inviolable. Sobre la inteligencia de las leyes escritas suelen de ordinario levantarse qüestiones y dudas: las costumbres alterarse, segun que ruedan las cosas y los tiempos, su variedad y mudanza: de que resulta toda la dificultad desta disputa y qüestion, que demas de ser de suyo intricada, la diversidad de opiniones entre los juristas la han enmarañado y revuelto mucho mas. Todavia de lo que escriben, escogerémos lo que parece mas encaminado y razonable. Muy recebido está por las leyes y por la costumbre que los hijos hereden la corona, y que los varones se antepongan á las hembras, y entre los varones los que tienen mas edad. La dificultad consiste primero, si en vida del padre falleció su hijo mayor que dexó asi mismo sucesion, quién debe suceder, si el nieto por el derecho de su padre, que era el hijo mayor del que reynaba, si el tio por tocalle su padre en grado mas cercano; de que hay exemplos muy notables por la una y por la otra parte en España y fuera della: ca ya los tios han sido antepuestos á los nietos, y al contrario á los nietos se ha adjudicado la sucesion y la corona de su abuelo, quando viene á muerte, sin tener cuenta

con sus tios: acuerdo que á los mas parece conforme á toda razon y á las leyes, que los que nacieron y se criaron con esperanza de suceder en el reyno, no los despojen dél por ningun respeto: ni sobre la falta que les hace el padre, se les añada esta nueva desgracia de quitalles la herencia y el derecho de su padre. Lo segundo sobre que hay mas diferentes opiniones, y por tanto tiene mayor dificultad, á falta de hijos por ser todos muertos, ó porque no los hobo, quál de los parientes transversales, debe heredar la corona: imagina que el Rey que muere tuvo hermanos y hermanas, si los hijos dellos ó dellas, que es lo mismo que decir si se ha de mirar el tronco y cepa de que proceden, para que se haga con ellos lo que con sus padres, si fueran vivos, ó si se deben comparar entre sí las personas, no de otra manera que si fueran hijos del que muere, sin considerar si proceden por via de hembra ó de varon, si de hermano mayor ó menor, supuesto que el grado de parentesco sea igual. Demas desto se duda si en algun caso el que está en grado mas apartado, debe ser antepuesto al deudo mas cercano, como el nieto del hermano mayor á su tio y á su tia, quando todos suceden de lado y como deudos transversales. En los demas bienes en que se sucede por via de herencia, no hay duda sino que en diversos casos se guarda ya lo uno ya lo otro; ca por ley comun en la Authéntica de la herencia que proviene ab intestato (1), se halla que al abuelo deben suceder los nietos, que dexó alguno de los hijos del que muere, si los tales nietos tienen otros tios, de tal suerte que se refieran al tronco, y no hereden mayor parte

(1) De her. ab intestat. coll. 9.

todos juntos que heredára su padre si fuera vivo. Al tanto quando un hermano que fallece sin testamento, aviene que tiene otro hermano vivo, y sobrinos de otro tercer hermano difunto, los tales sobrinos tendrán parte en la herencia junto con el tio; pero considerados en su tronco y contados todos por un heredero como lo fuera su padre, si viviera. Pero si no suceden los sobrinos junto con su tio al abuelo, ni á otro tio de la manera que queda dicho, sino que ó el abuelo no dexa mas que nietos de diversos hijos, ó el tio sobrinos de diversos hermanos, ó sea que no se hallan parientes tan cercanos, sino mas apartados; será necesario, para repartir la herencia entre los que se hallan en igual grado, que se considere no el tronco, sino las personas, como si fueran hijos del que hereda. Pongamos exemplo: suceden al abuelo cinco nietos, dos de un hijo, y tres de otro: no se harán dos partes de la herencia, sino cinco iguales para que cada qual de los cinco nietos haya la suya. Item heredan al tio que murió sin testamento, quatro sobrinos, los tres de un hermano, y el uno de otro: no se repartirá la herencia por mitad, como si los padres fueran vivos, sino en quatro partes á cada sobrino la suya. Esto en las herencias particulares. En el reyno, quando los parientes transversales de lado heredan la corona á falta de descendientes, qué orden se haya de tener hay gran dificultad y diversidad de pareceres entre los juristas. Los mas doctos y en mayor número juzgan que en este caso segundo se debe tener cuenta con las personas, y no con el tronco. Los argumentos de que se valen para decir esto, son muchos y las alegaciones. Las principales cabezas son las siguientes: Que el reyno se hereda por derecho de sangre, que es lo mismo que decir que por costumbre, por ley, ó por

voluntad de algun particular: la tal herencia está vinculada á cierta familia, y no se hereda por juicio y voluntad del que últimamente la posee, como otros bienes que se adquieren por derecho de herencia y disposicion del testador. Por esta causa pretenden que como el grado del parentesco sea igual, el mas excelente de aquel linage debe suceder en el reyno. Este es el primer argumento. En segundo lugar alegan que la opinion contraria, que juzga se deben los pretensores considerar en el tronco abre camino á las hembras y á los niños, personas inhábiles al gobierno, para que hereden la corona: daño de gran consideracion, y que se debe atajar con todo cuidado. Alegan demas desto que la representacion de que se valen los contrarios, que es lo mismo que mirar las personas no en sí sino en sus troncos, es una ficcion del derecho, y como tal se debe desechar, por lo menos no estendella á lo que por las leyes no se halla establecido con toda claridad. Qué razon (dicen) sufre que por nuestras imaginaciones y ficciones despojemos el reyno de un excelente gobernador, y en su lugar pongamos un inhábil con riesgo manifiesto y en perjuicio comun de todos, qual sería anteponer la hembra, y el niño que descienden por via de varon, al que viene de hembra, y tiene edad y prendas aventajadas? Por ventura será razon antepongamos nuestras sutilezas y argumentos al bien y pro comun del reyno? Replicará alguno que en los mayorazgos y estados de menor cantía se guarda la representacion entre los herederos transversales. Respondo que no todos vienen en esto; y dado que se conceda, por estar asi establecido en las leyes de la provincia, no se sigue que se haya de hacer lo mismo en el reyno, que tiene muchas cosas particulares en que se diferencia de todas las

demas herencias y estados. Por conclusion recogiendo en breve toda esta disputa, decimos que con tal condicion que los pretensores sean habidos de legítimo matrimonio, y esten en igual grado de parentesco, el que por ser varon, por su edad y otras prendas de valor y virtud se aventajáre á todos los demas que en la pretension fueren considerables, el tal debe ser antepuesto en la sucesion del reyno. Añadimos asi mismo que en caso de diferencia, y que haya contrarias opiniones sobre el derecho de los que pretenden, la república podrá seguir libremente la que juzgáre le viene mas á cuento conforme al tiempo que corriere y al estado de las cosas, á tal empero que no intervenga algun engaño ni fuerza. Libertad de que han procedido exemplos diferentes y contrarios; que la representacion á veces ha tenido lugar, y á veces la han desechado. Que si las leyes particulares de la provincia disponen el caso de otra manera, ó por la costumbre está recebido y puesto en plática lo contrario, somos de parecer que aquello se siga y se guarde. Nuestra disputa y nuestra resolucion procedia, y se funda en los principios del derecho natural y del derecho comun solamente. Todo lo qual de ordinario poco presta, por acostumbrar los hombres comunmente á llevar los títulos de reynar en las puntas de las lanzas y en las armas: el que mas puede, ese sale con la joya, y se la gana á sus competidóres, sin tener cuenta con las leyes, que callan entre el ruido de las armas, de los atambores y trompetas; y no hay quien si se puede hacer Rey por sus manos, aventure su negocio en el parecer y albedrío de juristas. Por todo esto se debe estimar en mas, y tenello por cosa semejante á milagro, que los de Aragon en su vacante y eleccion hayan llevado al cabo este pleyto y sus juntas sin

sangre, ni otro tropiezo, segun que se entenderá por la narracion siguiente.

CAPITULO IV.

Que el infante don Fernando fue nombrado por Rey de Aragon.

Luego que el negocio de la sucesion estuvo bien sazonado, y oidas las partes y sus alegaciones, se concluyó y cerró el proceso, los jueces confirieron entre sí lo que debian sentenciar. Tuvieron los votos secretos, y la gente toda suspensa con el deseo que tenian de saber en qué pararia aquel debate. Para los autos necesarios delante la iglesia de aquel pueblo hicieron levantar un cadahalso muy ancho para que cupiesen todos, y tan alto que de todas partes se podia ver lo que hacían: celebró la missa el obispo de Huesca, como se acostumbra en actos semejantes. Hecho esto, salieron los jueces de la iglesia, que se asentaron en lo mas alto del tablado, y en otra parte los embaxadores de los príncipes y los procuradores de los que pretendian. Hallóse presente el Pontífice Benedicto, que tuvo en todo gran parte. A fray Vicente Ferrer por su santidad, y grande exercicio que tenia en predicar, encargaron el cuidado de razonar al pueblo y publicar la sentencia. Tomó por tema de su razonamiento aquellas palabras de la Escritura: «Gocémo»nos, y regocijémonos, y démosle gloria porque vi»nieron las bodas del cordero. Despues de la tempes»tad y de los torbellinos pasados abonanza el tiempo, »y se sosiegan las olas bravas del mar, con que nues»tra nave, bien que desamparada de piloto, final»mente caladas las velas llega al puerto deseado. Del »templo no de otra manera que de la presencia del

»gran Dios, ni con menor devocion que poco antes »delante los altares se han hecho plegarias por la sa»lud comun, venimos á hacer este razonamiento. Con»fiamos que con la misma piedad y devocion vos tam»bien oyréis nuestras palabras. Pues se trata de la elec»cion del Rey, de qué cosa se pudiera mas á propó»sito hablar que de su dignidad, y de su magestad, »si el tiempo diera lugar á materia tan larga y que »tiene tantos cabos? Los Reyes sin duda estan pues»tos en la tierra por Dios para que tengan sus veces, »y como vicarios suyos le semejen en todo. Debe pues »el Rey en todo género de virtud allegarse lo mas »cerca que pudiere y imitar la bondad divinal. Todo »lo que en los demas se halla de hermoso y honesto, »es razon que él solo en sí lo guarde y lo cumpla. Que »de tal suerte se aventaje á sus vasallos, que no le mi»ren como hombre mortal, sino como á venido del »cielo para bien de todo su reyno. No ponga los ojos »en sus gustos ni en su bien particular, sino dias y »noches se ocupe en mirar por la salud de la repú»blica, y cuidar del pro comun. Muy ancho campo »se nos abria para alargarnos en este razonamiento; »pero pues el Rey está ausente, no será necesario »particularizar esto mas. Solo servirá para que los que »estais presentes tengais por cierto que en la resolu»cion que se ha tomado, se tuvo muy particular cuen»ta con esto, que en el nuevo Rey concurran las par»tes de virtud, prudencia, valor y piedad que se po»dian desear. Lo que viene mas á propósito, es ex»hortaros á la obediencia que le debeis prestar, y á »conformaros con la voluntad de los jueces, que os »puedo asegurar es la de Dios, sin la qual todo el tra»bajo que se ha tomado, seria en vano, y de poco »momento la autoridad del que rige y manda, si los »vasallos no se le humillasen. Pospuestas pues las afi-

»ciones particulares, poned las mientes en Dios y en »el bien comun: persuadíos que aquel será mejor »príncipe, que con tanta conformidad de pareceres y »votos (cierta señal de la voluntad divina) os fuere »dado. Regocijáos y alegráos, festejad este dia con »toda muestra de contento. Entended que debeis al »santísimo Pontífice, que presente está para honrar y »autorizar este auto, y á los jueces muy prudentes, »por cuya diligencia y buena maña se ha llevado al »cabo sin tropiezo un negocio el mas grave que se »puede pensar, quanto cada qual de vos á sus mismos »padres, que os dieron el ser y os engendraron." Concluidas estas razones y otras en esta sustancia, todos estaban alerta esperando con gran suspension y atencion el remate deste auto, y el nombramiento del Rey. El mismo en alta voz pronunció la sentencia dada por los jueces, que llevaba por escrito. Quando llegó al nombre de don Fernando, asi él mismo como todos los demas que presentes se hallaron, apenas por la alegria se podian reprimir, ni por el ruido oir unos á otros. El aplauso y vocería fue qual se puede pensar. Aclamaban para el nuevo Rey vida, victoria y toda buena andanza. Mirábanse unos á otros, maravillados como si fuera una representacion de sueño. Los mas no acababan de dar crédito á sus orejas: preguntaban á los que cerca les caían, quién fuese el nombrado. Apenas se entendian unos á otros: que el gozo quando es grande, impide los sentidos que no puedan atender, ni hacer sus oficios. Los músicos, que prestos tenian, á la hora cantaron con toda solemnidad, como se acostumbra, en accion de gracias el hymno Te Deum laudamus. Hízose este auto tan señalado postrero del mes de junio; el qual concluido, despacharon embaxadores para avisar al infante don Fernando y acucialle la venida. Hallábase él á la sa-

zon en Cuenca, cuidadoso del remate en que pararian estos negocios. Acudieron de todas partes embaxadores de príncipes para dalle el parabien del nuevo reyno y alegrarse con él quien de corazon, quien por acomodarse con el tiempo. En particular hizo esto Sigismundo nuevo Emperador de Alemaña, electo por el mes de mayo próximo pasado, príncipe mas dichoso en los negocios de la paz que en las armas, que en breve ganó gran renombre por el sosiego que por su medio alcanzó la iglesia, quitado el scisma de los Pontífices, que por tanto tiempo y en muchas maneras la tenía trabajada. Don Fernando luego que dió asiento en las cosas de su casa, partió para Zaragoza: en aquella ciudad por voluntad de todos los estados le alzaron por Rey, y le proclamaron por tal á los tres dias del mes de setiembre. Hiciéronle los homenages acostumbrados juntamente con su hijo mayor el infante don Alonso, que juraron por sucesor despues de la vida de su padre, con título que le dieron á imitacion de Castilla de príncipe de Girona, como quier que antes desto los hijos mayores de los Reyes de Aragon se intitulasen duques de aquella misma ciudad. Concurrieron á la solemnidad, de los pretensores del reyno, don Fadrique conde de Luna, y don Alonso de Aragon el mas mozo, duque de Gandía: el conde de Urgel para no venir alegó que estaba doliente, como á la verdad pretendiese con las armas apoderarse de aquel reyno, que él decia le quitaron á sinrazon. Sus fuerzas eran pequeñas y las de su parcialidad: acordaba valerse de las de fuera, y para esto confederarse con el duque de Clarencia, señor poderoso en Inglaterra, y hijo de aquel Rey. Estas tramas ponian en cuidado al nuevo Rey, por considerar que de una pequeña centella, sino se ataja, se emprende á las veces un gran fuego; sin embargo concluídas las

fiestas, acordó en primer lugar de acudir á las islas de Cerdeña y Sicilia que corrian riesgo de perderse. Los ginoveses, si bien aspiraban al señorío de Cerdeña, movidos de la fama que corria del nuevo Rey, le despacharon por sus embaxadores á Bautista Cigala y Pedro Perseo para dalle el parabien, por cuyo medio se concertaron entre aquellas naciones treguas por espacio de cinco años. En Sicilia tenian preso á don Bernardo de Cabrera sus contrarios, que le tomaron de sobresalto en Palermo, y le pusieron en el castillo de la Mota, cerca de Tavormina. La prision era mas estrecha que sufria la autoridad de su persona y sus servicios pasados; pero que se le empleó bien aquel trabajo por el pensamiento desvariado en que entró antes desto de casar con la Reyna viuda, sin acordarse de la modestía, mesura, y de su edad que la tenia adelante. Sancho Ruyz de Lihorri, almirante del mar en Sicilia, fue el principal en hacelle contraste y ponelle en este estado. Ordenó el nuevo Rey le soltasen de la prision á condicion de salir luego de Sicilia, y lo mas presto que pudiese, comparecer delante dél mismo para hacer sus descargos sobre lo que le achacaban. Hízose asi aunque con dificultad: con que aquella isla á cabo de mucho tiempo y despues de tantas contiendas quedó pacífica. Cerdeña asi mismo se sosegó, por asiento que se tomó con Guillermo vizconde de Narbona, que entregase al Rey la ciudad de Sacer de que estaba apoderado, y otros sus estados heredados en aquel reyno á trueco de otros pueblos y dineros que le prometieron en España. En este estado se hallaban las cosas de Aragon. En Francia Archimbaudo conde de Fox falleció por este tiempo: dexó cinco hijos, Juan, que le sucedió en aquel estado, el segundo Gaston, el tercero Archimbaudo, el quarto Pedro, que siguió la iglesia y fue cardenal de Fox, el

postrero Matheo conde de Conínges. Juan el mayor casó con la infanta doña Juana hija del Rey de Navarra; y esta muerta sin sucesion, casó segunda vez con María hija de Carlos de Labrit, en quien tuvo dos hijos, Gaston el mayor, y el menor Pedro vizconde de Lotrec, tronco de la casa que tuvo aquel apellido en Francia, ilustre por su sangre, y por muchos personages de fama que della salieron y continuaron casi hasta nuestra edad, claros asaz por su valor y hazañas.

CAPITULO V.

Que el conde de Urgel fue preso.

El sosiego que las cosas de Aragon tenian de fuera, no fue parte para que el conde de Urgel desistiese de su dañada intencion. En Castilla las treguas que se pusieron con los moros, á su instancia por el mes de abril pasado se alargaron por término de otros diez y siete meses. Por esto el dinero con que sirvieron los pueblos de Castilla para hacer la guerra á los moros, hasta en cantidad de cien mil ducados, con mucha voluntad de todo el reyno se entregó al nuevo Rey don Fernando para ayuda á sus gastos, demas de buen golpe de gente á pie y á caballo, que le hicieron compañía: todo muy á propósito para allanar el nuevo reyno, y enfrenar los mal intencionados, que do quiera nunca faltan. Lo que hacía mas al caso, era su buena condicion, muy cortés y agradable, con que conquistaba las voluntades de todos, si bien los aragoneses llevaban mal que usase para su guarda de soldados estraños, y que en el reyno que ellos de su voluntad le dieron, pretendiese mantenerse por aquel camino. Querellábanse que por el mismo caso se ponia mala voz en la lealtad de los naturales, y en la

fé que siempre guardaron con sus Reyes despues que aquel reyno se fundó; sin embargo el Rey con aquella gente y la que pudo llegar de Aragon, partió en busca del conde de Urgel con resolucion de allanalle ó castigalle. Tenia él pocas fuerzas para contrastar: valióse de maña, que fue enviar sus embaxadores á Lérida, do el Rey era llegado, para prestalle los debidos homenages; y asi los hicieron en nombre de su señor á los veinte y ocho de octubre: todo encaminado solamente á que el nuevo Rey descuidase y deshiciese su campo, y mas en particular para que enviase á sus casas los soldados de Castilla, como se hizo, que despidió la mayor parte dellos. Juntáronse á vistas el Rey y el Pontífice Benedicto en Tortosa. Lo que resultó demas de otras pláticas fue que el Pontífice dió la investidura de las islas de Sicilia y de Cerdeña y Córcega al nuevo Rey, como se acostumbra, por ser feudos de la iglesia, como las tuvieron los Reyes de Aragon sus antepasados. Despedidas estas vistas, al fin deste año, y principio del siguiente mil
1413. y quatrocientos y trece se juntaron cortes de los catalanes en Barcelona. Todos deseaban sosegar al conde de Urgel para que no alterase la paz de aquellos estados, con el qual intento le otorgaron todo lo que sus procuradores pidieron, en particular que el infante don Enrique casase con la hija y heredera del conde. No se aplacaba con estas caricias su ánimo; antes al mismo tiempo traia inteligencias con Francia y con Inglaterra para valerse de sus fuerzas. El Rey avisado desto, y porque de pequeños principios no se incurriese (como suele acontecer) en mayores inconvenientes, mandó alistar la mas gente que pudo en aquellos estados. De Castilla asi mismo vinieron quatrocientos caballos que le enviaba la Reyna doña Cathalina, bien que tardaron, y al fin se volvieron del ca-

mino. Ofreciósele el Rey de Navarra, mas no quiso aceptar su ayuda por recelarse se ofenderian los naturales, si se valía de tantas gentes estrañas. Todavia Jofre conde de Cortes, hijo de aquel Rey fuera de matrimonio, le acudió acompañado de número de caballos, gente lucida. Con estas diligencias se juntó buen campo, con que rompió por las tierras del conde de Urgel sin reparar hasta ponerse sobre la ciudad de Balaguer cabecera de aquel estado, en que el conde por su fortaleza pretendia afirmarse, y estaba dentro. El cerco fue largo y dificultoso, durante el qual las demas plazas de aquel estado se rindieron al Rey. En esta sazon le vinieron embaxadores de dos Reyes, el de Francia y el de Nápoles. El Frances le avisaba que por la insolencia del duque de Borgoña, y estar alborotado el pueblo de París sus cosas se hallaban en estremo peligro, él y su hijo y otros señores como cautivos y presos: pedíale le acorriese en aquel trance; que el respeto de la humanidad le moviese, y de la amistad de tiempos atrás trabada entre aquellas dos casas y reynos. El Rey Ladislao pretendia que juntasen sus fuerzas contra el duque de Anjou su competidor en aquel reyno de Nápoles, pues si salía con aquella pretension, era cierto que revolvería con tanto mayores fuerzas sobre Aragon, cuya corona asi mismo pretendia. Al Françes respondió el Rey don Fernando que sentia mucho el afan y aprieto en que asi él como aquel su noble reyno se hallaban: que tendria cuidado de lo que deseaba por quanto sus fuerzas alcanzasen, y el tiempo le diese lugar. Al Rey Ladislao dió por respuesta que estimaba en mucho la amistad que le ofrecia; pero que entre él y el duque de Anjou intervenian grandes prendas de parentesco y amistad, en que nunca hobo quiebra, no obstante la competencia en la pretension de aquel reyno: finalmente le

aseguraba que de mejor gana terciaria para concertallos que arrimarse á ninguna de las partes contra el otro. Despidiéronse con tanto los embaxadores. El cerco se apretaba de cada dia mas, y los ciudadanos padecian falta, y aun deseaban concertarse. La condesa doña Isabel visto esto, y por prevenir mayores inconvenientes, con licencia de su marido y beneplácito del Rey salió á verse con él, y intentar si por algun camino le pudiese aplacar. Usó de las diligencias posibles, mas no pudo del Rey su sobrino alcanzar para el conde mas de seguridad de la vida, si venia á ponerse en sus manos. El aprieto era grande: asi fue forzoso acomodarse. Salió el conde de la ciudad á postrero de octubre, y con aquella seguridad se fue á los reales. Llegado á la presencia del Rey, y hecha la mesura acostumbrada, los hinojos en tierra y con palabras muy humildes le suplicó por el perdon del yerro que como mozo confesaba haber cometido, que ofrecia en adelante recompensar con todo género de servicios y lealtad. La respuesta del Rey fue que si bien tenia merecida la muerte por sus desórdenes, se la perdonaba, y le hacia gracia de la vida. De la libertad y del estado no hizo mencion alguna; solo mandó le llevasen á Lérida, y en aquella ciudad le pusiesen á buen recaudo. Hecho esto, lo primero se entregó aquella ciudad, y se dió orden en las demas cosas de aquel estado: consiguientemente se formó proceso contra el conde, en que le acusaron de aleve y haber ofendido á la magestad. Oidos los descargos y sustanciado el proceso, finalmente se vino á sentencia, en que le confiscaron su estado y todos sus bienes, y á su persona condenaron á carcel perpétua. Tenia todavia gentes aficionadas en aquella corona: para evitar inconvenientes le enviaron á Castilla, donde por largo tiempo estuvo preso primero en el

castillo de Ureña, adelante en la villa de Mora; finalmente acabó sus dias sin dalle jamás libertad en el castillo de Xátiva, ciudad puesta en el reyno de Valencia. Príncipe desgraciado no mas en la pretension del reyno que por un destierro tan largo, junto con la privacion de la libertad y estado grande que le quitaron. Entre los mas declarados por el conde uno era don Antonio de Luna, que se hacía fuerte en el castillo de Loharri; mas visto lo que pasaba, acordó desampararalle y desembarazar la tierra junto con su estado propio, que vino eso mismo en poder del Rey. Desta manera se concluyeron y se sosegaron aquellas alteraciones del conde mas fácilmente que se pensaba y temia.

CAPITULO VI.

Que se convocó el concilio Constanciense.

Al mismo tiempo que lo susodicho pasaba en Aragon, de todo el orbe christiano hacían recurso los príncipes por medio de sus embaxadores al Emparador Sigismundo para dar orden con su autoridad y buena maña de sosegar las alteraciones de la iglesia causadas del scisma continuado por tantos años. Habido con él y entre sí su acuerdo, requirieron á los que se llamaban Pontífices, viniesen con llaneza en que se juntase concilio general de los prelados; en cuyas manos renunciasen el pontificado, y pasasen por lo que alli se determinase. A la verdad hasta este tiempo la muestra que dieron de querer venir en esto, no fue mas que una máscara para entretener y engañar, como quier que las intenciones fuesen muy diferentes. Los Papas Juan y Gregorio se mostraban mas blandos á esta demanda, y parece daban oidos á lo que comunmente se deseaba; el ánimo de Be-

nedicto estaba muy duro y obstinado sin inclinarse á ningun medio de paz. Encargaron al Rey de Aragon le pusiese en razon: él y el Rey de Francia para este efecto le despacharon sus embaxadores, personas de cuenta, en sazon que el de Aragon, concluida la guerra de Urgel, y fundada la paz pública de su reyno, se encaminó á Zaragoza, y entró en aquella ciudad á manera de triumphante: juntamente se coronó por Rey á los once de febrero año del Se-
1414. ñor de mil y quatrocientos y catorce, solemnidad dilatada hasta entonces por diversas ocurrencias, y ceremonia que hizo el arzobispo de Tarragona como cabeza y el principal de los prelados de aquel reyno. Púsole en la cabeza la corona que la Reyna doña Cathalina su cuñada le envió presentada: pieza muy rica y vistosa, y en que el primor y el arte corria á las parejas con la materia, que era de oro y pedrería de gran valor. Halláronse presentes diversos embaxadores de príncipes estraños, los prelados y grandes de aquel reyno, en particular don Bernardo de Cabrera, conde de Osona y de Módica, que ya estaba en gracia del nuevo Rey y don Enrique de Villena, notable personage asi bien por sus estudios en que fue aventajado, como por las desgracias que por él pasaron, y á la sazon se hallaba despojado de su patrimonio y del maestrazgo de Calatrava. Fue asi que por muerte de don Gonzalo de Guzman, y con el favor del Rey don Enrique el Tercero el dicho don Enrique de Villena pretendió y alcanzó aquella dignidad. Alegaban muchos de aquellos caballeros que era casado, y por tanto conforme á sus leyes no podia ser maestre. Determinóse (tal era la ambicion de su corazon) de dar repudio á su muger doña María de Albornoz, si bien su dote era muy rico, por ser señora de Alcocer, Salmeron y Valdolivas con los demas pueblos del

Infantado. Para hacer este divorcio confesó que naturalmente era impotente. Para que sus propios estados no recayesen en aquella orden por el mismo caso que aceptaba el maestrazgo, cautelóse con renunciar al mismo Rey las villas de Tineo y Cangas junto con el derecho que pretendia el marquesado de Villena. Olieron los comendadores de aquella orden (como era facil) que todo era invencion y engaño. Juntáronse de nuevo, y considerado el negocio, depuesto don Enrique como elegido contra derecho, nombraron en su lugar á don Luis de Guzman. Resultaron desta eleccion diferencias que se continuaron por espacio de seis años. Los caballeros de aquella orden no se conformaban todos; antes andaban divididos, unos aprobaban la primera eleccion, otros la segunda. La conclusion fue que por orden del Pontífice Benedicto los monges del Cistel, oidas las partes, pronunciaron sentencia contra don Enrique, y en favor de su competidor y contrario. Por esta manera el que se preciaba de muchas letras y erudicion, pareció saber poco en lo que á él mismo tocaba; y vuelto al matrimonio, pasó lo restante de la vida en pobreza y necesidad á causa que le quitaron el maestrazgo, y no le volvieron los estados que tenia de su padre. Concluidas las fiestas de Zaragoza, que se hicieron muy grandes, volvió el nuevo Rey su pensamiento á las cosas de la iglesia, conforme á lo que aquellos príncipes deseaban. Comunicóse con el Pontífice Benedicto: acordaron de verse y hablarse en Morella, villa puesta en el reyno de Valencia á los confines de Cataluña y Aragon. Acudieron el dia aplazado, que fue á diez y ocho de julio. Señalóse el Rey en honrar al Pontífice con todo género de cortesía: lo primero llevó de diestro el palafren en que iba debaxo de un pálio, hasta la iglesia del pueblo; de alli hasta la posada le llevó

la falda. Luego el dia siguiente en un convite que le tenia aprestado, él mismo sirvió á la mesa, y el infante don Enrique de page de copa. Para que la solemnidad fuese mayor trocó la baxilla de peltre, de que usaba el Pontífice para muestra de tristeza por causa del scisma, en aparador de oro y plata: todo enderezado no solo á acatar la magestad pontificia, sino á ablandar aquel duro pecho, y grangealle para que hiciese la razon. Juntáronse diversas veces para tratar del negocio principal. El Papa no venia en lo de la renunciacion, y mucho menos sus cortesanos, que decian el daño sería cierto, y el cumplimiento de lo que le prometiesen, quedaria en mano y á cortesía del que saliese con el pontificado, sin poderse bastantemente cautelar. En cincuenta dias que se gastaron en estas demandas y respuestas, no se pudo concluir cosa alguna. De Italia á la misma sazon llegaron nuevas de la muerte de Ladislao Rey de Nápoles, que le dieron con yerbas segun que corria la fama, en el mismo curso sin duda de su mayor prosperidad, y en el tiempo que parecia se podia enseñorear de toda Italia. No dexó sucesion: por donde entró en aquella corona su hermana por nombre Juana, viuda de Guillen duque de Austria, con quien casó los años pasados, y á la sazon tenia pasados treinta años de edad: hembra ni mas honesta, ni mas recatada en lo de adelante que la otra Reyna de Nápoles de aquel mismo nombre, de quien se trató en su lugar. Muchos príncipes con el cebo de dote tan grande entraron en pensamiento de casarse con ella, en particular por medio de embaxadores que de Aragon sobre el caso se despacharon, se concertó casase con el infante don Juan hijo segundo del Rey don Fernando, y asi como á cosa hecha pasó por mar á Sicilia: sin embargo este casamiento no se efectuó, antes aquella

señora por razones que para ello tuvo, casó con Jaques de Borbon frances de nacion y conde de la Marcha, mozo muy apuesto y de gentil parecer. Rugíase que otro jóven, por nombre Pandolfo Alopo, tenia mas cabida con la Reyna de lo que la magestad real y la honestidad de muger pedia, de que el vulgo, que no sabe perdonar á nadie, sentia mal, y los demas nobles se tenian por agraviados. Perdída la esperanza de reducir al Pontífice Benedicto, los príncipes todavia acordaron celebrar el concilio general. Señalaron para ello de comun acuerdo á Constancia ciudad de Alemaña por querello asi el Emperador, ca era de su señorío. Comenzaron á concurrir en primer lugar los obispos de Italia y de Francia: el Pontífice Gregorio envió sus embaxadores con poder (si menester fuese) de renunciar en su nombre el pontificado; Juan el otro competidor acordó hallarse en persona en el concilio, confiado en la amistad que tenia con el César, y no menos en su buena maña. El Rey don Fernando no cesaba por su parte de amonestar á Benedicto que se allanase á exemplo de sus competidores. Despues de muchas pláticas sobre el caso se convinieron los dos de hacer instancia con el Emperador para que se viesen los tres en algun lugar á propósito. Para abreviar le despacharon por embaxador á Juan Yxar, persona en aquel tiempo muy conocida por sus partes aventajadas de letras y de prudencia, en que ninguno se la ganaba: diéronle por acompañados otras personas principales. Pasábase adelante en la convocacion del concilio. La Reyna de Castilla en particular envió á Constancia por sus embaxadores á don Diego de Anaya obispo á la sazon de Cuenca, y á Martin de Córdova alcayde de los Donceles. Concurrieron de todas las naciones gran número de prelados, que llegaron á trecientos, to-

dos con deseo de poner paz en la iglesia, y escusar los daños que del scisma procedian. Abrióse el concilio á los cinco del mes de noviembre en tiempo que en Aragon gran número de judíos renunciáron su ley y se bautizaron á persuasion de San Vicente Ferrer, que tuvo con los principales dellos y en sus aljamas muchas disputas en materia de religion con acuerdo del Pontífice Benedicto, que dió mucho calor á esta conversion: creo con intento de servir á Dios, y tambien de acreditarse. Pareció expediente para adelantar la conversion apretar á los obstinados con leyes muy pesadas que contra aquella nacion promulgaron. Hállase hoy dia una bula del Pontífice Benedicto en esta razon, su data en Valencia á los once de mayo del año veinte y uno de su pontificado. Las principales cabezas son las siguientes: los libros del Talmud se prohiben. Los denuestos que los judíos dixeren contra nuestra religion, se castiguen. No puedan ser jueces, ni otro cargo alguno tengan en la república. No puedan edificar de nuevo alguna sinagoga, ni tener mas de una en cada ciudad. Ningun judío sea médico, boticario, ó corredor. No puedan servirse de algun christiano. Anden todos señalados de una señal roxa ó amarilla, los varones en el pecho y las hembras en la frente. No puedan exercer las usuras, aunque sea con capa y color de venta. Los que se bautizaren, sin embargo puedan heredar los bienes de sus deudos. En cada un año por tres veces se junten á sermon que se les haga de los principales artículos de nuestra santa fé. El tanto deste edicto se envió á todas las partes de España, y uno dellos se guarda entre los papeles de la iglesia mayor de Toledo. En Constancia la noche de Navidad principio del
1415. año que se contaba de mil y quatrocientos y quince, se hallaron presentes á los maytines el Pontífice Juan

y el Emperador. Pusiéronles dos sillas juntas, la del Pontífice algo mas alta, en otros lugares se asentaron la Emperatriz y los prelados. Pasada la festividad, comenzaron á entrar en materia. Parecia á todos que el mas seguro camino, y mas corto para apaciguar la iglesia, sería que los tres Pontífices de su voluntad renunciasen. Comunicaron esto con el Pontífice Juan que presente se hallaba, y al fin aunque con dificultad le hicieron venir en ello. Dixo missa de pontifical á los quatro de marzo; y acabada, prometió públicamente con grande alegria y aplauso de los circunstantes que haría la renunciacion tan deseada de todos. Invencion y engaño por lo que se vió; que dende á pocos dias de noche se hurtó y huyó de aquella ciudad con intento de renovar los debates pasados. Enviaron personas en pos dél, que le prendieron; y vuelto á Constancia, mal su grado fue forzado á hacer la renunciacion postrero dia del mes de mayo, y para atajalle los pasos de todo punto dieron cuidado al conde Palatino que le tuviese debaxo de buena guarda, mas huyó tres años adelante. Finalmente, para sosegalle, por concierto le fue vuelto el capelo, con que pasados algunos años falleció en Florencia cabeza de la Toscana. Sepultaron su cuerpo en aquella ciudad en el bautisterio de San Juan, enfrente de la iglesia mayor. Sus tesoros que allegó muy grandes en el tiempo de su pontificado, quedaron en poder de Cosme de Médicis, ciudadano principal de aquella señoría: escalon por donde él mismo subió á gran poder, y los de su casa adelante se enseñorearon de aquella república: tal es la comun opinion del vulgo. La alegria que los prelados recibieron por la deposicion del Pontífice Juan, se dobló con la renunciacion que cinco dias adelante Carlos Malatesta procurador del Pontífice Gregorio, conforme á los pode-

res que traía muy amplos, hizo en su nombre. Restaba solo Benedicto, cuya obstinacion ponia en cuidado á los padres, si antes que renunciase nombraban otro Pontífice, no recayese en los inconvenientes pasados. Acudieron al medio que les ofrecieron de España, que el César Sigismundo en algun lugar á propósito se viesé con el Rey de Aragon y con el dicho Papa Benedicto, ca no tenian de todo punto perdída la esperanza: antes cuidaban se dexaria persuadir, y seguiria el comun acuerdo de todas las naciones y el exemplo de sus competidores. Para estas vistas señalaron á Niza, ciudad puesta en las marinas de Génova, y en esta razon despacharon para los dos el Rey y el Papa sus embaxadores, personas de cuenta y de autoridad.

CAPITULO VII.

Que los tres príncipes se vieron en Perpiñan.

Al mismo tiempo que estas cosas pasaban en Constancia, el Rey de Aragon en Valencia festejaba con todo género de demostracion el casamiento del príncipe don Alonso su hijo con la infanta doña María hermana del Rey don Juan de Castilla. Para mas autorizar la fiesta se halló presente el Pontífice Benedicto. Concurrió toda la nobleza y señores de aquel reyno: grandes invenciones, trages y libreas. Acompañó á la infanta desde Castilla con otras personas de cuenta don Sancho de Rojas, que á la misma sazon de obispo que era de Palencia, trasladaron al arzobispado de Toledo por muerte de don Pedro de Luna que finó en Toledo á los diez y ocho de setiembre, y le enterraron en la capilla de San Andres de aquella su iglesia junto á don Ximeno de Luna su pariente: al presente yace en propio lucillo que le pusieron en la capilla de

Santiago. La promocion de don Sancho se hizo por intercesion y á instancia del Rey de Aragon; y él mismo por su persona y aventajadas prendas era digno de aquel lugar, y por los muchos servicios que á los Reyes hizo en tiempo de paz y de guerra. Su padre Juan Martinez de Rojas señor de Monzon y Cabra, que falleció en el cerco de Lisboa en tiempo del Rey don Juan el Primero, su madre doña María de Leyva. Hermanos Martin Sanchez de Rojas, y Dia Sanchez de Rojas, y doña Inés de Rojas, la qual casó con Fernan Gutierrez de Sandoval. Nació deste casamiento Diego Gomez de Sandoval conde de Castro Xeriz, adelantado mayor de Castilla y châciller mayor del sello de la puridad. Fue gran privado de don Juan Rey de Navarra, cuyo partido y de los infantes sus hermanos siguió en las alteraciones que anduvieron los años adelante, que fue ocasion de perder lo que tenia en Castilla, grandes estados, y de adquirir la villa de Denia por merced que le hizo della el mismo Rey don Juan de Navarra. El arzobispo don Sancho le hizo donacion de la villa de Cea que compró de su dinero, pero con tal condicion que tomase el apellido de Rojas, homenage que despues le alzó. Casó segunda vez la dicha doña Inés con el mariscal Fernan García de Herrera, que tuvo en ella muchos hijos: cepa y tronco de los condes de Salvatierra, que adquirieron asi mismo la villa de Empudia por donacion del mismo don Sancho de Rojas. Las bodas del príncipe don Alonso se celebraron á los doce del mes de junio. Dexó á la infanta su padre en dote el marquesado de Villena, mas dél la despojaron, y la dieron á trueque docientos mil ducados, por llevar mal los de Castilla, que los Reyes de Aragon quedasen con aquel estado, puesto á la raya de ambos reynos en parte que se podian fácilmente hacer entradas en Castilla. El Rey de

Portugal desde el año pasado aprestaba una muy gruesa armada. Los príncipes comarcanos, con los celos que suelen tener de ordinario, sospechaban no se enderezase á su daño; al de Aragon en especial le aquexaba este cuidado por rugirse queria tomar debaxo de su amparo al conde de Urgel, y por este camino alteralle el nuevo reyno de Aragon. Engañóles su pensamiento porque el intento del Portugues era asaz diferente, esto es de pasar en Africa á conquistar nuevas tierras. Animábale su buena dicha, con que ganó, y con poco derecho se afirmó en aquel su reyno, y poníanle en necesidad de buscar nuevos estados los muchos hijos que tenia, para dexallos bien heredados, por ser Portugal muy estrecho. En la Reyna su muger tenia los infantes don Duarte, don Pedro, don Enrique, don Juan, don Fernando y doña Isabel; fuera destos á don Alonso hijo bastardo, que fue conde de Barcelos. Armó treinta naves gruesas, veinte y siete galeras, treinta galeotas, sin otros baxeles que todos llegaban hasta el número de ciento y veinte velas. Partió el Rey con esta armada la vuelta de Africa, sin embargo que á la misma sazon pasó desta vida la Reyna doña Philipa, que hizo sepultar en el nuevo monasterio de la Batalla de Aljubarrota. De primera llegada se apoderó por fuerza á los veinte y dos de agosto de Ceuta, ciudad puesta sobre el estrecho de Gibraltar. El primero á escalar la muralla fue un soldado por nombre Corterreal, otro que se decia Alberguería, se adelantó al entrar por la puerta: al uno y al otro remuneró el Rey y honró como era debido y razon; lo mismo se hizo con los demas, conforme á cada uno era. Los moros unos pasaron á cuchillo, otros se salvaron por los pies, y algunos quedaron por esclavos. Deste buen principio entraron los portugueses en esperanza de sugetar las muy anchas tier-

ras de Africa. Mudaron otrosí este mismo año la manera de contar los tiempos por la era de César, como se acostumbraba, en la del nacimiento de Christo por acomodarse á lo que las otras naciones usaban, y en conformidad de lo que poco antes deste tiempo, como queda dicho, se estableció en los reynos de Aragon y Castilla. El cuidado de sosegar la iglesia todavia se llevaba adelante, y los padres del concilio continuaban en sus juntas. No pudo el Rey don Fernando ir á Niza por cierta dolencia contínua que mucho le fatigaba: acordaron que el César llegase hasta Perpiñan, villa puesta en lo postrero de España y en el condado de Ruysellon: príncipe de renombre inmortal por el celo que siempre mostró de ayudar á la iglesia sin perdonar á diligencia ni afan. El Pontífice Benedicto y el Rey don Fernando, como los que se hallaban mas cerca, acudieron los primeros. El Emperador llegó á los diez y nueve de setiembre acompañado de quatrocientos hombres de armas á caballo y armados, asaz grande representacion de magestad. El vestido de su persona ordinario, y la baxilla de su mesa de estaño, señal de luto y tristeza por la afliccion de la iglesia. Concurrieron al mismo lugar embaxadores de los Reyes de Francia, Castilla y Navarra. Todo el mundo estaba á la mira de lo que resultaria de aquella habla. El miedo y la esperanza corrian á las parejas. No podia el Rey por su indisposicion asistir á pláticas tan graves. Todavia desde su lecho rogaba y amonestaba á Benedicto restituyese la paz á la iglesia, y se acordase del homenage que en esta razon hizo los tiempos pasados: el concilio de los obispos se celebraba; no era razon engañase las esperanzas de toda la christiandad: acudiese al concilio, y hiciese la renunciacion que todos deseaban, conforme al exemplo de sus competidores: quánto podia quedar de vida al que por sus

muchos años se hallaba en lo postrero de su edad? Pudiera Benedicto con mucha honra doblegarse y ponerse en las manos de tan grandes príncipes y de toda la iglesia, si el apetito de mandar se gobernára por razon, afecto desapoderado, y mas en los viejos; mas él estaba resuelto de no venir en ningun partido de su voluntad; solo pretendia entretener y alargar con diferentes cautelas y mañas. Apretábanle los dos príncipes para que se resolviese, y acabase. Un dia hizo un razonamiento muy largo en que declaró los fundamentos de su derecho: Que si en algun tiempo se dudó quál era el verdadero Papa, la renunciacion de sus dos competidores ponia fin en aquel pleyto, pues quitados ellos de por medio, él solo quedaba por rector universal de la iglesia: que no era justo desamparase el gobernalle que tenia en su mano, de la nave de San Pedro: quanto tenia la edad mas adelante, tanto mas se debia recelar de no ofender á Dios y á los Santos por falta de valor, y de amancillar su nombre con una mengua perpétua. Siete horas enteras continuó en esta plática sin dar alguna señal de cansancio, si bien tenia setenta y siete años de edad, y los presentes de cansados unos en pos de otros se le salian de la sala. Alegaba sobre todo que si él no era el verdadero Pontífice, por lo menos la eleccion del que se habia de nombrar, pertenecia á solo él como al que restaba de todos los cardenales que fueron elegidos antes del scisma, por Pontífice cierto sin alguna duda y tacha. Gastábase mucho tiempo en estas alteraciones sin que se mostrase esperanza de hacer algun efecto. El Emperador cansado con la dilacion se partió de Perpiñan. Amenazaba á Benedicto usarian contra él de fuerza, pues no queria doblegar su voluntad. Todavia se entretuvo en Narbona por si con la diligencia del Rey don Fernando que se ofrecia á hacella, se ablandase

aquel obstinado corazon. Todo prestó poco, antes con toda priesa Benedicto se robó y se partió para Peñíscola, con cuya fortaleza, que está sobre un peñon casi por todas partes rodeada del mar, cuidaba afirmarse y defender su partido. Llegóse al último plazo y remedio, que fue quitalle en Aragon la obediencia, como se hizo por un edicto que se publicó á los seis de enero del año que se contó mil y quatrocientos y 1416.
diez y seis, en que se vedaba acudir á él en negocios, y lo mismo tenelle por verdadero Papa. El principal en este acuerdo y resolucion fue fray Vicente Ferrer, que el tiempo pasado se le mostró muy aficionado y parcial. La larga costumbre puede mucho: asi en los ánimos de algunos todavia quedaba algun escrúpulo, y se les hacía de mal apartarse de lo en que por tantos años continuaron. El pueblo fácilmente se acomodó á la voluntad del Rey, como el que poca diferencia hace entre lo verdadero y lo falso. Desabrióse Benedicto por esta causa: decia que el que le debia mas, ese era el primero á hacelle contraste: que esperaba en Dios que el reyno que él mismo le dió, se le quitaria como á ingrato: amenazas vanas, y sin fuerzas para executallas. Al mismo tiempo que con mayor calor se trataban estos pleytos, falleció doña Leonor Reyna de Navarra en Pamplona á los cinco de marzo. Yace en la iglesia mayor de aquella ciudad en un sepulcro de alabastro con su letra que esto declara.

CAPITULO VIII.

De la muerte del Rey don Fernando.

La indisposicion del Rey don Fernando continuaba: tenia gran deseo de volver á Castilla por probar si con los ayres naturales (remedio á las veces

muy eficaz) mejoraba: á los dolientes, en especial con las bascas de la muerte, se les suelen antojar sus esperanzas. Demas que pretendia mirar por el bien de Castilla como cosa que por el deudo y el cargo que tenia de gobernador, mucho le tocaba; en particular deseaba que aquel reyno alzase la obediencia á Benedicto á exemplo de Aragon, y que de todo punto le desamparase. Con este propósito de Perpiñan dió la vuelta á Barcelona: desde aquella ciudad, pasados los frios del invierno, al principio del verano se puso en camino para Castilla. Con el movimiento se le agravó la dolencia; que en cuerpos enfermos y flacos qualquiera ocasion los altera. Reparó en Igualada seis leguas de Barcelona. Alli le desafiuciaron los médicos, y recebidos los sacramentos como buen christiano; pasó desta vida jueves á dos de abril (1). Príncipe dotado de excelentes partes de cuerpo y alma, presencia muy agradable, y que no tenia menos autoridad que gracia, de grande ingenio y destreza en grangear las voluntades y aficionarse la gente no solo despues que fue Rey, sino en el reyno de otro, cosa mas dificultosa. No faltó quien le tachase de algunas cosas, en especial que en su habla y acciones era tardo, que desamparó á Benedicto, y se aprovechó de las rentas reales de Castilla; que era pródigo de lo suyo, y codicioso de lo ageno para suplir lo que derramaba: á los grandes personages sigue la envidia, y nadie vive sin tacha. Reynó por espacio de tres años, nueve meses y veinte y ocho dias. Su cuerpo yace en Poblete en un sepulcro humilde y muy ordinario. En su testa-

(1) A cinco dice en los Claros varones Hernan Perez de Guzman.

mento que otorgó los meses pasados en Perpiñan, heredó á sus hijos en esta forma: á don Juan en el estado de Lara junto con Medina del Campo, y la villa de Momblanc con título de duque, que le mandó en Cataluña: item otros muchos pueblos. A don Enrique dexó á Alburquerque, á don Sancho á Montalvan. Por heredero del reyno nombró al príncipe don Alonso su hijo mayor: caso que todos los hermanos faltasen sin dexar sucesion, llamó á la corona los hijos y nietos de las infantas doña María y doña Leonor sus hijas, si bien á ellas mismas dexó escluidas de la sucesion, cláusula digna de memoria, mas que ya otra vez se estableció en aquel reyno lo mismo, segun que en otro lugar queda declarado (1). La muerte del Rey don Fernando fue ocasion que Castilla por algun tiempo se mantuviese en la devocion de Benedicto. Tenia en ella muchos obligados con beneficios y gracias, en especial los arzobispos, el de Toledo y el de Sevilla, don Sancho de Rojas y don Alonso de Exea se mostraban muy declarados en su favor.

CAPITULO IX.

De la eleccion del Papa Martino Quinto.

En Castilla resultaron nuevas alteraciones y bullicios, principios de mayores males, y muestra de quánto importaba para el sosiego de España la prudencia y el valor del Rey don Fernando. La Reyna doña Cathalina luego que como es de cosumbre hizo las honras del Rey su cuñado en Valladolid, ella sola se apoderó de todo el gobierno del reyno.

---

(1) Lib. 14. cap. 11.

La crianza del Rey encomendó al arzobispo de Toledo junto con Juan de Velasco y Diego Lopez de Zúñiga justicia mayor. Quexábanse muchos que en el repartimiento de oficios y cargos no les cupo parte, sobre todos se señalaban en esto el almirante don Alonso Enriquez y el condestable don Ruy Lopez Dávalos, desgustos que amenazaban mayores revueltas y daños. Con mejor acuerdo por principio del año
1417. que se contaba mil y quatrocientos y diez y siete, asentaron treguas con el Rey de Granada por término de dos años, en que le sacaron por condicion diese en cada un año libertad á cien cautivos christianos. Los prelados que continuaban en el concilio de Constancia, acudian á todas las partes, y cuidaban de lo que concernia al buen estado de la iglesia y á su pacificacion. Para sosegar las revueltas de Bohemia y reducir á los hereges procuraron muy de veras que sus cabezas y caudillos Gerónymo de Praga y Juan Hus viniesen á aquella ciudad con salvoconduto que el Emperador les dió para su seguridad. El mal de la heregía es casi incurable, mayormente quando está muy arraygado. Huyeron los dos de Constancia, prendiéronlos en el camino personas que para ello enviaron, y traidos á la ciudad, los quemaron públicamente: castigo por ellos bien merecido, pero en que muchos dudaron si fuera mas expediente que se les guardára la seguridad que les dieron, si bien constaba cometieron en la ciudad y por el camino delitos por qué no se les debia guardar. Castigados los hereges, y condenadas sus heregías, volvieron su pensamiento á componer las revueltas de la iglesia. A Benedicto, que de los tres Pontífices todavia continuaba en su contumacia, le descomulgaron á los veinte y seis de julio, y le despojaron del pontificado y derecho que podia tener á las llaves de San

Pedro. Publicada esta sentencia, dieron orden en nombrar de conformidad un nuevo Papa. Hallábanse presentes veinte y dos cardenales de las tres obediencias de los Papas depuestos. Juntaron con ellos otros treinta electores, parte obispos, parte personas principales. Encerráronse los unos y los otros en cónclave. Vinieron todos sin faltar uno de conformidad en nombrar por Pontífice al cardenal Othon columna natural de Roma. Hízose la eleccion á los once de noviembre. Llamóse en el pontificado Martino Quinto. El contento que resultó desta eleccion asi en la ciudad de Roma, como en las demas naciones por quanto se estendia la christiandad, fue qual se puede pensar. Pareciales que despues de muy espesas tinieblas le amanecia una mañana muy clara, y una luz muy alegre se mostraba á las tierras, ca todos, olvidadas las aficiones pasadas, se conformaron y prestaron obediencia al nuevo Pontífice. Solamente el Rey de Escocia y el conde de Armeñaque tuvieron recio por algun tiempo con Benedicto, y algunos pocos cardenales que le acompañaron quando se salió de Perpiñan; pero tambien le dexaron poco adelante. Disolvióse con tanto el concilio; bien que para adelante dexaron aquellos padres decretado que dende á cinco años se juntase concilio general la primera vez, la segunda desde á otros siete años, el tercero se celebrase diez años despues del segundo, y asi se guardase perpétuamente que cada diez años se juntase concilio general. Despachó el nuevo Pontífice dos monges del Cistel para avisar á Benedicto se conformase con la voluntad de todos los prelados, y á sus cardenales procurasen le desamparasen. En Benedicto no pudieron hacer mella por su condicion: los quatro cardenales que tenia, con promesa que les hicieron de conservallos en aquel gra-

do de cardenales, y hacelles nuevas gracias, todos españoles, le dexaron luego, y se fueron al nuevo y verdadero Papa, que hallaron en Florencia. El mas principal era don Alonso Carrillo cardenal de San Eustachio y obispo de Sigüenza, deudo del otro cardenal don Gil de Albornoz, y tio de don Alonso Carrillo que adelante fue arzobispo de Toledo. Este mismo año fue muy desgraciado para Francia; para Castilla alegre por la navegacion que por voluntad de la Reyna de Castilla, y licencia que dió el Rey don Enrique antes de su muerte, se tornó de nuevo á hacer á las islas Canarias: camino para sugetallas, como á la verdad se apoderó de las cinco Juan Bentacurt de nacion frances, caudillo desta empresa. Sucedióle Menaute su deudo. El Papa Martino proveyó por obispo de aquellas islas á un frayle por nombre Mendo. Resultaron entre los dos diferencias: acudió Pedro Barba con tres naves por orden del Rey. Este compró á dinero las islas de Menaute, y las vendió á Pedro de Peraza ciudadano principal de Sevilla, cuyos descendientes las poseyeron hasta los tiempos del Rey don Fernando el Cathólico, que las acabó de sugetar finalmente, como queda de suso declarado, y las incorporó en la corona de Castilla. Esto es lo que toca á España. Las desgracias de Francia se encaminaron desta manera: Enrique Quinto deste nombre, Rey de Inglaterra, pidió á Carlos Sexto Rey de Francia le diese por muger á su hija madama Catharina. No vino en ello el Frances, de que el Ingles se tuvo por agraviado. Para vengar esta afrenta pasó en una armada muy gruesa á Normandía: ganó una grande victoria de los franceses: en que prendió á los duques de Orliens y de Borbon. Púsose otrosí sobre Ruan cabeza de Normandía, que al fin ganó, aunque con trabajo y tiempo. No pararon en esto las desgracias, antes

la Reyna Isabel de Francia se partió de su marido, y con su hija Catharina se retiró á Turon. Desde alli llamó al duque de Borgoña en su favor, que acudió luego con gente por no perder la ocasion que se le presentaba, de satisfacerse de los disgustos pasados. Apoderóse no solo de la Reyna y de su hija sino del mismo Rey y de la ciudad de París. Restaba Carlos el delphin heredero de aquella corona, el qual con gentes que pudo juntar, reparaba aquellos daños y hacía rostro á los ingleses y borgoñones. Para divertir al duque de Borgoña procuró verse con él. Señalaron de acuerdo para la habla una puente del rio Sequana, en aquella parte en que el rio Icauna desagua en él. Para mayor seguridad atajaron la puente con unas verjas de madera: solo dexaron un postigo por do se podia pasar, pero bien cerrado y asegurado. Concertaron otrosí que acompañasen á los príncipes cada diez hombres armados. Acudieron al tiempo aplazado. El delphin saludó al duque con rostro ledo y alegre semblante; y convidóle á pasar do él estaba. Aseguróse el duque del buen talante con que le habló: abierto el postigo, pasó como se le rogaba. Trabóse cierta pasion y riña entre los soldados, si acaso, si de propósito no se averigua. Resultó que el Borgoñon quedó muerto, cuya vida si fue perjudicial para Francia, no menos lo fue su muerte, á causa que el duque Philipe por satisfacerse de la muerte de su padre entregó al Ingles los Rey y Reyna de Francia con su hija Catharina y la ciudad de París: de que procedieron males sin cuento y sin término, enemigas, quemas, muertes y robos. Pero estas cosas avinieron algun tiempo adelante, y por ser estrañas no nos incumben, ni queremos particularizallas mas.

CAPITULO X.

Otros casamientos de príncipes.

La Reyna doña Leonor de Aragon despues de la muerte del Rey su marido se retiró á Castilla, y en Medina del Campo con la compañía de sus hijos, que le quedaron muchos, y otros honestos entretenimientos pasaba su viudez y soledad. Comenzóse á mover plática que su hija la infanta doña María casase con el Rey de Castilla. Estrañaba la Reyna doña Cathalina su madre este casamiento. Escusábase con la poca edad del Rey, como quier que á la verdad de secreto se inclinase mas á casalle en Portugal con la infanta doña Leonor, que demas de ser su sobrina parecia asi á ella como á los mas de los cortesanos sería á propósito para atar aquellos dos reynos con un vínculo muy fuerte de perpétua concordia. Creemos fácilmente lo que deseamos. Desbarató la muerte estos intentos, que sobrevino de repente á la Reyna doña Cathalina en Valladolid jueves á los dos de junio del
1418. año mil y quatrocientos y diez y ocho (1). Su edad de cincuenta años, el cuerpo grande y grueso, en la bebida algo larga conforme á la costumbre de su nacion, la condicion sencilla y liberal: virtudes de que se aprovechaban para sus particulares y para malsinar á otros y desdorallos los que le andaban al lado, que los mas eran gente baxa. Estos eran sus consejeros y sus ministros: grave daño, y mas en príncipes tan grandes. Sepultáronla en la capilla real de Toledo en propio lucillo, en que fundó quince

---

(1) Cor. del Rey don Juan c. 264. dice 1. de junio. Los Claros varones de Hernan Perez c. 3. a dos.

capellanías, y las añadió á las de antes para que se hiciesen sufragios ordinarios por las ánimas suya y del Rey su marido. Con la muerte de la Reyna se trocaron y alteraron las cosas en gran manera. El Rey sin embargo de su poca edad salió de las tinieblas en que su madre le tuvo muy retirado, y comenzó en parte por sí mismo á gobernar el reyno, ayudado del consejo de algunos personages que le asistian. Entre los demas se señalaba el arzobispo de Toledo, que por ser de gran corazon, muy codicioso de honra y entremetido, se apoderó del gobierno, de suerte que en nombre del Rey lo pretendia todo trastornar á su albedrío. Acudieron de Francia dos embaxadores para solicitar les socorriesen en aquel aprieto en que aquel reyno se hallaba. La respuesta fue escusarse con la poca edad del Rey y las alteraciones, que unas comenzaban y otras se temian. Volvióse á la plática de casar al Rey: el de Toledo reconocia todo lo que era y valía de los Reyes de Aragon; asi hizo instancia, y finalmente concluyó que el casamiento de Aragon se antepusiese al de Portugal. Celebráronse los desposorios entre el Rey don Juan y la infanta doña María con grandes fiestas en Medina del Campo á los veinte y uno de octubre. Entre las capitulaciones matrimoniales que asentaron, una fue que la infanta doña Cathalina hermana menor del Rey don Juan casase con uno de los infantes de Aragon. No señalaron por entonces alguno dellos á causa que don Juan, el mayor de los hermanos por casar, andaba en balanzas sin resolverse en qué parte casaria. Primero estuvo concertado con doña Isabel hija del Rey de Navarra: desistió deste casamiento, cebado de la esperanza que se le mostró de casar con Juana Reyna de Nápoles, engañosa y vana como de suso se tocó, y la infanta casó con el conde de Armeñaque. Entretúvose por

algun tiempo el infante don Juan en el gobierno de Sicilia en lugar de la Reyna doña Blanca, que su padre el Rey de Navarra procuró diese la vuelta por ser la mayor de sus hermanas y heredera de su corona. Muchos príncipes pretendieron casar con ella movidos de sus prendas, y mas del gran dote que esperaba: el Rey su padre finalmente antepuso á los demas competidores al ya dicho infante don Juan por sus buenas partes, y por la esperanza que se tenia de juntar lo de Navarra y lo de Aragon, por no tener sucesion el Rey don Alonso su hermano. El dote de presente fueron quatrocientos y veinte mil florines. Púsose por condicion que caso que doña Blanca muriese, puesto que no dexase hijos, su marido despues de sus suegros por todo el tiempo de su vida se intitulase, y fuese Rey de Navarra. Hiciéronse los desposorios en Olite por poderes; el procurador de parte del infante, que hizo sus veces, Diego Gomez de Sandoval sobrino del arzobispo de Toledo, adelantado de Castilla y mayordomo mayor del infante, su muy privado, y que por esta causa adelante alcanzó gran poder y estado, y aun finalmente los vientos favorables se le trocaron en contrarios y corrió fortuna, como se notará en otro lugar. Quando se celebraron los desposorios de Navarra, corria el año de
1419. nuestra salvacion de mil y quatrocientos y diez y nueve: en el mismo el gran predicador y varon apostólico fray Vicente Ferrer, gran gloria de Valencia su patria y de la orden de los Predicadores, pasó desta vida mortál á la eterna en Vanes ciudad de la Bretaña á los cinco de abril. Sus grandes virtudes, y los milagros, muchos y maravillosos, que obró en vida y despues de muerto, le pusieron poco adelante en el número de los Santos. Su cuerpo sepultaron en

la iglesia mayor de aquella misma ciudad. Volvamos á lo que del Rey don Juan de Castilla se queda atrás.

CAPITULO XI.

De las alteraciones de Castilla.

Los reynos de Castilla se comenzaban á alterar no de otra guisa que una nave sin gobernalle y sin piloto azotada con la tormenta de las hinchadas y furiosas olas del mar. Los grandes traían entre sí diferencias y pasiones. El Rey por su poca edad y no mucha capacidad no tenia autoridad para enfrenallos. Al arzobispo de Toledo que ponia la mano en todo, muchos le envidiaban, y llevaban mal pudiese mas un clérigo que toda la nobleza. Acudieron al Rey, diéronle por consejo tomase la entera y libre administracion del reyno; que la edad de catorce años que tenia, era bastante para ello y legal. Con este acuerdo se juntaron cortes en Madrid, en que se hallaron grandes y muchos personages de gran calidad. A los siete de marzo ya que los tenian juntos en el alcázar de aquella villa, el arzobispo de Toledo con un razonamiento muy pensado declaró la voluntad que el Rey tenia de salir de tutorías y encargarse del gobierno. Respondió y otorgó en nombre de los congregados y del reyno el almirante don Alonso Enriquez. Siguióse el aplauso de los demas que presentes se hallaron á este auto y solemnidad. La poca edad del Rey tenia necesidad de reparo. Recibió en su consejo, y mantuvo á todos los que en tiempo de su padre y sus tutorías tuvieron aquel lugar. Para despachar las cosas de gracia señaló al arzobispo de Toledo, al almirante, al condestable, y con ellos á Pero Manrique adelantado de Leon, y

Juan Hurtado de Mendoza su mayordomo mayor, y que Gutierre Gomez (1) de Toledo arcediano de Guadalaxara ordenase y refrendase las cédulas reales. Agravióse desto el arzobispo de Toledo, que pretendia le pertenecia aquel oficio como á châuciller mayor que era de Castilla. Andaban en aquella corte entre otras personas de cuenta los infantes de Aragon don Juan, y don Enrique maestre de Santiago: el arzobispo de Toledo para tener mas mano y affirmarse contra sus émulos procuró conquistallos con todo género de caricias y buena correspondencia: todo se enderezaba á continuar en el gobierno, de que era muy codicioso, y de que estaba asaz apoderado. De Madrid fue el Rey con su corte á Segovia, ciudad puesta entre montes y á propósito para pasar los calores del verano. Levantóse de repente un alboroto de los del pueblo contra la gente del Rey y sus cortesanos: estuvieron á pique de venir á las puñadas, y la misma ciudad de ensangrentarse. Los infantes ya dichos de Aragon poco se conformaban entre sí: mando y privanza no sufren compañía. Andaban como en celos cada qual con intento de apoderarse de la persona del Rey y del gobierno, cosa que les parecia facil por su poca edad, y no querian dar parte á nadie, ni aun á su mismo hermano. Resultaron con esto sospechas, dividiéronse los grandes y caballeros en dos bandos: á don Enrique favorecian el condestable don Ruy Lopez Dávalos, y Pedro Manrique; al infante don Juan asistian don Fadrique conde de Trastamara y el de Toledo. La edad del Rey era flaca, y que se mudaba fácilmente, sus enojos repentinos, las caricias que hacía, fuera de tiempo: cosas que la una y la otra á qualquier prín-

(1) Zorita lib. 15. cap. 53. le llama don Gutierre Alvarez.

cipe estan mal, por donde mas era menospreciado que temido. El cuerpo conforme á la edad que tenia, era grande y blanco, pero de poca fuerza; el rostro no muy agraciado, la condicion mansa y tratable. Deleytábase en la caza y en justas y torneos, era aficionado á los estudios y letras, y hallábase de buena gana en los razonamientos en que se trataba de cosas eruditas. Hacía él mismo metros y trovaba no muy mal en lengua castellana. Estas virtudes que comenzaron á mostrarse desde niño, con la edad llegaron á madurarse y hacerse mayores; todas empero las estragaba el descuido y poca cuenta que tenia de las cosas y del gobierno. Oía de mala gana y de priesa: sin oir, cómo podia resolverse en negocios tan árduos como se ofrecian? en suma no tenia mucha capacidad, ni era bastante para los cuidados del gobierno. Esto dió á sus cortesanos entrada para adquirir gran poder, en especial á Alvaro de Luna, que comenzaba ya á tener con él mas familiaridad y privanza que los demas. Por temer esto la Reyna su madre le despidió de palacio los años pasados, y le hizo que volviese á Aragon, en que acertó sin duda; pero gobernóse imprudentemente en tener al Rey, como le tuvo hasta su muerte, encerrado en Valladolid en unas casas junto al monasterio de San Pablo por espacio de mas de seis años sin dexalle salir, ni dar licencia que ninguno le visitase fuera de los criados de palacio; en lo qual ella pretendia que no se apoderasen dél los grandes, y resultase alguna ocasion de novedades en el reyno: miserable crianza de Rey, sugeta á graves daños, que el gobernador de todos no ande en público, ni le vean sus vasallos, tanto que aun á los grandes que le visitaban, no conocia: que quitasen al príncipe la libertad de ver, hablar y ser visto, y como metido en una jaula le embraveciesen y estragasen su buena y mansa condicion,

cosa indigna. Como pollo en caponera me pongas tú á engordar al que nació para el sudor, y para el polvo? En la sombra y entre mugeres se crie á manera de doncella aquel, cuyo cuerpo debe estar endurecido con el trabajo y comida templada para resistir á las enfermedades, y sufrir igualmente en la guerra el frio y los calores? Con los regalos quieres quebrantar el ánimo que de dia y de noche ha de estar como en atalaya, mirando todas las partes de la república? ciertamente esta crianza muelle y regalada acarreará gran daño á los vasallos; la mayor edad será semejable á la niñez y mocedad flaca y deleznable, dada á deshonestidad, y á los demas deleytes, como se vee en gran parte en este príncipe. Porque muerta la Reyna, como si saliera de las tinieblas, y casi del vientre de su madre de nuevo á la luz, perpétuamente anduvo á tienta paredes: con la grandeza de los negocios se cansaba y ofuscaba. Por esto se sugetó siempre al mando y albedrio de sus palaciegos y cortesanos: cosa de gran perjuicio, y de que resultaron continuas alteraciones y graves. Dirá alguno: reprender estos vicios es cosa facil, quién los podrá enmendar? quién se atreverá á afirmar lo que es muy verdadero, que á las mugeres conviene el arreo y el regalo, á los príncipes el trabajo desde su primera edad? Quién digo se atreverá á decir esto delante de aquellos que ponen la felicidad del señorío, y la miden con el regalo, luxuria y deleytes, y tienen por el principal fruto de la vida servir al vientre y á las otras partes mas torpes del cuerpo? Demas desto quién persuadirá esta verdad á los que tienen por género de muy agradable servicio conformarse con los deseos de los príncipes y con sus inclinaciones para por alli medrar? Dexemos pues estas cosas, y volvamos á nuestro cuento. En el principio
1420. del año siguiente, que se contó de mil y quatrocientos y

veinte, pasó el Rey á Tordesillas, villa de Castilla la vieja. Don Enrique maestre de Santiago ó por pretender casarse con la infanta doña Cathalina, ó con intento de sugetar sus contrarios, acompañado de los suyos entró en aquel lugar, prendió á Juan Hurtado de Mendoza mayordomo de la casa real, y á otros del palacio: con tanto se apoderó del mismo Rey á doce del mes de junio, y le quitó la libertad de ir á parte ninguna ó determinar algun negocio: gran vergüenza, y grave afrenta del reyno, que el Rey estuviese cercado, preso y encerrado por sus vasallos. Movidos desta indignidad los demas grandes de la provincia acudieron á las armas, por su caudillo el infante don Juan de Aragon, que celebrado que hobo sus bodas en Pamplona, concluidas las fiestas, y gastados en ellas no mas de cuatro dias, se partió para Castilla movido de la fama de lo que sucediera, y por las cartas de muchos que le llamaban. En Avila se celebraron las bodas del Rey de Castilla con pequeño aparato y pocos regocijos por estar ausente gran parte de los grandes y el Rey detenido á manera de preso. Don Enrique para su seguridad y para fortificarse tenia en aquella ciudad tres mil de á caballo: don Juan su hermano se entretenia en Olmedo con igual número de caballos, que tenia alojados por los lugares comarcanos: concurrian á él de toda la provincia; los menores, medianos y mayores trataban de vengar la injuria del Rey y mengua del reyno. Procuróse que los infantes hermanos se viesen: no se dió lugar á esto, ni permitieron que el infante don Juan se pudiese ver con el Rey. El infante don Enrique magüer que á la sazon apoderado de todo, cuidadoso de lo de adelante procuró se tuviesen cortes en aquella ciudad. Nadie tenia libertad para tratar los negocios por estar la ciudad llena de soldados, y el lugar en que se juntaban, cercado de hombres arma-

dos. Con esto don Enrique por cortes fue dado por libre de toda culpa de lo que hasta alli se le podia imputar: nadie se atrevió á contradecillo ni hablar, en tanto grado que como por galardon y pago de aquella hazaña con voluntad del Rey se alcanzó del Pontífice Martino Quinto que el maestrazgo de Santiago con todas sus rentas y estado quedase por juro de heredad á los descendientes de don Enrique, que fuera una nueva plaga de España y un gravísimo daño, si el Rey no revocára aquel decreto llegado á mayor edad. Lo que solo restaba, la infanta doña Cathalina era la que principalmente hacía resistencia á los intentos de don Enrique: decia claramente no queria por marido el que con armas y fieros pretendia alcanzar lo que debiera con servicios, agrado y buena voluntad; todavia vencida su flaqueza ó inconstancia, aquellas bodas se celebraron con grandes regocijos en Talavera villa principal cerca de Toledo, do el Rey se pasó desde Avila. Diéronle en dote el señorío de Villena con nombre de duque: á Alvaro de Luna, el principal entre los palaciegos, por lo que en esto trabajó, le fue hecha donacion de Santistevan de Gormaz; principio y escalon para subir al gran poder que tuvo, y alcanzar tantas riquezas como juntó adelante. Por este tiempo cada dia en Cataluña bramaba la tierra, y temblaba toda desde Tortosa hasta Perpiñan. Junto á Girona estaba un pueblo llamado Amer, en que se abrieron dos bocas de fuego que abrasaba los que se llegaban á dos tiros de piedra: de otra boca junto á las de fuego salia agua negra, y á media legua se mezclaba con un rio (que debia ser Sameroca) con que aquel pueblo se destruyó, y los peces del rio murieron. Era el olor del agua tan malo que las aves batian las alas quando por alli pasaban: estendíase tanto que llegaba hasta Girona con estar apartada de alli y distante qua-

tro leguas. En Salamanca por el mismo tiempo se edificaba el colegio de San Bartholomé á costa de don Diego de Anaya, que en el mismo tiempo del concilio Constanciense fue de Cuenca traslado al arzobispado de Sevilla. Dióle grandes rentas con que buen número de colegiales se pudiesen sustentar, á la manera del colegio de Boloña que el cardenal don Gil de Albornoz dexó alli fundado para que en él estudiasen mozos españoles. Vióle don Diego de Anaya á su pasada por Italia: determinóse de hacer otro tanto: exemplo de liberalidad que imitaron personas principales en toda España, ca edificaron los años adelante colegios semejantes, de donde como de castillos roqueros ha salido gran número de varones excelentes en todo género de letras. En aquella misma ciudad y universidad se fundaron con el tiempo otros tres que se llaman mayores: en Valladolid el quarto, el quinto en Alcalá, los menores apenas se pueden contar. En el mismo tiempo se abria puerta á los aragoneses y portugueses para adquirir nuevos estados. Fue asi que don Enrique hijo del Rey de Portugal por el conocimiento que tenia de las estrellas (profesion en que gastó gran parte de su vida) sospechó que en la anchura del mar Océano se podria abrir camino para descubrir nuevas islas y gentes no conocidas. Acometió con diversas flotas que envió para este efecto, si podria hacer algo que fuese de provecho. Por este modo entre Lisboa y las islas de Canaria, casi en medio de aquel espacio, este año hallaron una isla aunque pequeña pero que goza de muy buen cielo y tierra fértil, como lo mostraban los bosques espesos que en ella hallaron á propósito para cortar muy buena madera, de donde se llamó la isla de la Madera. Deste principio costeando las riberas de Africa, poco á poco parte este infante, y mas los Reyes adelante, llegaron

con esfuerzo invencible hasta lo postrero de Levante, corrieron las marinas de la Asia, la India y la China con gran gloria del nombre portugues y provecho no menor. Tenia cercada dentro de Nápoles á la Reyna doña Juana Luis duque de Anjou. La causa de hacelle guerra era la enemiga que de antiguo tenia con aquellos Reyes, y las deshonestidades poco recatadas de la misma Reyna, á las quales como quier que el conde Jacques su marido no pudiese poner remedio, ni las pudiese sin gran mengua suya disimular, vuelto á Francia, algun tiempo despues renunciada la vida de señor se hizo frayle de San Francisco. El que principalmente ayudaba al duque de Anjou, era Mucio Esforcia capitan de gran nombre en aquella sazon, esto por envidia que tenia á Bracio de Monton otro capitan á quien la Reyna daba mas favor: las cosas y fuerzas de la Reyna se hallaban en gran peligro y casi acabadas quando don Alonso Rey de Aragon, Quinto deste nombre, muy esclarecido por la excelencia de sus virtudes, y por haber frescamente domado y sosegado á Cerdeña, fue llamado y convidado á dar socorro á los cercados, con esperanza que le daban de que sucedería en el reyno de Nápoles por adopcion que la Reyna, por no tener hijo ninguno, le ofrecia hacer de su persona y prohijalle. No dexó pasar la ocasion que sin procuralla se le ofrecia, de ensanchar su reyno: asi con una armada que envió desde Cerdeña, hizo alzar el cerco de Nápoles. El premio deste trabajo y desta ayuda fue que en una junta de señores que se tuvo en aquella ciudad, se otorgó y publicó la escritura de la adopcion á diez y seis de setiembre, y el Pontífice romano algun tiempo despues asi mismo la tuvo por buena. No trato del derecho que tuvieron para hacer esto, por ser la disputa mas facil que necesaria. Sin duda deste principio largas y per-

judiciales guerras nacieron entre franceses y españoles, trabadas unas de otras hasta nuestra edad. El mismo Rey don Alonso sugetado que hobo á Cerdeña, y desamparado á Córcega para que los ginoveses se apoderasen della, se apresuró para pasar en Sicilia. Llegó á Palermo en breve: el deseo y esperanza que tenia de asegurarse en la sucesion del nuevo reyno, le aguijonaba; el cuidado era tanto mas encendido, que cierto mathemático cinco años antes desto le dixo, consideradas las estrellas, ó por arte mas oculta: «El »cielo, Rey don Alonso, te pronostica grandes cosas »y maravillosas. Los hados te llaman al señorío de Ná»poles, que será breve al principio: no te espantes, »no pierdas el ánimo. Dásete cierta silla, grandes ha»beres, muchos hombres. Vuelto que seas al reyno, »serán tan grandes las riquezas que hasta á tus caza»dores y monteros darás grandes estados. Confiado en »Dios pasa adelante á lo que tu fortuna y tu destino »te llama, seguro que todo te sucederá prósperamen»te y conforme á tu voluntad y deseo."

CAPITULO XII.

Como fue preso don Enrique infante de Aragon.

No pararon en poco las alteraciones y graves desmanes de Castilla, la floxedad del Rey era la causa, y sobre esto habelle quitado la libertad, de que resultaron discordias civiles y prisiones de grandes personages, y miedos de mayores males que desto s e siguieron. Estaba la corte en Talavera como poco antes queda dicho: el Rey mostraba no hacer caso ni cuidar de su injuria, antes se deleytaba y entretenia en cazar. Con esta color salió del lugar á veinte y nueve de noviembre y se fue á Montalvan, que es

un castillo puesto y asentado en un ribazo de tierra casi en medio de Talavera y Toledo á la ribera del rio Tajo, de campos fértiles y abundantes. Persuadióle que huyese y hízole compañía Alvaro de Luna, que ya por este tiempo estaba apoderado del Rey: otro género de prision no menos menguada y perjudicial. Llevó mal esto el infante don Enrique: recelábase de lo que habia hecho, y por la mala conciencia temia lo que merecia. Por esta causa con nuevo atrevimiento, juntadas arrebatadamente sus gentes, puso cerco á Montalvan, bien que no le combatió por tener en esto solo respeto al Rey que dentro se hallaba. Concurrian los grandes para vengar este nuevo desacato: estos eran el arzobispo de Toledo, el infante don Juan, el almirante don Alonso Enriquez; pero corria igual peligro, y se sospechaba de qualquiera parte que venciese, no se quisiese apoderar de todo. En el entretanto comenzó á sentirse falta de mantenimiento en el castillo, tanto que se sustentaban de los jumentos y caballos y otros manjares sucios y profanos. Al fin por mandado del Rey, aunque cercado, y por miedo de los que á su defensa acudieron, á los diez de diciembre se alzó el cerco: don Enrique se fue á Ocaña, villa de su jurisdiccion y maestrazgo, con intento de defenderse con las armas si le hiciesen guerra, y en ocasion volver á sus mañas. El Rey, ido don Enrique, dió la vuelta á Talavera: en el camino le salieron al encuentro los infantes de Aragon don Juan y don Pedro su hermano; saludáronse entre sí, reprehendieron el atrevimiento de don Enrique, comieron con el Rey en el castillo de Villalba que está cerca de Montalvan, hobo de la una parte y de la otra muchas caricias y cumplimientos, todos engañosos y dobles. Mandóles el Rey que volviesen atrás, porque tambien esto le aconsejó Alvaro de Luna, que pre-

tendia solo apoderarse de todo, y subir á la cumbre, para con mayor ímpetu despeñarse. Mudóse con esto el estado de las cosas, y trocóse la fortuna de las parcialidades. El Rey se fue á Talavera para celebrar en aquella villa las fiestas de Navidad al principio del año mil y quatrocientos y veinte y uno. De alli se fue 1421.
á Castilla la vieja, do tenia mayores fuerzas, y mas llanas las voluntades de los naturales. Don Enrique de Aragon tenia en dote el estado de Villena, como poco antes queda dicho, con gran pesar y desgusto de los naturales, que decian no era duradero lo que por fuerza se alcanzaba, ni justo contra las leyes y privilegios de los Reyes pasados enagenar aquel estado, que poco antes rescataron á dineros porque no viniese en poder del Rey de Aragon. Qué otra cosa era entregar tan principal estado en la raya del reyno, á don Enrique sino poner á peligro la salud pública, y abrir puerta á los aragoneses para hacerse señores de Castilla? De la alteracion de las palabras se procedió y vino á las armas. Don Enrique como era de su natural arrojado, y persona á quien contentaban mas los consejos atrevidos que los templados, con soldados que envió, se apoderó y guarneció todos aquellos lugares y estado, sacado solo Alarcon que se defendió por la fortaleza del sitio. Mandóle el Rey en esta sazon dexar las armas y despedir los soldados: no obedeció; por esto y por mandado del Rey y con sus fuerzas le fue quitado aquel estado. Revocóse demas desto lo que tenian concertado del maestrazgo de Santiago, es á saber, que los descendientes de don Enrique le heredasen. A estos principios se siguió gran peso y balumba de cosas, porque don Enrique movido del sentimiento de aquella injuria partió de Ocaña resuelto de ir en busca del Rey. Llevaba consigo para su guarda y seguridad mil y quinien-

tos de á caballo. Llegó á Guadarrama, pasó los puertos, sin reparar hasta dónde el Rey se entretenia en Arévalo. Corria peligro no se viniese á batalla y á las manos. La Reyna doña Leonor, cuidadosa de la salud de su hijo don Enrique, hablaba ya á los unos ya á los otros, y procuraba sosegar aquella tempestad que amenazaba mucho mal: lo mismo hizo don Lope de Mendoza arzobispo de Santiago. Persuadieron á don Enrique despidiese sus gentes. Decian ser cosa de mala sonada y mal exemplo querer por armas y por fuerza alcanzar lo que podia por las leyes y justicia: qué podia esperar con tener empuñadas las armas? como antes con fieros semejantes cometiese crímen contra la magestad; que si las dexaba todo se haría á su voluntad. Avisáronle que á pocos sucedió bien irritar la paciencia de los Reyes, que tienen los ímpetus, aunque tardíos, pero vehementes y bravos. Desta manera se dexaron por entonces las armas. Doña Blanca hija del Rey de Navarra á veinte y nueve de mayo parió en Arévalo un hijo de su marido, que del nombre de su abuelo materno se llamó don Carlos. Sacóle de pila el Rey de Castilla, y por su acompañado Alvaro de Luna, al qual quiso el Rey hacer esta honra: ninguna destas cosas por entonces parecia demasiada por ir en aumento su privanza. Las cortes del reyno se convocaron primero para Toledo, y despues para Madrid: con esta determinacion el Rey y la Reyna partieron para Castilla la nueva. Llegaron á Toledo á veinte y tres de octubre. Don Enrique de Aragon, el condestable don Ruy Lopez Dávalos, el adelantado Pedro Manrique llamados á estas cortes se escusaban por las enemistades que con ellos tenian algunas personas principales. Entretanto que esto pasaba en Castilla, don Alonso Rey de Aragon y Luis duque de Anjou contendian grandemente

sobre el reyno de Nápoles: don Alonso se estaba dentro de la ciudad de Nápoles, Aversa que cae alli cerca, se tenia por los franceses, de una parte y de otra se hacian correrías y cabalgadas. Cerra, un pueblo quatro millas de la ciudad de Nápoles, fue cercada por las gentes de Aragon; y aunque se defendió largamente por el sitio del lugar y valor de la guarnicion, en fin se rindió á don Alonso. Don Pedro infante de Aragon, movido asi por las cartas del Rey su hermano como de su voluntad, con licencia del Rey de Castilla se partió para aquella guerra de Nápoles al principio del año mil y quatrocientos y veinte y dos. 1422. En Madrid se hacían y continuaban las cortes generales. Hallóse presente don Juan infante de Aragon y otros señores en gran número. El arzobispo de Toledo por estar doliente no se pudo hallar presente. Don Enrique y sus consortes porque el Rey les queria hacer fuerza si no venian á las cortes, trataron entre sí el negocio, y resolvieron que don Enrique y Garci Fernandez Manrique, adelante conde de Castañeda, obedeciesen; mas el condestable y Pedro Manrique se quedasen en lugares seguros para todo lo que pudiese suceder. A trece de junio don Enrique y Garci Fernandez entraron en Madrid. Recibiéronlos bien y aposentáronlos amorosamente: el dia siguiente como llamados por el Rey fuesen al alcázar á besalle la mano, los prendieron. A don Enrique enviaron en prision al castillo de Mora: dióse á Garci Alvarez de Toledo señor de Oropesa cuidado de guardalle, y al conde de Urgel, que desde los años pasados tenian preso en aquel castillo, pasaron á Madrid. En las cortes pusieron acusacion á estos señores de haber ofendido á la magestad, y tratado con los moros de hacer traycion á su príncipe y á su patria. Catorce cartas del condestable escritas al Rey

Juzeph se presentaron y leyeron en este propósito. Pareció ser esto una maldad atroz : asi los bienes de don Enrique y Garci Manrique por sentencia de los jueces que señalaron , fueron confiscados, lo mismo se determinó y sentenció de Pedro Manrique, que avisado de lo que pasaba , era ido á Tarazona. Ordenóse otro tanto de los bienes del condestable, el qual perdída la esperanza de ser perdonado, en compañía de doña Cathalina , muger de don Enrique, primero se recogió á Segura, pueblo asentado en lugares muy ásperos, y de dificultosa subida hácia el reyno de Murcia, despues se fue á tierra de Valencia. Dexó en Castilla grandes estados que tenia, es á saber á Arcos, Arjona, Osorno, Ribadeo, Candeleda, Arenas y otros pueblos en gran número: con que la casa Dávalos de grandes riquezas y estado que tenia, comenzó á ir de caida y arruinarse. Levantáronse otrosí á nuevos estados diferentes casas y linages de nobles y ilustres personages, como los Fajardos, los Enriquez, los Sandovales, los Pimenteles y los Zúñigas, no de otra guisa que de los pertrechos y materiales de alguna gran fábrica, quando la abaten, se levantan nuevos edificios. Rugióse por entonces que aquellas cartas del condestable eran falsas, y aun se averiguó adelante que Juan García su secretario las falseó, por su misma confesion que hizo puesto á qüestion de tormento. Disimulóse empero por ser interesados el Rey y los que con aquellos despojos se enriquecieron, si bien justiciaron conforme á las leyes al falsario. A don Alvaro de Luna con esta ocasion dió el Rey título de conde de Santistevan de Gormaz, y le nombró por su condestable. A don Gonzalo Mexía comendador de Segura se encargó que en lugar de don Enrique maestre de Santiago tuviese sus veces, y la administracion de aquel maestrazgo con libre poder de hacer

y deshacer. Concluidas en un tiempo cosas tan grandes, el Rey se fue á Alcalá; á la misma sazon parió la Reyna en Illescas una hija á cinco de octubre que se llamó doña Cathalina, cosa que causó grande alegria á toda la provincia no solo por el nacimiento de la infanta, sino por entender que la Reyna no era mañera, y por la esperanza que concibieron que otro dia pariria hijo varon. Esta alegria se escureció algun tanto con la muerte del arzobispo de Toledo que en breve se siguió (1). Falleció de una larga enfermedad en Alcalá de Henares á veinte y quatro de octubre: su sepultura de marmol y de obra prima se vee en la capilla de San Pedro, parrochîa de la iglesia mayor de Toledo: capilla que hizo él mismo edificar á su costa. En su lugar por votos del cabildo fue puesto don Juan Martinez de Contreras dean que á la sazon era de Toledo, natural de Riaza, y que fue vicario general de su predecesor (2). El cabildo se inclinaba al maestrescuela Juan Alvarez de Toledo hermano de Garci Alvarez de Toledo señor de Oropesa: interpúsose el Rey, que cargó con su intercesion en favor del dean. Asi salió electo, y luego se partió para Roma con intento de alcanzar confirmacion de su eleccion del Papa Martino Quinto: tal era la costumbre de aquel tiempo: en ida y vuelta gastó casi dos años.

CAPITULO XIII.

Como falleció el Rey moro de Granada.

En Toledo para donde acabadas las cortes se partió en breve el Rey de Castilla, con su ida se mu-

(1) Ga. ib. lib. 16, cap. 15, dice á 21.
(2) Coron. del Rey don Juan año 22, c. p. 55.

dó la forma del gobierno, por estar antes revuelta y sugeta á diferencias y bandos. Tenian costumbre de elegir para dos años seis fieles, tres del pueblo y otros tantos de la nobleza. Estos con los dos alcaldes que gobernaban y tenian cargo de la justicia, y con el alguacil mayor representaban cierta manera de senado y regimiento, y gobernaban las cosas y hacienda de la ciudad: podian entrar en las juntas que hacían, y en el regimiento de los nobles todos los que quisiesen hallarse presentes, con voto en los negocios que se ventilaban; desorden muy grande por ser los regidores parte inciertos, parte temporales. Dióse orden en lo uno y en lo otro por mandado del Rey, y decretóse que conforme á lo que el Rey don Alonso su tercer abuelo estableció en Burgos, se nombrasen diez y seis regidores de la nobleza y del pueblo por partes iguales, los quales fuesen perpétuos por toda su vida, y lo que la mayor parte destos determinase, esto se siguiese y fuese valedero. Quando alguno falleciese, sucediese otro por nombramiento del Rey: camino por donde se dió en otro inconveniente, que los regimientos comenzaron á venderse en grave daño de la república: asi muchas veces se vuelve en contrario lo que de buenos principios y con buenos intentos se encamina. Con mayor ocasion algun tanto despues se corrigió la forma del gobierno en Pamplona, que estaba dividida en tres gobernadores ó alcaldes, que á otras tantas partes de la ciudad hacían justicia, conviene á saber uno al arrabal, otro á la ciudad, el tercero á cierto barrio, que se llama Navarrería: cosa que causaba muchas veces alteraciones en materia de jurisdiccion, como se puede creer por ser tantos los gobiernos. El Rey don Carlos de Navarra ordenó que hobiese uno solo para hacer justicia, y con él diez jurados, que tratasen

del bien público y de lo que á la ciudad toda era mas cumplidero; demas desto que todos los ciudadanos se reduxesen á un cuerpo y un juzgado. A Juan conde de Fox de su muger le nació un hijo, llamado don Gaston, que con la edad por maravillosa mudanza de las cosas vino á ser Rey de Navarra los años siguientes por muerte del príncipe don Carlos hijo de don Juan infante de Aragon y de doña Blanca su muger, que debia suceder adelante en el reyno de su abuelo, y su padre de presente le envió juntamente con su madre para que ella estuviese en compañía del Rey su padre, y el niño se criase en su casa. Luego que el niño llegó, fue nombrado por príncipe de Viana con otras muchas villas que le señalaron, en particular á Corella y á Peralta: cosa nueva en Navarra, pero tomada de las naciones comarcanas y á su imitacion; lo qual se estableció por ley perpétua, que aquel estado se diese á los hijos mayores de los Reyes. Promulgóse esta ley á veinte de enero año del Señor de mil y quatrocientos y veinte y tres. Cin- 1423.
co meses despues á instancia del abuelo todos los estados del reyno juraron al dicho príncipe por heredero de aquel reyno en Olite, do el Rey por su edad pesada en lo postrero de su vida solia morar ordinariamente convidado de la frescura y apacibilidad de aquella comarca, y de la hermosura y magnificencia de un palacio que alli él mismo edificó con todas las comodidades á propósito para pasar la vida. Con el Rey de Castilla aun desde su mocedad y minoridad tenia muchas veces el Rey de Portugal tratado por sus embaxadores que hiciesen confederacion y paces; que á la una y á la otra nacion tenian cansadas los largos debates y guerras pasadas, y era justo que se pusiese fin y término á los males. Determinóse solamente que se condescendiese en parte con la volun-

tad del Portugues, y se hiciesen treguas por espacio de veinte y nueve años. Añadióse que este tiempo pasado, no pudiesen los unos tomar las armas contra los otros; si no fuese que denunciasen primero la guerra año y medio antes de venir á rompimiento. Estas treguas se pregonaron en Avila, por estar alli á la sazon el Rey de Castilla, con gran regocijo y fiesta de toda la gente. Hiciéronse procesiones á todos los templos por tan grande merced, juegos, convites y todos géneros de fiestas y alegrias. En una justa que en la corte se hizo, Fernando de Castro embaxador del Rey de Portugal salió por mantenedor en un caballo del mismo Rey de Castilla con sobrevistas entre todos señaladas y vistosas. Rehusaban los demas de encontrarse con él; mas Rodrigo de Mendoza hijo de Juan Hurtado de Mendoza del primer encuentro le arrancó del caballo con gran peligro que le corrió la vida. El Rey le acarició mucho y consoló, y luego que sanó de la caida, con muchos dones que le dieron, le despachó alegre á su tierra. Entre los Reyes de Castilla y de Aragon se volvieron á enviar embaxadas. Juan Hurtado de Mendoza señor de Almazan, enviado para esto, en Nápoles declaró las causas de la prision de don Enrique, y pidió en nombre de su Rey le fuesen entregados doña Cathalina su muger, y el condestable don Ruy Lopez Dávalos y los demas foragidos de Castilla. Sobre lo uno y lo otro envió el Rey de Aragon nuevos embaxadores al de Castilla, el principal de la embaxada Dalmacio arzobispo de Tarragona alegó para no venir en lo que el Rey queria, los fueros de Aragon, conforme á los quales no podian dexar de amparar todos los que se acogiesen á sus tierras, fuera que decia vinieron con salvoconduto que no se puede quebrantar conforme al derecho de las gentes. Demas desto declaró y dió

nueva del estado en que quedaban las cosas de Nápoles: como entre la Reyna y el Rey resultaban muchas sospechas, con que las ciudades y pueblos estaban divididos en parcialidades: que la fortuna de los aragoneses de la grande prosperidad en que antes se hallaba, comenzaba á empeorarse, y corrian peligro no se viniese á las manos. Quexábase la Reyna que don Alonso en el gobierno tomaba mayor mano y autoridad: que no se medía conforme al poder que le concediera: que daba y quitaba gobiernos, mudaba guarniciones, y mandaba que los soldados le hiciesen á él los homenages; que lo trocaba todo á su albedrío, alteraba y revolvia las leyes, fueros y costumbres de aquel reyno. Estas cosas reprehendia ella en don Alonso su prohijado, como muger de suyo varia y mudable, y enfadada del que prohijó: la que se mostró liberal en el tiempo que se vió apretada, libre del miedo se mostraba ingrata y desconocida, vicio muy natural á los hombres. El Rey don Alonso temia la poca firmeza de la Reyna, y no podia sufrir sus solturas mal disimuladas y cubiertas: trataba de envialla lexos á Cataluña, y con este intento mandó aprestar en España una armada. No se le encubrió esto á la Reyna por ser de suyo sospechosa, y aun porque en las discordias domésticas, y mas entre príncipes, no puede haber cosa secreta ni puridad. Desde aquel tiempo la amistad entre las dos naciones comenzó á aflojar y ir de caida. Querellábanse entrambas las partes que los contrarios no trataban llaneza, antes les paraban celedas y se valian de embustes, en que no se engañaban. El Rey se tenia en Castelnovo, la Reyna en la puerta Capuana, lugar fuerte á manera de alcázar. Deste principio, y por esta ocasion resultaron en Nápoles dos bandos, de aragoneses, y andegavenses ó angevinos, nombres odiosos en aquel rey-

no, y que desde este tiempo continuaron hasta nuestra edad y la de nuestros padres. Pasaron adelante los desgustos y las trazas. Fingió el Rey que estaba enfermo: vínole á visitar el senescal Juan Caraciolo, el que tenia mas cabida con la Reyna, y mas autoridad que la honestidad sufria; por esto fue preso en aquella visita: junto con esto sin dilacion acudieron los de Aragon á la puerta Capuana. Los de la Reyna cerraron las puertas, y alzaron el puente levadizo: con tanto don Alonso se retiró, ca no sin riesgo suyo le tiraban saetas y dardos desde lo alto. Destos principios se vino á las manos, en las mismas calles y plazas peleaban; el partido al principio de los aragoneses se mejoraba, apoderáronse de la ciudad, y en gran parte saqueadas y quemadas muchas casas, pusieron cerco al alcázar en que la Reyna moraba; mas aunque con toda porfia le combatieron, se mantuvo por la fortaleza del lugar y lealtad de la guarnicion. Acudió á la Reyna Esforcia, llamado de alli cerca donde tenia sus reales: tambien á don Alonso vino desde Sicilia don Bernardo de Cabrera, y desde Cataluña una armada de veinte y dos galeras, y ocho naves gruesas. Esta armada llegada que fue á Nápoles á diez de junio, rehizo las fuerzas de los aragoneses que comenzaban á desfallecer y ir de caida. Cobraron ánimo con aquel socorro, y de nuevo tornaron á pelear dentro de la ciudad, en que nuevas muertes y nuevos sacos sucedieron. La Reyna se fue á Aversa, y en su compañía Esforcia con guarnicion de soldados, y cinco mil ciudadanos que se ofrecieron á la defensa. Trocáronse los cautivos de ambas partes, y con esto Caraciolo fue puesto en libertad. Vínose á lo postrero; que la Reyna revocó en Nola á veinte y uno de junio la adopcion de don Alonso como de persona ingrata y desconocida. En

su lugar prohijó y nombró por su heredero á Ludovico duque de Anjou ó Andegavense, Tercero deste nombre, hijo del Segundo: llamóle para esto desde Roma, y le nombró por duque de Calabria: estado y apellido que se acostumbraba dar á los herederos del reyno. Dieron este consejo á la Reyna Esforcia y Caraciolo que lo podian todo. Con pequeñas ocasiones se hacen grandes mudanzas en qualquier parte de la república, y muy mayores en guerras civiles, que se gobiernan por la opinion de los hombres, y por la fama mas que por las fuerzas. Por esto la fortuna de la parte aragonesa desde este tiempo se trocó y mudó grandemente. Don Alonso llamó á Braccio de Monton desde los pueblos llamados Vestinos, parte de lo que hoy es el Abruzo, do tenia cercada al Aguila ciudad principal, y esto con intento de contraponelle á Esforcia. Pero él se escusó sea por no tener esperanza de la victoria, ó por la que tenia de apoderarse de aquella ciudad que tenia cercada; y con ella de toda aquella comarca. Por esta causa á don Alonso fue forzoso resolverse en pasar por mar en España para apresurar los negocios, y recoger nuevas ayudas para la guerra, dado que la voz era diferente, de librar de la prision á don Enrique su hermano. Dexó en su lugar á don Pedro el otro hermano para que tuviese cuidado de las cosas de la paz y de la guerra, y todos le obedeciesen. Quedaron en su compañía Jacobo Caldora y otros capitanes de la una y de la otra nacion. En particular puso en el gobierno de Gaeta á Antonio de Luna hijo de Antonio de Luna conde de Calatabelota. En el mismo tiempo el Rey de Castilla visitaba las tierras de Plasencia, Talavera y Madrid, y le nació de su muger otra hija á diez de setiembre, que se llamó doña Leonor. El Rey moro Juzeph falleció en Grana-

da el año de los árabes ochocientos y veinte y seis. Sucedióle Mahomad su hijo por sobrenombre el Izquierdo, que fue adelante muy conocido y señalado á causa que le quitaron por tres veces el reyno y otras tantas le recobró, y por sus contínuas desgracias mas que por otra cosa que hiciese. Mantúvose al principio en la amistad del Rey de Castilla, y juntamente hizo muchos servicios á Muley Rey de Tunez, con que se le obligó. Por esta forma se apercebia el Moro con sagacidad de ayudas contra los enemigos de fuera, para que si de alguna de las dos partes le diesen guerra, tuviese acogida y amparo en los otros. Pero el ayuda muy segura, que consiste en la benevolencia de los naturales, no procuró ganalla, ó no supo: siniestro como en el nombre y en el cuerpo (que le llamaron por esto Mahomad el Izquierdo) asi bien en el consejo poco acertado y la fortuna, que le fue siniestra y enemiga asaz.

CAPITULO XIV.

Como don Enrique de Aragon fue puesto en libertad.

Don Pedro de Luna, el que en tiempo del scisma se llamó Benedicto XIII. en Peñíscola por todo lo restante de la vida, confiado en la fortaleza de aquel lugar, continuó á llamarse Pontífice: falleció en el mismo pueblo á veinte y tres de mayo el mismo dia de la Pentecosté pascua de Espíritu Santo de edad muy grande, que llegaba á noventa años; parece como milagro en tan grande variedad de cosas, y tan grandes torbellinos como por él pasaron, poder tanto tiempo vivir. Su cuerpo fue depositado en la iglesia de aquel castillo. Luis Panzan ciudadano de Sevilla, y cortesano de don Alonso Carrillo cardenal de San Eus-

tachío, dice por cosa cierta en un propio Comentario que hizo y dexó escrito de algunas cosas deste tiempo, que Benedicto fue muerto con yerbas que le dió en ciertas suplicaciones, que comia de buena gana por postre, un frayle llamado Thomás, que tenia con él grande familiaridad y cabida, y que convencido por su confesion del delito, fue muerto y tirado á quatro caballos. Dice mas que el cardenal Pisano, enviado á Aragon para prender á Benedicto, dió este consejo; y que executada la muerte, de Tortosa do se quedó á la mira de lo que sucedia, se huyó por miedo de don Rodrigo y don Alvaro que pretendian vengar la muerte indigna de su tio Benedicto con dalla al legado, si él apresuradamente no se partiera de España, concluido lo que deseaba, aunque no sosegado del todo el scisma; porque por eleccion de dos cardenales que quedaban, fue puesto en lugar del difunto un Gil Muñoz canónigo de Barcelona. Vil era y de ninguna estima lo que paraba en tal muladar, y él mismo estuvo dudoso y esquivaba recebir la honra que le ofrecian contra el consentimiento de todo el orbe, hasta tanto que don Alonso Rey de Aragon le animó y hizo aceptase el pontificado con nombre de Clemente Octavo. Pretendia el Rey en esto dar pesadumbre al Pontífice Martino Quinto, que via inclinado á los Angevinos, y era contrario á las cosas de Aragon, tanto que á Ludovico duque de Anjou los dias pasados nombró por Rey de Nápoles como á feudatario de la iglesia romana, y se sabía de nuevo aprobó la revocacion que la Reyna Juana hizo de la adopcion de don Alonso, y juntaba sus fuerzas con sus enemigos contra él. Un concilio de obispos que se comenzaba á tener en Pavía en virtud del decreto del concilio Constanciense, por causa de la peste que andaba muy brava, se trasladó á Sena ciudad princi-

pal de Toscana: acudieron allí los obispos y embaxadores de todas partes. Envió los suyos asi mismo el Rey don Alonso con orden y instruccion que con diligencia defendiesen la causa de Benedicto, y se querellasen de habelle injustamente quitado el pontificado. Atemorizó este negocio al Papa Martino, y entibióle en la aficion que mostraba muy grande á los Angevinos, tanto que despidió el concilio apresuradamente, y le dilató para otro tiempo, con que los obispos y embaxadores se partieron. Recelábase que si nacia de nuevo el scisma, no se enredase el mundo con nuevas dificultades y torbellinos. Hallóse en este concilio don Juan de Contreras con nombre de primado; y asi tuvo el primer lugar entre los arzobispos por mandado del Pontífice Martino, como se muestra por dos bulas suyas, cuyo traslado ponemos aqui: hallólas acaso un amigo entre los papeles de la iglesia mayor de Toledo; la una dice asi: «Como los patriar»châs y primados sean una misma cosa y solo difieran »en el nombre, tenemos por justo y debido que go»cen tambien de las mismas preeminencias. De aqui »es que nos dé consejo de los venerables hermanos »nuestros cardenales de la santa iglesia romana para »quitar qualquiera duda ó dificultad que sobre esto ha »nacido ó nacerá, por autoridad apostólica y tenor »de las presentes declaramos que el venerable herma»no nuestro Juan arzobispo de Toledo, que es prima»do de las Españas, y sus sucesores arzobispos de To»ledo en nuestra capilla, concilios generales, sesio»nes, consistorios y otros qualesquier lugares asi públi»cos como particulares, deben preceder á qualesquier »notarios de la sede apostólica y otros arzobispos que »no son primados, aunque sean mas antiguos en la »edad y en la promocion, á la manera que los vene»rables hermanos nuestros patriarchâs hasta aqui los

»han precedido y los preceden, queriendo, y por la »misma autoridad ordenando que el dicho Juan arzo»bispo y sus sucesores, y todos los demas prima»dos de aqui adelante para siempre jamás á la mane»ra de los patriarchâs susodichos sean preferidos y an»tepuestos en los susodichos lugares, capilla, conci»lios, sesiones, consistorios y lugares semejantes á »los notarios y otros arzobispos que no son primados, »no obstante la edad y ordenacion mas antigua de los »tales arzobispos no primados, no obstando todas las »demas cosas contrarias, qualesquier que sean." Este es el traslado de la primera bula, el tenor de la otra bula ó breve es el que se sigue: «Aunque los venera»bles hermanos nuestros arzobispos y prelados que se »hallan en el concilio general, esten obligados á mi»rar diligentemente, cuidar, velar y trabajar por el »estado próspero de la iglesia universal y nuestro, y »por la conservacion de la libertad eclesiástica; tú »empero que tenemos y confesamos ser primado de »las Españas y por tanto (como ya lo enseñó la expe»riencia en nuestra corte) eres antepuesto á los ama»dos hijos nuestros, nuestros notarios y de la sede apos»tólica, los quales son antepuestos á los demas pre»lados, como tambien has de ser preferido en el con»cilio y sus sesiones, y otros lugares públicos: por »tanto debes con mas fervor animarte, y con mas vi»gilancia mirar por todo lo que pertenece al estado de »la iglesia cathólica, y nuestro, quanto por tal pri»macía eres sublimado con mas excelente título de »dignidad. Por lo qual requerimos y exhortamos á »tu fraternidad, que no dudamos ser ferviente en la »fé y circunspecto, que en las cosas del dicho conci»lio procures se proceda bien: que pues eres primado »de las Españas, asi como prudentemente lo haces »conforme á la sabiduría que Dios te ha dado, mires

»todas aquellas cosas en el dicho concilio, aconsejes
»y proveas las que te parecerán necesarias ó prove-
»chosas para el feliz estado de la iglesia romana, y
»nuestra honra y de la sede apostólica, y todo lo que
»conocieres pertenecer á la gloria de Dios, y paz de
»los fieles de Christo. Dada en Roma en San Pedro
»en las nonas de enero, de nuestro pontificado año
»séptimo." Pero estas cosas sucedieron algo adelante deste tiempo en que vamos. Al presente el Rey don Alonso en execucion de la resolucion que tenia de pasar á España, se embarcó en una armada de diez y ocho galeras y doce naves. Hízose á la vela desde Nápoles mediado el mes de octubre. El tiempo era recio y la sazon mala, y asi con borrascas que se levantaron, los baxeles se derrotaron, corrieron y dividieron por diversos lugares. Calmó el viento; con que se juntaron y siguieron su derrota: llegaron á Marsella, ciudad principal en las marinas de la Provenza, célebre por el puerto que tiene muy bueno, y á la sazon sugeta al señorío de los Angevinos. Metiéronse en el puerto, rompidas las cadenas con que se cierra: ganado el puerto, acometieron á la ciudad: fue la pelea muy recia por mar y por tierra, que duró hasta muy tarde. Venida la noche, Folch conde de Cardona que venia por general de las naves, era de parecer no se pasase adelante por ser ciertos los peligros, no tener noticia de las calles de la ciudad, estar dentro los enemigos, y todo á propósito de armalles celada; aunque las puertas estuviesen de par en par, decia que no se debia entrar sino con luz y viendo lo que hacian: al contrario Juan de Corbera porfiaba debian apretar á los que estaban medrosos, y no dalles espacio para que se rehiciesen de fuerzas y cobrasen ánimo. Deste parecer fue el Rey: tornóse á comenzar la pelea, y con gran ímpetu entraron en la ciudad. Fue grande el

atrevimiento y desorden de los soldados á causa de la escuridad de la noche, grande la libertad de robar y otras maldades. Mostró el Rey ser de ánimo religioso en lo que ordenó, que á las mugeres que se recogieron á las iglesias, no se les hiciese agravio alguno: las mismas cosas que llevaron consigo, mandó pregonar no se las quitasen, y asi se guardó. Dexaron la ciudad, y embarcaron en las naves toda la presa, con que se partieron al fin del año. Entre otras cosas los huesos de San Luis obispo de Tolosa, hijo de Carlos Segundo Rey de Nápoles, fueron llevados á España y á Valencia, donde el Rey aportó y dió fondo con su armada, acabada la navegacion. No quiso detenerse en otras ciudades por abreviar, y desde mas cerca tratar de la libertad de don Enrique su hermano. Avisado el Rey de Castilla de su venida, le envió sus embaxadores al principio del año mil y quatrocientos y veinte y 1424.
quatro que le diesen el parabien de la venida y de las victorias que ganára, demas desto le pidiesen de nuevo le entregasen los desterrados y foragidos para que estuviesen á juicio de lo que los cargaban. Estos embaxadores tuvieron audiencia en Valencia á los tres de abril en tiempo que las cosas de Aragon en Nápoles se empeoraban grandemente, y de todo punto se hallaban sin esperanza de mejoría; dado que Esforcia capitan de tanto nombre por hacer alzar el cerco del Aguila, que la tenia cercada Braccio, se ahogó á cinco de enero al pasar del rio Aterno, que con las lluvias del invierno iba hinchado. Fue de poco momento esta muerte, porque Francisco Esforcia, que ya era de buena edad, suplió bastantemente las partes y falta de su padre: acudiéronles sin esto fuerzas y socorros de fuera. El Pontífice romano Martino, y Philipe duque de Milan por industria del mismo Pontífice se concertaron con los Angevinos. El duque hizo aprestar

una buena armada en Génova, y la envió en favor de la Reyna debaxo de la conducta del capitan Guidon Taurello. Esta armada y gentes de tierra que acudieron, cargaron sobre Gaeta. Pudiérase entretener por su fortaleza, mas brevemente se rindió á partido que dexasen ir libre como lo hicieron la guarnicion de aragoneses. Ganada Gaeta, pasaron sobre Nápoles. Jacobo Caldora que tenia el cuidado de guardar aquella ciudad, se concertó con los enemigos, que le prometieron el sueldo que los aragoneses le debian, y no le pagaban: tomado el asiento, sin dificultad les abrió las puertas. El color que tomó para lo que hizo, era que el infante don Pedro le pretendiera matar, como á la verdad fuese hombre de poca fidelidad, de ánimo inconstante y deseoso de cosas nuevas. A doce de abril se perdió la ciudad de Nápoles, y todavia los de Aragon conservaron en ella dos castillos, es á saber Castelnovo, y otro que se llama del Ovo, pequeño y estrecho, pero fuerte en demasía por estar sobre un peñon cercado todo de mar. Ganada la ciudad de Nápoles, las demas cosas eran fáciles al vencedor: las ciudades y pueblos á porfia se le rendian. Llevaba mal el de Aragon y sentia mucho que por la prision que hiciera el Rey de Castilla en la persona de su hermano, á él puso en necesidad de hacer ausencia, y se hobiese recebido aquel daño tan grande. Encendiase en deseo de venganza, pero determinó de proballo todo antes de comenzar y romper la guerra. Con este intento el arzobispo de Tarragona Dalmao de Mur que despachó por su embaxador, en Ocaña en presencia de los grandes y del Rey de Castilla propuso su embaxada. Decia era justo á cabo de tanto tiempo se moviese á soltar al infante, si no por ser tan justificada la demanda, á lo menos por el deudo que con él tenia, y por los ruegos de sus hermanos. Si algun delito

habia cometido, bastantemente quedaba castigado con prision tan larga. Que el Rey su señor quedaba determinado no apartarse de aquella demanda hasta tanto que fuese libertado su hermano. Vuestra alteza, Rey y señor, debeis considerar que por condescender con los deseos particulares de los vuestros no pongais en nuevos peligros la una y la otra nacion, si vinieren á las manos. En el palacio real de Castilla y en su corte andaban muchos de mala: sus aficiones, avaricia y miedos particulares los enconaban; receläbanse que si don Enrique fuese puesto en libertad, podrian ellos ser castigados por el consejo que dieron que fuese preso. Temian otrosí no les quitasen los bienes de los desterrados, de cuya posesion gozaban, y aun por el mismo caso tenian aversas sus voluntades para que no se hiciese el deber. A los intentos destos ayudaban otros, en especial Alvaro de Luna, soberbio por la demasiada privanza y poder con que se hallaba, y que tenia por bastante ganancia y provecho gozar de lo presente sin estender la vista mas adelante. Estos fueron ocasion que no se efectuase nada desta vez, ni aun se pudo alcanzar que los Reyes se juntasen para tratar entre sí de medios. Despedidos los embaxadores de Aragon, el Rey de Castilla se fue á Burgos en el mismo tiempo que su hija doña Cathalina murió en Madrigal pueblo de Castilla la vieja á diez del mes de agosto: enterráronla en las Huelgas. Esta tristeza en breve se mudó en nueva y muy grande alegria por causa que en Valladolid nació de la Reyna el príncipe don Enrique á cinco de enero, principio del año que se contó de aquel siglo vigésimoquinto. 1425.
Sacáronle de pila por orden de su padre el almirante don Alonso Enriquez, don Alvaro de Luna, Diego Gomez de Sandoval adelantado de Castilla junto con sus mugeres. Por el mes de abril todos los estados del

reyno le juraron por príncipe y heredero despues de los dias del Rey su padre en sus estados. En Zaragoza el Rey de Aragon se apercebia con todo cuidado para la guerra: por todas partes se oía ruido de soldados, caballos y armas. Tratóse en Valladolid de apercebirse para la defensa. Hízose consulta, en que hobo diferentes pareceres: algunos querian que luego se comenzase, hombres que eran habladores antes del peligro, cobardes en la guerra y al tiempo del menester; otros mas recatados sentian que con todo cuidado se debia divertir aquella tempestad, y escusarse de venir á las manos. El Rey se hallaba dudoso, y no entendia bastantemente ni se enteraba de lo que le convenia hacer. Don Carlos Rey de Navarra, cuidadoso de lo que podria resultar desta contienda en que se ponia á riesgo la salud pública, envió con embaxada al Rey de Castilla á Pedro Peralta su mayordomo y á Garci Falces su secretario, en que ofrecia su industria y trabajo para sosegar aquella contienda. Estaba esta prática para concluirse por gran diligencia de los embaxadores, mas estorbáronlo ciertas cartas que vinieron del Rey de Aragon, en que mandaba al infante don Juan su hermano se fuese para él, que queria tratar con él cosas de grande importancia. Partióse para Aragon contra su voluntad, como lo daba á entender. Pidió y alcanzó para ello licencia del Rey de Castilla: él demas de la licencia le dió comision para que de su parte tratase con su hermano de conciertos. Estaban los reales del Rey de Aragon en Tarazona á punto para romper por tierras de Castilla si no le otorgaban lo que pretendia, con tan grande deseo de vengarse y satisfacerse que parecia en comparacion desto no hacer caso de las cosas de Nápoles, si bien tenia aviso que sucediera otro nuevo desastre; y fue que Braccio capitan que era de grande

nombre en aquella sazon, quedó vencido y muerto junto al Aguila que tenia sitiada, en una batalla que se dió á veinte y cinco de mayo. La demasiada confianza y menosprecio de los enemigos le acarreó la perdicion. Era general del exército del Papa que acudia á la Reyna, Jacobo Caldora: con él dos sobrinos del cardenal Carrillo por nombre Juan y Sancho Carrillo aquel dia se señalaron entre los demas de buenos, y fueron gran parte para que se ganase la victoria, como mozos que eran de grandes esperanzas. Los mismos demas desto en prosecucion de la victoria con gentes del Papa que llevaban, y les dieron, en breve se apoderaron de la Marca de Ancona, de que Braccio antes se apoderára. El cuerpo de Braccio muerto y llevado á Roma, como de descomulgado, fue sepultado delante la puerta de San Lorenzo en lugar profano; mas en tiempo de Eugenio Quarto Pontífice romano le trasladó á Perosa, y puso en un sepulcro muy primo Nicolao Fortebrachio, que tomó aquella ciudad de Roma, y procuró se hiciese esta honra á la memoria de su tio, hermano de su madre. En Florencia ciudad de la Toscana falleció don Pedro Fernandez de Frias cardenal de España por mayo: su cuerpo vuelto á España está sepultado en la iglesia cathedral de Burgos á las espaldas del altar mayor. Era de baxo linage y hombre pobre; mas su buena presencia, industria y destreza, y la privanza que alcanzó con los Reyes don Enrique y don Juan, le levantaron á grandes honras. Fue obispo de Osma y de Cuenca: la estatura mediana, la vida torpe por su avaricia y deshonestidad. Sucedió que en Burgos tuvo ciertas palabras con el obispo de Segovia don Juan de Tordesillas, al qual el mismo dia un criado del cardenal dió de palos. La infamia de delito tan atroz hizo aborrecible á su amo, aunque no tuvo parte ni lo supo, como lo confesó

despues el mismo que cometió aquel caso. Sin embargo á instancia de caballeros, que se quexaban y decian que la soberbia de aquel hombre sin mesura, olvidado de su suerte antigua, se debia castigar, fue forzado el dicho cardenal á ir á Italia. Apoderóse el Rey de todo su dinero que tenia juntado en gran cantidad, que fue la principal causa de apresurar su partida y destierro. Desta manera perecen mal, y hacen perecer los tesoros allegados por mal camino: los varones sagrados ningun mas cierto reparo tienen que en la piedad y buena opinion. Si en el destierro en que pasó lo demas de la vida, mudó las costumbres, no se sabe; lo cierto es que fue á la sazon gobernador de la Marca de Ancona por el Papa, y que en Castilla fundó el monasterio de Espeja de la orden de San Gerónimo, religion que iba por este tiempo en aumento muy grande en España. Don Juan infante de Aragon fue recebido benigna y magníficamente en Tarazona por el Rey su hermano. Entretanto que por medio del dicho don Juan se trataba de las condiciones, y se esperaban mas amplos poderes del Rey de Castilla y de los grandes para pronunciar sentencia en aquellos debates y de todo punto concluir, doblado el camino entraron los dos hermanos sin hacer daño en tierra de Navarra, y asentaron sus reales cerca de Milagro, pasados ya los calores del estío. Venidos los poderes de Castilla como se pedian, se volvió á tratar de componer las diferencias entre los Reyes. Consultóse mucho y largamente sobre el negocio: últimamente en una junta que cerca de la torre de Arciel á los tres de setiembre se tuvo de personas de todos los tres reynos y naciones, se pronunció sentencia, la qual contenia: que sin dilacion el infante don Enrique fuese puesto en libertad, y todas sus honras y estados le fuesen vueltos con todas las rentas corridas que tenian depositadas:

lo mismo se sentenció en favor de Pedro Manrique, que andaba desterrado. Esta sentencia pareció grave al Rey de Castilla y á los suyos: mas era cosa muy natural que el infante don Juan favoreciese y se inclinase á sus hermanos, en especial que ninguna esperanza quedaba de concierto si no daban al preso ante todas cosas la libertad, que fue lo que hizo amaynar al Rey de Castilla y á los grandes. En el mismo tiempo don Carlos Rey de Navarra llamado el Noble finó en Olite. Su muerte fue de un accidente y desmayo que le sobrevino de repente sin remedio, un sábado á ocho de setiembre el mismo dia que se celebra el nacimiento de Nuestra Señora. Su cuerpo sepultaron en la iglesia mayor de Pamplona: las honras se le hicieron con aparato real. Hallóse á su muerte doña Blanca su hija, que parió poco antes una hija de su mismo nombre y tuvo adelante poca ventura. Ella luego que falleció su padre, envió á su marido en señal de la sucesion el estandarte real, con que en los reales, donde se hallaba, le pregonaron por Rey de Navarra. Pareció á algunos demasiada aquella priesa, que decian fuera justo que ante todas cosas en Pamplona jurára los privilegios del reyno y sus libertades; pero los Reyes son desta manera, sus voluntades tienen por leyes y derecho, disimulan los grandes, el pueblo sin cuidado de al, y sin hacer diferencia entre lo verdadero y lo aparente hace aplauso y á porfia adula á los que mandan, y si alguna vez se ofende, no pasa de ordinario la ofension de las palabras. La nueva de la libertad que á la hora se dió á don Enrique, en dia y medio llegó á noticia de sus hermanos con ahumadas que tenian concertado se hiciesen en las torres y atalayas, de que hay en Castilla gran número. Con esto las gentes de Aragon y soldados dieron vuelta á Tarazona, y luego por el mes de noviembre los

despidieron y se deshizo el campo. El infante don Juan pasó hasta Agreda para recebir á su hermano que venia de la prision, y llevalle al Rey de Aragon. Ningun dia amaneció mas alegre que aquel para los tres hermanos: regocijábanse no mas por la libertad de don Enrique que por dexar vencidos con el temor y miedo á los de Castilla, que es un género de victoria muy de estimar. Falleció por el mismo tiempo en Valencia á veinte y nueve de noviembre don Alonso el mas mozo duque de Gandía sin sucesion. Su estado de Ribagorza se dió al infante don Juan ya Rey de Navarra. Este fue el premio de su trabajo, ademas que le estaba antes prometido. Don Enrique de Guzman conde de Niebla despues de grandes diferencias y debates se apartó de doña Violante su muger, hija que era de don Martin Rey de Sicilia, con gran sentimiento de su hermano don Fadrique conde de Luna. Doliase y sentia grandemente que su hermana sin tener respeto á que era de sangre real, y sin alguna culpa suya, solo por los locos amores de su marido, mozo desbaratado, fuese de aquella suerte mal tratada: de que resultó grave enemiga y larga entre aquellas dos casas. Don Fadrique atraía á su voluntad, y procuraba ganar á todos los señores de Castilla que podia, con deseo y intento de afirmarse, y satisfacerse de su cuñado.

CAPITULO XV.

Que don Alvaro de Luna fue echado de la corte.

Con la libertad de don Enrique las cosas de Castilla empeoraron, si antes estaban trabajadas. El reyno se hallaba dividido hasta aqui en tres parcialidades y bandos, es á saber el de don Alvaro de Luna, el de don Juan, y el de don Enrique infantes de Aragon. A estos como á cabezas seguian los demas señores

conforme á las esperanzas varias que tenia cada uno, ó por la memoria de los beneficios recebidos de alguna de las partes. En lo de adelante, concertados los infantes entre sí y reconciliados, de tres bandos resultaron dos no menos perjudiciales al reyno. La mayor parte de los señores se conjuró contra don Alvaro. Llevaban mal que en la casa real con pocos de su valía, y esos hombres baxos y que los tenia obligados, estuviese apoderado de todo, y gobernase á los demas con soberbia y arrogancia. Menudeaban las querellas y cargos: quexábanse que sin méritos suyos en las armas, y sin tener otras prendas y virtudes, solo por maña y por saberse acomodar al tiempo hobiese subido á tal grado de privanza y de poder, que solo él reynase en nombre de otro. Miraban con malos ojos aquella felicidad deste hombre, y deseaban se templase aquella su prosperidad con la memoria de sus trabajos y escuros principios; mas él asegurado por el favor de su príncipe, con quien desde su pequeña edad tenia gran familiaridad, y sin cuidado de lo de adelante á todos los demas en comparacion suya menospreciaba confiado demasiadamente en el presente poder, en tanto grado que se sonrugía, y grandes personages lo afirmaban, que se atrevió á requerir de amores á la Reyna: sì con verdad ó falsamente, ni aun entonces se averiguó; cremos que por la envidia que le tenian, le levantaron muchos falsos testimonios y se creyeron dél muchas maldades. La semilla de esta conspiracion se sembró en gran parte en Tarazona quando se juntaron, como está dicho, los tres hermanos infantes de Aragon. El año luego siguiente, que se contó de mil y quatrocientos y veinte y seis, vino á 1426.
sazonarse la trama; en cuyo principio el Rey de Castilla celebró las fiestas de Navidad en Segovia, y don Juan nuevo Rey de Navarra las tuvo en Medina del

Campo con su madre, y aun poco antes se viera con el Rey de Castilla en la villa de Roa. Don Enrique era ido á Ocaña por estarle mandado que no entrase en la corte, ni se entremetiese en el gobierno. El Rey de Aragon se entretenia en Valencia en sazon que doña Costanza, hija del condestable Ruy Lopez Dávalos, se desposó con Luis Massa, jóven muy noble y rico, con dote que el Rey le dió en gran parte. Tal fue la grandeza de ánimo deste príncipe, que no solo ayudó á la pobreza de su padre, viejo y huido, y derribado solo por la malquerencia de sus contrarios, sino que al tanto á su hijo llamado don Iñigo Dávalos, y á su nieto que tenia de don Beltran su hijo, llamado don Iñigo de Guevara, dió grandes estados despues que se apoderó del todo de Nápoles. La Reyna de Aragon viuda con su hija doña Leonor fue á Valencia á instancia del Rey de Aragon su hijo, mas en breve dió la vuelta á Medina del Campo. No queria que con su larga ausencia recibiese pesadumbre el Rey de Castilla, con cuya licencia el conde de Urgel de Castrotaraf, donde le pasáran del castillo de Madrid, fue llevado en esta sazon al reyno de Valencia, por entender era mas á propósito para las cosas de Aragon por las alteraciones que á Castilla amenazaban. Pusiéronle en el castillo de Xátiva, en que dió fin á sus dias y prision larga. En la ciudad de Toro se tuvieron cortes de Castilla, en que se trató de reformar los gastos de la casa real, atento que las riquezas y rentas reales, aunque muy grandes, no bastaban: para esto la guarda en que se contaban mil de á caballo, fue reducida á ciento, y por capitan della don Alvaro, que fue ocasion con el nuevo cargo á él de mayor poder, á los otros de que la envidia que le tenian, se aumentase. Fueron señaladas estas cortes por la muerte que á la sazon sucedió de dos personas principales: el uno fue Juan

de Mendoza, en cuyo lugar don Rodrigo su hijo fue hecho mayordomo de la casa real, don Juan su hijo menor quedó por prestamero de Vizcaya. Adoleció otrosí gravemente don Alonso Enriquez, que finó tres años adelante en Guadalupe: esclarecido por ser de la alcuña real, y por sus virtudes; su oficio que tenia de almirante del mar, dió el Rey á don Fadrique su hijo. Los grandes de Castilla comunicaron entre sí sus sentimientos por cartas y mensageros para que la plática fuese mas secreta: estos fueron los maestres de las órdenes, el de Calatrava don Luis de Guzman, y el de Alcántara don Juan de Sotomayor, Pedro de Velasco camarero mayor, el Rey de Navarra, don Enrique su hermano y otros. Hicieron entre sí confederacion jurada con todas las fuerzas posibles, que tendrian los mismo por amigos y por enemigos: y que salva la autoridad real, procurarian que la república no recibiese algun daño, que traían alterada los malos consejos y gobierno de algunos. Esta confederacion se hizo al principio del mes de noviembre en la ermita de Orcilla tierra de Medina del Campo: los intentos mas eran de vengarse que de aprovechar. El que anduvo en todo ello, fue el adelantado Pedro Manrique, de quien por las memorias de aquel tiempo se entiende fue hombre de ingenio inquieto y bullicioso. El Rey de Castilla de Toro se fue á Zamora al principio del año mil y quatrocientos y veinte y siete. Don Enri- 1427.
que infante de Aragon, alcanzada primero, y despues negada licencia de entrar en la corte, sin embargo movió de Ocaña para Castilla la vieja con hermoso acompañamiento, y con las armas apercebido para lo que sucediese: el Rey era vuelto á Simancas, los infantes de Aragon y los grandes conjurados se estuvieron en Valladolid. Los otros señores de Castilla por tener diferentes voluntades hacian sus juntas, cada

qual de los bandos á parte. Pocos que amaban mas el sosiego que el bien comun, se estuvieron neutrales, y á la mira de lo que resultaria de las contiendas agenas, sin entrar ellos á la parte. El Rey por estar divididos los suyos poca autoridad tenia, especial que demas de su floxedad natural parecia estar enhechizado y sin entendimiento. Presentaron los conjurados una peticion que contenia las faltas de la casa real y los excesos de don Alvaro de Luna; que era razon buscar algun camino para poner remedio á los daños públicos. Consultado el negocio, fueron nombrados jueces sobre el caso, casi todos de los conjurados, es á saber el almirante, el maestre de Calatrava, Pedro Manrique, Hernando de Robles, que aunque era hombre baxo, era muy adinerado, y tenia oficio de tesorero general. A estos se dió poder para conocer de los excesos y capítulos que se ponian á don Alvaro, y en caso de discordia se nombró por quinto juez el abad de San Benito; lo que la mayor parte determinase, aquello puntualmente se siguiese. Trataron entre sí el negocio: pronunciaron sentencia; lo primero que el Rey, dexado don Alvaro, pasase á Cigales; á los hermanos infantes de Aragon diese lugar para que le pudiesen visitar: añadieron otrosí que don Alvaro saliese de la corte desterrado por espacio de año y medio. Grande afrenta y infamia! diré del Rey ó del reyno ó de aquella era? quitar al príncipe lo que en el principado es la cosa mas principal, que es no ser forzado en cosa alguna: que los vasallos mandasen, y el Rey obedeciese; pero tal era la miseria de aquellos tiempos. Conforme á lo decretado el Rey fue á Cigales: los conjurados llegaron á besalle la mano; entre ellos el infante don Enrique, puesta la rodilla, por algun espacio derramó lágrimas en señal de arrepentimiento de lo hecho: en tanto grado el fingir y disimular es fa-

cil á los hombres. Don Alvaro se fue á Ayllon lugar suyo, acompañado de grande nobleza, que le siguieron para honralle y en ocasion amparalle. Entre los demas iban Garci Álvarez de Toledo señor de Oropesa, y Juan de Mendoza señor de Almazan por estar ambos obligados á don Alvaro, del qual tiraban acostamiento cada un año. Siguióse contienda entre los grandes (1), que con diferentes mañas pretendian alcanzar la familiaridad del Rey, con quien podia tanto la privanza que á sí y á sus cosas se entregaba al parecer del que le sabía ganar. Hernan Alonso de Robles se anteponia á los demas en autoridad; y como antes fuese en privanza del Rey el mas cercano á don Alvaro, á la sazon quitado el competidor se hizo mas poderoso y fuerte, tanto que con achaque de estar él malo muchas veces el Rey y los grandes venian á su casa á hacer consejo: cosa que á un hombre escuro y baxo, qual él era, acarreaba mucha envidia, como quier que muchas veces el favor demasiado de los príncipes se convierte en contrario, si no se pone templanza. Estaba el Rey ofendido contra él porque apresuradamente pronunció sentencia de destierro contra don Alvaro, al qual estaba obligado en muchas maneras. Como entendieron esta ofension y disgusto, y que le podian atropellar aquellos que con diligencia buscaban ocasion para hacello, procuraron que el Rey de Navarra le acusase delante del Rey de Castilla de muchos delitos. Cargóle que era hombre revoltoso y que comunicaba con forasteros y con los grandes cosas en deservicio del Rey que muchas veces hablaba palabras osadas y contra la magestad real. Consultado el negocio, se proveyó que le echasen mano y le guar-

(1) Hern. Perez en los Claros varon.

dasen en Segovia; hízose así, y finalmente murió en la carcel en Uceda dende le pasaron: exemplo no pequeño, y aviso de que no hay cosa mas incierta que el favor de palacio, que con ligera ocasion se desliza y muda en contrario. El Rey de Granada este año por conjuracion de sus ciudadanos fue echado del reyno y de la patria: pasó á Africa desterrado y miserable á pedir socorro al Rey de Tunez. Mahomad llamado el Chico luego que fue puesto en su lugar y se encargó del reyno comenzó á perseguir la parcialidad contraria de los que eran aficionados al Rey pasado: condenábalos en muertes, destierros y confiscacion de bienes, que pródigamente daba á otros. En particular Juzeph uno de los Abencerrages, linage muy noble entre los moros, y que á la sazon tenia el gobierno de la ciudad, perdída la esperanza de prevalecer, se fue á Murcia para ponerse en seguro, y mover las armas de Castilla contra el nuevo Rey para derriballe antes que se afirmase en el reyno. Por el mismo tiempo sucedieron en Castilla dos cosas memorables: la primera que el Rey por medio de don Alvaro de Isorna obispo de Cuenca que envió á Roma, pidió al Santo Padre le perpetuase las tercias, y aun parece salió con ello porque en adelante los Reyes comenzaron á hacer dellas mercedes como de cosa propia para siempre jamás; la otra que la orden de San Gerónimo se dividió en dos partes, como arriba se apuntó. Fue asi que fray Lope de Olmedo por la amistad que alcanzaba con el Pontífice Martino Quinto trabada en París al tiempo de los estudios, en que tuvieron una misma habitacion y morada, con su autoridad fue autor desta division. Fundó cerca de Sevilla un monasterio con nombre de San Isidro, que fue cabeza de la nueva reformacion. Deste convento todos los que se llegaron á esta manera de vida, se llamaron Isidros.

Duró esta division hasta tanto que en nuestra edad se han tornado á unir y sugetar á la orden antigua de Gerónimos, de donde salieron, por diligencia de don Philipe Segundo Rey de España. Volvamos con nuestro cuento á las alteraciones de Castilla.

CAPITULO XVI.

Como don Alvaro de Luna volvió á palacio.

Parecer y tema de los Stoicos, secta de philósophos por lo demas muy severa y muy grave, fue que por eterna constitucion y trabazon de causas secretas (que llaman hado) cada qual de los hombres pasa su carrera y vida, y que nuestro albedrío no es parte para huir lo que por destino, ley invariable del cielo, está determinado. Dirás que necia y vanamente sintieron esto, quién lo niega? quién no lo vee? por ventura puede haber mayor locura que quitar al hombre lo que le hace hombre, que es ser señor de sus consejos y de su vida? Pero necesario es confesar hobo alguna causa secreta que de tal suerte trabó entre sí al Rey de Castilla y á don Alvaro de Luna, asi aficionó sus corazones y ató sus voluntades que apenas se podian apartar, dado que por aquella razon estuviese encendido un grande odio contra ambos, bien que mayor contra don Alvaro, tanto que en esto sobrepujaba á los seyanos, patrobios, asiáticos, libertos que fueron de los Emperadores romanos, y sus nombres muy aborrecidos antiguamente. Quál fue la causa que ni el Rey se moviese por la infamia que resultaba de aquella familiaridad, ni don Alvaro echase de ver su perdicion donde á grandes jornadas se apresuraba? Es asi sin duda que las cosas templadas duran, las violentas presto se acaban; y quanto el humano favor

mas se ensalza, tanto los hombres deben mas humillarse y temer los varios sucesos y desastres con la memoria contínua de la humana inconstancia y fragilidad. Sin duda tienen algun poder las estrellas, y es de algun momento el nacimiento de cada uno: de alli resultan muchas veces las aficiones de los príncipes y sus aversiones, ó quita el entendimiento el cuchillo de la divina venganza, quando no quiere que sus filos se emboten, como sucedió en el presente negocio. Ningun dia amaneció alegre para el Rey, nunca le vieron sino con rostro torcido y ánimo desgraciado despues que le quitaron á don Alvaro: dél hablaba entre dia y dél pensaba de noche, y ordinariamente traía delante su entendimiento y se le representaba la imágen del que ausente tenia. Los que andaban en la casa del Rey y le acompañaban, entendiendo que era treta forzosa que don Alvaro fuese en breve restituido, y sospechando que ternia mayor cabida en lo de adelante, como quien dexaba sobrepujados y puestos debaxo de sus pies á sus enemigos y á la fortuna, con mayor diligencia procuraban su amistad: el mismo Rey de Navarra por envidia que tenia á don Enrique su hermano, de quien no llevaba bien tuviese mayor privanza con el Rey de Castilla y el primer lugar en autoridad, comenzó á favorecer á don Alvaro y tratar que volviese á la corte. Ofrecíase buena ocasion para esto por la muerte de don Ruy Lopez Dávalos: á seis
1428. de enero año de mil y quatrocientos y veinte y ocho falleció en Valencia, do á la sazon se hallaba el Rey de Aragon. Fue este caballero mas dichoso en sucesion que en la privanza de palacio. De tres mugeres que tuvo, engendró siete hijos y dos hijas: de quien en Italia proceden los condes de Potencia y de Bovino, los marqueses del Vasto y de Pescara, y muchas otras familias y casas en España. Su cuerpo deposita-

ron en Valencia, de allí le trasladaron los años adelante á Toledo y enterraron en el monasterio de San Agustin. Tenia costumbre de dar oidos y crédito á los pronósticos de los astrólogos, por ser (como otros muchos) aficionado á aquella vanidad; mas no pudo pronosticar ni conocer su caida: quando murió aun no tenia del todo perdída la esperanza de recobrar sus honras antiguas y su estado. Don Enrique de Aragon comenzó á poner en esto gran diligencia; pero por su desgracia y por desamparalle sus amigos no tuvo efecto, como ordinariamente á los miserables todos les faltan. Solo Alvar Nuñez de Herrera natural de Córdova guardó grande y perpétua lealtad con don Ruy Lopez: fue mayordomo suyo en el tiempo de su prosperidad, y despues puesto en prision como consorte en el delito que le achacaban. Libre que se vió de la prision, no reposó antes de convencer á Juan García, inventor de aquella mentira, de haber levantado falso testimonio, y hacerle executar como á falsario y traydor. Para ayudar tambien á la pobreza de su señor vendió los bienes que dél recibiera en cantidad, y juntó ocho mil florines de oro, los quales metidos en los maderos de un telar para que el negocio fuese mas secreto, cargados en un jumento, y su hijo á pie en hábito disfrazado, se los envió adonde estaba: lealtad señalada y excelente, digna de ser celebrada con mayor eloqüencia y abundancia de palabras. Con la muerte del competidor el poder de don Alvaro de Luna se arraygó mas. El Rey de Castilla se entretenia en Segovia, ocupado en procurar deshacer las confederaciones y ligas que los grandes tenian hechas entre sí. Publicó una provision, en que mandaba que se alzasen los homenages con que entre sí se obligáran: otorgó otrosí un perdon general y pérpetuo de los delitos pasados y desacatos; demas desto á la infanta

doña Cathalina muger de don Enrique en trueco dé Villena dió las ciudades de Truxillo y Alcaráz, fuera de algunos otros lugares de menor quantía en el reyno de Toledo cerca de Guadalaxara: añadióle asi mismo docientos mil florines, que fue dote muy grande y verdaderamente real. A instancia del mismo don Enrique de Aragon don Ruy Lopez Dávalos fue dado por libre de lo que le acusaban; pero lo que fuera razon se hiciese, sus honras y bienes no fueron restituidos á sus hijos: asi lo quiso el Rey, asi convenia á los que se vian ricos y grandes con sus despojos. Concluidas estas cosas, el Rey de Castilla se fue á Turuégano: alli vino don Alvaro á su llamado con muy grande y lucido acompañamiento, como quien ganára de sus contrarios un nobilísimo triumpho, alegre y soberbio. Crecia de cada dia en privanza, y tenia mayor autoridad en todas las cosas; solo en particular podia mas que los demas grandes y toda la nobleza. Doña Leonor hermana del Rey de Aragon estaba concertada con don Duarte príncipe de Portugal, heredero futuro del reyno, y que era de edad de treinta y seis años: los desposorios se celebraron, presente el Rey de Aragon, en tierra de Daroca en una aldea llamada Ojos negros. Hallóse presente don Pedro prelado de Lisboa como embaxador de Portugal, hijo que era de don Alonso conde de Gijon. El dote de la doncella fueron docientos mil florines. Señaláronle por camarera mayor á doña Costanza de Tovar viuda del condestable don Ruy Lopez Dávalos. De Valencia partió esta señora por tierras de Castilla. En Valladolid el Rey de Castilla y sus hermanos la festejaron mucho: hiciéronse algunos dias justas y torneos Desde alli con grandes dones y joyas que le dieron, pasó á Portugal á verse con su esposo: las bodas se hicieron con tanto mayores regocijos del pueblo quanto se dilataron por

mas tiempo, que casi tenian perdida la esperanza que el infante don Duarte se hobiese de casar por habello hasta aquella edad dilatado. Sucedió por el mismo tiempo que don Pedro hermano de don Duarte despues de una larga peregrinacion, en que visitó al Emperador Sigismundo y al mesmo Tamorlan Scytha (el vulgo dice que anduvo las siete partidas del mundo) volvió en España. Llegó á Valencia por el mes de junio; por el de setiembre se casó con doña Isabel hija mayor del conde de Urgel que tenian preso. Deste matrimonio nacieron doña Isabel que vino á ser Reyna de Portugal, doña Philipa que fue monja, don Pedro condestable de Portugal, don Diego cardenal y obispo de Lisboa, que falleció en Florencia de Toscana, don Juan Rey de Chipre, y doña Beatriz muger que fue de Adolfo duque de Cleves. Don Pedro hechas las bodas partió de Valencia y visitó al Rey de Castilla en Aranda, últimamente llegó á Portugal; salíanle al encuentro los pueblos enteros, mirábanle como si fuera venido del cielo y mas que hombre, pues habia peregrinado por provincias tan estrañas: maravillábanse demasiadamente como hombres que eran de groseros y rudos ingenios. El Rey de Castilla, asentadas las cosas de Castilla la vieja, y puesto en libertad á Garci Fernandez Manrique, de quien diximos fue preso con don Enrique de Aragon, y restituídole en sus antiguos estados, dió la vuelta al reyno de Toledo al fin deste año, y despues que algun tiempo se detuvo en Alcalá, pasó á Illescas. Llegó allí á la sazon Juzeph Abencerrage, huido de Granada, sobre negocios del Rey moro despojado. Fue recebido y tratado benignamente por el Rey: envióle con Alonso de Lorca que desde Murcia le hizo compañía, al Rey de Tunez con cartas en que le exhortaba y pedia tuviese compasion de aquel Rey desterrado, y le restituyese en el reyno

con sus fuerzas y gentes: que haciendo ellos el deber, no dexaria de ayudallos con dineros, armas, soldados y provisiones. El de Tunez movido por esta embaxada tornó á enviar al Rey Mahomad en España con una armada y trecientos de á caballo; y como desembarcasen en Vera, causó grande mudanza y alteracion en los corazones de los que por ser hombres de ingenio mudable se tornaban á aficionar al gobierno antiguo, y aborrecer el nuevo señorío y mando del nuevo Rey. Las ciudades y lugares de aquel reyno á porfia se le entregaban: la misma ciudad de Granada vino en su poder al principio del año de mil y
1429. quatrocientos y veinte y nueve. El tyrano se retiró al castillo del Alhambra, en que en breve fue preso y muerto; y con tanto dexó con ayuda del cielo y grande aplauso de toda la provincia el cetro de que injustamente y á tuerto se apoderára, al Rey legítimo que procedia de padres y abuelos Reyes. Esto en España. Las cosas de Francia no podian hallarse en peor estado que el que tenian, apoderados los ingleses, perpétuos enemigos de Francia, de París y de otra muy grande parte de aquella provincia. Carlos Séptimo deste nombre, Rey de Francia, en aquella apretura y peligro envió á pedir socorro con grande sumision asi á los otros príncipes como al Rey de Aragon. Mathías Rexaque enviado por esta causa de Francia llegó á Barcelona por el mes de abril. Hallábase el Rey de Aragon embarazado con dos guerras, en especial la de Nápoles le aquexaba, de donde casi perdida la esperanza don Pedro su hermano en una armada habia venido á España: en su lugar y en el gobierno quedó Dalmacio Sarsera para que entretuviese lo que quedaba en pie. Demas desto pensaba el dicho Rey hacer guerra á Castilla, y para ella se apercebia á la sazon con grande cuidado. Por esta causa la em-

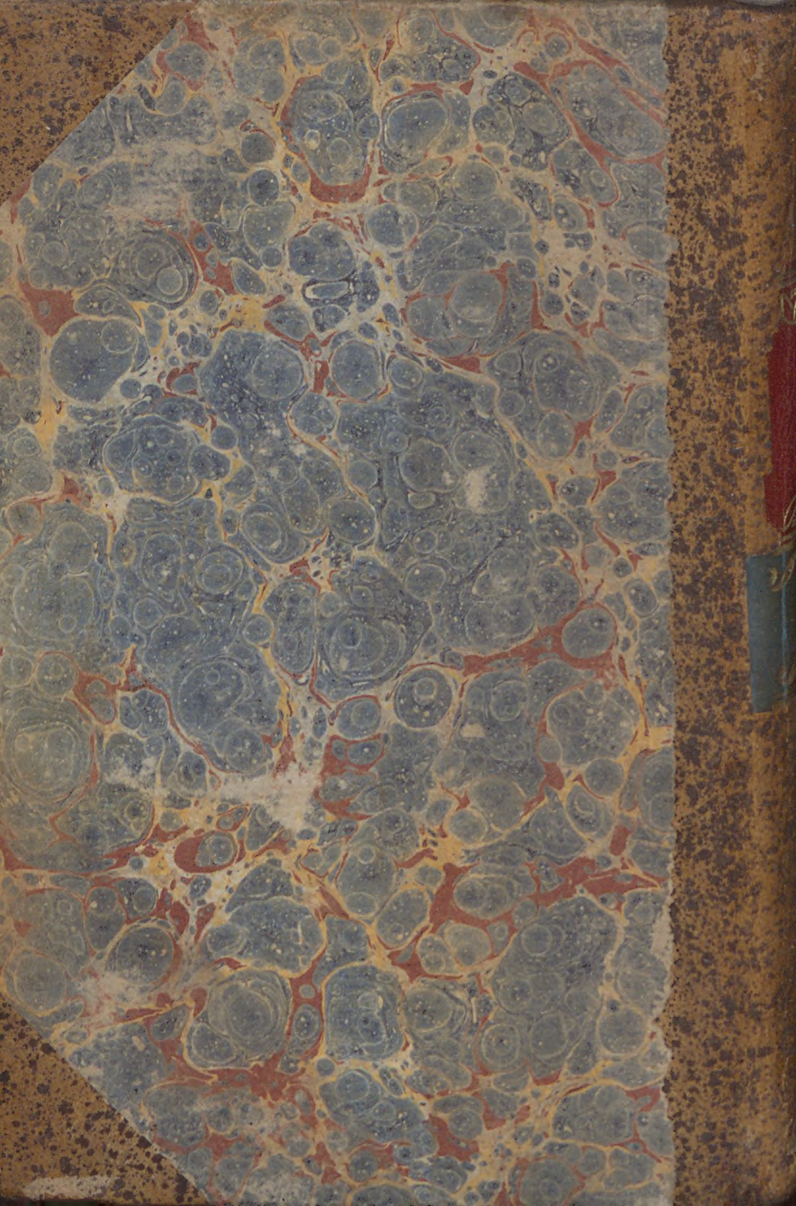
baxada de Francia no fue de efecto alguno; mas las cosas de aquel reyno sin fuerzas, sin ayuda, sin gobierno, fueron por favor del cielo ayudadas, y se mejoraron con esta ocasion. Ya siete meses los ingleses tenian sitiada á Orliens ciudad nobilísima, puesta sobre el rio Loire. Los cercados padecian falta de todo lo necesario, y apenas con los muros se defendian del enemigo. Una doncella llamada Juana, de no mas de diez y ocho años, salvó aquella ciudad. Era natural de San Remí, aldea en la comarca de los Leucos, parte de lo que al presente llamamos Lorena. Su padre se llamó Jaques Durcio y su madre Isabel. Desde su primera edad se exercitó en pastorear las ovejas de su padre. Esta doncella vino á los reales de los franceses, díxoles que por divina revelacion era enviada para librar á Orliens de aquel peligro y á Francia del señorío de los ingleses. Hiciéronle muchas preguntas, y como de todas saliese bien, quedaron persuadidos el Rey y sus capitanes que decia verdad. Luego con gentes que le dieron, por medio de los enemigos metió dentro de Orliens socorro y vituallas. Los de dentro con la esperanza de poderse defender cobraron ánimo, y con diversas salidas y rebates al fin hicieron tanto que el cerco se alzó á veinte y siete de mayo. Recobraron fuera desto los lugares en contorno y sacáronlos de poder de los contrarios; tuvieron solamente diversas escaramuzas sin que se llegase á batalla. Pretendian con la costumbre de vencer en aquellos encuentros y rebates, que los franceses cobrasen ánimo y se alentasen del miedo que tenian cobrado. El Rey de Francia otrosí por medio de sus enemigos pasó á Rems por consejo de aquella doncella á coronarse y ungirse, lo que hasta entonces no se habia hecho: con esto á los suyos se hizo mas venerable, á los enemigos espantoso. Recobradas muchas ciudades,

acometieron los franceses á París: no la pudieron entrar, antes á la puerta de San Honoré la doncella ó poncella de Francia fue herida. Pasaron con la guerra á otra parte. Tenian los ingleses cercada la ciudad de Compieñe: la doncella animada por las cosas pasadas con un esquadron apretado y cogido de los suyos se metió en la ciudad. De alli hizo una salida y dió un arma á los ingleses, en que por secretos juicios de Dios fue presa por los enemigos y llevada á Ruan. Acusáronla de hechicera, y por ello fue quemada. El principal acusador y atizador fue Pedro Chauchonio obispo de Beauvais, sin que tuviese alguno de su parte que osase abrir la boca en su defensa, dado que muchos se persuadian, y hoy lo sienten asi, que aquella doncella fue condenada injustamente: honra perpétua de Francia, famosa en todos los siglos, y noble, como lo pronunciaron los jueces á quien cometió los años adelante esta causa el Pontífice Calixto: proceso y sentencia que hasta hoy se guardan y estan en los archivos de la iglesia mayor de París. Una estátua suya de metal se vee en medio de la puente de Orliens, puesta en memoria del beneficio que della recibieron; pero esto pasó algun tiempo adelante. En Tarragona ciudad en Cataluña los obispos de la provincia Tarraconense se juntaron, llamados á concilio por don Pedro cardenal de Fox, legado que á la sazon era del Pontífice Martino Quinto. Lo que en aquel concilio se decretó, no se sabe; solo lo que era de mayor importancia y mas se pretendia, el canónigo Gil Muñoz renunció las insignias y nombre de Pontífice, los cardenales que consigo tenia, fueron depuestos, y quitádoles la dignidad y nombre que sin propósito usurpaban, lo uno y lo otro por orden del Rey de Aragon en gracia del Pontífice Martino, al qual como antes tuvo enfrenado con el miedo, asi bien ahora le pretendia ganar

y traelle á su partido con este servicio tan señalado. Peñíscola, que fue de la orden de San Juan de tiempo antiguo, quedó en lo de adelante por el Rey: á Gil Muñoz para alguna manera de recompensa hicieron obispo de Mallorca. Alonso de Borgia fue otrosí nombrado por obispo de Valencia en premio del trabajo que tomó en reducir á buen seso al dicho Gil y á sus consortes, principio y escalon para subir á las mas altas dignidades que hay. Sucedió todo esto en Tortosa por el mes de agosto: desta manera se puso fin al iglescisma mas reñido y de mas tiempo que jamás la iglesia padeció. En accion de gracias por beneficio tan señalado se hicieron procesiones por todas partes, y grandes plegarias para aplacar á los Santos y suplicalles con gozo envuelto en lágrimas conservasen lo comenzado y diesen perpetuidad á mercedes tan señaladas. Esto en Aragon y en Francia. Razon será que volvamos á las cosas de Castilla que se han quedado atrás, y á declarar las causas de una nueva guerra que se emprendió muy brava entre los Reyes de España.

FIN DEL TOMO CUARTO.





colorchecker CLASSIC

mm

calibrite